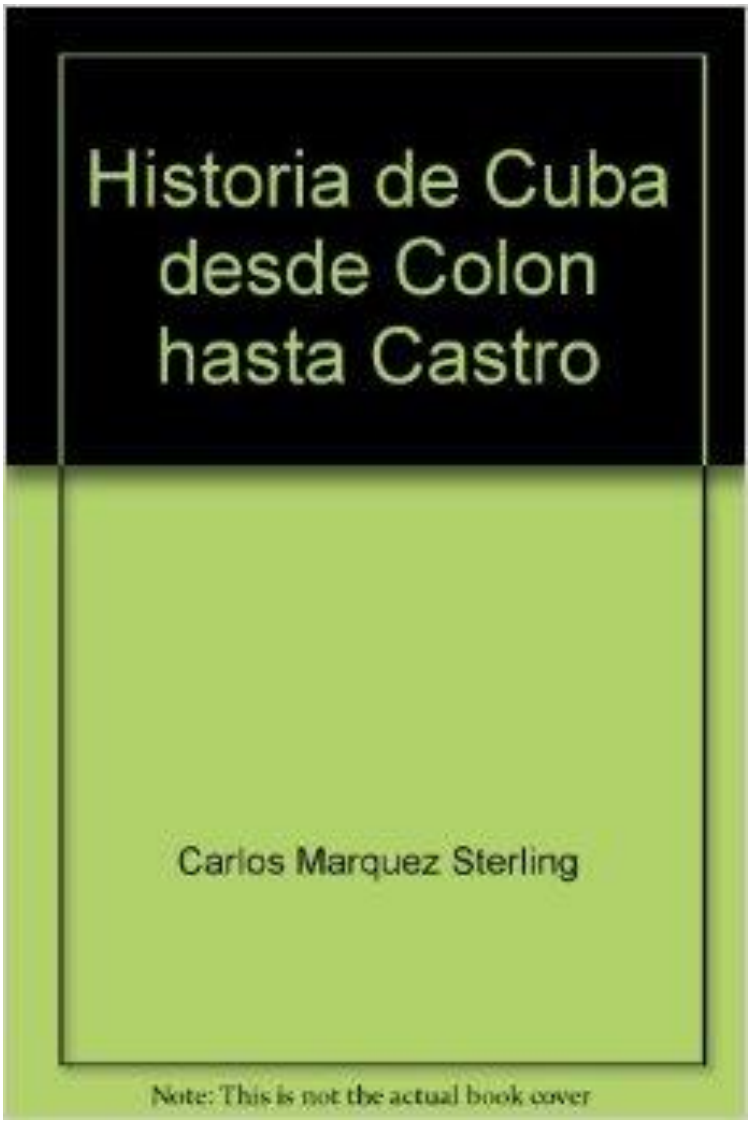
Historia de Cuba desde Colon hasta Castro
Carlos Marquez Sterling
Note: This is not the actual book cover

Libro de texto de Historia de Cuba que abarca desde el descubrimiento hasta la Revolución cubana.

Carlos Márquez Sterling

Historia de Cuba

Desde Colón hasta Castro

©1963, Márquez Sterling, Carlos

©1963, Las Americas Publishing Company

A Uva, mi esposa.*Carlos Márquez Sterling*

PRIMERA EPOCA
DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACION
1492 -1556

I

EL DESCUBRIMIENTO

Los reyes católicos, don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla, habían terminado la conquista de Granada, y estaban victoriosos. Desde hacía seis años sus más cercanos consejeros les hablaban de una empresa gigantesca y asombrosa que aguardaba por ellos. El contador mayor del incipiente imperio, don Alonso de Quintanilla, y el escribano de raciones de la corona de Aragón, don Luis de Santángelo, ponderaban la hazaña. Se trataba de las indias, misteriosas y desconocidas, de riquezas extraordinarias que existían al otro lado de los mares. Un navegante genovés, Cristóbal Colón, de "gran talento, tenaz y perseverante", ambicioso y soñador, señalado por el destino, aseguraba que, atravesando el Atlántico, hacia el oeste, se podía llegar a aquel mundo fabuloso y apoderarse de él.

Pobre, sin barcos y sin dinero, auxiliado por el marino Martín Alonso Pinzón, protegido por los frailes Juan Pérez de Marchena, del convento de La Rábida, y Hernando de Talavera, prior del Prado, había sido recibido por los reyes. Hablaba de Toscanelli, a quien consultara. Citaba a Tolomeo, a Marco Polo, a Juan de Mandeville, a Crisolora y a Alfragane. No era un iluso, pero lo parecía. "Su juventud envuelta en sombras, era la de un auténtico hijo del Mediterráneo". Sus largos cabellos flotaban al aire. Su mirada arrojaba vivos resplandores. La vehemencia de su palabra, "rica de interés y de hermosura", daba vida a aquel mundo fantástico, que él brindaba mediante rígidas condiciones, al poderío de Fernando e Isabel.

Los reyes lo escucharon, finalmente. Llamaron a su gabinete a teólogos, marinos, cosmógrafos, cortesanos y altos dignatarios del clero y de la corte. Mostráronse divididos los sabios, recelosos y absortos. Aseguraban unos, que subir la inmensidad del océano, era imposible; otros, que la parte del globo, descrita por San Agustín y Tolomeo, negaba la existencia de los antípodas; y los menos, entre ellos el sacerdote Fray Diego Deza, preceptor del príncipe don Juan y confesor de los reyes, aceptaba los designios de la naturaleza y se interesaba en el secreto de los mares. Los reyes parecían perplejos. Estaban a punto de perderse para España la gloria y los bienes que les reservaban los astros y el cielo, cuando

la elocuencia de Santángelo, que prometía su dinero, sostenido por la marquesa de Moya y el contador Quintanilla, inflamaron los celos de la Reina, y ésta pareció decidirse.

El objeto de esta aventura marítima, la más extraordinaria que vieran las edades, era encontrar, a través de los mares, nuevas vías al comercio de los europeos con la India.[1] Podía acapararla Portugal. "Lisboa era la llave, frente a la mar grande."[2] El rey y los infantes lusitanos esperaban. No era una locura aquel viaje. Existía el astrolabio, el barinel y la aguja imantada. La Edad Media había tenido audacias en medio de sus reacciones sombrías. Cuando las águilas romanas apresaron la Macedonia, Grecia el Egipto y la Siria, el gusto por las ricas producciones del oriente sumía a Europa en el lujo y en las voluptuosidades. Después, los pilotos griegos y los egipcios, llenaron los mercados de las grandes ciudades con sedas, con perfumes, con piedras preciosas, con las especerías y manufacturas de aquellos remotos países. Era necesario reducir la importancia de Alejandría y de Palmira, dominantes de Venecia, Pisa y Génova. Y aquel aventurero de voluntad acerada, incapaz de rendirse al desaliento, podría regresar de aquellas tierras con sus naves cargadas de tesoros, abriendo los centros del comercio universal al beneficio cuantioso de su gran corazonada.

Todo era fébril actividad en la villa de Santa Fe de la Vega de Granada, en el mes de abril de 1492. La reina, doña Isabel, salvando los fueros históricos de la corona de Castilla, había ordenado extender las cláusulas y condiciones del contrato, "concernientes al proyecto de navegación hacia occidente". Rodeado de escribanos, con sus plumas de aves y sus tinteros de oro, ennegrecidos por el uso, Cristóbal Colón se mostraba codicioso. Movido por el "calor y la luz de Italia", en la que resplandecían las riquezas de una época dorada y los personajes de una etapa de leyendas, quería superarlos en grandeza y poderío, con su mando y decisiones. No desmentía la tradición humana. Un hombre fuerte no admite que a su lado florezca la indisciplina ni el desorden, ni que su causa quede a merced de los competidores. El aportaba conocimientos, inspiración, audacia y coraje. Justo era que recibiese en demasía. Pero pedía mucho. Quería ser almirante, virrey o gobernador de todas las islas y tierras firmes que se descubriesen o ganasen. Sus capitanes y sus tenientes serían designados por los reyes de ternas elevadas al trono. Sólo el monarca podría juzgarlo. Un décimo de las mercaderías, fuesen perlas o diamantes, oro o plata, que se hallasen lejanamente, serían suyos. Tendría franquicia para sufragar de su peculio, con la octava parte —recibiendo el mismo beneficio— los armamentos y vituallas de los navios destinados a la trata en los mares oceánicos. Los reyes católicos firmaron al pie de las capitulaciones el 17 de abril. Colón, alegremente, se trasladó al sur de España, al pequeño puerto de Palos de Moguer, donde había vivido, oscuramente, años atrás. Había olvidado a Pinzón, y éste lo combatía rencorosamente. Encontró dificultades. Fray Juan Pérez de Marchena, terció entre ambos. Los

inconvenientes quedaron zanjados. Cinco meses urgidos, ardorosos y fecundos, bastáronle al hijo del Mediterráneo para dar cima a su tarea.

El 3 de agosto de 1492 tres carabelas y ciento veinte hombres, reclutados entre lo peor de los puertos de España, zarpaban en busca del vellocino de oro. La *Santa María, La Pinta* y *La Niña*. La primera era la capitana. En ella, en el puente de mando, junto al piloto y cartógrafo Juan de la Cosa, sonreía el Almirante. Sus largos cabellos, descoloridos, flotaban al aire, "embanderados en el trueno del mar". Detrás, *La Pinta* y *La Niña* piloteadas por los hermanos Pinzón y por Santiago Yañez. Seguían éstos entusiasmados a Colón, brillándoles en los ojos el fuego de la aventura y la codicia, la luz del egoísmo y de la gloria.

Ninguno de ellos sabía dónde terminaba el Atlántico. Todo era azul. Un cielo purísimo. Un mar abigarrado y profundo. La tierra no aparecía. La tripulación se asustaba. El propio Almirante, dominándose, se sentía nervioso. Un fenómeno, al que no encontraba explicación, lo confundía. La aguja imantada declinaba al noroeste, al entrar la noche, retrocediendo al meridiano, cuando ya todo eran sombras. Sentado entre sus hombres, Colón los animaba con los fantásticos relatos de los libros de Marco Polo. Serían riquísimos. Conquistarían grandes tesoros, tierras semejantes a las del Gran Kan, que habitaba un palacio de ocho kilómetros a la redonda, en el que vivían trescientos mil soldados y desfilaban por sus patios más de diez millares de elefantes.

Pasaban los días y ni sombra de tierras. Un murmullo de sorda condenación subía de las bodegas a los puentes. Al fin, de las cofas del trinquete y la mesana, surgieron gritos de desesperación. La marinería se rebeló. "¡Colón nos ha engañado! ¡Colón nos ha engañado! ¡Está loco!"

A duras penas, podía calmarlos el "incontrastable espíritu" del futuro virrey. Con gestos imperiosos y ademanes decisivos, los amenazaba con terribles castigos, y, al verse atacado, tiró violento de la espada. "Durante algunas horas esta empresa inmortal estuvo amenazada de terminarse sangrientamente". En lo más recio de la pelea, bandadas de pajarillos anunciaban tierra, y la tripulación se entregó dócilmente. Colón creía ver luces en la lejanía. Llamó a Pedro Gutiérrez y a Rodrigo Segovia, y les mostró el horizonte. Después de cuatro horas ansiosas, anhelantes, el grumete Rodrigo de Triana, desde *La Pinta*, gritó alegremente "¡Tierra! ¡Tierra!" Dispararon un cañonazo. América había sido descubierta. Era el viernes 12 de octubre de 1492. Quince días más tarde, el 27, llegaban a Cuba. Intensamente emocionados, sus acompañantes, ahora admirados y jubilosos, con expresiones delirantes y abrazándose entre sí, besaban, de rodillas, las manos del Gran Almirante, futuro Virrey de todas las tierras vírgenes.

II

LA DESAPARICION DE UNA RAZA

La isla de Cuba no interesó jamás a Cristóbal Colón, no obstante su exclamación admirativa de que "era la tierra más hermosa que ojos humanos vieran". El oro escaseaba. Y el oro era una buena parte de la conquista. De modo que en realidad el Gran Almirante jamás nos gobernó.

No se sabe cómo se formó el territorio de la Isla de Cuba, ni cuándo llegaron a poblarlo sus primeros habitantes. Un siglo de milenios, entre sombras y nieblas, aún se resiste a ser cabalmente descubierto. Teorías y más teorías señalan etapas y eras. Desde las primarias hasta las cuaternarias. Desde los años de Cristo, hasta los boj eos de los descubridores. Pero hay hechos. En una de aquellas edades, la del agua o la de las rocas. Cuba no fue una Isla. Había estado unida a la América del norte, o a la América central, o acaso a la del sur. Terremotos, volcanes, elevaciones y hundimientos de sus tierras, la arrancaron de aquel primitivo continente denominado *Gondwana*. Desde entonces, localizada a las raíces de la humanidad, es posible que brotara nuevamente de lo más profundo de los mares y adoptara su actual estructura. Nada de esto es fantástico. El francés Jorge Leclerc, conde de Buffon, en uno de los cuarenta y cuatro volúmenes de su historia natural, probablemente el más brillante y comprensivo estudio del origen terráqueo, escrito hace doscientos años, asegura que el sistema planetario surgió también de una violenta colisión entre el sol y las estrellas...

De configuración estrecha y prolongada, "a la manera de un arco"[3], Cuba aparece en los mapas y cartas geográficas como un gran caimán inclinado hacia delante. En el grupo de las tierras firmes que forman el archipiélago de las antillas, nuestra isla es dueña y señora del canal de bahamas, llave del golfo de México y del mar Caribe, y fue, para desgracia de sus razas más primitivas, la joya más valiosa de la corona de Castilla. Reposando blandamente sobre bancos de roca caliza, desiguales y porosos, como la *mucura* y el *seboruco*. Con una superficie —puertos, bahías, ensenadas e islas adyacentes— de 3,645 leguas cuadradas; con un cielo azul inigualable y un clima "bendecido por la mano del criador"; con sus costas bajas y pantanosas; sus paisajes iluminados por un sol de fuego; con tierras ubérrimas y de frutos espontáneos; con medianas montañas hasta la Sierra Maestra, en la que hace cumbre el Turquino; con ríos regulares y medianos, señoreados por el Cauto, no fue raro que la ambicionaran más de una vez las potencias centrales, y que España, monumental y arcaica, aún en su grandeza y decadencia, la defendiera con su "último soldado y su última peseta", durante

cuatrocientos años después del Descubrimiento y la conquista.

Cuba era la Antilla grande. La de los jardines de la Reina. En los tiempos de Colón, revivió la memoria de la "antilla" que, según Aristóteles, había sido descubierta por los cartagineses. Esta leyenda, de origen portugués, se extendió a la no menos fabulosa de las *siete ciudades*. Ni aquella ni éstas aparecieron jamás. Probablemente, al descubrir el Gran Almirante el nuevo mundo, la imaginación de los hombres, asociada, como siempre, a extrañas tradiciones, aún llenas de misterios, continuó llamando "antillas" a todas las tierras bañadas por el Caribe. De ahí aquella denominación. La Antilla grande, que Cuba ha conservado, de acuerdo con su tamaño en el archipiélago de que forma parte con las demás islas de su entorno.

Los pueblos indios que habitaban este paraíso, ciboneyes y taínos (paleolíticos y neolíticos) vivían organizados en *clanes*, tenían parecidas costumbres, hablaban lenguajes semejantes, eran mansos y sencillos, confiados y pusilámines. Dividido el territorio de la Isla en estados soberanos, bajo la autoridad del *cacique*, carecían de espíritu colectivo, y dejábanse dominar por la pereza. Supersticiosos y cabalistas, "mostraban una elevación de ideales impropias de la idolatría". Confiaban ciegamente en sus jefes, y la justicia que los regía era la ley natural. No tenían ordenanzas, ni libros, ni jueces, y el delito que más los indignaba era el del hurto, castigado con excesivo rigor. Si se sentían engañados, se tomaban de una crueldad perfectamente salvaje; se machacaban brazos y piernas, se sacaban los ojos y eran clavados vivos en estacas al aire libre, y sus almas se perdían para siempre.

A la hora de trasmitir el poder hereditario, se mostraban desconfiados y recelosos. No creían en la fidelidad de sus mujeres. Si el *cacique* moría sin sucesión directa, la autoridad pasaba a los hijos de sus hermanas, "que forzosamente debían ser sus sobrinos".

Escultores, alfareros, poetas y músicos, los ciboneyes y los taínos, poseían gobiernos más libres que los de los incas peruanos o los aztecas mexicanos, pero menos fuertes y civilizados. Eran buenos agricultores; sus campos los más ricos de las antillas y los mejores cultivados. Comían maíz, boniato, ají y yuca, de la que hacían pan. Bebían vinos, siropes, vinagres y otros zumos, extraídos de diversas frutas; de la cabuya y el henequén tejían fuertes hilos; del bijao y el maguey hacían cestos y jabas; del higuero y de la güira tasas y vasijas; de la piedra construían hachas y martillos; y de la caza y de la pesca obtenían sus mejores manjares. Si el conquistador no los hubiera esclavizado y asesinado a ciencia y paciencia de la época, hubieran progresado rápidamente. No tenían esa insondable y permanente rebeldía de los indios de otras tierras y tal vez hubieran podido ser asimilados. Pero el oro, las minas y la insaciable sed de riquezas de

los que venían de Europa, los trituró y, en pocos años, desaparecieron.

Ceremoniosos en los actos públicos, puntuales, nobles y distinguidos, organizaban grandes banquetes de jutías asadas o cocidas, de pescados de mar y río, de frutas, pan y *casabe*. El protocolo era sencillo y atrayente. Treinta de sus mujeres, sin otro adorno sobre el cuerpo que sus faldillas blancas, esperaban al *cacique* propio o amigo, y le precedían hasta el "palacio". Reían escandalosamente, chillaban y comían, y gozaban de la vida, como nunca, después del descubrimiento, volverían a gozarla. De acuerdo con sus costumbres, les gustaba celebrar otras fiestas, que se denominaban *areítos*, al son de bailes y de inmenso griterío; al compás de raras y extrañas canciones que entonaban pintarrajeados trovadores; se tomaban de las manos o entrelazaban los brazos unos con otros, y danzaban frenéticamente al mismo tiempo que bebían sin tasa ni medida. El tambor los enloquecía. Cuando alguno de ellos desplomaba, lo apartaban, dejándolo tendido, y el *areito* continuaba hasta que todos rodaban exhaustos e inconcientes.

No eran atletas, no tenían espíritu de lucha, como los feroces caribes, que poblaban las antillas menores, y que los habrían conquistado y exterminado de no haber sido el Descubrimiento. Creían en la inmortalidad del alma. El mundo había sido hecho por tres divinidades, que delegaron sus poderes en *Cemis*. Las mujeres habían descendido de los árboles, capturándolas con ayuda de "pájaros carpinteros"; existían tradiciones sobre el diluvio universal. Lugares deliciosos y encantados eran el final de la vida, en los que aguardaban, felices y contentos, sus antecesores. Estas creencias elevadas e ingenuas, los hacían sin duda intensamente dichosos.

Sencillos y amorosos, limpios y aseados, vivían en gran unión en *caneyes* y *barbacoas*, y dormían en *hamacas*. La gente principal radicaba en pueblos de doscientos y trescientos *bohíos*, y en el centro de las aldeas, separadas unas de otras por bosques espesos, unidos sólo por estrechos y serpenteantes caminos, se levantaban amplias zonas llamadas *bateyes*, donde se divertían y se reunían, periódicamente.

De estatura mediana, sin grandes músculos, el rostro aceitunado, las facciones angulares, la frente demasiado ancha y aplastada, los ojos saltones y el pelo negro, amarrado hacia la nuca por la espalda, andaban enteramente desnudos, con excepción de las mujeres, que se cubrían del busto a las rodillas. Los *caciques* y guerreros se adornaban con plumas y se pintaban de colores chillones, con pastas que hacían del zumo de la jagüa para resistir los rayos del sol y parecer feroces; se untaban polvos rojizos hechos de la bija; se armaban con arcos, flechas y lanzas de caña seca, terminadas en punta aguzadas por el fuego, en las que se fijaban ástiles de maderas, que se llamaban *macanas*. Pero no sabían

defenderse, desconocían la táctica y el arte de la guerra.

Esta era la raza que encontraban los españoles al descubrir a Cuba. A partir de la colonización, iba a desaparecer con una rapidez que asombró a los mismos conquistadores, únicos causantes de este inmenso drama que aún palpita en la historia y seguirá palpitando, como símbolo de la codicia y la avaricia de los hombres.

III

DIEGO VELAZQUEZ

En realidad, la conquista de Cuba comenzó en 1511. Diego Velázquez llegó a la isla con una fuerza de treiscientos hombres, entre los cuales se distinguían Hernán Cortés y Pánfilo de Narváez.

En 1515, ya Velázquez había establecido siete ciudades: Baracoa (la capital) Bayamo, Santiago de Cuba, Puerto Príncipe, Sancti Spíritus, Trinidad y la Habana.

Velázquez era un personaje de leyenda. Rudo, ambicioso, egoísta y brutal. No era de los peores, pero tampoco podría figurar entre los mejores. Alto, rubio y bien parecido, a los cincuenta años la gordura comenzaba a desfigurarlo. Era segoviano. Había peleado a las órdenes de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, y reclamaba su paga como soldado, cuando supo del segundo viaje de Colón a América. Se enroló con éste. Atravesó los mares. Se hizo amigo de Ovando. Llegó a ser su teniente favorito. Conquistó a los indios de *Hanyguayaba*, y ahorcó al cacique. Después, concertado en secreto con Miguel de Pasamontes y con Lope Conchillos, que ejercían gran influencia en la corte de Fernando el Católico, relegó a Diego Colón, y se embolsilló el gobierno de la Isla de Cuba.

Velázquez no fue el más brillante, ni tampoco el más valiente de esta época de milagros. Sabía mandar y era el más rico. Suplía su falta de instrucción con el libro de là vida. Era alegre, jovial, llano, trataba bien a sus inferiores, y reclamaba para sí una alta dignidad, un trato que enalteciera su persona y su jerarquía, de la que se mostraba muy celoso. Tenía "un pronto" terrífico en el que podían perder la vida sus oponentes. Después se disipaba el enojo y entonces se mostraba humano, sin ser vengativo con los suyos.

Velázquez colonizó la Isla tras incesantes esfuerzos. Fue una tarea dura y permanente. Organizó la construcción de viviendas; introdujo el ganado vacuno, caballar, lanar y porcino; los animales domésticos, el gallo, la gallina, la paloma y el pavo y favoreció la recría de caballos, toros, vacas y cerdos. A los pocos años,

los había salvajes en los campos de la Isla.

La aptitud del indio para toda clase de labores agrícolas fue útilísima para el colonizador. Se cultivaba el maíz, el boniato y la yuca. De ésta se obtenía el casabe, sustitivo del pan. Más tarde adquirieron importancia los cultivos de las hortalizas, granos y diversas plantas importadas del viejo mundo. La caña de azúcar, traída por Colón en su segundo viaje, de *La Española*, fue fomentada por Velázquez. Después, el comercio se inició con el puerto de Sevilla, a través de la Casa de Contratación, instituida por los Reyes Católicos en 1503, destinado, este instituto monopolizador, a centralizar, vigilar y dirigir el tráfico mercantil con el nuevo mundo.

HATUEY

El episodio más importante del gobierno de Velázquez, fue la ejecución del indio Hatuey. Cuando este príncipe de la raza indígena, natural de Haití, contempló la invasión y la conquista de sus tierras, se fue a Cuba, y adiestró a taínos y ciboneyes.

—Esos hombres — les dijo, refiriéndose a los conquistadores— vienen por un Dios del que son esclavos: el oro.

Hatuey no creía en leyendas, ni en fantasmas. Era inteligente, práctico y astuto. Más realista que Moctezuma o que Atahualpa, que imaginaban legiones de semidioses descendidos del sol para acabar con sus imperios, sabía que la fuerza de los conquistadores estaba en ellos mismos, y que la divinidad que los demás indígenas creían advertir en la blancura de sus rostros, era pura filfa.

Veláquez no podía avasallar a este guerrero indomable, cauteloso y sagaz. Tenía que matarlo. Pero hizo algo peor.

—¿Dónde está el oro de estas tierras? —le preguntó.

—No lo sé —replicó Hatuey—. Tal vez en el mar, en la luna, en el sol.

Condenado a morir en la pira, el indomable cacique de las estribaciones del Turquino, contemplando a sus verdugos desesperados por conocer los parajes donde se escondían los tesoros de las tribus indias, sintió una alegría llena de odio y de ferocidad. "Ese oro —les dijo a través de un intérprete ahorcado después— no lo encontraréis jamás".

—¡Perro maldito! —gritó Velázquez—. Y aceleró el calvario.

EL REGIMEN COLONIAL

El régimen político, social y administrativo, en la nueva colonia, tomaba contornos, al ritmo de aquellos dramáticos acontecimientos. Sin experiencia colonial alguna, los conquistadores pretendían asimilar la Isla a los fueros de la corona de Castilla. Advinieron los resortes jurídicos capaces de completar la acción de todos aquellos factores.

El gobernador era la más alta autoridad. Poseía funciones judiciales, militares, políticas, administrativas y económicas. Era un sátrapa. Pero quedaba obligado por las leyes, las cuales no podía alterar ni modificar, ni aún suplir, a la autoridad del virrey, de la audiencia de *La Española*, y del Monarca. En éste, naturalmente, radicaba la soberanía del gobierno colonial. De aquí que el gobernador estuviera expuesto a los juicios de residencia, de los que no escapaba nadie.

La célula administrativa era el municipio. Existían alcaldes y concejos municipales; tenientes a guerra, ayuntamientos y cabildos. Los vecinos tenían el derecho de elegir a sus representantes. Junto a éstos, co-existían las Juntas de Procuradores.

Todo estos cargos eran gratuitos. Paradójicamente se corrompieron los funcionarios. Industrializaron las posiciones. Los electores, muy pocos, como puede suponerse, se indignaron, pero se corrompieron también, y vendían el sufragio. Estas funciones quedaron convertidas en fuentes de privilegio y de escándalo, de riquezas mal habidas, de abundantes y perjudiciales influencias, cotizadas aún en la cámara del Rey. Este, cansado, dictó un úcase y las elecciones se acabaron.

LA IGLESIA

Desde las más tempranas etapas de la colonización, la iglesia y el fisco estaban unidos. Obispos, canónigos, sacristanes y acólitos, recibían su paga, modestísima, de las rentas primicias que se recaudaban según ordenanzas y aranceles calcados en las leyes de Castilla. Los primeros oficiales de la real hacienda, fueron un tesorero, un factor, y un contador. Más tarde, se creó el cargo de veedor. Pero resultaba que el veedor no veía nada de lo que tenía que ver.

La primera iglesia se levantó en Baracoa, en 1518, en virtud de letras del Papa León X. Después, por Bula de Adriano VI, el 28 de abril de 1522 aquella

iglesia se trasladó a Santiago. La mitra estaba destinada a Juan de Witte, pero no vino a ocuparla. Estrenó la diócesis, años más tarde, Fray Miguel Ramírez de Salamanca, que se mostró demasiado ambicioso y amigo de lo ajeno. Este obispo dejó huella en la historia de Cuba. Manejaba a los gobernantes como le venía en ganas. Muchas veces se despojaba de sus hábitos para liarse a golpes con los que le atacaban por sus ambiciones sin límites, su codicia insaciable y su afán de acumular oro, haciendo trabajar inhumanamente a los indios, bajo el imperio del fuete, el cual no pocas veces empuñaba el obispo para arrancarle a los indígenas una mayor producción en los lavaderos de oro.

LAS ENCOMIENDAS

De todas las instituciones coloniales, la más funesta era la Encomienda. Autorizada por Reales Cédulas de 1512 y 1513, el sistema era una falacia, una hipocresía, un crimen de los consejeros de los reyes católicos. Quisieron orillar la imposibilidad de esclavizar al indio, después que la *Bula Intercetera* de Alejandro VI, prohibió la sevicia, y provocaron un régimen mucho peor. Concedido el uso del nativo temporalmente; expuestos los encomenderos a que se les privara de sus trabajadores, en cualquier momento, los hacían trabajar sin descanso, sin darles de comer, sin dejarlos reunir con sus familiares. Su fundamento —la protección, la tutela, la instrucción y la conversión de aquellas razas débiles y desdichadas— estaba en razón inversa del propósito económico que las animaba. Fue entonces cuando con más horror se vieron los efectos del choque entre blancos, no salidos de la cultura medieval y los cobrizos no pasados de la civilización neolítica.[4] Las tierras y los aprovechamientos comunales, en los que mostró tanto interés la reina doña Juana, carecían de importancia junto a aquella terrible explotación de las encomiendas que se apoyaba en el laboreo de los nativos, dominados por el fuego y por el látigo, encadenados a la industria de los lavaderos de oro, día y noche, extrayendo el dorado metal que era, con razón —como había dicho Hatuey— el amo y señor de los crueles y terribles colonizadores llegados de allende los mares.

EL REGIMEN DE LA PROPIEDAD

Un sistema de esta índole, en el que el hombre era propiedad del hombre, aunque los reyes lo hubieran disfrazado, junto al cual, desde muy temprano, se estableció la esclavitud del negro, tenía que proteger, extensa e intensamente, el régimen de propiedad.

La raza indígena sucumbía bajo una maraña de papeles y de disposiciones, que los españoles llamaron "leyes de indias", y las cuales, para mayor gravedad, no se cumplían. Surgió entonces un régimen aún más abominable, al crearse la hacienda y el solar, grandes y pequeñas porciones de terrenos rurales y urbanos, que acapararon el gobernador y sus amigos. Pasamontes, Conchillos, y una pandilla de rábulas y de hombres sin entrañas, en la corte de España, se vieron de la noche a la mañana convertidos en propietarios ausentistas, a los que no les importaba otra cosa que sus ganancias y utilidades ilícitas.

Aparecieron, luego, las mercedes y los hatos, destinados a la cría de ganado vacuno; los corrales, a la de cerdos; y las estancias y sitios, a la labranza y el cultivo; y, finalmente, la caballería y la peonía, la primera concedida a los caballeros y las segundas a los peones, que constituyen, sin duda, el origen de los grandes latifundios del café, el tabaco, la caña y el ganado.

BARTOLOME DE LAS CASAS

La expoliación y despiadada matanza de los indios, movió a misericordia el alma serena y pía del padre Fray Bartolomé de las Casas. Se embarcó para España — había venido a Cuba después que Velázquez— a pedir justicia para los indígenas.

Seguramente Las Casas estaba arrepentido de haber poseído una encomienda. Las sagradas escrituras le dieron luces. Visitó al rey católico. Se entrevistó con Juan Rodríguez Fonseca, obispo y escribano de Indias, que lo recibió con asperezas. Conversó con Lope Conchillos, que disimulaba su contrariedad, bajo la máscara de una fingida cortesía. Era una tarea inútil la de Las Casas. Seguramente, el santo padre ignoraba el terreno que pisaba. Los más altos dignatarios del clero y de la corte poseían encomiendas. Fonseca, ¡qué herejía!, era propietario de dos mil indígenas, Conchillos superaba el millar, y Juan Cabrera, de la alcoba del monarca, pasaba de los quinientos. Hasta el Foro, en la corte peninsular, estaba complicado en aquel crimen lleno de sangre. Los primeros magistrados de Indias habían manchado sus togas con el licor que destilaba aquel oprobio.

Las Casas sufrió el contratiempo de la muerte del Rey. El cardenal Cisneros, talentoso estadista, había sustituido al monarca en la dirección del reino, y recibió amablemente al sacerdote. Era el prelado un hombre austero, enérgico, de carácter firme, identificado con el interés del Estado y de la Iglesia, de miras superiores a las mezquindades del egoísmo, y de una gran experiencia administrativa y política. Pero la comisión de religiosos gerónimos designada para estudiar el caso, no hizo nada. El destino de taínos y ciboneyes continuó su

ruta implacable hacia su desaparición. Las ordenanzas de Zaragoza, de 9 de diciembre de 1518, dejaron intacto el régimen de las encomiendas. Y Las Casas regresó a la Isla convertido en protector de los Indios, contemplando con tristeza el fracaso de sus nobles aspiraciones cristianas.

CUBA Y LA CONQUISTA DE MEXICO

Rico y poderoso, Diego Velázquez no se sentía satisfecho, y ambicionaba una suma de mayores riquezas. Soñaba con la conquista de México y armó primeramente dos expediciones. No tuvieron éxito. Los capitanes que designó no tenían pulso para tamaña empresa. Enamoró a Vasco Porcallo de Figueroa, "personaje digno de una de las comedias bárbaras de Valle Inclán"[5], venido con él a la conquista y convertido en uno de los colonos más ricos de la Isla. Porcallo declinó. Entonces Velázquez cometió la torpeza de encargarle la tercera expedición a Hernán Cortés, alcalde de Santiago, con quien había tenido varios disgustos. Cortés aceptó enseguida. La alegría se le salía por los poros.

Cuando Velázquez comprendió su error, quiso destituir a Hernán. Este, más listo, más audaz, más inteligente, se hizo a la mar y desconoció la orden. "Quien logra el triunfo, tiene la razón", pensaba el futuro dominador de los aztecas.

Velázquez despachó detrás del extremeño a Pánfilo de Narváez, con la cuarta expedición. "Tomarás preso a ese insolente". Narváez no se enfrentaba ahora con indios superticiosos y bobalicones, sino con gente aguerrida y experta, adiestrada por Cortés, genio de la intriga y de la ambición sin límites. Era una pelea sin alternativas. Narváez no quiso aceptar una embajada que le envió su rival. Subestimó a su contrario que era un anguila. Fue demasiado lejos. Una tarde, Cortés lo sorprendió en Zempoala, y, amparado en las sombras de la noche, lo derrotó decisivamente, perdiendo Pánfilo un ojo en la batalla.

Los últimos años de Velázquez fueron amargos, tristes, solitarios. Viudo, amancebado con una mujer inferior, vivía en la soledad y en el dolor, mordiéndose al recuerdo del victorioso conquistador de México, que lo había ridiculizado con Carlos V, rey de Castilla y Aragón a despecho de no saber el español.

Después de dos o tres intentos de residencia, vino la definitiva y el juez Juan de Altamirano lo acusó. Nada de esto era nuevo. Todos sabían cómo se las gastaba el segoviano. Pero ahora los cargos tenían validez. Detrás estaba la justicia real. Velázquez no pudo resistir los embates de una persecución tan

poderosa. Murió el 12 de junio de 1524. Había gobernado la Isla durante casi tres lustros. Dejó el país despoblado y empobrecido. Y lo mismo que le ha sucedido a Cortés, en México, que asesinó a Cuauthemoc —y todos por ello le condenan— a nadie se le ha ocurrido en Cuba, todavía, en cerca de quinientos años transcurridos a la fecha, darle el nombre de Velázquez a un solo pueblo de la Isla, lo cual, si lo entendemos bien, constituye el fallo definitivo de la historia a su administración y a su gobierno.

IV

HERNANDO DE SOTO

La caída de un jefe dictatorial que ha gobernado largamente, provoca el desorden y la anarquía. Los resortes del poder se debilitaron. Los sucesores de Velázquez carecieron de autoridad. Llegó a abrirse paso la creencia de que licenciados y abogados estaban incapacitados para el mando.

Mientras se resolvía en España a quién se le confería el gobierno, fue designado gobernador interino el regidor Manuel de Rojas. En los siete meses que duró la provisionalidad, Rojas persiguió y mató a los indígenas que se sublevaban. Un cacique rebelde, el indio Guamá, alzado en los campos de Baracoa, fue una de sus grandes preocupaciones. El jefe aborigen se burlaba de él, lo toreaba a su gusto; bajaba y subía a la Sierra Maestra; ejecutaba a los españoles; los empalaba; los apuñaleaba al descuido, y sembró el terror. Triste destino el de este valiente y legítimo capitán de nativos. Doce años más tarde, el mismo Rojas, frenético de odios y de resentimientos, en otra interinatura, logró capturarlo, y lo mató exhibiendo su cabeza. El caudillo, muy superior a Hatuey, aunque no quieran reconocerlo nuestros historiadores, dejó en la estela de su vida la semilla de la libertad y la independencia.

Al fin, un pariente de Velázquez, conquistador y poblador de los primeros, Gonzalo de Guzmán, se hizo cargo del gobierno en propiedad. Durante cinco años largos, este sátrapa robó y mató a su antojo. Su primer problema, que llegó a ser su gran problema, fueron los indios. Como la conquista de México y el Perú, donde la plata del Potosí formaba montañas, tenía encandilados a los colonos, la Isla se vació, y los indígenas llegaron a constituir una amenaza muy seria. Carlos V, con su labio colgante, como todos los austrias, con sus ojos profundos que desmentían la flaqueza de sus rasgos, prohibió bajo pena de muerte que los vecinos abandonaran a Cuba, y dispuso, además, que se fortificaran los puertos y que se tratara bien a los indios. Y la Real Célula de 1528 obligó a resolver todos estos problemas.

En los sucesos acaecidos desde 1492 a 1540, no encontramos más hechos que aquellos que simbolizan el dolor y la muerte. La grandeza del Renacimiento, que transformaba la crueldad de la Edad Media, no nos favoreció en ninguno de sus detalles. Cuba comenzaba a recorrer su destino de pueblo esclavizado.

Mientras tanto, el mundo se estremecía al conjuro de acontecimientos extraordinarios. Guttenberg inventaba la imprenta y, a su impulso, renacían las letras en Italia y las artes en Francia, bajo el pontificado de León X. Carlos V se imponía en Francia y en Alemania, derrotando a Francisco I, y la Gran Albión, la pérfida Albión, se preparaba para recibir el brillante reinado de la tempestuosa y admirable Isabel.

La Reforma, que debía minar en sus cimientos el poder anómalo de los papas, estaba en su apogeo. La predicaba Lutero en Alemania, Zwingle en Suiza, y Calvino en Francia.

Vasco de Gama había doblado el Cabo de Buena Esperanza; Pizarro dominaba a su antojo el rico imperio de los Incas; Doria acaudillaba una revolución en Génova; nacía Ignacio de Loyola; y moría en la fantasía de su leyenda, el caballero Bayardo, vivo ejemplo de heroísmo para las generaciones venideras.

En este ambiente, en el que convivían los más groseros materialismos, Carlos V, que se ocupó bastante de Cuba, envió a gobernar la Isla al Adelantado Hernando de Soto. Este no pensaba en Cuba. Soñaba, como Ponce de León, en conquistar la Florida, y acaso también la eterna juventud.

Para explicar la conquista de la Florida, siempre frustrada, se han ofrecido diversas versiones. Una, las ansias de Carlos V de construir un imperio universal; otras, la ambición de oro y de riquezas de Hernando de Soto, y los deseos de España de evitar la pérdida de sus colonias, frente a la invasión del nuevo mundo por Inglaterra, Francia y Holanda. En realidad, las tres versiones son ciertas y no se excluyen.

Hernando de Soto, casado con doña Isabel de Bobadilla, nieta de uno de los verdugos de Colón, se presentó en Santiago de Cuba, al frente de una gran flota, capitaneada por la *San Cristóbal*. La población, creyéndolo un poderoso pirata, corrió a esconderse, presa del pánico. Cuando comprobó su error, muy natural en aquella época, recibieron a Hernando a todo lujo. Danzas, juegos de caña y toros, joyas de oro y plata, sedas, brocados... A De Soto todo eso le importaba un comino. Su obsesión era la Florida. Dejó a doña Isabel, casi a la intemperie en una choza, y, llevándose a Porcallo de segundo, salió para el norte, dejando nuestra Isla completamente arruinada. El obispo Sarmiento se quejaba

con amargura. "¡Cuánto daño nos ha causado Hernando" —le escribía a Carlos V.

Durante los años que duró esta espléndida aventura, gobernó la Isla Isabel de Bobadilla, la primera y única mujer con autoridad delegada en Cuba. En realidad, los que ejercían el poder, en calidad de tenientes, eran, en Santiago, el apocado y envejecido Bartolomé Ortiz, y en la Habana, el sagaz y enérgico Juan de Rojas, desarmado y casi solitario. Esta trilogía de mandatarios apenas acertaba. No se atrevieron a poner en vigor las ordenanzas de Carlos V, disponiendo el cese de las encomiendas. La Bobadilla vivía en suspenso, esperando noticias de su marido. Porcallo había regresado de la Florida, en ridículo, y contaban su odisea, riendo por lo bajo. Cuando después de ansiedades y emociones, llegó la noticia del deceso de Hernando, descubridor del Mississippi, doña Isabel, desolada, inconsolable, y Ortiz y Rojas, desesperados por soltar el mando, cedieron el gobierno a Juanes Dávila, el dos de febrero de 1544.

DE LAS ENCOMIENDAS A LAS ORDENANZAS

Juanes Dávila era un abogadillo sinvergüenza al que no le faltaba talento. Casó con doña Guiomar de Guzmán, viuda del contador Pedro de Paz, que era rica. Doña Guiomar tenía 53 años, y Juanes 28. Este matrimonio absurdo sino fuera por el oro de la Guzmán, inspiró a Bacardí, muchos años después, una novela de época, cosa rara, pues los cubanos, sino es para polemizar, escriben poco, y libros mucho menos.

El joven gobernador, modesto y humilde, acuciado por el mando y las riquezas, pidió prestados a Carlos V tres mil pesos para fomentar un ingenio. El emperador no se los dió. Y el gobernador no implantó tampoco las ordenanzas imperiales. En su lugar fundó un hospital, construyó el primer acueducto, y levantó la casa de gobierno, reuniendo el dinero compulsoriamente "a la brava". Al edificio, desde entonces, se le llamó "la casa del miedo".

Descuidado, negligente, crapuloso, Dávila se entregó a los excesos. Mientras rumbeaba escandalosamente, los piratas asaltaban y saqueaban la Isla. El obispo decía que el joven gobernador era "injusto, ladrón, y enteramente malo en su persona y en su oficio". Naturalmente, se lo llevaron de Cuba. Le formaron juicio. Lo residenciaron. Y doña Guiomar, que adoraba el chisme y el adulterio, no le siguió. Se quedó en Cuba para seguir robando al socaire de los gobernadores de turno.

En 1546 la isla de Cuba estaba arruinada y sus perspectivas eran tenebrosas.

El oro se había extinguido y la venta y exportación de ganados estaban paralizadas. A esta crisis interna se sumaban otras causas exteriores más decisivas. La piratería, los nuevos descubrimientos, los cambios de rutas marítimas, y especialmente la terquedad de Francisco I de Francia, el Valois consentido y malcriado. Cuando Carlos V requirió a su homónimo, para establecer reglas de paz, recibió de su orgulloso antagonista una negativa rotunda. El rey de las Galias quería mantener amistad e inteligencia con los soberanos de Indias.

En estas condiciones sustituyó a Dávila un hombre honrado: Antonio de Chávez. Este infeliz, pues no era otra cosa, tomó en serio el fin de las encomiendas, y comenzó una lucha a brazo partido con los dos grupos coloniales que imperaban en la Isla. El de doña Guiomar, débil pero temible por sus calumnias; y el de todos los interesados en eludir el cumplimiento de las ordenanzas. De Chávez perdió la partida. Era increíble que las ordenanzas de Carlos V no se respetaran. Pero así era.

A mil pesos llegaron las recaudaciones en 1547. Y a diez mil el producto de los cultivos. El descontento se originaba en la miseria y la miseria en el descontento. Estos círculos viciosos, tan frecuentes en nuestros pueblos, son los padres del desarreglo y de la revolución, a veces sin causas que los justifiquen. Surgieron los opositores morales que se dolían de la situación de la colonia. Un descendiente de Diego Velázquez, mestizo, talentoso, educado en Sevilla y en Alcalá de Henares, en estilo elegante y suelto, pues escribía muy bien el castellano, acuñó una frase sobre Cuba que sintetizaba esta época, o cualquier otra: "¡Triste tierra, como tiranizada y de señorío!"

A los cincuenta años de su colonización Cuba, en todas sus actividades, era una sombra vacilante que se desvanecía. A Chávez le sustituyó Gonzalo Pérez de Angulo, cobardón y rapaz, al que le tocó en suerte promulgar las ordenanzas, anulando para siempre la Encomienda. Aquella mancha de la colonización, aquel abuso indescriptible, aquel asco legal, había terminado. Hay historiadores que se deshacen en elogios para el nieto de los Reyes Católicos. Pero hay otros, y son los que están en lo cierto, que aseguran que las ordenanzas rigieron porque los indios se habían acabado.

LA HABANA CAPITAL DE CUBA

Como ya la Habana, a consecuencia de los cambios en la navegación y en el tráfico marítimo, había desplazado en importancia a Santiago, sucesora, a su vez, de Baracoa, Pérez de Angulo, que especulaba con la moneda, pasaba la mayor

parte de su tiempo en aquella villa occidental. Protestaron los munícipes habaneros de esta invasion de facultades. Y Pérez propuso que se proclamara la Habana como capital de la Isla. En definitiva, después de muchas controversias y líos, la Habana vino a convertirse en la capital el 14 de febrero de 1553.

Los años de 1554 a 1555 fueron tremendos para la tranquilidad y el sosiego de la Habana y Santiago, los dos puertos cumbres de las costas cubanas. Corsarios y piratas entraban y salían de esas ciudades, dejando tras de sí el rastro de la miseria, el espanto y la muerte. La actuación de Pérez Angulo fue desastrosa por la cobardía y la incapacidad con que se condujo aquel gobernador.

Jacques de Sores, pirata audaz y cruel, contaba con el respaldo de sus compatriotas, los franceses, que lo subvencionaban. Puso sus ojos en aquellas dos villas y las saqueó metódica y acuciosamente, sin compasión para nadie. El asalto a la Habana fue particularmente largo. De Sores entró en la ciudad en el mes de julio y se retiró en agosto. El mes de julio ha sido en Cuba muy propicio al vandalismo. Pérez de Angulo, muerto de miedo, se escondió en Guanabacoa, pobrísima aldea, con su familia, su dinero y sus joyas.

Juan de Lobera, "joven de gran pecho", de inmenso valor personal, salió en defensa de la capital. Cuando Pérez de Angulo quiso regresar a la Habana, en ayuda de Lobera, ignorando que éste había pactado una tregua, De Sores, creyéndose engañado, pasó sangrientamente la población a cuchillo. Milagrosamente refugiado en una torre, Lobera salvó la vida y Pérez de Angulo, aborrecido y execrado, terminó su gobierno y se sometió al juicio de residencia.

SEGUNDA EPOCA
DE LOS GOBIERNOS MILITARES
1556-1607

V

LOS CAMBIOS EN LAS RUTAS MARITIMAS

El reinado de Carlos V duró casi cuarenta años. Desilusionado, enfermo, fatigado moral y materialmente, el emperador abdicó todos sus reinos y se retiró al monasterio de Yuste.

La corona de España, el reino de Nápoles, los ducados de Milán y de Flandes, el Franco Condado y el Luxemburgo, territorios estos últimos de la poderosa casa de Borgoña, los heredó su taciturno hijo Felipe.

A semejanza de su padre, este monarca altivo y dominante, vino a ocuparse de Cuba después de largos años de ejercer el poder con más absolutismo, si cabe, y es mucho decir, que su poderoso antecesor. Pero tenía simpatías por la Isla. Fabricó El Escorial con maderas finas de nuestros montes. Subvencionó la siembra de caña y autorizó los préstamos que convirtieron a Cuba en la azucarera del mundo.

Durante el reinado de Felipe II se formó en Cuba una conciencia que marcó pauta. La contradicción entre españoles venidos de la península y españoles nacidos en la Isla, adquirió con las primeras generaciones de criollos un carácter definido y propio, precursor de grandes luchas. Los peninsulares acataban y sostenían el principio de la integridad nacional; los criollos aspiraban a decidir en los destinos del país, que era realmente de ellos y que la Metrópoli trataba con increíble desprecio.

En menos de medio siglo, la isla quedó convertida en el crucero de los mares antillanos. Ni Santo Domingo, ni México, ni ninguno de los puertos del centro de América, podían competir con la Habana. Esta era el paradero de todas las naves. De aquí que se le denominara "llave del golfo".

Al partir de Sevilla, las naves tomaban el rumbo de Canarias y de éstas venían a las antillas menores, al Caribe, a las islas vírgenes, a Puerto Rico. Por otra parte, las destinadas al tráfico de Nueva Granada y el Perú se dirigían a Puerto Bello y Cartagena.

Y por último las que salían de *La Española*, desplazada por Cuba, avanzaban por el sur y tomaban su rumbo al llegar a la altura de isla de Pinos, atravesaban el estrecho de Yucatán y fondeaban en Veracruz. Los viajes de regreso se efectuaban por el Atlántico del norte; penetraban en el canal de la Florida, torcían rumbo al Este y ponían proa a las Azores y a España. Cuba se había desbordado hacia occidente.

MENENDEZ DE AVILES Y LA FLORIDA

Siendo la navegación y el dominio de los mares la cuestión más importante para España en el siglo XVI, Felipe II envió a las antillas a un marino de gran jerarquía, a don Pedro Menéndez de Avilés, general de la armada de Indias y personaje más relevante que Hernando de Soto.

Elegante, cruel, despiadado, el favorito de Felipe encarnaba la figura del caballero antiguo, estirado tipo de jubón y espada, peligrosa ésta bajo las chapas redondas del pomo que la mano oprime cubriéndola de fino encaje.[1]

A Felipe II le urgía destruir el protestantismo en la Florida, el contrabando, el corso, que la navegación entre la Metrópoli y las colonias habían desarrollado. Fue preciso reformar el servicio de flotas. Se creó la "habería". Un impuesto para pagar expediciones al nuevo mundo. Veedores, contadores, maestres, pilotos, cosmógrafos, integraban las tripulaciones. La Casa de Contratación organizaba las nóminas, y los comerciantes pagaban.

En épocas de Menéndez de Avilés, a quien Cuba le interesaba poco, gobernaron la Isla, Diego de Mazariegos, Francisco García Osorio, Francisco de Zayas, Diego de la Ribera, y otros.

Hubo uno de ellos, García Osorio, que se le reviró al general de la Armada, que le odiaba desde los tiempos en que vegetaba en la Casa de Contratación de Sevilla. Osorio no se andaba por las ramas. Gobernó con mano de hierro. Fusiló. Ahorcó. No celebraba juicios para dictar sus atroces sentencias. "Trece hombres, de una nave apresada en Matanzas con algún contrabando, fueron colgados a la vista del vecindario".

Avilés, regresó de la Florida y sometió al rebelde. Restablecido el orden, el favorito de Felipe II tomó el rumbo de la corte. El monarca supo de sus labios que le había sido más difícil dominar a Osorio que disponer de los hugonotes de Ribaut y Landoniere en la Florida.

Menéndez de Avilés no pudo conquistar la Florida, ni dirigir la Armada

Invencible creada por el Rey de España. En sus afanes de acumular dineros para sus grandes aventuras en tierras norteñas, Menéndez fue el creador de los *situados* mexicanos, grandes sumas de dinero que el virreinato de la Nueva España enviaba a Cuba. Cuando regresó nuevamente a España, en uno de sus frecuentes viajes, ya su Majestad Católica era un rey victorioso. Había vencido a los franceses en San Quintín; había firmado la paz de Chateau Cambresis; había derrotado a los turcos en Malta y en Lepanto. Su hermano, Juan de Austria, se cubrió de gloria y Miguel de Cervantes perdió un brazo.

En 1574, murió el gran almirante don Pedro Menéndez de Avilés. Su destino se había terminado. Sus glorias quedaron archivadas en el panteón de los hechos por realizar. Pudo haber sido y no fue. Son incontables las personas a las que les ha pasado lo mismo.

LAS ORDENANZAS DE CACERES

Al morir Menéndez Avilés los mandos militares fueron rectificados. Vino a gobernar la Isla el capitán de los Tercios de Flandes Gabriel Montalvo. Cesó con este militar estúpido y rapaz la subordinación de Cuba a la Florida. Montalvo fue un gobernante desastroso y los colonos le odiaban. Finalmente, Alonso de Cáceres lo residenció, enviándole preso a la Corte.

Oidor eminente, "letrado y juez de larga experiencia", Cáceres dejó en la Isla mayor huella que los demás personajes que a ella vinieron, en sus primeros tiempos. Sin ser gobernante, sino visitador, introdujo en la colonia, con sus famosas ordenanzas, reformas sustanciales que resultaron ventajosas.

Con ideas muy concretas y con una visión inteligente y bondadosa, Cáceres entendía que la justicia era el instrumento más importante de la colonización, y la política más eficaz del buen gobierno. Si España hubiera tenido presente esta admirable síntesis de comportamiento público, los hechos serían distintos. De ahí que Cáceres fuera favorable a que los cargos de oidores se cubrieran con personas bastante avezadas no sólo en letras y derechos civiles y canónicos, sino también que fuesen sanas y capaces, y que "tengan mansedumbre con valor". Frase sencillamente genial, que definía la colonia mucho mejor que los hechos. Equivalía a continuar fiel a la monarquía, sin dejar por ello de rebelarse contra los excesos de los opresores.

¿Cuáles eran las leyes de la colonia? Un verdadero laberinto. En efecto, regían al mismo tiempo, las leyes de Indias, las partidas de Don Alfonso, el Sabio; las cédulas reales; las ordenanzas del monarca; los reglamentos del gabinete, o

sus equivalentes. Los mandos, todos arbitrarios, estaban en 1575 anarquizados y exprimían con sus excesos a los colonos. Era la resultante, además, de tantas instituciones: Corte, Consejo de Indias, audiencia de *La Española*. Disposiciones múltiples, que las más de las veces, pugnaban entre sí, sin posible coordinación legal.

El gobernador continuaba siendo la autoridad máxima de la Isla, pero carecía de jurisdicción sobre el Castillo de la Fuerza, cuyo jefe, "más hombre de armas" dependía directamente de la corona. El gobernador de Cuba tropezaba con otra anomalía: estaba privado de esa propia jurisdicción sobre los puertos, cuando en estos se encontraba el servicio de flotas, que sólo se debían al general de la armada. Marinos, soldados, clases, oficiales, alferez, altos grados, cometían toda clase de tropelías, y hasta raptaban sus mujeres a los vecinos en los puertos, refugiándose después en las naves, donde no podían ser detenidos.

Cáceres era muy inteligente, y comprendió que todo aquello necesitaba freno, pero se limitó a reformar lo que podía ser reformado, en un ambiente tan inseguro como aquel. En los ochenta y ocho artículos de las ordenanzas, 1) confirmó a los ayuntamientos o cabildos la potestad de mercedar tierras; 2) creó, por elección, el cargo de procurador del Concejo; 3) suprimió el voto del gobernador en la elección de alcaldes, excepto en los casos de empate; 4) estableció el recurso de apelación ante el cabildo de los fallos del gobernador en los juicios de menor cuantía; 5) rebajó los aranceles judiciales aún más de lo que los había disminuido en su tiempo Francisco de Zayas; y 6) creó el cargo de teniente-gobernador-letrado, con residencia en Bayamo, para evitarle a los vecinos, en pleitos, los gastos de viajes hasta la Habana.

En cuanto a la esclavitud, bochorno y mancha, infamia y descrédito, dejó advertencias y observaciones que revelaban su generosidad y su espíritu crítico. "Los azotan con tanta crueldad —escribía a la Corte— que vienen ellos mismos a matarse, a echarse a la mar, o a huir de sus verdugos".

INSEGURIDAD Y POBREZA EN LA ISLA DE CUBA

En 1580 la población de Cuba todavía era muy escasa. Casi toda había nacido en la Isla. Las familias, sin nexo con el extranjero, se diferenciaban del tipo de los españoles que habían venido con los primeros conquistadores. Estos nativos no tenían preparación. No existían escuelas. Excepcionalmente, un rico vecino de Bayamo, Francisco de Parada, había legado en 1571 una buena suma de dinero para favorecer la instrucción. Las jerarquías se determinaban por los cargos oficiales o por el valor de los bienes poseídos. "Un inventario de los enseres del

contador Moncayo menciona no solamente buenos vestidos, esclavos y un coche de muías, sino también muebles finos y pinturas flamencas".[2]

En teoría, los blancos, sin distinción, gozaban de los mismos derechos. Existían tres clases: vecinos, forasteros y transeúntes. Todos tenían la obligación de servir con las armas en la mano a la colonia en caso de invasión, pero solamente los primeros estaban obligados al pago de los impuestos.

Entre los forasteros, a partir de la fecha antes señalada, en que Felipe II sumó a sus posesiones el reino de Portugal, vivían en Cuba portugueses y flamencos. Estos, por lo general, se dedicaban al contrabando, al espionaje, a menesteres turbios y penosos. Fueron siempre tan escasos que nunca resultaron un factor de apreciación en la colonización de la Isla de Cuba.

Historiadores hay que sostienen que el progreso de Cuba, durante la segunda mitad del siglo XVI, tomó un ritmo acelerado. Pero pecan de optimistas. A través de casi todo el período colonial, el crecimiento de nuestra economía sufrió severas desventajas a causa de la política mercantilista de España.

No hay dudas de que la vida económica de la Isla había prosperado, pero continuaba siendo pobre y rutinaria. El tráfico comercial, en las circunstancias prevalecientes, no resultaba lucrativo. Cuba contaba con tres posibles mercados exteriores: el primero era la Metrópoli, el segundo, las demás colonias españolas de América; y el tercero se componía de la pérfida Albión, de la rutilante Francia, y de la laboriosa Holanda, que estaba convirtiéndose paciente y enérgicamente en una potencia de primer orden.

Verdaderamente, estos mercados eran pura teoría, y quedaban reducidos a los dos primeros, antes señalados. Se consideraba que la colonia existía sólo para beneficio de la madre patria, que en realidad era una verdadera madrastra.

Las naciones occidentales estaban vedadas de comerciar con una Isla cerrada por severas restricciones impuestas al comercio internacional for Felipe II. Escaseaba el transporte; y el contrabando, en desbocado aumento, se convertía en un importante renglón de la economía de la Isla.

Concretando. El tráfico de bienes, como en los inicios de la colonia, quedaba circunscrito a España. A ésta se exportaban pieles y cueros secos sin curtir, desde luego a través de la odiosa casa de contratación.

A México, vendíansele caballos a precios fabulosos. Cuatro mil pesos cada uno. Y se le compraban telas, paños, vinos y otros objetos. De Honduras y Venezuela, en pequeña escala, se importaban productos agrícolas. En verdad, a fines del siglo XVI nuestra balanza comercial carecía de importancia y se

desconocían las estadísticas. El tráfico que crecía como la espuma, era el comercio de esclavos, instrumento de enriquecimiento de contratistas y funcionarios de la Metrópoli y de la Colonia.

¿Por qué este fenómeno? ¿Por qué esta repugnancia al comercio? La nobleza aborrecía el trabajo por estimarlo indigno de sus pergaminos. En consecuencia, el tráfico mercantil quedó en manos de negociantes genoveses, florentinos, portugueses, alemanes, flamencos e ingleses. Sabían estos sortear, con diabólica habilidad, las leyes dictadas contra ellos en la península. Estos traficantes fueron los primeros capitalistas. "A la gloria de los Fúcar corresponde por su dirección, el desarrollo de la economía dentro del viejo mundo, una gloria espléndidamente luminosa, aunque tardíamente reconocida".

EL GOBIERNO DE CARREÑO

De vez en cuando, en la décimo-sexta centuria, España enviaba a Cuba gobernantes escrupulosos y honestos. Eran los menos. Pero existieron. Después de Montalvo, vino don Francisco Carreño. Se trataba de un marino distinguido, de un hombre recto, intrasigente, y por algo de su vida interior o íntima, rencoroso, implacable.

Felipe II, le distinguía y habíalo designado almirante de la Armada Invencible. Carreño no aceptó. Prefirió venir a Cuba donde le esperaba la contradicción, el odio, la ponzoña y la muerte. Como tenía el espíritu absorbente y dominante de la época y de sus entorchados, puso la mano en todas partes. Limitó las mercedes a dos leguas a la redonda; suspendió los alcaldes; dictó su capricho a los ediles; persiguió a los religiosos y peleó con el obispo, Juan del Castillo, que le excomulgó. Carreño, indignado, le escribía a su rey. "No se puede vivir en esta villa descomulgado. No se puede hacer justicia, cuando el juez tiene el remedio tan lejos. Suplico a Su Majestad que se sirva proveer al servicio de su autoridad".

Felipe II siempre lo había atendido, pero en este caso —se trataba del clero— dió la callada por respuesta. Carreño se enfrascó, para su desgracia, en contiendas interminables con canónigos y sacerdotes. Pretendió expulsar a muchos de ellos de la Isla. La emprendió furioso con el constructor del Castillo de la Fuerza, acusándolo de cohecho, de hurto, de fraudes, de sabe Dios cuántos delitos. La justicia que pretendió impartir a aquel contratista de apellido Colona, si se quiere exagerada, fue la causa de su desgracia. Lo encarceló, le echó grillos. La esposa del perseguido, rebosante de odio, envenenó al gobernador. Murió éste con terribles dolores el día de su santo, el dos de abril de 1580, horas después de

haber comido un plato de manjar blanco. La parcialidad, o más bien la indiferencia, del que le sucedió interinamente dejó impune este crimen cuyo origen había sido el castigo de la malversación.

VI

RELAJAMIENTO DE LA AUTORIDAD

Después del asesinato de Carreño sobrevino en la historia de Cuba uno de los períodos más turbulentos que se conocen en la Isla, en el cual se destacan, con supremo colorido, el gobernador Gabriel Luján y el corsario Francis Drake.

Inició este proceso de desafueros el licenciado Gaspar de Torres, el contador Pedro de Arana, y el clérigo Diego Rivera. ¡Qué trilogía de pillos! Cuando le avisaron a Torres que llegaba su sustituto en el gobierno, se fugó con el dinero, y Rivera se apropió de cuatro mil ducados. Desde entonces, "todo fue confusión, todo cohecho".

Luján fue el primer gobernador que se llamó Capitán General. La resonancia de los grados dominó algo a los rebeldes que existían por todas partes, pero no fue capaz de detener a su pariente, el general de la Armada, Francisco Luján, ni al almirante don Alvaro de Flores, ni al joven impetuoso y sensual, Diego de Henríquez, hijo del virrey del Perú, a desconocer la autoridad de don Gabriel. El Henríquez pretendió raptar a la esposa del alférez Jorge Baeza. Este desenvainó su espada. Luján también. A la noche siguiente, Henríquez, que se había refugiado en las naves, bajó de ellas con ochenta arcabuceros y aterrorizó la ciudad. Después, se refugió de nuevo en la flota. Y sus hechos quedaron impunes. "Ah... —escribía Luján a su rey— mientras el gobernador no tenga autoridad sobre la Flota, será muy dura aquí su capitanía".

Luján quería gobernar y no podía, tropezó con todo el mundo y con todo el mundo salió mal. Quiso fabricar una cisterna para abastecer de agua al vecindario que se moría de suciedad y de sed, y Diego Fernández Quiñones, alcaide de La Fuerza, que lucraba con el precioso líquido, se rebeló. Hernández de Torquemada, que vestía muy bien este apellido, suspendió al buenazo de don Gabriel de empleo y sueldo. Aquella noche, encerrado en una celda, ¡el gobernador! sus enemigos le dieron una cencerrada, acudiendo, a caballo, a cantarle bajo las ventanas de su cárcel. "Dios te perdone gobernador, que ya no lo serás más".

Felipe II repuso a Luján enérgicamente y comenzó la segunda etapa de su mando.

FRANCIS DRAKE

La isla de Cuba fue siempre objetivo primordial de piratas y contrabandistas. En ésta época se destacaban el francés Richard y el inglés Drake. Richard fue ahorcado, y Drake enaltecido, naturalmente, por los ingleses.

"Drake —dice André Maurois— era el marino de las novelas de aventuras. Aliado a Juan Hawkins, desde muy joven, ambos practicaban la Piratería y el corso con un sentido comercial y bursátil. En 1562, Hawkins se apropió de un lote de africanos y los cambió por azúcar y ginebra. Este canje lo convirtió en el hombre más rico de Plymouth. Más tarde, después de algunos otros viajes, en el súbdito más rico de Inglaterra".

Al amparo de estas aventuras, en las que el oro y la sangre corrían en cantidades parejas, Hawkins y Drake se aliaron secretamente a Isabel de Inglaterra. La reina jugaba doble. En público, condenaba la piratería. En privado, cobraba, deleitosamente, sus pingües participaciones. Cuando su ex-cuñado, Felipe II, que se daba cuenta de aquella tomadura de Pelo, protestó airado, Isabel declaró que Hawkins se había equivocado, que las posesiones españolas debían ser respetadas y que los marinos que violaban las leyes internacionales lo hacían por su cuenta. Pero el juego y la especulación continuaron. Con una desfachatéz muy propia de un soberano, tomó a Hawkins a su servicio y le hizo tesorero de la flota británica.

Si no hubiera sido por Drake, España habría conservado el dominio de los mares. Poseía el corsario una audacia y un valor sin límites. Se apoderó de los tesoros de El Dorado. El botín fue inmenso, 326,580 libras esterlinas. El embajador de España se atrevió a penetrar en las recámaras de Isabel y a protestar iracundo. La hija de Enrique VIII, con hipocresía, bajó los ojos y aseguró que no sabía nada, y cuando esto afirmaba, con una sonrisa indefinible, ya había cobrado muy regiamente su parte en el botín.

En 1585, Drake mandaba una escuadra de veinte bajeles y dos mil trescientos bandidos de la peor laya. Amenazó la Habana. Don Gabriel, zarandeado de aquí para allá, se aprestó al combate con una energía inverosímil. Vino Manrique de Rojas, el vecino más rico de Cuba, espantado ante la perspectiva del saqueo. "De manera —pensaba Luján— que con estos refuerzos podremos rechazar a ese pirata de todos los demonios".

Apostados sobre las armas, marinos, soldados, voluntarios, civiles, en las playas de la capital, esperaban emocionados la hora del combate. Pero Drake era

muy astuto. Una ojeada, desde el Puente de mando de la capitana, le bastó para comprender que el ataque era riesgoso, que las bajas serían muchas, y que los rescates no compensarían tantas pérdidas. Revisó su itinerario y pasó de largo. Luján respiró tranquilo. Entregó el mando. Y murió después de muchos años en su pueblo natal, que era Madrid.

UN GOBERNADOR DE EMPUJE

Las increíbles y repetidas empresas de Francis Drake asustaron a Felipe II y decidió crear la armada de Barlovento, renovar el Consejo de Indias, y fortificar los lugares más estratégicos de las antillas. Signo ostensible de estas reformas, fue la llegada a la Habana, con la armada que comandaba Alvaro de Flores, del maestre de campo Juan Tejeda y del ingeniero italiano Batista Antonelli, portadores ambos de un plan de defensa insular.

Para fortuna de Cuba, en estos momentos, el nuevo gobernador Tejeda era de un carácter independiente, un sujeto orgulloso y dominante. Había peleado en todas las guerras habidas y por haber, y tenía una enfermedad, que los huesos los soltaba en pedacitos.

Los gobernadores como Tejeda no toleran competidores, y pronto se rebeló contra la dualidad del mando. "Estando yo en la Habana —le escribía a Felipe— no permitiré otra jurisdicción que la mía.

Y si no se dieren órdenes para remediarlo, como lo pido, no admitiré esta situación, aunque V.M. disponga que me corten la cabeza".

Fuese por esta actitud irrevocable, o fuese porque el protector de Tejeda había sido Juan de Austria, lo cierto es que Felipe le concedió por derecho lo que siempre había negado, de hecho, a los demás gobernadores de Indias.

Un hombre enérgico vale por dos, y si además es honrado, vale por un gobierno. Tejeda realizó su tarea de modo cabal. Levantó dos castillos en la Habana. Uno, el del Morro, y otro, el de La Punta. Armó varias fragatas. Y bajo la dirección técnica de Antonelli, terminó las obras de la zanja comenzadas en 1546. "Desde entonces —escribíale a su rey— empezó a surtirse de la acequia un pueblo que antes no bebía más agua que la que le caía del cielo".

Un día, Antonelli, ingeniero de aquellas dos fortalezas, que ocupan actualmente los mismos lugares que entonces, le dijo:

—Ud. sabe, señor gobernador, que el que domine La Cabaña será dueño

de la ciudad?

La filosofía de esta observación se ha cumplido varias veces.

FELIPE II Y LA INDUSTRIA AZUCARERA

A fines del 1594 la Habana había crecido y su población era importante. Felipe II le expidió título de ciudad y aumentó a doce el número de sus regidores.

Al salir del gobierno colonial, en dirección a la capitanía de Barleta, en Italia, por su propia voluntad, el excelente Tejeda, y entrar en el mando de la Isla el nepotista Juan Maldonado, Felipe II tenía los ojos puestos en nuestra Isla y quería beneficiarla. El azúcar había alcanzado precios elevadísimos, y el monarca resolvió comenzar por favorecer la siembra de caña.

Existían tres clases de ingenios. Los movidos por agua, los de ruedas voladoras tirados por caballos, y los pequeños trapiches, trabajados por negros esclavos. Felipe dió a los primeros ocho mil ducados; cuatro a los segundos; y dos, a los terceros. Los hacendados, después de muchas gestiones en la corte, que todo no fue obra del rey, quedaron en devolver los dineros prestados a los ocho años. En realidad, no los pagaron jamás.

Ni que decir hay que Maldonado obtuvo un ingenio para uno de sus hijos. Auxiliado por un criado suyo, que le daba muy buenos consejos, y que descubrió la hoja del tabaco, contribuyó a resolver el problema de la mano de obra por medio de un asiento conferido al portugués Pedro Gómez Reynel.

LA ISLA DE CUBA SE DIVIDE

EN DOS GOBIERNOS

Felipe II no alcanzó a ver el siglo XVII. Murió el 30 de junio de 1598, y su desaparición del mundo físico marca la decadencia del imperio español. Cuando se sintió enfermo se hizo trasladar al Escorial. Su cuerpo era una verdadera llaga y los gusanos pululaban entre las úlceras sin que fuese posible extinguirlos. Murió sin exhalar un quejido. Tenía los ojos puestos en el mismo crucifijo con el que murió Carlos V y sólo habló para decir que tenía fe en la iglesia de Cristo.

Le sucedió su hijo Felipe III, nacido del cuarto matrimonio con Ana de Austria. El heredero tenía 21 años. Era inepto y pusilánime. Su padre no lo creía

apto para gobernar y se le atribuye esta frase: "Dios, que me ha dado tantos estados, me ha negado un hijo capaz de regirlos".

Felipe entregóse al gobierno de los favoritos. El impulsivo marqués de Denia y el orgulloso duque de Lerma, se repartían sus favores. Distribuyeron los mejores y más jugosos cargos entre sus validos, y luego, considerando sus rentas, vendían esos oficios, entronizándose una gran corrupción que se extendió a todo el reino, y a las colonias.

Para sustituir a Maldonado se diputó a don Pedro Valdés, sobrino de Menéndez Avilés, que había venido a Cuba con su tío años antes. Más rígido que Tejeda, mejor administrador que Maldonado, don Pedro era insoportable. Destituyó y encausó al tesorero Ruiz de Castro; encarceló a Gerónimo Quero el castellano del Morro, y metió la colonia en un puño. Honrado, claro que lo era. Pero podía haberlo sido sin acritud, sin amargura, sin aquella inconformidad que le acompañaba en todos sus actos. Sus enemigos —todos los funcionarios de la colonia— decían que vivía con ese mal genio porque había sido cautivo de los ingleses al hundirse su galeón, perteneciente a la Armada Invencible, cuando en guerra con Isabel, los elementos dieron cuenta de la escuadra de Felipe de Austria.

"Dizen que soi rezio e áspero de condición" —escribía Valdés a la corte". Y en efecto, el Capitán General no lo negaba, pero quería evitar —según él— que en la Isla siguiera impartiéndose justicia "entre compadres".

Enemistado finalmente con Juan de Villaverde, alcaide de El Morro, no fueron pocos los choques que tuvieron. Villaverde quería usar bastón y cojín de terciopelo en los actos públicos, y don Pedro se lo prohibió. "Si no lo hubiera hecho así —preguntaba— ¿cuál sería la diferencia entre los dos?"

Durante el mando de Valdés se intensificaron las incursiones de corsarios y piratas. La Armada de Barlovento había sido un fracaso y los mares del sur, desguarnecidos, eran pasto de los filibusteros. En Bayamo crecía el contrabando. Don Pedro se vió obligado a procesar a todos los vecinos de aquella villa. Canónigos, eclesiásticos, alcaldes, regidores, empleados civiles, oficiales, militares, estaban complicados. El pirata Gilberto Girón invadió la ciudad y fue muerto en combate por un esclavo, Salvador Golomon, que peleaba junto a su amo. Se cantaron loas en favor de aquel siervo, y un escribano compuso un poema, *Espejo de Paciencia*, que muestra el ambiente y la literatura de la época.

Después que Felipe III logró hacer las paces con Inglaterra, ya muerta Isabel, y firmó la tregua de Amberes, con Holanda, se dedicó a estudiar la situación de Cuba. Una Real Cédula, de 8 de octubre de 1607, dividió la Isla en dos gobiernos: La Habana y Santiago.

Este nuevo régimen respondía al deseo de eliminar luchas y rivalidades entre gobernadores. Naturalmente, las aumentó, y don Pedro Valdés, al que no se había consultado, se consideró desairado. Cuando supo que el gobernador de Santiago lo sería Villaverde, su disgusto no tuvo límites, y, desilusionado con su rey, pidió su relevo, reservándole a un interino el cuidado de entregarle el Oriente a quien tantos contratiempos le había ocasionado.

TERCERA EPOCA
UN SIGLO DE FILIBUSTEROS, PIRATAS, CORSARIOS Y BUCANEROS
1607 - 1697

VII

LA LUCHA POR EL DOMINIO DE LOS MARES

El siglo XVII fue un siglo turbulento. El destino se encargó de trastornarlo, y la ambición de los hombres predominó sobre la paz de los pueblos, ajenos a su verdadera soberanía.

Además de su significación típicamente guerrera, la décimo-séptima centuria representaba la inevitable consecuencia de las guerras religiosas, finalmente transformadas, al llegar el siglo XVIII, en numerosos conflictos políticos y económicos, en que se vieron envueltas casi todas las naciones del viejo continente.

Para España, el XVII, fue un siglo desastroso. Francia, Inglaterra y Holanda, envidiosas de su grandeza, la retaron en el mar y en la tierra, y los resultados fueron adversos para la Casa de Austria, reinante en la península. A la postre la desmembración del extraordinario imperio de Felipe II sería una realidad.

La lucha en los mares comenzó porque las potencias centrales jamás quisieron reconocer a España el monopolio del comercio en las aguas circundantes a las tierras conquistadas por los descubridores. Existía una línea marítima que se llamaba de la "amistad". Hasta aquí debían respetarse los intereses comunes, pero más allá de esa línea, los gobiernos nada podían reclamarse recíprocamente y sus barcos quedaban en libertad de hacer lo que les viniera en ganas.

España, erróneamente, dejó la solución de aquel problema al imperio de la fuerza. Y la fuerza fue la política que emplearon constantemente sus rivales: Inglaterra, Francia y Holanda.

Si para Europa el XVII fue un siglo guerrero, para América resultó un siglo filibustero. Corsarios, piratas, filibusteros y bucaneros, a los que los españoles llamaban indiscriminadamente, *pechelingues* (es decir, pagar pecho o tributo) no eran iguales ni suponían la misma cosa. El corsario era un vasallo de su rey. El pirata procedía por su cuenta. El filibustero actuaba en connivencia con alguna compañía de Indias. Y los bucaneros (del vocablo holandés, *boucan*, operación de

salar y preparar carnes) eran aventureros dedicados al robo metódico de ganados.

En Cuba estas cuatro plagas cayeron en masa, movidas a un tiempo mismo por las naciones que de una manera o de otra las respaldaban para ensanchar su comercio en la inmensidad de los mares y dominar la búsqueda de nuevos tesoros.

De 1608 a 1620, la isla de Cuba era un territorio habitado por veinte mil almas. Blancos, indios, negros y mulatos. Las aduanas recaudaban al año veinte millares de ducados, hecho que asombró al tonto de Felipe III. Se producían treinta mil arrobas de azúcares y mieles y 1,600 quintales de cobre, y el tabaco era ricamente exportado a la Península. En realidad, Cuba era un llamado permanente a la codicia y a la ambición y al desafuero de los *pechelingues*.

Después de los gobiernos de don Gaspar Ruiz de Pereda, exoficial de la Armada Invencible, y de don Sancho de Alquízar, que legó su nombre a un territorio, en la Habana, hoy término municipal; después de las luchas, por el mando, entre Diego de Vallejo y Gerónimo Quero, que terminaron con la designación de Francisco Venegas, un general de galeones, valiente y activo, la piratería adquirió un gran desarrollo y Cuba no hacía más que defenderse del asalto y del saqueo.

Una islita, La Tortuga, a poco más de treinta y siete leguas de La Punta de Maisí, pegada a las costas de Santo Domingo, sería la causa del desplome de un imperio formidable. Cuesta trabajo creerlo, pero es exacto. En los atardeceres de la historia, la isla Tortuga ha quedado en el círculo de un esplendor absurdo. Allí se fueron agrupando piratas, corsarios, filibusteros y bucaneros, y el islote se convirtió en plaga de las antillas. Venegas se desesperaba. El rey lo autorizó a crear nuevos impuestos para formar una escuadra. La escuadra se llamó la *Armadillo*. Venegas derrotó a los piratas. Este triunfo inesperado era una gota de agua en la inmensidad del océano de peligros y acechanzas que aventuraba diariamente la isla de Cuba, acostumbrada ya a los piratas de afuera como a los piratas de dentro.

RICHELIEU Y EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES

Cuando desapareció Felipe III, el *piadoso*, muerto sin ruido y sin gloria y ascendió al trono de España Felipe IV, y designó ministro universal al impulsivo Conde-Duque de Olivares, partidario del absolutismo, los negocios de estado se enredaron. España sufría los efectos de la guerra de los Treinta Años, y Francia, gobernada por Richelieu, intrigaba contra la Península, pues aquellos dos

estadistas se odiaban con entusiasmo.

En estas circunstancias, mientras Damián Veláquez, Juan Esquivel, Juan Riva y Cristóbal Aranda, se disputaban el gobierno en Cuba, al cesar Venegas, la flota holandesa al mando del almirante Hendricksz, amenazó la Habana. No hubo asalto, ni por tanto combate. Hendricksz murió de fiebre amarilla. Pero la guerra con los Países Bajos había comenzado. Esta nación, paciente y calmuda, llena de un coraje silencioso, estaba dispuesta a ganar la batalla de la navegación, mediante la compañía de las Indias Occidentales.

En efecto, la compañía, en tres años, de 1623 a 1626, se apoderó de más de cincuenta naves enemigas. Repartió ganancias colosales, como las que obtuvieron con la captura de la flota comandada por el español Juan Benavides, al que coparon cerca de Matanzas.

Novoa escribe que cuando llegó la noticia a Madrid, por intermedio de los Países Bajos, "asustó al reino e hizo temblar a los hombres de negocios".

Un carácter agrio, un hombre atormentado por sus amarguras, Lorenzo Cabrera, que acababa de cubrirse de gloria en el sitio del castillo de Santa Catalina, en el puerto de Cádiz, cuando la flota inglesa atacó esa ciudad en 1625, vino a gobernar a Cuba.

La situación que Cabrera encontró en la Isla era como para desanimar al más optimista. En guerra con Holanda, en guerra con la Gran Bretaña, expuesta España a las maravillosas intrigas del Cardenal francés, el Conde-Duque de Olivares, como una fiera, se batía en todos los frentes.

Richelieu, malvadamente, hacía una guerra hipócrita y simuladora, de "tira la piedra y esconde la mano". Católico en Francia, y colaborador del protestantismo en el extranjero, aprovechaba talentosamente todas aquellas guerras, esperando que se abriera el camino de Italia a las tropas de Luis XIII. El Conde-Duque organizó una flota con destino a América. Fradrique Toledo y Díaz Pimienta fueron sus máximos jefes. Y a fe que lo hicieron bien.

Mientras tanto, Cabrera, con la isla desguarnecida, sufría los continuados ataques de piratas y corsarios, que parecían hormigas alrededor de un pastel. Vino Pieter Adriaenz Ita y saqueó unos galeones procedentes de Honduras, que se habían estacionado entre el Mariel y La Habana; vino Piet Hein, más peligroso que Ita, al frente de 31 buques y 3,000 marinos, y se llevó la plata; vino Cornelio Jol, más conocido por *Pata o Pie de Palo*, por faltarle una pierna, y no pudo llevarse nada.

Cuando Cabrera, que había perdido un brazo en las guerras contra los

turcos, y tenía la boca destrozada por un cañonazo, se creyó libre de filibusteros y piratas, y se dispuso a descansar, un visitador, Prada, le destituyó. Lo acusó de usar coche y caballos con arneses de plata. Lo condujeron a la Península. Lo encarcelaron.

Y murió de la tristeza. Era una tragedia haber perdido un brazo y la hermosura del rostro por su rey, y verse tratado de esta manera.

A Cabrera lo sustituyó un general de galeones. No tenía más resonancias que la agradable sinfonía de su nombre: Bitrian de Viamontes. Este gobernador, para su suerte, y para la de Cuba, no tuvo problemas con los *pechelingues*, pero sí los encontró, y a mares, con el clero. Todo hacía suponer que acabaría como su antecesor. Resultó lo contrario. Lo ascendieron. Y se fue de Cuba, en olor de santidad.

REFORMAS FISCALES

Uno de los gobiernos que marca pauta, en la historia de Cuba, en el siglo XVII, fue el de Francisco de Riaño y Gamboa. Reformó el sistema tributario. Aumentó las contribuciones de la *Armadilla*. Hizo obligatorio el uso del papel sellado que en España había introducido el Conde-Duque. Y promulgó unos aranceles de aduana que ofrecían la particularidad, trasunto de la Edad Media, de gravar aquellos artículos de consumo que se traían del interior de la Isla y de las posesiones españolas de América.

Las reformas de Riaño estaban acompañadas de un sistema de frenos a la corrupción y a las filtraciones, y de un código de castigos para todos los delicuentes del presupuesto. Estas gestiones produjeron alteraciones del orden, motines, rebeldía, muertos, heridos.

Al entregar Riaño, después de cinco años de mando, el gobierno de Cuba, la situación de Europa había cambiado, y por ende la de América.

LA GUERRA CON FRANCIA

Gobernaba a Cuba don Alvaro de Luna y Sarmiento, cuando estalló la guerra entre Francia y España. ¿Cómo comenzó esta conflagración que, al principio, había sido defensiva? El heraldo y el trompetero de Luis XIII cabalgaron solemnemente, a toda pompa y esplendor, hasta las murallas de Bruselas, aquél día de mediados de mayo de 1635, y cuando les fue negada audiencia, lanzaron

el reto a través de la gran plaza del Mercado que aún admiramos hoy día.[1]

Lograda la finalidad que desde hacía años perseguía Richelieu, este puso sus ojos de águila en las antillas y constituyó la compañía de las Islas de América, con los mismos fines y propósitos que años antes lo habían efectuado los holandeses. Más audaz que los reyes de Inglaterra o que los regentes de Holanda, el soberano-cardenal, la gran figura del siglo XVII, se apoderó de cuanto quiso en las antillas, o de cuanto pudo.

En 1640, el saldo era muy adverso para España. Holanda poseía Curazao, San Eustaquio, San Martín y Bonaire. Inglaterra las Barbadas, Nevis, Monserrate y La Antigua; y Francia, la última en comenzar, las Martinicas, Guadalupe, Deseada, San Cristóbal, Santa Lucía y María Galante.

¡Cuánta leyendas quedaban detrás de estas conquistas! ¡Cuántos héroes conocidos y desconocidos! ¡Cuánta inspiración para escritores y poetas, para novelistas y dramaturgos! El Capitán Butter, el hugonote Le Vasseur, y sobre todo, Roger Flood, el más apasionante de todos.

VIII

LOS PECHELINGUES

A causa de su situación estratégica y de su ubicación naval —centro de comunicaciones—, la isla de Cuba se convirtió en una posesión codiciada por las naciones adversarias de España, y por las distintas clases de *pechelingues*.

Durante los diez años que corren de 1649 a 1659, gobernaron la colonia segundones incolores y mezquinos, incapaces de tener iniciativas ni de tomar decisiones. Luna, con este apellido de novela romántica, dejó el mando a Diego Villalba. Este venía de la corte tras de haber asistido a la jura de edad del primogénito de Felipe IV, malogrado más tarde, y encontró en la Isla una epidemia desconocida por los médicos, a causa de la cual por poco se muere.

En el quinquenio de 1654 a 1659 ocuparon sucesivamente la capitanía general Francisco Xelder, Pedro García, Juan Montaño y José Aguirre. Este le traspasó el mando a don Juan de Salamanca, que vino expresamente de España a reformar las costumbres de la colonia, más relajadas que lo habían estado jamás.

Salamanca, caballero de Calatrava, oficial valeroso de la confianza del archiduque Alberto, en la batalla de Rocroy, arribó a la Habana muy entusiasmado con su tarea. Pronto adquirió el convencimiento de que la

regeneración de la colonia era una lucha larga y peligrosa, en la que podía perderse la vida, como la había perdido el obispo Juan de Montiel, envenenado por la clerecía con un tósigo que le dieron a beber. En suma, Salamanca desistió de imponer la virtud y se dedicó a proteger las siembras de tabaco, que dejaban buenos escudos.

Salamanca dejó el gobierno en manos de Rodrigo de Flores, que quiso levantar las murallas y no pudo, y que en 1664 traspasó las responsabilidades del mando a Francisco Dávila Orejón. Empezó entonces una lucha fiera entre este gobernador y los *pechelingues* que se paseaban por las antillas, asaltando y saqueando villas y ciudades.

Pierre Le Grand, Pedro *El Olonés* y Henry Morgan, franceses los dos primeros e inglés el tercero, pusieron sus ojos en Cuba. Sancti Spíritus, Trinidad y Puerto Príncipe fueron arrasados. No escaparon al secuestro y al rescate ni las mujeres ni los niños.

De este terceto de bandidos, el más sombrío era Le Grand, el más feroz *El Olonés*, y el más inteligente Morgan, que terminó con la piratería para ser investido con el cargo de gobernador de Jamaica por la Inglaterra.

Durante dos años, los corsarios y piratas desvalijaron más de cuatrocientas haciendas en la Isla. Morgan acabó con Puerto Príncipe, y *El Olonés* con Remedios. Dávila, indignado, juró solemnemente colgar a aquellos desalmados. Despachó un navío de diez piezas tripulado por noventa hombres para que les dieran caza y los ahorcaran del palo mayor. Sucedió todo lo contrario. *El Olonés*, realizando una de sus fechorías más sonadas, se apoderó del barco en las sombras de la noche, y pasó él mismo a cuchillo a toda la dotación, menos a uno, a quien envió a la Habana con este recado:

—Ve y dile a tu gobernador que jamás le daré cuartel a los españoles, y que espero hacer con él lo que acabo de realizar con tus compañeros.

Desde entonces, Dávila apresuró las represalias con la misma crueldad con que *El Olonés* ejecutaba las suyas. En el puerto de la Habana solían entrar los buques trayendo los cadáveres de los filibusteros colgados de los mástiles como trofeos de aquellas luchas implacables.

La energía sangrienta de este gobernador, que se las daba de literato, y que discurseaba muy bien, secundado por su segundo, Pedro Bayona Villanueva, logró refrenar bastante la piratería, y alcanzó, a fuerza de voluntad y de tesón, fabricar la primera línea de la famosa muralla habanera.

Durante la década que comienza en mayo de 1670 y se termina en agosto

de 1680, gobernó la Isla el Maestre de Campo y caballero de Santiago, Don Francisco Ledesma. Sostuvo una lucha permanente con filibusteros y bucaneros. Con Diego Grillo, criollo de Cuba, que comandaba a ingleses y franceses. Con Franquinay, que pretendió invadir Santiago. Con el caballero de Grammont, noble francés, que manchaba su estirpe en estas andanzas. Al fin, todo esto tenía su explicación. Era inevitable que los frutos del país buscasen por las vías ilícitas del contrabando y el filibusterismo, una salida a las prohibiciones mercantiles que España imponía a sus colonias del nuevo mundo, sin conciencia clara, tal vez, de sus propias conveniencias.

ABANDONA INGLATERRA LA PIRATERIA

Cuando Ledesma cumplió su decenio y se fue, llegó a gobernar la Isla, el maestre de campo don José Fernández de Córdoba. Venía decidido a acabar con la piratería. Córdoba era honrado, hábil, enérgico y valiente, y murió "con las botas puestas". Se dijo que lo habían envenenado. Existía casi un axioma. La honestidad tenía en la revuelta y corrupta colonia, un precio extraordinario: la muerte. Y no debemos asombrarnos.

La posibilidad o no de terminar con los *pechelingues*, o con la política de la piratería, dependía más que de los hombres, de las circunstancias que regían en Europa entre las grandes potencias. Y, por ello, bueno es echarle una ojeada.

En 1670, España e Inglaterra habían firmado el tratado de Madrid. En él se le reconocían a la Gran Bretaña las posesiones adquiridas en las antillas. Esta fue una brillante oportunidad para definir la "línea de la amistad". España se descuidó, no lo hizo.

Y los británicos, maestros en el arte de la indefinición, cuando les conviene, siguieron practicando la piratería, que tan buenos rendimientos les habían proporcionado.

En 1675, Carlos II, de España, que había sucedido a Felipe IV, fue declarado mayor de edad y dió comienzo a su débil reinado. Dominaba la Europa central Luis XIV, y Holanda y España consideraron conveniente a sus intereses unirse. Se cerraba un ciclo de enemistad entre estas dos naciones, pero se abría otro aún más sangriento y apasionado entre España, Francia e Inglaterra.

Casi en seguida, de estos acontecimientos, Luis XIV declaró la guerra a Holanda y exigió a España condiciones inaceptables que Carlos II rechazó con extraña energía. Surgió la contienda. La paz de Nimega le puso término, y España perdió el Franco Condado. Alarmados los Austrias y los Estuardos de las

enormes ambiciones del rey Sol, decidieron aliarse firmando el tratado de Windsor, de 1680. A Inglaterra ya no le interesaba la piratería.

SITUACION DE CUBA AL TERMINARSE LA PIRATERIA

En 1689 España, Holanda e Inglaterra, entraron en guerra contra Luis XIV. A esta alianza se le llamó Liga de Ausburgo. En 1697, la paz de Riswick puso fin a las guerras entre las potencias europeas. Cesaron los ataques y asaltos a las costas de Cuba, y por primera vez, en muchos años, quedaron limpios de enemigos los mares y había paz en las antillas.

En aquellos sesenta años de continuas guerras, Cuba adquirió su carácter y su peculiar manera de ser, que ha conservado hasta hace poco. En realidad, había hecho más que defenderse; algo más que rechazar a sus enemigos. Había encontrado alma y espíritu. Y con éstas prendas morales, luchando contra el oscurantismo, miraba hacia el horizonte, y crecía de un modo prodigioso.

Al alborear el siglo XVIII, la Isla tenía aseguradas sus cuatro industrias fundamentales, aclimatadas y enraizadas a los rigores del trópico, fomentadas en medio de tantas vicisitudes. En lo futuro, Cuba vería aumentar sus fuerzas, crecer su población, multiplicar sus riquezas y adquirir cultura y conocimientos. De allende los mares, por medio de grandes conmociones sociales y económicas, al par que políticas, llegarían las doctrinas que harían germinar las ansias indomables de situarse en pie de igualdad con la metrópoli.

CUARTA EPOCA
CUBA EN EL SIGLO DE LAS LUCES
1697-1790

IX

LA GUERRA DE SUCESION

Ni el gobierno de don Diego de Viana, que trajo a Cuba los primeros ejemplares de las Leyes de India, ni el de don Severino de Manzaneda, que echó los cimientos de Matanzas y fabricó el castillo de su nombre, a orillas del Yumurí, merecen que nos demoremos en entrar en el siglo XVIII, y en tratar los hechos que dieron origen a la guerra de sucesión en España, con motivo de la muerte de Carlos II, último de los austrias.

Tres pretendientes, entroncados con Felipe III, se disputaban el trono peninsular. El archiduque Carlos de Austria, el elector de Baviera, y un nieto de Luis XIV. Con la oposición de Guillermo de Orange, Carlos II, después de morir el elector de Baviera, a quien quiso beneficiar, testó en favor del nieto de Luis XIV. Este no podía desdeñar la corona para su descendiente. Al saberlo en Madrid, en posesión del trono, exclamó: "Ya no hay Pirineos", frase demasiado efectista, pues siempre existieron los Pirineos.

El cambio de dinastía parecía una pesadilla. Los franceses, enemigos ayer de los españoles, pasaban a ser sus aliados; los holandeses e ingleses, amigos de la víspera, se convertían en rabiosos adversarios. Después de estas cosas, que pasan mucho más en la vida real, que en las novelas, hay quienes se quejan de que existan personas a quienes no les guste la política.

Felipe V, el nieto de Luis XIV, fue proclamado por el gobernador Laso de la Vega, en todos los pueblos de Cuba, sin ninguna oposición. La Habana se vistió de gala. Sus habitantes vieron surcar las aguas azules de la bahía, a grandes y poderosas naves, cuyos marinos, de vistosos trajes y nuevos hábitos de vida, daban la impresión de un mundo nuevo en todo el esplendor alcanzado por Francia bajo el cetro de Luis XIV.

Durante la guerra de sucesión, Austria e Inglaterra contra España y Francia, que se terminó felizmente para Felipe V, gobernó interinamente a Cuba el castellano del Morro, don Luis Chacón, en lo militar, y Nicolás Chirino Vandeball, en lo civil. Ambos habían nacido en Cuba y esto los hacía simpáticos. Chacón tenía "jetatura", o mejor dicho, la ejercía sobre el prójimo. Tres veces entregó el

mando, y tres veces volvió a recibirlo. Benítez de Lugo, murió. Alvarez de Villarín, murió. Pablo Cabero murió. Finalmente, dejaron a Chacón en propiedad, y el pueblo lo bautizó con el sobrenombre de "gobernador de las armas".

En tiempos de Chacón murió el obispo Evelino de Compostela. He aquí un espíritu selecto. Un prelado que derramaba el bien a manos llenas, con dulzura y cortesía. Andaba siempre a pie, no hacía más que una frugal comida diaria, repartía sus ingresos en limosnas, y con voz sonora y melodiosa, desde el púlpito, conmovía hasta a los más incrédulos, regenerando a muchos católicos que olvidaban las sagradas escrituras.

Sería necesario un estudio profundo y un prolijo capítulo para elogiar la labor y la caridad cristianas realizadas por Compostela en Cuba. Fundó escuelas y parroquias en una sociedad que no conocía el pan de la enseñanza; abrió el colegio de San Francisco de Sales y el seminario San Ambrosio; instaló un hospital en Belén, y dejó funcionando los conventos de Santa Catalina y de los carmelitas de Santa Teresa.

El día de su muerte, el 28 de agosto de 1704, Chacón tuvo que enviar una guardia junto a su cadáver, para evitar que una muchedumbre, adolorida y ansiosa de conservar algún recuerdo de este santo, le despojara de sus vestiduras.

Durante el mando del marqués de Casa Torres, sucesor de Chacón, sustituyó a Compostela, en el obispado, don Gerónimo Valdés. Cuando llegó a Cuba tenía 61 años. Se conservaba fuerte y musculoso, los ojos de águila, la nariz larga y robusta. No era suave como Compostela, sino rudo y enérgico, y parecía llevar, bajo los hábitos, una coraza de guerrero; pero se caracterizaba por su nobleza y su desinterés, y fue un excelente sacerdote que cooperó al progreso moral y material de la colonia. La creación de la Universidad de la Habana, fundada durante el gobierno de Martínez de la Vega, y la Casa Cuna, donde los niños, abandonados y sin protección, encontraron abrigo y apellido: el de Valdés.

LA REBELION DE LOS VEGUEROS

La paz de Utrecht, que puso término a la guerra de Sucesión, produjo en Cuba dos males: uno, reflejo, el estanco del tabaco; otro, directo, el desarrollo de la esclavitud, al autorizar a los ingleses, durante treinta años, para introducir en Cuba 150,000 negros.

Cuando el gobernador Raxa, carácter apático, dió curso al decreto del estanco, creando una factoría general, los vegueros de Bejucal y Santiago de las Vegas, del Arimao y de San Felipe, se rebelaron. Y derribaron al Capitán General.

Esta revuelta adquiría un enorme significado, por su relación íntima con la tierra, no por sus aspectos nacionalistas, que no tenía en lo absoluto. Era la lucha por la supervivencia. "La vega tabacalera, contra la hacienda de crianza; el sembradío contra el monte, la cosecha contra el rebaño, el caserío contra el despoblado, el arraigo contra el absentismo, el trabajo contra la herencia, el individuo contra el linaje, el plebeyo y su futuro contra el patricio y su pasado".

La razón estaba en la clase. La vega podía ser el camino hacia la burguesía; representar la libertad, el mejoramiento y el ascenso social de los labriegos. Pero esta aspiración era un sueño sin realización posible en las profundidades del siglo XVIII.

Felipe V, complació a los vegueros. Las raíces de la rebelión no fueron extirpadas. Los vegueros se alzaron nuevamente, Felipe V rectificó. Envió al general Guazo a gobernar la Isla. Este fue fulminante. Impuso la factoría. Doce jefes guajiros fueron ahorcados en el camino de Jesús del Monte. Y si bien es cierto que de España vino una Real Orden de 17 de junio de 1724, que en parte suavizaba la situación y censuraba a Guazo por sus procedimientos "tan violentos", los vegueros perdieron la partida, y así continuó el asunto entrado el siglo XIX.

CENTRALISMO Y ARBITRARIEDAD

El siglo XVIII fue en Cuba más centralista y arbitrario que todos los anteriores de la dominación española. En el siglo XVI, quedó destruido el espíritu democrático de los fueros de Castilla, derrumbados en Villalar con la victoria de los imperiales y la ejecución de Juan de Padilla. En el XVII, se consagra, como una consecuencia del absolutismo, el régimen castrense personificado en el Capitán General. En el XVIII se perfecciona el sistema para dejar en funcionamiento poderes omnímodos que constituyen un verdadero despotismo.

En efecto, las libertades eran desconocidas; la administración descansaba en el principio de la imposición permanente, y el pueblo, al margen del aparato bélico, que giraba en torno de la sociedad, estrangulada políticamente, nada determinaba, ni se contaba con él en lo más mínimo.

Todos los capitanes generales que gobernaron la Isla, desde junio de 1718 hasta marzo de 1734, ejercieron el despotismo y no respetaron leyes ni reglamentos. En repetidas ocasiones, funcionarios y vecinos se veían obligados a apelar a la audiencia de Santo Domingo, al Consejo de Indias, y hasta al mismo trono, para que pusieran coto a las demasías del poder colonial. Guazo, pretendió

formar la lista de los aspirantes a alcaldes; Martínez de la Vega, desconoció el procedimiento criminal y aplicó severas penas a Juan del Hoyo Solorzano, rehabilitado más tarde. Y Güemes, el más notable de todos estos gobernantes, creador y explotador de la Real Compañía de Comercio, que absorbió el Estanco, suprimió las facultades de mercedar tierras a los ayuntamientos.

No fue por casualidad que este sistema de gobernar la Isla, provocara motines, rebeldías, alzamientos y crímenes, ni que el principio de autoridad se relajara a fines del gobierno de Martínez de la Vega, ni que las poblaciones, en Cuba, comenzaran a dar muestras de inquietud, y pretendieran separarse de la autoridad del gobernador. Cuando todos estos síntomas se agravaron, el Poder Real por sus cédulas de septiembre y diciembre de 1733, ratificó el sistema y convirtió al Capitán General en un gobernante absoluto, omnicomprensivo, permanente y soberano.

LA OREJA DE JENKINS

Los ingleses, desde que los Borbones se adueñaron del trono hispánico, se emboscaron. Felipe V, sabedor de esta actitud, envió a las antillas, en 1738, una fuerte escuadra. Esta escuadra llegó a la Habana en el mes de julio, y al año siguiente, en octubre, sonaron los primeros cañonazos entre la pérfida Albión y la orgullosa Hispania. Nuestra capital fue bloqueada por el comodoro Brown a quien Güemes rechazó definitivamente. Con habilidad y energía excepcionales, el Capitán General, discípulo del duque de Montemar, ayudó al gobernador de la Florida a rechazar al general británico Oglethorpe, que había invadido aquellas tierras. Cagigal, gobernador entonces de Santiago, aniquiló la expedición del almirante Vernon.

La guerra entre España e Inglaterra, durante la cual Güemes defendió tan cabalmente la isla de Cuba, tenía como causa el co- mercio y fue bautizada por algunos historiadores como la guerra de la "oreja de Jenkins". Jenkins, capitán de la armada, conocido contrabandista, había perdido a manos de un oficial enemigo, en un abordaje realizado por un cañonero español, de un golpe de espada, una de sus orejas, y él hipócritamente lo relató de modo dramático a una comisión de la Cámara de los Comunes, que puso el grito en el cielo, y obligó al primer ministro Walpole, que quería evitar el conflicto, a declararle la guerra a Felipe V.

La oreja de Jenkins era un pretexto inglés. La realidad era otra. España tenía derecho a registrar en alta mar las naves británicas sospechosas de contrabando. Este derecho se le hacía muy molesto a la Gran Bretaña. Y desde

1721 habían surgido numerosos incidentes a los que les puso punto final el episodio auricular de Jenkins.

FERNANDO VI Y CARLOS III

Al morir Felipe V y sustituirle en el trono su hijo Fernando VI, las relaciones con Albión mejoraron notablemente. El nuevo monarca, no quería guerras con nadie, pero mucho menos con Inglaterra.

Durante el reinado de Fernando, gobernó la isla de Cuba, Juan Francisco de Cagigal, cuyo período, el más largo de todos los mencionados hasta aquí (1747-1760) puede calificarse favorablemente, a pesar de los excesos que como todos los capitanes generales cometió este distinguido soldado, creador de una familia dedicada al ejercicio de las armas.

El gobernante trasmite a sus colaboradores, y hasta sus súbditos o gobernados, mucho de su manera de ser, y Cagigal representaba en Cuba el espíritu del nuevo rey. Era tolerante sin ceder en lo fundamental, justo sin detrimento del principio de autoridad, y generoso sin dejarse arrastrar por el sentimentalismo.

Comenzó a construir lo que hoy calificaríamos de un nuevo orden. Dictó bandos de gobiernos, resucitó los tenientes gobernadores, que habían sido suprimidos; frenó la concupiscencia; fabricó edificios y construyó caminos; reprimió el clandestinaje y el contrabando; reorganizó la administración y fundó el servicio de correos. Tuvo problemas con el dinero, inundada la isla de plata, generalizada la costumbre de cercenar las monedas, ajustándolas a un valor puramente convencional, que originó el llamado *tostón macuquino*, que habría de constituir, en el futuro, un problema muy grave.

Fernando VI murió joven, y ascendió al trono su medio hermano Carlos III, en el año de 1759. Así como Fernando respetaba a los ingleses, Carlos III los despreciaba. No podía olvidar; y a su madre, Isabel de Farnesio, le sucedía lo mismo que, de haber primado los británicos, los Borbones no hubieran reinado jamás en la península Ibérica. De manera que el nuevo soberano español ajustó con sus parientes de Francia un pacto de familia que puso en guardia al Reino Unido.

Razones para aquella alianza existían, a pesar de negarlo muchos historiógrafos. La Gran Bretaña crecía extraordinariamente; su parlamento; sus políticos; sus clases económicas, ambicionaban poseer en el nuevo mundo el mayor número posible de colonias, con la finalidad de ampliar cada día más sus

relaciones mercantiles, eliminando a los demás competidores.

Inglaterra tomó la iniciativa. Acababa de subir al trono Jorge III, un Hanover colorado y calmudo, decidido a reinar. Lord Bristol, en su nombre, pidió una respuesta categórica a España acerca del Pacto con Francia, firmado en 1761. Wall, el ministro español, de origen irlandés, se molestó muchísimo. ¿Qué pretende ese espíritu altanero? Diose, al fin, la respuesta, nada satisfactoria al interés de los ingleses, y estos, ni tardos ni perezosos, el 4 de enero de 1762, declararon la guerra.

LA TOMA DE LA HABANA POR LOS INGLESES

El 5 de junio, una formidable escuadra inglesa de veinte navios, doscientas embarcaciones, diez mil marinos y doce mil soldados, apareció ante la Habana. A su frente venían el almirante Sir Jorge Pockoc, el comodoro Keppel, el general Guillermo Keppel, y el conde de Albermarle, hermano de los dos últimos, y jefe de la expedición. El plan de que hacían uso lo había elaborado el almirante Knowles, que conocía muy bien la Isla, y que había sido huésped de Cagigal. Prado Portocarrero, gobernador de Cuba, estaba asombrado y confundido y bajo ese estado de ánimo, no podía triunfar.

Desde el 6 de junio hasta el 12 de agosto, una fecha muy repetida en Cuba históricamente, se peleó a sangre y fuego, sembrándose de muertos recíprocamente las fortalezas y las naves invasoras.

El conde de Albermarle, fatuo, ignorante, y terco, siguió al pie de la letra, las instrucciones de Knowles, y ante las variantes que sufrió el asalto, estuvo en un tris de fracasar.

Los barcos ingleses se concentraron frente a Cojímar, el Morro, Almendares y Guanabacoa, defendida esta última con heroísmo legendario por José Antonio Gómez, el famoso Pepe Antonio.

Una junta de autoridades, presidida por Prado Portocarrero, integrada por el almirante Hevia, marqués del Real Transporte, y el Capitán Caro, se hizo cargo de la situación. Cometió dos errores fundamentales: prescindir de las avanzadas, y oponer una fuerza heterogénea y mal adiestrada al avance de las tropas de Jorge III. Pero como Albermarle seguía ciegamente el plan de Knowles, una vez en tierra los ingleses, los errores se compensaron, y el estado de sitio se prolongó mucho más de lo calculado.

¿Heroísmo? Por las dos partes combatientes. En la defensa, se llenó de

gloria don Luis de Velasco, veterano capitán de la antigua guerra, que supo colocar su nombre a una altura inconmensurable. Desde entonces, una nave española, en todos los tiempos, lleva su nombre. Hubo días en que los británicos desesperaron. "He sufrido enormes pérdidas —decía el oficial Hervey— pero mis cañones truenan". Refuerzos enviados de las colonias inglesas del norte de América, decidieron la batalla. El 9 de agosto, Albermale escribió una carta correctísima a Prado pidiéndole que se rindiera, y el Capitán General, reconociendo su derrota, entregó la plaza tres días después.

Dos ideas —dice el historiador Trelles —predominaron en las jefaturas británicas: la imposición, por medio de las armas, y el botín a reclamar. Después de las cortesías de estilo, bailes, saraos y banquetes, comenzó, entre los hermanos Keppel, el reparto de utilidades.

Albermale pretendió extender su autoridad al resto de la Isla, y le fue imposible. De esta guisa, quedaron en Cuba dos dominaciones, nacidas de la coexistencia hispánico-británica. La Habana, dentro del señorío del rey Jorge, y el resto de la Isla, en el de Carlos III.

Sorprendentemente, la historia nos tiene acostumbrados a la realización de fenómenos inverosímiles. La ocupación de la Habana por los ingleses, resultó un incentivo al espíritu de libertad de la Isla, y al desarrollo de su economía. Albermale, al posesionarse del gobierno, autorizó el comercio con los buques de bandera británica, sujetos al pago de una tarifa módica. De las islas británicas, y de sus posesiones en el norte de América, llegaron a Cuba comerciantes, especuladores, y aventureros que le dieron enorme desarrollo al tráfico mercantil. Creció la trata. Y la exportación de productos agrícolas alcanzó un volumen directamente proporcional a la importación, creándose un verdadero sistema, gracias a la libre competencia, entre compradores y vendedores.

La Habana encontró en este activo comercio amplias compensaciones de los daños recibidos durante la guerra. En este aspecto, conviene subrayar que escritores y ensayistas han mostrado una tendencia muy acentuada a exagerar "la pobreza de la Habana antes de la conquista británica y el rápido crecimiento de la riqueza, después de dicha ocupación". Se trata de una verdad a medias. Los ingleses, vigente aún la doctrina mercantilista, no otorgaron a la Isla, completamente, la libertad comercial, sino que autorizaron un *modas vivendi*, siempre que el tráfico se realizara en barcos de su bandera.

Las ventajas alcanzadas por la capital de Cuba, durante la dominación inglesa, no hubieran bastado a imprimir a la Isla un enérgico desarrollo, si Cuba no hubiera alcanzado los beneficios del largo y fecundo reinado de Carlos III, uno de los más ilustrados y progresistas de España.

Se había instaurado en la Península una nueva etapa: la de Aranda, Floridablanca, Campomanes, Roda, Azara y Gálvez.

X

LA RESTAURACION

El 10 de febrero de 1763 se firmó, en París, entre España e Inglaterra la paz, y el 6 de julio siguiente, Guillermo Keppel, a nombre de su Majestad Británica, entregó el gobierno de la Habana al teniente-general don Ambrosio Funes de Villalpando, conde de Riela, que representaba a su Majestad Católica, Carlos III.

Durante varios días, el vecindario estuvo de fiesta, las casas engalanadas, la gente en la calle, el público entusiasmado, y se le daban vivas a Carlos III, a Luis de Velasco, y a los héroes caídos en la defensa de la capital.

Este espíritu hispano no significaba que dejaran de existir antagonismos entre cubanos y españoles. Los había. Los criollos achacaban a los peninsulares la responsabilidad de los errores cometidos en defensa de la plaza. Al coronel Caro, se le reprochaba el abandono en que había dejado a Pepe Antonio, en los caminos de Guanabacoa, en los que éste, peleando como un titán, había perdido la vida.

La restauración del imperio español en las antillas parecía un movimiento popular. Para festejar este hecho, por demás sorprendente, era necesario y útil demostrarle a los habitantes de la Isla, que Cuba había adquirido, a los ojos del monarca, una importancia extraordinaria. Carlos III, deseaba reivindicar a sus antecesores, y prometía practicar una política moral y material que acercara la colonia a la madre patria.

El gobierno de Funes, distinguióse por lo que se distinguen todas las restauraciones. Por una pasión arrolladora que premia, y que castiga más allá de la justicia. Prado fue enviado a la Península y entregado a los tribunales, que lo condenaron al destierro y a la degradación. Oquendo y Peñalver, tenientes gobernadores al servicio de los ingleses, fueron confiscados y perseguidos sin descanso. "Esta causa —dijo Peñalver, a quien defienden algunos historiógrafos— ha estado compuesta por la pasión y el odio".

El más notable de los colaboradores de Riela, fue el general don Alejandro de O'Reilly, irlandés de nacimiento, soldado distinguido y valiente, que quiso militarizar a los cubanos. Funes había repartido, en cantidad, entre las familias criollas, títulos de nobleza.

Y O'Reilly pensó. "Si los cubanos quieren ser nobles, ¿por qué no han de militarizarse?" Estas pretensiones fueron felizmente congeladas. Aunque muchos padres, recientemente ennoblecidos, ofrecieron sus hijos al uniforme y a la disciplina, la inmensa mayoría de la sociedad cubana se opuso, y las ideas de O'Reilly naufragaron. Los cubanos no han mostrado jamás devoción a las milicias. Y como aquel general español no sembró el terror, el intento fracasó, y no se volvió a insistir en él.

LA ERA DEL BUEN GOBIERNO

Durante veinte años, desde 1776 a 1796, Cuba fue gobernada por grandes figuras militares. Bucarely, el marqués de la Torre, el general Navarro y don Luis de las Casas.

Bucarely, Bailio de la orden de Jerusalén, andaluz culto y prudente, reorganizó en Cuba la justicia, y expulsó a los jesuítas de la Isla, sin respeto para la famosa orden instituida en 1534 por Ignacio de Loyola.

El hecho, con todo lo que le han criticado, no era una novedad. Franceses y napolitanos lo habían llevado a efecto mucho antes. Tenía su lógica, y son muchos los escritores que han tratado de encontrarle justificación. La realidad es que los jesuítas desbordaban su influencia por el mundo, y había que recortarles las alas. La compañía de Jesús —dice Justiz en apretada síntesis— vino a encarnar, en la edad moderna, la soberbia de Gregorio VII, en la idealidad palpable de Inocencio III. La bula de extinción de Clemente XIV, *"Dominis ad Redemptor Nostris"*, fue calificada como modelo de argumentación vigorosa y de santa doctrina. Otros decían que era dechado de meditada iniquidad. Bucarely se lavó las manos, y ejecutó la orden.

—¿Se sabía que nos sacaban esta noche?

—Sí, padre.

—¿Y dónde estaba todo el pueblo?

—Estaban acobardados, padre.

La verdad es que el pueblo tenía razón para sentirse atemorizado. Un jesuíta de Lima, "al acabar de una siesta apareció colgado de una ventana en el interior de una casa en Regla". A los pocos días, un huracán formidable, el ciclón de Santa Teresa (así bautizado) barrió con la Habana. Y el pueblo, exclamó: ¡castigo de Dios!

A Bucarely, ascendido al virreinato de México, le sucedió, en Cuba, don Felipe Fondesviela, marqués de la Torre. Buracely puso las bases de una nueva Habana, y el marqués fue su gran constructor. Paseos, puertos, teatros, calles, calzadas, puentes, dársenas, carreteras, edificios, villas y ciudades, las fabricó Fondesviela con los pocos pesos que recaudaba el tesoro colonial. Obras suyas fueron, el Coliseo (teatro) de la alameda de Paula, el palacio de gobierno, donde hoy se encuentran las oficinas municipales, y la prolongación de la calzada de San Luis Gonzaga.

Si en el orden material el marqués de la Torre fue el mejor gobernador colonial de todos los tiempos, en el moral puede parangonarse con el propio Luis de las Casas, a quien todos los historiadores colocan en lo cimero de aquellas administraciones. No hubo ramo de la producción del gobierno que el marqués no ordenase o reglamentase: la ganadería, la cericultura, el servicio de lanchas, el abasto de carnes, los cortes de madera, y los cultivos de la caña. Reguló las rifas y loterías, vicios que trajo a Cuba el soldado español.

No conforme con todo esto, Fondesviela recorrió campos y ciudades, montando a caballo, y revisando las plantaciones de tabaco, y protegiendo a los sembradores. Los campesinos estaban admirados. Al fin, conocían a la primera autoridad. El marqués aprovechó esta oportunidad de su viaje a las vegas y tabacales, para clasificar las hojas, pagar atrasos y suprimir los molinos de tabaco en polvo, que constituían un abuso.

Despejadas las comunicaciones a orillas del Cuyaguateje, la Laguna de Cortés, la Sabana a Mar, y Guane, el marqués reunió a los vegueros, en el centro de unos pinares gigantescos, y fundó la región en la que hasta hace muy poco tiempo se cultivaba la hoja del mejor tabaco del mundo: Pinar del Río.

El marqués de la Torre completó su obra de gobierno con el censo de 1774. Las rentas públicas se aproximaban al millón de pesos. La población de la Isla alcanzaba a los 171,620 habitantes, de los cuales 44,333 eran esclavos negros y mulatos.

Habían 29,588 casas, 90 templos, 52 parroquias, 23 conventos, y 484 eclesiásticos seculares. Los emplados —trabajadores, mecánicos y esclavos— se hallaban ditribuídos en 339 hatos y corrales y 7,184 fincas rurales, y 478 ingenios estaban dedicados a la fabricación de azúcar.

Este censo no mostraba realmente los adelantos de la Isla. Los grandes propietarios, temerosos de la creación de nuevos impuestos, lo entorpecieron y lo falsearon.

A pesar de que en el gobierno del marqués no todo fueron aciertos, los

cubanos cooperaron al éxito de aquel gobernador, y se compenetraron con su administración. "Debo confesar —decía el marqués al retirarse de Cuba— que el carácter de los súbditos me ha hecho llevaderas las pensiones del mando".

XI

EN EL ALBA DE UNA NUEVA DOCTRINA

A fines del siglo XVIII, el pensamiento universal entraba en una nueva fase de propaganda y de creación política.

Tres factores esenciales impresionaban a Europa, a saber: 1) los escritos de Locke y de Hobbes; 2) la revolución inglesa de 1688; y 3) la obra de los enciclopedistas franceses, que orientaba Diderot con la colaboración de Voltaire, de Montesquieu, de D'Alembert, de Rousseau, de los abates Malet e Ivon, y de los ateos D'Holbach y La Mettrie.

La libertad, la educación, y la sabiduría —aseguraban estos filósofos— harán del hombre una razón de progreso.

No todos los enciclopedistas pensaban de la misma manera. La filosofía era para Voltaire una razón humana encargada de hacer triunfar la cultura dominando el egoísmo que hace irresponsables a los hombres. Para Rousseau representaba un sentimiento, un acuerdo, "un hombre en toda la verdad de la naturaleza",[1] y de ahí la teoría del contrato social.

Voltaire era realista, Rosseau sentimental; Voltaire conservador y oportunista, Rosseau liberal y romántico; Voltaire alegre y cínico; Rosseau triste y simulador; a su juicio las artes y las letras, lejos de mejorar las costumbres, vendrían a corromperlas. Esta posibilidad no podía asustarle a quien había abandonado a sus hijos en un hospicio, pero por uno de esos fenómenos con que la historia nos confunde, Rosseau encarnó más que Voltaire el espíritu del individualismo, "que fue para la filosofía política del siglo XVIII un modo de concebir al hombre en sociedad".[2]

Las construcciones filosóficas y los aforismos psicológicos de los moralistas franceses del siglo XVIII eran divergentes; la disparidad se eliminó en el siglo XIX. Ni el pasado lleno de sombras, ni el presente ávido de interrogaciones. Sólo valía el porvenir. La historia significaba para ellos una forma cambiante de circunstancias detrás de las cuales quedarían para siempre las injusticias y las arbitrariedades de la ignorancia. Esos criterios los había formado Voltaire, a diferencia de sus contemporáneos, después de su estancia en

las islas británicas.

"Cuando dirijo mi vista a Inglaterra, declaro que me siento envidioso. Sus conciudadanos han sido más imbéciles que nosotros durante largo tiempo, es indudable; pero ved cómo se han corregido; ya no tienen frailes ni conventos, pero en cambio tienen escuadras victoriosas; su clero hace buenos libros y mejores hijos; sus labradores han convertido en fértiles, comarcas que antes no lo eran; su comercio abarca al mundo entero, y sus filósofos han enseñado verdades que ni siquiera sospechábamos".

Este amanecer filosófico, científico, cultural y económico en favor de la razón y del orden natural, anunciaba grandes inquietudes y progresos políticos. Pero si los ingleses eran lógicos, los franceses resultaban ilógicos y los españoles incongruentes. Legaron estos dos últimos, como buenos latinos, a los pueblos bajo su dominio, el espíritu de la duda perpétua y de la desconfianza eterna, en virtud de las cuales resultan ingobernables las comunidades.

La incongruencia española no se hizo esperar. Los Borbones, al calor de aquellas ideas nacientes, se interesaron por el progreso material del reino de España, y concibieron la modalidad conocida en la historia con el nombre de *Despotismo Ilustrado*. Todo para el pueblo, pero sin el pueblo. Lo cual quiere decir, en otras palabras: hay que fomentar el bienestar del pueblo, sin darle a éste participación en el gobierno del país". Esta doctrina estaba llamada al fracaso. El liberalismo se extendería por el mundo. Y España, soberbia y altiva, grande hasta en su decadencia, perdería su imperio, perdería sus colonias.

LA INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS INGLESAS

En alza las doctrinas liberales, las colonias británicas del norte de América proclamaron su libertad. El comercio, los impuestos, el té, las "cinco leyes intolerables", la contumacia de Jorge III, los excesos del general Gage en Lexington y en Bunker Hills, y el patriotismo de una minoría selecta, decidida a construir su propia nación, fueron las causas que inflamaron la independencia norteamericana. Reunido en Filadelfia el Congreso Continental, el 4 de julio de 1776, aprobó la declaración de independencia. "Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se obliga a un pueblo a romper los lazos políticos que le unen a otro pueblo, para asumir, entre las potencias de la tierra, el rango igual y distinto al que las leyes naturales y divinas le dan derecho, un elemental respeto a la opinión humana le impone la necesidad de declarar las causas que motivan dicha ruptura..."

Washington comenzó la guerra con muy poca fortuna. Sus tropas no estaban adiestradas. El 27 de agosto, en su primer encuentro con los ingleses, fue derrotado. Se repuso en los fríos de diciembre con las victorias de Princeton y de Trenton, después de atravesar audazmente el río Delaware, y al año siguiente, después de un nuevo fracaso en Brandywine, invernaba en Valley Forge. Pero se comprendía que habría de triunfar. Su designación fue un gran acierto. Los mismos ingleses no podían dejar de admirarle: no hay rey en Europa —dijo un diario londinense— que no parezca un ayuda de cámara a su lado".[3]

El 11 de junio de 1777, tomó posesión de la capitanía general de Cuba y de la Luisiana, el mariscal de campo don Diego Navarro y García de Valladares.

No he visto, en los libros de historia, destacar con relieves el gobierno de Navarro, y sin embargo sus cuatro años de mando, paralelos a la guerra de independencia norteamericana, fueron excelentes y tuvieron enorme importancia en la isla de Cuba.

A raíz de su toma de posesión, empezaba a materializarse, en Europa y en las colonias británicas, la filosofía política y económica del Liberalismo. Paine había escrito: "la sociedad, bajo todas sus formas, es un bien; pero el gobierno, bajo todas sus formas mejores, es un mal".

¡Qué diferencia con las doctrinas actuales!

El mal había sido denunciado hacía años en el viejo continente. Montesquieu y su división de poderes, y Juan Bautista Vico, un italiano genial, con su doctrina de que todas las civilizaciones humanas desarrollan un movimiento ascendente, aceleraron aquel ritmo impresionante, que Quesnay previo en su *Tableau Economique*, y que Adams Smith, entusiasmado, sistematizó en su libro *La Riqueza de las Naciones*, en el que predicaba el *dejad hacer, dejad pasar*, destacando la importancia de la libre competencia y el imperio de las leyes naturales.

Resultado: una clase media, una pequeña burguesía, y agrupaciones de trabajadores asalariados que acabarían por tomar de la mano los acontecimientos mundiales.

Con todo ello, la revolución industrial se anticipó a la revolución política. En 1765 la ciencia de la mecánica robusteció la ciencia de la economía. High inventó la máquina Jenny y Hargrave la perfeccionó. En 1767 High produjo la Waterframe. Había comenzado en Inglaterra la producción en gran escala y la Gran Bretaña necesitaba mercados.

En presencia de estos acontecimiento, España reformó su política

comercial. Las Reales Cédulas y decretos de 2 de febrero y 12 de octubre de 1778, proclamaron entre la Metrópoli y sus posesiones un nuevo trato en la "Ordenanza para el libre comercio con las colonias".

Pero aún inspiraban a Carlos III grandes temores la Ordenanza. Las naves debían ser propiedad de sus vasallos. Los capitanes, patrones, maestres y oficiales, y la gente de mar, estos en sus dos terceras partes, por lo menos, tenían que ser españoles por nacimiento, debiendo estar integrado el tercio restante por practicantes del catolicismo.

Todo esto era bastante restringido, pero algo se había adelantado. El talento y la voluntad nada comunes del ministro de Indias, don José Gálvez, era el muñón de esta lánguida bandera liberal.

En vista de estos acontecimientos, nada frecuentes, para la época, Cuba corrió a pedir gracia para su comercio y alcanzó el favor real. Extendiéronse sus relaciones a una tolerancia mayor, respecto de los buques extranjeros, y cuando la guerra de independencia norteamericana paralizó el tráfico de las colonias inglesas, otro decreto, más liberal, abrió el puerto de la Habana a las naves abanderadas de naciones amigas.

PARTICIPACION DE CUBA EN LA INDEPENDENCIA AMERICANA

Carlos III miraba la independencia norteamericana con inmensas simpatías. Por esta razón, lo mismo que a principios de siglo, la historia de Cuba vuelve a ser más internacional que local.

Cuba no era nada. Y la Península lo era todo. Pero la guerra, en esta oportunidad, no se efectuaba en Europa, sino en América. No por piratería, ni por corso, sino por ideales, por la libertad, por la nación, por el estado. Y nuestro territorio, con el de la Luisiana, subordinada entonces a Cuba, adquirían una importancia extraordinaria.

El jefe era el general Navarro. Había recibido amplios poderes de Madrid para favorecer a los rebeldes. Miralles, un agente cubano, designado en época del marqués de la Torre, para que visitara a Washington, había avanzado prodigiosamente y charló con el general de sus preocupaciones por la independencia de los Estados Unidos y de la ayuda que España le ofrecía, tomando a Cuba como base. Washington, dirigióse a Navarro, y éste le agradeció, entusiasmado, un retrato que le había enviado el vencedor de Princeton.

En 1779, la decisión de España era inminente. Navarro había movido

hábilmente las piezas de aquel tablero de ajedrez. Tenía facultades ilimitadas, que en cierto modo lo independizaban de las órdenes emanadas de la Corte, y podía resolver lo que estimara conveniente, potestad que no había gozado jamás ningún gobernador de la Isla.

Los hechos se aproximaban al "climax". La Gran Bretaña, al negarse a aceptar la mediación propuesta por Francia, favoreció las inclinaciones de Carlos III. Y decidió la guerra. El bando, anunciando la conflagración bélica, se pregonó en la Habana el 22 de julio de 1779. La escuadra francesa, en el acto, recibió (veinte navios y dos mil hombres) órdenes de proteger a Cuba y a su capital, cuando su Capitán General lo reclamara.

La contribución de Cuba a la revolución americana costó extraordinarios sacrificios en hombres y en dinero, y el pueblo y las clases solventes de la colonia, simpatizaban con ella y secundaban la actuación de las autoridades en nuestra Isla. Un millón de ducados aportaron las principales damas de la sociedad habanera para pagar los sueldos atrasados de los marinos franceses que se encontraban en aguas de Matanzas. Comerciantes y armadores de la Habana enviaron dinero y provisiones a las colonias en guerra.

Navarro comunicó a las autoridades de la Carolina del Sur que atacasen a los ingleses en Georgia y la Florida. Los americanos, plantearon el intercambio de mercancías, y Navarro accedió. Sin embargo, cuando se presentó en la Habana, Mr. Spyers Singleton, nombrado por la Carolina del Norte, agente comercial en Cuba, Navarro rehusó reconocerle oficialmente. España, siempre restrictiva, en cuanto a la libertad comercial, declaraba que las relaciones mercantiles entre Cuba y los Estados Unidos, sólo tenían carácter provisional. Mas esta temporalidad fue más poderosa que el trono y duró muchos años. Era, ni más ni menos, que el derecho de Cuba por su apoyo a la revolución de los Washington, los Adams, los Jefferson, los Franklin...

Al socaire de la revolución americana, España pensaba recuperar la Florida, y Francia el Canadá, ambos territorios en poder de los ingleses. La ilusión ibérica tenía en Bernardo Gálvez, sobrino del ministro de Ultramar, su representante más valioso.

Los odios ponen en movimiento a los hombres, más rápidamente que cualquiera otra pasión, y Gálvez aborrecía a Inglaterra. Realizó una campaña relámpago. En menos de seis meses conquistó a *Mantchack*, *Baton Rouge* y *Mobila*. Después visitó la Habana donde lo esperaban dos escuadras, francesa la una, a las órdenes de Monteiul, y española la otra, que debía subordinársele inmediatamente. Reforzado de esta manera, rindió a Pensacola, y situó en el gobierno de Cuba, en sustitución de Navarro, a su edecán, Juan Manuel de

Cagigal.

Se inició, con el traspaso del mando en favor del hijo de Juan Francisco Cagigal, muy distinto a su padre, aunque quizás más guerrero, una de esas etapas donde los que figuran al frente del gobierno no gobiernan.

Durante varios años la Isla de Cuba se convirtió en un feudo de Bernardo Gálvez. A Cagigal y a su amigo ayudante, Francisco Miranda, precursor de Bolívar, lo sustituyó Unzaga. Era éste concuñado de Gálvez. Ambos estaban casados con dos hermanas Saint-Maxens, de la aristocracia de Nueva Orléans. Las ambiciones de Gálvez, de reconquistar la Florida, quedaron descartadas, cuando el almirante inglés Rodney, una de las más grandes figuras de la marina británica de todos los tiempos, derrotó a la escuadra francesa de De'Grasse en la batalla de los Santos, frente a las Dominicas.

El 20 de febrero de 1873, siendo aún Luis Unzaga gobernador de Cuba, se firmó el tratado de paz de Versalles entre España, Francia e Inglaterra. "Nunca, en el siglo XVIII —dice el historiador Altamira— habían logrado los Borbones un acuerdo más lisonjero, ni que, al parecer, reportase más ventajas inmediatas".

Los Estados Unidos quedaron reconocidos como nación libre y soberana, y nuestra Metrópoli, reconquistaba Menorca, las dos Fio- ridas y la completa evacuación por los ingleses de sus establecimientos en la costa de Mosquitos.

Estos tratados de paz, dejaron en el Conde de Aranda un sentimiento penoso y tuvo a bien confesarlo. "Los Estados Unidos —decía— nacen pigmeos y han necesitado la ayuda de dos naciones tan poderosas como España y Francia". Llegará un día en que se tornen gigantes y aún coloso terrible en aquellas zonas. Y entonces olvidarán los beneficios recibidos.

Terminada la guerra, Bernardo Gálvez nada tenía que hacer en América y embarcó hacia la Corte de Madrid. Lo acompañaban, emocionadas, sus tropas, los ímpetus de su juventud y sus proezas. En la corte no encontró lo que buscaba. Y sus naves, soldados y marinos, fueron reembarcados hacia el Perú, donde un indio, haciéndose proclamar Inca, y tomando el nombre de Tupac-Amaru, había sublevado a los indígenas tratando de emular las glorias de los norteamericanos para encontrar fatalmente el camino del cadalso.

Gálvez fue nombrado, entonces en propiedad, Capitán General de la isla de Cuba, de la Luisiana y de la Florida. Encontró la Isla bajo los efectos de una crisis económica durísima. Enormes sobrantes saturaban el mercado. El azúcar, dulzura y amargura de Cuba, había bajado de 18 a 4 reales la arroba. La aduana de la Habana, fuente principal de los ingresos de la colonia, no recaudaba y los *situados* mexicanos no llegaban a tiempo. Gálvez no estaba para remediar estos

males. A los cuatro meses escasos de su mando fue ascendido al virreinato de México, dejando el gobierno de la Isla en manos del Brigadier Troncoso, que, a su vez, lo traspasó a José Espeleta, y éste al coronel Domingo Cabello.

En la Nueva España, no aguardaban a Gálvez nuevos triunfos. Su estrella se había apagado. Al regresar a Palacio, en México, meses después, de una partida de caza, contrajo una fiebre inflamatoria que lo arrebató a la vida el 30 de noviembre de 1786 a la edad de cuarenta años.

QUINTA EPOCA
EL DESPERTAR DE LA COLONIA
1790-1838

XII

EL GOBIERNO DE DON LUIS DE LAS CASAS

En 1788 murió Carlos III, después de un reinado de veinte y nueve años. Al administrársele la santa extremaunción, se le preguntó si perdonaba a sus enemigos; sonrió con tristeza y dijo: "No he tenido que aguardar a este trance para perdonarlos; todos lo fueron en el momento de la ofensa".

Le sucedió su hijo Carlos IV. Era tonto, incapáz, y estaba dominado completamente por su esposa, María Luisa de Parma, que se entendía con Manuel Godoy, y escandalizaba a la corte con sus caprichos y locuras.

Para reemplazar al coronel Cabello, en el gobierno de la Isla, Carlos IV envió a nuestras tierras al general Luis de las Casas, que conocía la colonia por haber venido a ella con su cuñado, el general O'Reilly.

Las Casas era una personalidad atractiva, llena del privilegio de la originalidad. Paje de Fernando VI a los trece años; combatiente de Villaflor en Coimbra, a los veinte; acompañante de su hermano Simón, embajador ante Catalina la Grande, de Rusia, a los treinta.

Las Casas llevaba consigo ese noble afán del señorío español tan lleno de dignidad y de grandeza.

Se interesaba en el nuevo pensamiento. Sostuvo en París estrechas relaciones con filósofos, poetas y publicistas adentrados en el progreso, y logró moldear un pensamiento liberal, sin los radicalismos de los más exaltados. La entrada del duque de Montemar en Orán, después de la conquista, no fue más entusiasta y alegre que la dispensada a Las Casas, cuando éste se hizo cargo de aquel gobierno; recibido con palmas delirantes, como si retornara de alguna expedición marcial cubierto de laureles y de triunfos.

Posesionado del mando, en Cuba, el 8 de julio de 1790, Las Casas pidió los planos y las memorias que había dejado en la Isla el marqués de la Torre, y se ajustó a ellas. Siendo estos dos generales, igualmente constructivos, con ventaja para el marqués en este orden, como hemos dicho, se diferenciaban en un aspecto

fundamental a la psicología de los criollos. El marqués habló siempre de habitantes y de súbditos. Las Casas, en un lenguaje sencillo, admitió que la patria de los cubanos era Cuba, y que los nacidos en la Isla tenían los mismos derechos a la gobernación del país que los peninsulares. En definitiva, Las Casas gobernó con los cubanos. Esto provocó en la colonia progresos, entusiasmos, cultura política, esperanzas, ilusiones. Su mejor auxiliar, su hombre de estado, fue Francisco de Arango y Parreño. Un estadista sin estado, como lo ha calificado acertadamente Raúl Maestri, que representaba al ayuntamiento de la Habana, en Madrid, y que regresó a Cuba para convertirse, mediante su gran talento y sabiduría, en la figura señera del primer cuarto del siglo XIX en nuestra historia.

No se pueden sintetizar las obras de Las Casas en pocas páginas. Comenzó su encargo persiguiendo el juego y la vagancia; reformando la administración de justicia, y promulgando bandos de buen gobierno. Su espíritu liberal le advertía el progreso en la difusión de las ideas, y dispuso la publicación del *Papel Periódico*. Colaboraron en él los cubanos más distinguidos de la época.

Los actos de Las Casas no siempre contaron con aplausos de unanimidad. El obispo Trespalacios le odiaba y el Intendente Hernani le aborrecía. Este último fue sustituido. José Pablo Valiente ascendió, y la Isla salió ganando con ello, pues el nuevo intendente profesaba las ideas de Adam Smith.

Trespalacios no era un hombre vulgar. Representaba el espíritu retrogrado de los enemigos del desaparecido Carlos III. Peleó con Las Casas por motivo del teatro, por motivo de la plaza de toros, por motivo del establecimiento de la casa de mujeres recogidas. Era complicado y difícil Trespalacios. Parecía justo y equitativo, pero era soberbio y vanidoso. A pesar de todo, fue caritativo y pudo realizar su obra cumbre, al convertir la modesta iglesia de San Ignacio de Loyola, en la hermosa catedral que hoy embellece un barrio de la Habana. Era un buen matemático e implantó, entre nosotros, el sistema métrico decimal. En realidad, para todo el que estudie la historia de Cuba, Trespalacios resulta, en el contraste de la época, un personaje sin armonía.

EL CENSO DE 1792

El censo de 1792, realizado bajo la supervisión de Las Casas, demostró el aumento desproporcionado de la raza negra sobre la blanca. Esta es una cuestión donde la administración de Las Casas ofrece una verdadera falla. Veamos.

La revolución francesa se había extendido por todo el mundo, después de la toma de La Bastilla. La destrucción de la industria azucarera de Haití, como

consecuencia de la rebeldía de los negros acaudillados por Tousant Louverture, convertía a Cuba en la primera productora de azúcar del mundo. Y este hecho transformó la misión de Las Casas en un verdadero dilema.

Por un lado, tenía que evitar que se extendieran en Cuba las ideas de emancipación. Por el otro, debía favorecer el aumento del trabajo servil, facilitando a los hacendados los miles de esclavos que hacían falta para atender al vertiginoso desarrollo de la siembra, corte, tiro y alza de la caña y del café, cuyas ubérrimas cosechas se habían convertido en un emporio de riquezas.

¿Cómo resolvió Las Casas este problema?

Prohibió la entrada en Cuba de extranjeros y autorizó, al mismo tiempo, durante seis años, la libre introducción de africanos. Cuba quedó convertida en una verdadera factoría. Arango y Parreño, que favoreció la medida, la rechazó, andando los años. Fue entonces que el azúcar alcanzó precios increíbles. Saltó de cuatro a treinta reales la arroba.

La visión de una gran riqueza al alcance de los cubanos, estimuló las iniciativas. Arango y Parreño, pronunció su famoso discurso sobre la "agricultura y los medios de fomentarla".

El discurso de este valiosísimo cubano representó la expresión plausible de nuestras necesidades más perentorias. Las sintetizó en siete puntos generales, a saber: 1) negros más baratos para laborar los campos; 2) mejoras técnicas para el cultivo y la elaboración del café, azúcares y tabacos; 3) constitución de cajas de crédito, integradas y administradas por los mismos hacendados, al estilo de las famosas *Landschaften*, creadas por Federico II en la Silesia prusiana; 4) franquicias y rebajas de derechos y contribuciones; 5) desarrollo y fomento de los transportes; 6) libertad comercial para vender al extranjero; y 7 revisión de aranceles y tasas con relación a los productos de Cuba.

Concedidas no pocas de las franquicias solicitadas por los cubanos, la Isla progresó de manera prodigiosa. Y los hacendados, en el colmo de la euforia, regalaron un ingenio a Las Casas en la zona de Güines, cuyos caminos fueron abiertos hacia la Habana, por el Capitán General. Se fomentaron veinte y nueve ingenios, y la técnica de elaborar nuestro dulce producto adelantó notablemente.

INSTITUCIONES ECONOMICAS CREADAS EN EL GOBIERNO DE LAS CASAS

Nada sirve mejor para probar la honestidad de un gobernante que las

recaudaciones fiscales en exceso de lo presupuestado. Las Casas, lejos de enriquecerse con esos dineros, los dedicó al desarrollo de la educación y la cultura.

Surgió la Real Sociedad Patriótica de los Amigos del País y el Real Consulado de Agricultura y Comercio, creados por Cédulas de Carlos IV, a recomendación del Gobernador de la Isla.

Estas sociedades económicas, originarias de las provincias vascongadas, en España, penetraron en América, como resultado del "Despotismo Ilustrado". Ministros, virreyes y capitanes generales las crearon en la segunda mitad del siglo XVIII. Sus gestiones y la importancia que adquirieron como organismos de consulta y de orientación, de propaganda y de fomento, fueron muy bien aprovechadas por los criollos, que asimilaron su sentido y puede asegurarse, en cuanto a Cuba se refiere, que con ellas se extendió en el país, entre las clases pudientes, un amplio sentido de autonomía que habría de tomar gran incremento en el futuro. Estos dos organismos no tenían potestad para legislar, pero de las consultas que a ellos hiciera el gobernador, salían Reales Ordenes, Decretos, Bandos y Resoluciones, que se fundaban en los puntos expuestos por aquellos.

Las luchas internas de peninsulares y criollos en las sociedades patrióticas y en el real Consulado, esbozaron muy pronto la silueta de dos partidos a semejanza de las organizaciones políticas: el de los hacendados (criollos) y el de los comerciantes (peninsulares) cuyos intereses no lograron conciliarse. Comenzó a abrirse entre ambos (productores e intermediarios) un verdadero abismo que habría de culminar, mediado el siglo XIX, en un positivo y sentido proceso revolucionario.

LOS PRIMEROS SINTOMAS DE REBELDIA

La revolución francesa de 1789 planteó al mundo la renovación de las ideas y de los métodos sociales, y sus efectos estaban llegando a Cuba.

En nuestra Isla se le temía a los blancos de ideas liberales y a los negros de ilusiones emancipadoras. Los tiempos bonancibles de la era del Buen Gobierno, se habían terminado. Francisco Miranda, expulsado del ejército español, soñaba con la libertad de las colonias hispanas. Un día, hablando con el marqués de Barbés-Marbois, ministro francés en Estados Unidos, le dijo: "Estoy seguro de que en la América Española, se efectuará una revolución análoga a la de Nueva Inglaterra".

En relación con este tema, Las Casas escribía alarmadísimo al conde de

Campo Alange, ministro de la guerra, en Madrid, confesándole sus temores. Estos temores no eran infundados. El gobernador convocó a sesión al ayuntamiento y pidió a los capitulares que le comunicaran sus experiencias, procedimiento peligroso que se presta a la venganza y al infundio. Un vecino le hizo saber que la culpa de todo la tenían los "malditos franceses". Otro, le informó haberle escuchado a un africano esta frase: "Nosotros haremos lo que los negros del Guárico". Y a una mulata, castigada a latigazos, se le oyó gritar: ¡Malditos! ¡Malditos! ¡Todavía no escarmientan los blancos! Finalmente, un esclavo del marqués de Jústiz, había arengado a la servidumbre al grito de "¡Viva la libertad¡"

Manos ocultas provocaban desórdenes y mantenían la alarma, atemorizando a los funcionarios. Pasquines, hojas sueltas, anónimos, amenazas, aparecían en la ciudad y se enviaban a las autoridades.

Si las tropas se ejercitaban, es que había alzados; si los castillos se artillaban, la Isla sería invadida. Cuando un joven esclavo, enloquecido por sus delirios, penetró en un colegio y a machetazos hirió a varios educandos, siendo dominado por el capitán Nicolás Viamontes, a nadie le quedó dudas de la próxima degollina.

La degollina era imposible. Pero la realidad demostraba que Cuba estaba siendo trabajada y agitada por una fuerte conspiración. Las Casas recibió una denuncia de Bayamo. Un tal Nicolás Morales, pintado de viruelas menuditas, muy taimado y de edad de cincuenta y seis años —descrito de mano maestra por Santovenia —recorría los campos incitando a la rebelión, al reparto de tierras, y a la supresión de las alcabalas. Capturado Morales, las cosas se aclararon, y se le echó tierra al asunto. Y si volvió a saberse de todo esto fue porque Pedro Calunga pudo adquirir seis caballerías de tierra en el realengo monte de Manzanillo.

Este despertar lo avizoró Las Casas y lo reprimió. Pero como había dejado en la colonia un gran ejemplo de prosperidad material, su recuerdo ha perdurado largamente. Terminó sus días, en el puerto de Santa María, el 14 de julio de 1800. Sus bienes, entre los cuales estaba aquel ingenio, regalo de los hacendados, no alcanzaron para pagar sus deudas.

XIII

CUBA, PEON DE AJEDREZ EN EL JUEGO INTERNACIONAL

Después de 1796, a pesar de la persecución de las ideas liberales, Cuba progresaba, y brillaban con luces de sabiduría, el obispo Juan José Díaz de Espada, y el médico don Tomás Romay, que descubrió la vacuna casi al mismo tiempo

que Jenner, y antes de llegar a Cuba el sabio español don Francisco Balmis.

Un sabio prusiano, el barón de Humboldt, interesado en el destino de América, vivió algunos meses en Cuba, y sus observaciones y estudios fueron de gran utilidad, pero es una exageración decir que descubrió por segunda vez nuestro territorio. De todas maneras, lo más significativo, en la adquisición de Humboldt, es que el grande hombre no nos pertenece por capricho, sino por voluntad, pues, como dice Carlos Pereyra, Humboldt fue el enamorado caballeresco de nuestro continente.

De 1800 a 1825, Cuba se convirtió en un peón de ajedrez en el juego de las grandes potencias. Era un crucigrama la situación de nuestra isla. Lo que convenía a Francia no era lo que convenía a Estados Unidos, lo que convenía a Estados Unidos no era lo que convenía a Inglaterra. Lo que convenía a Inglaterra no le convenía a nadie. Esta pugna salvó a Cuba, y España se sintió tranquila y sosegada en su posesión antillana.

En 1808, la invasión napoleónica de la península ibérica, puso de manifiesto, en Cuba, con mayor profundidad que la que aparentemente revelaba, las diferencias de pensamiento y de acción que distanciaban a peninsulares y criollos, y el ejercicio de la autoridad, resultó, en el trance de las decisiones a tomar, mucho más hondo de lo que a simple vista parecía.

Cuando Arango y Parreño, jefe del partido de los hacendados, propuso que debía formarse una junta provisional presidida por el marqués de Someruelos, a la sazón gobernador de la Isla, los ánimos se caldearon, y el general don Juan de Villavicencio, jefe del apostadero, que representaba a los comerciantes, se opuso, por entender que tal autonomía era absoluta y completamente improcedente. El brigadier Francisco Montalvo, dando un puñetazo en la mesa de conferencias, aseguró que no se instalaría junta suprema ni provisional alguna en Cuba, mientras él ciñese espada y estuviese vivo. Los reunidos se adhirieron a la Junta de Sevilla que presidía el Conde de Floridablanca, fiel a Fernando VII, a quien Bonaparte había despojado de sus derechos al trono de España.

Después de aquellas escaramuzas políticas, el concepto patria, circuncripto al suelo nativo, comenzó a ganar terreno rápidamente. Las clases adineradas no se decidían ni siquiera a proponer la autonomía. Pensaban que les hacía falta la protección de una potencia de primer orden, como España, y se mostraban temerosas de que pudiera surgir, entre nosotros, como había sucedido en Haití, una república dominada por la raza africana, dado el mayor porcentaje de negros que poblaba entonces la isla de Cuba.

"Somos españoles —decía Arango y Parreño— no de las perversas clases de que las demás naciones forman sus factorías mercantiles, que es a lo que se reducen sus establecimientos en América, sino de la parte honradísima de España..."

Alebrestadas las ideas políticas, los cubanos se dividieron en anexionistas, autonomistas y separatistas. Estos dos últimos sentimientos aún presentábanse deficientemente expuestos. El separatismo, a principios del siglo XIX, parecía una concepción irrealizable. Por otra parte, las perspectivas del anexionismo, en 1812, según William Shaler, agente norteamericano en la isla de Cuba, eran muy escasas, aunque existían hacendados que consideraban sus posibilidades, teniendo en cuenta el gran mercado de Estados Unidos.

Tomás Jefferson había tratado, poco antes, de convencer a Someruelos y a Folch (gobernador de la Florida) de abandonar a España, e ingresar en la Unión. Envió a Cuba al general Wilkinson, y fue recibido por el gobernador, pero en cuanto éste se enteró del pensamiento de Jefferson, despachó a Wilkinson.

La negativa de ambos gobernadores disgustó al estadista norteamericano. Concibió en su retiro de Monticello ocupar Cuba y la Florida. Canceló tan audaz proyecto. El general Turreau, plenipotenciario francés, visitó la Casa Blanca, y pidió explicaciones a Madison, sustituto de Jefferson en la presidencia y a Monroe, que ocupaba la cartera de Estado, y les informó del rumor creciente. Madison, muy circunspecto, con aquella timidez que no le impedía ser uno de los hombres más notables de su época, afirmó que Wilkinson había visitado a Cuba en una misión de cortesía, sin autorización para hacer ofertas ningunas.

Lo que estaba en juego, y no era una novedad, era el destino de la Isla. Tanto Inglaterra como Estados Unidos extendían sus manos sobre ella. Madison y Monroe mostraban gran interés. En esta situación, se presentó en escena José Alvarez Toledo. Este joven, "rara mezcla de héroe y aventurero", había sido perseguido en Cádiz por sus ideas, no muy bien definidas, pero contrarias a España. Ordenada su prisión en la Península, logró escapar a Estados Unidos y entrar en relaciones con Monroe, que le recibió en secreto.

Aseguraba Toledo que la Gran Bretaña deseaba a Cuba, a Santo Domingo y a Puerto Rico, y que no era dislocado pensar que las cortes españolas, en las circunstancias descritas, accediera a tamaña ambición.

Monroe tomó muy en serio el asunto, habló con Madison, y ambos fueron hasta Monticello donde encontraron a Jefferson alegre como unas pascuas. Toledo recibió dinero y unas cartas para Shaler, que le esperaba en la Habana. Pero el joven se gastó los fondos, se quedó en Filadelfia, y Monroe desengañado

no volvió a recibirlo ni a ocuparse de él.

Someruelos vivió en Cuba una etapa complicada y confusa. Wilkinson lo había puesto en guardia sobre la posibilidad de los trabajos anexionistas. Montó un cuerpo de espionaje semejante a una gestapo que le tenía enterado de todo lo que pasaba. Se pagaban las confidencias, se premiaban las denuncias, se amparaba a los delatores.

Durante este régimen policíaco se descubrió la conspiración separatista de Román de la Luz, propietario del ingenio "El Espíritu Santo", que, con Joaquín Infante, soñaba con hacer a Cuba república soberana. De la Luz fue denunciado y preso; deportado a España, donde murió en la miseria, e Infante logró escapar, después de haber articulado un proyecto de constitución para Cuba.

Luego de este episodio, que demuestra lo revueltas que estaban las ideas, funcionó la horca, ejecutándose al joven mexicano Manuel Rodríguez Alemán, partidario del rey José Bonaparte, siendo ésta —dice Santovenia— la primera ejecución de carácter político que se efectuaba en la Isla.

Teñidas de sangre las ideas, Someruelos no se detuvo en la represión y en la condena. Se descubrió otra intentona acaudillada por el negro libre José Antonio Aponte. Aponte no era un hombre vulgar. Tenía cierta cultura, conocimientos políticos, ilusiones, fantasías, "y era amante de novedades y lecturas". La calumnia y la infamia de historiadores al servicio de las ideas más reaccionarias, se han cebado en aquel negro al que le sobraron arrestos, entusiasmos y romanticismos, y le faltaron buena suerte, ambiente y circunstancias. Derrotado, principalmente, por un hombre de su propia raza, fue condenado a morir, ahorcado y descuartizado.

Al comienzo de la calzada de San Luis Gonzaga, lugar donde había vivido Aponte, el marqués de Someruelos exhibió, en sendas jaulas de alambre, las cabezas del jefe rebelde y de su lugarteniente Chacón. En los ojos de ambos se fijaban expresiones de terror y de acorralamiento indescriptibles.

Años después de todos estos hechos, el 13 de diciembre de 1813, estando en una tertulia familiar, en su residencia en la corte, el marqués de Someruelos, tomaba una taza de chocolate y le acometió un ataque de apoplejía que le produjo la muerte. Se rumoró que había sido envenenado por haber llevado al patíbulo a aquel joven Rodríguez Alemán que no mereció una condena tan monstruosa.

XIV

LA CONSTITUCION DE CADIZ

El 14 de abril de 1812 asumió el gobierno de la Isla el general Juan Ruiz de Apodaca. Apodaca era más diplomático que militar y más entendido en problemas de mar que de tierra.

Sus instrucciones eran sencillas. Observar la más cumplida neutralidad entre Inglaterra y los Estados Unidos, que estaban en guerra, y promulgar en la Isla la Constitución de 1812, que acababan de aprobar las cortes de Cádiz.

Aplaudida por los criollos y censurada por los peninsulares, la constitución de 1812 resultaba inaplicable a la isla de Cuba. No duró mucho tiempo en vigor. Derrotado Napoleón en Waterloo, en 1815, regresó a España Fernando VII, y repudió el código, y se dictaron, sin pérdida de tiempo, las terminantes órdenes para que se suprimiera en las provincias de Ultramar. Apodaca, con la misma solemnidad con que había puesto en vigor la carta, la derogó.

El régimen no había tenido tiempo de arraigar ni en el orden administrativo, ni en el orden político. El partido español lo veía con disgusto. Un secreto instinto le hacía comprender que la concesión de libertades a la Isla redundaría en beneficio de los criollos. Si bien, como se ha dicho, la constitución era difícil aplicarla a Cuba, aquellos derechos equiparando a peninsulares y criollos tendrían forzosamente que dar fruto en el curso de los años. Nunca se había hecho una declaración de ese tipo en un texto político destinado a regir en la Metrópoli y sus colonias.

A pesar de ocupar el trono de España Fernando VII, Cuba había prosperado grandemente. Ocupaba la intendencia, en la Isla, don Alejandro Ramírez, y ayudado por el Capitán General don José Cienfuegos, y por Arango y Parreño, consiguió la reforma de la instrucción primaria y superior; las primeras cátedras de economía y de botánica; el desestanco del tabaco; el fomento de la población blanca; y la libertad comercial.

Al restablecerse, en España, como consecuencia del pronunciamiento en Andalucía de las tropas del general Riego, la constitución de Cádiz, dos militares sin importancia, le dieron un cuartelazo al gobernador Juan Manuel Cagigal, tercero de este apellido en el mando de la Isla, y le obligaron a reinstalar la constitución. Ramírez, blanco del odio de los peninsulares, fue perseguido y tuvo que refugiarse en las habitaciones privadas del gobernador, para evitar que se cometiera en su persona una fatal agresión.

Las cosas no pasaron a mayores. Aquella turba fue detenida por las arengas del argentino José Antonio Miralla y las de Diego Tanco, que exhortaron

al público, casi siempre confundido del lado en que está la justicia, a mantener el orden y a guardar respeto.

¿Qué había pasado entre peninsulares y criollos para un cambio tan radical y tan absurdo, tan distinto al primeramente reseñado, en que los defensores del código eran los cubanos y los impugnadores de aquella ley los españoles?

Los fenómenos públicos muchas veces cuesta trabajo desentrañarlos y están llenos de oscuridades en la superficie. Todas las cuestiones políticas que estaban congeladas con motivo del absolutismo de Fernando, volvieron a plantearse al levantar cabeza las ideas liberales.

Se operó un fenómeno muy curioso, en Cuba, donde el viceversa es tan antiguo como el descubrimiento. Los peninsulares, comerciantes en su mayoría, se declararon en favor de la constitución, y los criollos, hacendados casi todos, se pronunciaron en contra.

Esta anomalía, a que tan acostumbrados estamos los cubanos, en nuestras luchas políticas, exige un análisis, en esta etapa histórica, con la finalidad de que el lector la comprenda.

Los criollos, como ya lo hemos dicho, en la época que estamos reseñando (1800-1825) estaban divididos en autonomistas, separatistas y anexionistas. El primer grupo era el fuerte. Lo integraba la clase patricia. Hacendados, cafetaleros, azucareros, ganaderos, terratenientes, profesionales, obispos, sacerdotes, curas, militares, etc. Esta clase progresista, en su mayoría, se encontraba en una posición muy especial. Siendo partidaria del liberalismo, tanto en política como en economía, no se conformaban a perder el poder, o a prescindir de un gobierno provisional autónomo, en el cual cubanos y españoles gozaran del principio de la más absoluta igualdad.

El restablecimiento de la carta de 1812, sin aquellas garantías, no podía convenirle al partido cubano, al que la dirección de los negocios públicos se le escapaba de las manos, perseguido Ramírez por los peninsulares constitucionalistas, que lo acusaban de hacer causa común con los criollos.

Por otra parte, en puridad de verdad, los peninsulares no personificaban los principios liberales, sino una reacción formidable contra los productores que, apoyados por Fernando VII y los capitanes generales, a partir del gobierno de Las Casas, habían logrado, por paradoja, las más avanzadas conquistas en el orden económico, poniéndole fin a la fuente de corrupción de que se nutrían sus opositores, que les permitía regresar ricos y poderosos a la Metrópoli.

Acusado de ladrón, a pesar de que jamás distrajo un centavo en sus

atenciones personales, el intendente Ramírez, el mejor administrador que tuvo Cuba colonial, bajó a la tumba en medio de una ola de fango.

A través de estas paradojas, ocurrió lo que forzosamente sucede cuando comienzan a soplar vientos de libertad. El liberalismo fue absorbido por los cubanos. Era muy difícil contener el espíritu de libertad constitucional que tomaba contornos al calor de aquellas luchas en las que se mezclaban las maldades a los ideales. En las altas clases criollas se mantenía la fidelidad a España. Más no sucedía lo mismo en el resto de nuestra sociedad. Las clases intelectuales y las humildes, alentaban la certidumbre de que sólo la independencia política podía resolver nuestras periódicas crisis de gobierno y sustituir el militarismo con una república al estilo de la que habían fundado los norteamericanos.

Aún no coincidían la política y la economía en la tesis separatista. Era evidente que cuando ésta fusión, obra de los años, se produjera, ni autonomistas, ni anexionistas, ni ninguna de las teorías que surgieron después, elaboradas para mantener la Isla en el regazo de España, serían capaces de detener el impulso aglutinante de las ideas liberales.

XV

EL PADRE VARELA

A tenor de la constitución de Cádiz, en 1822 debían efectuarse en Cuba elecciones para diputados a cortes. De un lado, el padre Varela. Del otro, el cura Piñeres, peninsular suelto de lengua, difamador de oficio, que odiaba a los criollos con todas las fuerzas de su maldad, que era mucha.

A los gritos de vivan y mueran *godos y mulatos* se verificaron los comicios. A pesar del muñequeo gubernamental, ganaron los cu- baños. Piñeres, furioso con su derrota, acusó a los criollos de estar conspirando. Hubo en la Habana motines y refriegas. Y hasta en Palacio, a presencia del gobernador Kindelán, el cubano Rafael Gatica, y el capitán español Segundo Correa, riñeron a puñetazos, saliendo herido el propio Kindelán, que trató de mediar entre dichos combatientes.

El elemento peninsular veía con muy malos ojos al Padre Varela. Este había escogido bien su vocación. A los catorce años, hijo de un oficial del ejército, le ofrecieron los cordones de cadete y contestó: "Yo quiero ser soldado de Jesucristo. Mi destino no es matar hombres, sino salvar almas".

Muy joven, esta gran figura de nuestra historia, había conquistado fama de orador y hombre de ideas liberales, alcanzó enorme popularidad entre las juventudes. El obispo Espada, que conocía su moral y su piedad fervientes, le hizo catedrático de Filosofía, y el éxito que alcanzó en estas disciplinas, lo condujo, también, a la cátedra de derecho constitucional. En los días de clase, un público numeroso se agrupaba a las puertas y ventanas del edificio, para escuchar al orador.

Varela no quería aceptar el acta de diputado. Lejanas y profundas visiones de su más allá presentían el destierro y la emigración eternas. Veía delante de sus ojos soñadores y melancólicos el espectáculo de la persecución, de las amarguras indescriptibles de la vida del emigrado en país extraño.

Al fin embarcó a su destino, y sus presentimientos se cumplieron. Fernando VII lo persiguió. Se exiló en San Agustín, en la Florida, y se convirtió definitivamente al separatismo.

XVI

LOS PRIMEROS ESFUERZOS POR LA INDEPENDENCIA

Durante el reinado de Fernando VII la monarquía española perdió sus colonias al sur y al centro de América.

Con excepción de aquellas tierras que el reino cedió voluntariamente en 1808, la corona conservaba la mayor parte de su territorio americano, a saber: 1) el suroeste de los actuales Estados Unidos, California, Tejas, etc.; 2) México y toda la América central y la meridional, salvo el Brasil y algunas que otras posesiones europeas; 3) las Filipinas, Marianas y Palaos, en la Oceanía; y 4) las islas de Cuba y Puerto Rico, de las que dijo Lola Rodríguez de Tió, en una poesía, que "eran de un pájaro las dos alas".

En tierras de América se había ido formando un partido criollo, lleno de recelos y de sentimientos adversos a la Metrópoli. Semejantes programas de rebeldía, inspirados en la revolución americana y en la de Francia, presentaban expresión clara y terminante a fines del siglo XVIII.

El espectáculo de las colonias inglesas, libres de la dominación británicas, alentó a los separatistas del sur, y en 1809 se advirtieron prematuros intentos en Caracas, Quito y el Alto Perú. Al año siguiente se levantaban en armas, Venezuela, Buenos Aires, Nueva Granada, Chile, Quito y México.

A pesar de estos movimientos, o quizás como consecuencia de ellos, a las cortes de Cádiz, acudieron representantes de toda la América. Pero la mayoría se retiró disgustada, convencida de que el camino de la emancipación no estaba en las palabras.

Es posible que la independencia continental se hubiera retardado si en ¿paña, en aquellas cortes, los gobernantes hubieran sido más flexibles. Si en lugar de hacer declaraciones hubieran practicado el espíritu de esas declaraciones.

Después de celebradas las cortes de Cádiz, la sublevación tomó vuelo en América, dirigida por Bolívar, en la parte septentrional del sur; por Belgrano y Artigas, al principio, y más tarde por José de San Martín, en las regiones del Plata y de Chile; y por Hidalgo y Morelos en México. De estas regiones lograron la independencia, cinco años más tarde, Buenos Aires, Uruguay, Paraguay, Chile, y una buena parte de la Nueva Granada.

Las tropas que al mando del general Morillo envió Fernando VII para reconquistar sus colonias, no tenían posibilidades de triunfo y excitaron el odio contra los monárquicos. Unido el espíritu de libertad a la filosofía individualista que invadía el mundo, la emancipación americana fue un hecho.

Sobre las montañas andinas, en los llanos de las pampas y de las sabanas originales, donde crecía libremente aquel estado de conciencia, imposible de refrenar, Bolívar y San Martín consolidaron la independencia de un puñado de pueblos constituidos en repúblicas soberanas. El brazo poderoso del mariscal Sucre, lugarteniente del Libertador, triunfó inolvidablemente en Junín, en Chacabuco, en Ayacucho, batallas con las cuales consumaron los criollos la libertad de sur América en 1824. Poco antes, habían logrado independizarse de la Metrópoli, México, Guatemala, Venezuela y el Ecuador, quedándole solamente a España, en las antillas. las islas de Cuba y Puerto Rico, y en Oceanía, las tierras que antes hemos mencionado.

"Habíamos perdido en pocos años —dice el historiador Altamira— una extensión de tierra de más de 300,000 leguas cuadradas y muy cerca de quince millones de habitantes; blancos, indios, negros y mestizos, que componían la población de los territorios de los nuevos estados: México, Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Perú, Bolivia, Colombia (Nueva Granada), Venezuela, Ecuador; y las cinco provincias unidas de centro América, que más tarde se constituyeron en repúblicas: Nicaragua, Honduras, Costa Rica, El Salvador y Guatemala.

Desde 1823 hasta 1834, durante los gobiernos de Francisco Dionisio Vives y Mariano Ricafort, los cubanos lucharon por su independencia con más heroísmo que suerte. La primera conspiración separatista recibió el nombre de

Rayos y Soles de Bolívar, por denominarse soles la logia donde se reunían los complotados y ostentar la bandera un sol de siete rayos como el que servía de distintivo a los soldados del Libertador.

La conspiración tenía ramificaciones en casi toda la Isla. Era la época de los francmasones, de los ritos de Escocia y de York, de los carbonarios, comuneros y anilleros, cuyas doctrinas llegaban hasta Cuba.

La solidez de aquel complot no dejaba dudas acerca de lo mucho que había madurado en la Isla el pensamiento separatista. No se trataba ya de sujetos sin importancia, ni de hechos superficiales, sino de personas de primera fila, de raigambre, de relevancia y de influencia. Lo encabezó nuestro gran poeta José María Heredia. Descubierto, escapó al extranjero y se radicó en México. Era el cantor del Niágara miembro de la sociedad secreta "Los Caballeros Racionales". Cuando se acusó a estos de "macabras y sangrientas intenciones". Heredia escribió estas palabras: "teorías acaloradas de perfección social pueden haberme hecho caer en errores, pero mi alma no está manchada con proyectos sanguinarios, ni es suceptible de ellos".

Los años de mando del general Vives, jugador de dados y de gallos, que creó las Comisiones Ejecutivas Militares Permanentes, tribunales de excepción, que sancionaban con garrote vil, constituyen la raíz de las luchas initerrumpidas, desde entonces, por la independencia de Cuba. Surgió en esta época una generación brillante que debía ser el eslabón más poderoso para fundir la cadena de hechos que culminan en dos guerras emancipadoras.

El primer lustro, de 1823 a 1828, giró en torno del nombre fúlgido y esclarecido de Simón Bolívar, unido a los de insignes cubanos que todo lo dieron por su patria. José Aniceto Iznaga, José Antonio Miralla, el argentino, Fructuoso del Castillo, José Agustín Arango y Gaspar Betancourt Cisneros, más conocido por su seudónimo: *El Lugareño*.

A este grupo de cubanos los ayudaba un ecuatoriano decidido y enérgico, Vicente Rocafuerte, más tarde presidente de su patria. Rocafuerte escribía al ministro de Estado en Bogotá, "Acabo de llegar a este país para anunciarle que una diputación de Cuba viene a pedir protección a la República y a suplicarle los libere del yugo español".

Iznaga era muy rico y pagó los gastos de la comisión que salió en busca de Bolívar. Pensaba José Aniceto, acertadamente, que libres México y Colombia, no tendrían que temer a las armas españolas y podía Bolívar acometer la tarea de libertar a Cuba. No estaba equivocado, pero la fatalidad se interpuso en su camino y desvió una obra que parecía indicada en esta época.

Los comisionados llegaron a La Guayra y de allí se encaminaron a Caracas, donde un camagüeyano de nacimiento, Francisco Yáñez, que presidía la corte suprema de justicia, los recibió generosamente y los ayudó a relacionarse. No pudieron ver a Bolívar sino al general Santander, ocupado entonces El Libertador en la campaña del Perú, donde tendría que ejercer la dictadura dos años.

A fines de 1824, Arango logró visitar el Perú y entrevistar a Bolívar. Estaba el inmenso caraqueño en el apogeo de su gloria, cuando en las "iglesias se cantaba al lado del evangelio aquellas estrofas que decían: ¡Nos diste a Bolívar; Gloria a Ti, gran Dios!"

En medio de aquellas efusiones, el Libertador le dijo a Arango: "Tengo el propósito de arrojar a los españoles de las antillas; lo ofrecí al coronel cubano José Rafael Heras, muerto al servicio de Colombia".

Aunque hay muchas pruebas de que Bolívar albergaba estos sentimientos, y de que algunos de sus generales, como Manuel Manrique y el famoso Páez, también lo deseaban, lo cierto es que no pudo ser.

Mientras aquel grupo de cubanos soñaba con la ayuda del Libertador, otra peña de criollos organizaba en México, en 1825, *La Junta Promotora de la Libertad Cubana*. Pertenecían a ella Juan Antonio Unzueta, José Fernández de Velasco, Antonio Abad Iznaga, Miguel Teurbe Tolón y otros muchos. Se nombraron tres comisiones. Una, para entenderse con el gobierno de México; otra, que tratara con los "desafectos a España en Cuba y los proscriptos en Estados Unidos"; y una tercera para visitar también a Bolívar, con quien intentaban relacionarse.

El presidente Guadalupe Victoria, protector de José María Heredia, e inspirador de la Junta, preparaba en Yucatán una expedi ción al mando del general Santa Ana, para invadir a Cuba en combinación y acuerdo con el general Páez.

Durante estos preparativos, se encimó la fecha de la celebración del Congreso de Panamá, auspiciado por Bolívar, y los Estados Unidos resolvieron oponerse a que se incluyera el tema de Cuba. El canciller americano Adams declaró que no deseaba ver expuestas a Cuba y Puerto Rico a las convulsiones que habrían de provocarle una invasión, aparte del riesgo que corrían esas islas de pasar a manos de otras potencias, consecuencias que no estaban dispuestos a tolerar los Estados Unidos, de acuerdo con la doctrina de Monroe.

Los ejércitos de Bolívar a las órdenes de Páez, y los de Guadalupe Victoria, a las de López de Santa Ana, recibieron contra orden ante la oposición abierta y manifiesta de Washington. Santa Ana quedó en Campeche con las proclamas redactadas... El general Victoria —decía una de ellas— desea vuestra

emancipación... y yo tendré, *cubanacanos*, la gloria de estar muy pronto con ustedes..."

Nada es más poderoso que la ilusión, cuando ha tomado la forma de una actividad real. Los cubanos, exilados en las tres Américas, trabajaban, en vísperas del Congreso de Panamá. Uno de los delegados peruanos, Manuel Lorenzo de Vidaurre, oidor que había sido de la audiencia de Puerto Príncipe, le debía la vida a José Antonio Iznaga, hermano de Aniceto, que lo había sacado de Cuba, durante la reacción fernandina, al derogarse la constitución de Cádiz.

Vidaurre había tenido oportunidad en Camagüey de tratar íntimamente a *El Lugareño*. "Yo le daba a Vidaurre lecciones de inglés —decía *El Lugareño*, y Vidaurre me daba lecciones de derecho de gentes, con arreglo al texto de Watel". Vidaurre, en definitiva, no pudo hacer nada por los cubanos. John Quincy Adams, autor del mensaje contentivo de la doctrina de Monroe, decía a su embajador en España. "Hay leyes de gravitación política como hay leyes de gravitación física. Cuba separada de España tiene que gravitar hacia la Unión".

El tema de nuestra liberación, efectivamente, no pudo ser introducido en el Congreso de Panamá. Ante todas estas dificultades, una nueva comisión de cubanos visitó a Bolívar, y éste les dijo: "No podemos chocar con el gobierno de los Estados Unidos quien unido al de Inglaterra, está empeñado en mantener la autoridad de España en las islas de Cuba y Puerto Rico, no obstante que esa determinación nos ha de mantener en constante alarma y nos causará crecidos gastos, a fin de repeler cualquier tentativa desde esas islas por nuestro tenáz enemigo".

Iznaga se mantenía erguido sobre sus ilusiones independentistas.

Fue hasta Caracas en busca de Bolívar, que había regresado del Perú, y logró entrevistarlo, presentándole un estado de las fuerzas de España en Cuba y demostró que éstas apenas llegaban a cuatro mil quinientos hombres. Bolívar lo escuchó atentamente, y después comieron juntos. Pero el apoyo de este hombre sobrenatural no pudo llegarnos nunca. No fue su culpa, sino la de algo superior que se oponía. A la diadema de pueblos libres que debía ceñir su frente no se encontraba el diamante de Cuba. Este estaba reservado para otro hombre extraordinario.

La fe de los cubanos en sus libertades es uno de los capítulos más hermosos de la historia de América, renovada constantemente en el afán inmortal de sus generaciones sucesivas. Todos cuantos han intentado el despotismo, la tiranía, han tropezado con ese amor del cubano a su libre albedrío. Ninguna doctrina dominadora se ha impuesto en Cuba. Ninguna se impondrá.

Francisco Agüero y Andrés Manuel Sánchez, camagüeyanos, decididos a traer a Cuba la guerra, habían salido de Cartagena para Jamaica, en febrero de 1826, con instrucciones del general Santander. De estas islas partieron hacia el sur de las costas de Cuba en la goleta *Marylandia*. Desembarcaron por Sabana la Mar con ocho compañeros de sacrificio, casi todos los cuales habían tomado parte en los *Soles y Rayos de Bolívar*.

Descubiertos y perseguidos, fueron capturados en el ingenio *Las Cuabas*, sometidos al juicio de la Comisión Ejecutiva Militar Permanente, y condenados a morir en la horca. Agüero y Sánchez se inscriben en lo cimero de nuestro martirologio, como los protomártires de nuestras libertades.

Ni la horca, ni el garrote vil, ni el paredón de fusilamiento, podían detener la idea separatista. Alonso Betancourt, defensor tenaz de nuestra liberación, trajo a Cuba la llamada *expedición de los trece*. Eran trece los navegantes de la balandra inglesa "*Margaret*". Alonso, como Santa Ana, no pudo publicar las proclamas que había escrito dirigidas a los pueblos de la Isla.

El último esfuerzo de esta brillante etapa en la historia de Cuba, fue el conocido con el nombre de *Gran Legión del Aguila Negra*. Esta agrupación, fundada en México, en 1829, fue descubierta en la Habana. El movimiento en el que figuraban el hacendado Manuel Abreu y el abogado Manuel Rojo, era importantísimo.

El Aguila Negra, pensaba invadir a Cuba y libertarla del dominio de España. La Comisión Ejecutiva Permanente dictó tres fallos consecutivos en 7 de julio, 5 de agosto, y 14 de diciembre de 1830, sentenciando a los complicados a penas de muerte y destierros. Heredia y Miguel Teurbe Tolón, ausentes de Cuba, fueron condenados en rebeldía.

CUBA DEJA DE SER UNA PROVINCIA ESPAÑOLA

Si Vives preparó las cadenas que habían de oprimir a Cuba, el general Tacón las remachó sólidamente. Reprimió, con dureza, la conspiración de *La cadena Triangular y Soles de la Libertad*, desterró a José Antonio Saco, evitó la restauración de la Constitución de 1812, y consiguió que los diputados cubanos fueran rechazados de las cortes de 1837, perdiendo la Isla definitivamente su condición de provincia española.

Tacón era un resentido. En sus mocedades había luchado desesperadamente contra los piratas argelinos y los corsarios ingleses. Fue gobernador de Popayán en 1811, cuando se proclamaba la revolución en Santa

Fe, en el virreinato de Nueva Granada. Las juntas patrióticas, decididas a independizarse, expulsaron al virrey Amat. Tacón, del lado del virrey, fue derrotado en uno de los puentes sobre el río Palacé. El desplome del imperio español en América y el nacimiento de las repúblicas sureñas lo amargaron para toda su vida.

Con estos antecedentes, Tacón fue enviado a Cuba para secuestrar definitivamente el pensamiento libre, la influencia revolucionaria y la acción ilustrada.

EL DESTIERRO DE SACO

Discípulo del padre Varela, José Antonio Saco, bayamés de nacimiento, marchaba al frente de nuestras juventudes con talento y gallardías insólitas. Inteligente, culto, apasionado, mediana la estatura, azules los ojos, gruesos los labios y castaño y lacio el cabello, Sacó ejercía un indiscutido liderazgo en su generación.

A fines de 1832, había publicado dos libros notables, premiados por la Real Sociedad Patriótica. La *Memoria sobre la Vagancia en Cuba*, y el *Análisis de una obra sobre Brasil*.

Si políticamente la *Memoria* resultaba un ataque formidable contra las lacras del régimen colonial, económicamente el *Análisis* encarnaba las más duras críticas contra el tráfico y la trata de negros, asunto tabú que nadie se había atrevido a plantear a la luz pública, y que Saco exponía con la más objetiva y nítida de las interpretaciones, declarando que los tratados que impedían aquellas violaciones eran letra muerta.

Todo lo que se hablaba en privado, Saco lo introdujo en el escenario vivo del debate. Su tesis, tan formidable como cierta, lo situó en lo cimero del pensamiento cubano. Demostraba, con su dialéctica, que mientras no se realizaran las reformas a que los cubanos tenían derecho, no cesaría la agitación política que sacudía a la Isla.

Alzado Saco contra los criterios españoles, era de esperarse que surgiera el choque. En efecto, surgió con motivo del debate que el cubano venía sosteniendo con el canónigo Juan Bernardo O'Gavan, a propósito de la creación de *La Academia*, una institución autorizada por el ministro Cea Bermúdez, a petición de José de la Luz y Caballero, que los españoles combatían sañudamente.

En estos días circuló un pasquín en Santiago de Cuba. Se exhortaba en él a

"sus habitantes a sacudir el yugo de la esclavitud política en que se vivía, bajo la dominación de los godos". Tacón lo relacionó con la defensa de *La Academia*, y dispuso, sin ambajes, el destierro de Saco. Cuando éste logró ver a Tacón, y le preguntó si podían saberse los motivos que ocasionaban aquella arbitraria disposición, el Capitán General, sin empacho, le contestó que "sus escritos eran alarmantes y que la juventud los seguía con demasiado calor".

UN PLEITO CONSTITUCIONAL

En agosto de 1836, los sargentos de *La Granja* se sublevaron y obligaron a María Cristina, la Reina Gobernadora, a restablecer la Constitución de 1812 y abrogar el Estatuto Real de Martínez de la Rosa.

El restablecimiento del código gaditano provocó en Cuba, entre el general Tacón y el brigadier Lorenzo, gobernador de Santiago, uno de los hechos de mayor repercusión entonces. Lorenzo, hombre de ideas liberales, en conocimiento de que en España se había restablecido la constitución, ordenó que en el territorio de su mando se hiciera lo mismo.

Tacón comunicó a Lorenzo que se había extralimitado, y le informó que en un consejo de ministros, en Madrid, ocurrido después del motín de *La Granja*, se había acordado excluir a las colonias del régimen constitucional, aunque se les reconocía el derecho de elegir diputados.

Lorenzo resistió. Tacón ratificó la orden. Lorenzo detuvo a Juan de Moya, que demandó la entrega del gobierno. Tacón despachó refuerzos hacia Santiago, al mando del brigadier Joaquín Gascué.

"Si en la Península —decía Lorenzo en un manifiesto— no había libertades verdaderas, al menos se veneraba su imagen... Pero la isla de Cuba es el reverso de la medalla. Nada de ayuntamientos electivos, nada de diputaciones provinciales, nada de garantías, nada de gobierno racional... Las leyes son la voluntad omnímoda del Capitán General... Todo se sofoca... Todo se desoye... Se ha prolongado un régimen tiránico, irracional y tanto más insoportable, cuanto más sensible es la diferencia con la Metrópoli".

Este pleito constitucional entre el general de la libertad y el general de la tiranía, duró tres meses. Las fuerzas militares y navales que habían aclamado, semanas antes, la Constitución, al enterarse de la actitud del general Tacón, se le voltearon a Lorenzo, y éste se vió forzado a asilarse en la corbeta de guerra inglesa *Vestal*, que lo condujo a Jamaica, y de aquí a un bergantín español que lo devolvió a la península.

Santiago —en aquellos tres meses— había disfrutado de la libertad y del decoro de verse secundado por la inmensa mayoría del pueblo.

EXCLUSION DE LOS DIPUTADOS CUBANOS

Tacón no era simulador como Vives. No ocultaba su enemistad declarada contra los diputados recién electos por la isla de Cuba a las cortes de 1837, que tenían el carácter de congreso constituyente. Todos los elegidos habían nacido en Cuba. José Antonio Saco, Nicolás Escobedo, Juan Montalvo y Francisco de Armas.

En estas condiciones, en medio de la ansiedad que reinaba al respecto de la admisión o no, en las Cortes, de la diputación criolla, se levantó en el congreso don Vicente Sancho, exhibiendo una exposición firmada por más de cuatro mil cubanos, terratenientes y esclavistas, que Tacón había logrado remitir a la península, recogida bajo presión, en la que se pedía el mantenimiento del *statu-quo* de las colonias. Esto dió pie a los diputados para secundar al gobierno de Madrid, sobre la base de que si los cubanos querían tener esclavos, habrían de renunciar a la libertad política. "Cuba, si no es española, es negra, necesariamente negra" —dijo Sancho.

El fantasma de una república negra, en la isla de Cuba, agitado en las cortes, provocó la peor de las reacciones. Se nombró una comisión que examinara el caso de Cuba. Se compuso por su proponente, Sancho, el *divino* Argüelles, el economista Flores Estrada y don Salustiano Olozaga. Esta comisión recomendó al congreso que se excluyeran a los cubanos de las cortes. Y en efecto, el 16 de abril de 1837, por 90 votos contra 65, las cortes resolvieron no admitir a los diputados de Ultramar. Cuba quedaba convertida en una colonia sin representación ni derechos, gobernada militarmente como plaza sitiada. Saco, en un instante de inspiración, escribió estas palabras elocuentes y proféticas: "Nuestra cuestión ya no es de papeles, sino de espadas y de balas".

TACON Y MARTINEZ PINILLOS

Todos los déspotas suplen la falta de libertades con las obras públicas. Tacón no fue la excepción. La Habana, bajo su administración, sufrió grandes transformaciones, y presentó, hasta muy entrado el siglo XX, el aspecto que aquel Capitán General hubo de darle. A Cirilo Villaverde, nuestra capital le pareció entonces "una ciudad nueva, rozagante, brotada del fondo del mar, como la diosa de la belleza de los fanáticos griegos".

En este aspecto, Tacón tuvo un rival poderoso. Don Claudio Martínez Pinillos, conde de Villanueva. A la muerte de Arango, ocurrida en 1837, Pinillos había asumido la jefatura del partido criollo.

Personalidad compleja, ondulante mientras no había necesidad de definirse, y él se definía poco, Pinillos favoreció el desarrollo del comercio y reformó los aranceles y los impuestos. "Los españoles lo acusaban de mirar con demasiada simpatía los intereses cubanos; los cubanos de favorecer el integrismo".

El hecho de que Pinillos fuera realmente el gran constructor de los caminos de hierro en Cuba, vino a crear una situación insostenible entre él y el Capitán General. Esta polémica —dice Pezuela— "que era en la Habana muda y decorosa", encendió en Madrid una llama constante alimentada con opúsculos y folletos de los partidarios de uno y otro dignatario. En la corte, Tacón perdía terreno. Un diputado dijo que el gobernador de Cuba "había inaugurado en la Isla un régimen de cementerios". Cansado el gabinete de estas disputas, resolvió relevar al gobernador. Tacón, lejos de conducirse, "como un jefe en desgracia, salió del palacio proconsular el 22 de abril de 1838, en carroza dorada, como los héroes romanos de la época de los Tarquinos".

Al retirarse dejaba destruidos, para siempre, los lazos políticos que unían a Cuba con España. Sin embargo, la Corona, aficionada al desajuste de la Historia, le premió con el título de nobleza más incongruente: el marquesado de la Unión de Cuba.

SEXTA EPOCA
ESCLAVISIMO, ANEXIONISMO Y REFORMISMO
1838-1868

XVII

CUBA DESPUES DE LA TIRANIA DE TACON

Las derrotas como las victorias tienen leyes de gravitación a las que no es dable sustraerse. Los fracasos revolucionarios de las tres primeras décadas del siglo XIX en Cuba, culminaron en la desintegración de las agrupaciones revolucionarias, y sus jefes pasaron a la posteridad.

Quedaba inolvidable el recuerdo de José María Heredia, muerto en 1839. Nuestro gran bardo, por su sensibilidad artística, por su patriotismo, inspiró en la Isla un sentimiento de renovación y de lucha, y los espíritus amantes de la independencia hicieron de su Himno al Desterrado, una bandera de supremas rebeldías.

Aunque viles traidores le sirvandel tirano es inútil la saña,que no en vano entre Cuba y Españatiende inmenso sus olas el mar.
El separatismo, lo mismo en Heredia que en sus discípulos, representaba la liberación hacia el futuro. En prosa, como en verso, el cubano añoraba en sus cánticos el mundo de la libertad. Pero había visto morir a tantos compatriotas, caer asesinados a tantos enamorados de la independencia, que decidieron evadirse del drama que los sacudía fervorosamente. La inmensa mayoría de los criollos adinerados, que había contemplado con indiferencia los problemas políticos, comprendió, después del desastre de 1837, que sus riquezas no eran capaces de darle lo que necesitaban sus integrantes para gobernarse: el poder.

Hasta 1832, el ambiente había sido revolucionario. De aquí en adelante se mostró esencialmente político. Surgió una crítica sistemática y orientadora en el orden económico y social, a cuyo frente se encontraban Domingo del Monte, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero.

El punto de reunión de nuestra élite intelectual eran las famosas tertulias de Domingo del Monte, celebradas primero en Matanzas y después en la Habana. En aquellos salones discurría lo mejor del pensamiento de la época. Oradores como Escobedo, jurisconsultos como José Agustín Govantes y Anacleto Bermúdez; pensadores y filósofos como el presbítero Francisco Ruiz y Manuel

González del Valle; lexicógrafos como Esteban Pichardo; educadores como Juan Bautista Sagarra, y sabios como Felipe Poey.

El brillo de las nuevas ideas los dominaba. Tórridos anatemas literarios, filosóficos y políticos, condenaban el ambiente. A juicio de todos ellos, España fomentaba en la colonia la vagancia, el pesimismo y la indolencia, y era necesario repartir el pan de la enseñanza, y difundir el sentimiento de nuestra nacionalidad, estrujado por la concepción arbitraria e injusta de la integridad.

El escozor de estas ideas, entreabría, entre criollos y peninsulares, la fisura por donde se filtraban las aguas hirvientes de la desconfianza y el odio, y los gobernantes insulares implacables y crueles, respondían con profundo vituperio a las palabras y a las fantasías de aquellos cubanos que soñaban con una patria próspera y feliz.

Del Monte, creía que los hombres influidos por el liberalismo alcanzarían una libertad personal capaz de modificar las desigualdades sociales. Luz Caballero, menos optimista, enfocaba el problema desde el punto de vista de la educación. En su cátedra del Carraguao, primero, y más tarde, desde su colegio El Salvador, sostenía que la educación debía confundirse con la libertad. A su modo de ver, la abolición de la esclavitud era un tópico académico. Las clases ricas no estaban dispuestas a transigir. Dentro de su alma, exquisita y pura, Luz gozaba íntimamente con la futura rebeldía de sus alumnos, que él preparaba para la revolución de mañana.

Con todo, en esta época, no era Luz Caballero la figura principal del retablo intelectual. Esta posición la ocupaba Del Monte, venezolano de nacimiento, que amaba entrañablemente a su patria de adopción. Se había casado con Rosa Aldama, de las ricas familias de la aristocracia criolla, y ejercía, desde su casa, un suave y admirable magisterio. Sus biógrafos dicen de él "que todo lo sabía y todo lo enseñaba". Sus libros eran siempre los más nuevos y él los prestaba a los amigos. Culto, amable, ilustradísimo, "era el componedor de todas las discordias", y el amigo de los más altos personajes, y poseía el estilo más pulido, el que mejor escribía. Una prosa ágil y elegante como la de *Fígaro*, en España.

ORGANIZACION ECONOMICA DE CUBA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

En 1840, la isla alcanzó un franco período de bienestar económico. Se hablaba del cultivo de la caña, de las cosechas del tabaco y del café, del aguardiente, de los sacos de granos, de las cajas de azúcar y de los bocoyes de miel.

La principal riqueza de nuestra isla continuaba siendo el ingenio de fabricar azúcar. Existían 1,200, y se habían extendido tierra adentro, transformándose, con el uso del vapor. Cada ingenio era una unidad económica, una plantación típica. La vivienda para el amo y su familia; la casa de máquinas, las de purga, las del administrador y el mayoral, la enfermería, las demás dependencias, y los *barracones* de los esclavos donde estos vivían miserablemente.

En la ciudad, los amos tenían casa y quinta. La casa, dividida en tres partes, se componía del piso bajo, a nivel de la calle, con su almacén, la cochera y el alojamiento de los esclavos; el entresuelo, donde estaban las oficinas y la administración del negocio y de las propiedades; y el piso principal, de alto puntal y gruesas paredes, decorado y amueblado lujosamente, con ricos ajuares, porcelanas y cristalerías, en el cual residía el amo y su familia.

Esta organización social y económica, que constituía la civilización de la época, descansaba en la permanencia ilegítima de la esclavitud y en el incumplimiento de todas las normas humanas. El amo vivía doblemente asustado. Por un lado, temía a la rebelión de los esclavos. Por el otro, a que la poderosa Inglaterra exigiese a España el cumplimiento de los tratados que disponían el cese de la esclavitud.

Existían sus grados y sus diferencias entre el esclavo rural y el urbano. Los urbanos trabajaban en casa de los amos; los rurales realizaban sus tareas en el ingenio, en las fincas o heredades. A la antigua divisón de *cimarrones, horros y palenques*, habíale sucedido una más moderna. *Bozales, ladinos* y *criollos*. Llamándosele también a estos últimos *rellollos*. Era costumbre anunciarlos en los periódicos, describiendo su carácter, su físico y sus condiciones. Su valor fluctuaba, según la época y la situación, entre los doscientos y los seiscientos pesos de precio.

El trato que recibían los esclavos dependía de la moral y la conciencia de sus dueños. A los esclavos urbanos se les permitía tratar a sus congéneres (*carabelas*); así llamados por haber venido en la misma embarcación y podían verificar juntos sus famosos *cabildos* y *bailes de cuna*.

Al vestuario del esclavo se le llamaba *Esquijación*. Se componía de camisa, calzón, gorro o sombrero, pañuelo y zapatos. Esta miserable habilitación quedaba reducida, como en tiempos de Cáceres, a dos mudas de cañamazo, y a una alimentación a base de bacalao, arroz, harina, plátano, boniato, ñame, yuca y otras raíces.

El esclavo no se calzaba jamás; andaba con los pies en el suelo, y dependía del *Mayoral*, un sujeto desnaturalizado y brutal, que se complacía en castigarlos

y someterlos a las mayores torturas.

Las tareas, organizadas por estos jefes despiadados, se distribuían entre el alba, el mediodía y la tarde. Y duraban diez y ocho horas, y a veces hasta veinte. Carpinteros, trapicheros, carreteros, regresaban, en las primeras sombras de la noche, a los *barracones*. Venían extenuados y caían en el suelo, rendidos de fatiga y de hambre. Después, eran llamados a filas y daban gracias a Dios. El Mayoral, fuete en mano, dirigía todas aquellas operaciones, en las guardarayas y en las talanqueras de las fincas, descritas admirablemente por Anselmo Suárez Romero en su novela *Francisco*.

Las hembras no habían escapado a este régimen de barbarie. Cuando la introducción de *bozales* en la Isla se hizo difícil, a causa de las persecuciones marítimas de los ingleses a los galeones cargados de africanos, el Mayoral echó mano de las mujeres y a latigazos las condujeron a las tareas más rudas.

No tenían descanso. En el tiempo muerto había que trabajar. Regía una tabla de castigos increíble. La *prisión*, el *grillete*, el cepo, la *cadena*, la *maza*, el *troche y moche*, el *tapa-boca*, y el *boca-abajo*, penas que se les aplicaba en el *tumbadero*. Restallaba el látigo sobre las espaldas del mísero esclavo, bañándolo de sangre. En el argot de los ingenios, llamaban, burlonamente, a esta tortura *menear el guarapo*. Y existían otras aún peores: el *novenario*, (nueve azotes diarios) la *escalera*, la *bayona* y la *paliza a dos manos*. Ni las negras en estado de preñez, lograron eludir este infierno, mucho peor que el del Dante. Cavaban en el suelo un hondón en forma de curva para que les cupiera el vientre y se salvara la criatura.

Solamente uno de aquellos servidores, el *calesero*, habíase salvado de aquel régimen y era el príncipe de la servidumbre. Conocía todos los chismes de sus amos, de las familias más distinguidas, y nadie se atrevía a tocarlo. El Mayoral lo aborrecía. Los demás esclavos lo adoraban.

Erguido sobre su caballo, enjaezado con arreos de plata y finos correajes, el *calesero* guiaba orgulloso y satisfecho su quitrín o su calesa. Vestía con donaire la peculiar librea de calzones blancos en los que se marcaban vigorosas las formas de su cuerpo. La chaqueta andaluza, el cuello y las mangas con su cinta de blasón; el sombrero galoneado, las botas lustrosas, los pasadores, las espuelas argentadas, blancas y brillantes; y la argolla de oro pendiente de una de sus orejas, prenda de su amada, que sustituía en lo vernáculo de sus amores, ardientes y misteriosos, a la sortija de compromiso de los galanes y de las damitas más elegantes y postineras de la Habana.

LA HABANA EN 1841

Junto a este régimen económico, absurdo y despiadado, crecía la Isla, y la Habana, recompuesta por Tacón, se convertía en una verdadera ciudad.

Había adquirido una fisonomía urbana, artística y social, que la distinguía notablemente del resto de las ciudades de América. Cuba se acriollaba con un americanismo al que daba realce la incomunicación en que la mantenía su condición de Isla.

Las fuentes de ingreso habían creado un nuevo tipo de propietario rural; una burguesía nativa presta a transformar sus blasones de cuero, de grano o de hoja, en una nueva y rica heráldica de Indias. A falta de escudos, había trapiches. La caoba, el ácana y el jiquí, hacían las veces de árboles genealógicos y en muchos de ellos apuntaba ya el espíritu del molinero de Sans Souci.[1]

En 1841, la Habana se componía de dos grandes secciones. La de Intramuros y la de extramuros. El alumbrado era mezquino y pretendíase traer de los Estados Unidos el sistema de gas inflamable, para sustituir las lámparas de aceite que empleados del municipio salían a encender al caer las sombras de la noche. La basura se recogía a las dos de la tarde. Existían relojes públicos en los edificios y parroquias de importancia. La pavimentación era de madera o de piedra. Las calles, parques, paseos, teatros, cafés y sitios públicos, presentaban un aspecto inconfundible. El hierro y la cantería desplazaban a la madera. Las casas se distinguían por sus grandes ventanas, sus puertas clavadas de bronces. El puntal elevadísimo, los patios y zaguanes, la cochera, y el remate de las puertas interiores de medios puntos ornados, mostraban sus vidrios de colores, hoy totalmente desaparecidos.

Las principales calles de intramuros eran las del Obispo, O'Reilly, Mercaderes, Aguiar, Compostela y Oficios. Las de extramuros Morro, Refugio, Someruelos, Crespo, Apodaca y Jesús María. En las primeras estaban los más importantes establecimientos comerciales y casas de modas. Sastrerías, mueblerías, quincallerías, joyerías, perfumerías y almacenes. Desde principios de siglo, un cierto cosmopolitismo distinguía a los cubanos ricos. Inglaterra nos enviaba efectos de escritorio. Francia, relojes, perfumes y ropas. España, telas, víveres, quincalla y sombreros. Italia, estatuas y estampas; y Norte América, alimentos y manufacturas.

Por la noche quitrines y volantas invadían la alameda de Paula, la plaza de Armas, el paseo del Prado, la alameda de Isabel II y la calzada de Gonzaga. Las muchachas de buenas costumbres iniciaban la moda de bajarse de los carruajes y recorrían las aceras a pie, con gran entusiasmo de los "niños bien" de la época.

La condesa de Merlín nos ha dejado una crónica encantadora. "Las reuniones públicas tienen aquí —decía la condesa— aspectos de buen gusto exclusivo del país. Nada de chaqueta ni de gorra. Los hombres van de frac, corbata y pantalones blancos; las mujeres, con trajes de linón o muselina".

Estos vestidos que representaban coquetería y elegancia, armonizaban perfectamente con las bellezas del clima y daban a estas reuniones el carácter de fiestas. La ciudad ofrecía, en las noches de retreta, en la plaza de Armas, un espectáculo de extraordinaria elegancia. Cientos de vehículos invadían el paseo. Sus ocupantes —algo muy cubano— hablaban a gritos, de coche a coche. Sólo cuando la música rompía a tocar, callaban y los carruajes, paso a paso, daban la vuelta a la plaza.

Nuestra buena sociedad, y las clases populares, en 1841, gustaban del teatro, de los bailes, de las fiestas y de las diversiones, y se distinguían por su hospitalidad y buen gusto. *El Principal, El Diorama*, y *Tacón*, el coliseo más grande de América, no tenían nada que envidiarle a los mejores teatros de Europa. Las fiestas de *El Escauriza* o de *Marte y Belona*, cafés-restaurantes, estaban muy de moda, sobre todo los bailes públicos y los conciertos privados en los cuales se escuchaba la música entrañablemente cubana de Saumell. Los caleseros, en la media luz de la calle, en unión de sus queridas, cantaban y rumbeaban al son de pequeños instrumentos, inspirados en las rimas de Francisco Poveda, el trovador cubano.

Las esquinas de las calles estaban de moda, como después estuvieron las aceras. Se ofrecían corridas de toros, peleas de gallos, y los bailes populares dominaban tanto a los señores como a los esclavos. Las provincias rivalizaban con la capital en fiestas y saraos, y los caballeros, con sus pantalones de paño, sus camisas de seda, sus levitas de casimir, y sus zapatos de grandes hebillas, prueba de señorío y distinción, ponían una nota de bienestar en un país que, por encima de todo esto, seguía soñando con su libertad.

XVIII

LAS INSURRECCIONES NEGRAS DE 1839 A 1845

Durante el mando de Joaquín Ezpeleta, se produjo la exclusión de los cubanos de los cargos públicos. El malestar que esta medida produjo en los criollos, aceleró el proceso de descontento. Se publicó un folleto titulado *Examen de la Cuestión Cubana*. Y circuló una poesía rebelde, *El Cántico del Esclavo*, que agitaba a los negros y excitaba a la rebelión. En vísperas de San Juan, en 1841, descubrióse un

complot, en Trinidad. Funcionó la Comisión Militar Ejecutiva Permanente. Ahorcaron a los presuntos culpables, cortándoles luego la cabeza y las manos, que exhibieron embreadas, en un lugar que, desde entonces, se llamó *Mano del Negro*.

En el gobierno del príncipe de Anglona, sucesor de Ezpeleta, el problema se agravó, y el príncipe admitió una investigación. El cónsul de los Estados Unidos, Mr. Nicholas P. Trist, había sido acusado de proteger la trata.

La Cancillería de Washington comisionó al experto diplomático Alexander H. Everett para que fuese a la Habana y practicara las investigaciones del caso. Los informes confirmaron, en todas sus partes, la violación de los tratados que España tenía firmados con Inglaterra en 1817 y en 1835, y, en consecuencia, Trist fue relevado de su cargo.

A mediados de 1841, durante el gobierno en Cuba del general Gerónimo Valdés, fue aceptado, como cónsul de Inglaterra en la Habana, Mr. David Turnbull, fanático antiesclavista y distinguido escritor que, desde hacía años, venía luchando en pro de la abolición, y que en esta oportunidad, respaldado por su gobierno, especialmente por Lord Palmerston, que ocupaba el ministerio de Relaciones Exteriores, se mostraba decidido a reanudar la batalla contra la esclavitud.

Palmerston aportaba a la política inglesa y al ministerio presidido por Melbourne, su inteligencia, su vivacidad, una idea muy precisa de sus deberes para con Inglaterra, y una obstinación flemáticamente sajona que le hizo simpático y popular entre sus compatriotas.[2]

No está demás decir que la razón moral y legal estaban de parte de Inglaterra. Esta tenía suscrito con Francia, Austria. Prusia y Rusia, un convenio, el *Tratado Quintuple*, que autorizaba a la marina británica, con excepción de los barcos propiedad de armadores de Estados Unidos, a detener y examinar en alta mar a todos aquellos buques acusados de violar el compromiso de la trata. Es un hecho cierto que la designación de Turnbull estaba encaminada a lograr el funcionamiento de la Comisión que actuaba en la Habana, y a proceder, sin contemplaciones, a las pesquisas y libertad de todos los africanos importados después del 30 de octubre de 1820.

El lenguaje de Palmerston y el *Tratado Quintuple*, disgustaron profundamente a las autoridades en los Estados Unidos. No les quedó más remedio que reconocer, tal como lo había informado Everett, que muchos barcos piratas, amparados en la bandera de la Unión, realizaban la trata, y admitieron que el jefe de los cruceros norteamericanos que protegía el comercio marítimo

aceptara el registro bajo determinadas condiciones. Cuando los barcos de guerra británicos procedieron a poner en práctica aquel convenio, la protesta de los armadores de la Unión fue clamorosa. El gobierno de Su Majestad Británica pudo comprobar todas sus denuncias, y consolidó con ellas sus protestas. No obstante, las relaciones angloamericanas se pusieron muy tirantes y hasta se temió un rompimiento diplomático.

Los propietarios de esclavos en Cuba se movilizaron apresuradamente. Se habló de una alianza con los esclavistas del sur de los Estados Unidos. El ministro hispano Argáiz, en Washington, pudo informar a su gobierno que varios senadores y representantes sureños diéronle a conocer que si el gobierno español accedía a las pretensiones inglesas, los estados meridionales ayudarían con toda clase de auxilios a los cubanos que se sublevaran contra la Metrópoli.

En el paroxismo de estas actividades, los propietarios cubanos se reunieron en el Ayuntamiento de la Habana. José Agustín Govantes, catedrático de leyes de la Universidad, redactó un documento que fue elevado al gobernador de la Isla.

Sostenía el eminente jurista que "ninguna nación podría inmiscuirse en los asuntos de otra, sin faltar a los principios más elementales del derecho internacional, y que la abolición de la esclavitud debía ser obra de la ilustración y prudencia del gobierno de España, con audiencia de los interesados, en un espacio de tiempo que le evitaran al país su ruina".

En realidad, Govantes, y sus clientes, estaban equivocados. Inglaterra no pretendía mermar la soberanía de España ni practicar la ingerencia en forma alguna. Pedía, sencillamente, el cumplimiento de los tratados vigentes que, a juicio de Palmerston —y era cierto— venían violándose.

El gobierno de Valdés se vió envuelto en una situación de suyo difícil. Puesto el Capitán General a escoger entre Tumbull y los mercaderes y traficantes de la colonia, optó por favorecer a éstos, y, con ello, a la execrable trata. Y pidió a la Cancillería en Madrid, que exigiese el inmediato retiro del cónsul británico.

A la sazón gobernaba en España el general Espartero, anglofilo decidido. Lejos de aceptar las recomendaciones de Valdés, ordenóle que comenzara a preparar la emancipación de los esclavos introducidos en la Isla después de las fechas señaladas anteriormente.

Valdés se negó. No podía "sufrir en su persona una humillación tan degradante para una nación tan gloriosa como España". En ese estado de inquietud, llegó a la Habana una pequeña flota inglesa al mando del vicealmirante Parker, comandante general de las fuerzas navales británicas en las

antillas. Este le expresó a Valdés que traía la misión de llevar adelante las pesquisas. Valdés tampoco accedió. Durante muchos días ambos examinaron, en el mayor secreto, el asunto, y Parker aceptó aplazarlo.

El gabinete Melbourne fue desalojado del poder, y Palmerston dejó la cancillería en manos de Lord Aberdeen que llegó a un acuerdo con España. La libertad de los esclavos fue sacrificada, entonces, a los intereses de la política inglesa. Tumbull fue relevado de su cargo y expulsado de la Sociedad Económica de Amigos del País, refugiándose a bordo del barco de guerra inglés *Rommy* surto en el puerto de la Habana.

Los defensores de la abolición no se dieron por vencidos. Tumbull, convertido en caudillo de la redención negra, reorganizó sus efectivos, y "hay suficientes datos para aceptar que, obrando por su cuenta y riesgo, concibió un plan para ponerle fin a la dominación española en Cuba y asegurar la abolición".

Su plan estaba encaminado a unir a blancos y negros; proclamar la independencia de Cuba, e indemnizar a los propietarios de esclavos tan pronto la Isla fuese libre. Naturalmente, tropezaba con la invencible dificultad de que muchos blancos estaban de acuerdo con la independencia, pero discrepaban abiertamente de la abolición.

Tumbull envió a Cocking, vice cónsul inglés en la Habana, en busca de apoyo, a Jamaica. Lord Elguin, gobernador inglés, se negó rotundamente. Y Cocking regresó a la Habana y dió cuenta de su poca exitosa gestión. Tumbull continuó adelante. Pero los blancos, llenos de recelos, se negaban a armar a los negros. El cónsul americano, Campbell, ofrecía a los cubanos un plan de independencia sin necesidad de suprimir la esclavitud.

Tanto el plan de Campbell como el de Turnbull, en aquellos años, debieron tener fundamentos muy serios, cuando Domingo del Monte, alarmado con sus detalles, escribió una larga carta a Everett, ha- riéndole saber los graves peligros que corría Cuba, y le pedía su cooperación para hacerlos llegar a conocimiento del departamento de Estado en Washington. A juicio de Del Monte, los blancos serían engañados y la Isla se arruinaría por completo, constituyéndose en Cuba una república negra.

Everett, conocedor de la responsabilidad que adornaba a Del Monte, trasladó la carta a Daniel Webster, que desempeñaba el cargo de secretario de Estado. Este tenía datos suficientes para dudar de la información, pues negociaba con Inglaterra, pero como en la misiva había detalles que también le eran conocidos, escribió un largo informe al cónsul Campbell, y lo remitió con Tomás Cokenderfer, que lo entregó en persona a dicho funcionario.

El presidente Tyler experimentó, con estas noticias, accesos de febril alarma, y el secretario de Marina, Mr. Abel P. Usher, de Virginia, envió dos fragatas a las aguas de Cuba, con órdenes, los comandantes, de abrir comunicación inmediata con el general Valdés, y ofrecerle toda clase de cooperación. Felizmente, el general Valdés, sagaz e inteligente, no dió pábulo a tales informaciones y declaró que era ridículo pensar que los criollos pudieran aliarse a los negros para pelear por la independencia. Inglaterra negó su participación en aquellos planes, y Lord Aberdeen, en prenda de buena fe, ordenó a las autoridades británicas de Jamaica que vigilasen cualquier complot contra Cuba.

Las actividades de Turnbull, desembarcado en Gibara, preso en Holguín, y puesto en libertad secretamente por Valdés, produjeron agitaciones y rebeldías, y provocaron las insurecciones negras de los años de 1841 y 1842. Se alzaron los esclavos del cafetal *Perseverancia*; los de los ingenios *Alcancía*, la *Luisa*, la *Trinidad, Las Nieves* y *La Aurora*. Presentaron frente de combate y fueron sangrientamente vencidos por una compañía de lanceros en el camino de *Bemba*, en Matanzas.

Sañudamente perseguidos, los fugitivos apelaron al suicidio. Las sublevaciones, sin jefes, parecieron aplacarse. En noviembre de 1842 se produjo nuevamente una extensa insurrección en el ingenio *Triuvirato*, propiedad de la familia Alfonso. Los rebeldes, a los gritos de muerte, fuego y libertad, lograron sumar a esta causa, vencida de antemano, a los esclavos del *Acana*, la *Concepción, San Miguel, San Lorenzo* y *San Rafael*. Fueron batidos en toda la línea, y los restos de aquellos ejércitos improvisados se internaron en los montes, siendo rastreados y exterminados brutalmente.

XIX

LA CONSPIRACION DE LA ESCALERA

¿Qué significación tenían aquellos brotes insurreccionales de la raza africana? ¿Eran hechos esporádicos o representaban un plan general para matar a los blancos y conseguir la libertad de los negros, o por el contrario, detrás de aquello se agitaba la mano del blanco, que pretendía subvertir el país para alcanzar después la independencia de la Isla?

En diciembre de 1843, una esclava que vivía amancebada con su dueño, el hacendado Santa Cruz de Oviedo, reveló a éste un fantástico plan de alzamiento que debían llevar a cabo los esclavos en las navidades de aquel año. Santa Cruz, lo puso en conocimiento de don Antonio García de Oña, gobernador de Matanzas.

Este comisionó a Hernández Morejón para que llevase a efecto cuantas diligencias fueren necesarias. Y Anastasio Carrillo, un hacendado cubano, logró, con el general Leopoldo O'Donnell, que acababa de suceder en la capitanía general de la Isla al general Valdés, que se autorizara a los dueños de esclavos para que averiguasen de sus siervos, "valiéndose de los medios de corrección necesarios", cuál era aquel plan general que traía presa del pánico a todos los hacendados de la Isla.

Al ser comunicada esta orden a los fiscales de las causas incoadas con motivo de las frecuentes denuncias que a diario se presentaban, se produjeron las sangrientas escenas de crueldad sin límites que caracterizan el gobierno de O'Donnell en nuestra desdichada Isla al mediar el siglo pasado.

¿Qué fue lo que sucedió en la entraña de este pasaje salvajemente bárbaro de nuestra época colonial? ¿Fue el temor? ¿La maldad? ¿Fueron razones políticas las que inspiraron el empleo de tan espantosos y brutales tormentos como los que se llevaron a la práctica, dando motivo a la formación de la causa de *La Escalera*?

Comenzó a funcionar a toda máquina la Comisión Militar Ejecutiva Permanente. Se incoaron multitud de procesos. Murieron en el patíbulo cientos de inocentes. Y se necesitaron treinta y pico de togados para atender a tantas acusaciones.

Existen fiscales —escribía José Antonio Echeverría a Domingo del Monte— que han hecho morir en los tormentos a ochenta hombres y otros a sesenta y seis! No hay esperanzas, Domingo. Cada día que pasa remacha un eslabón a la cadena de ignominias que nos abruma, y nos aleja cada vez más, no ya de la libertad, sino de la civilización, hasta colocarnos al cabo en las últimas gradas de la barbarie..

¿A qué aspiraba O'Donnell? Aspiraba, después de haber comprobado que la rebeldía era cierta, aunque no en el grado que pretendía establecerse, a dar un ejemplo barbárico, castigando a alguna persona de relevancia, para que ese hecho pusiera espanto en los blancos de ideas libres. Y sin duda alguna, escogieron como señuelo al poeta Plácido, incapaz de un plan tan ambicioso como aquel en que quería mezclarse a los blancos.

Plácido era un mulato casi blanco, hijo de los amores impuros de un pardo cuarterón, Diego Ferrer Matoso, peluquero, y de una bailarina española de talento poético, Concepción Vázquez, que lo había dado a luz en la Habana, el 18 de marzo de 1809, de donde lo reclamó, más tarde, su padre, el peluquero, dejándole después al cuidado de sus familiares, que lo atendieron en la medida de sus recursos, por cierto muy escasos.

"Intelectualmente superior a su condición y moralmente inferior a su destino", según frase lapidaria de Manuel Sanguily, Plácido, en su juventud, había improvisado un soneto contra la Esclavitud, *El Juramento*, ante un numeroso grupo de amigos, reunidos en el Abra del Yumurí, en el que juraba odio eterno al tirano, "manchar, si me es posible, mis vestidos, con su execrable sangre, por mi mismo"...

Este soneto, y otras supuestas actividades, y el hecho de que en el subsuelo de la Isla se repetían de memoria, y con entusiasmo ferviente, las composiciones del barda que, con su lira había impresionado a las clases más humildes de la colonia, sirvió como pretexto a su procesamiento en la causa de *La Escalera*, que crecía malvadamente al conjuro de las actividades del fiscal Pedro Salazar, el más indigno de aquellos acusadores a sueldo de la Metrópoli.

El nombre de Turnbull se mencionó como el de la persona de superior inteligencia que dirigía todos los trabajos, y se aseguraba en el voluminoso escrito del fiscal, que las instrucciones definitivas las había traído a la Isla Luis Guijot, al que jamás se descubrió. Plácido sería virrey; Andrés Dodge, un mulato dentista, embajador; Vargas, general en jefe; y Pimienta, tesorero.

Se advertía —dice Horrego— como se aupaban la fantasía y la maldad para perder al poeta y amedrentar a los hombres de piel blanca. Señalábase a Plácido como un ente malévolo, lleno de inquina y de odios ancestrales, encargado de recibir el juramento de los comprometidos en la causa de la revolución.

Maltratado, vejado, amenazado, Plácido negábase a confesar lo que realmente no existía. Diez declaraciones prestó a lo largo de aquel suplicio, que duró más de seis meses, y en todas rechazó su participación en el absurdo plan de quererle imponer a la Isla un gobierno racista. Pero mostró debilidad y temor en cuanto a otros aspectos, y a preguntas del fiscal, en una de aquellas declaraciones, antes de ser condenado, mencionó los nombres de Domingo del Monte y de José de la Luz y Caballero, evitando acusarlos de participar en la revolución que O'Donnell y sus esbirros estaban decididos a descubrir, y en el peor de los casos a inventar, pues la inconsecuencia del proceso y la maldad de los instructores demostró, sin género de dudas, que se trataba de una monstruosa patraña.

A partir de su condena Plácido era un guiñapo en las manos del Fiscal. Este miserable, buscaba aviesamente comprometer a Luz Caballero y a Del Monte, y prometió al poeta el indulto si los acusaba. Plácido, engañado, amplió sus dichos en la causa y dijo que Francisco de la O. García había atendido a Luz Caballero, cuyos principios de igualdad racial eran públicos.

Al serle notificada la sentencia de muerte, Plácido había recuperado su serenidad. Le dijo al fiscal González: "Yo, señor, no tendré remordimientos en la hora de mi agonía; pero Ud. sí, y espero que después de mi muerte mi sombra lo ha de perseguir en forma de buho". Estas palabras impresionaron hondamente al golilla, palideció, y años más tarde se volvió loco.

El día que Plácido entró en capilla observó a Pimienta muy desmoralizado y le dijo: "Animo, ¿no ves que somos inocentes y la posteridad ha de indultamos?" Testó. Recordó a tres grandes poetas: Martínez de la Rosa, Juan Nicasio Gallego y José Zorrilla, y aclaró melancólicamente no dejar expresiones a ningún amigo "porque sé que en el mundo no los hay". A su esposa, Gilda, le dedicó frases de amor.

La proximidad de la muerte, la resignación de que se vió invadido, acrecentó su númen, desarrolló fina y potentemente su veta poética, y escribió con suprema inspiración durante el tiempo que le quedaba de vida. Se despidió de su madre en un soneto. Ella nunca se había ocupado de él. Dedicó unas décimas a la justicia, y compuso el *Adiós a mi Lira*, de conmovedora armonía. Y brotaron de su lírica extraordinaria los versos de su *Plegaria a Dios*, que, como se ha dicho, "es un canto de cisne", modelo de deprecación, que figura desde entonces en todos los libros didácticos, y que ha sido traducida a varios idiomas.

El 28 de junio de 1844, salieron a las seis de la mañana, de la capilla, los once condenados a muerte, Plácido a la cabeza. Veinte mil almas habían invadido la ciudad de Matanzas, atraídas por la ejecución, con esa morbosidad que pone en las gentes el espectáculo de la muerte. Se había obligado a los dueños de esclavos a llevar a estos para que presenciaran aquel crimen. Al contemplar Plácido la enorme muchedumbre, sintió una repugnancia invencible, y le dijo a Pimienta que lloraba: "No temas, vamos a morir como inocentes, no como delincuentes".

Cuando los cuarenta y cuatro soldados, cuatro por cada reo, tomaban los puntos, y levantaban los fusiles para disparar, Plácido recitaba su famosa *Plegaria*:

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,a vos acudo en mi dolor vehemente;Extended vuestro brazo omnipotente,Rasgad de la calumnia el velo odioso,Y arrancad este sello ignominiosoCon que el mundo manchar quiere mi frente.

XX

CONTINUA LA CAUSA DE LA ESCALERA

El proceso de *La Escalera* presentó una segunda parte, la causa de la Habana, y en ella se juzgó a don José de la Luz.

Un tal Miguel Flores, moreno talabartero, acusó a aquél y a Domingo del Monte. Dijo del primero que visitaba a Turnbull en una casa de la Alameda de Paula. La declaración de Flores coincidía con la de Plácido. Pero entrañaba una tremenda contradicción. Por ella se ponía en conocimiento de la autoridad que se pretendía libertar a los esclavos y separarlos del dominio de España. El que imaginó este nuevo plan olvidó que existía una causa seguida contra la gente de color que proponíanse matar a los blancos.

Seguida la causa contra blancos y negros, incluyeron en la instructiva a muchos cubanos de pensamiento progresista y hasta algunos conservadores incapaces de aquellas ideas.

En 1844, Luz Caballero era en Cuba el representante más distinguido del pensamiento progresista, el filósofo y educador más respetado y querido de la juventud. Una causa contra él era un reto al país.

Luz no estaba en Cuba. Vivía en París sometido a un tratamiento médico. Los padecimientos que tenía no requerían apenas medicinas. La forma de su mal era un ataque de nervios. Y como le sucede a la mayor parte de los hipocondriacos, se irritaba cuando alguien le aseguraba encontrarlo de buen aspecto y con apariencias de mejoría.

La noticia de su acusación produjo en París una sorpresa enorme. Se efectuó una reunión de sus amigos, y en ella, Saco y Del Monte, opinaron que no debía presentarse en Cuba. Don Pepe, como cariñosamente le decían, no les hizo caso. Abandonó el sanatorio en *Passy* y se embarcó con destino a la Habana, adonde llegó el 15 de agosto de 1844.

O'Donnell no se atrevió a encarcelar a Luz Caballero, y admitió, seguramente por recomendaciones de su esposa, que apreciaba mucho a una hermana del filósofo, que éste quedara preso en su casa, disponiendo que cuando se curara fuera trasladado a La Cabaña. Este traslado jamás se efectuó.

Se le hicieron dos interrogatorios, después de los trámites del caso. Y Luz desbarató la torpeza del Fiscal. Cuando se le preguntó si era amigo de Del Monte, contestó con energía: "Sí. Me honro con su amistad".

El fiscal, dejó a un lado los preámbulos, y le preguntó "sobre su participación en la revolución cubana". Luz, erguido y enérgico, replicó:

—Yo en lo que he tomado parte y tomaré siempre parte es en restañar y

cicatrizar las heridas que otras manos han inferido a mi patria, por cuya ventura derramaré la última gota de sangre.

El fiscal quiso obtener una ventaja de este disparo, y preguntó a quiénes aludía. Y Luz lo atajó respondiendo que esa no era la oportunidad de manifestarlo por "ser necesario entrar en un análisis que correspondía hacerlo en otro lugar".

En diciembre de 1844, Flores se quejó del maltrato que le daba Salazar. Se nombró un Juez. Y Flores se retractó de cuantas acusaciones había hecho contra los blancos. Era necesario investigar. Se supo que las firmas de las declaraciones acusatorias no eran de Flores. ¿De quién, entonces? Pues nada menos que de Salazar. O'Donnell ordenó que se le formara causa. Y todo se descubrió. Supercherías, ilegalidades, falsedades, fraudes. Salazar fue condenado a ocho años de presidio en Ceuta. Perdió la razón. En sus últimos días invocaba la memoria de Plácido, y arrodillándose pedía perdón.

Luz fue absuelto, pero casi todos los demás acusados resultaron condenados. El gobierno no quiso hacer justicia ni siquiera reparar las arbitrariedades cometidas a la vista de todo un pueblo.

Los procesos de Plácido y de Luz Caballero no resolvieron el fondo de este drama espantoso de la esclavitud en Cuba. Las insurrecciones negras continuaron, lo que demuestra que, en realidad, respondían a la autonomía de la raza africana, y no al impulso de los blancos.

Poco después de incoada la causa de la Habana, se condenó en Matanzas a los esclavos que incendiaron el ingenio *Encanto*, a ser fusilados y a que se exhibieran sus cabezas. En el Cobre y en Santiago, varios negros conspiradores fueron descubiertos. Uno de los jueces prometió perdonarlos si se arrepentían. Félix, un negro de formidable estatura y de valor extraordinario, se plantó y repudió el perdón. "No puedo ya más —le dijo al Juez— y si quedo con vida, volveré a conspirar".

Los comisionados británicos en la Habana, Kennedy y Campbell, informaban a Londres horrizados, de lo que estaba pasando en Cuba. "La Isla —decían— está siendo teatro de la más horrible carnicería entre los infelices esclavos".

Los historiadores, generalmente, han visto en las insurrecciones negras el odio de razas. Y éste no es exactamente el criterio adecuado. El negro, como sujeto humano, aspiraba a su libertad y luchaba por obtenerla. En la forma en que estaba planteado el pleito, el negro no podía jamás lograr esa libertad. No tenía otro camino que sobreponerse al blanco y procurar su destrucción. Silogismo

indiscutible que es difícil combatir.

Por otra parte, en Cuba existía una doble aspiración, a saber: a) la libertad política y económica de los blancos; y b) la libertad civil y social del esclavo y del negro libre. La falta de coincidencia entre dos aspiraciones, ambas legítimas, era estúpida. Ambas debían sostenerse, y ambas, con el tiempo, vendrían a fundirse, desapareciendo, entonces, el odio del negro por el blanco. Sólo el prejuicio de escritores y actores de la época, o influidos por ella, pueden seguir considerando como crímenes de los esclavos las rebeliones de estos para lograr su libertad.

XXI

COMIENZA LA EPOCA ANEXIONISTA

Después de reprimir con mano de hierro aquellas conspiraciones de tan dudosa realidad, O'Donnell, en el orden político debía enfrentarse con dos problemas, a saber: 1) el desafecto que hacia la Metrópoli se extendía entre las clases adineradas; y 2) el auge impetuoso que iba tomando en el sentimiento de los cubanos la idea de independizarse de España.

Liquidadas las insurrecciones negras, ¿era posible un cambio político en la Isla? En esta época, brotaban ya a superficie aspectos sociales, económicos y políticos que en diversas oportunidades han hecho de las soluciones en Cuba una especie de rompe cabezas indescifrable.

"La situación de Cuba, hoy por hoy, bajo cualquier punto de vista que se la examine —escribía en 1844 el estadista norteamericano Edward Everett— es sumamente interesante. El primer efecto de las revoluciones que privaron a España de sus vastas posesiones continentales en América fue favorable para Cuba".

"Después de haber vegetado la Isla cerca de tres siglos —añadía Everett— marchó hacia adelante de progreso en progreso, con rapidez análoga a la de nuestro país, y hoy la colonia antillana forcejea como un joven gigante encadenado, bajo el peso de una opresión, que, en algunos particulares, no encuentra otro mayor en el mundo. Una población que no llega al medio millón de habitantes blancos, tienen, cada año, que pagar impuestos por doce millones de pesos fuertes".

Conocido el interés que mostraban los Estados Unidos por Cuba, los hacendados cubanos volvieron sus ojos hacia el Sur de la Unión, y comenzó una nueva etapa, regida por el anexionismo, a causa de la esclavitud.

En 1845, la mayoría de aquellos hacendados, entendía que todo podía arreglarse si la esclavitud quedaba asegurada. Si el trono español no era capaz de darle esta garantía, los ricos azucareros amenazaban respaldar la anexión, uniéndose al Sur de los Estados Unidos.

Esta amenaza asustó a la Metrópoli, y el gabinete dió poderes a Martínez de la Rosa, ministro de Estado, en el gabinete conservador del general Ramón María Narváez, para que redactara las disposiciones legales que garantizaran a los hacendados la propiedad de sus negradas.

Se promulgó, en consecuencia, la ley de dos de marzo de 1845, un verdadero engendro legal, que cumplía aquellas finalidades, y que, en su artículo noveno, disponía que no se inquietara a los dueños de africanos con pesquizas apoyadas en la procedencia de los esclavos. Bajo este pretexto, las cadenas del negro quedaron fuertemente remachadas. Hacendados y negreros continuaron adictos a España sin conciencia de lo que significaba aquella ley para el pensamiento libre de los criollos que no tenían esclavos, y eran la inmensa mayoría de la Isla.

SACO Y DEL MONTE

José Antonio Saco, en el apogeo de su prestigio político, y Del Monte, en la plenitud de su talento literiario, miraban con mayores perspectivas estas cuestiones. La propiedad del negro y su explotación, en verdad, representaban un problema vastísimo, pero existían otros aspectos de mayor envergadura que era necesario resolver.

Dentro de un ambiente puramente académico, desde Madrid, formularon un plan que tenía como finalidad detener el pensamiento separatista o anexionista. Puede resumirse, a grandes rasgos en los siguientes puntos: 1) Devolverle a Cuba su representación a Cortes; 2) mejorar el estado de educación y difundir los conocimientos en el pueblo; 3) reducir los derechos que abrumaban al comercio; 4) poner fin *bona fide* a la trata de esclavos; 5) conceder libertades al pensamiento; y 6) simplificar la administración pública.

Este programa no fue tomado en cuenta. Las concesiones a los propietarios y la restricción aparente del contrabando, hicieron pensar a los que anhelaban el progreso político de la Isla que se avecinaban sustanciales rectificaciones. Sin embargo, O'Donnell, que favorecía la colonización blanca, era un enemigo formidable de las concesiones políticas, y miraba el programa de Saco y Del Monte con recelos invencibles.

Del Monte aspiraba a reintegrar moralmente a Cuba al regazo de España. Entregó un memorándum a la condesa de Merlin para que ésta lo hiciera llegar a Martínez de la Rosa. "No se necesitaba —alegaba Del Monte— tocar en un ápice los artículos de la constitución, ni promulgar leyes orgánicas, ni esperar consultas ni informes de nadie, de aquende o de allende el mar". A su juicio podría nombrarse senadores del Reino a los diputados elegidos en 1837, entre los cuales, como sabemos, se encontraba Saco. "Maravillosa inteligencia, de erudición suma, de probidad ejemplar y de una moderación en sus ideas políticas —decía Del Monte— que lo constituirían, por convicción, en uno de los más eficaces defensores del orden en la Cámara española".

"Las colonias verían en este acto de justicia —añadía Del Monte— un desagravio que, de derecho, se les debe, desde que se ofendió a los cubanos en lo más sagrado de su honor..."

Las concesiones en materia de libertades a la colonia jamás pasaron de especulaciones intelectuales. Pero les servían a los partidarios de la anexión o del separatismo para hacer propaganda contra la Metrópoli y demostrar que el camino de la liberación no estaría jamás en la vía de las conquistas pacíficas.

O'Donnell, con quien Del Monte quiso amistarse y le fue imposible, se movió airado contra las remotas posibilidades de las concesiones, y las cortó de raíz. Según su sentir, manifestado al ministerio, "el gobierno de Cuba debía permanecer concentrado en una sola persona. Si se establecieran consejos o juntas consultivas —decía— o se dividieran o menoscabaran las atribuciones del gobernador, la Isla de Cuba podría perderse para España, o quizás para el mundo civilizado, pues el control del mando lo tomarían las malas pasiones y en definitiva las castas de color".

CRECIMIENTO DEL SENTIMIENTO ANEXIONISTA

Siempre que fracasaban en la Isla las concesiones o las reformas políticas, subían como la espuma las valores anexionistas, y los separatistas.

La insatisfacción pública crecía desmesuradamente, y a ello se añadía una crisis económica. La exportación del café había bajado de un millón ochocientas mil arrobas, a poco más de un millón. El azúcar descendió, de diez y seis millones de arrobas en 1844, a siete millones en 1845, y su precio mermó considerablemente. El maquinismo era ya otro factor de brazos caídos. Un hacendado calculaba, poco después de 1846, que las máquinas habían permitido reducir un total de setenta y nueve esclavos en la dotación de 300 que se

consideraban indispensables para operar un ingenio de cuatro mil cajas de azúcar.

Una crisis política asociada a una crisis económica, es una combinación peligrosa. La Isla recordaba situaciones similares pero jamás había sufrido la confluencia de ambos factores. La acción predominante favorecía el anexionismo. La ley de dos de marzo había alejado este peligro, pero el propósito de mantener la esclavitud continuaba dándole alas al abolicionismo y las clases ricas seguían mirando hacia el sur de los Estados Unidos.

El presidente de la Union, James K. Polk, mediocre, pero enérgico y decidido, patrocinaba, en 1845, un programa expansionista. Reclamaba parte del Oregon a Inglaterra, ambicionaba Nuevo México y California, y ratificaba la conquista de Texas, realizada en tiempos de Tyler. Pidió al congreso dos millones de dólares para usarlos en las concesiones que aspiraba a obtener de sus vecinos.

Al discutirse esta ley en la Cámara de Representantes, el congresista David Wilmont, de Pennsylvania, presentó una enmienda prohibiendo la esclavitud en los territorios que se adquiriesen. Esta enmienda, aprobada en la Cámara, fue rechazada en el Senado, y planteó de una manera definitiva la lucha entre esclavistas y abolicionistas. Naturalmente, esta situación repercutió fuertemente en Cuba.

El 27 de junio de 1846 fue desalojado del poder en Inglaterra el gabinete que presidía Sir Robert Peel. Palmerston regresó al *Foreign Office*, dispuesto a terminar con la trata y aun con la esclavitud. Parecía factible, si el liberalismo se consolidaba en Inglaterra y alcanzaba el poder en Francia, que estas dos naciones exigiesen a España la abolición. En la Habana se creía ciegamente en el triunfo de la Gran Bretaña, si ésta entraba en guerra con los Estados Unidos. El conflicto bélico con México despejó esta creencia, al contemplar los cubanos las fáciles victorias con que los yanquis se apoderaban de extensos territorios propiedad de los aztecas. "Entonces, muchos criollos, enarbolaron la bandera anexionista".

Los cubanos más preparados resultaron enemigos de la idea de anexar Cuba a los Estados Unidos. En París, Domingo Del Monte, se dirigió, en sus *Reflexiones sobre la balanza mercantil entre Cuba, Estados Unidos e Inglaterra*, a don Salustiano Olozaga y a Lord Clarendon. "Es necesario estar ciegos —les decía— para no advertir el peligro anexionista; sobre todo si se tiene en cuenta que los yanquis dominan un tercio del total de nuestro comercio de importación, y si además, no consideramos otro lazo social, aunque bastardo y vergonzoso, que une a Cuba con los Estados Unidos: la esclavitud de los negros".

A Cuba —enfatizaba Del Monte— hay que devolverle sus fueros mercantiles, y concederle, sin requisitos, las garantías políticas de su

administración. "Con tan simples realidades —añadía— los Estados Unidos perderían, de hecho, mucha de su influencia oficial en la Isla, y podían perderla toda, si otra nación, más aventajada en la industria y en el comercio, como era Inglaterra, pudiera rivalizar con la Unión en nuestros mercados".

Del Monte no se limitaba a criticar. Daba soluciones. Proponía planes. Uno de ellos era el siguiente: a) aumentar las importaciones inglesas; b) enviar nuestros azúcares a sus mercados; c) añadir al tratado de 1820, en vigor, una cláusula supresiva de la trata, en tanto se rebajaran los derechos a nuestro dulce. Nada de esto prosperó.

La causa anexionista recibió refuerzos considerables. Mr. Levy, senador por la Florida, pronunció un discurso abogando por la compra de Cuba a España. José M. Vingut, emigrado habanero, que residía en Washington, publicó un periódico, *La Aurora*, para hacerle ambiente a esta idea. Y Mr. George Dallas, vicepresidente de Estados Unidos, en un banquete festejando el 4 de julio, hizo votos ferviente por la incorporación de Cuba a la Federación. Los periódicos americanos, influenciados por el State Department, comenzaron a tratar el asunto con el mayor desenfado.

O'Donnell inició contra los cubanos una persecución política que llegó a hacerse intolerable. Casi todos los puertos del sur de los Estados Unidos, principalmente Nueva Orléans, se llenaron de asilados. Todos llegaban diciendo que unas veces el crimen, otras la necesidad de sustraerse a la vigilancia del gobierno, los habían obligado a emigrar. Era cierto. Pero la causa fundamental que los impulsaba a dejar la patria, era la de trabajar por la anexión o por la independencia.

"Si fuera posible —decía O'Donnell— lograr la independencia, muchos y temibles partidarios tendría la idea".

SACO CONTRA LA ANEXION Y EL LUGAREÑO A FAVOR

El movimiento anexionista de los años 1848 a 1855 presentaba tres grupos principales, desacordes en la forma y en el fondo: el de la Habana, el de Camagüey y el de Trinidad, dirigidos, respectivamente, por José Luis Alfonso, Gaspar Betancourt Cisneros (*El Lugareño*) y Narciso López.

El primero, conocido en nuestra historia con el nombre de *Club de la Habana*, integrado por una aristocracia revolucionaria nacida en el Palacio Aldama y defensora de la esclavitud, temía a una guerra civil larga y sangrienta; el segundo, los camagüeyanos, ricos propietarios con ideales individualistas, abolicionistas

graduales, soñaban con libertades y progresos; y el tercero, acaso el más difícil de definir, fluctuaba entre la anexión y la independencia, prefiriendo realmente esta última.

El Lugareño, desterrado por O'Donnell, había constituido en Nueva York, el *Consejo Cubano*, delegación de las organizaciones Camagüey anas, y fundado en aquella ciudad, el periódico *La Verdad*, para defender la anexión. De acuerdo con *El Club de la Habana*, ofreció la dirección del periódico a José Antonio Saco, que se encontraba en París. Saco podía contar con diez mil pesos y con el apoyo de los revolucionarios, a los fines de preparar la opinión y librarse del dominio de España.

Saco rechazó el encargo. "No tengo que andar contigo con preámbulos —le decía a Betancourt—. Conoces a fondo mi pensamiento y mis ideas, y, por lo mismo, es inútil que te haga profesión de fe política... Con la mano puesta sobre mi conciencia, y con los ojos clavados en la patria, respondo francamente que no..."

A juicio de Saco, la incorporación de Cuba a los Estados Unidos sólo podía conseguirse de dos modos: pacíficamente o por la fuerza. Pacíficamente, era una ilusión. España no cedería jamás a Cuba. Por la fuerza, le parecía imposible. Se corría, además, el peligro de caer en manos de la raza africana.

"Debo confesar —decía Saco— que si Cuba no fuera cubana, me quedaría para siempre un sentimiento secreto de no haber podido crear su nacionalidad".

La negativa de Saco a aceptar la dirección de *La Verdad*, disgustó enormemente a los conspiradores del *Club de la Habana* y a los del *Consejo Cubano*, e hirió en lo más íntimo a José Luis Alfonso y a *El Lugareño*, ligados a aquél por años de compenetración política y de afectos personales. Los elementos más nuevos, los más exaltados de la conspiración, lo tacharon de vendido a España, calumnias que tienen antigüedad en la historia de las pasiones negativas de Cuba.

"El patriotismo que propugnaba *El Lugareño* estaba lejos de constituir una fórmula complicada. Adquiere con los años y con los hechos una voluntad de bien público para la colonia que entraña, en lo ideal, una serie de grandes sacrificios".[3]

En realidad, el camagüeyano no era anexionista, sino por conveniencia. En el fondo de su espíritu alimentaba la creencia de que la idea debía convertirse, por imperio de los hechos, en anhelo de independencia. "Una vez que nuestra raza hubiera mejorado, alejando los ancestros que la tiranía, el despotismo y los gobernantes negreros nos han impuesto". Y exclamaba:

"—¡Por Dios, Saco mío, que la anexión no es un sentimiento, es un cálculo; es más, es la ley imperiosa de la necesidad, es el deber sagrado de la propia conservación!"

De todos los impugnadores de Saco, el más brillante y responsable fue *El Lugareño*. De todos los contradictores de *El Lugareño*, el más medular era Saco.

Saco creía en las reformas y *El Lugareño* jamás creyó en ellas. Saco pensaba que los americanos absorberían a los cubanos, *El Lugareño* ilusionaba que los cubanos, después, se independizarían de los yanquis. Saco, "que era un amasijo de enredos escolásticos",[4] tenía puesta su fe en la evolución gradual. *El Lugareño* que era un complejo de nuevas y viejas concepciones, sólo confiaba en la acción directa. Saco que fue "una simbiosis del intelectual y del hombre de acción".[5] amaba las tradiciones hispanas. *El Lugareño* que era una mezcla de cultura y de ejemplos foráneos, deseaba el progreso y la ciencia. En el punto en que se hallaban, animado uno por la lógica, que no cuenta en política, y otro por la pasión, que no cuenta en la cultura, no podían entenderse. Saco acertó en sus inspiraciones, pero *El Lugareño* dió en el clavo de sus ansiedades futuras. Ni Cuba caería en el regazo de los americanos para cambiar de Metrópoli, ni obtendría jamás mejoras políticas, económicas y sociales, de España, lo que obligó a la Isla a gestar su independencia.

La enemiga contra Saco subió tremendamente por el daño que su pluma le había inferido a la idea de la anexión. Y el autor de *El Paralelo*, decidió sacar la cuestión del terreno epistolar. En el mes de noviembre de 1848, publicó un folleto. *Ideaos sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos*. Este opúsculo rebasó la medida de las consideraciones, y sus más íntimos amigos no se detuvieron en atacarlo. José Luis Alfonso, en una carta, admitía que "su amigo del alma" le hacía el juego al gobierno español". Y *El Lugareño* lo fustigó en su réplica. "*Ideas en contraposición a las que ha publicado José Antonio* Saco".

El Lugareño encabezaba su folleto con un pensamiento de Samuel Adams, el agitador de la independencia americana, y con reminiscencia de éste, aseguraba que el hombre que lograra la libertad de Cuba, alcanzaría más gloria y gozaría de mayor felicidad que nadie.

"Nosotros —aseguraba *El Lugareño*— creemos en lo más íntimo de nuestra conciencia que la inacción en Cuba es la muerte...".

José Antonio Saco prefirió, por el momento, no decir más nada. El estadista, injustamente vapuleado, buscó refugio en los más nobles afanes, y se resignó a la triste adversidad de una pasión equivocada por parte de sus gratuitos adversarios...

XXII

LA EPOPEYA DE NARCISO LOPEZ

En marzo de 1848, los rumores de una posible revolución en Cuba eran tantos que el general don Federico Roncali, conde de Alcoy, aumentó y exageró las precauciones de su antecesor O'Donnell, que es mucho decir.

Efectivamente, en la Isla se conspiraba, y no se trataba de un solo complot sino de varios. El más adelantado estaba dirigido por Narciso López de Uriola, y juraban secundarlo trinitarios, espirituanos y matanceros.

He aquí un hombre interesante, una figura discutida, y un héroe de nuestras epopeyas libertadoras.

Nacido en Venezuela, al finalizar el siglo "entró muy joven en el ejército español y peleó contra los libertadores de su país". Vencidos los ejércitos monárquicos, Narciso se dirigió con ellos a España y luego vino a Cuba en 1824.

Sea por imitar a Murat, o sea por no derramar con su mano sangre de sus compatriotas, en las luchas por la independencia caraqueña, no entraba generalmente en acción armado de sable, pistola, o carabina. Las más impetuosas cargas de caballerías las daba blandiendo un látigo o manatí, y a cada golpe derribaba un hombre. Solamente el legendario Páez, en las filas opuestas, rivalizaba con López en el vigor físico.

Casado en Cuba, con doña Dolores Frías, hermana del conde de Pozos Dulces, la abandonó y se dirigió nuevamente a la Península. La guerra carlista le ofreció la oportunidad de alcanzar grados y posiciones: gobernador, senador, mariscal de campo. Lo cual no le impidió producirse en favor de los cubanos, cuando estos, en 1837, fueron excluidos de las cortes españolas.

Regresó a Cuba en 1841 con el Capitán General Gerónimo Valdés, al cual habíale salvado la vida en la batalla de las Amézcuas. Fue gobernador de Trinidad y Presidente de la Comisión Militar Ejecutiva Permanente, cargo del que fue separado por O'Donnell, dedicándose Narciso a actividades industriales poco felices.

La popularidad conquistada en su época de gobernador, el estrecho lazo de sangre que a nuestra tierra lo ataba y la identificación de sus ideas políticas, lo cubanizaron en sus afectos, en sus placeres, en sus apetitos, en sus ilusiones, y concluyó por conspirar, que era por entonces, en España y en Cuba, la más digna

ocupación, "de todos aquellos que aspiraban al poder y a la gloria", sin contar con que a López, paladín de incongruentes y fabulosas hazañas, al decir de uno de sus biógrafos, una voz interna le gritaba: "Lava la mancha, ingrato, de haber levantado la mano airada contra tu patria".

A fines de mayo de 1848, Narciso López tenía preparada la revolución, a fin de proclamar en Cienfuegos, el 24 de junio, la independencia de la Isla. La conspiración de la *Mina de la Rosa*, que así se llamaba, por tener este nombre una explotación de carbón propiedad del general, hubo de aplazarse. El *Club de la Habana*, trabajaba en otro movimiento, y solicitó de López coordinarlo con el suyo. Aceptó el general y salió hacia la Habana.

Entre las conferencias que sostuvo en la capital Narciso López, la más curiosa fue aquella en que Luz Caballero, desaprobando la tentativa revolucionaria, le vaticinó su desastre. A lo que Narciso, que tenía en mucha estima a los cubanos, le contestó sonriendo, en el pintoresco lenguaje de Boves: "Los cubanos son patos y nadan. Sólo hace falta que alguien los empuje al agua".

Aunque los distintos grupos revolucionarios aspiraban a una acción conjunta, cada uno marchaba por su lado. Los habaneros se hallaban muy preocupados. España e Inglaterra habían roto relaciones; la casa de Orléans había sido barrida del poder en Francia por una revolución que abolió la esclavitud en sus colonias de las antillas; y el presidente Polk alentaba la idea de comprar a Cuba y designaba ministro en Madrid a Saunders, para que éste condujera la negociación.

Agréguese a estos hechos, la proposición que el *Club de la Habana* extendió al general americano William Jenkins Worth, héroe de la guerra con México, para que comandara la invasión de la Isla, y tendremos una amalgama intrincada y confusa de la que no habría de salir bien parado el general López.

En pos de apoderarse de Cuba, el presidente Polk recibió en la Casa Blanca a varios grupos de cubanos. Primeramente, atendió a John O'Sullivan, cuñado de Cristóbal Madan, que, acompañado del senador Douglas, le propuso la compra de Cuba. O'Sullivan, interesante figura diplomática estadounidense, había inventado una frase para expresar con ella la gravitación de Cuba hacia Estados Unidos: *El destino manifiesto*.

Terminada esta entrevista, Polk atendió en su despacho de la Casa Blanca, a *El Lugareño*, a José Aniceto Iznaga y a Alonso Betancourt. Polk era la estampa del silencio. Según *El Lugareño*, la Isla quería romper los lazos que mantenían a Cuba sometida a España, para anexarse después a la Unión.

Nunca se sabe en estos casos, si se cuenta con la ayuda o no de los que

ocupan el poder. Polk estimó que la revolución no convenía a sus planes de comprar la Isla y envió instrucciones a su cónsul en la Habana para que se abstuviera de alentar a los revolucionarios, asegurándole a las autoridades de Cuba, "que los Estados Unidos cumplirían de buena fe sus tratados con el gobierno de Madrid".

Narciso López no estaba en la Habana cuando el cónsul Campbell pudo haberse comunicado con él. Había regresado a Las Villas, sin esperar respuesta de Worth, decidido a desencadenar la revolución. Pero ésta era ya del dominio público. Uno de los jóvenes comprometidos lo había contado a su madre. Esta a su esposo, que, siendo desafecto a López, lo puso en conocimiento de las autoridades.

Narciso López, admirable jinete en el caballo *Mazepa*, propiedad de Gregorio Díaz de Villegas, recorrió treinta leguas; atravesó la Isla para entrar en Cárdenas, llegar a Matanzas por mar, y de aquí, en bergantín americano, el *Neptuno*, que lo transportó sano y salvo al puerto de Bristol, sobre las costas de Rhode Island.

LAS EXPEDICIONES DE NARCISO LOPEZ

A fines de junio de 1848, Narciso López vivía en Washington de una pensión de treinta pesos mensuales que le giraba su amigo de Trinidad José Isidoro Armenteros, y trataba de relacionarse y de organizar una expedición para invadir a Cuba.

El *Club de la Habana*, persistía en su idea de encomendarle la jefatura del movimiento al general Worth, y un comisionado suyo, Ambrosio José González, que hablaba correctamente el inglés, le ofreció tres millones de dólares en oro si aceptaba. Worth no aceptó.

Esta negativa dejaba a López expedito el camino. Pero el *Club de la Habana* y el *Consejo Cubano* insistían en designar un militar estadounidense. Le fue ofrecida sucesivamente a Jefferson Davis y a Robert Lee. Ambos se excusaron. Estas gestiones, fallidas, fueron lo bastante para que López no esperara más, y como los de la Habana mostraron tibieza en ayudarlo, el general de la *Mina de la Rosa*, usando su propia liturgia, se lanzó audazmente en el proceloso mar de las insurecciones y comenzó activamente a organizarse.

Reunidos, en una casa de huéspedes, en la calle de Warren, en Nueva York, donde vivía Miguel Teurbe Tolón, Narciso López y sus amigos (José Aniceto Iznaga, su sobrino José Sánchez Iznaga, Cirilo Villaverde, Juan Manuel Macías, y

otros), discutieron la confección de la bandera que debía enarbolarse como símbolo del país por el cual deseaban luchar y ofrendar la vida.

A propuesta del propio López, se acordó que la bandera de Cuba ostentara tres franjas azules, dos blancas, y un triángulo equilátero rojo, en cuyo centro resplandeciera una estrella solitaria.

El modelo estaba en contradicción con las reglas de la heráldica, y una vez confeccionado fue izado en las oficinas de los hermanos Beach, dueños del periódico *The Sun*, situado en las calles de Fulton y Nassau.

Cuando Narciso López contaba ya con veinte y tres mil de los ochenta mil pesos presupuestados, y trescientos hombres de los seiscientos que se habían calculado, volvió a ser requerido por el *Club de la Habana*. Prometieron contribuir los señorones de la anexión, con la suma de sesenta mil dólares si la expedición se aumentaba a mil quinientos soldados. Se avino López. Recibió la mitad del dinero. Adquirió tres buques y se proveyó de los pertrechos suficientes para una aventura de esta índole.

Esta expedición constaba de tres núcleos. *Nueva York, Cat Island* y *Round Island* (Isla redonda) En esta última isla, cerca de Nueva Orléans, llegaron a contarse, en el mes de julio de 1849, unos 800 hombres, a las órdenes del coronel White.

A la sazón, había sustituido a Polk, en la presidencia, el general Zacarías Taylor, y se supo que la cuestión de Cuba iba a tomar otro rumbo. En una entrevista, el nuevo secretario de Estado, John M. Clayton, hizo saber al ministro español Calderón de la Barca, que así como Polk había enviado a Saunders a Madrid, a tratar de la compra de Cuba, él (Clayton) enviaba a Barringer para asegurarle al gabinete español el deseo del presidente Taylor de que Cuba continuase siendo española.

En efecto, el presidente Taylor expidió una proclama diciendo que todo intento de violar los tratados y las leyes de neutralidad, serían severamente castigados. En Albany, un barco de guerra federal, se situó frente a Isla Redonda, cortándole los suministros a los buques de López. Y tres días después, el *State Department*, debidamente autorizado, dispuso que los barcos de López fueran confiscados.

Este fracaso cambió el panorama interno de la revolución y sembró la semilla de la discordia entre los grupos insurreccionales, algunos de cuyos componentes comenzaron a flaquear.

¿Qué era más ventajoso para Cuba, la anexión o la independencia? Sobre

todo, ¿de qué lado estaba Narciso López?

Ensayistas e historiadores se muestran divididos en esta determinación en la que no es necesario insistir. Es posible que Narciso López comenzara esta lucha sin haber definido sus ideas. Más, al calor de la contienda, al resplandor de sus esfuerzos gigantescos y de una ininterrumpida batalla por Cuba, llegó a crearse una robusta conciencia separatista, por la que cayó peleando como un coloso.

Fatalmente para Narciso López, los movimientos revolucionarios en Europa se habían malogrado. Narváez había vuelto al poder y reprimía con mano de hierro los motines republicanos de Madrid y de Sevilla. Palmerston se mostraba dispuesto a reanudar relaciones con España; el propósito de los americanos de comprar la isla de Cuba, se había archivado, por el momento; y Luis Napoleón Bonaparte, al calor de su glorioso apellido, había sido elegido presidente de la república francesa. "¿Quién pudo preveer estos acontecimientos? ¿Quién adivinó la elección de Napoleoncito?" —escribía *El Lugareño*.

En medio de estas dificultades, se trató de lograr un acercamiento entre *El Lugareño* y Narciso López. Al camagüeyano no le cabía en la cabeza el caraqueño en el papel de libertador de Cuba. Pesaban en su ánimo los antecedentes de Narciso. Su devoción al Lugarteniente de Boves, la presidencia de la Comisión Militar Ejecutiva, su condición de ex general al servicio de la Metrópoli.

Al fin, ocurrió lo inevitable, en estos casos. Ambos proceres se alejaron. López organizó la *Junta Patriótica Promovedora de los Intereses políticos de Cuba. El Lugareño*, la *Junta Suprema Secreta*, convertida más tarde en *Consejo de Organización y Gobierno* que, en total desacuerdo con López, sostenía relaciones con el *Club de la Habana*. En representación de éste, *El Lugareño* se apoderó de las armas y del dinero existente. López tuvo entonces que sufrir cosas muy duras. "Pero él tenía —dice Sánchez Iznaga— un tesoro: un corazón más grande que todas sus desgracias".

Después que el *Club de la Habana* pretendió sustituir a Worth con el general Quitman, y éste, como aquél, terminó excusándose, López comenzó a trabajar de nuevo.

Adiestrado en sus anteriores fracasos, hizo las cosas de modo diferente. Emitió bonos al diez por ciento, recogió diez y seis mil pesos, compró varias embarcaciones, entre ellas el vapor *Creóle*, y dispuso que la expedición terminara su organización en tierras mexicanas, en Islas Mujeres.

El 19 de mayo de 1850, Narciso López desembarcó en Cárdenas, y los cubanos, asombrados, vieron flamear por vez primera en la Isla la bandera de la estrella solitaria. Tomaron la cárcel, pegaron fuego a la casa de gobierno,

apresaron al gobernador, y Macías se batió a sablazos con un sargento y le dió muerte. Pero el pueblo no respondió. Y López vióse obligado a retirarse, perseguido el *Creóle* por el *Pizarro*, fondeando, casi juntas, ambas embarcaciones en los muelles de *Key West*.

Nunca había gozado Narciso López de una popularidad semejante. En Gainesville, el coronel Ivés, a nombre del pueblo americano, al frente de una multitud que aplaudía delirantemente al Caudillo, le dirigió este saludo: "Bien venido seáis, vos y vuestros compañeros, al suelo sagrado de la libertad, donde tenemos hogares y santuarios para nuestros amigos y armas y sepulcros para nuestros enemigos".

Narciso López, incapaz de alimentar el desaliento, superó en Nueva Orléans la acusación que allí le había formulado el Cónsul de España. Su defensor, persona de poderoso arrastre político, Pierre Soulé, tejió ingeniosas redes jurídicas que inutilizaron al indignado representante de Su Majestad. Y Narciso quedó en libertad.

A principios de abril de 1851, no obstante la oposición que le hacían los hacendados criollos, por estimar a salvo sus negradas, después del llamado "compromiso de Misouri", en el Congreso americano, Narciso López preparaba en Nueva Orléans una tercera expedición: la del *Cleopatra*. Fue denunciado. Y el presidente Fillmore, sucesor de Taylor, publicó una proclama condenando las actividades revolucionarias de los cubanos.

Alzándose, una vez más, el conquistador de Cárdenas, "amarró las columnas de acero de su invencible optimismo a los cabos de otro buque de alas de vapor", *El Pampero*, y recibió ayuda del Honorable Lawrence Sigur, editor de un periódico en Nueva Orléans, tan entusiasta en su devoción al Caudillo, que se le reputaba en la Unión como director de la política "filibustera".

En la isla de Cuba se conspiraba. Existía en Puerto Príncipe la *Sociedad Libertadora*, fundada en 1849, presidida por Joaquín de Agüero, que usaba el nombre de *Franklin*, la cual se hallaba informada de los trabajos que realizaba Narciso López, y habíale prometido secundar el alzamiento al desembarcar éste.

Por otra parte, Isidoro Armenteros, y Fernando Echerri, discípulo de Luz Caballero, se encontraban dispuestos a tomar las armas en defensa de la independencia de Cuba.

El general don José Gutiérrez de la Concha, que había sustituido al Conde de Alcoy en el gobierno de la Isla, estaba enterado de todo. Hubo detenciones en Camagüey de significados miembros de la *Sociedad Libertadora*. Agüero logró escapar, y oculto activó el alzamiento, el cual se llevó a efecto el cuatro de julio

de 1851, secundado el 23 por los trinitarios. Tanto estos como los camagüeyanos eran inexpertos y sucumbieron ante el enemigo. El combate de *San Carlos*, es una página conmovedora y sublime. Dando vivas a la patria y a la libertad perecen los inmortales paladines de jornada tan hermosa.

"Yo debí morir entonces —murmuraba melancólicamente Agüero ante sus jueces— y no tuve un solo rasguño".

El doce de agosto fue fusilado Agüero y sus compañeros de sacrificio José Tomás Betancourt, Fernando de Zayas y Miguel Benavides. Los camagüeyanos sembraron en la plaza mayor de Puerto Príncipe cuatro palmas destinadas a perpetuar la gloriosa memoria de estos mártires. Y el 18 del propio mes, en *Mano del Negro*, fueron pasados por las armas los trinitarios. Hernández Echerri, joven de ojos azules y pelo rubio como el oro, gritó ante sus ejecutores: "Si cien vidas tuviere, cien vidas daría por la libertad de Cuba".

El indomable Narciso López llegó a Cuba en *El Pampero*, en su cuarta y última expedición, el once de agosto de 1851, un día antes del fusilamiento de Agüero. Desembarcó en el Morrillo, en Bahía Honda, Pinar del Río. Traía los documentos políticos que explicaban su sistema de gobierno. El artículo primero del proyecto de constitución declaraba anulada para siempre la autoridad de la corona española en la Isla de Cuba que sería, una vez libre, república soberana e independiente.

Dividió López sus fuerzas en dos columnas. Una, al mando del joven norteamericano William Crittenden, y otra bajo el suyo, que quedó estratégicamente situada en el caserío de Las Pozas.

Concha despachó en persecución de aquellas huestes al general y segundo cabo Manuel Ena. El general López recorre los campos de batalla y sus gritos de guerra seducen los corazones rebeldes. Pero ahora tampoco el pueblo se le suma. Huye de él. Y él, vencedor en el campo de batalla, modelo en su especie, discurre que sus triunfos son cruelmente amargos. Un comandante español copa a Crittenden.

Y éste, con todos los suyos, es conducido a la Habana, y fusilado en las faldas del Castillo de Atarés, en presencia de una muchedumbre enardecida y brutal. Este asesinato provoca una reclamación de Estados Unidos. El joven era sobrino del Secretario de Justicia de la Unión.

MUERTE DE NARCISO LOPEZ

Narciso López, devorado por la ansiedad febril que lo consume, reorganiza sus fuerzas para enfrentarlas al enemigo. Se escucha en los caminos el galopar de la caballería enemiga, la marcha de los infantes que cargan pesadamente la mochila y el fusil, y asusta a los pobres labriegos de la región el pavoroso ruido de los cañones arrastrados por el espectro de la muerte. López asegura a sus extenuadas tropas que detrás de las montañas, están los patriotas que les esperan para sumarse decididos. Pero no hay nada de eso. Los que salen a su encuentro son los generales españoles que lo atacan en el cafetal de Frías, que él conoce palmo a palmo, y este conocimiento, milagroso, le permite una vez más, salir triunfante. El general Ena muere en el combate.

Este triunfo admirable, entusiasma a López. Habla de hacer sentir su pujanza a los españoles, y ofrece a sus huestes la promesa de avasallar a la Metrópoli y conquistar la independencia y la libertad.

El destino no quiso que fuera así. Un poderoso ejército, enjambre de soldados, capitanes y generales, y una nube de soplones y espías, persiguen a Narciso López, al que no le ablandan su coraje las adversidades, "sin concebir el polvo de la derrota, vencido pero invicto".[6] La lluvia aniquila sus cuadros. Presentan sus hombres un aspecto miserable: están descalzos, sin ropas, semi desnudos, acribillados los pies de pedrezuelas y de espinas. El caballo de López, aquel caballo de fábula que al mayor Schlesinger se le antojo prodigioso escalador de cumbres y montañas, fue muerto para comer, y durante varios días, sombríos y dramáticos, constituyó su carne el único alimento de los frustrados libertadores. López reunió a sus soldados y les propuso una desesperada resolución.

"—Hacedme vuestro prisionero, y presentadme al Capitán General, que sólo así os concederá su gracia".

Rechazado este admirable sacrificio, que hubiera sido inútil, el valeroso venezolano recomienda a sus hombres que soliciten del Gobernador, apoyados en sus cónsules, el medio de abandonar la Isla y volver a sus hogares. Y se despide de ellos, acompañado de su sobrino, Pedro Manuel López, de su asistente, de un mulato trinitario, y de cuatro patriotas más, encaminándose al peligroso recodo de los Pinos de Rangel. Su cabeza es puesta a precio. Y gana ese dinero, manchado por la traición, su compadre José Antonio Castañeda.

Narciso llega preso a la Habana el 31 de agosto. Lo cargaron de grillos. Y ese mismo día la Comisión Militar Ejecutiva Permanente, lo condena a morir en garrote vil. López no quiere morir en esa forma. Desea ser fusilado. Y así se lo hace saber al general Concha, por conducto del Ingeniero Albear, que lo ha visitado en su prisión.

—Recomendé a Ud. —dícele Concha a Albear— que no admitiese carta alguna para mí.

Tomó luego el papel y lo leyó. Terminada la lectura, el comisionado le vió sonreír ligeramente y romper la carta en menudos fragmentos.

Trasladado el héroe y mártir al castillo de La Punta, esa misma noche, se le notificó la sentencia y entró en capilla. Estaba entero. Un sacerdote le suministró los últimos auxilios espirituales. Testó. Y, a las siete de la mañana, el primero de septiembre de 1851, subió las gradas del patíbulo. "Mi muerte —dijo entre las garras del verdugo— no cambiará los destinos de Cuba". Y añadió: "Cuba, por ti muero".

Llegaba con la muerte a su desenlace aquel duelo enconado entre los dos generales nacidos en Sud-América, y Concha, de Córdoba de Tucuman, se mostró implacable con López, de Caracas. Pensaron algunos de sus partidarios que no debió dejarse capturar con vida. "Todo lo contrario —exclama su ayudante húngaro, el mayor Schlesinger— la resignación cristiana de su muerte, hizo más hermosa que nunca la grandeza de su alma y más útil y meritorio el sacrificio de su existencia a la causa de la libertad de Cuba".

XXIII

LA VOZ DEL PUEBLO CUBANO Y LA CONSPIRACION DE LA VUELTA ABAJO

El general Concha extremó sus complacencias con los cubanos partidarios de las concesiones. José Luis Alfonso había sido recibido en Palacio por el Gobernador y nombrado para la Junta de Fomento, con el encargo de representar esta corporación en la exposición de Londres. Sus ideas habían evolucionado, y mantenía el criterio de que la cuestión de Cuba debía resolverse por medio de un tratado de garantías, suscrito entre Inglaterra, Francia y la propia España.

La Gran Bretaña se mostraba dispuesta, después del desastre de *El Pampero*, a prestar ayuda a España para evitar el peligro de la anexión de Cuba a los Estados Unidos. La cancillería británica aconsejaba oficiosamente al gobierno de Madrid que no se empeñase en mantener la soberanía del reino por la fuerza de las armas solamente, y la invitaba a aceptar el consejo leal de llevar a Cuba las instituciones de carácter más liberal que regían en la propia Metrópoli.

Este cambio de política entusiasmó a Alfonso. Gestionó cerca de Palmerston —y fue recibido por éste— la firma de aquel tratado de garantías, que

dejaba a salvo al interés británico en el cese de la trata. Estas negociaciones se malograron. Luis Napoleón Bonaparte se coronó emperador por el golpe del dos de diciembre de 1851. Palmerston reconoció el nuevo régimen. Su actitud disgustó al gabinete inglés, y el famoso abolicionista abandonó el *Foreign Office*.

La modificación de las relaciones internacionales convertían nuevamente nuestra Isla en un peón de ajedrez y proyectaron su luz sobre José Antonio Saco que, en octubre de aquel año, había publicado un estudio sobre *Cuba, su situación política y sus remedios*. Este nuevo trabajo de Saco, en el que abogaba, una vez más, por las reformas, provocó encendidas polémicas, y el distinguido publicista decidió clausurar para siempre su carrera de escritor, con su famosa réplica *Cuestión de Cuba*, en la que formulaba el profético dilema: "0 España concede a Cuba derechos políticos, o Cuba se pierde para España".

Los dos folletos de Saco, explícitos y claros, provocaron fuertes reacciones en Cuba en su favor y en su contra. Vázquez Queipo, que le guardaba rencor, por una polémica económica en la que Saco lo había pulverizado, logró que no circularan en la Isla, a pesar de que el ilustre bayamés combatía la anexión.

Pero una voz se levantó, una palabra vibrante, hacía años enmudecida, sonó de nuevo para defender a Saco: la de Luz Caballero. "Yo me siento orgulloso de ser su amigo — le decía— y ha cerrado Ud. con llave de oro".

De nuevo se le planteaba a los cubanos, con la derrota de Narciso López, el dilema de los años pasados cargados de luchas y de sangre. o se sometían al régimen que los aniquilaba, o apelaban nuevamente a la protesta armada.

Del Monte estaba perdiendo la fe en los gobiernos de la Metrópoli. "Al liberal —decía— lo tienen por revolucionario; al constitucional por republicano; y al moderado por insurgente. Y como no hay garantías legales que lo liberten a uno de este atropellamiento inicuo, la sospecha basta para atraer persecuciones, sordas primero, y eficaces y tremendas enseguida.. "Esto —añadía elocuentemente— está peor que Francia, pues allí se ha mudado francamente la forma de las instituciones; pero aquí, con las mentiras de una constitución liberal, se procede ni más ni menos que como procedía en sus mejores tiempos el rey que rabió".

Triste razonar el de este cubano nacido para el parlamento. Su vocación, su cultura, su afán de desenvolverse en un medio al estilo británico, lo inclinaron a las esperanzas y a los buenos deseos, que jamás vió siquiera iniciados. Murió a los tres años de estos acontecimientos.

Mientras los cubanos, en el extranjero, se enredaban en una nueva etapa de contradicciones, y los partidarios de López y los del *Lugareño* seguían alejados,

el general Concha se adueñaba de los destinos de Cuba y ejercía una tiranía insoportable. Recorrió la Isla, suprimió la audiencia de Camagüey; reclamó de la Metrópoli poderes extraordinarios, y obtuvo, entre sueldos y asignaciones, un salario anual de sesenta mil pesos.

No tardó en darse cuenta de que la muerte de López no había menguado el sentimiento revolucionario, y que tanto en el exterior como en el interior de la Isla se preparaban nuevas legiones para enfrentarlas a la Metrópoli.

Con datos concretos, sobre lo que se preparaba, Concha escribió a Madrid, y se opuso a que en estas circunstancias se extendieran a Cuba los efectos de la amnistía dictada con motivo del nacimiento de la infanta Isabel de Borbón.

En trabajos de preparación se hallaba Concha cuando le llegó la noticia de su relevo, ordenándole que traspasara el mando al general Valentín Cañedo, cosa que realizó el mismo día de la llegada de éste (15 de abril de 1852) sin entregarle la memoria que rutinariamente redactaba el general saliente para el general entrante.

Cañedo pertenecía a la categoría de los hombres músculos. Si Vives era hipócrita, y Tacón y O'Donnell despóticos, y Roncali y Concha malvados y crueles, Cañedo era estúpido e ignorante.

En el estío de 1852, sorprendió a Cañedo la publicación de un periódico *La Voz del Pueblo Cubano*, que editaba un joven criollo, Eduardo Facciolo, y dirigía, de acuerdo con los emigrados, Juan Bellido de Luna. El papel se consideraba órgano de la independencia. Al fin, después de eludir, mucho tiempo, la persecución, Facciolo fue capturado y ejecutado.

Desde entonces las cosas comenzaron a enredarse. Un campesino de La Güira, Antonio Piñano, puso en conocimiento de un soplón que en la Vuelta Abajo se conspiraba. Semanas más tarde, de un viejo carretón que salía por la puerta de Monserrate, camino del ferrocarril de Villanueva, rodaba al suelo una caja despedazándose, y dejaba al descubierto un cargamento de fusiles. Cañedo, como el perro al olor de la caza, se lanzó ferozmente sobre esta pista. Una casa, en la calle de Antón Recio, fue registrada. Aparecieron armas, balas y cartuchos. Detenido el hijo de la inquilina, cantó de plano, y surgieron las principales figuras de la conspiración. Detuvieron a González Alvarez y su triste confesión acusatoria puso en manos de la Comisión Militar Ejecutiva Permanente, los nombres de los comprometidos. La sorpresa fue infinita. El eje de la nueva insurrección era don Anacleto Bermúdez, y se hallaban complicados el conde de Pozos Dulces, Francisco Estrampes, Juan Miranda, Antonio Gassié y Joaquín Fortún.

Anacleto Bermúdez, apenas iniciada la causa, fue encontrado muerto en su residencia. Se decía que lo habían envenenado. Lo más probable es que el notable jurisconsulto, ante la inexorable imagen del garrote, pusiera por sí mismo fin a su vida.

El gobierno no se atrevió a prohibir la enorme manifestación de duelo que provocó el sepelio de Bermúdez. Ramón Zambrana, al pie de su tumba, pronunció un discurso emocionante.

"Juventud generosa, a ti te corresponde el porvenir. Los hombres como Anacleto Bermúdez jamás se olvidan".

En esta oportunidad el proceso no se tramitó con la rapidez acostumbrada en estos casos. Las autoridades estaban asombradas del subsuelo que presentaba la frustrada rebelión. Se dictaron dos sentencias. En la primera, fueron condenados a muerte Juan González Alvarez y Luis Eduardo del Cristo. El conde de Pozos Dulces a destierro, que debía cumplirlo en la ciudad de Osuma. Se encontraban ya en el patíbulo Del Cristo y González Alvarez, cuando llegó la orden de suspender la ejecución.

El proceso de la Vuelta Abajo, extraoficialmente contaba con un condenado a muerte que no tenía indulto ni perdón. Tiempo después, sin que jamás se haya sabido la mano ejecutora, apareció muerto en su finca, Antonio Piñano. Los peninsulares calificaron aquella muerte de crimen repugnante. Los criollos pensaron que se trataba de un acto de justicia. Justicia revolucionaria.

XXIV

EL LUGAREÑO Y LA JUNTA CUBANA

En septiembre de 1852, cuando subía al patíbulo el joven Facciolo y fracasaba la conspiración de la Vuelta Abajo, los anhelos unitarios de los cubanos, en el exilio, se vieron coronados por el éxito. Se constituyó un nuevo organismo revolucionario. La *Junta Cubana*, y ésta fue presidida por *El Lugareño*, correspondiendo la vice y la secretaría a sus amigos Manuel de Jesús Arango y Porfirio Valiente.

Los *lopiztas*, minoría díscola e independiente, obtuvieron los dos restantes cargos de vocal y tesorero, que correspondieron al inquieto abogado José Elias Hernández y a Domingo Goicuría, incansable revolucionario, que había puesto su fortuna al servicio de la independencia patria.

En el edificio Apolo, en Nueva York, el día de la toma de posesión, los salones aparecían adornados con los retratos de López, de Agüero y de Armenteros, y, en uno de los balcones, flotaba majestuosamente la bandera de la estrella solitaria.

El documento que dieron a la publicidad estaba firmado por aquellos cinco patriotas, pero el jefe, la persona que más se destacaba, como consecuencia de la unidad, era Betancourt Cisneros.

Tenía ya *El Lugareño* cuarenta y nueve años cumplidos, y presentaba el porte y la figura que le conocemos todos los cubanos a través de sus retratos, popularizados en estos días. Los ojos claros, firmes; "el perfil hebráico, enmarcado por la crespa barba marinera, perecía terco y duro, sino fuera por la dulzura de la fina boca sin rictus de amargura, y por la luminosa majestad de la amplia frente que le imprime al rostro una nobleza infinita".[7]

De pie, con el sombrero en la mano, después que se leyó el manifiesto, *El Lugareño* se adelantó y pronunció un discurso que conmovió hondamente al auditorio.

"Bajo tales circunstancias —dijo— y en vista de tantos males que España no ha sabido ni ha querido remediar, los pacíficos, los ilustrados, los mansos hijos de Cuba, nos hemos visto forzados a alistarnos en las filas de los conspiradores y a enarbolar la bandera terrorífica de la revolución; porque sin revolución, señores, no hay patria posible; sin revolución no hay derechos posibles; sin revolución no hay virtudes, ni honor para los cubanos; y vale mil veces más perecer en una revolución gloriosa que vivir arrastrados en el cieno de la esclavitud, sin patria, sin familia, sin propiedades, sin derechos, sin virtudes, y últimamente sin esperanzas de dejar a nuestros hijos otros títulos que el funesto legado de la esclavitud política y de nuestra degradación social...

¿Por qué luchaban los cubanos en 1852? ¿Por la anexión o por la independencia? Confusamente se debatían estas dos ideas, y no es equivocado afirmar que, dentro de ellas, los criollos pensaban más en la independencia, aunque les parecía más fácil la anexión, si ésta representaba salir del dominio férreo de la Metrópoli peninsular.

La anexión había comenzado siendo esclavista, pero ahora presentaba otras finalidades, donde lo primordial era la libertad política y las libertades personales. Los cubanos aspiraban a separarse de España por su propia voluntad, y a ingresar más tarde, también voluntariamente, en la Unión Americana. La simple idea de la anexión les repugnaba, y el hecho de que los Estados Unidos compraran a Cuba, era cosa que sólo admitía una ínfima minoría.

Un mes después de haber culminado la unidad de los emigrados, fue electo presidente de los Estados Unidos Franklin Pierce. Este había anunciado un programa francamente expansionista. *El Lugareño*, que lo había ayudado en la campaña política, estaba lleno de esperanzas con respecto a la suerte de Cuba.

Ocupaba entonces nuestra Isla la atención mundial, y el Senado estadounidense reclamó del presidente Fillmore un informe sobre los intentos de comprar la Isla durante el período de Polk. Fillmore, a quien le desagradaban los asuntos de Cuba, envió el informe y la alta cámara lo dió a la publicidad.

Para aumentar el interés que despertaba nuestra patria, el sucesor de Webster en el *State Department*, Mr. Edward Everett, comunicó a los ministros de Francia e Inglaterra, acreditados en Washington, que la Unión rechazaba el proyecto de convención tripartita que se le había propuesto. "Los Estados Unidos —decía Everett— no pueden entrar en un convenio de esa índole con respecto a Cuba. El pueblo americano —agregaba— condenaría a los gobernantes que se obligasen con las potencias europeas a rehusar la incorporación de Cuba, cualesquiera que fuesen los métodos por los cuales se pudiere obtener la Isla, bien de acuerdo con España, o bien como desenlace de una guerra, o bien por decisión de los propios cubanos, después que hubiesen conquistado su independencia".

Esta opinión de Everett estaba lejos de interpretar el sentir de la mayoría del pueblo de los Estados Unidos. El propio Fillmore creía que la anexión de Cuba, aún contando con la aprobación de la reina Isabel II, hubiera traído graves consecuencias. Pero las pasiones políticas de los cubanos exilados, ansiosos por sacudirse el yugo de la monarquía española, suponían otra cosa.

Pierre Soulé, senador por Luisiana, partidario de la anexión y sostenedor de esta política junto a Pierce, decía en el Senado: "¿Comprar nosotros la isla de Cuba? — De ninguna manera. El mejor medio de adquirirla, es conquistándola por medio de las armas".

Considerado Soulé como expositor de la futura política internacional de Pierce, las relaciones entre Estados Unidos y España se agrietaron.

Pierce tomó posesión el 4 de marzo de 1853. Su discurso desilusionó a la *Junta Cubana*. En el se dejaba entrever que era decisión de su gobierno comprar la Isla de Cuba. Esta posibilidad hería en lo vivo a los cubanos. Y el disgusto aumentó cuando se conoció que el gabinete quedaba integrado por esclavistas y anexionistas. William L. Marcy, en Estado, Jefferson Davis, en Guerra, y Caleb Cushing, en Justicia.

Si la presencia de estos señores no dejaba dudas de que Cuba ocupaba un

lugar preferente en el programa de Pierce, la designación de sus representantes diplomáticos confirmaba la creencia. Buchanan, el canciller de Polk, fue enviado a Londres; el senador Masón, reconocido imperialista, a Francia; O'Sullivan, esclavista confeso, a Portugal; James Gadsden, anexionista declarado, a México; y Pierre Soulé, agente provocador de la expansión, nada menos que a España.

La política del presidente Pierce, inspirada en la *joven América*, y secundada por su gabinete, puso en guardia a los cubanos y sacó de su marasmo al *Club de la Habana*, partidario, su jefe, don Miguel Aldama, de proceder por cuenta propia. Estos hechos, unidos al deseo de los dueños de esclavos de evitar una larga guerra; al propósito de la *Junta Cubana* de contar con las clases pudientes; y a la falta de un caudillo militar que dirigiera la revolución, aconsejaron a *El Lugareño*, y a sus compañeros, a ponerse en comunicación con Aldama y a reanudar la búsqueda de un general que asumiera el mando de la invasión futura.

Resurgió el nombre de Quitman. Este subordinó su aceptación al cumplimiento de tres condiciones: 1) que se unieran los cubanos; 2) que la *Junta de la Habana* aportara, con antelación y regularidad, los recursos; y 3) que se aplazara la acción bélica.

Después de un viaje a Nueva York, Filadelfia y Baltimore, Quitman, que quiso tomarle el pulso a la emigración, regresó a Washington y firmó un contrato, asumiendo la dirección suprema de la Revolución.

En el mes de julio de 1853, don Angel Calderón de la Barca, durante muchos años ministro en Washington, fue promovido al cargo de Canciller de Relaciones Exteriores en Madrid. La *Junta Cubana* interpretó el cambio, junto con los rumores que corrían sobre la venta de Cuba, como una confirmación de las negociaciones entre ambas potencias, y elevó al gobierno de Pierce una ardiente protesta.

"Aunque estamos convencidos —decían— que las cortes españolas jamás transigirán con la venta de Cuba, queremos hacer constar nuestro repudio a esa fórmula que nos sumiría en la crítica y en el rechazo de la opinión revolucionaria en Cuba".

Al *Lugareño* indignábale que los cubanos fueran a ser tratados como esclavos salvajes, vendidos en las playas de la Isla, y se oponía tenazmente a que una tradición de sacrificios y de sangre derramada en pro de la libertad de Cuba, fuera a terminar de esa manera.

El manifiesto no alteró los planes de Pierce. Y muchos cubanos, en esta oportunidad, se mostraron en favor de aquella compra. Cuando Pierre Soulé

inició su viaje hacia Madrid para presentar credenciales en la corte de su Majestad, fue objeto en Nueva York de una entusiasta despedida anexionista. Le ofrecieron una serenata, y un poeta criollo le expresó el deseo de que trajera de España una estrella más que pudiera brillar en el cielo de la *Joven América*.

Pese a cuanto se decía, Soulé no era portador de instrucciones concretas, sino había recibido la recomendación del gobierno de mantenerse en "espera vigilante". Los Estados Unidos deseaban la libertad de Cuba, pero no se atrevían a perturbar la soberanía de España en su colonia. Por otra parte, la situación internacional se había agravado. Rusos y Turcos guerreaban. Y meses después la Gran Bretaña y Francia le declaraban la guerra al Zar. Todo esto dificultaba una acción sobre Cuba.

RECRUDECE EL ANEXIONISMO

El tres de diciembre de 1853 se hizo cargo del gobierno de la Isla de Cuba, el general don Juan de la Pezuela, marqués del mismo nombre y conde de Cheste. Pezuela era un gran señor, más civil que militar y más político que civil. Había traducido al Dante, era académico de la lengua, y tomaba muy en serio la literatura y las Bellas Artes.

El conde de San Luis, primer ministro del reino español, aspiraba a aplacar a los ingleses, y a cumplir los tratados relativos a la importación de africanos. Ergo, el nuevo gobernador de Cuba, fundamentaba su política en esta síntesis: combatir la trata y defender las ideas liberales. Y a partir de aquí comenzó la guerra entre el Capitán General y los negreros.

En pos de su programa, Pezuela publicó en *El Diario de la Marina*, tres documentos de la mayor importancia. Una ordenanza de emancipados declarando que estos eran libres; una circular prohibiendo los alijos; y una disposición regulando la inmigración. Desafortunadamente para las relaciones hispano-americanas, en el puerto de la Habana se le dió entrada al velero norteamericano *Black Warrior*, que traía oculto un gran contrabando de algodón. Pezuela embargó la mercancía. Y el presidente Pierce lo consideró un ultraje. Soulé presentó en el ministerio de Estado, en Madrid, una reclamación por millón y medio de pesetas para indemnizar a los armadores del *Black Warrior*.

La política de San Luis, en España, y la de Pezuela, en Cuba, agitaron al máximum la cuestión esclavista. Pezuela no podía evitar los alijos, a causa del famoso artículo nueve de la ley de 1845. Se le autorizó a suspender dicho precepto. Los negreros formaron un escándalo. Dijeron que tanto San Luis como Pezuela

estaban vendidos al oro de Inglaterra. No había tal cosa. Por otra parte, el marqués no abrigaba, con respecto a la esclavitud, ideas radicales. Se limitaba a cumplir los tratados. Pero por mucho que el Gobernador se esforzó, a nombre de Isabel II, en asegurar que la propiedad legítima del negro estaba asegurada, no fue creído, y la conspiración anexionista cobró un vigor inusitado.

Frente al terrible desastre que significaba, a juicio de los hacendados, la abolición de la esclavitud, no tenían más esperanzas, desde entonces, que la acción del presidente americano para adquirir la Isla, o, en su defecto, la invasión dirigida por el general Quitman, y pagada por el *Club de la Habana*.

Nada es más destructivo en política que el absurdo. Desgraciadamente, el cubano ha caído varias veces en esas situaciones que se han dado en llamar vice-versas, y que no son otra cosa, generalmente, que egoísmo y mezquindad, o miedo o temor a reconocer las verdades. Así ocurrió entonces. Surgió Quitman, a los ojos de los propietarios de esclavos, como un caballero de la libertad, y Pezuela como un conservador de la caverna. Antítesis de la verdadera verdad.

El lema Cuba será *africana o española*, que tanto se había repetido e invocado en 1837, recuperó sus tristes privilegios, y al calor de este inmenso disparate, espanta-pájaros de la realidad, la gran mayoría de los propietarios en Cuba, empezaron a convertirse al anexionismo.

Todo conspiraba contra el sentido común. El secretario de Estado, Marcy, alarmado con el sesgo de los acontecimientos, envió a Cuba a Mr. Charles W. Davis, para que investigara el peligro de la africanización. Pierce, aferrado al caso del *Black Warrior*, un buen pretexto, en medio de aquellas gravedades, remitió un mensaje al Congreso acusando a las autoridades españolas. Y el *Club de la Habana* se dirigió a la *Junta Cubana*, haciéndole saber que la mayoría en Cuba estaba en favor de la anexión, y que habían resuelto prepararse y actuar. "Si pueden ayudarnos —decía— mucho nos alegraríamos, mas si esto no es posible, no desistiremos del intento".

Pezuela se encontró con una fuerte liga de intereses que lo combatía. No se trataba sólo de los criollos, sino de los mismos peninsulares que se mostraban dispuestos a todo. "Son unos miserables egoístas —decía Pezuela— que tienen su corazón en el oro, y se darían al turco si éste los ayudara en sus ganancias".

Las actividades del *Club de la Habana* trascendieron y se supo quiénes conspiraban y quiénes estaban en tratos con los emigrados para traer la revolución. A Pezuela se le presentó una persona y le entregó la lista de los comprometidos:

—¿Qué castigo cree Ud. que merecen estos traidores —le preguntó Pezuela?

—La hoguera —contestó el denunciante.

—Tiene Ud. mucha razón —replicó Pezuela. Voy a quemarlos a todos, sin perdonar uno siquiera.

· Y acercando la lista a la llama de una vela, que estaba cercana, aguardó a que el papel, que no leyó, fuese completamente consumido por el fuego.

SE AGRIETA LA JUNTA CUBANA

La unidad de la *Junta Cubana* jamás estuvo bien soldada. Los *lopiztas* nunca miraron con simpatías a Quitman. Goicuría y Hernández, en vista de las ofertas del *Club de la Habana*, decidieron requerir a la Junta y pedirle a esta que exigiese al general norteamericano que hablase claro. Ellos eran partidarios de la acción inmediata, no así *El Lugareño*, ni el propio Quitman.

Desoyendo la voz de la mayoría, Goicuría y Hernández, sin romper relaciones con la *Junta*, se dieron a la tarea de organizar en Nueva York una expedición de dos mil hombres. Esta gestión mortificó a Quitman, y presentó sus quejas. La unidad se vió en peligro. Porfirio Valiente, entrevistado con ambos disidentes, logró rebasar la crisis.

No estaba en las disposiciones del Altísimo que Quitman viniera a Cuba, ni que Goicuría y Hernández, y el *Club de la Habana*, tuvieran oportunidad de triunfar. Cuando mayores eran los entusiasmos anexionistas, el Congreso de los Estados Unidos, en mayo de 1854, aprobó la ley "Kansas-Nebraska", en la cual se introdujo un precepto que autorizaba a dichos territorios a formar parte de la Unión como estados, "con o sin esclavitud", según se determinara en un plebiscito. Esta ley, impuesta por los intereses del Sur, al legitimar la esclavitud al norte de la línea Dixon-Mason, desnaturalizaba los compromisos de 1821 y los de 1850, y, en consecuencia, destruyó la unidad política de la Unión y acabó por situar frente a frente al Norte contra el Sur. Desde este instante los estados del Norte se mostraron enemigos acérrimos de la anexión de Cuba.

Y ésta dejó de constituir un problema nacional, para convertirse en una cuestión que sólo interesaba al Sur.

Aconsejado el presidente Pierce por todo su séquito diplomático, y avisado por Davis de las condiciones internas de Cuba, llegó a la conclusión, aparentemente, de que el pueblo americano vería con verdadera repugnancia una agresión contra España fundada en el propósito bastardo de apoderarse de un territorio más. Pospuso, por el instante, la amenaza anexionista, y siguiendo

los ejemplos de Taylor y de Fillmore, lanzó una proclama condenando las expediciones que se preparaban desde suelo americano. Un juez procesó a Quitman. *El Daily Union*, periódico que sostenía la política de la Casa Blanca, en un editorial titulado "La administración y la cuestión de Cuba", aseguraba que los planes de compra o de conquista de la Isla por Estados Unidos, no entraban en los cálculos de los cubanos, los cuales, inspirados por su egoísmo, lo que pretendían era separar a Cuba de España para manejarla a su antojo, con miras de engradecimiento personal".

Pero Pierce era testarudo y se había enamorado de la conquista de Cuba. Cuando todo hacía suponer que había desistido de comprar la Isla, una declaración conjunta, hecha en Ostende, por Buchanan, Masón y Soulé, hizo saber que Cuba debía pasar al dominio de la Unión. "La posesión de Cuba —decían— es indispensable a la paz de los Estados Unidos y si España no acepta el precio señalado para su compra (130 millones) basada en un orgullo obstinado y en falsos sentimientos de honor, todas las fuerzas humanas y divinas autorizan a los Estados Unidos para arrancársela a la fuerza".

El gobierno de España se indignó ante esta amenaza. Pierce, finalmente, retrocedió. Y la cancillería del Potomac comunicó a Soulé que desistiera de aquella descabellada transacción mercantil. En compensación, la diplomacia americana aceptó las tardías excusas por el embargo del *Black Warrior* y una indemnización para los armadores por valor de cincuenta y tres mil dólares.

Los meses de junio, julio y agosto de 1854 fueron decisivos en la historia de España, y por ende, en la de Cuba. Cayó el gobierno de San Luis por un golpe de estado y Pezuela fue sustituido en Cuba por el general Concha, recibido por los peninsulares en la Isla con vivas demostraciones de júbilo.

EJECUCIONES DE ESTRAMPES Y DE PINTÓ

Concha se dió cuenta en el acto de cómo había aumentado contra España el espíritu rebelde. Las fiestas con que lo acogía la sociedad habanera, mezquina y egoísta, apenas si las tomó en cuenta. Algo indefinido flotaba en el ambiente. Con ayuda de los americanos o sin ella, los cubanos no se detenían en su afán de conquistar la libertad.

Un hecho extraordinario acabó de convencer al procónsul. Castañeda, el miserable delator de Narciso López, jugaba al billar en el café de Marte y Belona, junto a la ventana del salón. Súbitamente, la mano vengadora de un transeúnte invisible dispara, y el traidor rueda muerto por el suelo. ¿Quién ha visto al

matador? ¿Quién puede identificarlo? Dos días después, Nicolás Vignau y Asanza, que usa el apelativo novelesco de Nicolás Vengó, se halla sano y salvo en Nueva Orléans.

Como si este hecho hubiera sido la señal para el comienzo de la revolución, dos días después llegan dos expediciones por Baracoa, y es descubierto Francisco Estrampes, y condenado a morir en garrote vil.

Este muchacho era una esperanza clamorosa. Desde niño, distanciado de su padre (más tarde unido a él) había presentido su destino. "Si tú supieras leer en mi pecho —le escribía— los sentimientos de honor que abrigo, seguro estoy de que no me tratarías así; si supieras la muerte que me espera y lo que el porvenir me prepara..."

Un día se le presenta a Concha un tal Ramos. Denuncia una conspiración. Un amigo suyo, José Rodríguez, que usa el nombre de Claudio Maestro, lo ha puesto en antecedentes. Seguramente este último sujeto, de la confianza de Pintó, a quien traiciona, no se llama Rodríguez ni Maestro, es el propio Ramos. El plan es vastísimo. Quitman desembarcaría en Nuevitas con cuatro mil hombres, y el Capitán General sería asesinado, cuando estuviera en su grillé del teatro Tacón.

El 6 de febrero de 1855, los esbirros del general Concha allanan la residencia de don Ramón Pintó. La escena fue terrible. Registraron la casa, atropellaron a la familia, que lloraba y gritaba, se apoderaron de unos documentos, que algunos historiadores aseguran eran comprometedores para el propio Concha, y pusieron entre rejas al acusado, tramitándose la causa con rapidez vertiginosa, y dictándose condena a muerte en garrote vil.

La circunstancia de ser Pintó una de las personalidades más importantes de la colonia, rodeaban el hecho de enorme sensación. Pintó no era cubano, sino catalán y frisaba en los cincuenta años. Encarnaba el trastorno espiritual que atormentaba a los españoles de su tiempo y era su propósito una simple transacción entre las angustias del pesimismo rudo y el odio clásico a la independencia. Su juventud, aventurera y romántica, terminó en el drama de su vida madura. Voluntario en Cataluña, escolta de Fernando VII, combatiente contra Francia, apoderado del Barón de Kesell y maestro de sus hijos. En verdad, se había hecho a golpes de trabajo.

El 22 de marzo, en la explanada de La Punta, donde fuera ejecutado Narciso López, se levantó el patíbulo. Desde las siete de la mañana, el tambor anunciaba con lúgubres redobles, el bando asesino y sombrío. En el camino hacia el garrote, Pintó, muy entero, sólo perdió el paso una vez. El gorro blanco de los ajusticiados, con una pequeña cruz negra al frente, desafiaba la inmensa multitud,

que guardaba ese silencio de muerte, conmovido y extraño, que ataca en estos casos a los seres humanos.

Terminado el crimen, desfilaron sendos pinquetes de tropa frente al cadalso. Y con el último infante, la multitud se abalanzó hacia el tablado para contemplar los restos inmortales de Pintó, aún calientes de la vida que acababa de serle arrebatada.

El general Concha, a quien le ha tocado, en nuestra historia, el triste privilegio de matar sin compasión, carecía de conciencia, pero algo removió en su alma el sentido de la humanidad, y pretendía justificarse. "La política y la razón de Estado —decíale al gobierno de Madrid— no me permitieron dejar de cumplir esta exigencia de la ley".

SE DISUELVE LA JUNTA CUBANA

Era la hora del naufragio. La *Junta Cubana* volvió a escindirse. Aunque todos estaban de acuerdo en lo fundamental (renuncia al anexionismo, decisión por la independencia, y aceptación del cese de la esclavitud) era imposible el entendimiento. Para explicar esta situación, a que han sido dados los cubanos, cuando los dividen las jefaturas, menudearon los manifiestos colectivos y abundaron la explicaciones personales. Quintman renunció, alegando, con razón —a pesar de que se la niegan casi todos los historiadores, excepto su biógrafo Clairborne— que el fracaso estaba en la precipitación de aquellas dos expediciones enviadas, sin consulta, a Baracoa.

En el documento, firmado por *El Lugareño*, y escrito por el conde de Pozos Dulces, que, al salir del destierro, se había unido a la *Junta*, se explicaba todo aquel proceso. "La anexión —decía el manifiesto— era el cebo que debió halagar al pueblo norteamericano, y la prenda de seguridad con que se pretendía conquistar a los que todavía vacilaban en ponerse frente a España; era sólo el medio concertado para acumular fuerzas materiales y morales contra la tiranía española... No hay un solo cubano —agregaba *El Lugareño*— que no sepa que la revolución vino a Estados Unidos a buscar armas y no a contraer compromisos prematuros de imposible incorporación...".

Propósitos que, con otras palabras, había creído advertir, meses atrás, aquel celoso redactor del *Daily Union* de Washington.

Finalmente, la *Junta* y el *Club de la Habana* se disolvieron. *El Lugareño* y Pozos Dulces embarcaron rumbo a Francia. La historia clausuró el período de los movimientos anexionistas. Estos jamás despertaron en el pueblo de Cuba el

menor entusiasmo, seguramente por carecer, en todo sentido, de esa emoción real que despiertan en las masas la verdadera proximidad de las grandes y positivas conquistas políticas.

XXV

EL REFORMISMO Y SU EPOCA

El 24 de noviembre de 1859, Concha entregó el mando de la isla de Cuba al general Francisco Serrano y Domínguez, y se retiró después de haber ejercido el gobierno como él mismo decía, "con un poder soberano que no gozaba ni siquiera el Gran Turco".

Desde que llegó a Cuba, el nuevo gobernador abrió las puertas del palacio a los cubanos; los invitaba a sentarse, les pedía opiniones, y les estrechaba la mano, cosas que jamás había realizado antes ningún general. Además, el hecho de estar casado con una cubana, la condesa de Antonio, le ayudó a conquistar afectos y simpatías.

Entre las fiestas que ofreció Serrano, se recuerdan dos realmente extraordinarias. La coronación de la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, y el baile de trajes con que la condesa quiso festejar el título de Duque de la Torre, con grandeza de España, que le otorgara la reina doña Isabel II a Serrano, que había sido su amante, en los tiempos en que le llamaban el general *Bonito*.

El inolvidable baile motivó un cuento de hadas, una leyenda descriptiva. Un poeta peninsular dedicó al Duque unas quintillas:

Recorro el Edén Cubanoal grato son de la orquesta;miro al general Serrano,que, con actitud modesta,a todos daba la mano.

Serrano desdeñaba los asuntos fiscales, no obstante que pretendió establecer el impuesto único. Se ocupaba muy poco de perseguir el contrabando, y olvidaba con frecuencia los problemas financieros. "Su virtud esencial —dice Manuel Márquez Sterling— era la repugnancia que le inspiraba el despotismo. Conservó las formas centralistas del gobierno colonial, pero fue dictador benévolo y caballeroso. Se interesó por conocer en todas sus partes la conciencia popular, a la que rendía admiración; visitó, para ello, el interior de la Isla, y designó una comisión de cuatro prohombres de la colonia para que le informaran cuáles eran las aspiraciones políticas de los cubanos. Comprendió sagazmente, a pesar de no poseer gran talento, que Cuba requería con urgencia leyes liberales y representación propia en las cortes. Redactó un programa de ley orgánica que

parecían capitulaciones de una carta magna (que no prosperó); y decidido simpatizador de un cambio absoluto de tendencias, alentó, entre los cubanos, la creación del círculo reformista, dirigido por José Ricardo O'Farrill y don Miguel Aldama, opuesto a otro círculo, integrado por peninsulares, que presidía don Salvador Samá, marqués de Marianao. Tal autorización le pareció a muchos integristas, una verdadera imprudencia.

La disposición del general Serrano a favorecer las reformas, crearon de inmediato un clima propicio a la propaganda. Vivía la Isla, después de los fracasos revolucionarios, una etapa de indudable cultura y espiritualidad. Se fundaban liceos; se creaban universidades literarias; y se ofrecían grandes funciones de teatro, óperas, dramas y recitales. Estaban de moda las *noches literarias*, en casa de Nicolás Azcárate, en Guanabacoa, al estilo de las tertulias de Domingo Del Monte. Azcárate, abolicionista y liberal, abogado de extraordinario talento, sobresalía entre sus visitantes, con su cabellera aleonada, sus grandes patillas castañas, y sus ojos verdosos.

En diciembre de 1860, al amparo de este renacimiento intelectual, llegó a la Isla José Antonio Saco. ¡Un cuarto de siglo había durado su destierro! Sus amigos más fieles lo esperaban emocionados para agasajarlo. Se hospedó en el palacio de don Miguel Aldama y éste ofreció en su honor un banquete de doscientos cubiertos, al que concurrió el general Serrano, con su esposa elegante y bellísima. Y Sacó comió tanto ajiaco que se sintió indispuesto.

Los amigos y simpatizadores de Saco prometiéronle reunir un fondo de treinta mil pesos para editar, en Madrid, un periódico que lo dirigiera el antiguo desterrado. Seis meses después, en julio de 1861, embarcó Saco de regreso a París, despidiéndose de Cuba, a la que no debía regresar jamás.

En realidad, no todos los reformistas estaban de acuerdo con el vibrante polemista. Saco tenía ya sesenta y tres años, había chocado con muchos cubanos; contaba con la enemiga declarada de los elementos revolucionarios, y no encajaba en el ambiente de 1862, en el que influían y orientaban, decisivamente, el notable abogado José Morales Lemus, y el conde de Pozos Dulces, abrazado ahora a la causa del evolucionismo.

Al enterarse de estas discrepancias, Saco se dolió profundamente. "Los cubanos —escribió con amargura— no son libres porque ellos mismos quieren vivir como esclavos. Unidos en el terreno legal, sosteniéndose unos a otros con su influencia y su dinero, no habría Capitán General que pudiera resistirlos".

Aludido, entre líneas, Morales Lemus consideró oportuno aclarar su opinión. "Si se quiere que el país apoye un periódico —escribió— es

indispensable, a mi juicio, que se formule un programa muy explícito.. Al fin Saco, cansado de esperar, decidió escribir para *La América*, periódico editado en Madrid, que dirigía Eduardo Asquerino. Pero se sentía muy dolido, y se quejaba de las ofensas que había recibido. "En realidad —dice Merino— Saco ya estaba viejo. Ni él ni sus amigos compatriotas habían podido ver cómo se dibujaba en el horizonte una conciencia claramente cubana, que se buscaba a sí misma".

SEMBLANZA DE LUZ CABALLERO

En junio de 1862, murió en la Habana don José de la Luz y Caballero, y esta historia quedaría incompleta si no hiciéramos la semblanza de su figura ejemplar.

Pocos institutos han ejercido una influencia más notable en nuestros destinos históricos que *El Salvador*. La huella que deja un gran maestro en el espíritu de sus discípulos es siempre inolvidable. Luz era como su apellido. Llenaba el alma de claridades y de horizontes. La juventud leía en sus ojos "pregoneros del alma", una honda doctrina que el tiempo se encargaría de ir perfilando. El sonreía bondadosamente. "Cuando hay amor en el corazón —decía— hay también en los ojos arco iris brillantes que tiñen las negras nubes de primorosos matices".

Desde que Luz leyó a Bacon, que pensaba como Aristóteles, las formas del individuo del *Novun Organum* se le presentaban vacías y estériles para la vida de la colonia. Sus discípulos le oían decir que era imperioso engendrar una o varias naturalezas e introducirlas en un cuerpo dado. Cada una de aquellas naturalezas constituye la manifestación de una cierta forma o esencia que la produce. Suponiendo que seamos dueños de la forma, seremos dueños del objeto. Y no seremos dueños del objeto más que cuando lo hayamos plasmado y lo conozcamos. "Hombres más bien que académicos —exclamaba en sus ratos de entusiasmo— es lo que se trata de formar".

Estos datos de su espíritu "nos revelan que Luz era lo que los psicólogos de hoy denominan un introvertido". Su colegio necesitaba algo más que enseñar. La insurrección no significaba para él la modalidad del pueblo, sino "cuando se aplica directamente a la disciplina de los sentimientos y a las aficiones del alma, no menos que al cultivo de las facultades mentales". Más que dar carrera, más que educar, más que enseñar a vivir, era preciso templar el alma para la vida. En la vida todo tiene ese sentido de guerra y de contraste. Aún las cosas más íntimas del alma, viven en el combate y en la pugna. Y un colegio, en el ánimo de Luz Caballero —inadecuado él para la acción— podría llegar a ser un ejército de soldados para producir el milagro de la guerra. Luz, forjador de una nueva

conciencia, vendría a ser con el tiempo, el libertador espiritual de Cuba. Sus dulzuras y sus evangelios debían convertirse en rebeldías revolucionarias.

Al advertir los grandes cambios sociales y económicos en Europa y en América, Luz Caballero vislumbró una filosofía surgida de los hechos, después de pasar por los libros. Teníamos razón para sentirnos cubanos y no simplemente autómatas. Luz, uno de los primeros en desearlo, cuidaba sus verdaderos argumentos. Esta cuestión le preocupaba desde un triple aspecto: el de la educación, el de la ciencia, el de la libertad. Dulcemente, el maestro recomendaba acudir a la historia para darse cuenta de lo que estaba pasando...

· Y cuando alguno inquiría sobre la Independencia, ese viejo ideal, dormido en el regazo de los mártires, el profesor replicaba: "Estamos lejos de aspirar a tanto, no porque no lo deseemos ardientemente, sino porque no debe principiarse un edificio por el remate. Primero debemos poner los cimientos".

El radio de acción en que se desenvolvía Luz, no toleraba la enseñanza de doctrinas políticas. Pero el maestro predicaba, y los discursos que dirigía a su auditorio perseguían dignificar la razón, enaltecer el pensamiento, estimular el esfuerzo. Su valor y su civismo fueron siempre demostraciones saludables y reanimadoras. Su prestigio, acrecentado después de la causa de *La Escalera*, aumentaba a medida que su salud languidecía. "Y al frisar de los cincuenta años, del hombre robusto, hábil jinete y nadador en su juventud, quedaba apenas nada. Su aspecto era el del viejo armitaño de Ribera; flaco, demacrado, débil".[8] En su rostro, austero y dulce a un tiempo, sombreaba la tristeza, iluminada por la eternidad de su sonrisa, que formaba un claro-oscuro de conciliación fascinante e increíble.

La enfermedad de Luz, aumentada por la falta de calor conyugal, ha pasado casi inadvertida en sus raíces esenciales. Hay un instante supremo en la vida de los hombres superiores: saberse inidóneos para una tarea determinada. Esto los postra y los inutiliza, hasta que vuelven a encontrarse. En Luz, la rebeldía, en algún momento, pareció ser contra sí mismo. Rebasó los límites de la cultura y del saber, más allá de los cuales estaba la revolución. "En el pensar del introvertido, los hechos exteriores no constituyen principio ni fin; a uno y otro extremo, está el pensamiento del propio sujeto.

Con finísima percepción, mas que de la cultura, de los hombres que forma la cultura, Luz prefería para profesores, en sus últimos años, a la sangre joven, a esos muchachos románticos y generosos con los que llegan las nuevas doctrinas. "No siempre los más sabios —decía— son los que mejor enseñan". Y, con maravillosa intuición del futuro, agregaba: "La excelencia de un maestro no debe vincularse en lograr un corto número de alumnos sobresalientes cuanto a sacar

partido, todo el partido posible, de la generalidad de los discípulos". La generalidad era su obsesión.

Luz juzgaba más importante el carácter que la rutina; la capacidad de amar que la ciencia rígida del orden. Aplicar severos y constantes castigos no entraba en su liturgia. Era mucho mejor, a su juicio, prevenir que penar. A los catorce años, discípulo de Luz, a Manuel Sanguily, "rubio como el sol y de ojos azules", estas doctrinas le parecían grandes y evangelizadoras prédicas, y comprendió más adelante, entusiasmado por el resplandor de sus recuerdos, que el espíritu literario que excita lo romántico y predispone para lo heroico, predominaba sobre el espíritu científico, al que Luz aparentaba mayores inclinaciones en su programa.

Luz se apagaba. Pero él decía que se sentía más "espartano cuanto más viejo!" Una enfermedad de la lengua le impedía hablar en público. Y su deuda de frases, de pensamientos y de hermosas palabras, la trasladó a sus profesores predilectos. Naturalmente no era igual. El espíritu del colegio, a pesar de su ausencia, seguía siendo el mismo, pero algo frío y tétrico se apoderaba de sus aulas. Faltaba la poesía patriarcal del maestro; el trino de su presencia emocionada; la música de sus aforismos; su prédica que animaba los corazones y encendía los espíritus de esa fe con que él sabía dignificar la moral y la razón de sus discípulos. A fines del año escolar, acaso presentía la despedida, y en una de aquellas veladas, después de los exámenes, sus predilectos lo conducen al salón y habla por última vez, en presencia de un gran público, entre "aplausos delirantes, entre el júbilo de todas las fisonomías, luminoso, inspirado, erecto como en sus buenos tiempos, la cabeza hacia atrás, las manos en alto, como un profeta bíblico. "Antes quisiera, no digo yo que se desplomaran las instituciones de los hombres, reyes y emperadores, los astros mismos del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral...".

El entierro de Luz Caballero fue la más grande manifestación de dolor que se recordaba en la Habana. No había habido hasta entonces otra igual. Cincuenta mil personas aparecieron en las calles, conmovidas y desoladas, detrás de su cadáver. El general Serrano invitó a todas las instituciones a concurrir al sepelio, decretó tres días de duelo, y envió una carroza con sus ayudantes. Los peninsulares se indignaron. Fornaris escribió un poema exaltado, en honor del Capitán General: "Oh, tú que eres el primero que honras a los grandes de la patria mía...". Al fin, la intransigencia española se desbordó en contra de Luz. "Los merecimientos de éste —escribía un resentido— son ilusorios... Sus virtudes públicas y privadas —agregaba— consistieron en pervertir el corazón de la niñez y en fomentar los odios contra España". Era todo lo contrario.

Al bajar a la tierra este maravilloso educador, a Manuel Sanguily le pareció

que había resonado en la Isla entera como un eco indescriptible. Mirando las calles reducidas y angostas incapaces de contener al pueblo, comprendió el joven que una nueva aurora del pensamiento cubano se abría paso hacia las más profundas entrañas populares, encendiendo en todos los pechos la suprema llamarada de Independencia o Muerte.

ELECCIONES PARA LA JUNTA DE INFORMACION

Al duque de la Torre, lo sustituyó el general Domingo Dulce, y continuó, con sordina, la política reformista. En aquellos días ardía la guerra civil en los Estados Unidos, y presidía la Unión, el emancipador Abraham Lincoln, libertador de los esclavos.

Los reformistas compraron *El Siglo*, y entregaron la dirección del periódico al conde de Pozos Dulces. A José Silverio Jorrín, le pareció el conde "un cincel de oro, con la punzante ironía de Lemoine y el sesudo razonar de los editorialistas del *Times* \ Pozos Dulces no encajaba en el papel, aunque escribía muy bien. Desde su adolescencia prefirió la vida sana, activa y fecunda del agricultor, a las actividades sociales de la ciudad. La política militante, por consecuencia, nunca tuvo atractivos para él. En un estado organizado y culto habría sido un consejero valioso, un técnico. Pero nunca un estadista del tipo electoral, producto de simpatías y de votos populares o de intrigas partidaristas".[9]

El programa de los reformadores resultó raquítico y desilusionante para los hombres de estirpe liberal: Igualdad de derechos entre cubanos y españoles; representación en las cortes; ley de imprenta; censura previa, tratándose de la esclavitud; prohibición absoluta de la trata; y protección a la immigración blanca para alejar el peligro de la africanización.

La campaña política se iluminó con los más vivos resplandores. Un acontecimiento vino a impulsar poderosamente la propaganda abolicionista. El norte triunfaba sobre el sur de los Estados Unidos. El ocho de abril de 1864, la causa de la emancipación quedaba victoriosa. Lincoln había triunfado. Sobre la serena corriente del Apomatox, brillaba el sol de la paz; y el generalísimo del sur, Robert E. Lee, rendíase al generalísimo del norte, Ulises J. Grant. Pozos Dulces pudo decir, desde *El Siglo*, que las libertades y la emancipación estaban camino de la Isla, dictadas por el decoro de un mundo libre.

Entre todos aquellos que brillaban a la luz del reformismo existía una familia notable. La de Zayas. Eran tres hermanos, José María, sucesor de Luz Caballero, en el colegio *El Salvador*; Francisco, médico y agrónomo distinguido; y

Juan Bruno, personalidad sobresaliente que llenaba la Habana con su sabiduría y su talento. Si José María encarnaba la solemnidad y Francisco la elocuencia, Juan Bruno representaba la simpatía y el afecto. Como médico y como hombre —decían sus contemporáneos— no tenía paralelos. Llegó a ser una figura familiar en toda la ciudad; su rostro achinado, su parsimonia y su chaqué, eran recibidos en todas partes con esa emoción expansiva de los pueblos, antesala siempre de la leyenda. Sus aciertos profesionales, sus curas maravillosas, misteriosamente eficaces, lo habían convertido en un mago de la medicina. Había destinado una sala en la consulta para atender a los pobres. No les cobraba un centavo; les regalaba las patentes y las recetas; los atendía a todas horas; acudía, siempre que iban a buscarlo, al lugar donde lo llamaran por humilde que fuera. Era un verdadero sacerdote de la medicina, y el pueblo, asombrado de su ciencia, lo bautizó con el sobrenombre del *Médico brujo*. Le gustaba conversar largas horas, *Causser* formidable, su memoria asombrosa para recordar semblantes, apellidos y situaciones, dejaban maravillados a sus amigos y clientes. Adoraba el recuerdo de Luz Caballero, y había sido uno de sus más notables discípulos. Cuando estuvo en condiciones de solventar de su peculio algunas ideas, se entregó de lleno, apostólicamente, a la creación de un colegio de niñas (verdadera escuela del hogar) clausurada en pleno éxito por uno de esos úcases abusivos de los capitanes generales. Su asombrosa tenacidad, su paciencia extraordinaria, su espíritu de lucha, jamás desfallecían. Pero sus ideas encallaban en los arrecifes de aquella invencible roca de intransigencias que eran los gobiernos coloniales.

José María, defensor de Azcárate, se vió insultado gravemente. Trepador lo llamaba *El Estudiante Republicano*. Estos ataques resbalaban a través de su carácter impasible. Su hermano Juan Bruno se mortificaba con tales injurias. Entusiasmado por el éxito de las armas del norte, abrió las puertas de su casa en la calzada de la Reina, y rodeado de amigos y simpatizantes, brindó con champagne.

—Por Lincoln, el hombre más grande de su tiempo.

Había dispuesto que todos los años, en la fecha de la abolición, veinte y cinco esclavas recibieran de su peculio las cantidades exigidas para librar, desde el nacimiento, a los hijos concebidos en la servidumbre. Una popularidad como la de Juan Bruno Zayas era indispensable en las candidaturas reformistas.

Cuando Cánovas del Castillo, ministro de Ultramar, ordenó la convocatoria a elecciones, en noviembre de 1865, para integrar la Junta de Información, en Madrid, la Isla se conmovió de un extremo al otro.

Comenzaron los mítines en aquellos distritos que debían estar representados en la Junta. Juan Bruno no aceptó la candidatura. Azcárate habló

en Güines, su feudo político. Los manifestantes se alumbraban con hachones, precedidos de una orquesta, detrás de la cual marchaban a caballo los organizadores, de dril la guayabera y de plata los estribos.

La llegada a Cuba de don Eduardo Asquerino, sostenedor en Madrid, de las reformas, en su periódico *La América*, fue una explosión de júbilo. Gran recibimiento, manifestaciones, música, banquete en las Tullerías, retratos de los reyes y medallones de españoles y de cubanos ilustres. Pozos Dulces y Azcárate fueron ovacionados al entrar en el local. Se advirtió la ausencia de Morales Lemus, por enfermedad. Se abrió a chorros el grifo de la elocuencia. ¡Se pronunciaron veinte discursos! Se brindó por Cánovas. Y Azcárate, que heredara de su tío Escobedo, el sortilegio de la frase bruñida, pronunció una gran oración.

Las elecciones para delegados a la Junta de Información se celebraron el 25 de marzo de 1866, y, pese a los esfuerzos del general Dulce, que modificó en plena campaña la ley electoral, las ganaron los cubanos, en medio de la sorpresa general. De los diez y seis comisionados electos, doce pertenecían a la tendencia criolla y sólo cuatro al elemento peninsular, y aún este exiguo partido, se vió obligado, para triunfar en la Habana, a presentar candidatos a dos personas "poco hostiles a las reformas".

En definitiva, la nómina de la Junta de Información quedó compuesta de la siguiente manera: Manuel Ortega, por Pinar del Río; Antonio Rodríguez Ojea, por Guanajay; Antonio X de San Martín y Manuel de Armas, por la Habana; Nicolás Azcárate, por Güines; José Luis Alfonso, por Matanzas; José Antonio Echeverría, por Colón; Antonio Fernández Bramosio, por Cárdenas y Villa Clara; Tomás Terry, por Cienfuegos; José Morales Lemus, por Remedios; el conde de Vallellano, por Sagua; Agustín Camejo, por Sancti Spíritus; Calixto Bernai, por Puerto Príncipe; Juan Munné, por Holguín; y José Antonio Saco, por Santiago de Cuba.

Alfonso renunció. No se le estimó del grupo reformista, a causa de que meses antes había sido elevado a la jerarquía de Marqués de Montelo, y se eligió en su lugar a don José Miguel Angulo y Heredia. Bramosio optó por Cárdenas, recomendando en la vacante de Las Villas al Conde de Pozos Dulces, que entonces fue electo. El Ministerio de Ultramar, en Madrid, balanceó la Junta, designando un número igual de comisionados, con lo cual, cínicamente, se apoderó de la mayoría, y realizó su primera tomadura de pelo a cuenta de los creyentes de las reformas.

SE REUNE LA JUNTA DE INFORMACION

La labor de los reformistas era muy difícil. No es cierto, como han dicho algunos historiadores, que la Isla estuviera pendiente del resultado de la Junta de Información para desatar o no la revolución. Se trataba de dos movimientos independientes. De manera que los reformistas se encontraban atacados por dos flancos. De un lado, los integristas, negados a todo tipo de reformas. Del otro, los separatistas que no admitían más solución que el ideal de la independencia.

El general Dulce, al entregar el gobierno de la Isla, al general Lersundi, estaba convencido de que una poderosa corriente revolucionaria se armaba contra la posibilidad de las reformas. Y el ministro de España en Washington, informaba al Gobernador de Cuba, que los criollos, entusiasmados con la esperanza que a sus ideales abría la guerra del Pacífico entre España y el Perú y Chile, combatían fuertemente, en Estados Unidos, a los reformistas, temerosos de que el éxito de estos malograra el movimiento que se venía preparando.

En efecto, don Benjamín Vicuña Mackena, comisionado por Chile, se hallaba a la sazón en Nueva York, como agente confidencial, para fomentar, sin pérdida de tiempo, la revolución en Cuba y Puerto Rico, y se había comunicado con Juan Manuel Macías, que nunca había abandonado sus ideales separatistas.

Vicuña publicaba en Nueva York, *La Voz de América*, y lo introducía en Cuba. Se daba cuenta este valioso chileno, que si el movimiento reformista alcanzaba los laureles de la victoria su gestión fracasaría, y, por ello, dirigía los peores ataques a los concesionistas:.. caterva de hombres sin dignidad, egoístas, ambiciosos, aduladores, que hoy se llaman reformistas y mañana se llamarían de cualquier manera, con tal de salvar los cuatro cuartos de una fortuna, ganada en el tráfico de negros..

Bajo estas condiciones, el 30 de octubre de 1866, comenzó a sesionar, en Madrid, la Junta de Información. Don Alejandro de Castro, había sustituido en el ministerio de Ultramar a don Antonio Cánovas. Pronunció un discurso vacío de fondo y de forma; dijo no tener plan, y nombró a don Alejandro Olivan presidente de aquella asamblea.

En la Junta, compuesta por delegados de Cuba y Puerto Rico, elegidos por sufragio, y por los que designó, después, el gobierno por decreto, solamente existía una limitación: no podía discutirse ningún tema que afectara a la unidad nacional, religiosa o monárquica con la Metrópoli. Era la primera vez en la historia, después de 1837, que se reunían opresores y oprimidos en una especie de parlamento político. Pero no había buena fe. Todo estaba falseado. La primera zancadilla se presentó a la hora de iniciar el temario. En lugar de principiar por lo político se comenzó por lo social. Olivan aseguró que se abordarían todos los

temas. Azcárate se mostró conciliador. Y Morales Lemus se disgustó tanto que no asistió a Palacio a saludar a la Reina, enfermándose del mismo mal que le había aquejado para no asistir el pasado año al banquete de Asquerino.

El verdadero jefe de los reformistas era Morales Lemus. Carecía éste —según Piñeyro— de las condiciones externas de palabra, de gesto y de figura, que proporcionan triunfos fáciles y rápidos; en cambio poseía una laboriosidad asombrosa, una gran dosis de paciencia y de calma, y una firmeza de principios que le sostenía en aquella lucha por los derechos de Cuba.

Las distintas tendencias se manifestaron con motivo de la esclavitud. Los puertorriqueños formularon un voto particular en favor de la abolición. Y los cubanos adoptaron una posición ecléctica, defendiéndola gradualmente. Como sucede en todas las asambleas desde que el Parlamento ha funcionado, fueron muchas las polémicas y más los discursos. Los reformistas dominaban intelectualmente a los gubernamentales. Estos, comprendiéndolo, se apegaban a las ideas más reaccionarias, engarzándolas en el sofisma y en la mala fe. Se había hablado de que la industria agrícola cubana necesitaba transformarse, y Pozos Dulces pulverizó a sus contendores, demostrando que si no se concedían leyes apropiadas, la agricultura cubana ciertamente se arruinaría.

Sorpresivamente, ambos bandos, reformistas e integristas, llegaron a acuerdos en lo económico. Desarrollaron el gran pensamiento de suprimir las aduanas, establecer el cabotaje con la Metrópoli, y vigorizar, por medio de franquicias, las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Cuba. De ponerse en vigor este plan, Cuba pasaba del mercantilismo al libre cambio. Se reorganizaba el régimen fiscal, a base de un impuesto del seis por ciento a las rentas de los capitales, y se creaba un banco de emisión y una moneda provincial propia.

Como en estos momentos reinaba la euforia, don Domingo Sterling, abogado sagaz y talentoso, propuso la derogación de los derechos diferenciales de que gozaba la marina mercante española. Volvieron a coincidir reformistas y anti-reformistas, pues de quedar cancelados estos injustos derechos, se abría un amplio horizonte a la prosperidad económica de Cuba y Puerto Rico.

Una nutrida comisión visitó a Castro y le entregó los acuerdos. Este, fríamente, recibió el documento y lo engavetó.

El 12 de febrero de 1867, el ministro de Ultramar puso a la firma de Su Majestad, un decreto que contradecía todos los principios y progresos sostenidos en el acuerdo de reformistas e integristas, y mentía descaradamente dando a entender que respondía a las recomendaciones de la Junta. Establecía un

impuesto del diez por ciento sobre la renta líquida colonial, dejando vigentes veinte y dos renglones, por los cuales recaudaban las aduanas; la gran mayoría de las setenta y siete contribuciones que pesaban sobre la riqueza del país, y todas las gabelas y tasas exigidas por los capitanes pedáneos, así como las demás exacciones que eran infinitas. ¡Cuarenta millones de pesos costaba a Cuba aquel decreto!

Frente a esta brutal agresión, los reformistas quedaron anonadados. El primer impulso fue retirarse. Reunidos en casa de Morales Lemus, examinaron la cuestión. Pozos Dulces recomendó continuar el camino. Y este criterio, apoyado por los moderados, dominó, y resolvieron persistir en la información.

LA JUNTA DE INFORMACION FRACASA

A fines de febrero, en un ambiente de frialdad y desilusión, comenzaron las discusiones sobre el problema político. Toda la savia del interrogatorio estaba en las tres primeras preguntas de las diez de que se componía aquel temario, a saber: a) convendría que todos los derechos políticos establecidos por las leyes para los habitantes de la Península e islas adyacentes, se hicieran extensivos a Cuba y Puerto Rico; b) supuesta la asimilación de los derechos políticos a que la pregunta anterior se refería, ¿sobre qué bases debería establecerse la consiguiente igualdad completa de obligaciones en cuanto al sistema tributario, al reemplazo para el ejército y a las demás cargas públicas?; c) en vez de la asimilación de que las dos preguntas anteriores trataban, serían preferibles la creación, al lado del gobierno, de un cuerpo consultivo, en que hubiese necesariamente un número determinado de personas elegidas por las provincias de ultramar?

El informe de los cubanos fue redactado por Morales Lemus. Lo dividió en dos partes. En la primera, expuso las diferencias entre españoles y cubanos; y en la segunda trató un programa a realizar. Reorganización de los ayuntamientos; creación de los distritos provinciales; dos cámaras insulares, una designada por el gobernador de la Isla, a propuesta de los ayuntamientos, que haría las veces de un senado, y otra electiva, equivalente a la de diputados; un gobernador civil, sin mando naval ni militar; y finalmente, el restablecimiento de la representación a cortes, para cuyas funciones se fijaban las correspondientes bases.

Desdichadamente, la unidad de la delegación reformista se rompió. Estas resultancias se presentan después del fracaso. Encabezaban la disidencia Saco y Calixto Bernai. Ambos al pie de aquel escrito pusieron esta aclaración. "Nos adherimos a este informe, excepto en la parte que se piden diputados a cortes por las provincias de Ultramar".

Censurado Saco, por esta posición, que contradecía la suya de 1837, se defendió vigorosamente. Pero no convenció a sus impugnadores, ni aún a sus amigos. José Manuel Mestre le escribía desde la Habana con visible disgusto, diciéndole que "su actitud no beneficiaba a nadie y en cambio servía de argumento a los revolucionarios, a los anti-reformistas y al gobierno de España para presentar a los cubanos desunidos y desorganizados".

El 28 de abril de 1867 expiró la Junta de Información en los brazos adversos del ministro de Ultramar. Con aburrimiento, por no decir con desprecio, pronunció unas palabras de elogio, recono- riendo la templanza y el talento de los comisionados; y prometió leer con atención los trabajos realizados, asegurando cínicamente que abrigaba el deseo de contribuir personalmente a la felicidad de las antillas.

Obvio es consignar que nada hizo el ministro, ni los que le sucedieron. No se acordaron las reformas económicas; no publicaron los documentos rehabilitadores; y los comisionados fueron recibidos en Cuba con tan profundo recelo que a todas sus actividades se les aplicó la censura.

Los dictámenes, que la Metrópoli redujo al misterio, circularon en Cuba y Puerto Rico subrepticiamente, impresos en dos tomos que son testimonio lapidario de la ceguedad que adornaba entonces a los gobernantes españoles.

Los reformistas cubanos, al regresar a la Isla, comprendieron que habían arado en el mar, pero se encontraban satisfechos de haber cumplido hasta el fin con sus deberes de comisionados.

El fracaso de la Junta marcaba el fin de una larga etapa de proposiciones pacíficas.

SEPTIMA EPOCA
LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS
1868 -1878

XXVI

DESDE YARA HASTA BAYAMO

En 1868, los intereses políticos de la inmensa mayoría de los cubanos eran coincidentes, y no había obstáculos que se opusieran al éxito feliz de una revolución.

Dividida en cuatro departamentos y treinta y una jurisdicciones bajo la jefatura omnímoda del Capitán General, Cuba presentaba la misma estructura política que a principios de siglo. Todo continuaba estacionario. Todo. Menos los factores raciales, agrícolas y mercantiles, que habían variado notablemente. El azúcar ya no se contaba por arrobas. Las zafras cañeras habían sobrepasado las setecientas mil toneladas del dulce. Cuba era rica. Pero a los dueños de esas riquezas, nativos en su inmensa mayoría, les estaba prohibida la gobernación y la política en su país.

Con un millón cuatrocientos mil habitantes, más o menos, los blancos ya eran más que los negros. Pero distaban mucho de integrar un grupo homogéneo. Y lo mismo ocurría con la raza africana. Si a los blancos los dividía la historia, a los negros los escindía la sociedad. Los había libres y esclavos. Estos últimos vivían en las circunstancias descritas en 1841. Finalmente, la raza amarilla, formaba un grupo bien concreto: obreros del campo, hortelanos, pequeños comerciantes. Dentro de este status, el control de la Isla, ejercido duramente por los peninsulares, apenas un ocho por ciento de la totalidad de la población, resultaba intolerable para los criollos.

AGUILERA Y CESPEDES

Entre el cuatro de agosto y el cinco de octubre de 1868, los cubanos conspiraban contra España y celebraron cuatro reuniones famosas en la historia de Cuba. *San Miguel de Rompe, Finca Muñoz, Ranchón de los Coletones* e *Ingenio Rosado*. En estas juntas, unas veces ardientemente, otras con menos efusiones, se marcó el antagonismo entre Francisco Vicente Aguilera y Carlos Manuel de Céspedes;

partidario, el primero de una más efectiva organización revolucionaria; defensor, el segundo, de la acción inmediata. "No es posible esperar más tiempo —decía Céspedes—; las conspiraciones que se preparan mucho, siempre fracasan, porque nunca falta un traidor que las descubra".

Fue ciertamente una desgracia que la revolución del 68, incubada en las logias masónicas, surgiera escindida, y continuara así hasta su terminación.

Educados en la misma filosofía política, el carácter y el temperamento distanciaban a Céspedes de Aguilera. Aguilera había viajado por los Estados Unidos, asimilando las teorías políticas de esta gran nación. Céspedes había recorrido Europa adentrándose en el sentido doctrinal del viejo mundo. Había conspirado con Prim en una de las muchas sublevaciones urdidas por esta inquieta y rara personalidad española.

Céspedes era mediano de estatura, musculoso y decidido. Aguilera era alto, flaco, barbado y vacilante. Céspedes tenía el don de la palabra y de la frase, y se expresaba elocuentemente. Aguilera, era parco en el lenguaje, carecía de inspiración y su fraseología era pobre. Céspedes, al que todos tenían por un aristócrata, conocía muy bien el medio en que actuaba. Aguilera, al que se reconocía como un demócrata, juzgaba las posibilidades con demasiado recato. Céspedes era realista y Aguilera romántico. Mientras el patriarca de *Cabaniguán* (Aguilera) sólo soñaba con la libertad de Cuba, Céspedes, el gran señor de *La Demajagua*, ambicionaba además el honor y la gloria.

Lo más interesante de todo es que Céspedes que se creía un radical, era realmente un conservador, y Aguilera, que se imaginaba un conservador, era decididamente un radical. Su patriotismo, su desinterés, su nobleza, sus sacrificios, debieron haber hecho de él un gran jefe, pero le faltaba algo. Ese no sé qué indefinible que señala el límite entre lo mejor de lo existente y lo extraordinario de lo exclusivo. En la pugna por la jefatura triunfó Céspedes. Supo, con más larga visión, descifrar los secretos de su pueblo, las ansias de los cubanos. Estos ya no confiaban en los métodos políticos, sino en el brazo armado de la guerra. Cuba, se encontraba realmente en una de esas situaciones en que la revolución es inevitable, según la definió, en su época, respecto de los Estados Unidos, genialmente, el fundador de la democracia americana, Tomás Jefferson.

EL 10 DE OCTUBRE DE 1868

El vaticinio de Céspedes se cumplió. La revolución fue denunciada en el secreto del confesionario por una vieja beata, y el Caudillo no esperó más. El 10 de

octubre de 1868, en su Ingenio, *La Demajagua*, acompañado de treinta y cinco patriotas, enarboló su bandera, emancipó a sus esclavos, lanzó un manifiesto, y se declaró en estado de guerra.

Durante estos primeros días, la epopeya del 68 corrió el riesgo de terminarse sin brillo y sin gloria. Céspedes, el once de octubre atacó el caserío de Yara, de donde tomó su nombre la revolución. Sufrió un descalabro. "Todo se ha perdido" —gritó una voz. Empinado el Caudillo sobre los estribos de su corcel de guerra dominó poderosamente el ambiente.

—¡Adelante, cubanos, aún quedamos doce hombres. Bastan para hacer la independencia de Cuba!

Replegado sobre un monte, Céspedes fue reforzado por una tropa de trescientos hombres al mando del general dominicano, Luis Marcano, militar aguerrido que venía a secundar el alzamiento. "Marcano tenía conocimientos bélicos. Céspedes, audancia y voluntad. Se unieron y el injerto salvó la continuidad revolucionaria".

La revolución de Yara se extendió como la pólvora. Reunidos los líderes del movimiento en Bayamo acordaron secundar a Céspedes. Hubo tibiezas. Críticas. Acusaciones de haberse adelantado para robarle la jefatura a Aguilera. Perucho Figueredo, el héroe olvidado de aquella gesta, el autor del himno de Cuba, pronunció unas hermosas y enérgicas palabras. "Yo voy con Céspedes a la gloria o al cadalso".

Aguilera acató y se alzó en Holguín; Donato Mármol y Calixto García, en Jiguaní; Vicente García y Francisco Rubalcaba, en Tunas, Francisco Maceo Osorio, en Guisa, y Esteban Estrada en el Dátil.

Céspedes moviéndose con bastante libertad, logró reunir una tropa respetable en Barrancas. ¡Cubanos... Ya habéis visto lucir el sol de nuestras libertades! ¡Ya conocéis también a vuestros libertadores!

El 18 de octubre se presentó frente Bayamo, el 19 atacó la ciudad, y el 20, al rendirse el gobernador español Udaeta, quedó dueño de la Plaza. A los pocos días, siguiendo la tradición católica de conmemorar las batallas victoriosas, celebró un *Te-Deum*. Doce señoritas, entre las cuales se distinguía Canducha, la hija de Figueredo, cantaron a toda voz el himno de Bayamo...

Al combate corred bayamesesque la patria os contempla orgullosa...

EL SALADILLO

Convertida Bayamo en capital de la República en armas, Céspedes asumió todos los mandos civiles y militares, en parecidas condiciones a las que adoptó Bolívar cuando fue investido de facultades extraordinarias por la asamblea de Caracas en 1814. Esta actitud adecuada y lógica, porque las guerras no admiten fórmulas exclusivamente políticas, ha dado lugar a una equivocada interpretación, en la que se asevera, tomando parte en las pasiones de la revolución del 68, que el Padre de la Patria aspiraba a la dictadura.

· Y nada más lejos de la verdad histórica.

Leyendo el manifiesto del 10 de octubre nos damos cuenta de los ideales de Céspedes, que se encaminaban derechamente al establecimiento de una república conservadora. Las causas de la revolución, muy bien analizadas, en aquel magnífico y sincero documento eran tres, a saber: 1) la opresión política; 2) la explotación económica; y 3) el estancamiento social.

Dentro de estos conceptos, juzgados conforme a la época, a Céspedes le pareció que el clima de la revolución debía ajustarse a lineamientos moderados y progresistas. Trató de suplir la ausencia del pueblo, con la presencia absoluta de las clases criollas adineradas, a reserva de someterse más tarde, como lo hizo, gloriosamente para él y para la patria que le dió el ser, a los dictados de la mayoría de los revolucionarios.

No fue por casualidad, ni por vano orgullo, cualidades de hombres inferiores y mezquinos, que Céspedes se proclamara Capitán General del Ejército Libertador. La mayor parte de las veces, en manifiestos y proclamas, dejó de usar este título, que repugnaba a los revolucionarios y sus simpatizadores. Lo realizó porque el grado suponía el ejercicio del poder, y él pretendía hacerle ver al campesinado cubano y a la clase media, ausentes físicamente del movimiento, que el dominio del mando se había trasladado a los campos de Cuba Libre.

Los comunistas, que han falseado en Cuba la historia, han aprovechado aquella orientación céspedista para combatir la inmensa figura del gigante de Yara, haciéndolo aparecer, a causa de aquel título, como un reaccionario. Olvidan, que Lenín, valiéndose del hecho real, se mudó al Kremlin, una vez que triunfó la revolución moscovita. Cuando le preguntaron la razón, contestó: “El pueblo ruso asocia el poder con este Palacio. Y por eso yo resido en él”.

A juicio de Céspedes los vínculos de la colonia con la Metrópoli eran demasiado sólidos y continuos para desatarlos integralmente en los inicios de la revolución. La nación cubana, existente en la conciencia de los rebeldes a España,

debía dirigirse, en lo futuro, a su mayor efectividad doctrinaria, robusteciéndose en la acción. Ahora había que buscarla en el verde paraíso de las haciendas criollas, entre ganados y cafetales, tabacales y trapiches; entre ingenios y fincas, estancias y sitierías, en todas las cuales, los campesinos suspiraban por la libertad, los esclavos por la emancipación y los señores por el ejercicio del poder.

La acusación de que Céspedes aspiraba a la dictadura, nace de la ideología camagüeyana, más radical que la suya. Los camagüeyanos, sostenedores de Aguilera, nunca simpatizaron con Céspedes, y la premura de éste en levantarse en armas, los había disgustado muchísimo. Sus jefes, Salvador Cisneros Betancourt (marqués de Santa Lucía) e Ignacio Agramonte y Loynaz, joven apasionado, se mostraban intransigentes "Nosotros —afirmaba Agramonte— no estamos en favor de la unidad de mandos civiles y militares, sino en pro de la división de poderes".

Céspedes aceptó la mediación de Ignacio Mora y examinó la cuestión con Agramonte personalmente. No se pusieron de acuerdo y aplazaron el entendimiento para discutirlo en una asamblea de representantes de la Revolución, aunque quedaba presente que los camagüeyanos respaldarían la guerra sin tibiezas ni distingos. Entre Céspedes y Agramonte había diferencias muy hondas, pero no insalvables. Los separaba la edad. Los separaba la formación intelectual. Los separaba la experiencia de uno y la inexperiencia del otro. Céspedes defendía la revolución desde el punto de vista de la guerra. Agramonte, desde el ángulo rígido de los principios. Enamorado de la Gironda, con figura de girondino él mismo, no admitía que se prescindiera, ni aún en aquellos momentos, de los ideales que eran a su juicio la llama luminosa del alzamiento contra España. Fanáticamente, imbuido en la revolución francesa, no vaciló en tachar de dictador a su oponente. "Amaba el comité camagüeyano —decía— la unión de todos los cubanos, pero a base de instituciones democráticas".

De todos modos, decidida por los camagüeyanos su participación en la guerra, en la Junta del *Paradero de Minas*, en la que la palabra fulgurante de Agramonte depuso el apaciguamiento propuesto por Napoleón Arango, a Céspedes le quedó, por el momento, libre el camino para robustecer su posición personal. Repartió, sin tasa, grados de generales y coroneles, en el naciente ejército libertador; manumitió a los esclavos; reorganizó el ayuntamiento de Bayamo; y designó agentes diplomáticos en Europa y en América, con la finalidad de asegurar las expediciones marítimas y el suministro de hombres, armas y municiones.

Poseedor de excelentes cualidades de gobernante, Céspedes comprendió la importancia que representaba para la revolución el reconocimiento de la beligerancia por parte de los Estados Unidos, y se dirigió a Seward, secretario de

Estado, en el gabinete del presidente Johnson.

"Sólo nos hace falta para llevar a efecto nuestro propósito —decía Céspedes— que las naciones civilizadas y libres interpongan su influencia, a fin de que reconociéndonos como beligerantes, hagan respetar el derecho de gentes y los fueros de la humanidad".

Pero Seward, no simpatizaba con la revolución del 68, y dió la callada por respuesta, y se opuso más tarde a que enviaran barcos a la bahía de la Habana, para evitar que pudiera estimarse dicho acto como simpatía hacia los rebeldes que, en los campos de Cuba libre, luchaban por los mismos ideales que Jorge Washington en sus proezas contra Inglaterra.

La ocupación victoriosa de Bayamo y el auge de la revolución en Oriente, llenaron de prestigio a Céspedes, y de preocupaciones al gobernador de la Isla, Francisco Lersundi. Este, al principio, no había dado importancia al alzamiento de Yara, ocupado en seguir las incidencias de la revolución que en la Península, en el mes de septiembre, había destronado a la reina Isabel II, y que tenía por caudillos a los generales Prim y Serrano, y al almirante Topete.

Finalmente Lersundi designó jefe de operaciones militares al Segundo Cabo, Blas Villate, conde de Valmaseda, y despachó, por otra parte, desde Santiago, dos columnas españolas al mando de los coroneles Campillo y Quirós. Estas fueron batidas y derrotadas, respectivamente, en *Babatuaba* y *Pino de Baire*, por Modesto Díaz y Máximo Gómez, ambos dominicanos, que habían empuñado las armas en pro de la Independencia de Cuba. En el *Pino de Baire*, dirigidos los cubanos por Gómez, se usó por primera vez el machete, en una carga fulminante y sangrienta.

Durante tres meses Céspedes ocupó Bayamo. En estas circunstancias intentó tomar Holguín y las Tunas, que le hubieran dado el control de todas las comunicaciones orientales. Pero Valmaseda, avanzaba lentamente hacia la capital revolucionaria. Y debido a gestiones de Napoleón Arango, que persistía en el truco de las reformas, llegó a Camagüey. La presencia de Valmaseda en la región procer exaltó a los patriotas del Tínima. Valmaseda ofreció la paz. No le hicieron caso. Valmaseda dictó un bando terrorífico. Tampoco le hicieron caso. Valmaseda fusiló. Y el Camagüey ardió de indignación y de heroísmo. "Pudo ver el conde al presentarse en pú- blico —dice Pirala— más rostros adustos y desdeñosos que amigables o deferentes siquiera".

Informado, el Segundo Cabo, de la derrota de Arango, en *Minas*, se dirigió a Nuevitas, sosteniendo en *Bonilla* combate con los camagüeyanos. En el centro de la acción sobresalía la alta y delgada figura de Ignacio Agramonte, decidido,

audaz, valeroso, arrastrando tras de sí el entusiasmo de los mambises.

La revolución se extendía considerablemente, y Valmaseda juzgó prudente regresar a la Habana, y reforzarse. Volvió, a poco, al frente de una tropa poderosa. Emprendió desde Nuevitas su marcha sobre Bayamo, nuevamente, vía Cascorro, Guáimaro y Tunas.

El grueso del ejército cubano encargado de combatir al conde estaba al mando de Donato Mármol, una de las más grandes personalidades de la revolución del 68. Rebelde, apasionado, entusiasta, Mármol, como casi todos aquellos improvisados guerreros, carecía de conocimientos e instrucción militar. Invicto, durante las primeras etapas de la revolución, llegó a verse rodeado de los más valiosos elementos de aquella gesta inmortal, cuna de nuestras libertades. Máximo Gómez era su jefe de estado mayor. Tomás Estrada Palma, su secretario civil. Formaron a su lado estos dos hombres dispares, pero entrañablemente amigos, una admirable pareja de consejeros, inapreciable a causa de sus diferencias de carácter y de juicio.

Mármol soñaba con la dictadura. Su hermano Eduardo le creía un mariscal de Ayacucho y le adoraba. Lo veía, en sus sueños calurosos, llevando la invasión de la Isla, desde Oriente hasta Occidente, para consagrarse en la Habana como el único libertador de la patria.

Reforzado por el material bélico, desembarcado a fines de diciembre, de la expedición del *Galvanic*, Mármol se preparó para recibir a Valmaseda. Este, fatigado por las durezas del viaje, le escribía a Lersundi, en los primeros días de enero del 69: "Contarle a Ud. mis trabajos en esta marcha sería largo, y le parecerían imposibles... Por fin ya estoy en las Tunas, después de batirme con muchos enemigos apostados entre el río Jobado y el Rompe".

Existen varias versiones sobre la batalla de "El Saladillo". Hay historiadores que dicen que Céspedes le había advertido a Mármol que no cruzara el río Cauto y que esperara a los españoles en la orilla opuesta. Otros, aseguran que Mármol se privó por un mal movimiento, del concurso de las tropas revolucionarias comandadas por el hábil y cauteloso Modesto Díaz. La realidad es que las fuerzas de Valmaseda, perfectamente armadas, triplicaban las de Cuba libre y poseían artillería, no así las nuestras. Mármol atacado el ocho de enero de 1869 fue vencido al día siguiente. De esta manera, al cruel y gordo Valmaseda, con sus ojos de gato, y su mirada fría y tétrica, le quedó expedito el camino hacia Bayamo.

La noticia de aquella derrota sorprendió a los bayameses reunidos en el ayuntamiento. Resistir era una locura. Entregar la plaza una cobardía, acaso una

traición. La imagen de Numancia se dibujó en la mente de todos aquellos cubanos y decidieron darle candela a la ciudad.

¡Fuego!

El padre de Maceo Osorio, compañero de Aguilera, desde las más tempranas conspiraciones bayamesas, inició, con sus propias manos, en su lujosa residencia, el mandato glorioso de aquel grito desesperado, y momentos después ardía la ciudad por los cuatro costados.

Los tesoros de los cubanos, las reliquias más sagradas de los orientales fueron reducidas a cenizas. Sólo quedó en pie una iglesia y el edificio conocido por Torre de *Zarragoitía*, situado en las afueras de Bayamo. Aquí estableció el conde de Valmaseda sus cuarteles, al apoderarse de aquellas ruinas humeantes.

A partir de la reconquista de Bayamo, Valmaseda, reforzado militarmente, con tropas de refresco, desenvolvió una intensa e implacable campaña en las regiones orientales, con la aspiración sañuda de acabar con la revolución, en todas aquellas localidades. Esta campaña cruel, llena de brutalidades y de salvajismos, fue denominada por los mambises "creciente de Valmaseda".

Un río desbordado eran las fuerzas del Segundo Cabo, guiadas por prácticos conocedores de aquellos contornos. Invadían la manigua, destruyendo, matando y fusilando.

En esta época —decía Canducha Figueredo— siempre teníamos por techo la bóveda celeste y se comía lo que se podía encontrar, que la mayor parte de las veces no eran sino frutas aún tiernas".

XXVIII

DEPONEN LOS VOLUNTARIOS AL GENERAL DULCE

El 4 de enero de 1869, el general Dulce sustituyó en la capitanía general de Cuba, al fracasado ultramonárquico Lersundi. Este habíase atrevido a mutilar un cable de Prim, ministro de la guerra, del gobierno provisional de Madrid, presidido por el Duque de la Torre, en el que ofrecía a los cubanos, "atenderlos como a los demás españoles", publicando dicho mensaje en la gaceta de la Habana, precisamente sin esa frase.

Desconocía Dulce, al ocupar el poder en Cuba, por segunda vez, la situación imperante en la colonia. Pensaba que aún podía timarse a los cubanos

con el mito de las reformas. Animado por estas ideas, sin ambiente, entre los alzados, mostraba el ramo de olivo. Promulgó una amnistía, suprimió la censura y las comisiones ejecutivas, y designó dos embajadas que debían entrevistarse con Céspedes y los camagüeyanos, habida cuenta de que a la sazón existían en los campos de Cuba dos gobiernos revolucionarios.

Rechazadas las dos comisiones, asesinado Augusto Arango, queridísimo jefe cubano, a la entrada de Camagüey, por la policía española, los ánimos se exaltaron en las poblaciones, y en la Habana, en una representación en el teatro Villanueva, se le dieron vivas a Céspedes y a la revolución redentora.

Un periodista peninsular, Gonzalo Castañón, ávido de notoriedad, que por antinomia dirigía *La Voz de Cuba*, dijo en un artículo a los voluntarios que era "insigne cobardía teniendo ellos la fuerza, y estando en sus manos los fusiles, dejarse insultar de aquella manera". Los voluntarios, no necesitaban que nadie los exaltara, y se echaron a la calle sembrando el terror. Balacearon el teatro, suspendieron las representaciones, asaltaron los cafés y restoranes de la Acera del Louvre, punto de reunión de los criollos, y saquearon las residencias de don Miguel Aldama y de don Leonardo del Monte, sin que el general Dulce pudiera evitarlo.

El gabinete, en Madrid, comprendió que la política pacifista de Dulce no contaba con el apoyo de los "buenos españoles", y ordenó por cable que suspendiera las garantías y organizara la guerra. Dulce, dejó sin efecto, sus anteriores disposiciones; las cárceles se atiborraron de presos; comenzó la fuga de las familias cubanas al extranjero; a los Estados Unidos, en menos de seis meses, llegaron más de cien mil criollos, que no podían vivir en su país.

El seis de febrero de 1869, en la provincia de Santa Clara, tres mil villareños, en diversos lugares de aquella heroica región, empuñaron las armas, y se alzaron emocionadamente contra el poder secular de la Metrópoli, adhiriéndose, por el momento, al comité camagüeyano, pero respaldando la jefatura de Céspedes; abogando, además, por la más pronta celebración de una asamblea constituyente que legislara sobre el status político de la revolución. Era su director civil, Miguel Jerónimo Gutiérrez, poeta y hombre de leyes, que en alguna oportunidad había confiado en las reformas; y su jefe militar, Federico Cavada, brillante soldado, que había peleado en los Estados Unidos, en la guerra de Secesión, y que poseía amplios conocimientos militares.

El alzamiento en Las Villas conmovió de un extremo al otro la Isla. Se suponía, por las autoridades españolas, después de la caída de Bayamo, que no habría mayores manifestaciones revolucionarias. En las provincias de la Habana, Pinar del Río y Matanzas, los brotes habían sido dominados. Solamente existía

una solapada gestión contra el régimen. Merchán la había definido acertadamente en un famoso artículo titulado *"Laboremus Todos* aquellos que trabajaban secretamente recibieron el mote de *laborantes*".

"He recorrido los departamentos oriental y central —escribía un peninsular, reseñando este fenómeno— y he visto en todos ellos que los cubanos son insurrectos; pero al llegar a la Habana me encuentro con que aquí son insurrectos los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, y hasta el aire que respiramos y los adoquines de la calle...".

Dulce, cancelando sus carantoñas pacifistas, se movilizó, y aseguró públicamente que todos aquellos brotes serían prontamente dominados. Para combatir al general Roloff, alzado en Santa Clara, se comisionó al gobernador Trillo Figueroa; para derrotar a Salomé Hernández y Mateo Casanova, en Remedios, al comandante Herrera; para dominar a Juan B. Spotomo, en Trinidad, al coronel Patiño; para vencer a Honorato del Castillo, Marcos García y Serafín Sánchez, en Sancti Spíritus, al brigadier Puello, negro dominicano al servicio de España; para arrojar de Cienfuegos, a los Díaz de Villegas y a los Entenzas, y de Sagua a los Villamil y González Guerra, al general Letona.

A pesar de tan rápidos movimientos, de la Capitanía General, y de la comandancia local de Las Villas, la jefatura española no pudo impedir que los rebeldes destruyeran puentes y vías férreas, y se concentraran entre Camarones y Ranchuelo, desde cuyo lugar se dirigieron a Santa Clara, Sagua y Remedios, concentrándose más tarde en las zonas de Siguanea y Trinidad.

Al finalizar el mes de marzo de 1869, la isla de Cuba quedaba dividida en dos grandes porciones. De un lado Pinar del Río, la Habana y Matanzas, organizadas para la resistencia cívica y el laborantismo. Del otro, Las Villas, Camagüey y Oriente, en las cuales ardía luminosamente el sol de la guerra libertadora.

A medida que se extendía la guerra, la situación del general Dulce se hacía más difícil. Los fenómenos de una revolución siempre son inesperados, aún por aquellos mismos que las desencadenan, cuanto más por los que son sus opositores. Dulce se hallaba en el centro de una doble oposición. La de los peninsulares, que combatían implacablemente toda clase de concesiones a los cubanos y trataban de socavar el poder colonial de los llamados "españoles ilustrados", a quienes acusaban de influenciar negativamente a los capitanes generales, y la de los cubanos *laborantes*, opuestos a todo lo que no significara la libertad y la independencia de Cuba.

Una situación de este tipo siempre es grave para los que gobiernan. Los

voluntarios cometían tantos excesos, que el general Dulce temió por la vida de los que guardaban prisión y pidió permiso a la corte para deportar a los cubanos. El día que zarpaba el *San Francisco de Borja*, con los prisioneros destinados a Fernando Poo y Chafarinas, una chusma, encabezada por los voluntarios quiso evitarlo sin éxito. Dos días después, cuando se supo que el vapor *Comanditarioy* que hacía travesías entre la Habana y Cárdenas, y otros puertos de la costa norte, había sido plagiado por los cubanos, poniéndole el nombre de *Yara* y dirigiéndose a Nassau, donde fue rescatado, para la Metrópoli, por las autoridades inglesas; la furia de los voluntarios no reconoció límites.

Hubo fusilamientos. Un decreto del gobernador dispuso que todo barco cargado de armas y municiones, destinadas a Cuba, fuera declarado pirata y sus tripulantes pasados por las armas. Esta disposición creó serias dificultades. Hamilton Fish, Secretario de Estado de los Estados Unidos protestó por entender que violaba el tratado de 1795, firmado con España. Dulce declaró falsamente, para aplacar a los "buenos españoles", que había dominado la insurección en Las Villas, y firmó con los voluntarios lo que José Martí llamó más tarde el "pacto de sangre" de aquel gobierno.

No se ha descubierto aún la filosofía que permita a los que gobiernan ceder y conservar la autoridad. Dulce estaba en entredicho. Ensoberbecidos los voluntarios exigieron mayores represalias. Se dictó un decreto de embargo contra los bienes de los revolucionarios y de los laborantes. En menos de dos meses, las propiedades secuestradas pasaban de cuatro mil. La canalla, como suele acontecer, siempre que la autoridad se repliega, se insubordinó. Demandaban la renuncia del general Dulce. Este, desde un balcón de Palacio presenciaba el motín, y encendió tranquilamente un cigarro, para hacerse más visible. Envió al segundo Cabo, general Ginovés Espinar, que estaba de acuerdo con los amotinados, a ver qué pasaba. Espinar regresó diciendo lacónicamente que los sublevados exigían la dimisión inmediatamente. Se negó Dulce. Luego pidió tiempo para pensarlo. Al día siguiente, formados los batallones de voluntarios, por órdenes de Ginovés, ratificaron su decisión. Ordenó, el Capitán General formación inmediatamente, de aquellas tropas. Se paseó delante de ellas, las culpó, las acusó, pateó, gesticuló, enseñó los puños cerrados, y no convenció a nadie. Dos días después, de uniforme de gala, con todas sus cruces y condecoraciones pendientes del pecho, entregó el mando a Ginovés, designado interinamente hasta que llegara el titular Antonio Caballero de Rodas; y con gesto despreciativo atravesó las largas filas de voluntarios desde el Palacio hasta el muelle de Caballerías y en una falúa abordó el *Giupúzcoa*, que al instante zarpó rumbo a Cádiz.

XXIX

LA ASAMBLEA DE GUAIMARO

Las aspiraciones de Céspedes al mando único sufrieron graves obstáculos. Los villareños pactaron definitvamente con los camagüeyanos, y Donato Mármol se insubordinó en *Tacajó*, acusando a Céspedes de falta de condiciones y proclamándose dictador, en medio de la repugnancia de casi todos los que le rodeaban. ¿Quiénes tenían razón, los camagüeyanos que tachaban a Céspedes de proceder despóticamente, o los jiguanenses que le atribuían flojedad e indecisión?

Aguilera, se encontraba a la sazón, en el poblado de Guisa, y al ser informado de la desdichada decisión de Donato, visitó a Carlos Manuel, y ambos fueron a buscar al jefe rebelde. Se encerraron los tres en un modesto bohío de güano, y al cabo de tres horas de conferencia salieron en acuerdo absoluto. Quedó acatado el mando de Céspedes. Se acordaron las soluciones más ventajosas para impulsar la guerra, y se convino finalmente en la reorganización del gobierno revolucionario sobre una base representativa. Quedaba conjurado el peligro de la división, y se dejaba preparado el terreno para la formación de un gobierno único, a base del entendimiento entre orientales, camagüeyanos y villareños.

La asamblea de Guáimaro, reunida el 10 de abril de 1869, en el poblado de este nombre en la provincia camagüeyana, inició sus sesiones en medio de la euforia y el entusiasmo de todos aquellos patriotas que soñaban con la república libre y soberana.

Oriente, estaba representado por Carlos Manuel de Céspedes, Antonio Alcalá, Jesús Rodríguez y José María Izaguirre. Camagüey, por Salvador Cisneros, Ignacio Agramonte y Miguel Betancourt; y Las Villas, por Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado, Antonio Lorda, Honorato del Castillo, Arcadio García y Tranquilino García. A última hora, con el propósito de que Occidente contara con algún vocero, en aquella magna reunión, cuna de nuestro constitucionalismo, el Camagüey, a recomendaciones de Agramonte, incluyó en su delegación a Antonio Zambrana, príncipe de la tribuna mambisa. Se advertía que la representación más floja era la oriental. Se notaba la ausencia de Aguilera, de Maceo Osorio, de Perucho Figueredo, de Donato Mármol y de Calixto García.

Caracterizada la revolución del 68 por su fanatismo liberal, la Convención resultó el más fiel exponente de la filosofía individualista del siglo XIX. Agramonte, era la fuerza revolucionaria; Zambrana, la palabra inmortal; Salvador Cisneros, la política originaria; Miguel Jerónimo Gutiérrez la serenidad arbitral; Lorda, el dantonismo inflexible; Honorato del Castillo, el sentido razonador; Céspedes, la transigencia fecunda; y Eduardo Machado, la sabiduría acrecentada en sus viajes por Europa y por Asia.

Céspedes y Agramonte llegaron a la asamblea con sus puntos de vista, ya conocidos. A juicio de Carlos Manuel, el programa de los camagüeyanos traspasaba las necesidades de la revolución; a juicio de Agramonte, los planes de Céspedes, eran incompletos. Céspedes, pensaba que la exacerbación de los principios revolucionarios o individualistas eran un obstáculo al desarrollo de la guerra. Agramonte, juzgaba que la exageración del mando personal dañaba a la república futura. Céspedes temía que el radicalismo perjudicara el apoyo de otros factores esenciales; Agramonte, pensaba que las reformas sociales y económicas, ganábanle al movimiento de Yara, dentro y fuera de Cuba, grandes simpatías, y contribuían, rápidamente, a la más pronta y segura conquista de la independencia y la República.

Por encima de estas diferencias existía una realidad concluyente para el Caudillo de la Demajagua. Su sistema de gobierno provisional resultaba inaplicable después de la pérdida de Bayamo, y su autoridad había mermado de manera notable. En las guerras los descalabros son fatales.

Existen historiadores que afirman que en Guáimaro fueron abandonadas las doctrinas en beneficio de las ambiciones políticas. La realidad, a nuestro modo de ver las cosas, es bien distinta. Es cierto que las pasiones personales desbordaron el marco de la filosofía, pero detrás de éstas, más que cuestiones de tipo personal, palpitaban profundas y arraigadas concepciones sociológicas. El porvenir es siempre de los más exaltados. A las pasiones ideológicas se unían las pasiones materiales, y esto fue lo que sucedió en la primera y más puras de nuestras convenciones constitucionales.

Agramonte era el líder impetuoso e indiscutido de una juventud que le idolatraba. Y como defendía un programa radical, contaba también con aquellos hombres maduros que comulgaban con dichos principios, y que además, por razones de edad, estaban alineados contra Céspedes, contemporáneo de sus ilusiones, al que no le perdonaban sus decisiones inconsultas. En este caso se hallaban Aguilera, el Marqués, Miguel Jerónimo Gutiérrez. En este caso se encontraban muchos otros que no figuraban en la asamblea, pero que influían desde fuera, con sus talentos, con sus prestigios, con su sabiduría, con sus sacrificios.

La coincidencia entre la madurez y la juventud tenía su razón de ser. Era necesario darle contenido jurídico a la revolución; encuadrar, cuanto antes, el movimiento, en una ley de leyes, que diera a la guerra libertadora ordenación y unidad, pero también la acción reclamada por los elementos más juveniles. En este sentido, la reunión de Guáimaro presentó características ignoradas en otras partes de América. Las constituciones de los pueblos, salidos de la dominación española, aún siendo iguales en su forma, en su estructura republicana, son

distintas en su fondo y en sus potencias espirituales. Cada pueblo tiene sus propias raíces y no pueden desligarse de ellas, ni aún en medio de incomprensibles conmociones, debidas a la voluntad extraviada de algún ser irracional que se empeñe en anular siglos de paternidad política.

En la primera sesión, Céspedes fue elegido presidente de la Asamblea, y Agramonte y Zambrana, secretarios. Los camagüeyanos, se opusieron a la regla de proporcionalidad de los cuatro departamentos en que se dividía la Isla. Zambrana, dominando el congreso con el brillo de su palabra procer, combatió lo que él, y sus compañeros de delegación, llamaron con incorrección, la tiranía del número. Céspedes que razonablemente combatía aquel absurdo, cedió. Y esta fue su primera concesión, para aquellos que injustamente le llamaban intransigente, cuando era precisamente lo contrario.

Toda la preceptiva de una constitución republicana-representativa-democrática está contenida en Guáimaro. Tres poderes: Ejecutivo, legislativo y judicial. El congreso, unicameral. Tribunales de justicia, autónomos. Cuanto se apartó de la concepción unitaria de la República fue rechazado, sin contemplaciones. El marqués de Santa Lucía, sincero y leal admirador de los Estados Unidos, donde se había educado, presentó alguna que otra enmienda de sabor federal y fue desoído.

Al jefe del Ejército lo designaba la Cámara. Céspedes adicionó el precepto en el sentido de que en todo caso debía obediencia al presidente, y fue aprobado. La designación del gabinete requería también la aprobación del Congreso.

Al final de la última sesión se presentó un problema sentimental. ¿Cuál de las dos banderas cubanas se declaraba oficial? La que Céspedes enarbolara el 10 de octubre, o la que Narciso López hiciera flamear en las calles de Cárdenas, en 1850? En favor de ésta se alzaron elocuentes y brillantes paladines, entre los cuales se hallaba Agramonte, que había visto aquellos colores en las sabanas de Arroyo Méndez siendo un jovencito. Céspedes, no podía quedarse callado, y pronunció un admirable discurso en favor del pabellón bautizado por la sangre mambisa en Yara, que de "postergarse constituiría una ingratitud tan notable como la que los diputados Ignacio Agramonte y Honorato del Castillo temían que se cometiera con la de López y Joaquín Agüero". La mayoría de los convencionales, entusiasmados por los recuerdos del caudillo de las Pozas, muerto por la libertad de Cuba, influía poderosamente en la emotividad de los presentes, y votó en favor de la estrella solitaria. Días después, al convertirse la Convención Constituyente en Cámara de Representantes se aprobó una resolución, a propuesta de Zambrana, que consistía en disponer que la bandera de Yara, igualmente gloriosa, se fijara en la sala de sesiones de la Cámara y se considerara parte de los tesoros de la República...

La Convención de Guáimaro terminadas sus labores constitucionales pasó a constituirse en Cámara de Representantes. Salvador Cisneros, fue elegido presidente; Miguel Jerónimo Gutiérrez, vice, y Agramonte y Zambrana continuaron en el usufructo de las secretarías. Después, unánimemente, se eligió a Céspedes, presidente de la República, y jefe del Ejército al general Manuel de Quesada, camagüeyano, que había peleado en México, cuando la invasión francesa de Napoleón III, a las órdenes del presidente Juárez. Céspedes, designó su gabinete. Aguilera, secretario de la Guerra, y Perucho, subsecretario; Eligio Izaguirre, secretario de Hacienda; Eduardo Agramonte y Piña, secretario del Interior, y Cristóbal Mendoza, de Relaciones Exteriores.

La asamblea de Guáimaro, representaba el predominio de camagüeyanos y villareños sobre los orientales, y encarnaba estas conclusiones que nadie osaría discutir, a saber: 1) el triunfo de los revolucionarios más jóvenes; 2) el abandono del programa conservador del 10 de octubre; 3) la suprema autoridad de la Cámara de Representantes; y 4) la ampliación de los objetivos más radicales de la revolución.

Se cometieron no pocos errores, precisamente por mantener rígidos los principios más exagerados política y filosóficamente. Con el pretexto de eludir la dictadura presidencial se creó la dictadura colegiada. Con el temor de autorizar el mando único, se aceptaron implícitamente los mandos locales. En realidad, sin primeros ministros, ni sistemas de gabinete responsables, inadecuados, en aquellas circunstancias, fue instaurado un régimen parlamentario que indudablemente no se ajustaba a las necesidades de la guerra, pero no hay dudas de que el gobierno así reconocido y fundado en Guáimaro fue un gobierno de mayorías.

Es otro error creer que Céspedes fue derrotado en Guáimaro. Lejos de perder había ganado; se había reconocido su jefatura, no se le había discutido su derecho a representar la revolución como máximo exponente de la misma. En verdad, el hombre de *La Demajagua* que había tenido el indomable coraje de encender la guerra, cuando otros dudaban de ella, salía de la Convención, aunque él mismo pensara otra cosa, y se imaginara dentro de una camisa de fuerza, con la representación más alta y legítima de la guerra redentora.

Era ahora el presidente de la República. El presidente de todos los cubanos.

XXX

DESTITUCION DEL GENERAL QUESADA

A la Cámara de Representantes se le presentaba la enorme tarea de organizar el gobierno y la administración pública, asegurar las expediciones y el suministro de armas y material bélico, unificar los mandos militares, y lograr de los Estados Unidos, y de las repúblicas hispano-americanas, el reconocimiento de la beligerancia.

A pesar de las dificultades con que se reunía, la Cámara legisló quizás con harta minuciosidad para tiempos de guerra sobre todas las cuestiones que competen a una nación organizada políticamente. Se crearon los cargos de gobernadores, prefectos y subprefectos, electos por votación popular; y quedaron en funcionamiento los tribunales de justicia, las oficinas de correos, los servicios de sanidad, y los departamentos de educación. Céspedes designó jefe de las expediciones a Francisco Javier Cisneros, y ministro en Washington a José Morales Lemus, que presidía la junta revolucionaria de Nueva York, de la que formaban parte Miguel Aldama, y José Manuel Mestre, abrazados desde un principio, a la hermosa causa del separatismo.

En una de aquellas sesiones declaró la Cámara que una vez independizada la Isla pediría la anexión a Estados Unidos. Como en tiempos pasados, era cálculo, no sentimiento. Damas camagüeyanas recogieron las firmas que aparecían en el documento presentado al cuerpo legislativo, y Fornaris planteó la petición. A Eduardo Machado, le pareció un suicidio político. Y Zambrana, a veces metafísico y oscuro, en el borbotón de sus palabras, decidió los sufragios.

Céspedes sancionó el acuerdo. No se ajustaba a su criterio político sobre la independencia, como podía advertirse en su comunicación al presidente Grant, días antes de constituirse la Cámara en Guáimaro. Cuando Morales Lemus, recibió copias de aquel acuerdo, en Washington, las engavetó. Mirando hacia el porvenir, nuestro talentoso representante en la patria de Lincoln, escribió párrafos admirables, por su acierto del futuro. “Creo que la revolución triunfará al fin, y aunque comprendo que será sobre un montón de ruinas, también tengo la persuasión de que la Isla con un gobierno propio se repondrá y acrecerá su riqueza al poco tiempo”.

El problema de los mandos militares no resultaba tan sencillo, como había supuesto la Cámara. No lo era, ni aún habiendo situado al Jefe del Ejército bajo la autoridad de aquel cuerpo. En el ejercicio y práctica de la guerra, se observó desde un principio, que los cubanos, sin un verdadero ejército regular, carecían de fuerzas para ocupar ciudades y conservarlas. Se veían obligados a permanecer a la intemperie, divididos en pequeños grupos que presentaban resistencia y se retiraban en seguida.

Por otra parte, la guerra se había conducido, como se ha dicho, bajo la

dirección de jefes militares locales. Esta situación, al principio, había sido ventajosa; y así lo comprendió Céspedes, que había contribuido a desarrollar esas jefaturas, para complacer a los combatientes que deseaban estar cerca de sus familias, o tenerlas bajo su custodia; pero a medida que la guerra se fue extendiendo, el sistema resultaba perjudicial, y había que mejorarlo. Sin embargo, cuando Manuel de Quesada intentó disciplinar a sus subalternos y proceder, como si se tratara de un ejército regular, encontró invencible resistencia, y se creó fama de autócrata, principalmente en Camagüey, donde tenía su sede la Cámara de Representantes, y era más viva y poderosa la oposición al militarismo.

Aun cuando era el jefe superior, Quesada se veía obligado a detenerse ante la influencia y autoridad que ejercían generales y legisladores, que no se avenían a sus órdenes.

A mediados de 1869, de acuerdo con la legislación aprobada, fueron designados jefes militares, respectivamente, de Oriente, Camagüey y Occidente, Tomás Jordan, general norteamericano, llegado en la expedición del *Perrit*; Ignacio Agramonte, que había salido de Guáimaro con el grado de mayor general; y Federico Cavada, merecidamente ascendido.

Deseoso Jordán de entrar rápidamente en acción convocó a una junta de jefes en Güira de Limones. Estaba presente Donato Mármol, reservado y fosco; Máximo Gómez, inconforme y molesto; Félix Figueredo, curioso y benévolo, y Antonio Maceo y Calixto García, que aún no eran militarmente lo que fueron después. Jordan expuso sus planes y propuso marchar sobre el cafetal de *Brazo de Cauto*, en Jiguaní. Se opuso Máximo Gómez, con bastante calor, y costó trabajo convencerlo. Después, el jefe norteamericano rodeó el cafetal *Aurora*, y falló por falta de cañones, cosa que le habían advertido los cubanos. Se internó entonces, en la jurisdicción de Cuba, en busca de Donato Mármol, al que distinguía mucho, y dejó a Máximo Gómez, en libertad de llevar a cabo sus planes sobre Jiguaní. Poco después renunció la jefatura del departamento, y se dirigió a Camagüey, a entrevistarse con Céspedes, que le designó jefe de Estado Mayor y le sustituyó, en el cargo que dejaba, con Francisco Vicente Aguilera.

Mientras Jordan quedaba de asesor del presidente, Ignacio Agramonte subía como la espuma. El 19 de julio asaltaba Camagüey, con un valor y una audacia y una pericia que dejaron pasmados al general Puello, su oponente.

Coetáneamente, el general Quesada guerreaba con bizarría y éxito triunfal, pero carecía de simpatías y afectos, debido quizás a su carácter y procedimientos. Esta situación presagiaba resultados negativos. Hasta en el extranjero se habían hecho eco de tales antipatías. "Nos habría gustado —escribía Morales Lemus a Céspedes— que el mando del ejército hubiese continuado reunido con la

presidencia del iniciador de nuestra revolución... pero me alegraré que los rumores adversos al general Quesada sean desmentidos con los que últimamente hemos recibido acerca de sus cualidades militares y noble conducta".

Entusiasmado con sus triunfos, en la *Llanada*, el *Corojo* y *Sabana Nueva*, Quesada planeó el asalto y ocupación de Tunas. Contaba con 1,200 hombres y un cañón tomado a los españoles en Ciego de Avila. Invitó al presidente y a su gabinete a presenciar la acción, trabando combate en las afueras del caserío, Pero los dioses de la guerra no estaban de su parte. Ante la resistencia heroica de los españoles tuvo que retirarse, dejando en el campo de batalla muchos muertos y heridos.

Su derrota avispó a sus enemigos, y la Cámara, bajo presión de aquellos, lo citó. Quesada se explicó ampliamente y los diputados lo exoneraron. Pero la espina quedó clavada. Sus adversarios no se dieron por vencidos y renovaron, con furia, los ataques, y el general, lejos de conformarse con aquella situación, tomó la ofensiva. Preparó un alegato dirigido a los representantes. Pedía libertad de acción. Declaraba que en la forma en que estaban constituidos los poderes, el jefe del ejército era un cero a la izquierda. "La patria —decía inflamadamente Quesada— no necesita discursos, ni tantas y tan enrevesadas leyes; necesita soldados, necesita fusiles, necesita disciplina, necesita batallas".

Antes de entregar a Salvador Cisneros el documento, llamado a producir una crisis muy seria, Quesada consultó con un grupo de legisladores, Pérez Trujillo, Guerra Betancourt, Zambrana. Este le aconsejó que no lo presentara.

—¿Por qué? —preguntó Quesada.

—Porque se parece —contestó Zambrana— a las proclamas del general Bonaparte en vísperas de disolver el Consejo de los Quinientos.

Omitido el papel, Quesada enfilaba el barco de sus destinos entre las olas de un mar embravecido. No lo había navegado peor ni cuando peleaba en los ejércitos de Porfirio Díaz.

Rafael Morales y González, *Moralitos*, que ocupaba un escaño en la Cámara, por Occidente, y dirigía un periódico, *La Estrella Solitaria*, y combatía a Quesada, lo acusó duramente. Estos ataques alcanzaron al presidente, y agravaron el caso. El 10 de diciembre de 1869, se presentó en la Cámara, que sesionaba en *Palo Quemado*, una acusación contra el Jefe del Ejército, firmada por civiles y militares en la que se pedía su destitución, para "salvar al país de los escollos temibles de la dictadura militar o de la hirviente vorágine de la anarquía".

Cinco días después de presentada esta instancia, que naturalmente no era

expontánea, Quesada citó a una junta en su campamento en *Horcón de Najasa*. Llegó Agramonte con sus entusiasmos juveniles; llegó Cisneros con las tablas de la ley; llegaron los jefes militares, con poderes de sus respectivos cuerpos. Quesada ratificó sus demandas. Y Agramonte, que ya se sentía más militar que civil, más guerrero que político, le dió la razón. En un momento, el gran camagüeyano, dejó caer esta frase: "Lo que hace falta para triunfar es la guerra".

Al día siguiente, en el curso de una discusión muy apasionada, los amigos de Quesada solicitaron algo que no desafinaba con la situación imperante: "que se declarase al país en estado de sitio y se suspendiesen las leyes opuestas a la eficacia de la guerra". Morales, saltó enfurecido, con su palabra quemante. "¡Nunca! ¡Nunca!"

· Y la mayoría, arrastrada por el ardor de sus frases, acordó rechazar la proposición, dispuesta a destituir a Quesada, que por otra parte, había cometido no pocas indiscreciones que le enajenaron el apoyo de Agramonte.

Convencido, al fin, el jefe del Ejército de la ineficacia de su causa, envió la renuncia a la Cámara. Pero ésta, por aclamación decidió destituirlo, con disgusto de Agramonte, que lo estimaba excesivo, después de la renuncia.

Un partidario de Quesada quería ahorcar a esos chiquillos representantes. "Una palabra, mi general, y mañana amanecen colgados en el jardín, en esas matas de Naranjo".

—Oh, no —exclamó el jefe depuesto— guarde Ud. todo ese entusiasmo para combatir a los *azulitos*. Nosotros debemos acatar las leyes que nos hemos dado".

Fue, después, a despedirse de Céspedes, nombrado por éste agente oficial en Estados Unidos, con enorme disgusto de la Cámara, y le dijo: "Tenga Ud. entendido, señor presidente, que desde hoy mismo comenzaron los trabajos de su deposición".

XXXI

LA POLITICA EXTERIOR DEL PRESIDENTE CESPEDES

El nombramiento de Quesada no fue un acierto de Céspedes. Introducía la división en el exilio. Pero la política exterior de la Revolución del 68, dirigida personalmente, por nuestro primero y más grande presidente en armas, alcanzó realizaciones indudables. Sus esfuerzos se estrellaron, en cuanto a Estados

Unidos, al negarse el presidente Grant a reconocer nuestra beligerancia y ayudarnos, como era de esperarse, de acuerdo con la doctrina de Monroe, en su plena vigencia.

La ayuda que recibió Céspedes de la América Latina fue relativa. "De un extremo al otro del Continente el humo de la pólvora asfixiaba al criollo; los heroísmos fascinaban los espíritus; la anarquía del sentimiento destruía seculares propósitos de orden y de progresos; el concepto de la vida se supeditaba a un fetichismo patriótico improvisado por la demencia política; los derechos del ciudadano dependían de los cartuchos que llevaba al cinto; retóricos y leguleyos aspiraban a la omnipotencia militar y las raíces descompuestas del sistema republicano producían fantasmas de poder divino en grotezco sueño de resurección".[1]

La guerra de Cuba completaba el cuadro de la América española en convulsión frenética; el instinto de rebeldía no se había disipado todavía como herencia de las campañas de Bolívar y San Martín; los ideales de libertad, con virtudes y tropelías, dominaban el espíritu de la raza y nutrían de dramáticas aspiraciones su pensamiento de poeta y soldado, y la justicia de Céspedes, perseguida por el 68, encontró cultivada el alma hispano-americana para despertar un anhelo de identificación con sus dolores y con sus designios.

En un circo mexicano, el diputado Joaquín Baranda entonó desde la tribuna un himno a los emancipados de Cuba, las damas se despojaron de sus alhajas para que se convirtieran en cápsulas para los cubanos, y en seis de abril de 1869, la cámara azteca autorizó al presidente Juárez a reconocer la beligerancia a Cuba. El 30 del mismo mes, la República de Chile, bajo la presidencia de Joaquín Pérez, hizo efectivo ese reconocimiento, y otro tanto realizó el Perú, que en 13 de agosto, no contento con mandar a pelear a Cuba a Leoncio y Grotio Prado, reconoció nuestro gobierno en armas y contribuyó con ochenta mil pesos a la colecta universal en auxilio de nuestras legiones insurrectas, suma que recibió el primer agente cubano en Lima, Ambrosio Valiente, y llegó a manos de Miguel Aldama, en Estados Unidos.

Algo más hizo el Perú. Su ministro en Washington, Coronel Freyre, debidamente instruido y de acuerdo con Morales Lemus, solicitó y obtuvo el embargo de treinta cañoneras que España mandó construir para bloquear a Cuba e impedir el desembarque de expediciones filibusteras al servicio de la revolución. El argumento usado por la diplomacia del presidente Mariano Ignacio Prado, fue valedero, "... que el Perú aún se hallaba técnicamente en guerra con España, en el Pacífico, y las cañoneras podían ser usadas con esos fines".

Manuel Márquez Sterling reemplazó en Lima al agente Ambrosio Valiente

con el carácter de ministro plenipotenciario, "con las inmunidades, los honores y los atributos de la representación internacional", al ser reconocido nuestro gobierno, como hemos dicho. Márquez llegó a ser Decano del cuerpo diplomático. La recepción que le fue tributada al llegar al Perú fue calurosa y emocionante. En el puerto de *El Callao*, el gobierno peruano puso a su disposición un coche de ferrocarril engalanado con banderas peruanas y cubanas. Cuando el ministro cubano llegó a la estación de Desamparados fue recibido por una masa compacta que lo vitoreaba con júbilo sin precedentes. En la carroza presidencial recorrió las calles de la ciudad en medio de aplausos de la muchedumbre, porque Márquez Sterling representaba a la Cuba irredenta, tan querida para los peruanos. Márquez Sterling trabajó activamente en la ciudad de Lima. Y constituyó el Comité Revolucionario Cubano que presidió don Francisco de Paula Bravo y unió a nuestros compatriotas en el exilio.[2]

La ola de simpatías y de entusiasmos que despertaba nuestra revolución del 68, trepó a los cerros, subió a las altiplanicies de los Andes, y Bolivia otorgó a la insurrección de Cuba su sanción el 30 de junio de 1869, Colombia el 22 de febrero de 1870, y Guatemala el 15 de abril de 1875.

Si en la América del Sur se registraban hechos, de tan extraordinaria simpatía, como los que acabamos de reseñar, en la América del Norte no existían menos demostraciones en pro de nuestra independencia, por parte del pueblo estadounidense, con la diferencia de que en aquellas repúblicas la acción oficial, alguna vez, resultaba determinante, y en Washington no traspasaba los linderos de la Casa Blanca, aunque es un hecho positivo, que desde el 4 de marzo de 1869 al 14 de junio de 1870, se presentaron en ambas ramas del congreso de los Estados Unidos, más de veinte proposiciones en favor de la independencia de Cuba, sin que ninguna de ellas alcanzara la aprobación definitiva.

Desde su llegada a Washington, Morales Lemus había tenido la inteligencia de acercarse al general Rawlings, secretario de la guerra, en el gabinete del presidente Grant. En las frecuentes entrevistas, que sostenían ambos, conversaban de cuanto se relacionaba con la Isla, y el consejero de Grant, que había sido su jefe de Estado Mayor en la guerra de secesión, daba alientos y esperanzas al ministro de Céspedes. Fue él finalmente quien introdujo en la Casa Blanca a Morales Lemus. Este, estremecido por temblores de suprema esperanza, escuchó de labios del presidente americano la histórica frase que tanto se ha repetido: "Sosténganse ustedes los cubanos y alcanzarán más de lo que desean".

El gabinete de Grant estaba dividido en muchos aspectos, y también en el problema de Cuba. Rawlings precipitaba la ayuda, y Hamilton Fish, la frenaba. Hablaba Rawlings en explosiones; sus pensamientos nacían y salían de él derechamente como rayos de luz.[3]

Fish, pertenecía a la vieja guardia conservadora. Su principal hazaña diplomática fue el ajuste de las peligrosas dificultades con la Gran Bretaña y la preservación de la paz con España, a pesar de la tensión de los asuntos cubanos. Mediante hábiles negociaciones con Sir John Rose en Canadá y Lord Granville, en Inglaterra, llevó a efecto el tratado de Washington, en el cual se resolvían las reclamaciones del crucero *Alabama*, que la Gran Bretaña había cons- truído y vendido a la Confederación del Sur, durante la guerra de Secesión.

En el caso de Cuba, Fish había llegado a la conclusión de que el camino del reconocimiento de la beligerancia a los cubanos estaba cerrado. Proponía, en defecto de esta actividad, la mediación de Estados Unidos entre España y los rebeles de Carlos Manuel de Céspedes... con la finalidad —decía— de que los cubanos puedan alcanzar más tarde la independencia y el gobierno propio". Dió forma a su proposición; la consultó con Morales Lemus, que no creía en ella, pero que no le costaba ningún trabajo dejarla tramitar, y la remitió a Madrid. En un arranque de optimismo, le dijo a Morales Lemus. "Estoy seguro de que los emigrados podrán celebrar la cena de navidad en Cuba libre".

Referir esta negociación es un tema muy largo. Prim no era favorable a la idea, pero se guardó de exponerlo abiertamente, y comenzó a maniobrar. El general Sickles, plenipotenciario estadounidense en España, se entrevistó con don Manuel Silvela, ministro de Estado español, y éste le entregó, en una nota, la contraproposición de su gobierno, a saber: 1) los rebeldes depondrían las armas; 2) España concedería una amplia amnistía; 3) el pueblo de Cuba votaría, mediante sufragio universal, sobre su independencia; 4) si la mayoría se declarase por la independencia, España la concedería, siempre que las cortes la consintiésen; y 5) en este caso pagarían los cubanos un equivalente satisfactorio garantizado por los Estados Unidos.

Fish veraneaba en una preciosa villa a orillas del río Hudson y en cuanto recibió la nota envió a buscar a Morales Lemus. Revisaron aquellas bases, y sin trabajo llegaron a la conclusión de que constituían un engaño que tenía como finalidad salirse de las negociaciones del mejor modo posible.

A mediados del año 70, se terminaron las negociaciones con una negativa hispánica. Los extremistas españoles atacaron violentamente a Fish, y el Congreso de Estados Unidos, a excitación del senador Charles Sumner, opositor de la política internacional del presidente Grant, publicó los documentos relativos a la fallida mediación.

La actitud de Grant, quizás debido a la muerte de Rawlings, cambió radicalmente respecto a Cuba. En sucesivos mensajes al Congreso, el presidente, se mostró opuesto a inmiscuirse en los problemas de Cuba, y atacó a los cubanos

revolucionarios. Uno de estos mensajes empleaba un lenguaje tan duro y ofensivo, que el senador, por Ohio, Allen G. Thurman, que aspiraba a la presidencia, manifestó que "a su juicio la comunicación de Grant, más bien que una proclama dirigida al pueblo de los Estados Unidos, era un imperativo mandato a los cubanos a rendirse y a deponer las armas".

La sucesión de estos acontecimientos tan adversos a la revolución del 68, precipitaron la enfermedad de Morales Lemus, muy delicado de salud, y murió en Brooklyn, el 13 de junio de 1870. Céspedes dispuso que le sustituyera José Manuel Mestre, asesorado por Miguel Aldama y por José Antonio Echeverría, los cuales se sintieron obligados a responder al general Grant en alguna forma. El vencedor del Sur montó en colera y expidió orden de detención contra los cubanos, aprovechando que estos, siguiendo instrucciones de Céspedes, habían emitido bonos en favor de la revolución y los venían colocando a los fines de recaudar fondos con destino a las expediciones y a la compra de armas para la insurrección. Se dió el caso bochornoso, para la administración de aquel presidente, que tanto gustaba del whisky, que Mestre, Aldama, Echeverría y muchos otros emigrados, fueron encarcelados en la ciudad de Nueva York, y si bien es cierto que poco después recobraron su libertad, se vieron en la necesidad imperiosa de disolver las organizaciones que laboraban por la independencia de Cuba. Mestre aconsejó a Céspedes, y éste aceptó, que redujera la representación de Cuba a dos comisionados, que venían a serlo él y Echeverría.

Aldama, aprovechando los términos del mensaje, y la muerte de Morales Lemus, disolvió la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, que tanta oposición levantaba, y asumió personalmente los trabajos de la Agencia General. Fue muy difícil, desde entonces, la labor de los emigrados. Animados por el fuego de un patriotismo inextinguible, de un espíritu de sacrificio inenarrable, continuaron sus trabajos y actividades en favor de la causa, cuidando no infringir las leyes de los Estados Unidos, cuyo pueblo, a pesar de la actitud de la administración, continuó ayudando a los revolucionarios, los cuales contaban con la simpatía de la prensa norteamericana. Grant, a veces, parecía rectificar, pero jamás dió un paso en firme en pro de nuestra patria. Se evidenciaba, fuera de toda duda, que la guerra seguiría sosteniéndose con los recursos de los cubanos. Excepción hecha de los esfuerzos anotados en este capítulo, así continuaron las cosas hasta el final. Muchos años más tarde, la historia habría de repetirse.

XXXII

LOS CASINOS ESPAÑOLES

El 28 de junio de 1869, se posesionó del gobierno de Cuba, Antonio Caballero de Rodas, general septembrista, amigo y partidario de Prim. Venia precedido de fama militar y guerrera, y su programa, sencillo al parecer, se condensaba en tres palabras: "España, Justicia y Moralidad". Naturalmente, de este tríptico, brillaron por su ausencia, los dos últimos propósitos.

Enfrentaba Caballero de Rodas, urgentísimas cuestiones, a saber: 1) hacerle frente a las actividades de los cubanos en los Estados Unidos; 2) restablecer la autoridad del Gobernador, harto quebrantada, con la deposición de Dulce; y 3) energizar las operaciones militares para aplastar la revolución.

Caballero de Rodas se vió beneficiado por la actitud adoptada por el presidente Grant. Este, que había complacido al ministro de España, Mauricio López Roberts, en aquel desdichado incidente de la prisión de Mestre, Aldama, Echeverría, etc., dejó sin efecto la orden de embargo de las cañoneras; y el Capitán General, pudo inaugurar el servicio de vigilancia de las costas y playas de Cuba, cosa que vino a dificultar extraordinariamente el curso de las expediciones marítimas. Desde entonces, expedicionario que caía en poder de las tropas españolas, expedicionario que iba a parar al paredón de fusilamiento. Sin embargo, estos riesgos no detenían a los cubanos y el servicio de expediciones continuó a todo lo largo de la guerra.

En el orden interno, Caballero de Rodas tropezó con dificultades inmensas. Inmediatamente de su llegada a la Habana, se promovió la fundación de los casinos españoles, centros autorizados oficialmente, donde la clase media peninsular, pudiera reunirse con el propósito de unificarse, disfrutar algunas horas de recreo, y tratar entre sí, las cuestiones que tuviesen relación con los intereses de los asociados y de los del país en general.

La fundación de los casinos —dice Ramiro Guerra— perseguía, una cuádruple finalidad, a saber: a) mantener la cohesión y la unidad de acción de los "buenos españoles"; b) promover y defender los intereses materiales de estos, ante el gobierno insular y el metropolitano; c) contar con un centro de esparcimientos de la clase media española, que no tenía acceso a las sociedades y a los salones semi-aristocráticos y de lujo de la alta sociedad hispana, de la cual formaban parte los españoles ilustrados; y d) finalmente, disponer de un centro de acción política, que les permitiera imponer sus decisiones.

Autorizados los casinos españoles, quedó formado un partido político armado, dirigido por los hombres más influyentes del comercio y de las dichas clases medias, las cuales apertrechaban y sostenían los batallones de voluntarios, a los cuales prácticamente pasó la importancia y determinación de los actos más

decisivos del poder público colonial.

"Desde el momento en que el casino español de la Habana se instaló —dice el historiador Zaragoza— pudo ya considerársele como el verdadero guión del elemento peninsular de la Isla y cual primera avanzada de los que con más propiedad que nadie podían ser llamados "buenos españoles", y así lo pretendían, para hacer más desinteresados sacrificios y no recibir, en recompensa a sus actos patrióticos, ninguna de las ventajas que a los privilegiados de la camarilla o del comité les proporcionaba su influencia social".

Los casinos combatían tanto a los españoles ilustrados, como a los cubanos laborantes, y a los que estaban alzados en el monte. Había en la Isla, por entonces, más de cien mil peninsulares, en su mayoría jóvenes solteros, dependientes de bodega, serenos de almacenes, carreros, mensajeros, oficinistas, empleados; gente resentida y rencorosa, fácil de ser soliviantada, que vivían una vida dura y de encierro, con trabajos penosos que duraban doce, catorce, y hasta diez y seis horas diarias.

Buscadores de fortuna, en sus fantasías de riqueza, no deseaban que muriera la gallina de los huevos de oro, y su afán, al cruzar el océano, cifrábase en regresar al hogar solariego, en la Península, con los bolsillos repletos de plata. En su inferioridad social, en su inconformidad económica respecto a los españoles ricos, irritábanse de sus condiciones, si los ensueños no se presentaban promisorios, y odiaban a los profesionales, a los hijos del país, a los *levitos*, como les decían con desprecio. Se mostraban, y esto es lo más importante del fenómeno, repetido en Cuba, en la etapa del comunismo, un siglo más tarde, enemigos de la gente humilde pero sana, de vida más independiente y libre, pese a que el hombre pobre cubano tuviera iguales o mayores dificultades para librar la subsistencia.

La clase media peninsular, azuzadora de esta situación roñosa, era enconada adversaria, no sólo de los cubanos separatistas, sino también de los que sin ser enemigos de España, mostrábanse descontentos con el sistema colonial, o habían defendido, o defendían aún, ideas reformadoras, o simplemente concesionistas de mejoras y reivindicaciones políticas, sociales y económicas.

Como la Habana absorbía al resto de la Isla, peculiaridad que aún se mantiene en Cuba, la capital era donde aquella clase se instalaba preferentemente, y de ahí la rivalidad de ella con el ejército regular, y el hecho asombroso de que el cuerpo de voluntarios llegara a contar con más de cincuenta mil milicianos, cerca del doble de las fuerzas organizadas que la Metrópoli enviaba a la Isla, convencidos los directores de los crueles casinos de que era necesario exterminar a los cubanos, pues con éstos no cabían ya transacciones de ninguna clase.

A fines de 1869, el cuadro que presentaba la revolución era francamente pesimista. En Las Villas habían sido desalojadas las guerrillas mambisas de posiciones importantes y se habían visto obligadas a retirarse hacia Camagüey y Oriente. Luchaban contra los feroces voluntarios y los tremendos *chapelgorris*, organizados por los hacendados peninsulares para proteger las zafras azucareras y cooperar al exterminio que se proponía realizar Caballero de Rodas, dominado por los voluntarios, y que había decidido hacer un recorrido por la Isla, a fin de imprimir a la campaña mayor actividad.

XXXIII

CESPEDES Y MORALITOS

Satisfecho, hasta ahora, de la marcha de los acontecimientos, Caballero de Rodas reforzó a Puello en Camagüey, y entregó la jefatura de Sancti Spíritus al brigadier Goyeneche, recomendándole ayudar a su colega camagüeyano. Este se presentó ante Guáimaro con 1,200 hombres y cuatro piezas de artillería, y encontró el poblado en ruinas. Los cubanos lo habían quemado al abandonarlo.

El general Puello continuó su marcha, en persecución de las fuerzas libertadoras, y el primero de enero de 1870 trabó combate con los camagüeyanos, dirigidos estos por Tomás Jordan e Ignacio Agramonte, en un lugar conocido por *Mina de Juan Rodríguez*. Los cubanos, por falta de fusiles y de balas, se vieron en la necesidad de abandonar sus posiciones.

Entre Jordan y Agramonte existía una verdadera disparidad de criterios militares. Se hizo más aguda con motivo del combate del *Clueco*. Los mambises experimentaron graves quebrantos. Jordán estimó que Agramonte y los demás jefes no habían obedecido fielmente sus órdenes. Estos antagonismos se recrudecieron. Y Jordán presentó su renuncia con carácter irrevocable y regresó a Estados Unidos.

La renuncia de Jordan y la designación de Manuel de Quesada, de agente exterior, provocaron una crisis política. Dimitieron Aguilera y Figueredo. Espíritus serenos, ajenos a las pasiones partidarias, trataron de restablecer el estado de confianza entre Céspedes, los diputados, y el general Agramonte, que se sentía inconforme, y después de varias conferencias, Céspedes se avino, como siempre, a la transigencia. Situó, en la secretaría de Guerra, a Antonio Lorda, y designó en la del Interior a *Moralitos*.

Esta prueba de serenidad y prudencia estuvo a punto de fracasar. La Cámara había creado el cargo de vicepresidente de la República para Aguilera y

Céspedes, considerando inconstitucional el acuerdo, lo vetó. Pero los representantes, por amplia mayoría, deshecharon el veto, y la expresada reforma quedó en pie.

Costó mucho trabajo convencer a *Moralitos* para que entrara a formar parte del gobierno. "Los ministros —decía— deben ser hombres de años, y a mí me faltan esas canas, signo de la experiencia que son a la vida lo que la nieve a la cumbre de las montañas". Al fin, aceptó contribuir a lo que él llamaba armonía de los poderes, no sin antes declarar que realizaba, con ello, un verdadero sacrificio.

Al ocurrir, dos meses después, el fallecimiento de Lorda, Céspedes reorganizó su consejo de ministros. Designó en Relaciones Exteriores a don Ramón de Céspedes; en Hacienda, a don Carlos Mola, y en Guerra a Maceo Osorio. Todos pasaban de los cincuenta años, excepto *Moralitos* que no llegaba a los veinte y cinco.

En las sesiones del Consejo de Ministros, Don Ramón y *Moralitos*, en absoluto desacuerdo, llevaban la voz cantante, polemizaban y jamás coincidían. Don Ramón tenía una figura parecida a la de Ulises, y *Moralitos* era la reencarnación de Telémaco. Muchas veces, este joven fanático y visionario, era el único que hablaba. La contradicción le infundía ánimos. "Sus ojos, unos ojos de color verde oscuros, se iluminaban con un fulgor especial en el ardor de la controversia". Y los demás secretarios, admirados de la potencia de sus facultades intelectuales, de su luminosa oratoria, se contentaban con escucharle.

Las discusiones más emocionantes las sostenía con el presidente Céspedes, y éste, muchas veces, tenía que levantarse de su asiento y darse paseos como buscando aire, en medio de aquellas controversias, algunas de ellas muy desagradables.

Moralitos era duro como una roca. Sus disidencias, con el Caudillo de *La Demajagua*, hombre de mármol, como le llamó Martí, provenían de causas justas o injustas. Eran estas últimas la pretensión de hacer responsable al presidente de la República de todo cuanto ocurría en la Isla, aún lo más trivial, sin tener en cuenta las circunstancias y los grandes obstáculos con que suelen tropezar siempre los gobernantes, mucho más en el desencadenamiento de una revolución. Pretendía que Céspedes no había aceptado de buena fe la división de poderes, y exigía que gobernase como si el aún *non-nato* estado cubano estuviera normalizado y definitivamente constituido.

Céspedes se defendía de las acusaciones y de los cargos que Morales acumulaba en su contra, contestando que el pueblo cubano, alzado en armas,

aspiraba ante todo, al triunfo de sus más entrañables ideales, constituido en revolución, luchando denonadamente por su independencia, y que él como presidente de ese pueblo heroico, afrontaba las responsabilidades de las faltas que las circunstancias le impusieran, sin que hubiera osado atacar la constitución, no obstante que ésta le tenía maniatado y le privaba de toda fecunda iniciativa.

Moralitos no se detenía en su intransigente liberalismo. Su permanencia en el gabinete no podía prolongarse. Fue necesario que abandonara su puesto y lo abandonó tras una borrascosa discusión, por demás acalorada.

Incansable quiso destituir a Céspedes, pero la imposibilidad de reunir la Cámara, perseguida por las tropas españolas frustró el propósito.

Aquel *Pico de Oro*, como solían llamarlo sus admiradores, además de saber legislar y decir cosas bellas, era también hombre de acción. Tomó el fusil. Y se enroló en las tropas del general Máximo Gómez. Más tarde fue herido en la batalla de *Sebastopol*. Una bala le atravesó la lengua, dejándole mudo.

A los veinte y siete años, aquel adalid, murió de una fiebre perniciosa, sin asistencia médica, ni compañía útil, en las estribaciones de la Sierra Maestra, en un rancho, en cuyas removidas tierras, al pie de las más altas montañas de Cuba, recibió cristiana sepultura.

· Y el silencio más profundo envolvió a *Moralitos* en las sombras de su eterna morada.

XXXIV

CESPEDES Y AGRAMONTE

Las relaciones entre Céspedes y Agramonte dejaron de ser cordiales. En realidad, nunca lo habían sido. De los distanciamientos ideológicos pasaron a las discrepancias personales. La culpa, francamente, no era de ellos. Los amigos de ambos con sus pasiones, sus críticas y sus intrigas contribuían a agravar estos sentimientos.

Desde entonces, la desconfianza y los celos, entre estas dos cumbres de nuestro martirologio, fueron lamentablemente agudizándose. Era penoso y contra producente a los fines y objetivos de nuestra revolución. Céspedes y Agramonte eran las dos fuerzas principales de la guerra, y sin perfecto entendimiento entre ambos, la pujanza moral y material de los cubanos sufría grandemente, y el impulso de la independencia se atrasaba.

Carlos Manuel de Céspedes —dice Manuel Sanguily— poseía "todas las cualidades eficientes para acometer grandes empresas y fundar sobre ellas una nueva nacionalidad"; pero por otra parte —agrega el propio Sanguily que conoció y trató íntimamente a ambos proceres— Agramonte reunía en su personalidad extraordinaria, las pasiones y el fuego de Simón Bolívar, con la pureza y la austeridad de Jorge Washington.

En febrero de 1870, murió en Nueva York, el padre de Ignacio Agramonte, y el hijo quiso trasladarse a la babel de hierro, a acompañar en aquel trance a su madre. Céspedes le disuadió, y el gobierno revolucionario concedió una pensión a la familia, que permaneció residiendo en Manhattan. En abril, las intrigas que tanto dañaron a la guerra de los Diez Años, estaban en su apogeo. Se decía que Manuel de Quesada regresaba a Cuba con una poderosa expedición a imponer su jefatura. Fuera por estos rumores, carentes de base, y por demás absurdos, o fuera, realmente, porque las órdenes de Céspedes en Camagüey le tuvieran soliviantado, el general Agramonte presentó su dimisión. Y Céspedes, sin pensar en las implicaciones políticas que podían sobrevenir después de aquella renuncia, la aceptó, y el 17 de abril designó al general Cavada para sustituir al gran jefe camagüeyano.

Estos lamentables acontecimientos, venían a reavivar acaloradamente las rivalidades existentes entre el Caudillo de Yara y el autor de la Constitución de Guáimaro, y se producían en instantes, en que la acción de Caballero de Rodas sobre Camagüey, adquiría mayor intensidad y eran más frecuentes las presentaciones de rebeldes a las autoridades españolas. Precisamente, el brigadier Goyeneche, acababa de obtener la presentación de Napoleón Arango. Caballero de Rodas le mandó a buscar en seguida y le unió a su séquito. Arango resultaba un magnífico señuelo para los tímidos y los arrepentidos. Más tarde fue nombrado administrador de los bienes embargados. Y negociando con aquellas propiedades logró no pocas presentaciones en Camagüey a cambio de devolución de fincas y propiedades retenidas.

Cuando Céspedes, aconsejado por Cavada, de buena fe, dispuso que las fincas camagüeyanas, en las que pudieran fortificarse los españoles, fueran quemadas y arrasadas, Agramonte, ya sin mando, protestó airadamente, sin que se revocara aquella disposición. Cuando Céspedes, en un mal momento, ordenó cancelar la pensión que se pagaba en Nueva York a la madre de Agramonte, diciendo que en lo sucesivo él la sufragaría de su peculio, Agramonte estalló de indignación y lo retó a duelo, no por la supresión de la pensión, como han podido suponer algunos historiógrafos, sino porque en aquellas condiciones, Céspedes no había perseguido otra finalidad que ofenderle inexplicablemente. El duelo, quedó pospuesto hasta la terminación de la guerra.

Los buenos como los malos tiempos vienen por rachas en la vida de los seres humanos. Y Agramonte, excelente esposo, hijo amantísimo, y padre admirable, atravesaba una época de adversidades. Su esposa, su adorada Amalia Simoni, sus hijos; la viuda y vástagos de su gallardo primo Eduardo, muerto, dos meses antes, en la batalla de *San José del Chorrillo*, habían sido descubiertos en su refugio de la finca *El Idilio*, y conducidos a Camagüey por el capitán Acosta que, debiéndole la vida a Agramonte, en reciente combate, noblemente los salvó, presentándolos a Caballero de Rodas. Este, que no carecía de generosidad, autorizó el embarque de todos para Estados Unidos; y aprovechó la ocasión para declarar que "aplastado el Camagüey", la victoria estaba asegurada, afirmación en la que no creían ni los propios españoles.

Sin fuerzas regulares a sus órdenes, sin más tropa que sus amigos y simpatizadores, el extraordinario Ignacio Agramonte comenzó por su cuenta la guerra de independencia de Cuba. Era admirable su decisión, teniendo presente que el gobierno no le facilitaba medios ni recursos bélicos, y él tenía que valerse de los que le quitaba a los españoles, en arrojadas e inverosímiles acciones que han traspasado la leyenda. Uno de sus admiradores, le preguntó, en cierta ocasión, con qué se sostendrían. Y Agramonte contestó heroico: "Con la vergüenza".

Bajo el peso de esta adversidad, su espíritu comenzó a adquirir una madurez excepcional y su carácter una elevación y austeridad ejemplares. Ayudado algunas veces, por las fuerzas insurrectas de *Maraguán*, a las órdenes del coronel José González Guerra, fanático partidario suyo, figura militar de las más excelsas del 68, que se le subordinaba lleno de entusiasmo y de fe, Agramonte convertido en el Bayardo de la Revolución Cubana, libraba numerosos combates, dejando escritas en las páginas heroicas de la Guerra de los Diez Años, las más arriesgadas y audaces campañas, de aquellos días, que no tuvo representante más legítimo que este eximio Camagüey ano, ejemplo vivo e imperedero de revolucionario puro y sin tacha.

Así fue escribiendo sus hazañas. *El Cercado, Jimirú, Socorro, Ingenio Grande*. En esta última batalla corrió el riesgo de caer en poder del enemigo.

Con motivo de esta situación, realmente insostenible, la enemistad entre la Cámara y el presidente Céspedes, se intensificaba, y algunos diputados, dirigidos por Tomás Estrada Palma, señalaron, en declaraciones y en virulentos ataques al Ejecutivo, la necesidad de destituir a éste. Una carta de José Manuel Mestre, desde Nueva York, detuvo a los complotados. Según aquél, que sabía pensar sin pasiones, facultad no muy proverbial entre nosotros los cubanos, la destitución de Céspedes sería vista con gran repugnancia por la mayoría de las emigraciones, y con desdén por la opinión pública de los norteamericanos, simpatizadores

entusiastas del caudillo de Yara.

Cotemplando la decadencia de la revolución en Camagüey, Céspedes comprendió que era necesario e indispensable la vuelta de Ignacio Agramonte al mando. Mediaron Aguilera y Carlos Mola, y el propio general Jerónimo Boza, agramontino, que había sustituido a Cavada, para allanar el camino hacia el Bayardo. Céspedes, echando a un lado todos sus resentimientos, pidió a Agramonte que ocupara nuevamente el mando de la división camagüeyana. Y éste aceptó, dando pruebas de similar grandeza. Agramonte sería en lo sucesivo, "un prodigio de actividad, un dechado de virtudes, de constancia, de heroísmo, de firmeza, de valor... Entonces cobró su maravillosa personalidad de guerrero el relieve con que debía pasar a la Historia. Con razón, sus hombres se llenaban de orgullo al referirse al joven mayor general, abreviándole intencionadamente el grado, para llamarle *El Mayor*.

XXXV

FUSILAMIENTOS Y EJECUCIONES

Caballero de Rodas regresó a la Habana preocupado y pesimista. Encontró la ciudad extraordinariamente agitada. El periodista Castañón había sido muerto en un duelo irregular, en Cayo Hueso, por un cubano, Mateo Orozco, indignado éste por las soeces injurias y las infames calumnias que el insoportable director de *La Voz de Cuba* había dirigido contra la gloriosa revolución cubana.

El día del entierro de Castañón, en la Habana, adonde fue trasladado su cadáver, los voluntarios se desmandaron, y uno de los efectos inmediatos de estos excesos fue el asesinato del norteamericano Isaac Greenwald, por el hecho de llevar éste una corbata azul, color que, por ser el distintivo de los rebeldes mambises, odiaban ferozmente los peninsulares. El autor de este crimen, realizado a sangre fría, Eugenio Zamora, miembro distinguido del cuerpo, tenía influyentes padrinos que le protegían, y Caballero de Rodas, decidido a hacer justicia, y a aplacar al gobierno de Washington, tropezaba con obstáculos invencibles. Al fin, su autoridad se impuso, y Zamora fue pasado por las armas, en los fosos de la Cabaña.

Este fusilamiento dejó el ambiente oficial de las relaciones entre peninsulares envenenado por los peores sentimientos. Los casinos españoles decidieron eliminar a Rodas, como antes habían eliminado a Dulce. Sus primeros efectos fueron la ferocidad y el salvajismo con que procedieron los temibles guerrilleros peninsulares. En Oriente, en la zona de Cuba, Federico Echeverría,

más conocido por *Federicón*, y el tristemente célebre González Boet, pasaron a cuchillo varios caseríos y fusilaron hasta mujeres; en Las Villas, un desalmado, *El Brujo*, aliado al *Tizón*, ambos con antecedentes penales, cometieron hechos repugnantes; y en Camagüey, el Capitán Setién, con el mote de *El Tigre*, que había realizado los mayores crímenes, encontró la muerte a manos del Bayardo. Este le había buscado, le había retado, y peleando mano a mano, como un león, le mató en un duelo personal que a sable verificaron a la vista de los respectivos soldados de sus mandos.

Junto a aquellos excesos, la corrupción colonial administrativa crecía desmesuradamente. Filtraciones, fraudes, latrocinios, robos. Ningún departamento escapaba al hurto y a la trampa. En el propio ejército español el desafuero y el enriquecimiento ilícito campeaban dolosamente. Parecía que aquellos ladrones que comerciaban con la sangre de la juventud española, pensaban que muy pronto se acabaría el dominio metropolitano y con él sus negocios inconfesables.

En el congreso, en Madrid, el diputado republicano Díaz Quintero, interpeló al gabinete y declaró que todo aquello constituía una deshonra para España, y que él prefería que Cuba se perdiese para siempre que ver de esta manera pisoteados los principios de la humanidad y la civilización.

Caballero de Rodas, como Dulce, cedió a la furia vesánica de los voluntarios. Y comenzó una tremenda fusilata. Montado en un burro, burlado, escarnecido, el inmortal Perucho Figueredo fue conducido ante sus victimarios, y pasado ignominiosamente por las armas. Después, fusilaron a Luis de la Maza, a Fernández del Cueto, al cura párroco de *Marsillán*, Francisco Esquembre, a Ricardo y Mateo Casanova, al heroico Federico Cavada; y en el paroxismo y la demencia que produce la sangre, fusilaron a Oscar de Céspedes, hijo de Carlos Manuel.

La estupidez sangrienta de los capitanes generales, esta vez se puso de manifiesto con mayor ensañamiento que nunca. Le propusieron a Céspedes perdonar el hijo, si abandonaba los campos de la revolución y se rendía a la Metrópoli. Aquel inmenso cubano, hecho de gloria y de epopeya, paradigma de todos los tiempos, contestó con sublime sacrificio: "Oscar no es mi único hijo. Soy el padre de todos los cubanos que han muerto por la revolución".

Después de los fusilamientos, Caballero de Rodas, constreñido por los casinos, abrió el capítulo de las ejecuciones en garrote vil; y cayeron triturados los hermanos Diego y Gaspar Agüero, y Domingo de Goicuría, capturados al desembarcar, cerca de Gibara, del *Herald of Nassau*.

Goicuría, el día antes de la ejecución, a solas en su calabozo, lloró con profundo desconsuelo, porque no vería la independencia de su idolatrada patria; se despidió después de sus amigos, y con paso entero y firme, subió las gradas del patíbulo, y se encaró con el verdugo. Al aparecer, ante la multitud que invadía las faldas del castillo del Príncipe, ávida como siempre de presenciar estos crímenes, pronunció su famosa frase: "Muere un hombre, pero nace un pueblo".

Cerró esta etapa sangrienta Luis Ayesterán. "Preso al norte de Camagüey, procedente de Nassau en el balandro *Guanahaní*, fue conducido a la Habana en el cañonero *Centinela*, puesto en capilla, y ejecutado el 24 de septiembre. Ayesterán subió al cadalso con completa resignación y conformidad, y sufrió el fallo de la ley hispana con valor, mas sin ridicula jactancia".[4]

Aquello era demasiado. La Metrópoli, no podía en verdad, afirmar su dominación en Cuba sobre la barbarie del garrote, de los fusilamientos, las deportaciones, los embargos, las confiscaciones, y el crimen de las guerrillas. En esta política, salvaje y primitiva, habían coincidido Lersundi, Dulce, Ginovés, Caballero de Rodas, Valmaseda, y hasta el propio gobierno de Prim, desde la península, autorizando como norma el exterminio de los patriotas cubanos.

Sin embargo, pese a todos los esfuerzos de la tiranía colonial, a fines del terrible año de 1870 —en que también fueron fusilados Cristóbal Mendoza y Antonio de Armas— tuvieron el general Caballero de Rodas, y el conde de Valmaseda, que reconocer que no habían podido aniquilar la gloriosa revolución de Yara.

En efecto, después de aquellos asesinatos operaban en Camagüey, en diciembre, más de dos mil insurrectos, bien dirigidos por Ignacio Agramonte; mal armados, mal montados, escasos de vestuarios, medicinas y alimentos, pero firmes en su sistema de eludir encuentros, en circunstancias desfavorables, y manteniendo la resistencia. El grito de independencia o muerte, resonaba en todos los confines de Cuba libre, como la decisión absoluta de preferir la desaparición física a volver a sufrir los yugos de la opresión metropolitana.

Caballero de Rodas se desprestigiaba. El gobierno de Madrid no creía ya en sus informes. Don Segismundo Moret y Prendergast, que ocupaba el ministerio de Ultramar, declaró que estaba en disposición de enviar a Cuba diez mil soldados más, pero con la condición de que la guerra debía terminar. A estos fines, Moret, amigo de don Nicolás Azcárate, y colaborador de *La Voz del Siglo*, durante la campaña reformista, elaboró un plan. Consistía, en conceder a los cubanos la autonomía, votar una ley de perdón, devolver los bienes embargados y disolver el cuerpo de voluntarios, siempre que los insurrectos depusiesen las armas.

Los casinos se rebelaron. Calificaban este plan como una traición a la integridad española. Sostenían que la autonomía no era más que un paso previo para que los cubanos, después, siguieran exigiendo la independencia. Caballero de Rodas, acuciado por los verdugos de la colonia, se situó en abierta pugna con Moret. Renunció y recibió rápida respuesta aceptándole su dimisión. Mandó a buscar a Valmaseda, que se encontraba en Oriente, preparando una nueva "creciente", y le entregó el mando el 13 de diciembre.

XXXVI

LOS ESTUDIANTES DE 1871

Al suceder a Caballero de Rodas, en el gobierno de la "siempre fiel Isla de Cuba", el conde de Valmaseda colmaba una de sus más recónditas y acariciadas aspiraciones. Había sostenido, que los anteriores gobernadores carecieron siempre de un verdadero plan de campaña y organizó el suyo, estudiado de antiguo, situando en los lugares donde los creía más eficaces, a sus mejores auxiliares. Portillo, en Las Villas, Goyeneche, en Camagüey, y Arsenio Martínez Campos, en Oriente.

El plan de Valmaseda no tenía originalidades de ninguna clase. Se fundaba en el soborno y el exterminio. Fracasado el soborno, pues nadie aceptó vender la revolución, el Capitán General con su pesada y gruesa figura que no le impedía moverse ágilmente, se trasladó a Las Villas, con grandes aspavientos y movimiento de tropas, para aplastar allí definitivamente la guerra sostenida heroicamente por los cubanos. Experimentó una de las sorpresas más cálidas de su vida militar, rica en excesos y en demasías personales. Agramonte, al frente de sus reorganizadas huestes, asaltó la torre óptica de Colón o Pinto de Camagüey, causando enormes destrozos en las filas españolas. Y el general Villamil, al que Céspedes había facilitado algunas armas, atacaba fuertemente *Ciego de Avila* y *Monte Santo*, poniendo en fuga a los guerrilleros hispanos en las empinadas lomas de Banao.

Positivamente alarmado, Valmaseda tomó el camino de Sancti Spíritus; cruzó la trocha, hacia Santa Cruz del Sur; subió por el Cauto; designó al brigadier Menduiña, jefe de Manzanillo, Bayamo y Jiguaní, jurisdicciones constantemente hostilizadas por Calixto García; y regresó, por Tunas y Camagüey, a la Habana, con el "amargo convencimiento de que la guerra iba para largo".

La situación que encontró fue muy desalentadora. Los voluntarios, que desde los inicios de la guerra le habían sido muy devotos, comenzaban a

revirársele. Valmaseda resolvió darles pan y circo. Organizó banquetes y festejos; y una parada militar en honor de Amadeo de Saboya, coronado rey de España, a los pocos días del asesinato de Prim, en la calle del Turco, en Madrid, Una vez más, el gobernador salió hacia el interior de la Isla, a Camagüey, donde la acción incansable de Agramonte, tenía en graves aprietos a las tropas españolas.

A su regreso a la Habana, después de un nuevo recorrido que duró más de un mes, Valmaseda se halló frente a graves problemas internos. En las elecciones del casino español, la nueva clase dirigente había derrotado a don Julián Zulueta y a don Manuel Calvo, que pertenecían a las viejas promociones peninsulares, y una vez en el poder exigían el fusilamiento del poeta Zenea. ¿Por qué esta exigencia?

Moret había querido enviar a Azcárate a Cuba, con un mensaje de paz y la proposición del plan que anteriormente hemos expuesto y relatado. Don Nicolás no consideró oportuna su presencia en la Isla, y comisionó a Juan Clemente Zenea, el cual, provisto de los salvo-conductos y documentos necesarios, había llegado a Cuba, visto a Céspedes y recibido de éste una rotunda negativa a las elucubraciones de Don Segismundo.

Cumplido su cometido, origen de apasionadas y reiteradas polémicas entre historiadores y ensayistas, el fino bardo regresaba a Estados Unidos, acompañado de Ana de Quesada, segunda esposa de Céspedes, que iba a dar a luz a Nueva York, cuando fueron sorprendidos y apresados en *La Guanaja*, por donde trataban de embarcar. Conducidos a Puerto Príncipe, donde Zenea mostró el salvo-conducto firmado por el Duque de la Torre, fueron inmediatamente trasladados a la Habana.

Incomunicado el inspirado autor de *Al pie de mi bartolina*; blanco de la enemiga implacable de los voluntarios, se convirtió en un problema para Valmaseda. Este había puesto en libertad a la esposa del caudillo de *La Demajagua*, pero no se atrevió a hacer lo mismo con el desdichado poeta, y lo sacrificó, a la furia sangrienta de los voluntarios, fusilándole en el tristemente célebre foso de los laureles.

El estudio psicológico de las deformaciones del sentimiento humano, es un fenómeno que suele repetirse en la historia, teniendo en cuenta los resentimientos y las frustraciones de las diversas clases sociales, unidas, a veces, ciegamente, en acciones colectivas que hunden a los pueblos en etapas desventuradas y terribles en las que desaparecen la reflexión y el sentido común para dar paso al odio y a las envidias más desastrosas. Este odio agresivo y político, el peor de cuantos se conocen, presentó su culminación en uno de los crímenes más horrendos de la época de la dominación española en Cuba.

Alonso Alvarez de la Campa, Anacleto Bermúdez, José de Marcos Medina, Angel Laborde, Pascual Rodríguez, Augusto de la Torre, Carlos Verdugo y Eladio González, estudiantes de medicina, fueron acusados de profanar la tumba del periodista Castañón, y arrestados personalmente por el gobernador López Robert, el 25 de noviembre de 1871, en las propias aulas universitarias. Al día siguiente, el segundo cabo, general Crespo, en funciones de Capitán General, por encontrarse Valmaseda de operaciones en Tunas, dispuso la celebración de una gran parada de voluntarios, y desfilaron más de diez mil de ellos por delante del palacio de la plaza de armas.

Durante la manifestación se escucharon muchos vivas a Crespo y a España, manera la más apropiada de comenzar los conflictos provocados por los voluntarios. Al terminarse el desfile, tres o cuatro mil de aquellas fieras, se situaron frente a la cárcel, en el paseo del Prado, y a gritos demandaron la inmediata ejecución de aquellos ocho jóvenes, algunos de los cuales ni siquiera habían asistido a clases el día de los hechos atribuidos.

Sometidos a consejo sumarísimo verbal, el 27 de noviembre, el tribunal dictó un fallo que no complació a la turba amotinada frente al edificio de la cárcel. Y hubo que celebrar, en el mismo día, un segundo juicio. El capitán español Capdevila, valiente defensor de los jóvenes, pidió la absolución, en un hermoso discurso. Y, en uno de sus párrafos más emocionados preguntaba: "¿Dónde consta el delito? ¿Dónde está ese desacato sacrilego? Creo, y estoy firmemente convencido —añadía elocuentemente— de que esa acusación sólo germina en la imaginación obtusa que fermenta la embriaguez de un pequeño grupo de sediciosos, alzados contra la verdadera autoridad de la colonia".

Frenéticos, los voluntarios, después de estas palabras del digno e inolvidable militar español, que salvó la honra de su ejército, quisieron agredirle, y Capdevila tiró de la espada para defenderse.

Finalmente, los ocho estudiantes fueron condenados a muerte, y treinta y cuatro más a reclusión, sin que se les probase su delito; pues como confesara más tarde uno de los personajes que alentaron el furor de los voluntarios durante aquellos sucesos, "nadie se ocupó de averiguar la verdad de las acusaciones".

El fallo se remitió a la firma del auditor, y luego el general Crespo, firmó la sentencia, que el fiscal notificó a los condenados, "llenos de valor y de desconsoladora energía", según frase afortunada de un cronista de la época. Ese mismo día, a toda prisa, entraron en capilla, los estudiantes del 71, a las cinco de la tarde, con un sol, ya muy bajo, por estar en vísperas del invierno, y fueron pasados por las armas junto al paredón de la Punta, donde aún se conserva el monumento, que hasta ahora no ha sido destruido por esa nueva hornada de

voluntarios, que con el nombre de milicianos, han sembrado en Cuba el pavoroso terror del más tremendo e implacable de sus sátrapas.

Valmaseda se hallaba en Oriente dirigiendo en persona las operaciones de guerra, y envió un telegrama a Crespo anunciándole que estaría en la Habana el 28, deseando, tal vez, dilatar el proceso. Este telegrama excitó el sanguinario espíritu de los voluntarios y se habló de prepararle al conde una cencerrada. Crespo, temeroso de que la amenaza se llevara a vías de hecho, despachó un propio para que detuviera en el camino a Valmaseda, y que éste llegara después de ejecutados los infelices estudiantes, pero el Capitán General se negó, entrando en la Habana, la madrugada de aquellos actos salvajes.

Desde entonces, asegura Zaragoza, el conde no se sintió bien, "creyendo que aquellas ejecuciones venían a ser el pago de antiguas y absurdas deudas de odio y despecho. Pensó —agrega el propio autor— que tras de aquélla que se tuvo por desgracia inevitable, siguieran otras que resultasen más en menoscabo de su nombre, y trató de evitar esto, y al efecto señaló un plazo para concluir la insurrección o presentar su renuncia".

En el mismo Madrid, el fusilamiento de los estudiantes levantó olas de indignación y de rubor. En mayo de 1872, el gabinete presidido por Segasta indultó a los estudiantes presos en la Isla. Estos fueron embarcados por el apostadero de marina en la Habana en el buque de guerra *Zaragoza*, y conducidos a Madrid. Valmaseda, considerando que el plazo que él mismo se había fijado para terminar la guerra había discurrido, presentó su renuncia. Asumió el mando, con carácter de interino, el general Francisco Ceballos y Vargas.

Los cubanos, con la retirada del conde, acababan de vencer al peor de sus enemigos, al que los había combatido fieramente sin cuartel desde los comienzos de la guerra.

XXXVII

MUERTE DE IGNACIO AGRAMONTE

Céspedes tenía grandes cualidades que las pasiones de sus contemporáneos no supieron aprovechar. Después de aquellos sucesos, relatados en el capítulo anterior, trabajaba activamente para sellar la unidad de los revolucionarios en el interior de la Isla, y la de los emigrados en el exterior.

El exterior le preocupaba. El número de las expediciones había disminuido notablemente, y las disensiones entre Manuel de Quesada y Miguel Aldama,

agravaban en demasía aquella situación. Finiquitó la representación de Quesada y envió a Nueva York una comisión presidida por Francisco Vicente Aguilera, y compuesta por su hijo Eladio, su sobrino Luis Miguel, y don Ramón de Céspedes. Pero las emigraciones no se unieron, y presentaron suicida resistencia.

Sin medios económicos, y en posición embarazosa, Aguilera puso sus esperanzas en que la Cámara de Representantes de Estados Unidos, aprobara la proposición de Mr. Daniel Wolsey Voorhees, en la que se pedía el reconocimiento de la beligerancia para el gobierno de Céspedes. A fines de 1872, por 109 votos contra 73, la expresada proposición fue rechazada, y Aguilera agobiado consignó en su diario las más angustiosas expresiones.

Fracasada esta misión, en febrero del 73, se dirigió Céspedes a Francisco Vicente y le comunicó que debía regresar. Esta disposición fue ratificada por Ignacio Mora, que en ausencia de don Ramón de Céspedes, ocupaba el ministerio de Relaciones Exteriores. Pero Aguilera se negó a retornar a Cuba en una posición que se le antojaba desairada para él.

Muy tirantes, de nuevo, las relaciones entre la Cámara y el Ejecutivo, los diputados tomaron la ofensiva, y acusaron al presidente de retener a Aguilera en Nueva York, cuando era, como hemos visto, todo lo contrario. Para destruir lo que estimaban una intriga cespedista, la Cámara en sesión celebrada el 14 de abril, en el *Colorado*, en Mayarí, aprobó dos resoluciones. Una, para llamarle la atención a Céspedes por la prolongada ausencia del Vice presidente en el extranjero, y la otra para disponer que en caso de faltar el Ejecutivo, por ausencia o renuncia, asumiése ipso-facto la presidencia, interinamente, el presidente de la Cámara, acuerdo que vetó Carlos Manuel, y la Cámara convalidó, provocando en el Caudillo de *La Demajagua*, este comentario irónico: "Mucho trabaja el Marqués para sustituirme en la presidencia".

La posición de Céspedes estaba muy clara. No le costó ningún trabajo demostrar que Aguilera no deseaba, por el momento, regresar a la Isla. Miguel Bravo Senties, sustituto de Mora, en Relaciones Exteriores, comunicó a Aguilera que debía volver en el acto, dejando a don Ramón de Céspedes al cuidado de la Agencia. Aguilera se sintió muy molesto con el texto de la comunicación, y en una nota, fría y lacónica, respondió renunciando la vicepresidencia y negándose terminantemente a regresar a Cuba, sin antes haber llenado su cometido. Se embarcó hacia París, y dejó al frente de la Agencia a Mayorga, que no era por cierto la persona que contaba con mayores simpatías para ocupar aquel cargo. Céspedes, entonces, cortó por lo sano. Suprimió la Agencia. Creó un organismo confidencial del gobierno, en el extranjero, y designó para dirigirlo al general Quesada y a los ciudadanos Carlos del Castillo y Félix Govín. En realidad, todo esto había sido un desacierto desde el principio hasta el fin.

Reanudadas las rivalidades entre Céspedes y los partidarios de Aguilera, la Cámara se dispuso a entablar una batalla definitiva para desalojar al caudillo manzanillero del cargo de presidente. Pero Céspedes contaba ahora con el apoyo de Agramonte, a quien además del mando de Camagüey le había entregado el de Las Villas. Y el héroe del *Socorro* se opuso. "No permitiré que delante de mí se hable mal del presidente de la República".

"Del mando de Agramonte, en la Guerra de los Diez Años, podría decirse —escribe su secretario Ramón Roa— que era una dictadura, ya por el aislamiento en que solía verse respecto del gobierno, ya por las facultades que éste hubo de otorgarle, así en el orden civil como en el orden militar. Bajo su férula —agrega aquel cronista— predominó incesantemente la justicia, no exenta desde luego de severidades y crudezas. El Bayardo disciplinó sus huestes, impuso el respeto y la consideración para los grados; organizó los escalafones, estableció las casas de posta, los talleres, las fábricas de calzado y de ropa, y acabó con las presentaciones al enemigo, viéndose obligado, muy a su pesar, a fusilar a todos aquellos mambises que pretendían desertar o que faltaban, tímidos o cobardes, a sus juramentos de fidelidad".

Surgió la guerra nuevamente poderosa. Agramonte, desde 1871 hasta 1873, recorrió invicto los campos de Las Villas y el Camagüey. Centauro en su formidable caballo *Ballestilla*, al frente de sus tropas, aguerridas y poderosas por la moral de que estaban poseídas, triunfó en *Buey Sabana*, en *Curaná*, en *Sabana de Lázaro* y en el *Cocal del Olimpo*; y una de sus empresas más gloriosas, el rescate de Julio Sanguily, su ayudante, realizado asombrosamente, con treinta y cinco jinetes, contra una tropa regular hispana, constituye la evidencia misteriosa y absoluta de lo que puede la voluntad humana cuando encarna épicamente en una personalidad sobresaliente y extraordinaria como la de aquel cubano sin par.

Agramonte había puesto en pie de lucha a los cubanos con el ardor y la decisión que provocan en sus contemporáneos los grandes carácteres de una época determinada.

Después de este renacimiento, en que se distinguían peleando por Cuba libre, Máximo Gómez, Calixto García, Vicente García, Antonio Maceo, Modesto Díaz y Titá Calvar, un suceso abrumador, llamado a ejercer sobre la guerra del 68 una influencia nefasta, se produjo el once de mayo de 1873. Agramonte, escogido ya por el presidente Céspedes para asumir el mando único de la guerra, al inspeccionar a caballo las líneas más avanzadas de sus tropas, en la sabana de *Jimaguayú*, cayó desplomado para siempre de un balazo sin rumbo venido de las filas españolas.

¡Cómo reseñar esta inmensa catástrofe!

¡Cómo describir, la causa que constituye el principio del fin de la guerra grande!

El cadáver de aquel adalid sin mancuerna, quedó oculto entre la yerba, donde lo buscaron sin éxito los cubanos, desesperados por el peso de aquella hecatombe. Horas después lo encontraron los españoles, y al darse cuenta de quién era, cuando examinaron los documentos que llevaba encima, el júbilo no reconoció límites. Condujeron su cadáver a Camagüey, lo exhibieron, lo quemaron, y sus cenizas se extendieron hacia los cielos como símbolo de una eterna rebeldía contra el crimen y la opresión.

Céspedes, comprendió la insondable repercusión de aquella muerte. Había llegado a amar al joven girondino, y éste lo respetaba jerárquicamente. Se habían entendido. Habían balanceado sus edades y sus ideales, y creado, sobre el relámpago y las vicisitudes de los acontecimientos revolucionarios, la fuerza indomable de la guerra y el magisterio necesario de la política. Pero aún abrumado por tamaña desgracia el hombre de *Yara* se mostraba entero. Fue entonces, más o menos, que lo visitó James O'Kelly, periodista norteamericano, y lo describió entusiasta en su libro *La Tierra del Mambí*. "Me pareció el presidente de los rebeldes cubanos —decía O'Kelly— un hombre de hierro, siempre en posición erecta, con unos ojos entre grises y pardos, que brillaban luminosamente".

Sin embargo, en lo íntimo, en esa retorta donde se guardan las reacciones más entrañables, Carlos Manuel desfallecía. "Querida Anita —escribía a su esposa que le había dado mellizos— nosotros triunfaremos de los españoles, pero a costa de grandes sacrificios... La descripción que me haces de mis hijitos idolatrados me complace mucho y he gozado como si estuviera viéndolos... aunque yo sé que no los veré nunca".

XXXVIII

DEPOSICION Y MUERTE DE CARLOS MANUEL DE CESPEDES

El diario de Carlos Manuel de Céspedes se enriqueció con observaciones y comentarios del más alto valor humano. Escritor, poeta y músico, de rica sensibilidad, en su alma palpitaban las más puras esencias de nuestra filosofía libertaria. Se sentía profundamente dolido de la actitud de la mayor parte de las Américas, que nos habían abandonado, indiferentes al salvajismo que los capitanes generales imprimían a la lucha contra un pueblo que repetía en lo heroico la epopeya de los Andes. Y escribía con dolores morales muy hondos, en

el curso de la historia viviente, verdades como puños, pues los cubanos estábamos solos, como lo estamos ahora al cabo de una centuria.

"¿Qué les ha resultado a los españoles por sus actos de barbarie, con los estudiantes? —preguntábase con enorme desconsuelo— Nada. ¿Quién les ha exigido la reparación debida a los feroces fueros de la humanidad ultrajada? Nadie... Para la filantrópica Inglaterra, para la civilizada Alemania, para la republicana Francia, y hasta para la América independiente, España es una nación constituida, con quien no deshonra alternar, por más infamias que cometa, y los cubanos que pelean por la reivindicación de los derechos del hombre son unos bandidos, cuyo contacto mancilla, unos rebeldes a quienes es lícito exterminar por cualquier medio".

Mientras Céspedes, erecto como una palma, voluntad de acero, declarábase íntimamente que jamás se rendiría, sus enemigos políticos se disponían a humillarlo, y pretendían deponerlo. Antes de marchar al Camagüey, designado sustituto de Agramonte, el general Máximo Gómez sintió de cerca los vientos huracanados que soplaban contra Carlos Manuel. Era grave ahora la conspiración. A los diputados, inconcientes del mal que realizaban, se les habían unidos dos jefes importantísimos. Vicente García, molesto por determinadas promociones militares, con las que se sentía postergado o desatendido, y Calixto García, héroe de *Rejondón de Báguanos*, disgustado y abochornado por un regaño que Céspedes le administró indiscretamente en público.

Vicente usaba un largo machete, hablaba despacio, paladeando las palabras, tenía el pelo ensortijado, y unos ojos de abismo, en cuyas profundidades llameaba el fuego inextinguible de sus grandes pasiones. Como peleador pocos le superaban, poseía un valor inmenso, una voluntad gigantesca, y en su feudo de las Tunas, no podían entrar los españoles.

Máximo Gómez, agrio el gesto y como de prisa, escuchó a Vicente, que en la reunión de *Santa Ana*, le propuso destituir a Carlos Manuel. "No, general, yo no tomo parte en motines".

Las virtudes de Céspedes mostraban más probada resistencia que las de ningún otro libertador americano. Se enfrentaba con la nación opresora que le perseguía implacable, y al mismo tiempo luchaba con el temperamento díscolo y desorganizado del cubano. Pero poseía ingentes cualidades, una tenacidad sajona, y un patriotismo sin fronteras. Se rehacía rápidamente de estos choques, pensando que los débiles o vacilantes, no realizan jamás obra de inmortalidad.

Después de todo, Céspedes tenía razón. Toda la razón. Había más leyes que soldados, más decretos que combates, y un enjambre de políticos disonantes,

que discutían y enredaban, y resultaban una rémora en aquellas circunstancias, y representaban el más pesado convoy que jamás había conducido ningún ejército revolucionario.

La deposición de Céspedes es una mancha en el brillante colorido de la gesta gloriosa de los Diez Años. Los representantes, con pocas excepciones, mostráronse empequeñecidos por malsanas pasiones, por las intolerancias morales que fatalmente conducen a los pueblos a la catástrofe y a la inferioridad.

Viendo venir la caída de las propias instituciones que aquellos mismos diputados se habían dado, Carlos Manuel de Céspedes preguntábase angustiado qué podía hacer, y se contestaba, con enorme desesperación: nada, nada. Este nada era una confesión de impotencia, de fracaso, y de derrota personal, a manos de los suyos, motivo aún de más punzantes dolores.

Conocedor de que se aproximaba el desenlace, se adelantó quizás equivocadamente, y tomó la ofensiva. No podía tolerar más tiempo las amenazas, las intrigas, las vilezas, que veía crecer en su entorno. El 24 de octubre de 1873 se dirigió al pueblo, poniendo en claro la imposibilidad de llevar a feliz término la revolución en las condiciones en que se encontraba. Acudía al pueblo. ¿Pero a qué pueblo? ¿Acaso el pueblo no era ese mismo ejército que le combatía? ¿Acaso el pueblo no estaba compuesto de esos propios elementos que le perseguían?

—¡Oh —exclama Céspedes— hay una ingratitud que supera a la ingratitud de los reyes: la de los pueblos!

El 26, llegó a Bijagual, donde estaba desarrollándose este drama inexplicable, el general Calixto García al mando de tres mil soldados, y comunicó al presidente de la Cámara, que estaba allí para respaldar los acuerdos que se tomaran. La presencia de Calixto García, al frente de este ejército, adquiría de esta manera, todas las características de un cuartelazo militar, procedimiento que no pudo merecer jamás aquel a quien los cubanos consideraban el padre de la patria.

Al día siguiente, se reunió la Cámara en pleno bosque, "a la vista de un senado de palmares que parecían ciudadanos", y bajo la presidencia de Cisneros, y con asistencia de nueve diputados, se abrió la sesión, a poca distancia de los soldados de Calixto García que montaba a caballo.

Pérez Trujillo, formuló la acusación, y uno a uno, los diputados, con excepción de Cisneros, usaron de la palabra para acusar a Céspedes de supuestas extralimitaciones. Spotorno, Marcos García, Fornaris, Jesús Rodríguez, Eduardo Machado, Estrada Palma, Luis Victoriano Betancourt, atacaron despiadadamente al presidente. "No puede tolerarse —gritaba Estrada Palma— que se infrinjan las

leyes de la República. Sería un crimen de lesa patria que la Cámara no dicte la única medida que puede adoptar: la destitución".

Después de un vendabal de palabras, Céspedes fue destituido. Calixto García esperaba el resultado y arengó a sus tropas, diciéndoles que no había habido otra alternativa. Céspedes, refugiado en las lomas de La Somanta, recibió la noticia sin inmutarse, más en sus ojos centelleaba el dolor de la injusticia.

La deposición de Céspedes impresionó fatalmente a los cubanos en el extranjero y produjo enorme desconcierto en la opinión norteamericana, predispuesta en favor del caudillo por el libro de O'Kelly.

Abatido por la ingratitud, al expresidente le quedó ánimo, aún en la desgracia irreparable, para despedirse del pueblo y del exiguo ejército que le rodeaba en su retiro, profundamente conmovido. El escrito que redactó, como todos los actos de Carlos Manuel, destilaba la grandeza de su corazón emocionado. Y poco después, se retiró con el mayor de sus hijos, a la Sierra Maestra, a un lugar llamado *San Lorenzo*. Pretendió salir al extranjero y la Cámara le negó el permiso. Muchos partidarios suyos se le acercaron y le pintaron calurosamente la imagen de su reivindicación, por demás justa y reparadora. Céspedes, tristemente, se negó. Prefería ser la víctima a echar sobre su nombre la mancha de una refriega entre cubanos que precipitara la muerte de la revolución.

Cisneros, que le sustituyó, hizo poco caso de sus necesidades, y los combatientes parecieron olvidarlo. Dos veces, sin embargo, le dieron órdenes de seguir al gobierno. Céspedes preguntó si debía considerarse sujeto a una orden de arresto, y se le contestó, entonces, que no. Contaba para su custodia, con el capitán José Lacret Morlot. "Es un bello joven —escribía Céspedes— y nos trata como a viejos amigos".

Solo, sin una guardia que le protegiera, llegó el 27 de febrero de 1874 en que debía cumplirse un fatal designio. Céspedes no había querido oir los consejos de su hijo y de Lacret, de abandonar aquellas rancherías. Fue sorprendido por los españoles. Tiró de su revólver y se batió con supremo valor. Unos dicen que fue vilmente balaceado por los españoles, aplastándole después el cráneo a culatazos; otros, que él, con la última bala de su pistola, se quitó la vida. Lo cierto es que al morir, se desplomó por un barranco, "como un sol de llamas que se hunde en el abismo".

XXXIX

MAXIMO GOMEZ Y LA INVASION

Después de la muerte de Agramonte y de Céspedes, la revolución estaba vencida, pero había un hombre que podía salvarla, y ese hombre era el dominicano Máximo Gómez. Desde los primeros momentos de la guerra, en que fue designado sargento, a poco brigadier, jefe de estado mayor de Mármol, y más tarde mayor general, Gómez demostró superiores habilidades militares, y fue de los pocos jefes que logró contener a Valmaseda, cuando éste en la zona de Holguín llevaba adelante su famosa "*creciente*".

En San Diego de Buenaventura, un potrero camagüeyano, cerca de Tunas, se reunieron los secretarios del despacho y los representantes a la Cámara, presididos por Salvador Cisneros, para reorganizar la guerra, que estaba desfallecida. Pero en cuanto se designó a Gómez, nimbado por la gloria de sus triunfos más recientes, en *La Sacra* y *Palo Seco*, para que dirigiera la invasión de Las Villas, saltó de su asiento el general Vicente García, que ocupaba el cargo de ministro de la guerra, en el gabinete del Marqués de Santa Lucía, y aseguró que esa campaña estaba llamada al fracaso, y fue preciso que el presidente tomara una decisión drástica, obligándole a aceptar los acuerdos, disposición que dejó muy disgustado al *León de Santa Rita*.

A pesar de las buenas intenciones de Cisneros, no fue fácil reunir los estimados que se hacían necesarios para invadir Las Villas. Pero el sustituto de Agramonte no era hombre que se amilanara, y a los pocos días, su ejército entraba en acción en el potrero del *Naranjo*, contra las fuerzas de los brigadieres hispanos Báscones y Armiñán, a los cuales derrotó decisivamente. Animaba a los cubanos la indignación que había producido, en las filas revolucionarias, los cincuenta fusilados del *Virginius*, realizada por Burrel, gobernador de Santiago, y pelearon como tigres.

Acuchillados desde lo alto, y por lo bajo de las lomas, los españoles se retiraron por el arroyo que cruzaba el potrero, y Gómez, con Antonio Maceo de segundo, comprendiendo que la columna española se replegaba, fue a esperarla al limpio de *Mojacasabe*, y la acabó a machetazos.

Fue tan dura la derrota, que los soldados peninsulares criticaron a sus estrategas. El general Armiñán, modelo de militares, les dijo: "No hay que vituperar ni criticar esta operación, por la sencilla razón de que no era posible llevar a cabo otra. Pero... a que no es capaz Máximo Gómez de vencernos nuevamente, por más que sea él, y me complazco en reconocerlo, lo que más vale de nuestros enemigos".

Un mes después, quiso la providencia que se encontraran nuevamente Gómez y Armiñán en *Las Guásimas*.

¡Cuán equivocado estaba el general español respecto de lo que podía hacer nuestro impetuoso dominicano!

"El espectáculo —escribía más tarde el coronel español Camps— fue terrible... formidable. En el potrero se oía confuso rumor de voces, rozamientos metálicos y golpes sordos, como si fuera a formarse un terremoto. Por entre densa nube de polvo blanquecina apareció confuso tropel, blandiendo relucientes sables, que pronto desapareció para mostrarse de nuevo... Era nuestra caballería —agrega Camps— perseguida por la contraria, más numerosa, salvándose la nuestra de perder la mitad en su arriesgadísima carga".

Para darse cuenta de la magnitud de esta batalla hay que destacar el hecho de que duró cuatro días. Al fin, en la *Cachaza*, Báscones y Armiñán, se retiraron a Puerto Príncipe, y Gómez atacó *San Miguel de Nuevitas* y *Cascorro*, regresando al *Chorrillo*, después del combate de la *Aurora*, donde encontró la muerte su ayudante Baldomero Rodríguez, el héroe inolvidable de *Palo Seco*.

A Bolívar lo engrandecieron sus batallas a lo largo de los Andes. A Máximo Gómez lo habían consagrado sus combates a la altura de Camagüey y de Las Villas, en las estribaciones del *Escambray. Santa Cruz, Palo Seco, La Sacra, El Naranjo, Mojacasabe* y *Las Guásimas*. Rodeado de sus tenientes y capitanes, entre los que sobresale Antonio Maceo, Gómez parecía un soldado de Plutarco, poseído incontenible de la pasión bélica de una guerra sin cuartel hasta lograr la independencia de la Isla. Había un imperio de voluntad tan grande en toda su persona que parecía la estatua de la dignidad y el valor. Su cara de gavilán, su bigote y su pera negrísimas resplandecían en el blanco mate de su pálida piel. Detestaba que lo vieran efusivo y tolerante, y estas demostraciones se desvanecían muy pronto. Bajaba la cabeza, ocultaba el brillo refulgente de sus ojillos penetrantes, y se adentraba en su tienda de campaña a esperar que se desvanecieran aquellos momentos en que sus soldados le habían visto emocionado y débil. Jamás sintió el rencor. Era generoso y noble. En una oportunidad, Céspedes le destituyó, por una supuesta desobediencia. Y acató la orden sin despegar los labios. Cuando aquel adalid, portentoso, lo mandó a buscar, muerto Agramonte, y le recibió en su tienda, para darle el mando, Máximo Gómez, lleno de emoción abrazó al presidente, y le dijo: "Aquí tiene Ud. otra vez a su viejo soldado".

Destinado a sustituir al Bayardo en Camagüey, escribió en su diario: "Los españoles no saben una cosa, y es que Agramonte dejó asegurada la revolución en esta comarca, y les hará tanto daño muerto como se los hizo vivo. Yo he encontrado el instrumento bien templado y mi fortuna estriba sólo en sacarle buenas notas".

Estas intimidades muestran al general Gómez en toda la magnitud de su grandeza. Conocía que tenía detractores y envidiosos de su temple, y se encogía de hombros. Si hubiera dado pábulo a la maledicencia o al chisme; si se hubiera preocupado ante aquellos ataques, unos subterráneos, otros, en campo abierto, se habría malogrado, y con él, acaso, la misma independencia, años adelante; pero Gómez tenía talento, majestad, y sereno entendimiento, y sabía ripostar con el brillo de sus batallas, aunque éstas, por ahora, no lograran los objetivos perseguidos, pues la situación de la revolución era confusa y declinante, y eso él no lo podía cohonestar.

Cubanos y españoles, buscaban cada uno sus finalidades. Los primeros, llevar la guerra a Occidente; los segundos diezmar las tropas mambisas, impidiendo la invasión que podía poner en pie de guerra a toda la Isla. El hecho real, lamentable para Gómez, y para Cuba fue que la invasión quedó detenida, objetivo perseguido por los generales Jovellar y Arminán. Estos habían sido derrotados en el orden táctico, pero quedaban, sin embargo victoriosos, en el estratégico.

Gómez escribió en su Diario, que la invasión había sufrido algún retraso, pero que él no desmayaba en sus propósitos, pues sabía que vencidos los cubanos, en este último esfuerzo, la independencia y la libertad estaban perdidas. Comunicó al gobierno que se proponía realizar la invasión por su cuenta y riesgo, y Cisneros le envió una respuesta severa, en la cual le ordenaba que se abstuviera de tomar aquel camino sin estar debidamente autorizado.

Durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1874, el general Máximo Gómez, presa del mayor nerviosismo se concentró en la finca *La Matilde*, y a principios de 1875, contrariando las órdenes de Cisneros, comenzó de nuevo las operaciones de la invasión. Esta vez contaba con menos tropas, estaba escaso de municiones, y las insubordinaciones de jefes y oficiales, le dañaban grandemente. Junto con los generales Julio Sanguily, ciclópeo en las cargas rápidas, y Manuel Suárez, táctico excelente, atravesó la trocha de *Jácaro a Morón*, y libró los combates de *Río Blanco* y *Manquitas*, en los que el enemigo tuvo más de doscientos muertos y el bravo y rutilante González Guerra se cubrió de gloria.

Cisneros, aún contrariado por aquellas desobediencias, comprendió finalmente que debía apoyar a Gómez y tenerle en cuenta las hazañas que acababa de realizar. La alarma del gobierno español fue grande. Las repercuciones de estos avances a sangre y fuego reanimaron en la Isla los optimismos separatistas.

Durante los meses de febrero y marzo, el general Gómez auxiliado por Francisco Carrillo, Pancho Jiménez, Cecilio González, Miguel Ramos, Ramón

Bonachea, Enrique Loret de Mola (héroe del rescate de Sanguily) Serafín Sánchez, Carlos Roloff y Rafael Rodríguez, éste de su mayor confianza y cariño, consiguió meterse bien adentro de Las Villas, tocando con el pomo de sus machetes los límites de Colón, en la provincia de Matanzas.

El general José Gutiérrez de la Concha, que había sucedido en el gobierno al general Joaquín Jovellar, comprendiendo la gravedad que podían revestir los sucesos relatados, se trasladó a Santa Clara, para tomar allí disposiciones que evitasen los propósitos de devastación que alentaban los rebeldes. A estos fines, ordenó que se constituyera una fuerza armada en todos los ingenios; y el cabildo cienfueguero tomó acuerdos y apropió gastos para pagar bomberos y voluntarios en diversos poblados y puntos estratégicos de aquella jurisdicción.

A mediados de marzo, salió *Titá Calvar* de la residencia del gobierno en Camagüey, para asumir una importante jefatura en la región oriental. Llevaba el encargo expreso de disponer de 400 hombres. Por otra parte, Cisneros disponía que Vicente García alistara 100 hombres del regimiento de Tunas, número tres; y por último, se ordenaba al "inglesito", Henry Reeves, que seleccionara trescientos hombres de infantería y caballería y los enviara con los 400 de Calvar y los cien de García, a Las Villas. Estos ochocientos hombres, entre infantes y jinetes, debían ponerse bajo el mando del general Gómez.

Conforme Calvar, con aquellas disposiciones del gobierno, dió a Gómez seguridades de que se le enviarían los hombres que había pedido a la mayor brevedad posible.

Estos planes se malograron. Vicente García, inconforme con la orden de arbitrar fuerzas para Gómez, se mostró resentido con *Titá* y desobedeció a Cisneros, y acudió en queja a la Cámara. Esta, que en todos los casos se había mostrado celosa de su autoridad, se plegó a las exigencias del caudillo de las Tunas, que proponía un cambio de gobierno y la destitución del presidente.

La actitud de Vicente García tenía raíces. Desde hacía tiempo se hablaba de una conspiración contra el gobierno de Cisneros. El comandante Juan Ignacio Castellanos, había tratado de sublevarse. Limbano Sánchez, designado por Calixto García, para averiguar el asunto, quiso detener a Castellanos. Este se resistió y fue muerto de un tiro, y el hecho, inexplicable, conmovió a la revolución, de un extremo al otro de la Isla. Se acusó a Limbano, que era díscolo y rebelde, a toda autoridad, de asesinato, y quisieron implicar al héroe de Holguín, en el asunto.

Amotinadas las tropas tuneras por Sacramento de León, la autoridad de Calixto fue desconocida. Este se dirigió al gobierno y Cisneros se dispuso a actuar

enérgicamente, pero la Cámara amnistió a los amotinados, dejando a Calixto sin la debida reparación.

Días después, el general José Miguel Barreto, le informó haber recibido unas proposiciones de paz, que resultaban nebulosas, y Calixto, opuesto por completo a todo apaciguamiento, resolvió trasladarse a Bayamo con cuarenta jinetes para aclarar todo el asunto. En el trayecto, seguramente denunciado por algún traidor, fue sorprendido por los españoles, y viéndose copado se disparó un tiro bajo la barba que le salió por la frente, causándole una gravísima herida, dejándole una cicatriz en forma de estrella, como la de la bandera de su patria, que era y seguiría siendo el norte de su vida.

La aprehensión de Calixto García, y sus intentos de suicidarse, dieron lugar a un episodio que pinta el carácter heroico de la mujer cubana. Cuando comunicaron a doña Lucía Iñiguez, madre del general, que éste había caído en manos de los españoles, no quiso creerlo. Pero al conocer oficialmente la noticia, y que su hijo había tratado de quitarse la vida, antes de ser preso, la venerable matrona, exclamó orgullosa: "¡Ah... Entonces ese sí es mi hijo Calixto... Muerto, antes que rendido!"

La revolución de Yara, con la pérdida de Calixto García recibió un golpe terrible. Aunque el héroe de Jiguaní, no había estado afortunado en los últimos meses de la guerra, era nuestro mejor estratega. Había lanzado victoriosamente sus tropas sobre *Guantánamo, Cambute, Santa Maña* y *Melones*, y ocupado en Holguín, la propia *Periquera*, que los españoles habían considerado siempre inexpugnable.

A principios de 1876, fecha en que Jovellar tomó posesión, por segunda vez, del mando de Cuba, las fuerzas que había dejado Valmaseda, en su también segundo mando, de las que a su vez recibió de Concha, habían sido considerablemente aumentadas a virtud de la insistencia con que las había pedido Valmaseda al rey Alfonso XII. Estas nuevas tropas, algo más de 25,000 hombres, habían comenzado a llegar, y estimábase su cupo total en 72,000 soldados, sin contar los voluntarios que pasaban de 50,000.

Jovellar concentró los mandos en cuatro divisiones, uno en Oriente y otro en Camagüey, y dos en Las Villas: Sancti Spíritus, al mando del brigadier Baile, y Santa Clara al del general Manuel Armiñán. Además, Jovellar organizó una brigada, con base en Colón, a las órdenes del brigadier Rodríguez Rivero, y circuló instrucciones concretas de que no se hicieran prisioneros en las filas mambisas, y se pasaran por las armas, sumarísimamente, a todos los que cayeran en poder de las tropas, dando "partes de muertos".

Contra estas fuerzas formidables se enfrentaba Máximo Gómez, en momentos en que, rota la disciplina del ejército cubano y debilitado el gobierno por problemas políticos intestinos, los libertadores carecían de cohesión. No es pues de extrañar, que en el combate del *cafetal González*, a fines de febrero, el general Jovellar derrotara a Máximo Gómez, y marcara este desastre el inicio del fin de la memorable guerra de los Diez Años.

XL

LAS LAGUNAS DE VARONA

El 26 de abril de 1875, en un lejano rincón de Oriente, conocido con el nombre de *Lagunas de Varona*, el general Vicente García, se pronunció contra el gobierno de Salvador Cisneros.

Vicente García era un patriota probado, peleador invencible y enamorado de la libertad, pero como todos los que tienen madera de caudillo, un personaje incapaz de esperar que el tiempo, las circunstancias o los hechos, le otorgaran ese caudillaje por caminos normales o legítimos, que no violentaran los acontecimientos y barrenaran las leyes, promulgadas entre los asociados para una empresa política o revolucionaria, a las que se debe el respeto de los juramentos prestados.

Su feudo, las Tunas, donde había nacido, era el teatro excepcional de sus hazañas. Allí adquirió tal prestigio militar que, en los peores tiempos de la revolución, mereció del conde de Valmaseda los calificativos de "el mejor organizador y el más osado de estos guerrilleros".

Respaldado por el brillo y la gloria de sus combates más recientes, la *Zanja*, el *Guamo* y *Punta Gorda*, que proporcionaron a la revolución cantidad de recursos bélicos arrebatados a los españoles, Vicente García reunió a sus amigos y les informó del plan subversivo contra el gobierno. Entre todos sus partidarios, uno de ellos, Modesto Díaz, armado por la fraseología de una sinceridad fecunda y previsora, se opuso resueltamente, diciéndole: "Por Dios, general García, no haga Ud. eso. Todos los pueblos tienen un pomo de veneno, y guardándolo tapado no hace daño, pero que destapándolo no traen más que lutos y sangre. Cuba, tiene el suyo, y Ud., general, va a destaparlo. Algún día le pesará".

Modesto Díaz, sencillo y humilde, pero bravo entre los bravos, fue desdeñado por Vicente, que no hizo caso de aquel admirable consejo transido de la más pura psicología popular. Y continuó hacia delante.

El doctor Bravo Senties, instigador intelectual de la sedición, presentó a la asamblea de los complotados un manifiesto y un programa, y ésta, ciegamente, le otorgó su aprobación. Se pedía la reforma de la Constitución, la modificación de varias leyes, la elección de un nuevo presidente y de una nueva Cámara, la creación de un Senado y la unificación de todos los mandos militares.

Cisneros, reunía en su persona cualidades extraordinarias. Valor, serenidad. Y sobre todo, talento político. Trató de evitar su destitución, y se presentó, sin más compañía que su guardia personal, en el campamento de *Las Lagunas*, para trasmitirle órdenes al general rebelde. Pero Antonio Bello, salió a recibirle, y le hizo saber "que en el orden personal se le estimaba altamente aunque sus disposiciones como presidente no serían acatadas. Cisneros se retiró y ofreció entonces su renuncia.

Nuevamente apareció nimbado por la limpieza de sus procedimientos el general Gómez. Llegó de Las Villas y solicitó una entrevista con el general García. Este la concedió de mal talante. El héroe de *Las Guásimas* usaba un lenguaje previsor, patriótico, como el de Modesto Díaz. Vicente apenas contestaba, encerrado en un mutismo que interrumpía con monosílabos. Alto, inmutable, la copiosa melena flotando al aire, concluyó por callar del todo, dejando que Gómez agotara su largo repertorio de razones, y después clausuró la conversación que había sido prácticamente un monólogo, con una negativa tajante.

Censurado por sus colegas, se defendió atacando a sus opositores, táctica predilecta de los que no tienen argumentos de convencimiento. Decía que le combatían los perturbadores, y que él solo perseguía el bien de su patria y la unificación de la revolución.

—Faltaría a mis deberes, más imprescindibles —alegaba— si no tratase de combatir y desvirtuar las suposiciones criminales con que cubanos extraviados, algún extranjero ingrato, y varios jóvenes inexpertos, tratan de manchar nuestra patriótica y pacífica actitud.

La Cámara designó a Eduardo Machado y a Ramón Pérez Trujillo para entrevistarse con el general. Lo encontraron violentísimo. Decidido a todo. Las negociaciones se suspendieron. Las perspectivas eran sombrías. Pero al fin se reanudaron nuevamente. Un discurso elocuentísimo de Manuel Sanguily, abogando por el arreglo normal de aquella crisis, emocionó tanto al general García, que como todos los caudillos poseía una honda veta emotiva, que lo interrumpió:

—Bueno, yo no quiero servir de estorbo; menos en lo de Cisneros, estoy dispuesto a acatar lo que resuelvan los presentes.

Salvador Cisneros comprendió su posición, y ratificó su renuncia, y la Cámara, eligió presidente interinamente al diputado Spotorno, que tomó posesión el 29 de junio de 1875.

XLI

PRESIDENCIA DE TOMAS ESTRADA PALMA

Juan Bautista Spotorno se propuso llenar su cometido de la mejor manera. Confirió el mando único de Camagüey y Oriente a Vicente García; convocó a elecciones generales; nombró a Estrada Palma, secretario de Relaciones Exteriores; y se dedicó con el mayor entusiasmo, a proporcionarle a Máximo Gómez los refuerzos militares y bélicos que éste necesitaba en Las Villas para hacerle frente a las embestidas del general Jovellar.

No eran saludables los rumores que se escuchaban en los campos de Cuba libre; la moral del ejército libertador había sufrido considerablemente; las tropas de Camagüey protestaban contra el general García, que carecía de tacto; y, desde aquel episodio lamentable que le costó su libertad a Calixto García, se hablaba mucho de paz, aun entre los mismos rebeldes.

Reunido el gabinete, el presidente Spotorno, con la autorización de aquel, dictó un decreto condenando a muerte a todo el que se presentara en campamentos y bateyes con proposiciones de paz.

"Después de siete años de guerra —decía el decreto— es imposible que se desconozca nuestra firme resolución de rechazar la dominación española, y de obtener inquebrantablemente la independencia. En consecuencia, se ha dispuesto que sean juzgados como espías aquellos individuos que, procedentes del campo enemigo presenten de palabra o por escrito proposiciones de paz fundadas en base de no ser absoluta la soberanía del pueblo cubano, decidido a vencer o a morir".

Nueve meses duró la presidencia interina de Spotorno. El 29 de marzo de 1876, renovada la Cámara de Representantes, fue elegido presidente de la República en armas, Tomás Estrada Palma.

Al hacerse cargo del poder Ejecutivo, el criterio de las élites dominantes había variado sustancialmente. Se admitía lo defectuoso del sistema establecido. Se trataban de enmendar errores. Se comprendía, por fin, la necesidad de militarizar la guerra, de unificar los mandos, y de reorganizar la estructura gubernamental. Pero ya todo era tarde.

Tan de prisa marchaba Estrada Palma, tenaz opositor de Céspedes, por aquellas mismas razones, que Máximo Gómez creyóse en la obligación de hacer declaraciones diciendo que no veía con gusto el militarismo, pues éste resultaba siempre pernicioso en épocas de paz.

Estrada Palma renovó el gabinete y dió entrada en el mismo a dos de sus amigos más cercanos, Francisco La Rua y Ramón Roa, inspirados poetas ambos. Modesto Díaz se mostraba disgustadísimo. ¿Qué pueden hacer dos poetas en estas circunstancias? —se preguntaba—. Su ingenua psicología corría pareja con sus hondas preocupaciones políticas. Peleador de nacimiento, guerrero de raza, sentó sus reales en la Sierra Maestra, y sólo descendía de ella para apresar convoyes enemigos y apoderarse de las armas y municiones del adversario en la pelea. Grande hombre, obediente y fiel, de una lealtad suprema a la revolución y sus más puros ideales, llegó a conocer aquellas montañas y picachos, aquellas cumbres y serranías, de tal manera, que los españoles, desistiendo de perseguirlo, hubieron de apellidarle el *Jabalí de la Sierra*.

La tarea de Estrada Palma no tenía reposo y se sentía abrumado. Todos los días se presentaban graves problemas, renovados al sol siguiente. Las armas, había que arrebatárselas al contrario; las pugnas y las inconformidades no cesaban; y la desorganización y ausencia de las expediciones, era casi absoluta. Por último, una tendencia peligrosísima se mostraba en alza. Muchos jefes militares pedían permiso para salir al extranjero a atender asuntos de familia, y no regresaban.

Estrada Palma estaba cosechando las amarguras del poder, mucho más fluidas y pertinaces que sus satisfacciones. Hasta Antonio Maceo, jamás inmiscuido en la política, lucía inconforme, y Bartolomé Masó, el glorioso manzanillero, triunfante en la batalla de *Caobal*, exponía sus quejas, con la moderación que su patriotismo y la situación le aconsejaban.

A poco surgieron líos y problemas. Estando Máximo Gómez de campamento en Las Villas, el doctor José Figueroa, jefe de una brigada sanitaria, desafió al general Julio Sanguily, so pretexto de que éste lo había mirado con insolencia retadora. Julio aceptó el duelo y puso condiciones que no fueron aceptadas y ambos quedaron, desde entonces, gravemente enemistados. Así las cosas, días después, en el momento de batir marcha para fraccionarse las tropas correspondientes a Las Villas y al Camagüey, Figueroa injurió a Julio, que estaba herido en una hamaca, y al recibir un mandoblazo de Manuel Sanguily, que salió en defensa de su hermano, el belicoso doctor, esquivando el golpe, echó mano del revólver y disparó contra Julio, que escapó ileso de milagro.

El general Gómez arrestó a los contendores, y creyó resuelto el caso. Pero

los acontecimientos que sucediéronse inmediatamente le desilusionaron. El prefecto Angel Mayo, y el teniente Felipe Rodríguez, de buenas a primeras, la emprendieron a tiros en el propio campamento, y Gómez dispuso su castigo. Mas los revoltosos estaban amparados por el general Roloff, y éste, insubordinándose, exigió al héroe del *Naranjo* la entrega del mando. Antes que pelear con sus hermanos, dividida como estaban las tropas, Gómez accedió, y salió en busca del gobierno.

Estrada Palma no pudo solucionar este conflicto, que privaba a la revolución de uno de sus más grandes soldados. Para no tener que definir la conducta impropia de Roloff, que merecía un castigo, envió a Julio Sanguily al extranjero, con la orden de reorganizar el departamento de expediciones, y situó a Máximo Gómez en la secretaría de la guerra, en sustitución de La Rúa, designando a Vicente García, que no lo deseaba, jefe de occidente, y asumiendo él, Estrada Palma, el cargo de general en Jefe del Ejército, a lo que jamás se atrevió Carlos Manuel de Céspedes. "Todo esto —decía filosóficamente Gómez— lo he aceptado para que no me digan desobediente".

A fines de 1876, la revolución de Yara estaba moribunda. Vicente García no cruzó la trocha y repudió la jefatura occidental.

La Cámara lo conminó y el caudillo de *Las Lagunas*, se sublevó en Santa Rita y presentó un nuevo plan de reformas, pidiendo el cese de Estrada Palma. La Rua le escribió un carta hermosísima. "¡Cuánto me duelen sus extravíos, general! ¡Qué daño le está Ud. haciendo a la patria!"

Vicente no se detuvo. Escribió a Maceo tratando de conquistarlo, y éste le contestó. "No, general, se equivoca Ud. Yo nunca apelaré a la rebelión y al desorden para hacer uso de mis derechos".

La sedición de Santa Rita abortó. Vicente García no pudo sumarse elementos bastantes para deponer al presidente, esta vez. Pero Estrada Palma fue demasiado benévolo y esta debilidad provocó mayores desórdenes e indisciplinas. Al comunicarle a los villareños que no contaran con la presencia y jefatura de García, rogó a Máximo Gómez se trasladase a Oriente y le informara la situación exacta de aquel territorio. Encontró a su colaborador y amigo entrañable, descontento, desanimado, pesimista. Quería dimitir, retirarse. El no era político y rechazaba aquellas componendas y debilidades que no se avenían con su carácter. Estrada Palma reiteró sus ruegos.

· Gómez rectificó. Comprendió que no debía crearle al presidente más conflictos.

Es doloroso seguir a Máximo Gómez, a través de campos y montes,

esquivando las fuerzas sediciosas, temeroso de que no acataran su autoridad. Finalmente, luego de muchas vicisitudes, se reunió con Maceo. Lo encontró dispuesto, entero, decidido. "Diga, general, lo que hay que hacer". Después de muchos incidentes y peligros ambos proceres lograron salvar lo poco que quedaba de las tropas rebeldes.

XLII

EL PACTO DE ZANJON

El 3 de noviembre de 1876, después de haber restaurado en Sagunto, la monarquía de los borbones, en la persona de Alfonso XII, vino a Cuba, como jefe de operaciones militares, el mayor general Arsenio Martínez Campos, que conocía la Isla, como sabemos, por haber sido jefe de estado mayor del temido Valmaseda.

Recio y pesado de cuerpo, pequeños los ojos, luengo y poblado el bigote y la perilla, se dió a la tarea de pacificar a Cuba, sin dilaciones ni premiosidades. Recorrió la Isla. Alguien dijo que Martínez Campos hacía la liebre, y la frase cayó en gracia en los cuarteles.

Su viaje le permitió conocer el estado interno de la Revolución. Las pugnas existentes entre los cubanos. La ausencia de una figura que uniera. La falta de un jefe acatado y respetado.

Su primera preocupación fue defender y rehacer las propiedades embargadas o destruidas. Copiando a Valmaseda, en los primeros momentos, decidió comprar al que quisiera venderse, y puso precio hasta a los caballos y las monturas. Sobradamente inteligente, conocedor del terreno que pisaba, comprendió que esta política era antipática y la canceló. Abrió la mano, perdonó a presentados y sospechosos; ordenó libertades, sobreseyó causas y sumarios, devolvió bienes a viudas y huérfanos; refrenó en lo que pudo, las persecuciones y represalias, ató corto a los voluntarios, vistos con repugnancia por los propios peninsulares, y prometió en nombre de Alfonso XII, reformas políticas que situarían a Cuba en el grado de civilización y de progreso a que aspiraban sus hijos. En un medio desfallecido, desesperado, como el de la Isla, entonces, el perdón, la indulgencia, el indulto y la gracia, operaron como disolventes eficasísimos, y la guerra entró en franco período de decadencia, amenazando a poco ruina definitiva.

La acción pacificadora de Martínez Campos, se prestó a timos como el del sedicente obispo de Haití, Pope, pillo redomado, que engañó o pretendió engañar

a Estrada Palma; pero se dejaba sentir, y aunque el gobierno revolucionario realizaba esfuerzos gigantescos para detener las presentaciones, éstas cada vez eran mayores. En estas circunstancias, el presidente Palma mandó a buscar al general Gómez y le dijo que tanto él como la Cámara deseaban que asumiera la jefatura del ejército. Gómez, se excusó. Sus argumentos eran válidos. "Tengo la certeza Tomás, de que nadie puede salvar ya esta guerra. Por otra parte, mi nombramiento provocaría nuevas luchas, nuevas disensiones, en esta oportunidad más graves".

A mediados de 1877, Estrada Palma decidió salir en busca del general Antonio Maceo, recientemente ascendido a divisionario, que se encontraba peleando en unión de Modesto Díaz, en las estribaciones de la Sierra Maestra. En el camino, un jinete empolvado le entregó un pliego de Máximo Gómez. A juicio de éste, Esteban Varona, Antonio Bello, Jaime Santiesteban y Alonso Rivero, habían violado el decreto Spotorno. Sometidos a consejo de guerra sumarísimo, por órdenes de Estrada Palma, resultaron condenados a muerte.

Varona, Castellanos y uno de los prácticos fueron ejecutados, y Bello logró fugarse, mientras se tramitaba un recurso de apelación.

La ejecución de Varona, distinguido y querido camagüeyano, causó dolorosa repercusión, y los críticos del gobierno lo consideraron un verdadero asesinato. Estos actos, contrastaban con los pacíficos procedimientos de los españoles, por órdenes de Martínez Campos.

Once días después del fusilamiento de Varona, Estrada Palma —dice Ramiro Guerra— tuvo la buena suerte de ser hecho prisionero en *Las Tasajeras*, por una columna española al mando del coronel Mozo Viejo, que lo remitió a Holguín, y de aquí se le envió prisionero al castillo de Figueras, en Barcelona.

La buena suerte, cabe decir —agrega Guerra— porque el presidente Estrada Palma pudo haber sido muerto, o se hubiera visto en la necesidad de capitular, pocos meses después, como otros muchos patriotas, negociando con el enemigo sobre bases que no comprendían la independencia, delito por el cual ordenó la ejecución de Varona y Castellanos.

La captura de Estrada Palma prácticamente puso fin a la guerra. Le sustituyó el mayor general Francisco Javier de Céspedes, hermano del mártir de *San Lorenzo*.

A fines de 1877, la situación se hizo más grave y Francisco Javier dimitió. La Cámara eligió presidente de la República al general Vicente García. Por una de esas ironías de la política, el eje de esta designación fue el Marqués de Santa Lucía. "Era el último esfuerzo que nos quedaba por hacer para lograr la

unificación de las huestes revolucionarias —decía Cisneros".

Al mismo tiempo que el general García era investido con la primera magistratura de la revolución, la Cámara designó un comité de paz y éste iniciaba conversaciones con Martínez Campos, y el 8 de febrero de 1878, en el Zanjón, se suspendieron las hostilidades. En pocas semanas la capitulación de las fuerzas rebeldes fue casi absoluta. Sólo quedaron peleando, sin acatar el pacto, Vicente García, Antonio Maceo y Ramón Leocadio Bonachea.

XLIII

LOS MANGOS DE BARAGUA

El general Martínez Campos conocía muy bien a los cubanos y sabía que los insurrectos abandonaban la lucha porque no tenían en ese momento otra solución, aunque en realidad no se sentían espiritualmente vencidos.

Por su parte, el general Jovellar, gobernador a la sazón, pensaba también que la Isla no podría conservarse para España. "Esto no es más que una tregua —escribía a Madrid—. El país en su totalidad es insurrecto, y de las raíces de esta guerra saldrá otra".

Antonio Maceo, que desde entonces se ganó el título de Titán, repudió el pacto del Zanjón, y se rebeló en los *Mangos de Baraguá*. Martínez Campos le pidió una entrevista y Maceo la concedió. Lo cortés no quita lo valiente. Llegó el afortunado soldado de Sagunto y del Zanjón, desposado siempre con la victoria, y quiso mostrarle a Maceo el documento contentivo del pacto. Y éste con acritud y energía le dijo:

—Guarde Ud. ese documento, que no queremos saber de él.

—Entonces, ¿no nos entendemos?

—No. No nos entendemos.

Los protestantes de *Baraguá*, aprobaron una brevísima constitución. Eligieron presidente a Titá Calvar, general en jefe a Vicente García y de Oriente a Maceo. Martínez Campos ordenó a sus tropas que no entraran en acción contra los cubanos. Cuando estos caían prisioneros se les ponía en libertad, y los soldados españoles daban vivas a la paz.

Era muy difícil crear el espíritu de la guerra, cuando ésta acababa de morir;

los campos de Cuba, con sus tardes soleadas, sus noches de luna, y su cielo azul, no invitaban a la revolución sino a la paz, rendidos los cubanos de cansancio y de fatiga.

El gobierno de Baraguá quiso salvar la vida de Antonio Maceo, reserva luminosa de la rebeldía futura, y lo envió a Jamaica en busca de recursos. Martínez Campos, viejo zorro, astuto y sagaz, facilitó el viaje. Maceo llegó a aquella isla y abrió una suscripción para continuar la guerra, y se recogieron cinco chelines, o sean diez reales fuertes; y sólo se inscribieron para venir a Cuba siete hombres.

Al conocerse en la Isla el fracaso de Maceo, se disolvieron los grupos armados que aún deambulaban por los campos, entre estos, el del general Bonachea; y el gobierno de Baraguá acordó acogerse a la paz.

Era el mes de mayo de 1878. La Guerra de los Diez Años se había terminado. Y una nueva época se abría al horizonte sangrante de la patria.

OCTAVA EPOCA
AUTONOMIA E INDEPENDENCIA
1878 -1899

XLIV

LA GUERRA CHIQUITA

Terminada la guerra, con la rendición del último rebelde (Jesús Rabí), el general Martínez Campos se dirigió a la Habana, y ocupó en propiedad el cargo de gobernador de la Isla, que puso en sus manos el general Jovellar.

La llegada del pacificador, despertó inmenso entusiasmo, entre los peninsulares. Se dijo que la capital jamás había presenciado un recibimiento semejante. Don Pedro González Llorente, uno de nuestros más grandes jurisconsultos de todos los tiempos, en un banquete-homenaje que al restaurador de Sagunto le fue ofrecido por el Comité que de antiguo presidía don José Ricardo O'Farrill, dijo "que en el pacto había muerto nuestra calidad de colonos".

La etapa que se inicia a partir de la paz del Zanjón es una carrera entre autonomistas y separatistas, que aquéllos no podían ganar porque luchaban contra dos enemigos: Cuba y España.

Por su origen, por su forma y por su fondo, el pacto del Zanjón, representaba una declaración oficial del pueblo cubano, frente al poder secular de la Metrópoli, enfrentada de ahora en lo adelante a un estado de conciencia colectivo, profundamente arraigado entre los cubanos, o mejor dicho entre su inmensa mayoría.

La carrera entre autonomistas y separatistas, se inicia, inmediatamente de firmada la paz, con la constitución del partido Liberal, y la incubación de la "Guerra Chiquita".

Los fundadores del partido Liberal (José María Gálvez, Juan B. Spotorno, Miguel Bravo Senties, Emilio Luáces, Antonio Govín, José María Zayas y Ricardo del Monte) constituyen una amalgama de revolucionarios arrepentidos, antiguos reformistas, y hombres nuevos, que veían en la Autonomía la superación de los problemas cubanos, y el principio del *self-goverment*. Su programa se basaba en cuestiones políticas, sociales y económicas.

Libertades individuales; igualdad entre cubanos y españoles; extensión de

las leyes municipales, provinciales y electorales a la Isla; leyes especiales de gobierno, es decir, la Autonomía; aplicación de los códigos civiles, mercantiles, penales y de procedimientos, garantizando la recta interpretación de la justicia; abolición escalonada de la esclavitud mediante indemnización; reglamentación del trabajo, asegurándoles a los libertos la subsistencia y educación; y ampliación de la inmigración blanca.

En el orden económico hicieron suyo el programa que hacía más de diez años habían presentado a la Junta de Información reformistas e integristas, añadiéndole la novedad de poder concertar tratados de reciprocidad con los Estados Unidos.

Gálvez, periodista intencionado y hábil orador político y forense, presidía el partido, y aspiraba a que tuviera el carácter de una organización "local, evolucionista y legal"; sus dos bases esenciales —a su juicio— descansaban en la "unidad nacional y en la libertad. "Recordad —decía Gálvez— que está cerrado, irrevocablemente cerrado, el camino de la revolución; y que nos hemos agrupado, dentro de la nacionalidad española, para conquistar por los medios legales, la libertad y la autonomía...".

Apenas tenía unos días de existencia el partido Liberal, cuando surgió la Unión Constitucional, dirigida por José Eugenio Moré, para combatir las ideas autonomistas. Uno, propugnaba la libertad dentro de España; otro, la sumisión a España...

Iniciada la lucha entre "españoles libres" y "españoles sumisos", los primeros proclamaron la emancipación de los esclavos, y añadieron, abiertamente, la palabra autonomista al partido, para significar que estaban decididos a reclamar un régimen parecido al del Canadá, respecto de Inglaterra.

Por Real Decreto de junio de 1878, se crearon las seis provincias en que hoy se divide la Isla de Cuba; por ley del Congreso, en Madrid, de enero de 1879, se organizaron las diputaciones y el sistema electoral, para celebrar elecciones en Cuba, de acuerdo con el Pacto del Zanjón. En 1881, se promulgó la constitución de 1876, y la ley de reuniones públicas. Después, el código civil, el de comercio, la ley de asociaciones, la de Enjuiciamiento criminal, la ley hipotecaria y su reglamento, la ley de imprenta, las municipales y provinciales. Y la que abolía la esclavitud gradualmente, que no se cumplió, por el momento, requerida de un reglamento, que se demoró bastante en elaborarse.

Indudablemente, el partido autonomista llenaba un vacío en la vida civil y política de la colonia. Componía un conjunto, pocas veces mejorado. Abogados distinguidos, médicos sabios, profesores eruditos, hacendados modestos; gente

de verdadero arraigo en el país. Sobresalía, entre todos sus componentes, don Rafael Montoro, príncipe de la tribuna cubana de todas las épocas. No pretendía imponer. Aspiraba, por la razón, a convencer a sus conterráneos.

De todas las posiciones, que pueden ocuparse en política, o dentro de un proceso revolucionario, la peor es la del medio. El centro no es garantía cuando viven en la ebullición y en el desespero los extremos. Los autonomistas, pese a la buena fe de sus expositores, confrontaban los ataques de las dos partes. Para los integristas, disfrazados de constitucionales, eran unos "hipócritas sostenedores de las oligarquías". Para los separatistas, unos esclavistas, representantes de la humillación política, que desdeñaban a la "masa inteligente y creadora de blancos y negros, amantes de la libertad y de la república".

En las primeras elecciones, celebradas conforme a una legislación por la que jamás los autonomistas podrían ganar, los liberales obtuvieron siete escaños en el congreso de los diputados, y tres senadores, en la Cámara Alta. Los constitucionales, visiblemente más débiles, diez y siete escaños camerales y trece senatoriales. Pero la impresión que causaron los cubanos en el congreso fue extraordinaria. Es fama que después del primer discurso de Montoro, un diputado español exclamó: "En una hora el señor Montoro nos ha dado a conocer los graves problemas de Cuba mucho más que cuanto nos han dicho aquí en cincuenta años".

Aunque los liberales, en el dilema autonomía o independencia marcaban el paso, los separatistas trabajaban febrilmente por encender de nuevo en la Isla el fuego de la revolución y de las verdaderas libertades públicas.

El jefe de la nueva guerra era Calixto García, al que la paz del Zanjón le había abierto las puertas de la prisión y residía ahora en Nueva York. Aunque los separatistas estaban entonces, profundamente divididos, y se acusaban unos a otros de deslealtades y apostasías —proceso del que no escapó ni el general Máximo Gómez, que vióse obligado a publicar un opúsculo, en su defensa— el mensaje de Calixto encontró eco en las emigraciones, y se formó un Comité Revolucionario en Nueva York, del que vino a formar parte José Martí, que había sido desterrado de Cuba, en 1879.

Después de un largo proceso de contradicciones y de choques personales, que no constituyen el objeto de este libro, el 26 de marzo de 1880, a las diez de la noche, abandonó las costas americanas de *New Jersey*, el general Calixto García, a bordo de la goleta *Haskel*, rumbo a los campos de Cuba. A última hora prescindió del general Antonio Maceo, y confió el mando de la expedición a Oriente, al brigadier Goyo Benítez.

Historiadores y biógrafos han querido ver en esta decisión del general García, un creciente temor a la popularidad de Maceo. La realidad es otra muy distinta y se halla en los propios papeles del conquistador de *La Periquera*. "Compañero —le escribe a Maceo— yo he dispuesto la salida de Benítez antes que la de Ud. porque como los españoles han dado en decir que la guerra es de raza y aquí los cubanos blancos tienen sus temores, no he creído conveniente que Ud. vaya primero porque se acreditarán los supuestos, aunque Ud. sabe que yo que le conozco, no soy capaz de creer tal cosa".

Desembarcado Calixto, después de un largo y accidentado viaje, de malos presagios, en un lugar situado entre *Aserradero* y *Cojímar*, en la vertiente sur de la Sierra Maestra, lanzó la proclama que le había escrito Martí.

El general comenzó "su fatigoso ascenso de la Sierra y trató de encaminarse al antiguo escenario de sus grandes victorias". Días antes, se habían rendido Moncada, José Maceo y Quintín Banderas, que ignoraban el desembarco.

La tenaz persecución de los soldados españoles, redujo la tropa de Calixto a tres combatientes. La falta de municiones, el hambre, el desaliento, la amargura del desastre, le hicieron entregarse en manos de sus adversarios. Y el 3 de agosto entró en Bayamo, prisionero de guerra. En Las Villas, depusieron las armas Pancho Carrillo y Serafín Sánchez. Emilio Núñez, último rebelde, no quería rendirse. Y Martí, en una carta admirable, le aconseja. "Deponga Ud. las armas Núñez. No las depone Ud. ante España, sino ante la fortuna".

El fracaso de la *Guerra Chiquita* dejó grandes rescoldos, que sólo el tiempo podría disolver. Máximo Gómez, la consideró vencida de antemano, y Maceo sintiéndose justamente herido por aquella carta se había retirado. Pero la razón fundamental de este fracaso, se atribuyó al notable auxilio que el partido Liberal Autonomista prestó a la causa de la Metrópoli. Rafael Montoro y Enrique José Varona, aseguraban que el camino de la Isla estaba en ganar la autonomía. "Esta ayuda —decía el general Blanco, gobernador de Cuba— ha sido más eficaz que veinte batallones en línea". Y el general tenía por qué saberlo. La Metrópoli había movilizado para sofocar la revolución muy cerca de veinte y cinco mil hombres.

XLV

JAMAS, JAMAS, JAMAS

La derrota, convenció a los separatistas de que por el instante era imposible armar el brazo de la guerra, y dió oportunidad a los autonomistas para robustecerse en la opinión pública.

Desde el primer momento, los directores del autonomismo comprendieron que el problema era complejo. Si Cuba era diferente a la Península, necesariamente su gobierno debía ser autónomo. Pero esta cuestión podía entederse de dos maneras. Una, concediendo a Cuba su régimen local. Otra, aplicando a la Isla íntegramente las leyes de la Metrópoli, sin más modificaciones que las que exigiera el pacto del Zanjón.

La Metrópoli incumplió sus promesas. La existencia, en la Isla, de dos partidos incongruentes, representaba un impedimento insalvable. La Unión Constitucional se oponía al régimen autonómico. Su representación en las Cortes fue siempre mayor que la de los liberales. Estos, por lo tanto, resultaban en el Congreso, la famosa aguja perdida en el pajar. Los autonomistas, no siéndolo, eran juzgados como un instrumento opuesto a la unidad nacional. Si no podían convencer al Parlamento para que éste concediera la autonomía, servirían, en definitiva, a los separatistas, que aprovecharían su fracaso.

No hay ejemplo de marullería política más evidente que el practicado por don Antonio Canovas del Castillo, primer ministro español, en el caso de los autonomistas. Como éstos, desde los primeros momentos, exigieran el cumplimiento de las bases del Zanjón, en las que vivían implícitamente las reformas, Cánovas como jefe del partido conservador, decidió diabólicamente entregarle el poder a Martínez Campos, para que éste, autor del pacto, fuera quien resolviera el problema.

Don Rafael María de Labra, en el congreso de los diputados, en julio de 1879 emplazaba al gobierno. Aseguraba, "que si en la próxima legislatura los proyectos de reformas no viniesen, él (Labra) anunciaba desde ahora la resolución formal de plantear virilmente en el seno de las cortes todas las cuestiones ultramarinas". Naturalmente, Don Arsenio nada pudo hacer. Y la autonomía experimentó su primer desaire.

Iniciada esta polémica, que habría de durar veinte años, el 5 de marzo de 1880, don Práxedes Mateo Sagasta, jefe de los liberales ibéricos, definió el alcance del artículo 89 de la Constitución del 76, en relación con las provincias de Ultramar. Sus palabras encendieron los faros de la esperanza, al reconocer que debían acordarse las leyes especiales que regirían en Cuba y Puerto Rico, después de promulgarse la expresada constitución, y que los diputados de ambas colonias, podían y debían tomar parte en la elaboración de aquellas leyes. "¿Y si no fuera así, qué harían aquí los diputados de Cuba y Puerto Rico? Fuera tan absurdo —agregaba Sagasta— que yo diputado cubano no aceptaría jamás semejante representación".

Sagasta no jugaba limpio, o se arrepintió más tarde de sus promesas. Su

ministro de Ultramar, don Fernando León y Castillo, declaró más tarde que el pacto del Zanjón había sido un error. Presionado, por la representación autonomista, el 7 de abril de 1881, declaró: "¿Autonomistas, nosotros? — Jamás, jamás, jamás". Y contestando una interrupción del cubano José Ramón Betancourt, definió la autonomía, como una verdadera desgracia. "Es una forma de gobierno —agregó— que el ministerio y el ministro de Ultramar consideran funesta".

Si los conservadores no querían la autonomía, ni los liberales tampoco. Si Cánovas le daba largo, y Sagasta, o mejor dicho, su ministro de Ultramar, la consideraba una catástrofe, ¿de qué modo pensaban los cubanos obtenerla?

El forcejeo parlamentario comenzó en seguida. "Con motivo de una situación de fuerza creada en Cuba por la prisión y deportación del periodista español Francisco Cepeda, director de la revista *Económica*, afiliada al partido liberal cubano, la Junta Magna de los autonomistas tomó acuerdos radicales, y pidió entre otras cosas la libertad de los esclavos y el cese del patronato. Estos acuerdos provocaron un famoso artículo de don Antonio Govín, publicado en *El Triunfo*, órgano del autonomismo, que a Labra le pareció el mejor programa, y que tuvo la virtud de sacar de sus casillas a los constitucionales, que exigían se le formara a Govín una causa criminal. Desde este instante, Cánovas, Sagasta, Silvela, Becerra, León y Castillo y Romero Robledo, comenzaron a mirar a los autonomistas como separatistas vergonzantes, y formaron el criterio de que toda reforma constituía un paso hacia la independencia, y el diputado integrista Amblard, lo aseguró en un libro, publicado a raíz del fracaso de toda aquella etapa."

El estado permanente de rebeldía cubana, en la Isla, y entre los desterrados, provocó en el congreso de los diputados, el 24 de junio de 1884, un discurso de Cánovas, con motivo del proyecto de contestación al mensaje de la corona. Los constitucionales cubanos, habían presentado una enmienda a fin de obtener para Cuba la rebaja de los presupuestos, el cabotaje entre la península y la ínsula, y la reducción de las tarifas aduanales sobre el azúcar, el tabaco y los vinos españoles, y la revisión de las deudas.

Cánovas veía llegar el ciclón, y se puso de pie. "O yo mucho me equivoco —dijo— o todos estamos de acuerdo con el espíritu de esta enmienda". Labra, con su acostumbrada elegancia verbal puso una banderilla en los lomos intelectuales del *Monstruo*. Y éste consideró oportuno recogerla. "S.S. ha olvidado una cosa y es la realidad nacional. Todo eso que ha dicho el señor Labra, puede decirse, olvidando que existe una España, una nación creada que no puede deshacerse en un día".

Encaminado el discurso de Cánovas a definir lo que era una nación ("una grande e histórica combinación de intereses") exponía con claridad, si no en la forma, sí en el fondo, más que la posibilidad de las reformas, sus temores a lo que contemplaba en la lejanía. A su conciencia de historiador y de filósofo, no podía escapársele que una ley política ineludible situaba la independencia de Cuba como culminación de ese proceso de reformas. Pues si la nación, como él mismo la había definido, estaba constituida por el conjunto de sentimientos y antecedentes, formados por los años, nadie podía discutirle a los cubanos, que dentro de ese propio proceso, habían ido plasmándose como tales, que estaban ya constituidos en una nación que aspiraba a su independencia. Quizás la concesión de la autonomía dilatara ese proceso. Pero Cánovas no lo creía así, en su fuero interno. Y se hizo la idea irrevocable de resistir hasta que la realidad de nuestro nacionalismo diera al traste con los lazos que a España nos mantenían unidos por la fuerza de las armas.

XLVI

EL FRACASO DE 1884

Mediado el año de 1883, el general Máximo Gómez organizaba una nueva revolución, y envió a Eusebio Hernández a recorrer la América en busca de ayuda. Contaba con la oferta de doscientos mil pesos, prometidos por Félix Govín, y con el auxilio económico que los presidentes Barrios y Zaldívar, de Guatemala y el Salvador, respectivamente, le habían anunciado.

Gómez se trasladó a Nueva York. Se hospedó en casa de Madame Griffou, y asistió el 10 de octubre a un mitin patriótico en Tammany Hall, siendo ovacionado delirantemente. Maceo despertó entusiasmos incontenibles. Y Martí pronunció un discurso bellísimo.

Durante dos años, cargados de amarguras y de negativas, el general tropezó con toda clase de obstáculos. La Isla, esperanzada con la autonomía, y con la palabra de los oradores más elocuentes de nuestra historia, se mostraba remisa a lanzarse de nuevo a la revolución y los recursos bélicos no aparecían por ninguna parte. El general estrechó a Govín. Lo trató severamente. El millonario cubano, replicó que "en esos instante tenía pendientes reclamaciones importantes presentadas al gobierno de España que seguramente habrían de fracasar si le demostraban que él, con su dinero, alentaba una revolución separatista".

En octubre del 84, sobrevino la ruptura entre Gómez y Martí por una mala

respuesta que el general dió al apóstol. Este sostenía que primero debía organizarse la revolución y después buscar el dinero. A Gómez le molestaban estos consejos. Martí inflamado de dolor escribió una carta rompiendo con el general. "No quería llevar a su tierra un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que entonces soportaba la Isla". La carta, un poco exagerada, si se tiene en cuenta la situación en que todos aquellos patriotas se desenvolvían, terminaba con una frase, profundamente histórica: "No, general, un pueblo no se funda como se manda un campamento".

En medio de estas actividades, el general Bonachea y el coronel Limbano Sánchez, mostraban, una vez más, que la desunión es un largo capítulo en nuestros antecedentes revolucionarios y políticos. Cada uno de ellos, por su parte, desconociendo la jefatura de Gómez, pretendieron levantar en armas la Isla, y encender en ella los fuegos de la libertad. Bonachea, había recorrido los Estados Unidos, México y Colombia. "Sólo había encontrado, cuando no puertas cerradas, bolsillos vacíos, rostros huraños y almas escépticas".

Tenaz, perseverante, enamorado de la independencia y del mando, Bonachea llegó a Cuba por las costas de Manzanillo. Engañado por unos pescadores y entregado a las autoridades españolas, fue fusilado el 6 de marzo de 1885.

No estuvo más afortunado, Limbano Sánchez, vendido por un compadre. Su cuerpo acribillado, apareció putrefacto, pasto de las aves de rapiña. "Bonachea y Limbano —decía Eusebio Hernández— olvidaban que las sociedades tienen sus hombres idólos, y que sin ellos nada puede intentarse".

La revolución estaba nuevamente encallada. Emprendió Gómez un viacrucis. Fue preso al llegar a Santo Domingo, y el presidente Ulises Hereaux, el célebre *Lilis*, lo libertó con la condición de que abandonara en seguida aquellas playas.

Triste y dolido, Gómez escribe a Hernández diciéndole que se retira. "A más de no darnos fruto alguno, mis gestiones pueden ser interpretadas de un modo desfavorable a mi reputación. Después de todo —añadía generosamente— Martí tenía razón. Cuando se quiera principiar de nuevo, no se debe comenzar por pedir dinero; por ahí se debe concluir. Lo primero es organizarse, porque de no ser así, ¿con quién se puede entender la revolución?"

XLVII

EVOLUCION O REVOLUCION

Al retirarse el general Gómez, quedó el campo libre a los autonomistas. Bernardo Portuondo, Montoro, Gálvez, Govín, Giberga, Fernández de Castro y Figueroa, formidable tribuno del abolicionismo, arrastraban a un pueblo lleno de esperanzas. Pero había sus bajas. José Antonio Cortina había muerto y Enrique José Varona, al despedir el duelo, en el cementerio, en sonado discurso, aprovechó la circunstancia y anunció su retirada de las filas del partido Liberal.

Este segundo período del autonomismo, se inicia con un admirable discurso de Montoro en el congreso de los diputados, en Madrid, el 19 de junio de 1886, en el cual planteó valiente y acertadamente, la doctrina del gobierno local.

Según Montoro, el gobierno español se encontraba frente a dos necesidades, para resolver el problema de Cuba. Una, en "que el modo de ser de las colonias, fuera lo más semejante posible al de la Metrópoli; y otra, la de dar vida local a nuestro pueblo, por los medios de expansión y desenvolvimiento indispensables, al *self government"*.

"Como prueba de la sinceridad de nuestras opiniones y de la lealtad de nuestros procederes —agregaba Montoro— os decimos que vamos a la autonomía, y reclamamos tres bases esenciales: a) identidad de derechos políticos; b) corporaciones electivas locales; y c) una forma de gobierno descentralizada, de acuerdo con el espíritu de la época...".

Historiadores hay que opinan, que la hostilidad metropolitana contra la autonomía decrecía en los círculos políticos de Madrid; que el tono sereno de Villanueva; las deferencias súbitas de Romero Robledo; las declaraciones cordiales de López Domínguez; la adhesión decidida de los *posibilistas*; y la actitud favorable de los republicanos —Salmerón, Azcárate y Pi y Margall— constituían síntomas indudables. Pero es evidente que aquellos escritores que tal sostienen están equivocados. La enmienda de Montoro, pidiendo libertades, fue derrotada por abrumadora mayoría de 217 votos en contra y solamente 17 en favor.

El 25 de noviembre, murió Alfonso XII y ocupó la regencia María Cristina de Austria, y Cánovas renunció al poder, asumiendo el premierato don Práxedes Mateo Sagasta. Los diputados autonomistas, con Montoro a la cabeza, vieron los cielos abiertos, y exigieron al jefe de los liberales españoles sus ofertas de conceder la autonomía.

Sagasta olvidó sus juramentos. Y las emigraciones separatistas, con estos fracasos parlamentarios y políticos de los autonomistas cubanos, comenzaron a

sacar fuerzas de reserva, y a poner en guardia a la diplomacia norteamericana. En efecto, el ministro de Estados Unidos, en Madrid, Mr. Jabez L. M. Curry, escribía en 15 de febrero de 1887, al secretario de Estado, Mr. Thomas Francis Bayard, diciéndole que a su juicio se acercaba el momento de que Cuba se separara de España. Y con una claridad extraordinaria agregaba: "La Península, similarmente a Turquía, es el hombre enfermo de Europa, y complicaciones, fácilmente previsibles,aunque ahora imprecisas, sobrevendrán dentro de la próxima generación, y le harán imposible a la Metrópoli retener a Cuba como colonia o provincia".

Al diputado cubano, José del Perojo, filósofo del autonomismo, le pareció advertir síntomas de "un naciente y nuevo espíritu anexionista, basado en la proximidad de los Estados Unidos, y debido, principalmente, a la dependencia económica de la Isla al coloso del Norte".

"Es tal la situación mercantil de Cuba —decía Perojo— que existe una verdadera tiranía comercial ejercida por los Estados Unidos. Estos pueden arruinar la Isla en veinte y cuatro horas, con solo modificar sus aranceles".

A fines del siglo XIX, la posición de las naciones europeas era otra que a principios o a mediados de la dicha centuria. Los Estados Unidos se habían convertido en una potencia de primer orden y Cuba había dejado de ser un peón de ajedrez en el juego de las conveniencias internacionales. La Isla se debía al dilema hispano-sajón, sin alentar ideas anexionistas, las cuales habían desaparecido totalmente del pensamiento cubano. Por otra parte, o España modificaba su torpe política colonial, o España perdía a Cuba, bien para salir ésta del dominio peninsular y entrar por la fuerza en el de los Estados Unidos; bien para conquistar su independencia y convertirse en una nación libre y soberana.

En 1886, como hemos dicho, no existían anexionistas, organizados como tales. Lo que estaba en pie eran dos posibilidades. La autonomía o la independencia. La subordinación a España, bajo un régimen de libertades civiles y políticas, o la república democrática y libre como la soñaba José Martí, convertido ya en la representación más legítima de nuestras ansias revolucionarias. En verdad, se pensaba en los yanquis para que nos ayudaran a ser libres, pero de ninguna manera para unirnos a ellos. El anexionismo, ideal de los ricachos con esclavos, había desaparecido al desvanecerse la esclavitud, y la pugna entre cubanos de uno y otro pensamiento —separatismo o autonomismo— no dejaba márgen a las ideas anexionistas que nunca fueron en Cuba más que un expediente de lucha, ahora inexistente.

Fernández de Castro, el más criollo de los autonomistas, veía con claridad aquellos aspectos. Analizaba estos fenómenos, típicamente reales, y decía: "Estas

cosas son el resultado lógico de la absurda pretensión, tanto como funesta, de gobernar a Cuba desde Madrid. Mientras esta política —agregaba— no se abandone o modifique, seguirán pesando sobre Cuba la corrupción y el fraude, que no pueden inspeccionarse a dos mil leguas de distancia".

Quien veía más lejos era Montoro, cuya superioridad intelectual y política siempre estuvo manifiesta. "La crisis de Cuba no está conjurada —decía—. Lejos de eso se agrava a medida que transcurre el tiempo, sin tener solución sus problemas".

Montoro continuaba analizando nuestro dilema, y agregaba, respecto del anexionismo, que la *North American Review* anunciaba, que los Estados Unidos para enseñorearse de Cuba, no tenían que dar alientos a ese intrigante expediente, ya que les bastaba, para ello, el cerrarle sus puertos a los cubanos, que sucumbirían sin mayores dificultades...

A mediados de 1888, la autonomía perdía terreno, y el separatismo lo ganaba. Múltiples indicios lo evidenciaban, como eran la quiebra del sistema económico, y cierto tipo de literatura, mitad política, mitad costumbrista, que divulgaba el fracaso social del régimen, y de que eran leídos exponentes, *El País del Chocolate*, de Moreno, *Cuba y sus jueces*, de Raimundo Cabrera, y los *Unos y los otros*, de Rafael Conte, del cual aseguraba Manuel Sanguily, desde sus *Hojas Literarias*, que el que lo leyera, y no se convirtiese al autonomismo siendo peninsular, era un desventurado, pero que siendo cubano, sin abrazar el separatismo, era un miserable.

El más grave de los síntomas consistía en que ya autonomistas y separatistas, en el extranjero, no se trataban con las prevenciones con que antes se miraban. Algunos *evolucionistas*, evolucionaban, pero no hacia España, sino hacia Cuba, y habían prometido a los separatistas, "no oponerse a la lucha si ésta surgiese nuevamente".

Esta actitud provocó a Fernández de Castro, un arranque oratorio, en *La Caridad del Cerro*, en septiembre de 1888. "La guerra —dijo— no se hace con periódicos, ni con discursos, sino con armas. Y los pueblos no van hacia ellas, por gusto, cuando un hombre los manda, sino cuando ellos (los pueblos) por necesidad o por dignidad la quieren. Entonces sin que nadie se lo diga —agregaba—, la hacen con la vergüenza, como decía el inmortal Ignacio Agramonte".

Precisamente, eso era en cantidad lo que tenía José Martí: Vergüenza. Con ella estaba reelaborando la doctrina del separatismo, que si hasta ahora había tenido la fuerza de las armas, le había faltado una filosofía política que oponer a

los autonomistas; pues como decía Giberga, "la libertad era factible en las monarquías constitucionales, y no exclusivamente en las repúblicas democráticas".

XLVIII

LA GUERRA NUEVA

La vida de José Martí, apóstol de nuestras libertades, puede condensarse en dos etapas: la del sufrimiento por la patria, y la de la lucha por la patria.

En 1887, este combatiente infatigable, se adueñó de la acción y no cesó en ella más que con la muerte. Sabedor de que distanciado del general Gómez no adelantaría gran cosa, le escribió "por encargo de los cubanos de Nueva York, de Cayo Hueso y de Filadelfia, y le expuso la necesidad de organizar dentro y fuera de Cuba, con la cordialidad digna de las grandes cosas, "la guerra que ya mira al país, con menos miedo, y en que parece estar hoy su única esperanza".

Máximo Gómez, inmediatamente, respondió al encargo, diciendo que "estaba pronto a ocupar su puesto de combate por la independencia de Cuba, sin otra aspiración que obligar a los cubanos a que amen a los míos y me recuerden mañana con cariño".

La brecha estaba abierta. Se anunció un mitin en Nueva York, donde vivía y actuaba Martí. Era la primera vez que los cubanos se reunían después del 84. De concurrencia floja, de exaltación ardiente, este mitin ofreció la novedad de la presencia de Estrada Palma, que después del Zanjón había vivido retraído de toda actividad, dedicado a su colegio de Central Valley. Al aparecer Martí, en el estrado, bajo el halo de la bandera tricolor, con su estrella luminosa, fue delirantemente aplaudido por los jóvenes que llenaban el local.

La tesis de Martí, opuesta enérgicamente a la de los autonomistas, postulaba que ya la patria no se conformaba con "dietas de honor". Había que luchar, sin descanso, un día y otro, todos los días, por organizar la guerra nueva. En párrafos que parecían cataratas de luces, el apóstol invitó a todos los cubanos a reanudar la acción.

A lo largo de estos años fecundos y constructivos, según habían sido destructivos y anárquicos los anteriores, la organización revolucionaria, aún a pesar de toda la buena fe de Martí, tropezaba con grandes pugnas estériles. El viejo elemento del 68, excepción hecha del general Gómez y del expresidente Estrada Palma, combatía a Martí. Era éste ya un personaje conocido en América;

cónsul de la Argentina, Uruguay y Paraguay, en Nueva York; literato y poeta admirado por Sarmiento, Rubén Darío y Justo Sierra; por Vargas Vila y Charles Dana. Su palabra y su prosa, con profundas resonancias, entusiasmaban. Y sus frases, sus gestos, su nobleza, su bondad, su patriotismo extraordinario, vencían y subyugaban a todos aquellos a quienes se dirigía.

Los que acusaban a Martí de no ser un buen patriota porque había roto con el general Gómez en el 84, cada día eran menos. Otros, lo estorbaban porque ambicionaban la jefatura militar, que el apóstol reservaba para Góméz. Un viejo soldado del 68, Ruz, ansiaba el mando... ¡Dios mío —exclamaba Martí— no están más altas las estrellas que las ambiciones de los hombres!

Durante tres años, mientras los autonomistas sufrían descalabro tras descalabro en el parlamento español, Martí fue triunfando. Era muy difícil detenerlo. Tenía el dominio de todos los elementos en su imaginación. "Aleccionados en veinte años de fatiga —decía— la guerra no es ya como antes... Pero lo que más da que temer de la revolución a los mismos que la desean, es el carácter confuso y personal con que hasta ahora se la ha presentado; es la falta de un sistema revolucionario de fines claramente desinteresados, que aleje del país los miedos que la revolución inspira, y que la reemplace por una merecida confianza en la grandeza y previsión de sus ideales, de la cordialidad en los que la promuevan...".

Intelectualmente, la lucha autonomista-separatista, estaba representada por Montoro y por Martí. Montoro sentía el autonomismo, en la misma medida, en que José Martí sentía la revolución. Los animaba igual pureza de ideales, igual propósito de nobles sentimientos, iguales aspiraciones políticas, y ambos eran igualmente honrados en la exposición y defensa de sus respectivos principios democráticos.

Si a uno le preocupaba la suerte del país en lo que al futuro se refería, al otro inquietábale lo que Cuba podía alcanzar en el mañana. Uno, miraba a lo mediato, el otro, a lo inmediato. Uno, se abroquelaba en las fórmulas políticas, pensando que la evolución era el mejor carburo para la madurez del pueblo cubano; el otro, se entusiasmaba con la revolución por entender que sólo la cirugía podía curar a nuestra sociedad enferma de corrupción y de rutina.

De 1889 a 1892, Martí conquistó a los cubanos.

¡Qué inmensa tarea!

Se cubrió de gloria en defensa de su patria, cuando los periódicos norteamericanos *The Manufactures y The Evening Post*, injuriaron a los cubanos, diciendo que no querían la Isla en la Unión; que el negro más degradado de

Georgia estaba más capacitado para la presidencia que el negro común de Cuba para la ciudadanía americana.

¡Vindicación! —gritó Martí.

Cuatro días después, en el propio *The Manufactures*, el apóstol replicaba con vigor extraordinario. Miles de felicitaciones inundaron su despacho de Front Street. "No soy yo, contestaba Martí, quien ha triunfado de esas calumnias, sino Cuba a la que todos llevamos en los corazones".

¿Dónde podía pelearse mejor el futuro de Cuba? En el parlamento de España o en los ámbitos libres y democráticos de los Estados Unidos?

Mientras José Martí, conquistaba a los cubanos, y ganaba para la causa independentista la opinión norteamericana, los autonomistas se rezagaban, y Cánovas en el congreso de los diputados, clausuraba nuevas esperanzas y ponía sordina a esos esfuerzos. "La cuestión de Cuba —decía replicando a los argumentos que anunciaban la nueva guerra— es ante todo de recursos y de armas... ¿Tenéis, señores diputados, medios de sostener un ejército suficiente? — Pues echaos a dormir sobre el porvenir de la Isla".

Mientras Martí, recorría con sus botas de siete leguas, los Estados Unidos y encendía en los corazones criollos la luz del porvenir, los políticos españoles cerraban cada día más el portillo por donde los autonomistas pudieran ver los faros de la buena esperanza. ¿Habrá de ser su señoría, antiguo campeón de la libertad y la democracia, el que se quede más atrás? — preguntaba Montoro a Becerra — cuando éste presentó su esmirriado proyecto de ley electoral. cerrando más aún a los liberales cubanos.

En las actividades de José Martí; en los fracasos autonómicos; en las intransigencias metropolitanas; y en la ceguedad de los políticos peninsulares, iban poniéndose las bases de la nueva guerra.

Martí trabajaba como un coloso. Desagraviaba a los negros, enseñándoles a leer; fundaba la *Edad de Oro*, revista para niños, despertando en sus espíritus el amor a lo heroico y milagroso; dirigía las negociaciones que conducía Gonzalo de Quesada en Washington, cerca de los delegados a la primera conferencia panamericana de 1889; y se reunía con Saens Peña, en Nueva York, el cual pronunció un discurso inolvidable, que terminaba diciendo: "Sea la América para la humanidad".

En 1890 surgió el chispazo separatista. En febrero llegó a Santiago de Cuba, con el pretexto de realizar unos intereses de su anciana madre, el general Antonio Maceo, y se dedicó a conspirar. Tenía ya muy adelantados los trabajos, cuando el

general Polavieja, gobernador de la Isla, dispuso por telegrama, dirigido a aquella provincia, que Maceo abandonara inmediatamente el país.

El golpe señalado para el ocho de septiembre, día de la virgen de la Caridad, patrona de Cuba, abortó y Maceo embarcó hacia Nueva York. Sobrevino, digamos así, la paz. Una paz turbulenta que se llamó la Paz del Manganeso.

El ambiente quedó muy recargado. España había subido los aranceles en un cuarenta por ciento, de las tarifas de la Isla, y prácticamente desapareció el comercio de harinas con los Estados Unidos. Estos ripostaron rápidamente. Promulgaron la tarifa Mc Kinley. Contenía una cláusula por la cual el presidente norteamericano podía eliminar de las exenciones a los azúcares de aquellos países que no correspondieran a los beneficios otorgados por la Unión. Si esta amenaza se llevaba a efecto, Cuba quedaba arruinada, y se confirmaba la advertencia de Perojo.

Surgió en Cuba una poderosa corriente de opinión en defensa de la economía insular. Trataba de obtener por parte de la Metrópoli la negociación de un tratado de reciprocidad con Estados Unidos. Al llamamiento acudieron la Cámara de Comercio, el Círculo de Hacendados, la Unión de Fabricantes de Tabacos, y en fin, todas las llamadas, entonces, "clases vivas". El movimiento económico recibió el apoyo de la prensa, del partido autonomista y de los constitucionales.

Esta agitación, provocada por los núcleos más conservadores de la sociedad cubana, debilitó la resistencia del integrismo, a las reformas, y despejó bastante el horizonte, permitiendo que dentro de aquel movimiento filtrara la propaganda separatista. Juan Gualberto Gómez, tuvo la audacia de publicar en su periódico *La Fraternidad* un artículo titulado: "Por qué somos separatistas". La Audiencia de la Habana, conociendo de una acusación fiscal a Juan Gualberto, lo condenó. Y el Tribunal Supremo en Madrid, casó la sentencia y declaró que esa propaganda pacífica no era delictuosa. Esto dió ánimos a los patriotas. Manuel Sanguily, desde la tribuna de sociedades y clubes, expuso en toda su crudeza la incapacidad de España para velar por los intereses cubanos y mencionó abiertamente "los lazos que se aflojan y que tarde o temprano habrán de desatarse".

El movimiento económico, teniendo por uno de sus voceros principales a Rafael Montoro, triunfó abiertamente. El ocho de junio de 1891 se firmó el tratado de reciprocidad entre España y Estados Unidos, conocido con el nombre de Foster-Albacete, y quedó manifiestamente demostrada la dependencia económica de Cuba al coloso del Norte. Aumentaron, desde entonces, las inversiones norteamericanas, y a fines de 1892, existía en manos de los yanquis

un buen número de ingenios y más de cincuenta millones de dólares capitalizados en la Isla.

XLIX

AMAGOS DE AUTONOMIA

Después de un viaje triunfal por el sur de los Estados Unidos, Martí regresó a Nueva York, de Tampa y Cayo Hueso, reconocido por las emigraciones como jefe único del movimiento revolucionario.

Y los autonomistas sentían el agobio de los acontecimientos. En un mitin en el teatro Tacón, en la Habana, el 22 de febrero, Eliseo Giberga, dirigiéndose a los gobernantes de la Metrópoli, exclamaba: "Daos prisa los que nos arruináis y nos vejáis, daos prisa, que vuestros días están contados". Y Rafael Montoro, con clarividencia extraordinaria, decía: Ayer todavía con reformas modestas y graduales pudo calmarse la agitación universal de los espíritus. Hoy esas reformas tienen que ser más hondas; mañana tendrán que ser aún más trascendentales y acaso lleguen tarde...

Cercanas las elecciones en la Isla, los autonomistas acordaron el retraimiento. Estaban ya muy lejos las *sagradas promesas* de Martínez Campos, y parecían más ciertas las airadas exclamaciones de León y Castillo, con sus tres "*jamases"*, y las desfachatadas ironías de Romero Robledo, que había dicho que el pacto del Zanjón había sido una hoja de parra, y que no era posible conceder más reformas porque ya todas estaban hechas.

Al declarar el retraimiento el partido autonomista, surgía en Nueva York, el partido Revolucionario Cubano, obra del genio de José Martí. Inauguración. ¡Cuántas banderas! ¡Cuántos corazones palpitantes! ¡Cuánto entusiasmo! ¡La Isla resucitaba! Agarrado a la tribuna con ambas manos, Martí estuvo más elocuente que nunca, el 10 de octubre de 1893. "Esta nueva alma patriótica —proclamaba— tiene ya la raíz en la sagacidad política, y ha comenzado ya...".

Retraídos los autonomistas; con el partido Revolucionario Cubano, en la palestra, y José Martí, decidido a no admitir otra cosa que la independencia de Cuba, ¿qué podían esperar los liberales cubanos de los liberales españoles, cuando Sagasta, más politiquero que nunca, regresó al poder el 13 de diciembre de 1893?

Ocupaba el ministerio de Ultramar, uno de los pocos estadistas españoles de los últimos cien años: Don Antonio Maura y Montaner. Maura, para hacer salir a los autonomistas del retraimiento, modificó la ley electoral, y aunque ésta

reforma sólo representaba un tres por ciento más de los habitantes con derecho al voto, el partido Liberal, "paradigma de consecuencia doctrinal y de ceguedad política, abandonó el retraimiento y concurrió a las cortes de 1894".

Había llegado el instante, en que sobraba el autonomismo. El dilema de ambas doctrinas aparecía claramente definido. O la península o la Insula. O la Metrópoli o la República. O el integrismo o el separatismo. Estos fenómenos tienen, como todas las cuestiones políticas, una razón de ser raigal, en la que no caben términos medios. El autonomismo no tenía apoyo de sí propio, se sostenía del régimen, y debía nacer dé una concesión, al paso que el separatismo surgía de su misma autoridad, sin deberle nada a nadie que no fuera su propia pujanza y decisión.

Esta realidad no escapaba a los liberales cubanos. Giberga, a principios del 94, reconocía que la suerte estaba echada. Independencia o Autonomía. Y situaba la independencia en primer término.

· Fernández de Castro, burlándose, declaraba: "Lo mismo aprovechan a nuestro enfermo las drogas conservadoras del señor Cánovas que los breva jes liberales del señor Sagasta, porque en lo que toca a nosotros son esencialmente los mismos...".

El alzamiento de los hermanos Sartorius en Lajas tuvo la característica de inquietar a los revolucionarios como a los autonomistas. Y Maura presentó su proyecto de autonomía para Cuba. Contemplaba cinco aspectos factibles: 1) Cámara provincial; 2) gobernador general con facultades de suspender acuerdos; 3) administración con las siguientes carteras: a) Guerra y Marina; b) Relaciones Exteriores; c) Orden Público; y d) Política Financiera.

Las reformas de Maura eran sinceras y leales, pero tardías, y fueron calificadas duramente por Martí. "Redes para incrédulos. Nubes cargadas de sangre". Tuvieron la virtud de dividir al Partido Unión Constitucional. Surgió, en Cuba, el llamado partido Reformista, bajo la presidencia del conde de la Mortera, y se estimó como una izquierda del *asimilismo*. ¿Para qué servía? Para nada. A Martí le pareció un buen augurio, que hasta los intereses coloniales mostraran hondas grietas en el muro de sus intransigencias.

Fue entonces cuando Sagasta, al que nada quedábale por ocultar en aquel torneo de profundo cinismo, se quitó la careta, y exclamó: "Yo no soy de los que dicen sálvense los principios y piérdanse las colonias, sino de los que dicen, aunque parezca liberal anticuado, sálvense las colonias y piérdanse los principios".

El alzamiento de Ranchuelo, las detenciones de Guillermón y de Quintín

Banderas, los constantes contrabandos de armas, que se descubrían en la Isla, haciánle creer a don Práxedes que las propuestas reformas de Maura eran un excitante revolucionario. Salió esta gran figura de la política española del gabinete, y Sagasta, todo compungido hipócritamente, puso en manos de Becerra el ministerio de Ultramar. Era éste un plato muy fuerte para los verdaderos liberales y condenaba el autonomismo al retraimiento definitivo. Montoro se levantó en su escaño del congreso. Alto, distinguido, elegante, la barba bermeja acompasada al ritmo de sus ademanes, las manos moviéndose al compás de su palabra procer, y pronunció un discurso estupendo. Hizo crisis el gabinete. Salió Becerra del ministerio colonial y entró Abarzuza. El nuevo ministro se formó un lío. Por un lado quería complacer a los autonomistas sin disgustar a los integristas. Por el otro, servir a los integristas sin espantar a los autonomistas. Después de muchas ideas y venidas, vueltas y revueltas, dió con la fórmula. Era un híbrido. Se creaba una cámara autonómica. Quince delegados por elección y quince por nombramiento. Duración de los mandatos: cuatro años. Era algo donde no había nada. Los autonomistas convocaron la Junta Magna, y después de examinar las perspectivas insulares, aceptaron. Labra declaró que era un positivo progreso, aunque encontraba que aquellos quince nombramientos desnaturalizaban la idea de la autonomía. Giberga transiguió, viendo en el proyecto el camino hacia conquistas más de acuerdo con las necesidades de la Isla. Los separatistas, naturalmente, abominaron de la proposición de Abarzuza. Y la prensa insular, *La Lucha*, por ejemplo, lo rechazaba. Aquellos quince funcionarios por decreto, distinguidos burócratas, anulaban a los quince por elección, decía el viejo diario fundado por don Adolfo Márquez Sterling.

Aprobado el proyecto de Abarzuza, no entró sin embargo en vigor, debido a un alzamiento importantísimo ocurrido en la Isla. Cayó el gabinete Sagasta y volvió al poder el *Monstruo*. Y suspendió sus sesiones el congreso de los diputados en medio de la más grande confusión.

En efecto, la situación en Cuba, mediado el año de 1894, era tan grave que Cánovas del Castillo no creía en más política que en la fuerza de las armas. Las relaciones con Estados Unidos, a quienes los gabinetes monárquicos miraban con enorme recelos, estimándolos aliados de los rebeldes cubanos, bajaron a cero. El tratado Foster-Albacete fue denunciado, descendió el precio del azúcar y subió el costo de la vida. Había llegado el instante decisivo.

Mientras tanto, Martí, infatigable, en la preparación de la revolución, se había entrevistado con el general Gómez, en Santo Domingo, en Montecristi, donde éste vivía. El encuentro de las dos figuras principales de la revolución fue un éxito. "Hay que dejar trabajar a Martí —decía Gómez— para que no se inutilice". Martí regresó a Nueva York y anunció la visita del general.

De las conversaciones entre Gómez y Martí surgió el plan definitivo de la nueva revolución, que se palpaba en el ambiente. Después de la visita de Gómez a Nueva York, Martí salió a recorrer las emigraciones y regresó con la revolución organizada.

La revolución del 95 estuvo a punto de perderse en el aborto de Fernandina, un puerto del Estado de la Florida, en Estados Unidos, de donde debían salir tres barcos rebeldes. *El Lagonda, El Amadís* y *ELBaracoa*. Un traidor, los había denunciado y el gobierno del presidente Cleveland ordenó la ocupación y confiscación de las naves y del material de guerra. Martí desesperado gritaba que él no había tenido la culpa. Un abogado norteamericano, Horacio Rubens, consultor del Partido Revolucionario Cubano, arregló las cosas, y algo pudo salvarse.

Con expediciones, o sin ellas, la revolución de 1895 era una hermosa realidad, y José Martí se repuso inmediatamente y continuó su ingente tarea sin descansar un momento. Recibió, desde Montecristi, instrucciones del general Gómez. Se reunió con Mayía Rodríguez y con Enrique Collazo, el 25 de enero, y redactaron la orden del levantamiento, que le fue comunicada, en Cuba, a Juan Gualberto Gómez, brazo derecho de José Martí, a fin de llevarla a efecto en la segunda quincena del mes de febrero.

L

IBARRA, BAIRE Y BAYATE

El 24 de febrero de 1895, de acuerdo con las instrucciones recibidas en la Isla, los cubanos se alzaron en armas contra España, a saber: Bartolomé Masó, en *Bayate*; Juan Gualberto Gómez, en *Ibarra*; y los hermanos Saturnino y Mariano Lora, en *Baire*.

Siendo el de Masó, el grupo más importante, y esta inmensa figura de nuestra historia, el jefe de la revolución, por no haber llegado aún a la Isla Martí, Gómez y Maceo, no se explica por qué el grito es solamente de *Baire*. Mucho menos, cuando sepamos, que habiendo nacido canijo el movimiento, a causa de las reformas de Abarzuza y de la sorpresa de los tres barcos floridanos, se salvó debido a la voluntad y al patriotismo de Masó, al rechazar la dialéctica de los comisionados autonomistas, que llegaron hasta su campamento, en la finca *La Odiosa*, y le propusieron que abandonara las armas, y respaldara la autonomía que acababa de aprobarse en Madrid.

—¿Y mi dignidad? —gritó Masó.

El duelo entre autonomistas y separatistas llegaba a su fin. En un momento, después de surgir la protesta armada, el partido Liberal vió desaparecer a sus afiliados, y hacer baja a muchos de sus directores que habían perdido la fe en las reformas y abrazaban decididamente la causa de la revolución.

La mayoría, de los componentes de la Junta Magna, no comprendieron las señales de los tiempos, o no se conformaban a hacer mútis, frente al hecho consumado, teniendo en cuenta su palabra de honor y sus juramentos de fidelidad a la doctrina. Siguieron aferrados a una resignación, casi mística, nunca mermada por I09 atropellos, ni por las altanerías de militares, adversarios en su fondo al ideal de los autonomistas tanto como podían serlo de los separatistas.

El 4 de abril, en plena revolución, publicó el partido autonomista un desafortunado y larguísimo manifiesto, condenando la revolución libertadora, que estimaba erróneamente fracasada al nacer. Repetía que el partido Liberal era fundamentalmente español por ser esencialmente autonomista; destacaba los progresos alcanzados en los años de lucha, queriendo demostrar que la ley Abarzuza era el primero y más fundamental paso hacia la autonomía; elogiaba al gobernador, general Calleja, por haber suspendido las garantías constitucionales; y concluía afirmando que así como un partido liberal en 1868, había cedido el paso a la guerra, este liberalismo, más afortunado que aquél, por no haber sido engañado por ninguna Junta de Información, no estaba dispuesto a ceder el campo, "a los que vienen a malograr nuestra trabajosa cosecha, en la senda del progreso pacífico, arruinando la Isla, nublando las perspectivas de nuestros destinos con los horribles espectros de la miseria, la anarquía y la barbarie..."

Analizado, en su forma y en su fondo, el documento, en estos instantes, carecía de mensaje. ¿Con quién iban los autonomistas a evitar la independencia? ¿Cómo podía materializarse aquella afirmación de "no estamos dispuestos a ceder el paso a los que vienen a malograr nuestra trabajosa cosecha..."? ¿Con las tropas españolas?

Carentes de seguidores, a partir de entonces; habiendo desertado de sus filas, casi en masa, las juventudes, alzadas en armas, su mayoría, el partido liberal autonomista se situaba en la retaguardia, y anulaba, de esta manera, sus servicios a la causa de las libertades, pues pasaba a ser *ipso-factoy* un elemento más en la defensiva metropolitana, decidida a hacerle frente a los cubanos rebeldes por todos los medios. En efecto, cuando se supo que Martí, Gómez y Maceo, los tres grandes de la guerra, habían llegado a Cuba, los dos primeros por *Playitas*, y el tercero por *Duaba*, la rebeldía ahogó las expontaneidades autonomistas, y estos quedaron en manos de los ejércitos metropolitanos que los hundieron, a la vista de los cubanos, en el más reprochable de los colaboracionismos.

Martí estimó que el manifiesto autonómico debía contestarse y sostenía lleno de razones, que la superación del pueblo cubano, después de tantos fracasos reformistas, no estaba en la tesis del evolucionismo, sino en la guerra libertadora, y que ésta "no era una cruzada de odios contra los españoles, ni contra los cubanos tímidos o equivocados, sino una empresa moral contra aquellos que culpablemente mantuvieron el vicio, el crimen y la inhumanidad..."

Al poner pie en la Isla, por la que tanto había luchado y sufrido, la obsesión de Martí era darle a la revolución el contenido jurídico y democrático que la estabilizara. Abogaba, bajo la advocación de los héroes del 68, cien veces gloriosos, por unas elecciones de constituyentes y por la formación de un gobierno representativo, donde tuvieran voz y voto los soldados de la libertad. Estas ideas y doctrinas, propias del espíritu de José Martí, resultaban difíciles, en medio de una guerra, no organizada del todo. Al fin, los tres grandes del 95 se reunieron en *La Mejorana*.

No se sabe bien, hasta ahora, qué sucedió en *La Mejorana*. Se han perdido las páginas del Diario de Martí correspondientes a los días 7, 8 y 9 de mayo, en las que el Apóstol comentaba los hechos, según iban sucediéndose. Según parece, Maceo, incómodo porque Martí había preferido a Flor Crombet, como jefe de la expedición de *Duaba*, maltrató de palabra al Apóstol. A las concepciones civiles de éste oponía una forma de gobierno inaceptable. Una junta de generales con mando y una secretaría civil subordinada. La discusión fue larga y a veces desagradable. Gómez era el poder moderador. Finalmente, Maceo aceptó. Mandaría sus representantes al organismo propuesto. "Gente a la que no pudiera enredar el doctor Martí". Maceo, no llevó a Gómez a ver sus fuerzas, y según consigna éste en su Diario, los despidió fríamente, y enseñándoles el camino, con un gesto, les dijo: "por ahí se van ustedes".

Al día siguiente, volvieron a reunirse y Maceo, lealmente, se disculpó. La decepción de la víspera quedó curada. Pasaron revista a unos dos mil hombres, fueron vitoreados, y se abrazaron en presencia de los soldados de la libertad, y Gómez y Martí reanudaron su marcha. Un ayudante se acercó a Maceo:

—General, como es que el general Gómez va hasta Camagüey con tan poca compañía?

Maceo, dando paso a una sonrisa, en la que vagaba la expresión de una convicción íntima, respondió con énfasis:

—El general Gómez lleva consigo un gran ejército: su estrategia. El 19 de mayo de 1895, José Martí cayó en Dos Ríos. Su muerte era una catástrofe, porque el sentido civil de la revolución no se había plasmado todavía. Un dolor inmenso

se apoderó de los cubanos, y una alegría feroz, malvada, se adueñó de los peninsulares, y aún de algunos autonomistas. Pero al Apóstol le sucedía lo que a Agramonte en la guerra de los Diez Años. Muerto era más valioso que vivo. Ya jamás podría ser discutido. La paz no podría desfigurarlo, las pasiones políticas no podrían tocarlo, las ambiciones de poder de sus contemporáneos no podrían desnaturalizarlo. Se convirtió en un símbolo luminoso, indiscutido. Ya no era de unos cubanos. Ya era de todos.

Surgió la interrogación. ¿Quién puede sustituirle? ¿Quién es capaz de continuar su tarea al frente del partido Revolucionario?

Todas las miradas se volvieron hacia Central Valley. Y dos meses después eligieron a Estrada Palma, a quien la nueva generación trataba con respeto y admiración, llamándole Don Tomás.

Don Tomás era inteligente y comprensivo. Admitió desde el primer momento que su tarea era continuar la ruta trazada por el Apóstol. A partir de entonces, no cesaba de recomendar la más pronta formación de un gobierno en nombre del cual pudieran realizarse autorizadamente las múltiples gestiones que era urgente desarrollar. Aconsejaba, que la esfera de acción de ese gobierno civil quedara limitada a la representación en el exterior.

Para cumplir aquellas aspiraciones, contenidas en el ideario de Martí, deseadas por todos los revolucionarios, el 13 de septiembre se reunieron en Jimaguayú, los convencionales electos por los cinco cuerpos de Ejército, en que estaba constituido el pueblo de Cuba, alzado en armas contra España.

Unos, pretendían resucitar la república original de Guáimaro. Otros, los más prácticos, deseaban una república liberal, sin entorpecer los mandos militares. Cisneros acaudillaba a la gente del 68, y Masó a la generación del 95, señalado por ésta como su líder indiscutible. Loynaz del Castillo, propuso que la nueva revolución se declarara continuadora de la del 68. Hubo debate. Santiago García Cañizares, encontró la solución. Y dijo: “Que se haga esa declaración en el preámbulo del articulado”.

Después de seis meses, los delegados de Jimaguayú dieron cima al texto de la carta fundamental. Se componía de 24 artículos. El gobierno lo integraba un presidente, un vice, y cuatro secretarios y subsecretarios del Despacho. Ejecutivo y Legislativo eran uno y lo mismo. El jefe del ejército quedaba dueño y señor de la guerra.

El 18 de aquel mismo mes, la constituyente de Jimaguayú estaba en disposición de elegir gobierno. Loynaz había consultado a Máximo Gómez si quería la presidencia, y el general se negó. Entonces, Máximo Gómez se decidió

en favor de Cisneros y Antonio Maceo en pro de Masó. Triunfó Cisneros. Pensó Masó en la Lugartenencia, y tampoco. Finalmente, lo eligieron vice-presidente. Generalísimo: Máximo Gómez. Lugarteniente: Antonio Maceo. Representante diplomático en Estados Unidos: Don Tomás.

Después, Cisneros designó su gabinete. Carlos Roloff, con el brigadier Mario G. Menocal de sub-titular, en Guerra; Severo Pina, con Joaquín Castillo Duany, de segundo, en Hacienda; Rafael Portuondo, con Fermín Valdés Domínguez de vice, en Relaciones Exteriores, y Santiago García Cañizares, con Carlos Dubois, en el Interior.

La república era una bella realidad revolucionaria, y echaba a andar, simbólicamente, "en el mismo lugar, en que cayera para siempre, veinte años antes, el inmortal Ignacio Agramonte y Loynaz".

Las grandes posiciones las ocupaban los hombres del 68, pero la revolución estaba dominada por la sangre moza. Rafael Portuondo, apenas había cumplido los 28 años, y Menocal que, en ausencia de Roloff, aun no llegado a Cuba, actuaba de ministro de la Guerra, apenas alcanzaba la treintena.

Máximo Gómez, terminada la campaña circular, alrededor de Camagüey, deseaba reunirse con Antonio Maceo y llevar la invasión hasta Occidente. La estrategia de los cubanos y de los españoles difería de la practicada en el 68. Martínez Campos, aspiraba a una campaña lenta y a provocar el cansancio de los mambises. Pero todo había cambiado y era distinto.

Martínez Campos, lo comprendió y se sentía algo desorientado. "La insurección hoy —escribía a Madrid— es más grave, más potente, que a principios de 1876; los cabecillas saben más y el sistema no se parece al de aquella época".

Gómez aspiraba a producir tres objetivos fundamentales, mediante la invasión: militares, políticos y económicos. Era necesario, extender la guerra por toda la Isla, y demostrar al mundo que en Cuba existía una revolución popular, organizada con fines nacionales, quebrantando con ello, inaplazablemente, el poderío financiero de la Metrópoli. El tren militar montado en Cuba, por España, costaba más de seis millones de pesos mensuales además de los presupuestos ordinarios, ya insoportables para la colonia.

Del 8 de noviembre al 15 de diciembre de 1895, se eslabonó la cadena de victorias más brillantes de nuestras guerras, a todo lo largo de la Isla, desde *Peralejo* hasta *Mal Tiempo*. Aquí, los cubanos se lanzaron a la carga, con su característico desdén a la muerte. El Generalísimo, dando el ejemplo personalmente, rompió con una milagrosa embestida machete en mano,

destrozando el muro de soldados hispanos que se le oponía.

Después de esta famosa batalla del 95, las huestes de Gómez y de Maceo, siguieron invencibles hacia adelante; cruzaron el *Hanábana*, la *Colmena*, la *Antilla* y la *Agüica*, y se detuvieron algo cansados. Esta noticia le pareció al general Martínez Campos, que dirigía en persona las operaciones del ejército español, una buena oportunidad para detener definitivamente a los cubanos. Erró el golpe y fue vencido en *Coliseo*, la batalla más importante de la guerra del 95. Al reprocharle uno de sus subalternos que hubiera expuesto su vida, dió la medida de su amargura y desazón, esta respuesta: "Si me da una bala, se resuelve un problema y se despeja una nebulosa". Luego, abandonó el campo de operaciones y regresó a la Habana, adonde llegó el 25 de diciembre.

Reunió en Palacio a los partidos constitucional, reformista y liberal. Los dos primeros le retiraron su apoyo, y los autonomistas, le ratificaron su adhesión. Martínez Campos, profundamente disgustado con los partidos integristas, renunció y entregó el mando al general Sabas Marín, retirándose a España sin esperar a su sucesor, el general Valeriano Weyler.

Derrotado el restaurador de Sagunto, honra y prez de las armas monárquicas, la revolución se extendía triunfante, y el porvenir se mostraba diáfano para la causa del separatismo. Gómez y Maceo coronaron el milagro de la invasión. *Bagáez, Melena del Sur, Guara, Güira de Melena, Alquízar, Ceiba del Agua, Vereda Nueva* y *Hoyo Colorado*. Aquí, los dos grandes generales de nuestras libertades patrias se separaron. Máximo Gómez quedó cubriendo la retaguardia, y Maceo continuó camino de Occidente para cerrar con broche de oro, la invasión de la Isla. *Cabañas, San Diego de Núñez, Bahía Honda, Las Pozas, Piloto, Guane, Mantua*. Estas poblaciones, vibrantes de entusiasmo, aclamaban con explosiones de delirio, el genio militar de Antonio Maceo.

El 22 de enero de 1896, tres meses después de haber partido de *Baraguá*, la invasión era un hecho. Los tres objetivos perseguidos por la revolución se habían logrado. Lo demás era cuestión de tiempo.

LI

MUERTE DE ANTONIO MACEO

A mediados de 1896, gobernaba la Isla, con mano de hierro, el general Valeriano Weyler, y la revolución pujante y vigorosa, después de la invasión, alcanzaba su ápice, y su más perfecta organización civil militar. Funcionaba, en el extranjero, un excelente cuerpo diplomático, y los barcos *Three Friends*, *Dauntless* y

Competitor, venciendo la vigilancia española, traían a Cuba, expedición tras expedición, miles de cubanos que venían a engrosar las filas del ejército libertador.

Como en 1868, pero en mejores condiciones, los cubanos activaban en Estados Unidos sus gestiones para lograr que el gobierno norteamericano reconociera la beligerancia del gobierno de la revolución. "Tenga Ud. la seguridad —escribía Estrada Palma a Maceo— que si los Estados Unidos se ven obligados a tomar decisión entre nosotros, y los españoles, se decidirán por nosotros".

Máximo Gómez derrotó a la tropas españolas en *Saratoga*. Maceo destruyó a sus enemigos en *Cacarajícara, Lomas de Tapia*, el *Rubí* y *Ceja del Negro*, a su regreso de Pinar del Río. Y esta decisiva cadena de victorias decidió al Congreso americano. El Senado, por 64 votos contra 6, y la Cámara 263 por 16, aprobaron dos Resoluciones declarando los derechos a la beligerancia de los revolucionarios cubanos. La victoria diplomática era parcial. Las resoluciones de ambos cuerpos diferían. Esto obligaba a uno de ellos a modificar su texto en beneficio del otro. En abril, transigió el Senado.

Pero el presidente Cleveland, que no tenía simpatías por la causa de la independencia, quedaba en libertad de acción, por no ser conjunta la resolución sino concurrente.

No había dudas. La revolución cubana cada día era más poderosa. Cánovas del Castillo, reforzaba constantemente el ejército monárquico en Cuba, y declaraba que agotaría el "último soldado y la última peseta" del tesoro real por conservar la Isla bajo el cetro de los Borbones... Se veía que la etapa de los disimulos y de los arrumacos había quedado atrás. En el mes de mayo hablando en el congreso de los diputados prometió la autonomía para... el futuro. "Cuando la guerra tenga fin —dijo— preciso ha de ser, para que la paz se consolide en las colonias, el dotar a entrambas antillas de una personalidad administrativa y económica de carácter exclusivamente local...".

El plazo era muy largo, prácticamente imposible. Cánovas padeció siempre, con relación a Cuba, de vaguedades y de frases imprecisas que dejaban entre nubes las promesas o las soluciones urgentes. Ahora se imponía una precisión que la guerra exigía, y de ahí aquellos conceptos, que aún pecaban de inadecuados.

Don Nicolás Rivero, director del *Diario de la Marina*, que formaba filas en el partido Reformista, constreñido a batir palmas por aquellos pálidos conceptos, fue requerido para que se expresase en relación a la posibilidad de una guerra

con Estados Unidos. Y el distinguido periodista se negó. "No ve Ud. —le escribía a Canalejas— que por defender las reformas primero y la autonomía después, han tratado de destruir nuestro periódico... nos han llamado traidores y han pedido nuestra cabeza. Imagínese lo que sería si dijésemos que nuestra escuadra no vale nada, y que lo sensato es acordar la paz, antes de que los americanos nos declaren la guerra!" A pesar de todo, don Nicolás decía lo que había que decir, aunque fuese por ese procedimiento defensivo.

El 30 de junio, en el Senado español, en cuyo cuerpo representaba a la Universidad de la Habana, Labra mostraba una vez más su decidida inclinación a la Autonomía. "Para nuestro gobierno —decía— todo se reduce a soldados, barcos y dinero de la Península. No le ha producido el menor efecto el progreso constante de la insurrección en Cuba". Y agregaba, el generoso abolicionista: "Es inconcebible que el partido Liberal se crea dispensado de explicar francamente sus opiniones y el rumbo de su política, y ello es un gran pecado que contradice la historia, pues se trata de una verdadera subversión de ideas, tendencias y actitudes con respecto al problema del *self-government*, planteado en todas partes, al terminar las guerras coloniales contemporáneas..."

El secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. Richard Olney, insistía cerca del duque de Tetuán, ministro de Relaciones Exteriores, en la conveniencia de terminar la guerra en Cuba mediante la concesión de la Autonomía. El duque dió exactamente la misma respuesta que treinta años antes había dado el general Prim a Hamilton Fish. "Que mientras no se partiera del hecho de la sumisión de los rebeldes, no se podría hacer nada". Esta respuesta arrogante y estúpida molestó al presidente Cleveland, y en su mensaje al Congreso a fines de 1896, aludió a aquella negativa, diciendo que España no se daba cuenta de los peligros que la rodeaban.

La batalla diplomática en pro de la revolución cubana se extendió a toda América. Eloy Alfaro, presidente del Ecuador, amigo que había sido de Martí, escribió a la Reina Regente, María Cristina, abogando por la libertad de Cuba, y ordenó a su ministro en Washington, Luis Felipe Carbó, que ayudara a los cubanos. Estrada Palma se comunicó con Porfirio Díaz, y el Consejo de Gobierno revolucionario lanzó la idea de celebrar, en una capital sudamericana, un congreso internacional en defensa de Cuba. Todas estas ideas naufragaron. Y Manuel Sanguily, indignado de la indiferencia de América ante la guerra de exterminio que Weyler realizaba en la Isla, calificó aquellas actitudes de "traidoras y desleales por cobardes y egoístas"; posición que podía reprocharse a los gobiernos y no a los pueblos, que todos simpatizaban con la libertad y la independencia de Cuba.

En octubre de 1896, Weyler dictó su famoso bando de reconcentración,

obligando a los campesinos a abandonar los campos y a avecindarse en las poblaciones. En esta época, existían en Cuba más de 180 mil soldados españoles. La guerra, la fiebre amarilla y el vómito negro los diezmaba. Solamente en la Habana murieron más de veinte mil hispanos, y un treinta por ciento se hacinaba en hospitales y casas de salud. Máximo Gómez replicó a las medidas de Weyler con el fuego y la dinamita. Se quemaban ingenios y se ponían bombas en las ciudades. En la Habana, dos abogados distinguidísimos, Alfredo Zayas y José Antonio González Lanuza, eran los directores del terrorismo. Y había que ver el cuidado con que evitaban causar muertes.

Las disposiciones del general Gómez, rígidas e inquebrantables, como exigen las guerras, le ocasionaron la oposición política de sus contemporáneos. Estas discrepancias motivaron no poco incidentes, y a principios de diciembre el Generalísimo acusado de proceder despóticamente, estaba dispuesto a renunciar si no se acataban sus órdenes sin discutirlas. Evitó esta catástrofe, la tremenda ola de infortunios que batió a la revolución. Murió José Maceo en Loma de Gato; murió, en acción de guerra, Juan Bruno Zayas, en la Jaima; murió Serafín Sánchez, en batalla, en el paso de las Damas, sobre el río Zaza; y lo más grave de todo, cayeron en San Pedro, en Punta Brava, el siete de diciembre, el general Antonio Maceo, rayo de la guerra, y su ayudante Panchito Gómez Toro, hijo del Generalísimo.

La alegría que entre los integristas produjo la muerte del Titán, guerrero de Plutarco, soldado inigualable de nuestra epopeya redentora, fue indescriptible. Weyler recibió un homenaje en el ayuntamiento de la Habana. Los ojos le brillaban y la palabra se le oía gozosa. Vaticinó el fin de la guerra, y dijo: "Maceo era el mejor general insurecto, joven y poderoso, y ya no les quedan a los cubanos más que viejos cansados y novatos sin fibra".

Pero la muerte de Antonio Maceo, con ser verdaderamente este cubano sin par el mejor general del 95, y uno de los más grandes de América, en todos los tiempos, no cambió los destino de Cuba.

LII

LA RESOLUCION CONJUNTA

En 1897, el Generalísimo Máximo Gómez, dirigía un ejército aguerrido y bien organizado, y tenía en constante jaque a las fuerzas españolas de Valeriano Weyler. Afanado éste en capturarlo, descuidó otros aspectos de la guerra, y sus tropas sufrieron dos derrotas muy importantes: una, a manos de Calixto García,

en Guisa, que había sustituido a Maceo en la lugartenencia; y otra, a las del general Mario G. Menocal, conquistador glorioso de Victoria de las Tunas.

En septiembre de aquel año, se reunió en *La Yaya*, la asamblea Constituyente, y eligieron un nuevo gobierno revolucionario. Presidente: Bartolomé Masó; vicepresidente, Domingo Méndez Capote; secretarios de la Guerra, Hacienda, Relaciones Exteriores y del Interior, respectivamente: José B. Alemán, Ernesto Fonts Sterling, Manuel Ramón Silva y Andrés Moreno de la Torre, y sub-secretarios: Rafael de Cárdenas, Saturnino Lastra, Pedro Aguilera Kindelan y Nicolás Alberdi, ratificándose en la secretaría general del Consejo, al notable abogado José Clemente Vivancos.

El nuevo presidente estadunidense, Mr. William Mc Kinley, elegido en el año anterior, mostrábase muy interesado en los asuntos de Cuba, y su ministro en Madrid, Steward Woodford, logró impresionar a Cánovas, quien decidió, modificándolas, promulgar con fuerza de ley, las reformas de Abarzuza.

Los liberales españoles se sintieron profundamente disgustados. Moret, a la sazón, segundo de Sagasta, pronunció un elocuente discurso en Zaragoza, protestando de que a su partido le hubieran sido escamoteadas las reformas.

—Ah... —decía Moret— El Partido Liberal pudo ver con resignación que se le arrebatara su bandera reformista, pero lo que no puede tolerar ni consentir es que se desacrediten las reformas.

Cuatro días después de este discurso, de gran revuelo en las Cortes españolas, ocurrió uno de esos hechos que marcan pauta en la historia de los pueblos. Cánovas del Castillo era asesinado en el balneario de Santa Agueda, por un anarquista de apellido Angiolillo. "El tétrico terrorista —dice Enrique Piñeyro— que a Cánovas le quitó la vida, le prestó, sin imaginarlo, inapreciable servicio, librándole del tormento de vivir en aquellas espantosas horas, en que él mismo, en su profunda angustia, hubiera buscado en la muerte su único consuelo".

La muerte de Cánovas, que produjo sensación tanto en Europa como en América, dejaba, en la política española de aquella época un vacío difícil de llenar. Se constituyó un gabinete presidido por don Gumersindo Azcárate. Woodford presentó una nota, a nombre de su gobierno, en la cual se hacían consideraciones enérgicas sobre los aspectos de crueldad ya insoportables que adquiría la guerra en Cuba, y solicitaba que se hallase una fórmula decorosa que pusiera fin a aquellos desmanes. Esta nota tenía todas las características de un ultimatum y provocó la caída del gabinete Azcárate, y entraron nuevamente en el poder los liberales sagastinos. Fue entonces, cuando Moret redactó su constitución

autonómica para Cuba y Puerto Rico, promulgada por tres decretos de 25 de noviembre de 1897; señalando la vigencia para el primero de enero de 1898; estableciendo la igualdad civil y política de peninsulares y cubanos; y haciendo extensiva a la Isla la ley electoral de 26 de junio de 1890.

El remedio era evidentemente tardío. Cuéntase que cuando Sagasta puso a la firma de la Reina María Cristina el decreto, ésta le dijo: "Me han dicho que con la autonomía se pierde Cuba". Y Sagasta, encogiéndose de hombros, replicó: "Ay, señora, más perdida de lo que está ya".

El primero de enero de 1898, aparecieron en la gaceta de la Habana, los decretos firmados por el general Ramón Blanco, gobernador de la Isla, que había sustituido a Weyler, designando presidente del Consejo de Secretarios de la Autonomía a José María Gálvez, y secretarios (Gracia y Justicia y Gobernación), (Hacienda), (Instrucción Pública), (Comunicaciones y Obras Públicas) y (Agricultura, Industria y Comercio) a los señores Antonio Govín, Rafael Montoro, Francisco Zayas Jiménez, Eduardo Dolz y Arango, y Laureano Rodríguez, respectivamente.

El gobierno autonómico carecía de respaldo popular. No lo quería la mayoría del pueblo cubano y lo repudiaban los peninsulares. En la Habana, y en algunas poblaciones del interior, los voluntarios se organizaron contra el nuevo régimen. Daban vivas a Weyler, símbolo de la intransigencia hispana, y mueras al general Blanco y a la autonomía. Hubo motines y saqueos. Destruyeron el periódico *El Reconcentrado*. La fuerza pública al mando del general Arolas disolvió a los revoltosos, y el cónsul norteamericano, Fitzhugh Lee, sobrino del gran general confederado, temiendo peores consecuencias, aconsejó al presidente Mc Kinley el envío de unidades navales a los puertos de Cuba, recomendación que fue atendida. Pocos días después, fondeó en la bahía de la Habana, el crucero *Maine*, y ello despertó enorme expectación.

A fines de 1897, llegó a Cuba, el político liberal español don José Canalejas. Venía a comprobar, sobre el terreno de los hechos, el estado de la Revolución y las posibilidades de la autonomía. Fijó su residencia en el Hotel Inglaterra. Una mañana lo saludaron los periodistas Ramón A. Catalá y Manuel Serafín Pichardo, corresponsales de su periódico en la Habana. En el curso de la conversación, Canalejas solicitó un secretario que le pusiera al día su correspondencia, y le fue recomendado el joven Gustavo Escoto. Este encontró en la voluminosa correspondencia una carta de Dupuy de Lome, ministro de Su Majestad Católica, en Washington, en la que injuriaba a Mc Kinley a propósito de la situación en Cuba.

Conciente del valor de aquel documento, Escoto lo sustrajo y lo hizo llegar

a manos de Estrada Palma, y éste por mediación de Horacio Rubens dispuso publicarlo en *The American Journal*, diario de la cadena de Hearst, que defendía a capa y espada la independencia cubana.

La carta produjo sensación. Era inútil que Dupuy de Lome rechazara aquel documento. Lo reconoció e inmediatamente presentó su renuncia. El ambiente quedó preparado en Washington para cualquier clase de incidente con la cancillería española.

El 15 de febrero de 1898, a las nueve y cuarenta y cinco de la noche, una explosión misteriosa hundió bajo las aguas, instantáneamente destruido y sembrado de cadáveres, el crucero *Maine*, que prolongaba, sin advertir peligro alguno, su visita a la Habana. Teodoro Roosevelt, subsecretario de Marina le decía al senador Henry Cabot Lodge: "Si yo fuese presidente, mañana mismo mandaba la flota americana a la Habana." Pero Mc Kinley, dominó sus pasiones, y pidió a Roosevelt que no mencionara más la palabra guerra. "Muy bien, señor presidente —replicó *Teddy*— pero Ud. no puede prohibirme que lo piense".

Mc Kinley, en aquellas circunstancias mostró interés en hablar con Horacio Rubens, y la entrevista se verificó en la misma Casa Blanca. El pensamiento del presidente era muy perjudicial para la revolución cubana. Estaba decidido a forzar un armisticio. Y Rubens, alarmado le dijo que los rebeldes no podían aceptar esa situación. Rubens conferenció con Hearst y con Merilly, y les aconsejó que presentaran el problema de Cuba, en sus periódicos, como una batalla entre el pueblo americano y la administración republicana. Así se hizo. La opinión pública se puso decididamente del lado de los rebeldes. Y en algunas poblaciones, al socaire de esta campaña, la efigie de Mc Kinley fue quemada por las multitudes.

En medio de las dificultades propias de un país ocupado en sus dos terceras partes por las fuerzas revolucionarias, a principios de 1898 se celebraron las elecciones autonomistas en Cuba, las cuales resultaron simbólicas por la ausencia del electorado. La Cámara Insular, una vez constituida, eligió presidente al notable jurisconsulto José Antolín del Cueto, y secretario al eminente abogado don José Bruzón.

¿Qué hubiera sucedido en Cuba si la autonomía se hubiera concedido a raíz de la paz del Zanjón?

En realidad, la posición autonómica jamás fue comprendida por los gobernantes de la Península. Por otra parte, la mayoría de los cubanos no la aceptaron jamás ni como etapa para llegar a la Independencia. Pero no puede negarse, como lo reconoció el propio Martí, que la doctrina fue muy útil, "por la prueba de su ineficacia", y porque los componentes del liberalismo insular, lo

mejor de Cuba, en el terreno intelectual y culto, prepararon a nuestro pueblo para las lides de la política y el juego de los partidos.

Después de constituido el gobierno autonómico en Cuba, la diplomacia española inició una intriga para disfrazar la declaración de armisticio que Woodford había sugerido a nombre de Mc Kinley. En Cuba, una comisión integrada por Dolz, Giberga, De Sola y Rabell, trataron de establecer contacto con el presidente Masó para proponerle el armisticio. Masó contestó, sin recibir a los comisionados, que las únicas proposiciones que él podía escuchar eran a base de la independencia de Cuba.

Merry del Val, ministro de España en Roma, habló con el Cardenal Rampolla y éste trasladó al Papa León XIII, una curiosa gestión para que su Santidad pidiera el cese de hostilidades en Cuba. Interesado en la maniobra el arzobispo de Saint Paul, Ireland, el objetivo español era allanarse al pedimento del Papa y no al de Mc Kinley. Todo esto fracasó. Y finalmente, María Cristina, a manera de simple cortesía con León XIII, ordenó al general Blanco que suspendiera las hostilidades. Pero el Consejo de Gobierno cubano rechazó las ofertas de paz, y todo terminó.

El 11 de abril, el presidente Mc Kinley, presionado por el pueblo de los Estados Unidos, y por el Congreso en Washington, envió un mensaje a los cuerpos legislativos, con objeto de forzar a las partes en contienda a un arreglo. El mensaje fue recibido con repugnada, y tanto la Cámara como el Senado fueron testigos de discursos muy fogosos. En definitiva, el Congreso norteamericano tomó la iniciativa, y votó una Resolución Conjunta, el 19 de abril, declarando que el pueblo de Cuba era de hecho libre e independiente, y que debía serlo también de derecho. En realidad, esta declaración conducía a la guerra. El 20 firmó Mc Kinley la Resolución y su consecuente ultimátum a España. El 21, rompiéronse las relaciones diplomáticas. El 25 declaró el Congreso el estado de guerra con España. Y el 27 se dispuso el bloqueo de las costas de Cuba.

LIII

LA GUERRA HISPANO-AMERICANA

La mayoría de nuestros historiadores dicen que las cosas comenzaron a torcerse cuando los Estados Unidos, a raíz del cese de la dominación española en Cuba, se hicieron cargo de la Isla, pero es visto que están equivocados. Las cosas comenzaron a desviarse cuando Mc Kinley se negó a reconocer el gobierno de la revolución, y resolvió entenderse directamente, pero no de una manera oficial,

con los generales Máximo Gómez y Calixto García.

Teniendo en cuenta el ofrecimiento personal que a nombre del gobierno de Masó hiciera Estrada Palma a Mc Kinley, éste autorizó al jefe del ejército estadunidense, Nelson Miles, a sostener conversaciones con aquél, y al mismo tiempo a comunicarse con Máximo Gómez y con Calixto García, no habiendo podido establecer contacto, en definitiva, con el primero, y sí con el segundo. De este modo, nació el famoso episodio, conocido en nuestra historia con el nombre de "mensaje a García", del que fue emisario el teniente Andrew S. Rowan, quien se dirigió a Cuba. Atendido en el campamento rebelde, por el coronel Cosme de la Torriente, Rowan fue conducido a presencia de Calixto García, y éste aceptó la misión, designando al brigadier Enrique Collazo, y a los tenientes coroneles Carlos Hernández y Gonzalo García Vieta, para que se entrevistaran con el secretario de la Guerra en Washington.

La decisión de Mc Kinley de postergar el gobierno de Masó y de entrar en tratos extraoficiales con los generales Gómez y García, no revelaba buena fe, o cuando menos un total desconocimiento de los problemas cubanos, olvidando de paso, que la Resolución Conjunta, no se había dictado académicamente sino que respondía a un estado de hechos reconocido en Cuba, que estaba representado, en ese momento, no por generales aislados, por gloriosos que fueran, sino por una estructura que respondía a la voluntad de los propios cubanos, y de la cual nacía, indiscutiblemente, la organización de la guerra.

La actitud de nuestros más grandes guerreros, aceptando, por mal entendidas rivalidades políticas, esas relaciones extraoficiales, en las que se descartaba la razón jurídica de nuestra independencia, constituía un gravísimo error, que sólo puede pasarse por alto, teniendo en cuenta las circunstancias que rodeaban los hechos, y la decisión firme e irrevocable del gobierno de los Estados Unidos, de desentenderse de los cubanos, para hacerle la guerra a España.

Al Consejo de Gobierno, en Cuba, al recibir la carta informativa de Estrada Palma, de 26 de abril, no le quedaba más camino que aceptar los hechos consumados. Pero en la respuesta a Estrada Palma se advertía su disgusto. No teniendo paciencia para esperar nuevas noticias, designó a Méndez Capote para que se trasladara a Estados Unidos y recogiera impresiones sobre la posibilidad de sus relaciones con el gobierno de Mc Kinley. Méndez Capote visitó Washington. Era hombre de gran talento, de profunda y clara perspicacia, y en seguida se dió cuenta de que aquella era una causa perdida, y que la actuación de Estrada Palma había estado dictada por las grandes realidades del momento.

Al Generalísimo, mortificole el viaje del vicepresidente del gobierno cubano. Y le escribía a Estrada Palma: "Tengo interés en saber del viaje de

Domingo, que siempre he creído inútil, fundado en que lo que no ha podido arreglar usted, que tiene todos los hilos cogidos, menos lo puede arreglar Méndez Capote, que sale ciego de estos maniguazos. Toda la pesadilla de esta gente —agregaba Gómez— es que Mr. Mc Kinley no los ha reconocido como gobierno, y nadie los convence de que eso no puede ser, a mi juicio, pues los americanos no los consideran más que como gobierno revolucionario, y no de la República".

Más impetuoso, que el héroe de *Mal Tiempo*, Calixto García no se mordía la lengua, y comentaba con Estrada Palma la situación. "Hoy ya no puede conseguirse —escribía— que el presidente de los Estados Unidos reconozca nuestra organización civil, es decir, nuestro Consejo de Gobierno... Otra cosa hubiera sido si se hubiesen reformado las instituciones nacidas en Jimaguayú..."

El recuerdo de este amargo pasaje de nuestra historia, dejó en el ánimo de los cubanos que lo vivieron íntimamente, la certeza de una posterior complicación que felizmente no hubo de presentarse, en su mayor gravedad, aunque sí en forma, que determinó para Cuba un largo eclipse de su total soberanía.

Las tropas americanas llegaron a Cuba el 20 de junio. Venían a las órdenes del general Shaffter. Operaba ya el bloqueo por parte de la escuadra del vicealmirante Sampson y el comodoro Dewey, al embotellar la escuadra española, a las órdenes del almirante Cervera, en la bahía de Santiago. Pero antes de iniciar las operaciones, combinada la marina y el ejército, Shaffter y Sampson, estimaron imprescindible conferenciar con Calixto. La reunión de aquellos tres jefes en el *Aserradero*, fue extraordinariamente provechosa. Apreciaron los americanos las cualidades del general García, y aceptaron los planes de éste.

El 24 de junio se decidió el ataque a Santiago por mar y por tierra, y dos meses después todo se había terminado con la derrota de España. Calixto García fue el alma de aquellas victorias que dejaron pasmadas a las tropas y jefes españoles. *Siboney, Las Guásimas, Sevilla*. Vara de Rey, el valiente general hispano pagó con la vida la victoria mambisa del *Caney*, destrozada la infantería española en *Loma San Juan*. Aquí se batieron brillantemente los coroneles Leonardo Wood y Teodoro Roosevelt. Este no resistió a la tentación de venir a Cuba a pelear por su independencia, dirigiendo un cuerpo de voluntarios norteamericanos, los *Rough-Riders*.

El dos de julio, la escuadra española recibió la orden del Capitán General de abandonar la bahía de Santiago. Era un disparate. Pero Cervera no tenía alternativa. Y acató la disposición. Al salir del puerto fue cañoneado por los barcos americanos. Y hora y media después, todo había terminado. Cervera, al querer sustraerse de caer prisionero, saliendo por Punta Cabrera, fue detenido

por el coronel cubano Candelario Cebreco. Alegó el digno almirante español que él se rendía a los americanos y exigió que se respetara su decisión. Cebreco accedió, y Cervera fue entregado en la cubierta del *Iowa*, donde recibió los más altos honores.

El 16 de julio se firmó en Santiago de Cuba, la capitulación en un lugar situado entre San Juan y el fuerte Canosa, bajo un árbol al que desde entonces se le dió el nombre de *árbol de la paz*. Al día siguiente, el general Toral se dirigió al árbol de la paz y se reunió allí con Shaffter y Sampson, para verificar la entrega simbólica. Toral desenvainó su espada y la extendió al general Shaffter, y éste con un noble gesto rehusó recibirla. Hubo un momento de emoción.

En todos estos actos, los americanos prescindieron de los cubanos. Y la bandera izada en la casa de gobierno fue la de las barras y las estrellas. Este espectáculo, después de treinta años de lucha, ausentes los cubanos, en momentos tan culminantes, constituía una gran injusticia, y dejó en la conciencia de todos los mambises el más penoso de los recuerdos.

La indignación de los cubanos estaba justificada. Impedido Calixto García de tomar el camino de Santiago con sus tropas, dirigió una carta al general Shaffter. "Circula el rumor de que la orden de impedir a mi ejército su entrada en Santiago de Cuba, ha obedecido al temor de venganza contra los españoles. Permítame usted —agregaba Calixto— que proteste contra ese pensamiento. No somos un pueblo salvaje que desconoce los principios de la guerra civilizada. Formamos un ejército harapiento y pobre, tan pobre y harapiento como lo fue el ejército de sus antepasados en su noble guerra por la independencia de los Estados Unidos, pero a semejanza de los héroes de Saratoga y Yorktown, respetamos demasiado nuestra causa para mancharla con la barbarie y la cobardía...".

Shaffter contestó torpemente. "Esta guerra, como lo sabe Ud. tiene lugar entre los Estados Unidos y España, y está fuera de toda duda que la rendición de Santiago fue hecha al gobierno de los Estados Unidos".

La actitud de Shaffter, y su crudeza al explicarse, determinaron su relevo. Leonardo Wood, ascendido a general y designado gobernador de Oriente, reparó la injusticia. Y García fue recibido en Santiago como merecía la gloria de su mando y de su genio. El general Lawton, esperaba a Calixto en la puerta del edificio del gobierno.

El 12 de agosto, se firmó en Washington el protocolo de paz.

· Y el primero de octubre, se reunieron en París, para concertar los términos del tratado de paz. Cuba no formaba parte de estas conferencias.

El gobierno de Masó, no arrió la bandera de su legitimidad. Ciertamente, no se rebeló. No podía hacerlo, después de un siglo de luchas por nuestra independencia. Pero en el orden moral dejó bien clavada la bandera de nuestros más puros ideales.

El 24 de octubre celebraron elecciones los cuerpos del ejército libertador en la Isla, eligiéndose la llamada asamblea de Santa Cruz del Sur. Una vez constituida, compareció ante ella el gobierno cubano, y Masó, con emocionada palabra, declaró abierto el tercer período constituyente de la revolución redentora, y cesado en sus poderes el gobierno que presidía. La asamblea eligió presidente de la misma a Domingo Méndez Capote, vice a Fernando Freyre de Andrade, y secretarios a Manuel María Coronado y a Porfirio Valiente. Después designó una comisión de su seno que se trasladase a Washington, a tratar los problemas de la paz. Presidía esa delegación Calixto García, y formaban parte de ella el mayor general José Miguel Gómez, los coroneles José Ramón Villalón y Manuel Sanguily, y el doctor José Antonio González Lanuza, a los cuales se sumó Gonzalo de Quesada, cuya jerarquía (encargado de negocios en Washington) pecaba sin duda de arbitraria, precisamente por falta de legación.

La impresión que causó en Washington esta comisión fue inmejorable. Los americanos esperaban un pequeño grupo de salvajes. "Tratábase —dijo después el senador Morgan— de hombres importantes, educados, caballerosos y capaces. Me admiré —agregó Mr. Morgan— de que la Isla pudiera mostrar un comité de aquella clase".

Mc Kinley recibió cortesmente a la comisión, y con aparente afecto al general García. Frecuentemente le tomaba del brazo, llamándole "My *Dear General*". Pero nuestro héroe, que hablaba el inglés correctamente, advirtió en seguida, una decidida vocación, entre aquellas autoridades, de no contar para nada con los cubanos en los ajustes de la paz. El ministro de la guerra, Rusell Alexander Alger, aspirante frustrado a la presidencia, diez años antes, era insoportable. Se mostraba partidario de constituir en Cuba un gobierno civil interventor, antes de entregar la Isla.

A Mc Kinley se le habló de pagar los haberes del ejército libertador, y dijo que la Constitución de los Estados Unidos se interponía entre aquellos deseos y la realidad, porque no se podía pagar con dinero del tesoro de los Estados Unidos un ejército extranjero. Olvidaba que los cubanos y los americanos habían sido aliados en la guerra contra España. Buscándole una solución al problema, que él mismo había creado, propuso hacer una donación. Los cubanos se opusieron. Y Mc Kinley preguntó a Calixto cuánto hacía falta. Este, sin muchos datos del montante, dijo que tres millones de dólares, cantidad que sus compañeros declararon insuficiente.

Al cabo de los días, Calixto García se sintió pesimista. Se adueñó de su espíritu un poderoso sentimiento de ansiedad y de dudas. "En estas desfavorables condiciones psíquicas, enfermó de gripe, recluyéndose en sus habitaciones del hotel Raleigh. Ansioso de servir a su patria, abandonó el hotel una fría mañana del mes de diciembre de 1898, para asistir a una conferencia. Adquirió fatalmente una fuerte pulmonía, y días después entraba en la inmortalidad. Sobre su frente rota, la imborrable cicatriz, símbolo de su gloria, brillaba el fulgor de aquel gigante que se dormía para siempre".

Al desaparecer el general García Iñiguez, y regresar a la Isla la comisión, ya se había firmado en Francia, el 10 de diciembre, el documento conocido con el nombre de Tratado de París.

De acuerdo con las bases y el articulado de aquel documento, se nombraron las comisiones para disponer la evacuación de la Isla, de los ejércitos españoles. El almirante Sampson, los mayores generales James T. Wade y M. O. Butler, el general hispano Julián González Parrado, y el contra almirante Luis Pastor Landero, y como miembro del gobierno autonómico don Rafael Montoro.

El primero de enero de 1899, a las doce del día, el general Adolfo Jiménez Castellanos, a nombre de Su Majestad Católica, entregó el mando de la Isla, al mayor general John R. Brooke, que lo recibió a nombre del gobierno de los Estados Unidos de América.

Presenciaron el acto, oficialmente, los generales cubanos José Miguel Gómez, Mario G. Menocal, Porfirio Valiente, Néstor Nodarse, José Lacret Morlot, Francisco Ley te Vidal, Mayia Rodríguez, Armando Sánchez Agramonte y Rafael de Cárdenas.

Durante todo este proceso la actuación de Estados Unidos con respecto a los cubanos, fué muy censurable. Estrada Palma, en Washington, hizo todo lo posible porque Mc Kinley y su gabinete entendieran la situación. Pretendía, que Máximo Gómez entrara en la Habana con las tropas americanas, "pues temo mucho —decía don Tomás— que esta preterición produzca una herida difícil de cerrarse".

Un mes después, precisamente el 24 de febrero, aniversario de la revolución, hizo su entrada triunfal en la Habana el héroe invencible de nuestras dos grandes guerras de Independencia. El recibimiento superó con creces el tributado a las tropas norteamericanas. Las multitudes se desbordaron y de todos los balcones llovieron flores arrojadas al paso del vencedor de *Las Guásimas*. El generalísimo, erecto en su corcel de guerra, firmes los pies en los estribos, el pañuelo blanco flotando sobre un mar de cabezas, contemplaba aquel

espectáculo indescriptible con suprema emoción. Le dió un codazo a su ayudante. "Si toda esta gente hubiera peleado con nosotros, hace años que habríamos expulsado a España de Cuba".

NOVENA EPOCA
DE LOS ROUGH-RIDERS A LOS COMISARIOS

Primera Parte
LA INTERVENCION AMERICANA
1899-1902

LIV

EL GOBIERNO DE BROOKE

El general Brooke, persona bondadosa y honesta, honra y prez del ejército americano, constituyó en Cuba un gobierno *sui géneris*, en que mandaban los militares estadunidenses y figuraban en un gabinete civil los políticos cubanos. Este gabinete, brillante por cierto, estaba compuesto por revolucionarios y por no revolucionarios. Los americanos, terminada la guerra, mostraban desconfianza por los mambises y, con injusticia notoria, los tachaban de ser demasiado radicales. A Domingo Méndez Capote, y a González Lanuza, los instalaron respectivamente, en las carteras de Estado y Gobernación, y Justicia e Instrucción Pública; a don Pablo Desvemine y Adolfo Yañez, abrazados a última hora a la independencia, en Hacienda, el primero, y en Agricultura, Comercio, Industria y Obras Públicas, el segundo; ministerio demasiado difuso éste para que nadie pudiera tener éxito en el mismo.

En el campo administrativo ocurrió algo peor. Junto a cada gobernador cubano civil, coexistía uno americano de carácter militar. En Santiago, Wood y Demetrio Castillo Duany; en Camagüey, Carpenter y Lope Recio; en Las Villas, Bates y José Miguel Gómez; en Matanzas, Wilson y Pedro Betancourt; en la Habana —dividida en dos secciones, una urbana y otra rural— Ludlow y Fitzhugh, en la primera, y Juan Rius Rivera en la segunda; y en Pinar del Río, Davis y Guillermo Dolz.

Si bien el gobierno de Brooke era el gobierno oficial, el del general Gómez, aclamado por todos como el futuro gobernante de Cuba, era el gobierno moral. Alojado el Generalísimo en la quinta de los Molinos, era el dueño y señor de los destinos de Cuba. Brooke, demasiado inteligente para no darse cuenta del terreno que pisaba, y además simpatizador del derecho de los cubanos al gobierno propio, atendía en el acto las indicaciones del héroe de la *Sacra*.

No es un secreto histórico que las discrepancias que Máximo Gómez había mantenido con los jóvenes del 95, antes de la muerte de Maceo, dejaron rescoldos,

y que estos empezaron a palparse a medida que el país se encauzaba bajo el signo de la paz.

A fines de enero de 1899, Estrada Palma envió a la Habana a Gonzalo de Quesada para que, en unión de Mr. Robert Porter, representante personal del presidente Mc Kinley, ofreciera al Generalísimo tres millones de dólares, donados por el tesoro de Estados unidos, con destino al pago del ejército libertador. Y Máximo Gómez, sin dar cuenta a nadie de estas negociaciones, aceptó el regalo del presidente americano.

Con tal motivo, surgió uno de los episodios más penosos de aquella época. La asamblea de Santa Cruz del Sur, que sesionaba, en un viejo caserón de la calzada del Cerro, apoyaba la idea de un empréstito de varios millones, con el mismo fin que Gómez: pagarle a los veteranos de la guerra. Y ya hasta había tratado el asunto con un judío americano de apellido Coen, que tenía oficinas en Wall Street.

Gómez se opuso terminantemente, a la idea del empréstito. La asamblea, presidida por Freyre de Andrade, dominada por la palabra cumbre de Sanguily, y la elocuencia razonadora de Juan Gualberto Gómez, designó una comisión que se entrevistara con el procer y lo convenciera.

Gómez rechazó los argumentos, y como insistieran los comisionados, a los que presidía el Marqués de Santa Lucía, el *Viejo*, (como ya todos llamaban al general) los despidió con agrias e insultantes expresiones, confesando su entendimiento y acuerdo con Porter, y descartando de pleno el empréstito, en el que veía inconfesables apetitos personales.

El regreso al seno de la asamblea de los desairados embajadores, a los que Gómez realmente había maltratado, provocó una tempestad de dicterios y un diluvio de discursos y diversas proposiciones, todas las cuales desembocaban en la destitución del Generalísimo. Finalmente, triunfó esta tesis. Y el héroe de nuestras guerras independentistas fue destituido de la jefatura del Ejército Libertador.

¡Era inconcebible!

Respaldado por el pueblo, las multitudes corrieron a la quinta de los Molinos y aclamaron al *Viejo*. Pero éste era realmente un hombre extraordinario. Aceptó su destitución y lanzó un manifiesto en el que palpitaba su corazón adolorido en el orden moral. "Extranjero, como soy, —decía— no he venido a defender a este pueblo como un soldado mercenario... Y en donde quiera que el destino me obligue a plantar mi tienda, allí pueden los cubanos contar con un amigo..."

Disuelta la asamblea de Santa Cruz, que resultaba la quinta rueda de un coche, en aquel régimen al que no se sabe cómo calificar, pues no era una ocupación militar, ni tampoco una colonia de los Estados Unidos, el general Brooke comenzó a desarrollar el programa que había prometido cumplir en su discurso de toma de posesión, modelo de discreción política, en aquellas circunstancias. Dispuso el levantamiento de un censo general; aceleró y propició la más rápida consecución de la gestión Porter; puso las escuelas públicas en manos de Alexis Frye, inspirado en el humanismo; y creó el tribunal Supremo de Justicia, designando presidente del mismo a don Antonio González de Mendoza, excelente jurisconsulto y respetada personalidad de la época; y magistrados, a cultores de la ciencia del derecho tan notables como Pedro González Llorente, José María García Montes, Luis Estévez Romero, Eudaldo Tamayo, Angel Betancourt y Rafael Cruz Pérez.

La amplitud de miras del general Brooke, tropezaba con una tendencia adversa a Cuba, que tenía sus personeros junto al presidente Mc Kinley, en la propia Casa Blanca, y que juzgaban a los cubanos como incapaces para el gobierno propio. El *Evening Post* y el *Herald Tribune*, de Nueva York nos dirigían constantes ataques, tomando como pretextos de sus dardos envenenados, cualquier acontecimiento por muy poca importancia que tuviera.

"Veo con tristeza —escribía Estrada Palma, que aún residía en Central Valley— que abundan en Estados Unidos, los que están siempre echándonos en cara defectos reales o imaginarios, tratándonos como a un pueblo inferior".

El 5 de diciembre de 1899, el presidente Mc Kinley, en un mensaje al Congreso, expresó criterios alarmantes sobre nuestro futuro. Hablaba de las responsabilidades contraídas por los Estados Unidos ante el mundo entero, y decía: "Si esos vínculos han de ser orgánicos o convencionales, lo cierto es que los futuros destinos de Cuba, en cierta forma y manera legítimas, están irrevocablemente unidos a los nuestros; pero sólo es dado al porvenir determinar hasta dónde, y en vista de los acontecimientos. Y agregaba: "Sea cual fuere el resultado, debemos cuidar que Cuba libre sea una realidad, no un mero nombre; una unidad perfecta, no un experimento ligero que lleve en sí mismo los elementos del fracaso".

A fines de 1899, se rumoraba en Cuba que el presidente Me Kinley relevaría de su cargo al gobernador Brooke. En efecto, el 13 de diciembre fue sustituido por el general Leonardo Wood.

"*In the Days of Mc Kinley*", la distinguida escritora norteamericana, Margaret Leech, explica las causas. No eran otras que la actitud del general Brooke de darle excesiva libertad a su gabinete civil, y a todos los cubanos en

asuntos políticos, "debilidades", según los cancerberos *washingtonianos*, que sirvieron a Wood para gestionar en la Casa Blanca y, finalmente obtenerlo, el cargo de gobernador de la Isla de Cuba.

LV

EL GOBIERNO DE WOOD

Wood pertenecía a la *dorada grey*, de los educados en Harvard. Cazador y *cow-boy*, en las praderas del Oeste, a las órdenes del general Miles, que lo introdujo en Washington, el joven bostoniano había saltado de un modesto destino de médico militar a coronel de *Rough-Riders*, de aquí a general y gobernador de Santiago de Cuba, y ahora a mayor general y procónsul de los destinos de Cuba.

Su llegada a la Habana, acompañado de Gonzalo de Quesada y Demetrio Castillo Duany, despertó enormes recelos. Wood aseguró que sus intenciones eran convocar a una constituyente, celebrar después elecciones generales, y entregar el gobierno de la Isla a los cubanos. Visitó a Máximo Gómez. Este pagó en seguida la visita de cortesía.

A los pocos días, como asunto primero y más principal, Wood reunió a los líderes políticos para discutir asuntos de la mayor urgencia. Bartolomé Masó abogó por el sufragio universal, y el Interventor exclamó: "Pues yo debo resultar más papista que el Papa, porque creo que el sufragio debe restringirse; deben votar únicamente los que sepan leer y escribir, los que hayan peleado por Cuba, y los mayores de edad que posean una renta por lo menos de doscientos cincuenta pesos".

El general Wood aún no había cumplido los cuarenta años y poseía una actividad extraordinaria. Las oficinas públicas fueron las primeras en sentir la rudeza de su mano; se dictaron severos reglamentos; menudearon las cesantías; se renovaron departamentos enteros; y se acometió la reforma del Poder Judicial, herencia de la colonia, profundamente corrompida. Se descubrieron grandes fraudes, en correos, y para sorpresa del gobernador, resultaron complicados algunos funcionarios norteamericanos, Mr. Rathbone y Mr. Neely, que aun cuando gozaban de grandes influencias en Washington, fueron juzgados y condenados, interesado Wood en sacar en limpio su administración.

Martínez Ortiz ha descrito muy bien a este gobernador de ojos azules y pelo rubio. Hombre de laboriosidad infatigable —dice Don Rafael— y de naturaleza de hierro, trabajaba mientras viajaba en ferrocarril o en barcos; los asuntos pendientes los resolvía como pudiera hacerlo en el palacio de la plaza de

armas, y cuando sus ayudantes o consejeros se declaraban rendidos, él se dedicaba a hacer ejercicios gimnásticos o a algún deporte de gran movimiento y esfuerzos musculares. Dícese que aprendió a jugar el Jai Alai, o sea a la pelota vasca.

Acusado de anexionista, cosa que él desmentía siempre, Wood fue limitando la acción de sus secretarios de despacho, para absorber todos los poderes gobernantes. La prensa de oposición, en Cuba, siempre fluida e imaginativa, se desahogó a capricho. *La Discusión*, el diario que fundara don Adolfo Márquez Sterling, y que ahora dirigía Manuel María Coronado, decía que uno de los motivos más poderosos de la independencia estuvo en el hecho de que Madrid estaba muy lejos y desde allí no se podía gobernar bien. Y agregaba: "Desde Washington todavía es más difícil; porque al fin y al cabo los españoles hablaban nuestra lengua, nos habían dado nuestras leyes, eran nuestros progenitores, y desde luego nos parecemos mucho a ellos".

Wood se mortificaba mucho de éstas cosas, pero las toleraba. Nombró ministro de Justicia a don Miguel Gener y Rincón para que reorganizara el Poder Judicial. Este gran legisperito ni tardo ni perezoso, dictó la orden de amparo, el *Habeos Corpus*, los registros mercantiles, y ensayó el jurado, fracaso ruidoso entre nosotros. Después, designó una comisión para reformar todas las leyes vigentes y dictar otras nuevas: el perjurio, la autonomía municipal, las brigadas sanitarias, los servicios de cultura y saneamiento físico. Obras todas que debemos, sin duda, al gobierno interventor, entre ellas el descubrimiento de la fiebre amarilla, realizado por nuestro Carlos Finlay, en cuyas investigaciones encontró la muerte voluntaria el insigne galeno norteamericano Jesse Lazear, que se dejó picar por un mosquito del género *stegomya*, que le ocasionó el virus, del cual no pudo curársele.

Si decimos que Wood era un dictador, no estamos diciendo nada exagerado. Y como tal procedía. Cuando el Papa designo obispo para la diócesis de la Habana a monseñor Sbarreti, postergando a los sacerdotes cubanos, que ambicionaban la mitra, Wood, como Pilatos, se lavó las manos; cuando el padre Mustelier protestó e inició la polémica, cortó por lo sano; y, por último, se manejó a la perfección para dejar prácticamente sin respuesta un artículo de *El Nuevo País*, que aseguraba que Cuba "no estaba bien preparada para la Independencia absoluta, y que era necesario establecer el gobierno del orden y de la paz con procedimientos conservadores y evolucionistas..." afirmaciones que sacaban de quicio, y con razón, a los que habían peleado con las armas en la mano por la independencia y la libertad de Cuba.

En el mes de abril de 1900 se promulgó la ley electoral para los comicios municipales que debían verificarse en junio, y efectivamente estaba calcada en

las ideas del gobernador. Cumplido este trámite, en julio se convocó a elecciones de constituyentes y una de las cláusulas de dicha convocatoria, pareció demasiado *"sospechosa"*. Era la que aludía a las futuras relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

Quisieron aclararla los jefes de partido, y Wood que no mostraba prisa por discutir el asunto se fue de cacería. A su regreso, en múltiples conversaciones, aseguró que la *cláusula sospechosa*, no ofrecía dudas, y que los cubanos a través de la Convención libre y soberana, serían los llamados a definir aquellas relaciones. Mas cuando el gobernador hablaba de esta manera no estaba procediendo de buena fe.

La *cláusula sospechosa* abrió camino a las insinceridades y a los temores. Se habló de retraimiento de todos los partidos. Nacionales, Democráticos y Republicanos. Giberga lo propuso y Sánchez Agramonte lo descartó. En una reunión, Juan Gualberto Gómez logró la aprobación de una moción declarando que la definición de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos no era propio hacerlo en la Constitución, y que debía pasársele un cable a Mc Kinley rogándole aclarara el asunto. El encargado de pasar el cable no lo hizo y fue expulsado del partido en que militaba.

En estas circunstancias, la pasión alcanzaba grados muy peligrosos. Enrique José Varona hizo declaraciones. "Si los delegados —decía— se obstinan en pretender que Washington no tenga nada que decir acerca de nuestras relaciones internacionales, vamos a dar contra un muro infranqueable y podremos encontrarnos por muchos años, en la posición de las provincias otomanas que Austria-Hungría administra y ocupa militarmente".[1]

Lanuza fue más lejos. Admitió el protectorado. Y aseveró que nuestras relaciones con Estados Unidos estaban dictadas por la geografía y por la historia, "hecho —agregó— que no nos es dado borrar y mucho menos desacaecer".

Varona y Lanuza, intelectuales de primer orden, miembros de la tendencia conservadora, se excusaron de aceptar la candidatura de delegados a la Convención. Hicieron mal. Los hombres de su talento, de su cultura, de su importancia, señalados por el destino para guiar, no pueden inhibirse, ni quedan bien con el futuro en admitir realidades contra las cuales, en todo caso, debe tomarse postura, si no para vencerlas, al menos para cohonestarlas de la mejor manera a los intereses nacionales. Aunque, en realidad, al opinar de aquella manera, estaban adoptando una posición.

Manuel Sanguily, aludiendo a ambos, y a otros muchos que ocultaban la cabeza en la arena como el avestruz, decía: "¡Podrán formar un grupo de sabios

muy versados en profetizar sumisiones; pero nunca fueron ellos los que afrontaron el peligro y pisotearon el Dragón!"

Fue el Marqués de Santa Lucía quien rubricó los pesimismos nacionales, respecto a la *cláusula sospechosa*. Al regreso de un viaje a Washington hizo estas declaraciones: "Si suben los demócratas al Poder no nos darán la República y si suben los republicanos otra vez tampoco nos la darán".

La campaña política fue candente. No presentaba los tintes de plebeyez y de escándalo que fue adquiriendo después. Pero el tono de las polémicas se encendía en fogatas difíciles de apagar. No fue tampoco un certamen político entre pro-americanos y anti-americanos, como han dicho algunos escritores, porque en Cuba, a no ser los ex-voluntarios y guerrilleros, que odiaban la república, y que han resucitado en forma de milicianos comunistas, no había anti-americanos en aquellos días.

A Wood se le atribuían simpatías por determinados candidatos. Se decía que era opuesto a la elección de Juan Gualberto, y se rumoraba que por medio de interpósitas personas trataba de ganarse la buena voluntad del general Masó, y "hasta llegó a mencionarse, en cuestiones resbaladizas de pesos y centavos, dados y tomados, el nombre inmaculado de Máximo Gómez".[2]

Celebradas las elecciones en septiembre con las más absolutas garantías, ya que Wood se esmeró en ello, Pinar del Río eligió a Gonzalo de Quesada, cuyo gran título era el de hijo espiritual de Martí; al mayor general Juan Rius Rivera, que sucedió a Maceo en el mando de Occidente, y a Joaquín Quílez, anciano respetable y modesto a quien tildábase, casi unánimemente, de reaccionario.

La Habana, eligió a tres generales: José Lacret Morlot, Emilio Núñez, a la sazón gobernador de la provincia, y Alejandro Rodríguez, alcalde Municipal, a quien sus amigos solían decirle primer magistrado de la ciudad. Eligió también a Manuel Sanguily, príncipe de la elocuencia, y, ya como patriota, ya como intelectual y polemista, la figura más brillante de la época. Eligió, además, a un esclarecido profesor de la facultad de derecho, don Leopoldo Berriel; a un político tenaz y acucioso, de gran porvenir, Alfredo Zayas y Alfonso; y a dos personajes que ocupaban carteras en el gabinete de Wood: el doctor Diego Tamayo, secretario de gobernación, y don Miguel Gener y Rincón, que como sabemos había reformado y ampliado el acerbo de nuestras leyes.

Los delegados por Matanzas eran Domingo Méndez Capote, alta mentalidad jurídica, el mayor general Pedro Betancourt y Dávalos, caudillo de la provincia; don Luis Fortún, hábil político de irresistible popularidad, y a don Eliseo Giberga, que debido a su procedencia autonomista, y a su talento y palabra,

contaba con grandes simpatías entre las clases conservadoras.

Santa Clara envió a sus cuatro generales *Josés* más influyentes: Gómez, Alemán, Monteagudo y Robau; al joven coronel y abogado, de extraordinaria simpatía, Enrique Villuendas, a Martín Morúa Delgado, literato y orador notable, y al octogenario jurisconsulto, latinista, orador forense, académico y político de gran pujanza que armonizaba el pasado con el presente a favor de la República, don Pedro González Llorente.

Camagüey acudió del brazo de su venerable patriarca, don Salvador Cisneros Betancourt, presidente dos veces de la República en armas, y miembro de todas las asambleas que hasta entonces se habían elegido, que compartía la legitimidad de sus poderes con el doctor Manuel Ramón Silva, el más hábil y diestro de los políticos de la provincia. Y por último, la delegación oriental estaba integrada, por un grupo brillante de abnegados patriotas, generales y políticos, a saber: José Fernández de Castro, Antonio Bravo Correoso, Juan Gualberto Gómez, Rafael Manduley y del Río, Eudaldo Tamayo Pavón, Rafael Portuondo Tamayo y Joaquín Castillo Duany, que renunció y cedió su curul al doctor José Nicolás Ferrer, su legítimo suplente.

Constituida la asamblea, y elegidos, presidente de ella, Méndez Capote, y secretarios Villuenda y Zayas, tres meses y diez y seis días bastaron a los convencionales de 1901 para dejar cumplido su encargo.

Se ha dicho, como se han repetido cosas rutinariamente, que los delegados a aquella Convención se limitaron a copiar la carta fundamental de los Estados Unidos. Y nada más inexacto. El texto y la letra de la Constitución de 1901, tiene parecido con algunas instituciones norteamericanas, pero dista mucho de ser el referido calco que han querido ver algunos historiadores y eruditos de revistas. Empezando porque el régimen político norteamericano es federalista y el plasmado por los hombres del 95 era francamente unitario.

Independientemente entre sí, la carta del 1901, recogiendo las enseñanzas de Montesquieu, organizó los tres poderes fundamentales: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. El presidente podía ser reelegido una vez; las provincias y los municipios, descentralizados, gozaban de una gran autonomía; se garantizaba la libertad de cultos, de pensamiento, de asociación y de palabra, y el voto era secreto, universal y colectivo, sin distinguir entre *leídos* y *escribidos*, y *analfabetos*, como había pretendido Wood.

El Senado, por sufragio de segundo grado, como el Ejecutivo también, se componía de cuatro senadores por provincia, elegidos por ocho años, y renovado de por mitad, en cada elección presidencial, y podía ser copado por un solo

partido, pues no se reconocía el derecho de las minorías. Y la Cámara de Representantes, a razón de un diputado por cada veinte y cinco mil habitantes, o fracción mayor de doce mil quinientos, por sufragio directo y con renovación bienal, reconocía el derecho de las minorías, las cuales, aseguradas por la ley electoral, no podían ser postergadas.

En realidad —dice Manuel Márquez Sterling— nuestra constitución de 1901 no mereció el título de admirable con que Bolívar designaba en 1830, sin hipérbole, al congreso de Bogotá, presidido por el mariscal de Ayacucho; pero en cambio se hizo acreedora al modesto nombre de discreta, como premio a la energía perseverante y no exenta de prudencia, caracterizada en el proceso de sus voluntarias determinaciones.

Un momento emocionante, y digno siempre de ser recordado, fue aquel en que un delegado propuso suprimir el nombre de Dios con que empezaba el texto de 1901. Surgió Manuel Sanguily, en su escaño, y pronunció uno de sus más notables discursos.

"Dios es al cabo —decía Sanguily— el símbolo de aquel bien que va realizándose con nosotros, contra nosotros, y a pesar de nos otros, ahora, en el pasado y en el porvenir. Y si Dios es el símbolo de lo supremo, desde este punto de vista meramente abstracto, no puedo comprender que sea para nadie humillante e indecoroso que levantemos a El nuestras manos y le pidamos su amparo... Creo —agregaba aquel gran repúblico— que haría bien la Convención en mantener la frase. Bueno es, aunque sea mera ilusión de nuestro anhelo, procurar asirnos a algo que parezca un ancla de oro suspendida en el espacio, porque, al menos, es esa una idea santa y buena, que representa algo más poderoso que la voluntad de los hombres, algo más firme y permanente que las vicisitudes de la Historia..."

LVI

LA ENMIENDA PLATT

Aprobada la constitución, debía entrar a discutirse la llamada *cláusula sospechosa*. Y como Wood estaba enterado de que la asamblea había designado una comisión para entrevistarlo, citó a ésta para efectuarla en la cubierta del *yacht Kanawha*. La comisión estaba integrada por Juan Gualberto Gómez, Manuel Ramón Silva, Gonzalo de Quesada, Enrique Villuendas y Diego Tamayo.

"Los cubanos —dice Hagerdom— estaban en el conocimiento de la invitación y fueron obsequiados en Batabanó, a manera de bienvenida, con un

suculento banquete. Concluido éste, el general Wood los condujo al *Kanawha* y comenzó a tratarse el espinoso asunto".

No se conocen los detalles de esta conferencia. Ninguno de los participantes los ha narrado. El coronel John Greble, superintendente del departamento de gobernación, y Alejandro González (Gonzalito), intérprete favorito de Wood, murieron sin dejar apuntes o datos que hagan luz sobre la cubierta del *Kanawha*.

Se sabe que el general Wood leyó a los cinco delegados las estipulaciones de la carta que el secretario de la Guerra de los Estados Unidos, el abogado Elihu Root, le había escrito en 9 de febrero de 1901. Exponía éste que la Convención debía añadir, al texto constitucional, a manera de apéndice, la definición de sus relaciones con los Estados Unidos, en la forma siguiente: *primero*: autorizando a aquéllos a intervenir en Cuba si corriera peligro la independencia de la Isla, o se vieran en grave daño la vida y propiedades de sus habitantes; *segundo*: prohibiendo a los cubanos, celebrar tratados con poderes extranjeros que menoscabaran su independencia y contraer empréstitos que comprometieran sus ingresos ordinarios; y *tercero*: poner en condiciones a Estados Unidos de mantener la independencia de Cuba, y proteger al pueblo, así como para su propia defensa, cediéndole las tierras necesarias para carboneras o estaciones navales, que convinieran con el gobierno de Washington".

El 26 de febrero, citados con urgencia los convencionales, por su presidente, el doctor Méndez Capote, reuniéronse privadamente a estudiar la crisis que les planteaba "el requerimiento del general Wood, en nombre de los Estados Unidos". Al informar Diego Tamayo, que las bases no se conformaban solamente con aquellas estipulaciones, sino que añadían las condiciones de omitir de los límites de Cuba la Isla de Pinos, los delegados prorrumpieron en ruidosas exclamaciones de indignación, y decidieron combatir tenazmente todo aquello que mermara nuestra soberanía.

LAS REUNIONES EN WASHINGTON

Mientras en Cuba discutían los convencionales las relaciones con los Estados Unidos, en Washington, en la residencia del senador Chandler, en la calle I, 1421, se reunía un grupo de padres de la patria para escuchar al colega Orville H. Platt, de Connecticut, los pormenores de la proposición que pensaba presentar al cuerpo legislativo al que todos pertenecían.

Platt había visitado Cuba en meses anteriores. Había hablado con

Villuendas y con Monteagudo, y desdichadamente, a diferencia de su compañero de hemiciclo, Morgan, habíase formado un juicio muy desafortunado de los cubanos.

Indudablemente, en estas reuniones de la calle I, faltaba el talento político de Foraker, la sapiencia equilibrada de Lodge, la energía poco común de Morgan, la destreza parlamentaria de Cushman, y la habilidad y experiencias de Cullom.

No intervenía, tampoco, el secretario de Estado Mr. John Hay. Indiferente al caso de Cuba, gestionado fuera de su órbita diplomática, es probable que no alentara ni se opusiera, en el gabinete, a las improvisaciones de su colega, el secretario de la Guerra, a quien Mc Kinley, según lo refiere Miss Leech, había designado en aquel *portfolio*, precisamente por tratarse de un magnífico "*corporation lawyer*", del estado de Nueva York, respaldado y aupado por el senador Tom Platt, famoso cacique de la política en Manhattan, en aquellos años de principio de siglo.

El mismo 26 de febrero de 1901, que era martes, presentó Orville H. Platt su famosa enmienda en el Senado, al proyecto 14017 aprobado por la Cámara de Representantes, que fijaba los créditos para el sostenimiento del ejército en el año fiscal que terminaba el 30 de junio de 1902.

Inmediatamente, pidió la palabra Morgan y se opuso. "Dictar una ley férrea —dijo— para imponer a Cuba una obediencia es ofensivo al orgullo de los patriotas cuyo derecho a gobernarla es indudable e inalienable".

"Después de haber examinado cuidadosamente esta ley —dijo Foraker— convengo en que sería muy desafortunado no modificarla". Político eminente, autor de la ley prohibiendo las concesiones en Cuba mientras durara la intervención, Mr. Foraker, con larga visión de los problemas públicos, adujo que en la forma en que estaban redactadas algunas cláusulas de la Enmienda, ésta, por sí misma, podía dar origen a que los cubanos en el futuro, por controversias políticas, invitaran a los Estados Unidos a intervenir. Indudablemente, vió largo.

El grupo de senadores que respaldaba al gobierno de Me Kinley, no escuchó a Foraker y sus enmiendas fueron derrotadas. La proposición de Platt fue aprobada. 43 *síes* contra 20 *nóes* dieron al senador por Connecticut la victoria que mermaba nuestra soberanía. A los pocos días fue aprobada por la Cámara y sancionada por Mc Kinley.

Sabedor el presidente, por medio de su gobernador en Cuba, que la aprobación de la Enmienda Platt por la asamblea constituyente, no sería cosa fácil, envió a Cuba al jefe del ejército Nelson Miles, para que éste aconsejara la aprobación de aquel engendro. Miles visitó el teatro Irijoa, rebautizado con el

nombre inmortal de Martí, donde sesionaban los delegados, y habló con muchos de estos. El bravo *Pavo Real*[3] fue escuchado a disgusto. "Debéis aceptar íntegramente la Enmienda díjole a Méndez Capote. El pueblo de los Estados Unidos es vuestro amigo. Yo tengo la mejor opinión de vuestras condiciones y mi país también, y os deseamos la mayor felicidad, porque no hemos venido a ayudaros sino a título de amigos".

VISITAN LOS CUBANOS A ELIHU ROOT

Los partidos políticos cubanos, con motivo de la discusión de la Enmienda Platt, se produjeron de acuerdo con la situación. Mientras el Republicano y la Unión Democrática, autorizaron a sus delegados a conceder sus votos a la pragmática, el Nacional Cubano mantuvo la intransigencia mambisa. Pero tales recomendaciones no fueron obedecidas por los delegados y el voto a favor o en contra se convirtió en una cuestión y juicio personales. Diego Tamayo, Emilio Núñez y Alejandro Rodríguez, nacionales, transigían. José B. Alemán, José Luis Robau, y el propio Juan Gualberto, republicanos, mostrábanse entre los más irreductibles.

Después de grandes y cálidos debates, la Convención llegó al acuerdo de nombrar una comisión, y que ésta se trasladara a Washington. Y a propuesta de los señores Portuondo, Alemán, Tamayo (Eudaldo), Fortún y Morúa, aprobó una moción declarando que el criterio de la asamblea era opuesto a la ley Platt.

Presidía la comisión Méndez Capote, y la integraban Portuondo, Diego Tamayo, González Llorente y Pedro Betancourt. Y la completaban, en calidad de periodistas, Coronado, por *La Discusión*, y Manuel Márquez Sterling, por *El Mundo*. Un funcionario de la aduana, don Pedro Entenza, prestó servicios de intérprete, cargo, por cierto, muy ambicionado por los patriotas bilingües. Más tarde, en Washington, Entenza fue sustituido por Gonzalito.

Trasladados a Washington, y abierta la discusión entre Elihu Root y los cubanos, llevaba la voz cantante, por estos, Domingo Méndez Capote. Root había visitado la Habana; conocía a alguno de los comisionados, e insistía, más o menos, en los argumentos usados en su carta de febrero. Méndez Capote, provisto de un arsenal de razones, a veces perturbaba la aparente serenidad del secretario de la Guerra de Mc Kinley.

—Todo parece indicar —adujo el cubano— que los Estados Unidos parten del supuesto de "tener derecho a intervenir en Cuba".

Root asintió. "El supuesto es para mí incuestionable. Desde hace tres

cuartos de siglo, los Estados Unidos han proclamado ese derecho a la faz del mundo americano y europeo y han negado a otros estados hasta la intervención amistosa en los asuntos cubanos".

A esta declaración paladina, Méndez Capote esgrimió un argumento irrecusable. "Si los Estados Unidos se creen con ese derecho de intervención, y tienen la fuerza para llevarlo a efecto, no me explico por qué han de solicitar el consentimiento de los cubanos". Y a esto replicó Root: "La expresión de ese consentimiento facilitará a los Estados Unidos la realización de sus propósitos enunciados respecto de las demás naciones". Y Méndez Capote: "De nada valdría ese consentimiento si los Estados Unidos no tuvieran fuerzas suficientemente para realizar sus objetivos. En las cuestiones internacionales —sentenció el presidente de la Constituyente— la fuerza es la *última ratio*".[4]

"No —razonó Root. Eso es una verdad a medias. Si la fuerza es la última razón, es cierto también que no informa ni inspira el derecho internacional. Si no se respetara la legitimidad de ciertos derechos, habrían dejado de existir naciones como Suiza, Bélgica y Holanda. Un pequeño estado, atrincherado tras derechos de todos reconocidos, es un pequeño estado que dispone de una fuerza que todos los grandes estados respetan".

Cuando se analizó la base referente a las estaciones navales, Méndez Capote preguntó si también había *esencialidad* en la exigencia y Root contestó afirmativamente. Portuondo interrumpió: "¡Estaciones navales! ¿y cuántas?" —y el flamante secretario de la Guerra, hábilmente, esquivó la definición. "Contarlas, desde ahora, es imposible. Eso será objeto de negociaciones futuras, cuando vuestro gobierno esté constituido".

El 25 de abril, fue un día de grandes experiencias para los cubanos. Los periódicos, a orillas del Potomac, *The Evening Star y The Washington Post*, que habían bautizado a nuestros comisionados con el nombre de *"Cuba Committee of the Five*", daban cuenta de un banquete en la Casa Blanca. La noche antes habían cenado con el presidente, y éste, que podía jugar con nuestro destino, como con la cadena del reloj, que le cruzaba el pecho, les dijo: "Os felicito por la gloria que os cabe al contribuir con vuestras mayores energías y vuestra capacidad a la redacción de la Carta Magna de vuestro país, satisfacción que muy pocos ciudadanos en el mundo tienen la dicha de alcanzar".

A González Llorente, Mc Kinley le infundía miedo. Partidario de amenizar las sobremesas, al día siguiente, el gran abogado, en el Hotel Shoreham, relacionaba acontecimientos muy lejanos, en los que figuraban famosos gobernadores de Cuba, como Lersundi, Concha o Jovellar. "Estos generales —decía Llorente— se aficionaron al despotismo y a la mano de hierro; no lo negaré.

Mas tampoco he de negar que a lo mejor se convertían en pobres diablos a quienes los insurrectos zurraban de lo lindo. Yo, francamente, jamás les tuve miedo. Miedo, en cambio, y muy serio, me lo infunde Mc Kinley aunque no sea general, ni español, ni gobierne individualmente a Cuba. Le temo, amigos míos, como se le teme a la niebla en el mar, o al viento en los días amenazados por el aquilón".

Los amigos y partidarios de aquel presidente opinaban distinto. Sus biógrafos clasifican a Mc Kinley entre los hombres de voluntad enérgica, pero de sereno equilibrio. Sus admiradores lo llamaban "agente de prosperidad fabulosa", de la "despensa llena", del "estadista con el oído en la tierra", que auscultaba las palpitaciones de hoy y de mañana en el arcano internacional, sugestionadas las multitudes anónimas por el seso de sus arengas políticas. Por último, una de las historias de amor más sentimentales que flotan en los domésticos recuerdos de la Casa Blanca es la de Mc Kinley.[5] El Mc Kinley que González Llorente no descubrió.

SE APRUEBA LA ENMIENDA PLATT

El Comité de los Cinco regresó a Cuba y se presentó en la asamblea el 7 de mayo. El informe de sus experiencias colmó el vaso de las realidades imperantes. Cuando se les preguntó por qué no ofrecían alguna otra solución, respondieron, cada uno, a su turno, que preferían opinar por separado. González Llorente pidió la palabra:

Llorente: —Señores delegados, la Enmienda Platt es inmutable. No consideramos, por consiguiente útil ni eficaz la proposición de nuevas cláusulas que quizás nos hubiesen situado en posición ridicula. Sin la Enmienda Platt no hay arreglo posible. Y debemos pensar en nuestro deber como representantes del pueblo.

Sanguily: —Bien, y si rechazamos la Enmienda, ¿qué ocurriría?

Llorente: —No puedo vaticinar el porvenir, pero supongo que los acontecimientos habrían de ser desastrosos para Cuba.

Berriel: —¿Si no aceptáramos la Enmienda, correrá peligros la creación de la República?

Llorente: —No puedo contestar categóricamente. Yo presumo que si no aprobamos la Enmienda, veremos la ocupación militar indefinidamente prolongada.

El 25 de mayo se presentó a la consideración de la asamblea un dictamen interpretativo, redactado por la comisión de Relaciones, en el que se aceptaba la Enmienda de acuerdo con los relatos que de las conversaciones con Root había sostenido la *Comisión de los Cinco*, en Washington.

Reunida nuevamente la asamblea el 28, respondieron al pase de lista 29 convencionales. Faltaban Rius Rivera, en uso de licencia, y Antonio Bravo Correoso, que se encontraba en Santiago. Era lo grave que ambos ausentes pertenecían al grupo de adversarios de la Enmienda Platt.

Juan Gualberto Gómez, que no desaprovechaba oportunidad de entorpecer el curso de la imposición norteamericana, se levantó en su escaño, y pidió que se diera lectura al juramento prestado por los convencionales al constituirse la Asamblea.

Sanguily, como movido por un resorte, saltó en su escaño, y sin pedir la palabra, interrogó: "¿Pretende, el señor Gómez, señalar como perjuros a los que acepten con sus votos la ley Platt? Porque si es así, y esa es la intención, yo me retiro, y conmigo otros delegados..."

Juan Gualberto canceló su petición, y Villuendas comenzó el pase de lista, para la votación nominal, después que el presidente aclaró que los que estuvieran de acuerdo con el "Dictamen Interpretativo" votarían que SI, y los contrarios que NO. He aquí el resultado de la votación:

SI NO Berriel, Leopoldo Alemán, José Braulio Betancourt, Pedro Cisneros Betancourt, Salvador Giberga, Eliseo Fernández de Castro, José Gómez, José Miguel Ferrer, José Nicolás González Llorente, Pedro Fortún, Luis Méndez Capote, Domingo Gener y Rincón, Miguel Monteagudo, José de J. Gómez, Juan Gualberto Morúa Delgado, Martín Lacret Morlot, José Núñez, Emilio Manduley del Río, Rafael Quesada, Gonzalo Portuondo, Rafael Quílez, Joaquín Robau, José Luis Rodríguez, Alejandro Silva, Manuel Ramón Sanguily, Manuel Tamayo, Eudaldo Tamayo, Diego Zayas, Alfredo Villuendas, Enrique (14) (15)

Aprobado el "Dictamen Interpretativo", fórmula más suave, por el estrechísimo margen de un voto, los convencionales abandonaban sus asientos, al terminarse la sesión. Los que habían votado contra la Enmienda eran delirantemente aplaudidos por el público que se encontraba en las tribunas, las cuales, a pesar de ser secreta la sesión, habían ido llenándose de pueblo.

Aquellas demostraciones hicieron mella en la paciencia del general Gómez, y Manduley que lo advirtió se irguió en su escaño, y dirigiéndose al público, gritó:

"¡Aquí no hay cubanos mejores que otros cubanos. Cada uno al votar lo ha hecho de acuerdo con su patriotismo. Entenderlo de otra manera sería fomentar nuevas divisiones en el pueblo cubano, y desde luego cometer una terrible injusticia".

El general Lacret, que hasta entonces había dominado la exaltación de su dolor, exclamó: Tres fechas tiene Cuba. El 10 de octubre aprendimos a morir por la patria. El 24 de febrero aprendimos a matar por la Independencia. Hoy, 28 de mayo de 1901, día de luto para mí, nos hemos esclavizado para siempre con férreas cadenas".

Al día siguiente, se efectuó en el Teatro Payret, un enorme mitin de protesta convocado por el partido Nacional presidido por el doctor Zayas. Los oradores se despacharon de lo lindo, y Villuendas, que presenciaba el acto desde un palco, y había votado, como sabemos, el Dictamen Interpretativo, fue invitado a hablar. Salió del apuro, a fuerza de gracia y de talento, y hasta hubo momentos en que se le aplaudió. "Sólo el tiempo, dijo aquel joven lleno de simpatía, puede juzgarnos a todos".

La aprobación del Dictamen Interpretativo, y la demostración de pueblo desbordante, del Teatro Payret, causaron disgusto y contrariedad en la Casa Blanca. Wood fue llamado a Washington, y celebró una larga conferencia con Mc Kinley, en la que naturalmente estaba presente Elihu Root.

El 31 celebró sesión el Consejo de secretarios, en Washington. Todos los secretarios estaban presentes, Gage, Griggs, Long, Wilson, Hitchcock, Smith y Root. Mc Kinley pronunció un brevísimo *speech*, y después se acordó por unanimidad que la moción aprobada por la asamblea constituyente cubana, o sea el famoso Dictamen Interpretativo, no representaba una sustancial conformidad con los postulados de la Enmienda Platt, y se ordenó al general Wood comunicara a la Convención que los Estados Unidos insistían en la adopción de la Enmienda sin alteraciones, (without qualification) ni interpretaciones.

Se trataba de un ultimátum. Si la Enmienda no se aprobaba textualmente "la ocupación militar continuaría indefinidamente".

El úcase que significaba esta comunicación, produjo en la asamblea alarmas y contrariedades. "La inteligencia de los cubanos se llenó de incertidumbres y los corazones de zozobras". Juan Gualberto, infatigable, dijo que el Dictamen no se podía revisar mas que en sesión extraordinaria, y por el voto de la mitad más uno de los componentes de la Convención. Pero no se estaba en instantes de legalidades, ni de *interpretatio jures*. Se apoderó de la asamblea un sentido mortal. Los opositores más caracterizados habían supuesto la posibilidad racional de una inteligencia decorosa con Estados Unidos. En lugar de ello se

encontraban frente a una nación interventora, implacable y altanera, que se mostraba contraria a todo agregado que no fuera el texto íntegro de la Enmienda Platt.

Desorientados y confusos en el ambiente que siguió a este naufragio, los optimistas perdieron la cohesión, y los pesimistas se acobardaron. Desertaron de las filas de los irreductibles tres delegados: El doctor Gener y el general Robau, desaparecieron de la escena, y José Nicolás Ferrer, excelente persona, se sumó equivocado, a las filas de los que habían votado afirmativamente en la sesión del 28 de mayo.

Fue de este modo que, al ponerse a votación la Enmienda Platt, monda y lironda, sin interpretaciones (without qualification) como lo exigía Mc Kinley, obtuviera 16 votos en favor y once en contra. Ferrer, quizás sin quererlo, completó los diez y seis sufragios que a juicio de Juan Gualberto hacían falta para revisar el acuerdo original.

La constituyente, ventilado el problema de las relaciones con Estados Unidos, se trasladó del teatro Martí a un sólido caserón en la calzada del Monte, y dispúsose a discutir y aprobar la ley electoral indispensable a los comicios para elegir los mandatarios públicos.

El semblante de la asamblea tornóse melancólico. Las vehemencias languidecieron, dificultábase el quorum para deliberar, un pesimismo negro, honrado, y hasta patriótico, si se quiere, devoró en silencio a los mambises que vieron clavar en la cumbre de sus ideales el pendón de la ingerencia extranjera.

Con todo, los once fundadores que sostuvieron la protesta contra el apéndice sentían vigorizadas sus convicciones y robustecidas su fe. No seremos jamás independientes —decía uno de los votantes de la Enmienda, arrepentido de haberle concedido el sufragio. No así don Eudaldo Tamayo y Pavón, que solía expresar, precisamente, lo contrario. "El pueblo de Cuba —decía el virtuoso discípulo de Castelar —recabará por infalible madurez, la soberanía que la Enmienda le recorta, y algún día cuando haya ejercitado a plenitud su independencia, será próspero y feliz."[6]

LVII

LAS PRIMERAS ELECCIONES

La República nació descabezada por la Enmienda Platt, y sin sus esencias originales, y esto produjo un gran daño en la fe de sus destinos, en el pueblo

cubano, y en la mayor parte de sus representantes políticos, que mostraron aspectos de irresponsabilidad a consecuencia del tutelaje impuesto.

Pasados los momentos de pesimismo, el país, de manera casi unánime, esperaba que el primer presidente lo fuera Máximo Gómez, pero éste, a quien los convencionales habíanle reconocido ese derecho en la Constitución, se negó, de manera rotunda. Surgieron entonces Tomás Estrada Palma y Bartolomé Masó, apoyado el primero por el Generalísimo, y el segundo por la popularidad de sus reiteradas rebeldías.

Máximo Gómez hizo un viaje a Estados Unidos. Visitó a Estrada Palma, en Central Valley y quedó acordada la candidatura de éste.

Mc Kinley ofreció al Generalísimo un banquete en la Casa Blanca, y el Libertador dejó entre el elemento oficial, en Washington, la mejor impresión. Al regresar a la Habana el héroe de *Mojacasabe*, un redactor de *La Lucha*, lo abordó: "¿Qué le parece, general? ¡Mire que decir que Ud. se ha vuelto anexionista!" Y fulminante Máximo Gómez replicó: "Sí, pero ninguno de esos que lo dicen, huelen a pólvora tanto como yo".

Si alguna vez, en nuestras luchas políticas, se imponía una sola candidatura presidencial, era al nacer la República. "El patriotismo sincero y previsor de los padres de la patria no debió consentir que la promulgación de la República se convirtiera en trofeo de amalgamas electorales".

Masó se produjo contra la Enmienda Platt y Don Tomás a favor. Masó ganaba la calle, como suele decirse hoy, y Don Tomás se consolidaba entre las gentes conservadoras. Masó se mostraba radical, y Don Tomás moderado. Algunos jefes políticos, conociendo que en su fuero interno el Generalísimo no quería lucha, fueron a ver a Masó y le propusieron confeccionar un solo ticket, a base de la presidencia para Estrada Palma y la vice para Masó. Y éste elaboró una frase. "Más vale ser un candidato derrotado, que un presidente impuesto".

En agosto de 1901, una numerosa reunión de generales y doctores pertenecientes a los partidos Nacional y Republicano, celebrada en casa del general Emilio Núñez, candidatizó oficialmente a Don Tomás, para presidente, y a don Luis Estévez Romero, esposo de Marta Abreu, en la Vice. Al siguiente mes, Estrada Palma envió, desde Central Valley, su aceptación y su programa, a saber: 1) convenio o tratado derivado de la Enmienda Platt; 2) tratado comercial de reciprocidad con Estados Unidos; 3) absoluta reorganización de la Hacienda pública; y 4) pago de sus haberes a los miembros del ejército libertador.

Después de muchos tiros de aire, en mítines y plazas públicas, los *masoístas* comprendieron que su radicalismo no los conducía al poder. Dirigían su

campaña Eusebio Hernández, candidato a la vicepresidencia, y Juan Gualberto Gómez, aspirante a un escaño en la Cámara.

Deslindar las diferencias ideológicas que separaban a ambos partidos resultaba una tarea compleja. Los oradores acabaron por esquivar el tema de la intervención, o aun el más escabroso de la Enmienda Platt, y en cambio acentuaron el drama de la colonia y los heroísmos de la manigua; pero también en estos aspectos había compendio de "equivalencias". Si a don Tomás lo defendían antiguos autonomistas como Francisco Zayas y Eduardo Dolz, a Masó lo sostenían con el peso de su palabra Rafael Montoro y Rafael Fernández de Castro. La palabra guerrillero, las alusiones a los que visitaban y recibían favores de los capitanes generales eran crueles. Y la Isla, inundada de biografías personales en las que se balanceaban las verdades con las mentiras, se empachaba de una propaganda que tendía a destruir las mejores reputaciones personales.

Ni el general Máximo Gómez escapó a tanta demencia. En su viaje de propaganda, al llegar a Camagüey, capitaneados, los *masoístas* por el marqués de Santa Lucía, el héroe fue apedreado. *"Majases* —gritó Gómez—. Si tuviera la caballería..., pero eso no se puede hacer ahora".

Los *masoístas* acusaron a Wood de apoyar a don Tomás, y de no darles representación en la Junta de Escrutinios. Lo primero era verdad, pero no lo segundo. La Junta de Escrutinios se había designado mucho antes de las candidaturas, y al final resultó que todos simpatizaban con Estrada Palma. Pero esto motivó que el partido Unión Democrática, sostenedor del "Solitario de la Jagüita", como se distingía a Masó, acordara el retraimiento, y que las elecciones se efectuaran solamente con la concurrencia de los estradistas en cinco provincias, pues en Camagüey el marqués de Santa Lucía, candidato a senador y jefe de la campaña, se negó a retraerse y obtuvo el triunfo.

Caso curioso el de Estrada Palma, electo sin haber venido a Cuba a hacer campaña, ni a presentarse ante los electores. La realidad de esta victoria, superior a la obtenida por Sarmiento en la Argentina, elegido cuando viajaba, transformó el panorama político de la Isla, y la figura del viejo mambí del 68 adquirió inmensa simpatía. Su recibimiento fue apoteósico. Atravesó la República, después de desembarcar en Gibara, viajando en tren hasta la Habana en medio de grandes demostraciones de júbilo. Masó salió a recibirlo en Manzanillo, y lo hospedó en su casa. Este hecho, digno de Bartolomé Masó, despejó los horizontes, y consagró al gobierno, pues se decía entonces, y aún se dice, que Estrada Palma había perdido las elecciones, aseveración errónea, pues entonces mandaban las clases conservadoras, no existía legislación social, y el electorado era muy reducido, y las clases vivas todas estaban en favor del "Solitario de Central Valley".

El 20 de mayo de 1902 se inauguró la República.

¡Cuántas luchas había costado!

Don Tomás, en compañía de su gabinete, entró en el salón Rojo de Palacio y encontró a Wood, de uniforme de gala, que le esperaba para la trasmisión del mando. El sueño de los mambises, al fin, era realidad. Al izarse en el asta del palacio la bandera de la estrella solitaria se escuchó un grito enorme de alegría salido de más de cien mil pechos que en prodigiosa muchedumbre se agolpaba frente a la casa de gobierno. Don Tomás salió al balcón. La Intervención había cesado. Funcionarios y pueblo se abrazaban en el paroxismo del entusiasmo. Fue entonces cuando Máximo Gómez, abrazando a José Miguel, dijo su histórica frase:

—¡Creo que hemos llegado!'

Segunda Parte
LA REPUBLICA, LIBERALES Y CONSERVADORES
1902 -1933

LVIII

DON TOMAS

Nadie ha iniciado en Cuba un régimen en mejores condiciones que don Tomás Estrada Palma. Era tanta la fe que inspiraba su honradez que uno de nuestros más distinguidos líderes, entonces, acuñó esta frase: "Don Tomás puede gobernarnos con tazas de café".

No se gobierna con tazas de café. Pero el presidente de la República era la estampa de la austeridad, y esto era mucho. Virtuoso, severo, sencillo, más parecía un maestro de escuela que un jefe de Estado. Se levantaba muy temprano, leía la prensa y empezaba a despachar. Usaba, invariablemente, traje oscuro, cuello de pajarita, corbata negra a lazo; una larga cadena de oro le cruzaba el chaleco blanco; peinaba a un lado irreprochablemente, y cuando algo le preocupaba o le mortificaba, un tic nervioso le hacía cerrar constantemente un ojo.

Se instaló en Palacio con una modestia increíble. Le habían entregado un cheque de tres mil pesos para sus gastos de representación y los ingresó en fondos públicos. Le parecía exhorbitante su sueldo. Veinte y cinco mil pesos anuales.

Salía solo a la calle a pie. Tomaba el tranvía. Hacía pasar a sus visitantes, muchas veces, a sus habitaciones particulares, recibiéndolos en la mayor intimidad. Se acostaba temprano. Se le veía, a veces, en el teatro en compañía de su esposa, doña Genoveva Guardiola, hija de un expresidente de Honduras. Nuestro palacio era un verdadero hogar, puro y sencillo.

Las virtudes personales de Don Tomás nunca fueron discutidas, pero sus métodos y sus maneras de gobernar comenzaron muy pronto a ser atacadas apasionadamente. A su lado se formaron dos tendencias. Una conservadora, dirigida por Méndez Capote, y otra liberal, encabezada por Alfredo Zayas. Don Tomás se inclinaba a la primera.

Estrada Palma gobernó los dos primeros años en honesta paz, salvo brotes revolucionarios, sin importancia, de veteranos insatisfechos, y de cuestiones sociales, huelgas y aumentos de jornales, que la revolución del 95 no tuvo en cuenta, y que por la intervención de Máximo Gómez se resolvieron más o menos bien. Pero sus preocupaciones no eran políticas, sino económicas, y le mortificaban las críticas y la oposición, dirigida ésta por el Marqués, en el Senado, y por Juan Ramón Xiques, el *Mont-Pelé* cubano, en la Cámara.

Don Tomás se entregó a la tarea de cumplir su programa exterior y de fijar, de modo definitivo, las relaciones políticas y comerciales con los Estados Unidos. Las primeras negociaciones las condujo él mismo; las segundas, las puso en manos de Carlos de Zaldo y de José María García Montes, ministros de Estado y de Hacienda, respectivamente, que anudaron en el acto conversaciones con el general norteamericano Tasker H. Bliss, ex-administrador de la aduana de la Habana, durante la intervención, experto en aranceles.

La parte política ofrecía dificultades extremas. Los Estados Unidos exigían cuatro estaciones navales: Guantánamo, Bahía Honda, Cienfuegos y Nipe. A Don Tomás, la calidad y el número le parecieron exhorbitantes. Se abroqueló en su criterio, pues era terco, para lo bueno y para lo malo. Advirtió a Gonzalo de Quesada, que vestía la casaca rameada en Washington y luchó sin aspavientos, demostrando condiciones de hábil y experto diplomático. En definitiva sólo concedió dos carboneras: Bahía Honda y Guantánamo. Después, manejándose con admirable discreción, en sus tratos con el pimentoso ministro norteamericano Herbert Squiers, vació el contenido de la Enmienda Platt en el llamado tratado Permanente.

Resueltos estos problemas, cubanos y americanos, dieron fin a las negociaciones comerciales. Las concesiones eran mutuas. Pero por ser los Estados Unidos una poderosa nación en pleno desarrollo industrial, aquellas franquicias prácticamente, le aseguraban el monopolio de sus manufacturas en nuestros mercados de consumo. Cuba gozaba de un preferencial del veinte por ciento para sus azúcares. Estados Unidos obtenían la misma ventaja, fluctuando entre el veinte y cinco y el cuarenta por ciento.

En honor de Estrada Palma debe decirse que intentó ampliar el radio de acción comercial cubano. Firmó dos tratados de amistad, comercio y navegación idénticos con los reinos de Italia y de la Gran Bretaña. El de Italia prosperó. El segundo fue rechazado en el Senado.

Liquidada esta discutida fase legislativa de nuestra historia, Don Tomás se dispuso a cumplir el compromiso de pagar a los empobrecidos veteranos sus haberes. El Congreso había votado la ley. Pero no había dinero. Al margen de

estas necesidades se inició una sucia especulación. Se compraban los créditos al veinte y cinco por ciento de su valor, y se falseó el registro de los libertadores. Treinta y cinco millones costó todo aquello. El presidente no tenía la culpa de lo ocurrido, pero fue amenazado, se descarrilaron trenes, se destrozaron viviendas en el campo y se le pegó fuego a cañaverales. Cuando la casa *Speyer de Nueva York* concedió el empréstito, los beneficiarios en gran número habían vendido sus derechos. Fue un gran abuso, y dejó enorme malestar.

LA REELECCION

En 1904, Cuba nadaba en la abundancia, y Estrada Palma quería llevar a efecto un programa de Obras Públicas. El Congreso ofrecía resistencia. Los legisladores que le visitaban pedíanle carreteras y contratas. Don Tomás negaba y negaba. Terminó por cerrar las puertas de su despacho y comenzaron a acusarlo de tacaño.

Dispuesto a conservar las tradiciones originales del programa de la revolución, Don Tomás mostraba supremas intransigencias en todo aquello que podía convertirse en inmoralidades. El Congreso votó la ley del fuero parlamentario y restableció la lotería de la época de la colonia. Don Tomás vetó ambas leyes.

Al aproximarse las elecciones presidenciales de 1906, don Tomás sentía la presión de sus amigos para que se presentara candidato a un nuevo período. Después de grandes vacilaciones decidió lanzar su reelección. Fue un error, tanto más grave, cuanto que Estrada Palma, sin duda alguna, es una de nuestras más grandes figuras históricas.

Se afilió al partido moderado, constituyó el llamado *gabinete de combate*, con la misión de ganar los comicios a toda costa, y desairó, en el *Cacahual*, un siete de diciembre en que se conmemoraba la muerte de Maceo, al general Máximo Gómez, que en un discurso combatiendo la reelección había exclamado: "siento latidos de revolución".

Don Tomás no hubiera podido reelegirse, opuesto Máximo Gómez, pero éste murió casi de repente, de una infección en una mano, y con él morían también, las esperanzas de una rectificación por parte de los que empujaban al presidente a su desastre.

El candidato contrario era el general José Miguel Gómez, y amenazó con retraerse. Los liberales organizaron una manifestación de cierre de campaña en la Habana. Resultó enorme. El general Freyre de Andrade, ministro de gobernación, que habíase distinguido por toda clase de excesos en la persecución

de los partidarios de Gómez, acudió al castillo de la Punta a cerciorarse de aquella avalancha de pueblo. Desde la azotea de la fortaleza contempló un mar de cabezas, una ola humana, comparable a la que salió a recibir al Generalísimo a la terminación de la guerra de independencia.

Días después, caldeados los ánimos, el 22 de septiembre, en Cienfuegos, en una refriega en las habitaciones del hotel La Suiza, Enrique Villuendas —que con Orestes Ferrara y Carlos Mendieta, compañía el trío de mosqueteros villareños— caía vilmente asesinado. Su muerte fue el hecho culminante de una lucha política dirigida por la más violenta de las campañas electorales. La figura de aquel joven romántico, quedó para siempre imborrable en el alma de un partido que jamás le olvidó.

Don Tomás dejaba hacer. Creía que ignorando los hechos salvaba su conciencia. Estaba equivocado. Su cara había adquirido la impavidez del fatalismo, y la diferencia entre él y sus colaboradores era profunda. El desdén que sentía por los que le combatían; su entusiasmo para los que le adulaban, era señal inequívoca de que su intelecto flaqueaba. Varios jóvenes de la mejor sociedad habanera constituyeron una asociación indigna que se llamaba "cameros de Don Tomás". Los recibió en Palacio, sin que esa sumisión bochornosa le diera vergüenza. Al notificársele su postulación y la del general y doctor Méndez Capote, en la vice, en un sencillo acto, en Palacio, se limitó a pronunciar unas palabras, y acuñó una frase más efectista que real: "Cuba tiene república, pero no tiene ciudadanos".

Freyre copó todas las meses electorales, no dejando ninguna a sus adversarios. José Miguel renunció, y en compañía de Orestes Ferrara, embarcó para Estados Unidos, y los liberales acordaron no concurrir a las elecciones.

"Yo, —decía José Miguel— que tuve el valor de rebelarme contra el gobierno de España, cien veces más fuerte que el del señor Estrada Palma, no quiero aceptar la responsabilidad moral de sumir a mi país en la guerra civil..."

LA REVOLUCION DE 1906

A raíz de las elecciones comenzó a hablarse de revolución. Don Tomás escuchaba aquellos rumores convencido de que cualquier rebelión sería dominada con el soporte de los americanos, de acuerdo con la Enmienda Platt.

A pesar de todo, en Washington, no se mostraban conformes con aquel criterio. Mc Kinley había sido asesinado por un orate en la exposición de Búfalo, y lo había sustituido Teodoro Roosevelt. Este, miraba los problemas cubanos

como cosa propia, y era un gran amigo de nuestras instituciones. Pero algo raro existió entonces. Una niebla ligera empañaba las relaciones diplomáticas. Finalmente, como Estrada Palma se quejara en Washington del ministro Squiers, la Casa Blanca lo retiró a toda prisa y acreditó a Mr. Edwin Morgan, persona ceremoniosa y cordial.

De octubre a diciembre, Don Tomás conocía todos los días de graves alteraciones del orden público. En las seis provincias se conspiraba; grupos armados merodeaban por distintos municipios en Las Villas; se anunciaba una marcha sobre la capital; y los periódicos abultaban el dramatismo de estos hechos.

El 24 de febrero de 1906, fue asaltado el cuartel de la guardia rural en Guanabacoa, y detenido Morúa Delgado, a pesar de su investidura senatorial. El gobierno daba por cierto que, detrás de todo esto, estaba José Miguel, que a su regreso de Estados Unidos vivía en Ciego de Avila y estaba fomentando un ingenio, el *Quince y Medio*. Y dispuso que se le vigilara estrechamente.

En abril se abrió la legislatura. Adolfo Cabello, en el Senado, acusó al gobierno. "No ha habido fraudes, no. Lo inaudito es que no ha habido elecciones". En la Cámara, Campos Marquetti insultó a Don Tomás. Sarraín calificó los comicios de bacanal. Ambrosio Borges habló de la "mentira del sufragio". Una tarde, al rechazarse una enmienda liberal, a un proyecto de ley, el general Pino Guerra abandonó el hemiciclo, y "al cruzar junto a los escaños de sus amigos, exclamó: "Aquí estamos de más; hay que buscar la justicia en otra parte".

Orestes Ferrara, joven brillante, que unía el talento al valor, defendía la necesidad de la revolución. "Hubiéramos sido gobernados —decía— por unas clases o familias privilegiadas. Los puestos públicos se hubiesen trasmitido de padres a hijos. El Senado, la Cámara, los tribunales, hubieran sido meros instrumentos de caciques intelectuales, pero caciques al fin".

En un ambiente de sobresaltos pasaba el caluroso verano de 1906. Los rumores de revolución eran constantes. Y sus gestores no se ocultaban para declararlo en todas partes, característica que los cubanos hemos conservado siempre, aún en épocas en que hablar representa la muerte, como en la Cuba de Fidel Castro. Finalmente, reunidos los conspiradores en casa de Pelayo García, suscribieron el pacto revolucionario, los generales José Miguel Gómez, Chucho Monteagudo, Demetrio Castillo Duany y Carlos García Vélez, y los doctores Alfredo Zayas, Manuel Lazo y Juan Gualberto Gómez.

El 19 de agosto, después de conocer el general Pino Guerra, que la mayoría de los componentes del Comité había sido apresada, decidió pronunciarse contra el gobierno, y se alzó en *Hato de las Vegas*. Efectivamente, José Miguel fue detenido

en su casa de Sancti Spíritus y Quintín Banderas asesinado y arrojado en un viejo carretón de basura. Pero Asbert, Loynaz del Castillo y Nisio Arencibia escaparon, y aparecieron a los pocos días al frente de miles de rebeldes.

Pino Guerra batió fácilmente a la guardia rural, y ocupó San Juan y Martínez, desde donde telegrafió a Estrada Palma. Exigía la nulidad de los comicios y nuevas elecciones.

En esta situación, los generales Mario G. Menocal y Agustín Cebreco, en embajada cordial, visitaron a Don Tomás y se ofrecieron como mediadores. Estrada Palma pareció aceptar, pero al día siguiente hizo declaraciones a un periodista americano, y decía que nada tenía que conceder a los alzados. La gestión se rompió. Don Tomás llamó a su despacho al cónsul de Estados Unidos, Mr. Frank Steinhardt, y dió instrucciones al secretario de Estado, O'Farrill, para que le hablara lisa y llanamente. El cónsul enterado del propósito pasó a la cancillería este cable cifrado: "El secretario de Estado de Cuba me ha rogado, en nombre del presidente Palma, pida al presidente Roosevelt el envío inmediato de dos barcos de guerra; uno, a la Habana y otro a Cienfuegos. Las fuerzas del gobierno resultan inefectivas para proteger la vida y la propiedad de los habitantes de la Isla. El presidente Palma convocará al congreso el viernes próximo y éste pedirá que intervengamos por la fuerza. Debe permanecer secreta y con carácter confidencial esta petición de barcos que hace Palma. Nadie aquí, excepto el presidente, el secretario y yo, está enterado de ello. Aguardo la respuesta con la mayor ansiedad."

De los errores cometidos por Estrada Palma en el ocaso de su vida, quizás éste fue el más perjudicial. Procedía como si los Estados Unidos tuvieran una policía a su disposición para destinarla a su servicio en el caso de no poder mantener el orden público.

Las tropas revolucionarias continuaron su avance. Pino Guerra llegó a los Palacios. Campos Marquetti, a Guanabacoa. Loynaz del Castillo, Asbert y Carlos Guás, derrotaron al ejército regular, al mando de Alejandro Rodríguez, en el *Wajay*, a las puertas de la Habana. El *New York Times*, abultó estas noticias y aseguró que existían en la Isla más de veinte mil alzados.

Estos y otros informes recibidos por Roosevelt en la Casa Blanca, le alarmaron escribiéndole a Gonzalo de Quesada; y mandó a la Habana, como mediador al secretario de la Guerra, Mr. William H. Taft, a quien acompañaba el subsecretario de Estado Mr. Robert Bacon. Ambos comisionados se hospedaron en la Quinta de los Molinos, y recibieron cuantas comisiones quisieron entrevistarlos. Desfilaron por su despacho políticos, banqueros, jueces, comerciantes, propietarios, abogados, obreros, trabajadores y campesinos.

El propósito de Taft, como buen magistrado, era conocer, en conjunto, el problema y fallarlo de acuerdo con la justicia que estaba acostumbrado a practicar en su país. Taft, aspiraba a la presidencia de su patria. Era jovial, una amplia sonrisa, bonachona y dulce, le adornaba el rostro. Alto, grueso, de bigotes prematuramente blancos, azules los ojos, bondadoso y comprensivo. Formó un juicio acertado, y se entrevistó con Estrada Palma y con los revolucionarios, que habían acordado un armisticio. Propuso un arreglo, y Méndez Capote, a nombre de Don Tomás, le comunicó "que siempre y cuando los insurrectos depusieran las armas".

En realidad, el "mediador" tropezaba con demasiadas intransigencias. Intentó que el congreso aceptara la renuncia de Estrada Palma y designara un presidente provisional. Esta fórmula que hubiera salvado a Cuba de la segunda intervención, no fue posible viabilizarla. Los representantes no acudieron al congreso, y la sesión no pudo celebrarse por falta de quorum. Como Estrada Palma había hecho renunciar al vice presidente y a todo el gabinete, la República quedó acéfala, y Taft decidió publicar la proclama declarando la ocupación.

LIX

LA SEGUNDA INTERVENCION

En octubre de 1906, llegó a Cuba el nuevo gobernador-interventor, Charles E. Magoon. Taft le entregó el día 13, y comenzó en el acto sus tareas. Reputado experto en cuestiones coloniales, había publicado un libro sobre leyes civiles en territorios ocupados por los Estados Unidos, prestado servicios en Filipinas, y desempeñado provisionalmente el gobierno de la zona del canal de Panamá, de donde venía directamente.

Encontró en Cuba tantas ambiciones, y tantos y tan variados grupos políticos, que no pudo nombrar a los cubanos en las secretarías del despacho, y en su lugar, interinamente, designó supervisores a generales americanos: Crowder, en Estado y Justicia; Black, en Obras Públicas; Laad, en Hacienda; Keen, en Sanidad; y Slocun en la jefatura de las fuerzas armadas.

En compensación, o más bien, por necesidad, al congelarse el congreso, y cesantearse a la serie renovada en las elecciones fraudulentas, creó una Comisión Consultiva, que tenía como finalidad redactar las leyes orgánicas. Dicha Comisión fue presidida por el general Crowder, y formaban parte de ella Erasmo Regüeiferos, Manuel María Coronado, Francisco Carrera Jústiz, Mario García Kohly, Rafael Montoro, Felipe González Sarraín, Miguel F. Viondi, Alfredo Zayas,

Juan Gualberto Gómez; y los americanos Branton C. Winship, abogado consultor del ejército estadunidense, y Otto Shoenrich, notable jurisconsulto neoyorkino.

El principal problema de Magoon, que lucró ampliamente con el cargo, creando la famosa *botella*, era celebrar elecciones, entregar la Isla a los cubanos, y retirarse cuanto antes, de acuerdo con los deseos del presidente Roosevelt.

La tarea no parecía fácil. El partido Moderado cambió su nombre por el de Conservador; eligió presidente de su organismo nacional a Enrique José Varona; postuló para la presidencia y la vice al general Menocal y a Montoro; y se dispuso, con un nuevo programa, a disputarle el poder a los liberales, divididos en *zayistas* y *miguelistas*.

José Miguel procedía de lo más entrañable de la revolución libertadora. Y Zayas pertenecía a una notable familia. Era hijo de José María, y sobrino de Juan Bruno, el *médico brujo*. Su paso fugaz por el autonomismo, por devoción a su padre, no se lo perdonaba la mayoría de los veteranos. Era un gran orador, pero José Miguel lo derrotaba en las conferencias de silla. Tenía éste esa labia guajira que conquista voluntades y vence conciencias. En cambio, Zayas parecía de hielo. Jamás ocioso, dominaba sus nervios con una resistencia física que le permitía excesos sorprendentes de organización sectaria. Era poeta, hábil abogado y fácil escritor. Las buenas como las malas noticias lo dejaban impávido. Tenía una voz atrayente, y dominaba cualquier tribuna, desde la académica hasta la populachera. La cólera o la alegría brillaban débilmente en sus ojos. Los caricaturistas lo dibujaban con una larga trenza de chino (debido a sus facciones), de la que pendía una peseta, que le habían dado en la cárcel de Madrid, cuando su prisión en la Península.

Indudablemente, Zayas no era como Horacio Walpole, el famoso primer ministro inglés, que buscaba en la política una distracción, una manera de divertirse y espaciar el ánimo en las intrigas y en las cábalas de partido, cuyas travesuras le complacían en extremo. Todo lo contrario. Para Zayas, la política era una ocupación, una profesión que debía servir a todas horas, sin prisa, pero sin tregua, tal como la ha definido en sus libros Louis Barthou, el desaparecido primer ministro francés.

Después de muchos tanteos, el general Ernesto Asbert proclamó la candidatura de Zayas, y Morúa Delgado levantó la de José Miguel. Se entusiasmaron los liberales por sus respectivos adalides y a los tres meses la división era aboluta. Magoon, estaba muy disgustado. Veía, en la posible derrota de las huestes revolucionarias, una desautorización a la intervención. Ambos grupos, movidos por la ambición del poder, se injuriaban permanentemente y deformaban la verdad en beneficio de sus respectivos candidatos. Los *miguelistas*,

decían que Zayas había aconsejado a su hermano Juan Bruno, muerto heroicamente en la *Jaima*, que se presentara a los españoles. Los *zayistas*, juraban y perjuraban que José Miguel se había presentado en la guerra del 68, a poco de haberla abrazado. Pero nada de esto era cierto.

Debido a esta división, se llegó a temer que la intervención se prolongara indefinidamente. ¿Cómo entregar el país a estos grupos, sin conciencia de sus responsabilidades revolucionarias? José Miguel se adelantó, y con el deseo sincero de ponerle fin a aquel torneo de mentiras, dió publicidad a una carta de altos tonos patrióticos. "Sólo llevado a la presidencia con la autoridad de la mayoría quiero gobernar a mi país. Mi corazón de patriota se resiste a ver morir la República con mi complicidad...".

Lejos de querer prolongar la ocupación de la Isla, el gobierno de Roosevelt estaba ansioso por terminarla. Aconsejó que el proceso electoral se dividiera en dos partes: la primera para elegir gobernadores, alcaldes, consejeros y concejales; la segunda, el presidente, el vice y el Congreso, Cámara y Senado. Este plan resultó providencial para los liberales. Habiendo perdido las elecciones municipales, por la división, decidieron unirse para las nacionales. La unidad, sin embargo, no era fácil. Los *miguelistas* estaban comprometidos a postular para la vicepresidencia a Eusebio Hernández, y los *zayistas* ambicionaban esta posición, si se decidían a pactar. Eusebio renunció públicamente y abrió con su gesto el camino del poder a las huestes del Gallo y el Arado. Ferrara y Pelayo García, *miguelistas*, y José Manuel Cortina y Ezequiel García, *zayistas*, pudieron enhebrar el hilo de las conversaciones unitarias. Pero los amigos del doctor fatigaban a los del general; exigían demasiado; avanzaban y retrocedían; decían unas veces estar de acuerdo, y lo negaban otras.

Un día llegaron a casa de José Miguel sus delegados muy desanimados. Pelayo dijo que los *zayistas* lo querían todo, y el general, moviendo la cabeza con un *tic* muy suyo, preguntó: "¿Y la presidencia?" — "No —contestó Pelayo— la presidencia no". — "Ah, —exclamó alegremente José Miguel— pues vayan a ver a Cortina y a Ezequiel y firmen ahora mismo".

LX

JOSE MIGUEL

José Miguel Gómez tomó posesión de la presidencia, el 28 de enero de 1909, aniversario del natalicio de Martí. Teodoro Roosevelt, próximo a entregar el poder a Taft, electo presidente de Estados Unidos, adelantó la fecha del cese de

la intervención, señalada para el veinte de mayo.

A las doce meridiano, en coche tirado por un tronco de briosos caballos, llegaron al palacio presidencial, de la vetusta plaza de armas, el general Gómez y el gobernador Magoon. En la planta alta, en el salón Rojo, atestado de funcionarios y de público, los esperaba el presidente del Tribunal Supremo, don Juan Hernández Barreiro, para tomarle juramento de ritual al nuevo mandatario. José Miguel, alterando el ceremonial, quiso jurar ante el pueblo, y salió al balcón, siendo calurosamente ovacionado por los miles de cubanos que presenciaban el renacer de la República.

José Miguel era un guajiro listo, inteligente y capaz. Miembro de una respetable y acomodada familia espirituana, amante de la independencia y de las ideas liberales, las anécdotas de su incultura y de su falta de conocimientos son obra de sus opositores y no de la realidad. No era un sabio ni un erudito, pero poseía estudios generales y asimilaba admirablemente cuanto leía. En 1875, a los diez y siete años, abrazó la causa de la independencia, en los enardecidos campos de la guerra de los Diez Años, y terminada ésta, se retiró a una de sus fincas en Sancti Spíritus, y terminó sus estudios de bachillerato. No esperó a que se organizara la gesta del 95; figuró entre los que la incubaron desde los primeros momentos; soldado afortunado y valiente, peleó en los campos de *Manajabo*, en las sabanas de *Santa Teresa*, y en los quebrados lomeríos del *Jí- baro* y *Arroyo Blanco*, conquistando méritos y altos grados, y dejando pruebas de su temperamento y heroísmo.

Finalizada la guerra libertadora con el grado de mayor general, mostró grandes condiciones para la política. Era agradable, simpático, inteligente, astuto y atractivo; poseía una voz grave y seductora. Mediano de estatura, grueso de cuerpo, de ojos vivos y penetrantes, con un ancho bigote que le cubría ambos labios, sabía sonreír y halagar, y cuando se proponía conquistar, conquistaba. Había nacido realmente para el caudillaje, y fue, sin duda ninguna, nuestro más grande caudillo popular de la primera República.

Demócrata sincero, amante de la libertad y el progreso, respetuoso del derecho ajeno, de la constitución y de las leyes, "desde un principio evidenció su espíritud de tolerancia, su anhelo de fraternidad patriótica, y su respeto a las libertades públicas".

Reconoció, que el Poder no era un botín, y entendió que todos los cubanos debían tomar parte en las labores burocráticas, y estableció la norma de que en la provisión de los empleos y destinos públicos, los conservadores, sus adversarios, no debían ser excluidos por no pensar en política como él.

El gobierno liberal de José Miguel Gómez fue fecundo en todos los ramos de la vida nacional. Mejoró nuestras relaciones diplomáticas, y el número de embajadas y legaciones; amplió la marina y los servicios de guarda costa; organizó el ejército permanente; creó el banco territorial; fabricó casas para obreros y sancionó la ley Arteaga prohibiendo el pago en vales y fichas, en los ingenios de fabricar azúcar; popularizó la enseñanza y redujo los derechos de matrícula en los institutos y Universidad de la Habana; organizó la exportación del tabaco y la sección de estadísticas; modificó las leyes orgánicas de los poderes Ejecutivo y Judicial; de las provincias y municipios y su autonomía; y renovó, modernizándolos, los códigos de comercio y de procedimientos civiles e hipotecarios de la época colonial, que se mantenían casi intactos.

En lo político, el gobierno de José Miguel, fue excelente y la democracia recibió un magnífico impulso. En lo administrativo, se caracterizó por turbios negocios a los que el pueblo calificó de *"chivos"*. Al margen de beneficiosas leyes se incubaron negocios deshonestos. El alcantarillado, los puentes y carreteras, las subvenciones a ferrocarriles, la pavimentación de las calles, el abastecimiento de agua, el servicio de teléfonos automáticos y de larga distancia, el dragado de ríos y puertos, el canje de los terrenos del Arsenal por los de Villanueva; y el restablecimiento de la Renta de Lotería, de la época de la colonia.

Todas estas leyes dejaron márgenes y filtraciones; surgieron ricos personajes y construyeron lujosos palacetes, especialmente en las lomas alrededor de la Universidad, a la entrada del Vedado, donde existió el cementerio Espada, hacía años derruido. Era la época del *chalet* y de la *máquina*, y una nueva clase se creaba. A los *levitas* de la colonia los sustituían los *bombines* de la República. El *bombín* era un aprovechado de todas las situaciones; no aparecía por ninguna parte, en la escena pública; refugiados en sus rentas, en sus hipotecas, en las minutas de sus bufetes, en los honorarios de sus notarías, en las cuotas de sus consultas, o en la resonancia de sus apellidos; recibían los beneficios de aquellos negocios, ponían los ojos en blanco, y se negaban a hacer política, detestaban el comité de barrio, y jamás salían a votar, porque lo estimaban una ofensa. Pero en cuanto los llamaban a ocupar una posición, o algún cargo importante, como técnicos, o como personas decentes, corrían a desempeñarlos, y entonces —con sus naturales excepciones— robaban más que nadie.

El usufructo de la República por parte de aquellos que no habían peleado por la independencia, pareció a los veteranos, fogueados en las campiñas libertadoras, una tremenda injusticia, y promovieron agitaciones y protestas a fin de excluir de los cargos públicos a los *guerrilleros* y *bombines* que con tanto descaro les hacían la competencia, escupiendo por encima del hombro.

El presidente se vió obligado a intervenir. La República, como había dicho

Martí, "era de todos y para el bien de todos". Llamó a consulta a sus ministros, a los presidentes del Congreso y a los jefes de la oposición conservadora y resolvió el problema.

Las consultas de José Miguel quedaron como una saludable y sabia costumbre de su gobierno eminentemente democrático. Cada vez que surgía un embarazo comprometedor de la marcha pacífica de la República, el héroe del *Jíbaro* llamaba a Palacio, y con ayuda de todos rebasaba las dificultades y apaciguaba los excesos. A veces, periodistas y reporteros, veían subiendo las escaleras del viejo caserón de los capitanes generales, a don Enrique José Varona, llamado a consulta por el presidente Gómez que admiraba su prudencia y sabiduría.

La musa popular calificó a José Miguel Gómez, de *Tiburón*, y al elegante *faubourg* surgido como por encanto en las laderas universitarias, de barrio de los *apaches*. Se enriquecían ministros, subsecretarios, legisladores, administradores de aduanas, jefes de negociado, y empleados de ínfima categoría, ujieres y mensajeros, que cobraban por pasar público en los ministerios; el pueblo, ante aquél espectáculo, amplió el mote: *Tiburón se baña, pero salpica*.

Mas en medio de tanto salpicar, el país prosperó materialmente, y en algunos otros aspectos, moralmente. La educación y la cultura adelantaron; se construyeron caminos, escuelas, institutos, museos y academias. Las libertades públicas, aun afeadas por los "*chivos*", dieron a Cuba una característica de autonomía y licencia a un tiempo mismo. Constituía esta rara combinación una manera de ser donde no se imponía el gobierno honesto, aunque la propaganda y el énfasis lo encomiaran, sino el funcionamiento inexplicable de la libertad con el robo, consecuencia sin duda de los vicios de la colonia, de las intervenciones americanas —creadoras de la "botella"—, y de la falta de educación cívica de la que carecía, en su mayor parte, nuestro pueblo.

A pesar de ser, el de José Miguel Gómez, un gobierno demócrata, no faltaron los excesos y las violencias. Evaristo Estenoz y Pedro Ivonet, sublevaron la raza de color, tomando como pretexto la ley Morúa que impedía la formación clasista o racial de los partidos políticos. José Miguel procedió con extraordinaria energía, secundado por los ministros de Gobernación y Estado, Nicolás Alberdi y Manuel Sanguily. El presidente Taft pretendió desembarcar tropas en Oriente, y comenzó por Daiquirí. Gómez expresó que tales desembarcos tenían todas las apariencias de una intervención y que solamente su iniciación hería el sentimiento patrio. Taft detuvo los desembarcos. La revolución racista fue sofocada con mano de hierro. Ivonet y Estenoz murieron en acción de guerra, y hay historiadores, exagerados, que calculan el número de muertos en más de cinco mil.

Fraguado en la lucha del separatismo y en la noble ambición de nuestra plena soberanía, aunque por razones que están explicadas votó la Enmienda Platt, José Miguel Gómez alentó y practicó una diplomacia exterior vigorosa, y respaldó a sus embajadores y ministros siempre que se presentó una discrepancia con plenipotenciarios de Estados Unidos. Uno de los mayores triunfos de su gobierno en el extranjero fue la actuación diplomática de Manuel Márquez Sterling, en México, con motivo del cuartelazo de Victoriano Huerta y el asesinato del presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez, cuyas vidas defendió, hasta sus últimas consecuencias, nuestro plenipotenciario en la ciudad de los Palacios, donde años antes había fundado el comité revolucionario por la independencia de Cuba.

La actuación de Márquez Sterling, opuesto en todo instante a la intervención, en la política mexicana, del embajador norteamericano Henry Lane Wilson, mereció el aplauso de toda América, y años más tarde, el senador federal Henry Delaware Flood, reconoció en la alta Cámara estadunidense, que si Lane Wilson hubiera actuado como nuestro plenipotenciario, la causa de la humanidad hubiera quedado a salvo de aquellos crímenes incalificables, que tanto daño hicieron a la Cancillería del Potomac.

NUEVAMENTE ZAYISTAS Y MIGUELISTAS

Mediado el gobierno de Gómez, se reanudaron los antagonismos entre las eternas tendencias liberales. Los amigos del general instábanle a reelegirse; los defensores del doctor, a que cumpliera el pacto de ayudar a Zayas.

El general Gómez, gran demócrata, tuvo el acierto de rechazar a las brujas de Mac Beth, que volvían a cantarle en los oídos el murmullo enardecedor del "tú serás Rey", y declaró que no se presentaría nuevamente candidato, y que el partido quedaba en libertad de escoger sucesor. La situación de Zayas, con todo, no era fácil, como podía haberlo sido cuatro años antes. La revolución de agosto, y el gobierno de su rival, dentro del partido, habían traído a planos primerísimos a nuevos hombres. Entre estos, disputándole la nominación, se encontraba el general Asbert, gobernador de la Habana, excelente administrador, político honesto y de gran popularidad.

El hecho de haber sido Asbert, cuatro años antes, el propulsor de la candidatura de Zayas, perjudicaba la fortaleza de ésta. Los amigos de Zayas culpaban al presidente Gómez; pero éste, según refiere el mismo Asbert, no intervenía y si lo hacía era para tratar de disuadir al gobernador de su actitud, la cual estimaba prematura. Asbert, derrotado dentro del Liberalismo por el

perseverante y calmudo doctor Zayas, cometió un inmenso error, que habría de costarle muy caro: escindió las huestes liberales, y con sus simpatizadores y partidarios, que eran considerables, pactó con el general Menocal, y surgió la llamada *Conjunción Patriótica*, que presentó la candidatura Menocal-Varona contra la de Zayas-Hernández.

Los conservadores combatieron la desmoralización y el latrocinio, máculas del gobierno de Gómez, con cuyo fardo cargaba la candidatura de Zayas, que no había participado en aquellos negocios inmorales. "Honradez, Paz y Trabajo", prometía Menocal. Y sus partidarios cantaban la siguiente copla:

Tumba la caña, anda ligero,Mira que ahí viene el Mayoral,sonando el cuero,Mira que ahí viene Menocal,sonando el cuero.

LXI

MENOCAL

El 20 de mayo de 1913, el general Menocal asumió el poder con energía y decisión, y dejó sin efecto los decretos del dragado de ríos y puertos; anuló múltiples resoluciones de su antecesor, y se dispuso a entregar a los tribunales a todos aquellos funcionarios sospechosos de haber malversado fondos públicos.

Durante algún tiempo pareció decidido a acusar al general Gómez. Sus más íntimos consejeros le disuadieron. Estimaban que de acusarse a José Miguel, éste sería absuelto. Aún más, que ni siquiera se le procesaría. Los liberales lo estimarían como una venganza, y saldrían a relucir los aciertos y no los errores; y el hecho, indiscutible, de haber presidido el general Gómez unas elecciones ejemplares.

El día que el Poder se convierta en un botín —decía don Leopoldo Cancio— la política desaparecerá y las trasmisiones del mando se harán por revoluciones constantes, por cuartelazos, o por golpes de Estado.

Cancio era partidario de dejar actuar a los tribunales de justicia, respetando la división de poderes. Si algún funcionario público, aun el propio presidente saliente, fuere encausado y condenado, no debía indultársele y mucho menos amnistiársele. "Los juicios de residencia —agregaba— pertenecen al pasado".

La sana filosofía de este consejo prosperó en el ánimo del general Menocal, y abandonó la posición de fiscal que no se avenía con su cargo de primer

magistrado de la nación.

Menocal fue el más permanente de nuestros caudillos clásicos. Ninguno duró en los ánimos del pueblo, como él. Corría en sus venas sangre mambisa. En la guerra del 95 figuró de jefe de Estado Mayor de Calixto García, que gustaba destacar a la gente moza. Jefe de policía de la Habana, administrador del central Chaparra, graduado de ingeniero en la universidad de Cornell; ayudante de su tío Narciso, arquitecto de fama universal, en las obras del canal de Panamá; elegante, distinguido y de elevada estatura, con barbas y bigotes rojizos, que le cubrían la mitad del rostro y le endurecían la mirada, el héroe de *Las Tunas* más parecía un caballero inglés, escapado de un aristocrático club de Londres que un político de nuestras tierras tropicales.

La administración menocalista encontró caminos despejados y voluntades asequibles. El gabinete se ajustaba al ritmo regenerador.

Montoro, vuelto a los primeros planos de la política, secretario de la presidencia, representaba la doctrina del conservadurismo puro; La Guardia, ministro de justicia, acabó con la concesión de indultos; Ezequiel García, de Instrucción Pública, aumentó el número de aulas; Enrique Núñez, gloria de la medicina, en Salubridad, mejoró notablemente nuestro *standard* sanitario; Leopoldo Cancio, en Hacienda, creó nuestra moneda nacional, de oro puro, por la ley de Defensa económica de 1914; y Cosme de la Torriente, en Relaciones Exteriores, rechazó la reclamación tripartita que habían presentado los gobiernos de Francia, Alemania y la Gran Bretaña, por daños causados durante la guerra de Independencia, y amplió nuestro cuerpo diplomático y consular, que llegó a ser brillante.

En 1914 estalló la primera guerra mundial. Cuba abrazó la causa de los aliados, junto a Estados Unidos, y se vió envuelta en las consecuencias que de todo orden se derivaban de aquella conflagración extraordinaria. Los precios del azúcar subieron fabulosamente y comenzó la etapa conocida en nuestra historia por *danza de los millones*. En pocos años se recaudaron más de mil millones de dólares.

Las clases trabajadoras demandaron mejores jornales. Hubo huelgas, boycots, sabotajes y graves problemas sociales. El gobierno autorizó la importación de braceros. La Isla se llenó de haitianos y jamaicanos. Venían a imponer bajos niveles de vida y otros fenómenos de difícil solución. Secuela de todo esto fue el desarrollo del parasitismo intestinal y del paludismo, y la extensión de bárbaras creencias que se extendieron por toda la Isla.

Los absurdos de campañas originadas a raíz del establecimiento de la

República reaparecieron. Se acusaba al cubano de vago, perezoso y abúlico, al que le dolía *doblar el lomo*. Y se alegó para justificar el trabajo servil extranjero, que nuestros guajiros eran débiles e incapaces de rudas tareas. "Yo no tumbo caña, que la tumbe el viento", cantaban nuestros campesinos al son de la guitarra y el tiple. Aludían al hecho físico de empuñar la mocha o el machete y dar los tres golpes, es decir, los famosos tres trozos. Pero con ello no se referían a la pena del trabajo, a la ley del mínimo esfuerzo, sino a las condiciones en que dichas tareas se realizaban entonces: sin leyes sociales, sin jornales adecuados, sin protección para el trabajo.

OTRA VEZ LA REELECCION

Finalizando su mandato, el general Menocal anunció su reelección. Los conservadores, dignos hijos de los moderados, cometían sus mismos errores. La noticia alarmó a los liberales. Y en algunas zonas del partido conservador no hizo buen efecto. Varona, que podía haber sido el candidato, se retrajo. Por otra parte, aspiraban Cosme de la Torriente, constituyente de *La Yaya*; Aurelio Hevia, expedicionario del 95; y Emilio Núñez, ministro de agricultura, héroe de las tres guerras de independencia, que desde los albores de la República, tenía categoría de presidenciable, y que en 1905 había sido indicado por Máximo Gómez como una posibilidad frente a la reelección de Estrada Palma.

Las perspectivas menocalistas descansaban en verdaderas ingenuidades. Los primates del partido, como entonces se decía, juzgaban los hechos y los acontecimientos como si se tratara de un electorado inglés o norteamericano, y no típicamente criollo y apasionado, que votara por reflexión y no por emoción. Algunos menocalistas, distanciados de las verdaderas raíces populares, no concebían que con el saco de azúcar de 325 libras a 40 dólares, Menocal, a quien se le acreditaba aquella fantástica prosperidad, pudiera perder frente a Zayas, a quien había derrotado por un buen margen cuatro años antes. Pero ésta no era precisamente la situación.

Miguelistas y *Zayistas*, habían zanjado, una vez más, sus diferencias y los liberales, dirigidos por un directorio unificado, presidido por el general Gómez, más popular que nunca, se presentaban poderosos. Carlos Mendieta, acompañaba al doctor en la vice. Zayas, con su chaqué, su parsimonia, su oratoria populachera, entusiasmaba a las masas y las hacía vibrar de entusiasmo, apoyado esta vez por todas las tendencias liberales y lucía francamente ganador.

Asbert, había desaparecido del tablero político, caído en una trampa que le habían tendido sus enemigos en el campo conservador. Dos amigos suyos,

ofuscados por estas intrigas, mataron a tiros, en el paseo del Prado, al recio jefe de policía de la Habana, Armando J. de la Riva, porque éste había cerrado un círculo asbertista. Asbert, acusado injustamente de ser el autor de aquel crimen, estaba procesado, sujeto a las resultas de una de las causas políticas más sensacionales de los primeros años de la República, y guardaba prisión en la cárcel de la Habana.

Además, como consecuencia de estos hechos, la *Conjunción Patriótica* había desaparecido y la mayoría de los liberales disidentes habían vuelto al redil. Los conservadores, en manifiesta minoría, necesitaban un milagro para ganar las elecciones. Hevia, al frente del ministerio de Gobernación, hombre fuerte del menocalismo, creía que este milagro lo haría el dinero y lo derrochaba a manos llenas. A última hora, convenció a Eugenio Leopoldo Aspiazo, liberal de arrastre populachero, y éste abandonó a Zayas para presentarse para alcalde frente al médico camagüeyano, Manuel Varona Suárez, que gozaba de una inmensa popularidad en los barrios de la capital habanera.

Dos grandes periódicos, *El Heraldo de Cuba* y *La Nación*, dirigidos, respectivamente, por Orestes Ferrara y Manuel Márquez Sterling, sostenían la causa liberal. Márquez Sterling, en su época de mayor esplendor como literato y diarista, escribía una sección en la tercera plana de su popularísimo diario, conocida por la *columnita*, que devoraban diariamente cien mil lectores, un record de circulación en aquellos días clásicos de nuestra política vernácula.

Márquez había logrado entrevistar a Menocal en su finca de veraneo *El Chico*, y el presidente, que conducía el proceso electoral con prudencia y tolerancia, hizo declaraciones tranquilizadoras. "No aceptaré un solo voto que no me pertenezca".

La campaña política de 1916 fue corrompida, pero no coactiva. El gobierno abrió la mano tan ampliamente que, en medio de los mayores excesos de propaganda y licencia, ni las esposas de los candidatos escaparon a la diatriba y al insulto. Por las noches grupos de jóvenes *fistos* recorrían la ciudad cantando coplas con el tono de viejas melodías españolas. "Si Zayas, quiere una silla, que vaya al parque central, que la silla de Palacio es de Mario Menocal". Por su parte la juventud *chancletera* liberal entonaba una rumbita, muy de moda entonces: "Yo no tengo la culpita, ni tampoco la culpona, aé, aé, aé, la chambelona".

El primero de noviembre, ya en medio de amenazas y peligros de violencias, se efectuaron las elecciones y las perdió el héroe de Las Tunas. Congas de negros, con trompetas, tambores y timbales, recorrían las calles, retorciéndose al ritmo de la música afrocubana, entonándose con ron, riendo a carcajadas la tomadura de pelo que le habían dado a Hevia por los dineros repartidos.

Azpiazo me dió botellay yo voté por Varona,aé, aé, aé,la chambelona.

LA REVOLUCION DE 1917

¿Qué sucedió en Palacio la madrugada del dos al tres de noviembre de 1916? No se sabe bien. Los actores no han dejado más que recuerdos fragmentarios de aquel hecho. La musa popular, orientada casi siempre, en pos de la verdad, pintaba a Menocal abrumado por su derrota, aceptándola de buen grado, y al grupo de sus consejeros políticos más íntimos estrechándole para que convirtiera en triunfo por actos de poder lo que había sido una derrota por voluntad de la ciudadanía.

Desde luego, la exageración nos ha trasmitido versiones inverosímiles. Mas parece cierto que Charles Hernández, director de Comunicaciones, que por la índole de este cargo, tenía la manipulación de los paquetes conteniendo la documentación electoral, increpó a los reunidos, y convenció al presidente de evitar el triunfo de Zayas, y de imponerle al país su propia presidencia.

—¿Y los timbales, para qué los queremos, General?

La intervención de aquella camarilla, provocó uno de los artículos más famosos de Márquez Sterling, en su popular *columnita. "La Corte Amarilla*", modelo de crítica política.

Después de aquella reunión, los partes electorales fueron suspendidos. Hevia declaró arrogantemente que los liberales habían falseado los escrutinios y que era necesario revisarlos. Horas después comenzó la tarea. A Hernández lo dibujaban los caricaturistas con una vela de sebo, en la oscuridad de las noches, falseando los votos en sus oficinas de comunicaciones.

En medio de estos desaguisados, el tribunal supremo, presidido por don José Antonio Pichardo y Márquez, daba la razón a los liberales. Le pidieron la renuncia coactivamente, y fue sustituido.

A pesar de todo, Menocal no había ganado. Para poder reelegirse necesitaba celebrar comicios especiales en Oriente y Las Villas. En esta última provincia seis colegios electorales, situados en Pedro Barba y Guadalupe, fueron rodeados de alambres y no se dejó votar a los electores.

La atmósfera estaba tan cargada y era tan evidente el propósito del gobierno de privar a los liberales del derecho de sufragio que la dirección del partido Liberal no quiso esperar al resultado de aquellos preparativos y se lanzó

al monte, alzándose en armas, iniciando la revolución conocida en nuestra historia, por la "chambelona".

Una parte del ejército, seguida de pueblo, dirigida por los coroneles y comandantes Elíseo Figueroa, Rigoberto Fernández, Luis Loret de Mola y Luis Solano, bajo la jefatura del general José Miguel Gómez, se levantó contra el gobierno, y dominaron las provincias de Camagüey y Oriente. Se suspendieron las garantías constitucionales, se clausuraron los periódicos oposicionistas, *Heraldo de Cuba, La Nación, La Prensa* y *El Triunfo*; encarcelaron a cientos de civiles y políticos a los que se les suponía de acuerdo con la rebelión; y en estas condiciones tuvieron efecto los comicios especiales que consagraron la aborrecida reelección.

Frente al auge que iba tomando el movimiento revolucionario, entró en juego la Enmienda Platt, y la cancillería de Washington dió instrucciones a su ministro en Cuba, Mr. William González, de que publicara una nota del presidente Woodrow Wilson donde éste declaraba enfáticamente "que no reconocería gobiernos surgidos de una revolución". González conocía muy bien nuestro país. Poi sus venas corría sangre mambisa. Era hijo de Ambrosio José González, lugarteniente de Narciso López, que a la muerte de éste se había radicado en Estados Unidos, haciéndose ciudadano americano y contrayendo matrimonio con una nativa de Estados Unidos, de cuyo enlace era producto aquel representante diplomático antes mencionado.

Frente al infortunio de la soberanía recortada, escribió Manuel Márquez Sterling su famoso artículo *"Contra la ingerencia extraña, la virtud doméstica*". Esta frase —dice Ichaso— encerraba una gran verdad. Nada protege tanto a los pueblos pequeños como una coraza moral.

La declaración del presidente Wilson, restó fuerzas a la insurección. Hizo comprender a los liberales que su causa estaba perdida. Se argumentaba que el primer magistrado norteamericano, muy preocupado por la guerra contra el imperio alemán, se había visto forzado a evitar en Cuba un cambio de gobierno por medio de una revolución. Desde entonces, a todo el que discrepaba del gobierno cubano se le tachaba de "germanófilo".

Robustecido el resto del ejército leal a Menocal, aumentado el número de combatientes por medio de levas de voluntarios, la revolución comenzó a debilitarse. Finalmente, el 7 de marzo en un lugar conocido por *Caicaje*, el coronel Rosendo Collazo, jefe de operaciones gubernamentales, derrotó al general Gómez, que fue preso con su estado mayor. Traídos a la Habana, en un tren especial, fueron conducidos esposados y sin consideración alguna, al castillo del Príncipe, y alojados en celdas comunes, consolidándose la reelección de Menocal.

EL CONGRESO

La reelección de Menocal sembró el porvenir de escepticismos, dejando el ambiente preñado de inconformidades y de rencores. A estas calamidades se añadieron las que provocaba la guerra con el imperio de Guillermo II de Alemania. Las libertades públicas sufrieron mayores restricciones; surgieron más huelgas, paros y peticiones de aumentos de sueldos y jornales; las fuerzas armadas fueron reorganizadas; y se creó el servicio militar obligatorio, que fracasó ruidosamente.

En medio de todos estos cambios raigales, Cuba seguía siendo el país de los vice-versas. El gobierno de Menocal, del más rancio conservadurismo, mostró un gran interés por las cuestiones sociales, en este segundo período. Propuso la creación del ministerio del Trabajo y subvencionó el primer congreso obrero que se celebró entre nosotros; aprobó la ley de accidentes del trabajo, que José Miguel había vetado; habilitó el puerto del Mariel para el tráfico internacional; estableció los retiros civiles, escolares y de comunicaciones; sancionó la ley de pensiones a los veteranos y sus herederos, y aumentó considerablemente los presupuestos de la nación.

La ley de los veteranos encontró resistencia en el congreso. El senador Juan José de la Maza y Artola, conservador de origen, encarnaba, en la época, la más violenta oposición legislativa contra Menocal, y se había convertido en un celoso fiscalizador de los gastos públicos. Mas, en defensa de aquella legislación, por demás justa, se alzó la voz del senador Cosme de la Torriente. Recogía el "eco de la gratitud nacional para con los forjadores de la patria".

No se limitó la actividad legislativa, en este período a cuanto llevamos expuesto. Con la finalidad de reparar las faltas cometidas, borrando los pésimos efectos de la reelección impuesta, se votó una amplia amnistía que devolvió la libertad a los presos políticos. Salieron de las cárceles cientos de personas, entre ellas el general José Miguel Gómez. Embarcó éste hacia Estados Unidos, y se situó en Miami, inaugurando, con su presencia en aquella bella urbe floridana, la ciudad-exilio, que hasta entonces lo había sido Cayo Hueso.

Así como en los gobiernos de Estrada Palma, y de José Miguel, se llevó la palma de la intelectualidad y brillantez el Senado, en el de Menocal fue la Cámara nuestro mejor exponente de cultura política, y nada tenía que envidiar a los demás parlamentos del mundo.

Se destacaban, en el comité parlamentario conservador, la sabiduría de

Lanuza; la palabra encendida de Coyula, a quien solían gritarle en los mítines: "métele Coyula"; las explosiones verbales de Aurelio Alvarez; las catilinarias de Carlos Manuel de la Cruz; las arengas encendidas de Santiago Verdeja; las apelaciones parlamentarias de Wifredo Fernández; y las felices y sesudas intervenciones de Santiago Rey.

En el campo liberal, sobresalían la asombrosa agilidad oratoria de Ferrara; el verbo magnético de José Manuel Cortina; las aplastantes argumentaciones de Fernando Ortiz; los razonamientos jurídicos de Enrique Roig; las jocosidades criollas de Campos Marquetti; las agudezas demoledoras de Carlos Guás; y la enjundia política de Clemente Vázquez Bello, todo juventud y promesas.

En este conjunto de parlamentarios distinguidísimos, los campeones eran Ferrara y Lanuza, liberal el primero, y conservador el segundo. Ambos se atacaban y ambos se respetaban y admiraban mutuamente. Pudiera decirse que en nuestra política entonces, si hubiera existido un régimen de primeros ministros, Ferrara y Lanuza encamaban las figuras de Gladstone y Disraeli.

Lanuza era constructivo al par que demoledor. Ferrara, a su vez, demoledor y constructivo. Los dos, cuando no presidían el cuerpo, se sentaban uno frente al otro, a caza de alguna debilidad oratoria. Los dos podían hablar horas enteras de cualquier tema, por intrincado y difícil que fuera. Ferrara, más emotivo, más dramático, más hábil, más dúctil, más penetrante; Lanuza, más frío, más solemne, más intencionado, más cáustico, más oportuno. De los dos, Ferrara era el más completo. Era capaz de inventar el nombre de un tratadista en el curso de una polémica, y Lanuza de descubrirlo en el acto; los dos eran profesores de la Universidad; Ferrara, de ciencia política; Lanuza, de ciencia penal; y ambos poseían una cultura general asombrosa.

Cuando se midieron, defendiendo Ferrara la ley del divorcio, y atacándola Lanuza, dejaron en las páginas del Diario de Sesiones, la antología de nuestras tradiciones parlamentarias más talentosas. En un momento de aquel inolvidable debate, cuando Lanuza decía que el divorcio vendría a debilitar más aún la resistencia familiar de nuestra sociedad, "como la gota de agua que cae sobre el terrón de azúcar", y citaba en apoyo de su tesis, autores italianos y los leía, en sus textos originales, Ferrara, nacido en Nápoles, se reía de la pronunciación de su colega, y éste deteniéndose de pronto, exclamó:

—¿De qué se ríe, el señor Ferrara?

—Oh... es que su señoría está maltratando la lengua del Dante.

—He ahí la diferencia, señor Ferrara. Hace veinte años que Ud. está maltratando la de Cervantes y yo todavía no le he llamado la atención.

Razón para que Ferrara, que tenía en el debate, como en todos los actos de su vida, la elegancia de los floretistas que saben perder, porque casi siempre saben ganar, exclamara encantado de la agilidad de su oponente: *Touché*. Tocado.

NUEVAS TENDENCIAS POLITICAS

Como consecuencia de la revolución, los liberales volvieron a escindirse, y esta vez la crisis parecía irremediable. Los *zayistas* acusaron a los *miguelistas* de haberse alzado antes de tiempo. Los *miguelistas* tacharon de cobardes a los zayistas, por no haber secundado oportunamente el movimiento.

A juicio del doctor Zayas, la verdadera víctima de todo aquel episodio, debió haberse esperado a que se realizaran las elecciones, y después haber fomentado la revolución, pues de la otra manera permitieron al gobierno realizar los comicios en plena agitación y sin electores. Este argumento desesperaba a los *miguelistas* y lo estimaban una sublime tontería. En definitiva fueron acusados los partidarios del general Gómez, y aun éste, de haberse lanzado al monte, para proclamar al general, en ausencia de comicios reales, presidente provisional de la República.

Al recrudecerse la lucha entre ambos bandos liberales, brillantes grupos de intelectuales se reunieron y levantaron tienda aparte. Procedían tanto del campo liberal como del conservador. Y su jefe indiscutido era Manuel Sanguily, siendo sus líderes principales Manuel Márquez Sterling, Enrique Loynaz del Castillo, José Manuel Carbonell, Juan José de la Maza y Artola, Juan Ramón Xiques, Eudaldo Tamayo y Antonio Bravo Correoso, seguidos de juventudes y novatos.

Heridos por los dardos envenenados que el "positivismo dominante" les lanzaba, calificándolos de líricos y de románticos, los ponentes del nuevo partido *Nacionalista*, replicaban exponiendo verdades como puños.

"Basta leer los diarios de todos los matices de la opinión pública; basta oír las conversaciones y disputas privadas, los análisis y las críticas acerbas que merece esta situación —decían los líricos— para pensar, sea como románticos o como realistas, que es un asombro que Cuba haya podido subsistir, con una política tan abominable como la hasta aquí practicada".

No hay dudas, que los integrantes del nuevo partido, abordaban una realidad que aún no había aflorado a la superficie, dominados aún los partidos por el caudillaje de turno. En efecto, atacados por el general Gómez, y aún por el doctor Zayas, y vistos con ojeriza por el propio gobierno menocalista, al que

atacaban a fondo, los *románticos* se disolvieron al nacer. Cada uno de sus líderes escogió el camino que mejor convino a sus ideales. Y los fundadores tomaron el de su casa, ya que ninguno de ellos pretendía una posición electoral sino un replanteo a fondo de las doctrinas políticas y de la administración pública.

EL CODIGO DE CROWDER

Las elecciones parciales de 1918, alejaron más aún a José Miguel de Zayas y a Zayas de José Miguel. Era éste, partidario de retraerse electoralmente, como protesta latente. Y así lo recomendó desde Miami. Zayas, por el contrario, se mostraba decidido a concurrir a los comicios, seguro como estaba del triunfo del partido Liberal.

Aunque José Miguel siempre fue más popular que Zayas, éste era más influyente en las asambleas del partido. En este capítulo José Miguel se descuidaba. Le gustaban las pesquerías, de las que abusó mucho en sus días de presidente. Zayas no tenía otra dedicación que la política, su bufete, y el cultivo de la historia, en sus ratos de ocio, que era otra manera de hacer política. Más fuerte, por lo tanto, en los organismos, inclinó a estos por las elecciones.

Las elecciones de 1918 pusieron, como nunca, de manifiesto, la incapacidad del sistema. En algunos municipios había registrados más electores que habitantes. En resumen, todos se mostraron acordes en abordar una amplia reforma electoral. Vino a la Habana el general Crowder y después de largas discusiones, el Congreso aprobó la legislación conocida por Código de Crowder.

Este código había disuelto todas las organizaciones políticas para estructurarlas de nuevo. Zayas, por una parte, y Pino Guerra, de acuerdo con José Miguel, por otra, presentaron la solicitud de inscripción del partido Liberal. Este famoso pleito decidía el control del partido. Después de un dilatado proceso, en vísperas de las elecciones, Zayas perdió la legalidad del partido Liberal, y éste, con todos sus atributos fue a parar a manos de José Miguel.

Este fallo no estuvo influenciado por el gobierno, como se ha dicho alguna vez. Al general Menocal, la posibilidad de una nueva presidencia de Gómez le inquietaba. Por otra parte, parece cierto que Zayas tenía descartada su derrota legal. A los pocos días presentó la solicitud de un nuevo partido. El partido *Popular*, que por su desmedrada fuerza fue bautizado por el pueblo como el partido de los “cuatro gatos”.

La necesidad, por parte del general Menocal, de derrotar a los liberales de Gómez, se impuso en el campo conservador. Temían represalias por los maltratos

inferidos al general chambelonero. Por esta razón, conservadores y populares se aproximaron. La idea tropezaba con enormes dificultades. Al cabo, el propio Menocal tomó cartas en el asunto. Wifredo Fernández y Aurelio Alvarez fueron comisionados para tratar con Juan Gualberto Gómez y José Manuel Cortina, que representaban a Zayas. Los primeros propusieron una coalición a base de la candidatura presidencial de Enrique José Varona, con el doctor Zayas, de Vice. Este no se mostraba conforme. Alegaba, con razón, que un candidato conservador no traería votos liberales, y que la coalición, pactada de esta manera, resultaría inoperante. Cortina expresó, que no se podía rechazar el nombre esclarecido de nuestro filósofo. Pero Varona no aceptó en razón de su avanzada edad. Y entonces Menocal, renuente a Zayas, propuso a Méndez Capote. Y las negociaciones quedaron rotas.

Ante la terquedad de Menocal, Juan Gualberto Gómez le escribió una carta en el mes de julio de 1920. Rogaba al presidente que aceptara a Zayas. Se trataba de un notable documento. En él se examinaba nuestro status político de mano maestra, se describían los peligros de la situación, y se mencionaban las doctrinas comunistas que podían constituir serias amenazas en nuestro futuro, si no se entraba decididamente en una era de progresos políticos, sociales y económicos, que Zayas, por su procedencia revolucionaria y liberal, era capaz de interpretar y de llevar adelante.

Menocal transigió. El código Crowder se modificó, y quedaron frente a frente, José Miguel, que llevaba de vice a don Miguel Arango, y Zayas, que estaba acompañado por el general Francisco Carrillo. Esta combinación recibió el nombre de *Liga Nacional*.

La Liga Nacional no ganó las elecciones en buena lid. Cuando los liberales *miguelistas* impugnaron las garantías, el general Crowder declaró que "eran insólitas y sin precedentes".

Existía entre ambos candidatos a la presidencia equilibrio de fuerzas políticas. La masa neutra no se inclinaba hacia ninguno de los dos. Se mostraba indiferente y apática. Y el número de *bombines*, enemigos del sufragio, había crecido increíblemente. De todos modos, triunfó la *Liga*. Pero el pueblo de Cuba pudo decir, con razón, que Zayas había ganado la única vez que había perdido.

Con estas elecciones terminó el pleito secular entre José Miguel y Zayas. Poco después de la toma de posesión, el 20 de mayo de 1921, el general Gómez, se encontraba en Estados Unidos, adonde había ido para protestar de la legalidad de los comicios, y pasó un cablegrama a Zayas, deseándole la gloria que para sí había ambicionado de ser el restaurador de las libertades públicas. Estas manifestaciones —dice Santovenia— tuvieron el carácter de disposición de

última voluntad. El 13 de junio de aquel año, falleció José Miguel en Nueva York, de una pulmonía fulminante, y su cadáver traído a la Habana, fue conducido al cementerio de Colón, en medio de la manifestación de duelo más grande que jamás presenciara la Isla de Cuba hasta entonces.

LXII

LA BATALLA CONTRA LA INGERENCIA

Después de tantos años de ambicionar el poder, Zayas se encontró con una situación muy grave. El país estaba arruinado; el azúcar había bajado a dos centavos libra, con el cese de la guerra mundial; las pignoraciones no se podían pagar; los institutos de créditos estaban quebrados, y se había aprobado una ley de liquidación bancaria, congelándose todas las operaciones comerciales.

Un hombre de talento, en una democracia, vale por un gobierno. Zayas no necesitaba técnicos ni expertos; conocía perfectamente nuestros problemas y se enfrentó decidido con la situación. Sus ministros le vieron instalar, en su despacho privado, del tercer piso de palacio, una maquinita de escribir, y allí pasaba horas enteras tecleando con dos dedos. De esa maquinilla salieron leyes y decretos, en cantidad, y dos años después había vencido la crisis, en sus aspectos económicos y sociales, encauzando nuevamente el país.

El gobierno de Zayas se caracterizó por sus grandes dificultades políticas. Su alianza con los conservadores había sido puramente circunstancial. El presidente carecía de un partido importante que le apoyara. Por otra parte, el presidente Harding había acreditado, en calidad de enviado personal, al general Crowder, y éste, apoyándose en una nueva modalidad de la Enmienda Platt, pretendía inmiscuirse en los asuntos de gobierno.

Zayas se defendía hábilmente. Pero como Crowder avanzaba impertérrito, comenzó la batalla contra la "Ingerencia Extranjera", fase preventiva del Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos, cuya interpretación no estaba autorizada en las cláusulas de dicho tratado, que, de hecho, nos hubiera convertido efectivamente en una colonia de los Estados Unidos.

Presionado por la opinión pública y por los partidos políticos que formaban su gobierno, para que sacara de su gabinete a aquellos ministros a los que se acusaba de estar lucrando ilícitamente, Zayas decidió renovar su consejo de secretarios. No se rindió a las exigencias de Crowder, que dirigía aquella batalla, apoyándose en la doctrina de la honestidad administrativa, pero aspiró a neutralizarlo, designando, en algunos ministerios, a personas que contaban con

su afecto y simpatía. Surgió "el gabinete de la honradez", así bautizado por el pueblo, que lo atribuía, por entero, a la voluntad de Crowder.

Crowder se sintinó vigorizado, y pretendió, en uno de los *memorándums* que solía enviarle al presidente, que los secretarios que seguían sus orientaciones fueran inamovibles. En este camino de exigencias inaceptables logró que el subsecretario de Estado de los Estados Unidos remitiera un cable al presidente Zayas conminándole a respetar dichos ministros. "De no hacerlo así —advertía el cable— las consecuencias serían desastrosas".

En una reunión urgente de consejeros del presidente Zayas, en la que sobresalía José Manuel Cortina, secretario de la presidencia y Aurelio Alvarez, presidente del Congreso, se acordó rechazar aquel cable ofensivo, haciéndole saber a la Cancillería americana que el nombramiento y composición del Consejo de Secretarios de Cuba, era prerrogativa de la exclusiva incumbencia del presidente y que cualquier otra interpretación sería una manifiesta violación, inclusive, de los términos en que se hallaba redactada la Enmienda Platt.

El secretario de Estado norteamericano, el talentoso y culto Charles Evans Hughes, declaró, al recibir este mensaje, "que el cable del subsecretario sólo tenía carácter de recomendación, y que en este sentido debía ser interpretado". Descaracterizado Crowder, el "gabinete de la honradez" pasó a mejor vida.

Zayas aprovechó la oportunidad que le brindaba la Quinta Conferencia de Estados Americanos, celebrándose, a la sazón, en Santiago de Chile, en 1923, para darle el golpe de gracia a la ingerencia. Designó una poderosa delegación en la que figuraban el general Carlos García Vélez, y los doctores Manuel Márquez Sterling, Arístides Agüero y José Vidal Caro. Estos anularon los últimos intentos de Crowder de someter a Cuba a lo que Márquez Sterling llamaba el "Régimen Plural". Puede decirse que así como las intervenciones físicas terminaron en 1908, por parte de Estados Unidos, con los comicios en los que fue electo el general Gómez, de igual modo el régimen ingerencista murió vencido por el presidente Zayas.

LXIII

LA AMALGAMA Y LOS ORIGENES DEL COMUNISMO EN CUBA

En 1923, la revolución rusa tenía seis años de existencia, y el comunismo, en sus formas originales, hizo su aparición en Cuba, dirigido por Julio Antonio Mella, que tomó la Universidad y los institutos de segunda enseñanza como centro de operaciones.

Infiltrado a una multitud de concausas, el comunismo flotaba sobre la confusión y el desorden que caracterizaba la oposición contra el gobierno de Zayas, y contra el partido Liberal, dirigida por la asociación cívica *Veteranos y Patriotas*, que aspiraba al poder, y no había decidido, en sus primeros momentos, si tomaba el camino de las urnas, o llevaba a cabo una nueva revolución.

Esta incubación de diferentes concausas, resulta importantísima en nuestras sociedades actuales, y podemos bautizarla, para expresar el fenómeno, con el nombre de *amalgama*.

La *amalgama* es la organización de ambiciones e ideas excluyentes, que luchan desde el comienzo en coincidencia de fines destructivos sin más concomitancias que derribar una situación política, y consiste en atacar todo lo existente, tanto a los gobiernos como a los partidos de oposición, fenómeno social contemporáneo, propio del marxismo, que si los políticos y los hombres de Estado no saben distinguirlo desde un principio, y se arriesgan a utilizarlo en sus aspiraciones al poder, concluye con la desaparición del régimen democrático y la imposición del comunismo.

Este expediente incubado entre nosotros en 1923, desarrollado con más amplitud en 1935, y cuajado en 1958, por la incapacidad de la mayor parte de nuestras dirigencias políticas, presentaba en sus inicios todas las características de una verdadera organización, por parte de aquellos que fijaron sus ojos en Cuba como campo de realizaciones por ser nuestra patria la última parte del territorio americano en conquistar su independencia, y estar aledaña a los Estados Unidos.

Constituía entonces, en 1923, la *amalgama*, los grupos marxistas incipientes; los intelectuales de la derecha y de la izquierda, igualmente radicales, en la exposición de sus extremismos; los médicos y los abogados jóvenes, faltos de vocación democrática; los *apolíticos* y los *bombines*, ansiosos de gobernar sin contar con el pueblo, en una nueva modalidad del "despotismo ilustrado"; las clases trabajadoras, en pos de sus conquistas laborales, legítimamente justas; los *snobs*, lo mismo los ricos, que los que no lo son, sin comprometerse con nadie en lo público, pero con todos en privado, a los que gusta pasar por reformistas, porque es elegante, esperando, naturalmente, que ese momento no llegue jamás; y las clases estudiantiles, atraídas por el clandestinaje y las utopías de aquellos que prometen mundos nuevos jamás logrados.

De esta época data la repugnancia de nuestras juventudes, o de una gran parte de ellas, por la política; repugnancia que se genera según suponen sociólogos a la violeta y corresponsales norteamericanos, como por ejemplo Herbert Matthews, por la corrupción administrativa de algunos gobierno

cubanos, sin que realmente esa corrupción sea el motivo exclusivo. Los miembros de esas juventudes que llegaron, en Cuba, al poder, unos años más tarde, robaron y malversaron más que ninguno de nuestros gobernantes anteriores, y muchos de ellos más que todos juntos.

Esta aversión por las fórmulas políticas, que el propio Lenín ha llamado infantilismo revolucionario, se debió entre nosotros a los avances que en el mundo de las ideas adquirió el comunismo militante, que logró, desde entonces, canalizar en una parte de los hombres nuevos, faltos del romanticismo espiritual de la Revolución francesa, el sentimiento del materialismo histórico, impuesto a punta de pistola, o mediante los métodos del terrorismo internacional.

Es bien conocida la importancia de las juventudes en tales movimientos —dice Joseph Roucek. Y agrega: "El secreto y la conspiración parecen atraer especialmente a los jóvenes. Cuando estos factores se combinan con una ideología que presenta argumentos plausibles y utopías atractivas, surge ese espíritu que a menudo implica la absoluta renuncia al propio juicio en el problema de lo justo y de lo injusto y que tiende a silenciar "la voz de la razón, por amor al esfuerzo en pro del nuevo orden". "Esta peculiar concepción de la Verdad —añade Roucek— abandona frecuentemente la creencia de que la ciencia empírica no puede ofrecer una sana filosofía, de que hay necesidades emocionales que no pueden ser satisfechas sólo por la filosofía, y que la razón no es siempre la respuesta a todos los problemas de la vida. Así, pues, llega a ser *Verdad* lo que uno desea que sea *Verdad* en vez de lo que es *Verdad* actualmente y toda oposición y crítica es eliminada y perseguida. Se glorifica a los extremos que llevan a tales ideólogos a dotar con el carácter de dogmas, hipótesis y teorías científicas. Esto queda demostrado claramente con el ejemplo facilitado por el papel que la *Intelligentsia rusa* jugó antes de la revolución de 1917 en la Rusia Zarista."

La *amalgama*, supone, en las sociedades democráticas, lo que la *Intelligentsia rusa*, en el mundo de los zares; pero se trata de dos composiciones distintas, y no pueden identificarse con "las clases dirigentes y profesionales de los países occidentales, ni con los funcionarios, técnicos y gerentes de la Rusia actual". Se reclutaba, entonces, entre los hijos e hijas más liberales de la nobleza y entre la juventud plebeya. La fuerza integradora que les mantenía unidos era "una común alienación de la sociedad existente y una creencia común en la eficacia soberana de las ideas como forjadoras de la vida.[1]

La exposición de la *Intelligentsia*, nos facilitará el estudio de la *amalgama*. "Eran —dice Stuart R. Tomkins— abogados sin pleitos, maestros sin escuela, clérigos sin beneficio —y a menudo sin religión—, químicos sin laboratorio, políticos sin cargo ni partido, y "benefactores" sin seguidores. No se encontraban

a gusto en el decadente orden feudal ni en la sociedad mercantil y burguesa, entonces en crecimiento. Comenzaron como apacibles soñadores y reformadores, como humanitarios filántropos, pero su ansia de triunfar los llevó a la rebeldía; incluso la palabra estudiante llegó a ser sinónima de revolucionario. Su falta de habilidad para adaptarse a la vida nacional y sobresalir, los hizo odiar todo lo existente, creyendo que la sociedad en que se desenvolvían era un mundo injusto y retrasado. La ideología iba a resolver todos los problemas de la humanidad. El mesianismo eslavo veía en Moscú la "tercera y última Roma" (después de la caída de la Ciudad Eterna del Tíber y de la Ciudad Eterna del Bosforo) que había de salvar y transformar a Rusia haciéndola a la vez redentora de un mundo transformado. Idealizaban a Rusia, al campesino, al proletario, a la ciencia y a la máquina, pero siempre con singularidad y exclusivismo en términos dogmáticos.

Afortunadamente, para Cuba, la *amalgama*, en 1923, no resultaba aún peligrosa, debido a que la oposición político-electoral, representada por el partido Liberal, conciente de la proximidad de su triunfo si las urnas funcionaban honradamente, lejos de apoyar ninguna de aquellas fórmulas coincidentes, las combatía todas, y en este aspecto resultaba un valladar para dicha *amalgama* que, carente de respaldos eficazmente políticos, y debiendo desenvolverse en un clima de absolutas libertades públicas, le era difícil avanzar.

Julio Antonio Mella era un convencido, y estaba dispuesto a todo, utilizando la *amalgama*. Escribió los más terribles panfletos contra el imperialismo americano; injurió y calumnió a Zayas y entró a saco en la historia de Cuba, dejando muy pocas reputaciones intactas; organizó mítines y manifestaciones públicas, monopolizando los cintillos de los periódicos, más interesados en vender ejemplares que en orientar a la opinión pública. Finalmente, declaró que Zayas, ese año, no podría concurrir a la inauguración del curso universitario, porque su presencia *corrupta* en la colina era una injuria al estudiantado limpio. Zayas era mucho presidente para dejarse impresionar por un comunista, y se presentó en el aula magna, se sentó en la presidencia, agitó la campanilla y con unas breves palabras abrió el curso. Mella fracasó.

A los pocos días organizó una manifestación, y se fue con ella a Palacio a tirar piedras y a provocar a la policía. Asomado a un balcón, Zayas vió venir a la muchachada, seguida de mucho pueblo. Llamó a uno de sus edecanes y le dió instrucciones para que los jóvenes nombraran una comisión que él recibiría. Los muchachos se negaron. "Subimos todos, o no sube ninguno". Zayas ordenó que subieran todos. Y cuando el jefe de policía argumentaba que era peligroso dejarlos entrar, el presidente replicó: "Déjelos subir que con esos jóvenes viene otra época".

El comunismo, como hemos dicho, no era perspectiva en Cuba en 1923,

pero sí lo era el movimiento de *Veteranos y Patriotas*. Faltos de un caudillo político, pusieron la jefatura en manos del general Carlos García Vélez, hijo de Calixto García, que, a su regreso de Chile, después de haber derrotado a la "Ingerencia", se mostraba inconforme con las inmoralidades administrativas del gobierno de Zayas. Lo que había comenzado, dentro de la *amalgama*, como un movimiento político, se convirtió, sin quererlo el mismo García Vélez, en una revolución, vista con simpatías por los grupos oposicionistas no organizados, y, naturalmente, por Julio Antonio Mella y los comunistas, que contaban, dentro del movimiento político, con la simpatía de Rubén Martínez Villena, que arrebataba a las masas en los mítines, y amenazaba al gobierno con derribarlo.

Zayas tomó con mucha filosofía aquella agitación que le afectaba tan de cerca. Sabía que en el país había un gran ambiente en su contra, sin llegar a constituir una posibilidad armada. Y decidió mantenerse a la espectativa, sin perseguir a los *Veteranos y Patriotas*, y sin tomar medidas excepcionales, que pudieran servir de acicate real a una protesta armada. Por su parte, los *Veteranos y Patriotas*, mientras se mantuvieron en el campo político, no agredieron al gobierno, ni tampoco físicamente a los personeros del partido Liberal. Existía entre gobernantes y gobernados, el consentimiento y las garantías mutuas, sin las cuales, por compensación correlativa, no pueden las oposiciones subsistir, pero tampoco pueden los gobiernos gobernar normalmente. Aún no se habían iniciado en Cuba los sistemas de política ilegal, ni las organizaciones quintacolumnistas, que tienen como misión el terrorismo y la conspiración contra el gobierno, y contra todo aquello que puede propender, y en efecto propende, a la canalización de la agitación y la insatisfacción dentro del campo político.

Cuando en el seno de los *Veteranos y Patriotas* se habló de una revolución, financiada por empresas norteamericanas, el general García Vélez se opuso terminantemente. Algunos líderes coquetearon con Crowder, que especulaba con la *amalgama*; otros ambicionaban realmente metas más despejadas, absteniéndose de caer en el "ingerencismo". Pero la ola popular crecía, en escala ascendente; la *amalgama*, a la cual servía de eje el movimiento político, como siempre sucede, se afilaba los dientes, aspirando cada sector a consagrar sus propias finalidades, en esa renovación de río revuelto, una vez que cayera el gobierno. Se llegó a temer por la estabilidad de la República y que todo derivara en una nueva intervención americana, ansiada por los "apolíticos y los *bombines*", para llegar sin esfuerzo.

Los *Veteranos y Patriotas*, finalmente, dirigidos por el coronel del Ejército Libertador, notable abogado y Registrador de la Propiedad, Federico Laredo Brú, se levantaron en armas. Zayas dictó las medidas indispensables para mantener el orden público, y se dispuso a resolver la situación, entrevistándose con Laredo. Acompañado de un ayudante, y portando un pequeño maletín de cuero, donde la maledicencia y la calumnia aseguraban encerrarse miles de pesos, tomó un tren

hacia Cienfuegos, en dirección a *La Pastora*, donde se encontraba Laredo. Se encerraron en un bohío. Y Laredo desistió. Pero es absolutamente falso que mediara dinero alguno.

Vencida la revolución, acogidos a la legalidad todos los jefes rebeldes, exilados algunos de ellos, voluntariamente, en Estados Unidos, la *amalgama*, falta de apoyo político, sin más instrumento de agitación que la corrupción administrativa, aspecto muy frecuente para servir por sí sólo de incentivo revolucionario, se disolvió en su estructura.

Es realmente lamentable que el gobierno de Zayas no fuera honesto. Hubiera merecido, en todos los órdenes, como lo ha merecido en el político, bien de la patria. Desdichadamente, a nuestros gobiernos no se les ha juzgado jamás por sus créditos, sino por sus descréditos. Nunca se ha dicho, entre nosotros, éste es mejor, sino éste es peor, o cuando más, éste es menos malo; y los cubanos realmente no supieron lo que habían perdido, cuando Castro recibió el Poder.

Zayas fue un gran presidente. Mesurado por hábito, de temperamento sajón, abierto siempre a la cordialidad y la tolerancia, reunió cualidades superiores y se condujo, en los dos problemas fun- damentales que hubo de resolver, (el "*ingerencismo"* y el *comunismo*) señalados por Juan Gualberto Gómez en su famosa carta al general Menocal, como un verdadero maestro de la ciencia política. Se mostró estadista de cuerpo entero. Y su talento, prudencia y suaves procedimientos salvaron a Cuba.

Colocado entre la aristocracia y el pueblo, Zayas se inclinó siempre a lo que Hipólito Taine llamaba el *piso de abajo*[2] Estaba nutrido de sana cultura jurídica, conocía a fondo el corazón humano, sus escondrijos y veleidades. Poseía una gran paciencia, y el valor de la resistencia, no el de la acometida. Su psicología, calaba en lo hondo, y se había ejercitado al compás de las multitudes que dominaba con su palabra, siempre convincente y sesuda.

Con Abraham Lincoln, a quien amaba fervorosamente, repetía frente a sus más gratuitos detractores, su *slogan* favorito: "*Sin odio para nadie y con caridad para todos"*. Aún en medio de las más tremendas dificultades, aquel hombre, al parecer frío y calculador, hondamente emotivo en el fondo, reiteraba su optimismo en los destinos de su patria. "*Arrecia el temporal y la barquichuela cruje". "En el mar estamos, fe y adelante"*. Máximas, la mayor parte de ellas, de don José de la Luz y Caballero, maestro de la generación del 68, que Zayas incorporó a su filosofía para darle al pueblo una doctrina que, de haberse continuado, no hubiéramos lamentado la pérdida temporal de la independencia patria.

LXIV

MENDIETISTAS Y MACHADISTAS

La muerte del general José Miguel Gómez, ocurrida en junio de 1921, abrió el liderato del Partido Liberal a la pugna de las tendencias presidenciales, con vista a las elecciones de 1924. Estas tendencias se manifestaron en seguida en favor del Coronel Carlos Mendieta, —compañero de candidatura de Zayas, en 1916— y del general Gerardo Machado, ambos libertadores en la guerra contra España, en 1895.

Históricamente, el personaje más distinguido en el Liberalismo, después de José Miguel y de Zayas, era Orestes Ferrara. Muy joven había venido a pelear por nuestras libertades en la gesta desatada por Martí, y encarnaba la figura del líder por excelencia. Su talento, su cultura, su devoción a los principios liberales, su ideología rusoniana, adquirida desde joven en vastas y profundas lecturas, en las guerras de independencia, y en las dos revoluciones liberales, lo presentaban como uno de los representativos más completos de su época. Pero Ferrara no era cubano por nacimiento, y ese hecho lo incapacitaba constitucionalmente para aspirar a la más alta magistratura, aunque es dudoso, a nuestro juicio, que aún autorizado para ello, lo hubiera pretendido, relegando a cubanos nativos.

Deseoso de mantenerse alejado de una lucha que en el fondo no le complacía, Ferrara embarcó para Europa, y, cuando regresó, encontró muy crecido al general Machado. Aunque apoyó a Mendieta, estimándolo más hecho en el alma del pueblo cubano, no abrazó esta causa con el impulso y la vehemencia invencibles que solía poner en sus determinaciones.

Descartados los demás contendientes, la lucha presidencialista, en el seno del Partido Liberal, se concentró entre machadistas y mendietistas. El Liberalismo cubano encaró, más que un problema personalista, como erróneamente se ha escrito, una definición política de la mayor importancia, en aquellos dramáticos instantes, en que se presentaban, con carácter de urgentes e inaplazables, problemas económicos y sociales, que no tienen transacciones posibles, cuando los pueblos los necesitan y los reclaman.

El dilema era claro. O el liberalismo continuaba con Mendieta su tradición revolucionaria, democrática y populachera, renovacionista y guajira, apoyándose en las clases más humildes, para seguir la tradición de la *chancleta*, o se adentraba en la derecha con el general Machado, para convertirse, en un partido más conservador aún que el del general Menocal.

La crisis de los partidos políticos tienen largos procesos de incubación.

Tardan en salir a superficie. La del partido Liberal Cubano se había iniciado, en 1922, al votar, la mayoría de sus componentes en el congreso, conjuntamente con los partidos de gobierno, la ley de no reorganización, que prorrogó los mandatos en las asambleas, en los organismos, y en los comités de barrio. Este golpe de estado legalista, combatido por la Asociación de *Veteranos y Patriotas*, relegó la lucha postulaticia y asamblearia de aquellos comicios, a pequeños grupos de caciques, postergando el favor popular, y una de sus consecuencias fue el escándalo provocado por miembros del Liberalismo, con motivo del asesinato de Rafael Martínez Alonso, y la renovación de los gobiernos provinciales y de las alcaldías municipales, en los comicios previos a los presidenciales.

A fines de 1923, la popularidad del coronel Mendieta llegó a ser legendaria. Mendieta era honesto, discreto, ingenuo y noble. No había tomado parte en negocios turbios. Su actuación, en la alcaldía de Sagua, y más tarde en la Cámara de Representantes, había sido impoluta. Era el mirlo blanco del Liberalismo. Una expresión muy de moda entonces.

Las juventudes políticas y en general los cubanos todos, aún sus adversarios, recordaban emocionadamente que Mendieta había roto el cerco de *Caicaje*, en unión del coronel Eliseo Figueroa, logrando ambos, heroicamente, escapar por la costa en un botecito, siendo recogidos en alta mar por un barco de bandera norteamericana que los condujo a Estados Unidos.

Había diferencias fundamentales entre ambos pretendientes. Mendieta era médico y no ejercía la profesión. Machado era hombre de negocios, sembraba caña y criaba ganado. Mendieta no poseía más fortuna que sus sueldos. Machado había amasado un capital importante, que pasaba del millón. Mendieta decía, con ánimo de mortificar a Machado, que él no era un autocandidato. Machado, por el contrario, anunciaba a todo el mundo sus aspiraciones. Ambos eran cubanos de tierra adentro y amaban el campo. Mientras Mendieta rendía culto fervoroso a las decisiones del pueblo, Machado se rebelaba y braceaba contra la corriente. Era un carácter.

Pero sufría con las demostraciones de cariño que recibía su rival, donde quiera que se presentaban juntos. En un banquete ofrecido a Ferrara, en 1922, en el teatro Nacional, para festejar la fecha de la incorporación de éste a la guerra de independencia, bastó que un orador juvenil, que debutaba ese día, mencionara el nombre de Mendieta, para que el público, que abarrotaba el coliseo, se pusiera de pie y le tributara una de las ovaciones más formidables que jamás se hayan hecho a un líder político en Cuba. Machado, en cambio, apenas fue aplaudido. Y eso le dejó amargado con el orador y con el público. A la persona que tenía al lado le dijo: "Eso no tiene importancia. A mí hay que derrotarme en la valla chica". Aludiendo a que la postulación del candidato presidencial liberal no se

haría en la plaza pública, sino en la asamblea nacional del partido, donde él estimaba tener asegurada la mayoría de los delegados.

Lo que daba mayor fuerza a la candidatura de Mendieta, además de su historia personal, era que prometía "meter en la cárcel a todos los defraudadores del Tesoro Público", y eso entusiasmaba a las masas. Una buena parte de los mendietistas no se preocupó mucho de estas amenazas, estimándolas parte de la propaganda. Pero Mendieta ponía tal énfasis en sus pronunciamientos, y en sus discursos, que el país los creía a pies juntillas, y sus enemigos estaban convencidos de que iba a poner la Isla del revés, investigando todas las fortunas que se habían hecho al amparo del Tesoro Público.

La campaña presidencial de 1924, se libraba en el seno del Liberalismo. El que dominara sus asambleas y obtuviera la postulación, quienquiera que fuera, se casaba con la victoria popular. Si el ordenamiento de los partidos entonces hubiera permitido unas elecciones primarias abiertas, tal y como las define William Goodman, en su libro *The Two Party System, in the United States*[3] nadie hubiera podido derrotar a Mendieta. Pero nuestro sistema era restringido. Exigía la afiliación previa al partido, y ésta no se había producido suficientemente. El grueso de los partidarios de Mendieta estaba más bien fuera de las maquinarias electorales, formaba parte, en cierto modo, de la *amalgama*, y ésta era demasiado egoísta (siempre lo es) para comprometerse públicamente con nadie, y extraordinariamente especulativa para prestarle su concurso previamente a un partido político, al cual, lejos de robustecer, trata de desprestigiar cuanto pueden, en su lucha por llegar al poder sin contar con el pueblo legalmente organizado.

Las amenazas de Mendieta demuestran ampliamente por qué, en el seno del partido Liberal, todos aquellos que tenían algo que perder se unieron en su contra. Mendieta no se presentaba como un reformador; ofrecía honestidad, y ya sabemos la fuerza colectiva que esta bandera mueve en países como el nuestro. Machado tampoco, mucho menos, se presentaba como un innovador de nuestras costumbres políticas. Desdeñó la lucha abierta, se metió en las entrañas del partido, en sus últimos recovecos, y recorrió varias veces, secretamente, la Isla, de un extremo al otro, alineando el miedo contra los peligros del "mendietismo"; aprovechó que aún la radio no se utilizaba como instrumento de combate; organizó todos los cacicatos locales; y apoyó dos leyes en el congreso, la de la no reorganización, ya explicada en sus alcances, y la más inmoral aún, que convertía a los congresistas en miembros ex-oficio de las asambleas nacionales, construyendo mayorías prefabricadas. En este camino encontró apoyo en las clases conservadoras del país. Lo refaccionaron Henry W. Catlin, presidente de una compañía de fluido eléctrico, y Don Laureano Falla Gutiérrez, asturiano de nacimiento, venido a Cuba con el clásico pantalón de pana y las alpargatas, amasó una enorme fortuna de varios millones de dólares, con su indiscutible

genio financiero.

Catlin y don Laureano, encarnaban de modo cabal la esencia económica del primer cuarto de siglo de la República. La Enmienda Platt y el espíritu de la colonia. Los cubanos, empobrecidos por las luchas libertadoras, estaban dominados por dos factores foráneos: el español enriquecido, que anteponía su capital a la salud de la nación, y el inversionista norteamericano de estos primeros tiempos, que miraba la Isla con sentido rentista, sin importarle el destino político del país, factores ambos que fueron decisivos en el triunfo de Gerardo Machado.

En medio de este cuadro político, tan a propósito para toda clase de fermentos sociales y económicos, el general Menocal lanzó nuevamente su candidatura y precisó a Zayas para reatar los lazos disueltos de la Liga Nacional. Don Alfredo se le escurrió y pactó con sus antiguos correligionarios.

Mediados el año 1924, la lucha interna del partido Liberal era muy honda. Realizada la reorganización, mendietistas y machadistas quedaron casi igualados. Machado, favorecido por los fallos de los tribunales en los recursos presentados por Mendieta, para obtener nulidades de asambleas y comités, alcanzó una pequeña minoría y en esas condiciones llegó a la constitución de la asamblea nacional, a la que Mendieta inexplicablemente se negó a concurrir. Su ausencia disgustó mucho a sus partidarios, y Machado inició gestiones con don Carlos de la Rosa (mendietista), y le ofreció la vicepresidencia, que éste aceptó. Otros pactos menores, de senadurías y ministerios en el futuro gabinete, provocaron el derrumbe del mendietismo. Machado, finalmente, resultó el candidato de la coalición Liberal-popular. Y Zayas le otorgó su apoyo.

El primero de noviembre de 1924, se enfrentaron nuevamente liberales y conservadores. Machado-La Rosa, versus Menocal-Méndez Capote. Machado había confeccionado un programa que resumía en tres palabras. *"Agua, caminos y escuelas*". Menocal, recordando sus tiempos de *timbalero*, sacó un pasquín montado a caballo. Y los liberales contestaron con el grito de *A Pie*. El triunfo de Machado fue absoluto. En las seis provincias.

LXV

DICTADURA Y REVOLUCION

Hombre con garra de poder, Machado podía decir, sin petulancia, que debía la presidencia a su propio esfuerzo. Bertrand Rusell asegura que el éxito de los políticos está en ganar primero la maquinaria de los partidos, y más tarde el voto

de las mayorías, actividades ambas que la mayor parte de las veces suelen ser imposibles de aunar en nuestros pueblos.

Con todo, la elección de Machado era la resultante de un conjunto de factores negativos, enlazados entre sí, a saber: 1) Los doce años de oposición del partido Liberal, que hubiera votado por cualquier candidato; 2) la incapacidad de Mendieta para viabilizar su candidatura, entrañable a las masas; 3) el fracaso de los *Veteranos y Patriotas*, en el orden político; 4) los efectos disolventes de la *amalgama*, que impidió una mejor reorganización de los partidos; 5) la tertarudez del general Menocal de presentarse una vez más candidato, cohonestando la renovación del partido conservador; y 6) la corrupción administrativa del gobierno de Zayas, plegado a los apetitos de su pequeño partido, en trance de desaparecer.

Los fenómenos de simulación política son muy graves. Y con Machado se registró uno de ellos. El país no esperaba mucho del candidato liberal. Al verificarse su triunfo, todas las clases de nuestra sociedad, aún las más humildes, principalmente los *bombines* y los apolíticos, se declararon partidarios del "hombre", y lo proclamaron, sin ninguna razón, el asombro de América.

Por un complejo de culpa, que sobrevino después, estamos acostumbrados a leer que los dos primeros años de Machado fueron muy buenos. La realidad es otra. La culpa no fue suya, sino de aquellos que, con un sentido de aprovechamiento del presidente y sus poderes, lo endiosaron, empujándolo a la Dictadura. Estas sumisiones de las clases ricas, en medios como el nuestro, tienen a la larga efectos devastadores; el país pierde el ritmo político, muy difícil después de restablecer. En realidad, ningún tipo de totalitarismo es bueno.

La falsa devoción al general Machado, verdadero delito público, lo ensoberbeció hasta tal punto que no admitía la crítica. Se advirtieron los primeros síntomas de la catástrofe cuando Armando André, director del periódico *El Día*, ex-representante a la Cámara, publicó una caricatura ofensiva para la familia presidencial, y días después apareció balaceado en la puerta de su casa.

La reacción fue la de un país asustado. El presidente abrió los salones de Palacio, y todos los días acudían a felicitarlo innúmeras comisiones, de todos los sectores nacionales, sin que naturalmente mencionaran jamás las razones que aconsejaran semejante servilismo. Era una consecuencia de la simulación política.

Lo grave, en un gobernante, es empezar a matar. Funcionó el garrote vil, establecido en el código penal de 1870; fueron ejecutados vulgares asesinos; los periódicos dieron a estos criminales una publicidad absurda, y la figura del verdugo, inverosímil en la República, llegó a popularizarse. En Ciego de Avila,

unos canarios secuestraron a un ricachón de la zona y exigieron un fuerte rescate.

Machado dió instrucciones muy concretas a los puestos de la Guardia Rural, prescindiendo del Jefe de Estado Mayor del Ejército, y tiempo después aparecieron ahorcados, en los árboles de la carretera principal de aquella ciudad, más de treinta isleños. El espectáculo era absolutamente desconocido en los años que llevábamos de independencia.

Los gabinetes de Machado estuvieron formados siempre por personas de gran categoría social, y la obra realizada, en el campo económico y administrativo, dirigida por un ministro de Hacienda joven y talentoso, Santiago Gutiérrez de Celis, fue indiscutiblemente fecunda. Machado impuso al Congreso un amplio plan de obras públicas, una ley de financiamientos, y creó la comisión de Fomento Industrial, iniciando la política nacionalista, y el progreso económico de la Isla. Surgieron fábricas de pinturas, de zapatos, de fósforos, y de otros productos, y se reformaron los aranceles.

Al amparo de estas leyes se realizaron negocios turbios. Un sindicato de cubanos, miembros del gobierno, entre ellos el propio presidente, compró la *Warren Brothers*, que estaba quebrada. Las acciones subieron hasta las nubes cuando el gobierno le concedió obras por cientos de millones de dólares.

Indudablemente nuestro mejor ministro de obras públicas fue Carlos Miguel de Céspedes, a quien el pueblo bautizó con el apelativo del *Dinámico*, por la rapidez y la grandeza con que llevó a efecto el antes mencionado plan de obras públicas. La carretera central, obra aún no mejorada, en ese ramo; el Capitolio, la prolongación del Malecón, la Universidad, la Avenida de las Misiones, el parque de la Fraternidad, la pavimentación de las calles de las seis capitales de provincias; el embellecimiento de la ciudad de Santa Clara, y la red de caminos vecinales que dejó muy adelantados. Cuando en 1928 se celebró en la Habana, la sexta conferencia de Estados Americanos, los delegados y turistas que visitaron nuestra capital, pudieron darse cuenta de que los cubanos contábamos con una urbe tan importante como Buenos Aires, Río de Janeiro y Ciudad México, y en algunos aspectos superior, por estar dotada la Isla de encantos naturales que no existen en otras partes.

EL COOPERATIVISMO

La conversion del partido Liberal en una agrupación prácticamente conservadora, provocó una unanimidad electoralista conocida en nuestra historia con el nombre de *cooperativismo*. Machado preparaba el camino de su reelección y comenzó a

gobernar con todos los partidos (liberales, conservadores y populares) los cuales se aliaron para copar las posiciones electivas y administrativas de importancia.

En aquellos días, Benito Mussolini pretendía haber salvado a Italia con el Fascismo, y lo mismo sucedía en España bajo la dictadura de don Miguel Primo de Rivera, que dió al traste con el régimen de partidos políticos en la Península. Machado, recibido por la Universidad de la Habana, que le había otorgado el título de *doctor honoris causa*, leyó un discurso francamente fascista, y produjo desagradable impresión en la opinión pública. Desde este instante, el gobierno recibió apoyo incondicional de las clases más conservadoras, alegando que aquella administración revestía al país de una seriedad que antes se había desconocido, aseguraba las inversiones, el desarrollo de la empresa privada y la aclimatación de sistemas financieros que no habían funcionado con anterioridad a causa de la improvisación y la incapacidad en casi todos los ramos de la vida nacional.

El país entró en un período de evidente dictadura; la política comenzó a desorganizarse; los agitadores fueron encarcelados y expulsados; los líderes obreros asesinados y extraditados; y las tentativas de huelgas y sabotajes suprimidas brutalmente. Cuando el representante Aquilino Lombard logró en la Cámara la aprobación de la ley del 75%, del trabajador cubano en las empresas, Machado obligó al Senado a rechazarla, y las clases laborales se consideraron desde entonces en abierta pugna contra el gobierno.

PRORROGA DE PODERES

La dictadura avispó de nuevo el poder de la *amalgama*. Mendieta, jefe de la oposición electoral, pretendió inscribir el partido Nacionalista. El congreso pasó una ley exigiendo tan difíciles requisitos que resultaba imposible legalizarlo. Surgió, entonces, más poderosa que nunca, la *amalgama* formada por políticos, estudiantes, obreros y campesinos, y la oposición contra el régimen fue adquiriendo, cada día, como es lógico suponerlo, un sentido más revolucionario.

El 28 de marzo de 1927, la Cámara de Representantes abordó una proposión de reformas constitucionales, prórroga de poderes, y suspensión de elecciones. Estas reformas pretendían justificarse suprimiendo la reelección, alargando el período presidencial a seis años; concediéndole potencialmente el voto a la mujer; disponiendo la absoluta independencia del Poder Judicial; y aumentando el número de senadores a 36, de manera que en la Alta Cámara, estuvieran representadas las minorías.

El debate en la Cámara Baja adquirió proporciones dramáticas. Ramón Zaydín pronunció un discurso en contra de las reformas, admirable. Los estudiantes pretendieron organizarse, combatir la prórroga, y fueron barridos en las calles a palos y a tiros. Finalmente, después de unas modificaciones introducidas en el Senado, suprimiendo el municipio de la Habana, y creando el Distrito Central, la prórroga fue ley, y se publicó en la Gaceta Oficial.

El 4 de febrero de 1928 se efectuaron las elecciones constituyentistas y solamente concurrieron a ellas los partidos de gobierno, y se repartieron la nómina de la Asamblea. El 14 de abril quedó constituida, bajo la presidencia de nuestro más grande jurisconsulto don Antonio Sánchez de Bustamante, autor del Código internacional de su nombre, siendo sus secretarios Viriato Gutiérrez y Pedro Antonio Alvarez.

Surgieron dos tesis. Una correcta, que sostenía que la asamblea no podía alterar el proyecto del Congreso, sino limitarse, de acuerdo con el artículo 115 de la Constitución de 1901, a aprobarlo o rechazarlo; y otra, incorrecta, que mantenía la soberanía de la Convención, para modificarlo, alterarlo, o añadirlo. Esta última triunfó. En menos de un mes dicha asamblea aprobó las reformas, excepto aquella que prorrogaba su mandato al presidente por dos años. El argumento de suprimir la reelección fue relegado y olvidado, y se autorizó a Machado a reelegirse por seis años.

LA REELECCION

Dueño y señor de los partidos políticos organizados, Machado se presentó candidato único en un simulacro de elecciones, y fue reelecto, inaugurando su segundo mandato el 20 de mayo de 1929.

A partir de la prórroga de poderes y de la reelección, comenzó uno de los períodos más desdichados de nuestra historia. La economía sufrió serios quebrantos. Las restricciones azucareras, el plan Chadbourne; el descenso de los precios, y la tarifa americana Hawley-Smoot, que fijó un derecho de dos centavos a la libra de azúcar, dieron al traste con nuestros presupuestos, y estos, que habían alcanzado los ciento-veinte millones de dólares anuales, bajaron de un tirón a cuarenta, produciendo una tremenda ola de desempleos y quiebras comerciales, que empobreció la nación.

Acusado de ilegítimo el nuevo gobierno, el tribunal supremo se negó a declararlo así cuando se le presentó un recurso con esos fines; pero declaró inconstitucional el decreto que obligaba a las agrupaciones y asociaciones a pedir

permiso para celebrar reuniones públicas. Los nacionalistas organizaron el mitin de Artemisa, y la fuerza pública lo suspendió a tiros. Hubo muertos y heridos. En esta época ocurrió en México el asesinato de Julio Antonio Mella y fue atribuido a órdenes directas de Machado. Mella, después de sufrir múltiples detenciones, y de declararse en huelga de hambre en la cárcel de la Habana, fue puesto en libertad y embarcó hacia México, donde se afilió al partido comunista. Una noche, al salir de un cabaret, fue tiroteado. En realidad, Mella fue asesinado por órdenes del Partido Comunista.

El 30 de septiembre de 1930, desfilaban los estudiantes, en la Habana, junto al monumento de Eloy Alfaro, en un pequeño parque aledaño a la Universidad y chocaron con la policía, hallando la muerte, desdichadamente, el joven Rafael Trejo. El malestar y la protesta crecieron vigorosamente. Miguel Mariano Gómez, alcalde de la capital, hijo del general José Miguel, el inolvidable caudillo liberal, engrosó las filas de la oposición a Machado; se descubrió en la Cabaña una conspiración encabezada por el coronel Aguado, que fue rápidamente suprimida; Menocal lanzó un manifiesto, con miles de firmas; se publicó una alocución de los profesores universitarios; y una continuada serie de actos contrarios a Machado parecían destinados a derribarlo.

Los espectáculos públicos eran interrumpidos por jóvenes oradores que trepaban a los escenarios para arengar al público; el gobierno clausuró universidades, institutos y escuelas, y las cárceles se llenaron de presos; damas de la mejor sociedad fueron apaleadas en las calles; y la suspensión de garantías se hizo crónica.

RIO VERDE Y GIBARA

En agosto de 1931, Menocal y Mendieta encabezaron la revolución. Fue vencida al ser aprehendidos ambos en Río Verde, y muertos en Loma del Toro el general Francisco Peraza y el joven Chacho Hidalgo.

Mientras estos hechos se registraban en la provincia de Pinar del Río, desembarcó por Gibara, en Oriente, un grupo de jóvenes, dirigidos por Sergio Carbó, director de *La Semana*, Lucilo de la Peña y Carlos Hevia. Fueron bloqueados por el ejército. Y se retiraron. En la Habana murió heroicamente, en acción de guerra, en las cercanías de la esquina de Toyo, el veterano de la guerra emancipadora Arturo del Pino, y en Matanzas, carentes de armas y municiones, los coroneles Roberto Méndez Peñate y Aurelio Hevia, tuvieron que rendirse, sin haber podido combatir.

Fracasadas todas las tentativas de derrocar a Machado por medio de revoluciones a campo abierto, sobrevino una situación más grave y fueron clausurados todos los periódicos de oposición. Cuando Machado, orgulloso de haber triunfado sobre dos caudillos tan formidables como Menocal y Mendieta, se esponjaba diciendo que a él no se le tumbaba con papelitos, se desató una nueva campaña.

EL ABC

En efecto, surgió la asociación celular ABC, dirigida por los doctores Joaquín Martínez Saens y Carlos Saladrigas, y comenzó un nuevo tipo de revolución, a base de bombas y petardos, y atentados personales a los principales personeros del régimen y de las fuerzas armadas, tiroteadas desde automóviles que luego emprendían la fuga sin ser descubiertos. Cayó el teniente Calvo, uno de los más eficaces vigilantes del régimen, que no pudo evitar la colocación de una poderosa bomba en el cuarto de baño del presidente, y perdió la vida el jefe de policía de Marianao, Estanislao Mansip, al explotarle en las manos la llamada bomba sorbetera de gran calibre.

El ABC perseguía dos finalidades: Utilizar medios de perturbación material, en ciudades y pueblos, contra el gobierno, hasta vencer por el terror; y promover la renovación integral de Cuba, con hombres, ideas, y procedimientos nuevos.

El manifiesto programa del ABC, redactado por un brillante grupo de intelectuales, Jorge Mañach, Francisco Ichaso, Emeterio Santovenia, y otros, impreso y circulado clandestinamente, adquirió enseguida grado de mayor relevancia por el acierto y la luminosidad de los remedios propuestos para los males cubanos de un tercio de siglo, y marcó etapa por "la exactitud y profundidad de sus juicios, acerca de las vicisitudes y alternativas de nuestra nacionalidad."

LA JUNTA REVOLUCIONARIA DE NUEVA YORK

A fines de 1932, emigrados la mayor parte de los líderes de la protesta contra el régimen de Machado, se constituyó en Nueva York una junta revolucionaria, presidida por el sabio educador don Carlos de la Torre, para realizar la unidad de todos los factores opuestos a aquel gobierno. Formaron esa junta los nacionalistas, los liberales — revolucionarios, los conservadores, el ABC, los

profesores universitarios, los estudiantes, y alguno que otro sector de menor importancia, y se reunían periódicamente en los hoteles Ansonia y Commander.

A partir de entonces, "el terrer tomó ancha plaza en Cuba". Machado, abandonando todo disimulo legal, organizó una porra, y ésta a todo el que sorprendía colocando una bomba o un petardo, le ejecutaba en plena calle. En septiembre fue balaceado, desde un automóvil, el presidente del Senado, doctor Clemente Vázquez Bello. La muerte de este político, que gozaba de amplias simpatías, fue condenada por la opinión pública. Estos efectos desaparecieron inmediatamente, porque el gobierno ordenó el asesinato de los representantes Miguel Angel Aguiar y Gonzalo Freyre de Andrade, y de los hermanos de éste, Guillermo y Leopoldo, crimen repugnante, que levantó inmensa protesta aún en el extranjero. Los periódicos gubernamentales anunciaron también la muerte de Ricardo Dolz y de Carlos Manuel de la Cruz, a los que se dispuso liquidar, salvados milagrosamente y embarcados para el extranjero.

En abril de 1933 fue enviado a la Habana el embajador Summer Welles. Portaba una carta del presidente Franklin Delano Roosevelt, en la que éste pedía a Machado "que cooperara con el embajador Welles, a la solución de los muchos problemas que realmente tenían transcendencia mundial". Inmediatamente después de presentadas sus credenciales, Welles planteó la necesidad de llegar a un acuerdo con las oposiciones, y habló de la posibilidad de una reforma constitucional, con la previa sustitución de Machado en la presidencia.

Iniciada la mediación, con el consentimiento del general Machado, se mostraron partidarios de ella los nacionalistas, los liberales, los conservadores y el ABC; y fue combatida por los profesores y los estudiantes de la Universidad de la Habana. En agosto, la Confederación Nacional Obrera, organizada al amparo de la mediación, dirigida por Rubén Martínez Villena, decretó la huelga. Decidido Welles a terminar, se puso en contacto con altos oficiales del Ejército, anunció la intervención si Machado no dimitía. El ejército aceptó, ocupando las posiciones estratégicas de la ciudad, exigiendo al presidente, que se había trasladado a Columbia, para dominar la situación, la inmediata renuncia. Machado dimitió el 12 de agosto de 1933 retirándose en avión con un grupo de amigos en dirección a Nassau.

Antes de marcharse, queriendo mantener las formas constitucionales, designó secretario de Estado al general Alberto Herrera, jefe del ejército, a fin de que se cumpliera la ley del Poder Ejecutivo. Pero Welles tenía otras ideas y exigió que el doctor Carlos Manuel de Céspedes ocupara la primera magistratura. Herrera lo nombró en Estado. Y renunció. Céspedes, aceptado por el ejército, y por la mayoría de los sectores políticos y revolucionarios, asumió el Poder el mismo día doce de agosto.

La profunda perturbación constitucional y política suscitada por el régimen de Machado tuvo su correspondencia en el desbordamiento de las pasiones y de los bajos instintos que conmovieron al país, como nunca antes lo habían estremecido, bajo el signo de una revolución triunfante. El saqueo, la persecución y el pillaje se adueñaron de la Isla durante meses; y al amparo de estos hechos, desconocidos completamente, no registrados ni aún al cese de la dominación española, se cometieron grandes injusticias y fueron perseguidos políticos derrocados, que, en más de un caso, no merecieron semejantes procedimientos.

Tercera Parte
LA REVOLUCION DE 1933
1933-1952

LXVI

EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1933

La selección del presidente provisional fue un desacierto del embajador Welles. Céspedes era un cubano sin tacha, hijo del Padre de la Patria pero había servido veinte años en la carrera diplomática y desconocía las realidades de aquella revolución.

Durante la lucha contra Machado nadie había hablado de revolución social y económica. La infracción del artículo 115 de la Constitución de 1901 le sirvió a la oposición para derribar al "general", pero jamás había planteado nadie la transformación sustancial de nuestra vida nacional. Ahora bien, caído Machado, se apoderó del país una fiebre de autocrítica, de análisis revolucionario, y desde los estudiantes hasta los intelectuales, todo se vió invadido de doctrinas socialistas que ordenaban retirar para siempre al viejo liberalismo.

En el manifiesto del Directorio Universitario de 22 de agosto de 1933, "a través de la prosa juvenil bastante matizada del activismo comunista", se mencionaban como objetivos indeclinables acabar con los "politicastros" y realizar un programa netamente revolucionario, en el cual se abogaba por la celebración de una asamblea constituyente[1]

Días después, el 4 de septiembre de 1933, los sargentos y clases del Ejército y la Marina, encabezados por el Directorio Estudiantil, asumieron la responsabilidad de "consagrar la intervención de las fuerzas armadas en la decisión de las luchas políticas de nuestro país,[2] y derrocaron a Céspedes, estableciendo un gobierno colegiado, Quincunvirato o Pentarquía, integrado por los profesores universtarios Ramón Grau San Martín y Guillermo Portela, el periodista Sergio Carbó, el economista José Miguel Irisarri, y el banquero y hombre de negocios Porfirio Franca y Alvarez de la Campa. Este gobierno, con ribetes de comunismo, en que los secretarios del despachos se titulaban "comisarios", no gustó en Washington. El 10 de septiembre se transformó en un

nuevo gobierno provisional, con el doctor Grau, como presidente. Los estudiantes le prestaron su apoyo más decidido. Y Grau abrogó, desde la terraza de Palacio, en medio de un entusiasmo desbordante, la constitución de 1901, que había restablecido Céspedes; promulgó unos estatutos, y declaró que la revolución que había asumido el Poder era realmente una "auténtica revolución".

La revolución del 4 de septiembre anuló virtualmente la Enmienda Platt, al derribar el gobierno auspiciado y sostenido por el embajador Welles. Este hecho movió al presidente Roosevelt a consultar a los gobiernos de México, Argentina, Brasil y Chile. Las naciones consultadas estuvieron de acuerdo en que se estableciera en Cuba un gobierno estable, pero hicieron constar su desaprobación a cualquier acto de intervención, "reafirmando su fe en la capacidad del pueblo cubano para darse su propio gobierno". Roosevelt hizo público que no reconocería a Grau. "Ese reconocimiento —declaró— supone, a causa de conocidos tratados, más que una medida ordinaria, el soporte moral y material por parte de los Estados Unidos". Indudablemente, se refería a la Enmienda Platt.

Repugnado por la cancillería americana, que creía "advertir modalidades extrañas y alarmantes" en el gobierno de Grau, los auténticos libraron una gran batalla, en la VII conferencia de Estados Americanos, celebrada en Montevideo, contra la Enmienda Platt, distinguiéndose Alberto Giraudy, Herminio Portell Vilá, Carlos Prío Socarrás y Juan Antonio Rubio Padilla.

Cordell Hull, al dar su voto favorable a la convención de derechos y deberes de los Estados, reconoció el principio de la No Intervención, y expresó, a nombre del presidente Roosevelt, que Estados Unidos estaban ansiosos de negociar la abrogación de la Enmienda Platt, cuando en Cuba se constituyera un gobierno estable.

El gobierno del diez de septiembre, dentro de las peculiaridades de la *amalgama*, obedecía a tres direcciones, imposibles de coordinar. Una, estaba representada por el doctor Grau y sus decretos revolucionarios; otra, respondía al secretario de gobernación, Antonio Guiteras y Holmes, francamente marxista; y la última, seguía al Coronel Batista y a las fuerzas armadas, sobre las cuales descansaba realmente el aparato gubernamental y la recuperación de las instituciones democráticas.

Girando difícilmente, el gobierno de Grau desarrolló a plenitud las conquistas sociales de las clases trabajadoras, por medio de periódicos decretos, y en general apuntó, con aciertos innegables, el programa económico que convertía a Cuba en una república socialista, en la que casi todo quedaba dentro de la esfera de la Economía Dirigida.

Los que desconozcan esta etapa de nuestra historia, como han demostrado desconocerla muchos comentaristas por la libre, no pueden referirse con acierto a los tiempos posteriores, para presentar a Cuba como un país atrasado. La Revolución de 1933, en el orden económico y social, dió un empujón a Cuba de tal naturaleza que, en muchos aspectos, sobre todo en el de la legislación social, la situó hasta por encima de los Estados Unidos, en cuanto se refiere a seguridades para las clases trabajadoras.

Debido a estas conmociones y a los choques intensos que toda revolución produce, el gobierno provisional de Grau enfrentó situaciones gravísimas. El dos de octubre fueron desalojados a cañonazos los oficiales del ejército depuesto el 4 de septiembre, que inexplicablemente se habían refugiado en el Hotel Nacional. Y el ocho de noviembre fue derrotado el ABC, que habiendo promovido un alzamiento para apoderarse de Columbia, el Castillo de Atarés, los cuarteles y las estaciones de policía, no encontró el apoyo popular que esperaba.

No obstante estas victorias, el gobierno de Grau no se estabilizaba. Los sectores revolucionarios ABC, de Martínez Saenz y de Carlos Saladrigas; los nacionalistas de Carlos Mendieta; el Conjunto Revolucionario Cubano, del General Menocal; Acción Republicana, de Miguel Mariano Gómez; los conservadores ortodoxos de Carlos Manuel de la Cruz, más tarde convertidos en partido Constitucional Socialista; y los proscriptos liberales, dirigidos por Ramón Vasconcelos, brillante periodista, resultaron unidos, sin estarlo de hecho, en la propagación del descontento, la protesta y la *tángana*.

Fermentados los motivos de oposición, dueña de la calle la *amalgama*, los comunistas hicieron acto de presencia, y se lanzaron a fin de prepararse en la oportunidad en que Grau hiciera crisis. Tomaron a Mella de pretexto y enterraron sus cenizas. Pero era difícil. En Cuba, en aquellos días, sólo había un instrumento de gobierno, el ejército, y éste habíase situado muy lejos de aquellos extremismos. Se trataba de una institución rejuvenecida por el 4 de septiembre y las victorias del dos de octubre y del ocho de noviembre, y se mantenía alerta para dominar, en la forma que fuere necesario, el advenimiento del comunismo en Cuba.

Esta situación fue seguida, muy de cerca, por la cancillería americana. El 10 de enero, Manuel Márquez Sterling se encontraba en Washington, en calidad de agente diplomático, y celebró una larga conferencia con el secretario de Estado Cordell Hull, y al día siguiente embarcó para la Habana.

El 14 de enero de 1934, presionado por el coronel Batista, el doctor Grau renunció la presidencia provisional. Cuando Márquez lo entrevistó, advirtió que se mostraba resentido con Estados Unidos, haciendo recaer sobre estos la causa de su caída. No era así. Ciertamente, el gobierno de Roosevelt no lo había

reconocido, pero éste es un derecho de cualquier gobierno respecto de otro, y aún regía la Enmienda Platt.

Grau embarcó. Los líderes derrocados, y buen número de sus colaboradores y prosélitos, no quisieron darse por vencidos y tomaron el camino del exilio —principalmente Miami y México— para preparar la vuelta al Poder por medio de otra revolución, que, a nuestro juicio, no hubiera respondido al civilismo grausista, sino al marxismo de Guiteras, y hubiera situado a Cuba, si no en un franco régimen comunista, sí en la antesala del mismo, pues aún funcionaban las noventa millas.

La renuncia de Grau fue discutida por la Junta Revolucionaria y elegido Carlos Hevia. Se observó en seguida que éste no tenía apoyo en ninguno de los extremos, ni en las derechas, ni en las izquierdas, y renunció. Márquez Sterling se hizo cargo del Poder Ejecutivo y presidió una Junta de Sectores que finalmente eligió a Mendieta.

¡Al fin, llegaba Mendieta!

LXVII

MENDIETA Y EL COMUNISMO

Mendieta alcanzó el Poder de la única manera que podía haberlo alcanzado: empujado por los acontecimientos. Llegaba tarde conforme a su mentalidad individualista y romántica; historiadores y ensayistas, influidos en su mayor parte por la *amalgama* y el comunismo, le han hecho una leyenda negra, que es hora de ir despejando en beneficio de su nombre y de su obra, que ofrece un saldo positivo.

Su gobierno consta de dos partes, perfectamente claras: una, que se desenvuelve normalmente, bajo su rectoría liberal, con arreglo a sus principios, bebidos en las revoluciones democráticas; y otra, constreñido por la oposición de la *amalgama*, que trataba de saltar por encima de la política, aprovechando la división de los partidos que, en dos amplias direcciones, se disputaban el futuro: la de aquéllos que sólo admitían unas elecciones para delegados a una asamblea constituyente; y la de los que no se transaban más que con unas elecciones generales que pusieran fin a la provisionalidad de facto.

En la primera parte de su gobierno, en el que la presión de la *amalgama* no era tan fuerte, Mendieta alcanzó realizaciones muy eficaces en el campo político, social y económico; promulgó una nueva y amplia ley constitucional, concedió el

voto a la mujer, confirió al Consejo de Secretarios la potestad de legislar, creó un consejo de Estado consultivo; devolvió la compañía cubana de electricidad a sus dueños; y suscribió dos nuevos tratados con Estados Unidos, en mayo y agosto de 1934; el primero, aboliendo la Enmienda Platt, y el segundo, de reciprocidad comercial. Estos dos tratados confieren categoría histórica a su gobierno, y bien de la patria a los doctores Cosme de la Torriente y Manuel Márquez Sterling, que los negociaron con extraordinario éxito.

La crisis permanente que empobrecía a Cuba entró en vías de solución. El presidente Roosevelt, autor de la política del "buen vecino", decidió sustituir la tarifa Hawley-Smoot, por las cuotas de importación y distribución, efectuadas por la ley Costigan-Jones, y reconoció a Cuba el derecho de suministrar el 22% del consumo de azúcar de Estados Unidos, rebajándose los derechos arancelarios a noventa centésimas de centavo, disposición que lejos de encadenar nuestro país a la economía de Estados Unidos, mejoró gradualmente nuestro *status*. El país molió 2,437,951 toneladas, y aumentó ipso facto sus presupuestos nacionales a más de setenta millones, de los cuarenta que escasamente se reunían a raíz de la tarifa antes mencionada, y que fue uno de los motivos de la formidable crisis que en el orden económico confrontó el gobierno de Machado.

LA HUELGA DE 1935

Contra todo lo que han propalado sus enemigos, la mayor parte de ellos reclutados en el comunismo, el gobierno de Mendieta decidió convocar a elecciones de constituyentes, adhiriéndose a la línea más revolucionaria de las dos corrientes políticas que chocaban entre sí, a las que hemos hecho mención más arriba.

En efecto, al promulgar la ley constitucional de tres de febrero de 1934, dejó señalado el 31 de diciembre de aquel año, como fecha para celebrar los expresados comicios y promulgó además el Decreto-Ley Número 563 de 5 de octubre, en el que, derogándose todas las leyes anteriores, incluso la que proscribió al Partido Liberal, regulaba la organización de las agrupaciones políticas que desearan concurrir a dichas elecciones.

El partido Revolucionario Cubano, Auténtico, que había llegado a redactar su programa constitucional, se retrajo, después de una fuerte polémica entre políticos y revolucionarios, opuestos estos últimos a tomar parte en ninguna elección con el Partido Liberal. Era un pretexto. El autenticismo, fuertemente infiltrado, decidió continuar sus tácticas insurreccionales. Otros sectores extremistas, secundando a Guiteras, que había constituido la *Joven Cuba*,

conspiraban abiertamente.

La hora de la *amalgama* había llegado de nuevo. El dilema que tenía delante el país era mucho más hondo de lo que suponían los revolucionarios surgidos del cuatro de septiembre. Para los políticos la cuestión descansaba en estabilizar el país mediante el ejercicio del sufragio. Para los apolíticos, disfrazados de revolucionarios, el problema consistía en continuar sin elecciones, *sine dia*, en la provisionalidad. Para los líderes revolucionarios, más radicales, en lograr el Poder por los medios más expeditos. Y para los comunistas, reforzar las fuerzas de la *amalgama*, sabedores de que tras del triunfo de ésta, llega la hora de capturar el poder y de la imposición del cesarismo, disfrazado de pueblo.

Es curioso observar, en nuestro país, de un tiempo a esta parte, que a medida que han ido perfeccionándose los medios de subversión, éstos, en la generalidad de los casos, no tienen por objeto reponer condiciones de libertad suprimidas, ni lograr conquistas sociales y económicas, sino adquirir posiciones de ventaja sobre los demás contendientes, asaltando el Poder para hacer las elecciones desde él, convirtiendo la violencia en un sistema de selección, que acaba por sumir a los pueblos en el vasallaje que conduce fatalmente al comunismo.

Nada aconsejaba una revolución, en aquellos momentos, para tomar el Poder, sin consultar previamente la voluntad nacional. Mendieta realizaba un programa social y económico amplísimo, mejor aún que el de Grau. En el mismo momento de acometerse este programa, comenzaron a surgir huelgas locales, que tenían como finalidad preparar una de carácter general. Es decir, se quebró el consentimiento entre gobernantes y gobernados. La agresión no partía de las filas del Gobierno, como en tiempos de Machado, sino de las filas de la oposición, utilizando las garantías existentes para preparar una revolución. Naturalmente, se creó una situación muy difícil. Estos hechos continuados y exacerbados por la demagogia y la mentira política, dieron origen a la promulgación del Decreto Ley Número 3 de 1934, que reglamentaba el derecho de huelga distinguiéndolas en lícitas e ilícitas; estableciendo un procedimiento de cooperación social para que dicho organismo declarara si las reivindicaciones o demandas, efectivamente, tenían uno de los dos carácteres antes señalados.

El ABC, el Conjunto Revolucionario Cubano y algunos secretarios del despacho, presionados por las fuerzas de la *amalgama*, abandonaron el gobierno de Mendieta, sin crear con ello, en realidad, una crisis más grave que la que venía gestándose, con la que necesariamente debía enfrentarse el ejército, razón por la cual cada vez adquiría el coronel Batista más preponderancia en las decisiones del Gobierno.

Coetáneamente, con el procedimiento de las huelgas escalonadas, todos los días se registraban atentados, secuestros, asaltos, y actos de terrorismo; tenían como finalidad provocar la violencia por parte del gobierno, y torpedear, en definitiva, las elecciones constituyentistas señaladas para el mes de marzo de 1935. La huelga no obedecía a razones sociales y económicas, después de los decretos de Grau y de Mendieta, y de las ventajas concedidas por el gobierno de Roosevelt. La huelga sólo tenía, como hemos dicho, razones políticas. Suprimir las elecciones. Y apoderarse del gobierno.

En realidad —dice uno de nuestros historiadores— en forma más atenuada, a causa de existir en el país una situación superior económica y socialmente, se reprodujo entre grupos apolíticos y revolucionarios, y entre los diversos factores de la *amalgama*, inconformes con el gobierno de Mendieta, la situación que había prevalecido contra el gobierno de Machado —explicable entonces, por la supresión de la política y la confluencia de todos los factores del Poder hacia la Dictadura—; pero injustificable en tiempos de Mendieta, que ofrecía, precisamente, a los grupos revolucionarios, el tipo de elección que ellos habían exigido desde el primer momento, es decir, los comicios constituyentistas, que no resultaban estorbados por los factores gubernamentales, sino precisamente por aquellos que le hacían la oposición a Mendieta y a Batista.

Ante esta situación de fuerza, creada por el inicio de la huelga general, auspiciada por la Universidad de la Habana, secundada por el magisterio, fuertemente penetrado de comunistas y de "idiotas utilizables", y de gran parte de las dependencias de la administración públicas, el gobierno se vió en la necesidad de suspender las garantías constitucionales y, por acuerdo conjunto de los Consejos de Ministros y de Estado, de 8 de marzo de 1935, asumió poderes dictatoriales, reprimiendo sangrientamente, con auxilio de las fuerzas armadas, al mando de Batista, y las de la policía, a las del coronel Pedraza, el nuevo brote revolucionario que, de haber triunfado, no habría traído al Poder a los Auténticos. Poco después, el 8 de mayo, cayó, en el Morrillo, Tony Guiteras, ídolo de las juventudes más extremistas. Estas aseguran que fue asesinado. Otras versiones más verídicas sostienen que murió en combate, cuando trataba de ganar las costas de Matanzas para embarcar hacia el extranjero, al haberse terminado en Cuba, por entonces, la inquietud revolucionaria.

EL PACTO RIVERO-ZAYAS

Las elecciones señaladas el tres de marzo de 1935, no pudieron celebrarse. El desasosiego nacional, la paralización de los negocios, y las noventa millas, se hicieron tan intensos que provocaron un gran anhelo de paz.

Disueltos los efectos de la huelga, y disuelta, una vez más, la *amalgama*, los sectores revolucionarios y algunos partidos políticos, reanudaron la "consigna de constituyente primero y elecciones después". Pero el general Menocal advirtió enérgicamente que si se efectuaban elecciones de constituyentes antes que las generales, después de lo sucedido, su partido, que era el más fuerte en aquellos momentos, se abstendría de tomar parte en ellas, por entender que era necesario poner orden mediante autoridades de elección popular y después celebrar las de constituyentes, y redactarse la nueva carta fundamental con la calma y la madurez que ella requería.

Esta solicitud ocasionó una gran agitación, felizmente apaciguada por los directores del *Diario de la Marina* y *Avance*, José Ignacio Rivero y Alonso, y Oscar Zayas Pórtela, quienes, después de gestiones conciliatorias cerca del gobierno y de los jefes de partidos Conjunto Nacional Democrático, Acción Republicana, Unión Nacionalista, Liberal, y Constitutional Socialista, lograron que se firmara el llamado Pacto Institucional Rivero-Zayas, que abrió camino a las elecciones generales.

Los partidos antes mencionados, con excepción del Constitucional Socialista, que se disolvió, ingresando una gran parte de sus integrantes en el partido Liberal, acataron el nuevo régimen provisional. El partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y el ABC, así como otros grupos extremistas, mantuvieron el retraimiento político, declarando que "no reconocerían validez a dichas elecciones".

Restablecida la tranquilidad pública, el Gobierno declaró que tenía "el deber inexcusable de dotar al país de una constitución que le devuelva la plenitud de sus libertades, y que permita liquidar pacíficamente el régimen de facto... pero estima que cumple una obligación patriótica accediendo a conocidas demandas de los partidos políticos". Contra nuestros deseos —decía Mendieta— que hubiéramos preferido primero la de constituyentes, ofrecemos las elecciones generales.

LAS ELECCIONES DEL 10 DE ENERO DE 1936

Fueron sabios los políticos que no se dejaron impresionar por la *amalgama*. Esta nunca constituye mayoría, pero aprovecha la agitación política para parecerlo. Abierto el cauce cívico, se organizaron tres coaliciones. Una, formada por los partidos Conjunto Nacional Democrático y Unionista Cubano, de los generales Menocal y Asbert, que enarbolaban el ticket Menocal-Cuervo Rubio. Otra, integrada por nacionalistas, republicanos y liberales, de Justo Luis del Pozo,

Miguel Mariano Gómez y Ramón Vasconcelos, que patrocinaban la combinación Gómez-Laredo; y una tercera, dirigida por el historiador René Lufriu, que sostenía la candidatura de Carlos Manuel de Céspedes.

A última hora, Menocal amenazó con el retraimiento, y acusó a Mendieta de parcialidad. Este renunció y fue sustituido por el doctor José A. Barnet.

El 10 de enero se celebraron los comicios. Triunfó el ticket Gómez-Laredo. El retraimiento político de los partidos ABC y Auténtico, y de los demás sectores revolucionarios, careció de importancia. Hubo protestas por parte del general Menocal y de su partido, derrotados limpiamente en los comicios. Con objeto de asegurar a los partidos vencidos una minoría en el Senado, fue reformada la ley Constitucional con efectos retroactivos a la convocatoria electoral, y se aumentó el número de senadores a treinta y seis, correspondiéndole al partido del general Menocal, dos senadores por provincia, doce en total.

Aunque a nadie convenció la legitimidad de esta fórmula, el país, cansado de las pugnas políticas y revolucionarias, acató el resultado electoral, deseoso de que rigiesen la República funcionarios de elección, y se canalizase adecuadamente la futura elección constituyentista, emanada de la voluntad popular.

LXVIII

DESTITUCION DEL PRESIDENTE GOMEZ

Miguel Mariano Gómez tomó posesión de la presidencia el 20 de mayo de 1936. Desde los primeros momentos de este gobierno relámpago, que duró seis meses, pudo advertirse una discrepancia entre el presidente y el Jefe del Ejército, coronel Batista, "que no aceptaba la interpretación que aquél daba al nuevo orden" en relación con la influencia castrense originada como consecuencia de la huelga de marzo de 1935.

Este pasaje histórico abre al juicio de las realidades un análisis sobre los compromisos políticos. Situados en el campo de las relaciones personales, Batista podía sentirse autorizado para compartir el gobierno por su colaboración a la candidatura de Gómez, y al éxito de la misma. En el terreno de los principios, con arreglo a los cuales juzgamos este pasaje, la razón era del presidente.

El coronel Batista convertido "en mensajero de la prosperidad", con el pie en el acelerador del progreso social, daba "calor de influencia a una serie de organismos" que habían sido creados por decretos leyes, para fomentar las

escuelas rurales, la salubridad y la asistencia pública y combatir el analfabetismo y la tuberculosis.

Entre sus muchos proyectos, se encontraba la proposición de ley creando las escuelas cívico rurales. Esta ley gravaba con nueve centavos el saco de azúcar, destinando sus fondos al sostenimiento de dichas escuelas, así como de los institutos técnicos, consagrados a la educación de los hijos de obreros, empleados públicos y miembros de las fuerzas armadas, cuyos padres hubieran muerto en actos de servicio.

La proposición era acertada, en cuanto a sus fines educacionales, pero militarizaba esas escuelas y disponía de un modo vago la supervisión por la entonces secretaría de Educación. El presidente Gómez, mostrándose celoso de sus prerrogativas constitucionales, anunció que habría de vetarla. Batista se rebeló. Los nuevos coroneles del ejército, reunidos con él, en los *Pinos de Rangel*, decidieron dar un golpe militar, derrocar al presidente Gómez, disolver el Congreso, suspender la ley constitucional y establecer una Junta Militar.

"Atemorizados ante estas perspectivas que arruinaban el proceso constituyentista y eliminaban a los partidos políticos del panorama nacional", alejando definitivamente la celebración de los comicios constitucionales, la mayoría congresional propició la destitución del presidente Gómez, a cambio del mantenimiento del régimen semi- constitucional en que se desenvolvía el país y de la continuación del proceso de democratización del mismo.

El congreso salvó el régimen a cambio del sacrificio de Gómez. El Senado, constituido en tribunal de justicia, bajo la presidencia del titular del Supremo, Juan Federico Edelman, después de los trámites de ritual, y de un hermoso discurso del defensor de Gómez, senador José Manuel Gutiérrez, dictó sentencia el 23 de diciembre de 1936, destituyendo al presidente, y dispuso su sustitución por el Vice Federico Laredo Bru, que asumió la jefatura del Estado al siguiente día. Años después, por acuerdo de 20 de diciembre de 1950, el presidente Gómez fue justicieramente rehabilitado. En realidad, jamás había incurrido en los motivos de destitución.

PRESIDENCIA DE LAREDO

Se ha dicho, y repetido, que Cuba es el país de los vice-versas. Y, en efecto, una vez más, en nuestra inquieta historia, se produjo ese fenómeno. Todo el mundo pensó en Cuba, y aún fuera de Cuba, que la destitución del presidente Gómez cerraba los horizontes políticos. Ocurrió todo lo contrario. Se abrió una era de

paz, de orden, de cordialidad, de encauzamientos cívicos; de actividades legislativas, de mejoras colectivas, que culminaron con la constitunalización del país en 1940. Los doctores Grau y Martínez Saenz abandonaron el exilio, regresando a su patria, y el gobierno logró la aprobación de beneficiosas leyes políticas, educacionales, sociales y económicas, entre las que se destacan las de amnistía, reapertura de universidades e institutos, seguros sociales, y de Coordinación Azucarera, sin duda la aportación legislativa más importante de aquel período, puesto que regulaba los jornales azucareros en escala ascendente, aseguraba la permanencia de la tierra al que la trabajaba, y dejaba preparado el camino para sucesivas reformas agrarias, al amparo de la Constitución de 1940.

El acierto del Presidente Laredo y del Congreso elegido en 1936 —una de las legislaturas más laboriosas de nuestra historia—, fue la de viabilizar, en medio de grandes dificultades, la elección y funcionamiento de la Asamblea Constituyente. El representante Antonio Bravo Acosta presentó el 13 de abril de aquel mismo año una moción encaminada a esos fines. Y la Cámara designó una comisión que debía presentar el proyecto de la nueva carta fundamental. La comisión encontró un problema que debía resolver para complacer a los partidos y sectores revolucionarios. El doctor Carlos Márquez Sterling, que a la sazón presidía la Cámara, propuso y fue aceptado, encabezar la reforma con una disposición preliminar compuesta de tres preceptos, en los cuales se modificaba el artículo 115, de manera que la asamblea pudiera declararse libre y soberana.

Era necesario, además, aprobar una legislación electoral que comprendiera esos comicios. Antes de que ambas cámaras pudieran ocuparse del asunto, de suyo importante, el Tribunal Supremo, conociendo de un recurso de insconstitucionalidad, declaró que era imperativa la renovación parcial de la Cámara Baja elegida el 10 de enero, y fue necesario atender a estos comicios antes que a los de constituyentes, hecho en el cual vieron los partidos y sectores revolucionarios un ardid para posponer indefinidamente las elecciones constitucionales.

Renovada la Cámara, en 1938, vino a formar parte de ella el asesor técnico de la Comisión Bicameral que se ocupaba de la reforma constitucional. Mentalidad robusta, jurista de amplios conocimientos, el doctor Gustavo Gutiérrez, a quien nos referimos, se mostró interesadísimo en poner nuevamente en movimiento el proceso constituyentista. Estimaba que era imprescindible realizar esas elecciones y acogerse a "nuestra tradición histórica nacional, legalista, iniciada justamente en Guáimaro, como determinación revolucionaria".

Imbuido de estas ideas, Gutiérrez invitó a los representantes Carlos Márquez Sterling y Miguel Suárez Fernández, a trabajar en un proyecto de Código Electoral permanente que cubriera tanto las elecciones de delegados a

una Convención Constituyente, como a toda clase de elecciones, dándole prioridad a las primeras, y tratando de convocarlas, cuanto antes. Hombre tenaz, cuando abrazaba una causa, el doctor Gutiérrez dió fin a su obra, y su código fue aprobado por el Congreso y promulgado el 15 de abril de 1939, señalándose el 30 de agosto para verificar las elecciones de constituyentes y el 15 de febrero las nacionales.

En realidad, las dos corrientes, políticas y revolucionarias, volvían a marcarse. Los políticos, pendientes de sus aspiraciones, olvidaban hacerle ambiente a la constituyente. Aunque Grau, más dueño de su partido que en tiempos de Guiteras, se inclinaba a la política, en el autenticismo, a impulsos de la *amalgama*, vuelta a formar, se perfilaba el mismo tipo de lucha que cuatro años antes. Los insurreccionales, más débiles ahora, seguían prefiriendo la acción violenta al sufragio popular. Eduardo Chibás, en pro de las elecciones, sostuvo una enconada polémica con Rafael García Bárcena producto típico de la *amalgama*, enemigo del sufragio y de los partidos políticos. Este se mostraba intransigente en favor de la línea insurrec- cional y aseguraba que las aspiraciones presidenciales del coronel Batista, estrangularían los comicios constituyentistas.

La endeble armazón construida por el Congreso, para viabilizar las elecciones de convencionales, fue deteriorándose por el temor que mostraban los políticos de que, al reunirse la asamblea constituyente, usara de su plena soberanía para declarar vacantes todas las magistraturas, aún las que habían sido cubiertas en la reciente elección de 1938.

Cuando Grau, Martínez Saenz y demás dirigentes revolucionarios, vieron que los partidos gubernamentales se preparaban para las elecciones nacionales, lanzaron con más energía que nunca la fórmula de "Constituyente Primero y Elecciones Después".

Abrazada toda la oposición a esta causa, pues el dilema giraba alrededor de una cuestión política, la *amalgama* no tenía posibilidades de armarse, y los intentos insurreccionales quedaron relegados. Ahora, realmente, la exigencia era sincera, y no ocultaba segundas intenciones, ni se amparaba en procedimientos violentos, sino en el libre juego de garantías y derechos, preservados por las leyes. Unidos todos los partidos de la oposición, bajo la bandera del más puro y glorioso constitucionalismo, los comunistas, autorizados también a organizarse en partido, no intentaron siquiera hacer labor de subversión, y decidieron apoyar al gobierno, dedicando sus energías a vencer en los sindicatos. En una célebre reunión en la finca *Esther*, propiedad del doctor Plasencia, ubicada en Hoyo Colorado se reunieron los constitucionalistas, a saber: Grau San Martín, Carlos Prío Socarrás y Miguel Suárez Fernández, Auténticos; Joaquín Martínez Saenz, Emeterio Santovenia y Jorge Mañach, del ABC; Ramón Zaydín, José Manuel

Gutiérrez y Carlos Márquez Sterling, de Acción Republicana; y Mario G. Menocal, Gustavo Cuervo Rubio y Pelayo Cuervo, Demócratas. A nombre de estos cuatro partidos, decidieron no aceptar otra elección que no fuera la de constituyentes; "en esta oportunidad, con el país en paz, no se concebía que se continuara en provisionalidades aunque éstas estuvieran legalizadas por el voto popular".[3]

Fue muy afortunada, en estos tiempos, la actuación del presidente Laredo. Lejos de ser instrumento de Batista, como lo demostró, cuando vetó la discutida ley de los Bonos de Obras Públicas, por estimarla perjudicial al país, sabía imponerse cuando lo estimaba necesario. Conocedor del medio y de sus hombres, sabía llevar con extraordinaria habilidad las funciones de aquel régimen bifronte, orientando con talento una armonía de relaciones, aún con aque- llos que despreciativamente le llamaban "Encargado del Poder Ejecutivo".

En muchos aspectos políticos Laredo recordaba a Zayas. Oía las injurias y los insultos como quien oye llover. Accionaba suavemente y sonreía con malicia; caminaba con un cierto balanceo, echado hacia delante. Siempre tenía un pañuelo en las manos, y en gesto muy suyo, lo apretaba con los dientes por una de sus puntas, tirando de otra. Cuando se enteraba de los fuertes ataques que le hacían, exclamaba: "¡Bah! Ese lo que quiere es "entrarle a la Guanábana".[4]

Resolvió mediar entre los jefes de la oposición y el coronel Batista, y encontró a éste muy dispuesto al deseo de constitucionalizar el país. Después de una habilidosa labor, reunió en su finca del *Wajay* a los representativos de todos los partidos gubernamentales y oposicionistas, entre los cuales tuvimos el honor de estar presentes. Esta reunión resultó trascendental. Asistieron Grau y Batista, y pusieron fin a sus diferencias personales, dándose un apretón de manos. Laredo, visiblemente emocionado, pronunció unas palabras patrióticas expresando su fe en los destinos de la República cubana.

Los acuerdos de la Finca Párraga, culminaron felizmente en las elecciones de delegados a la asamblea constituyente, que se verificaron el 15 de noviembre de 1939. De 1,940,444 electores inscriptos, votaron 1,109,884, o sea el 57% del censo electoral.

Estas elecciones demostraron dos fenómenos interesantísimos, dignos de destacarse. Uno, el bajo porcentaje de votantes, a pesar de la presión ciudadana en pro de la Asamblea. Otro, la robustez de los partidos tradicionales. En efecto, asimilados estos a la revolución resultaban mucho más poderosos que las fuerzas surgidas con ella. Si bien es cierto que entre Auténticos, abecedarios y comunistas sumaban más de cuatrocientos mil sufragios; las tres tendencias del Liberalismo (liberales, nacionalistas y republicanos) y los partidos menocalistas (El Conjunto y los Demócratas) acumulaban cerca de setecientos mil votantes. El caso del

partido Liberal era sencillamente asombroso. Había recobrado su pujanza y sus bríos; sus raíces, profundamente populares, habían subido a superficie convirtiéndolo de nuevo en una agrupación poderosa y combativa que había rebasado los males del pasado.

Estas realidades no podían ser vistas con simpatías por la *amalgama*, ni por los enemigos del régimen cívico-electoral. Desde entonces se trazaron la línea de conducta de permear todos los partidos, conmoviéndolos con la exageración, la violencia y el *gansterismo*. Y acordaron secretamente hacer fracasar la asamblea, agitando el país, para que reflejándose en las opiniones de los delegados más radicales, no pudieran llegar a acuerdos. Felizmente, fracasaron.

La votación de los partidos y el número de delegados de cada uno de ellos, conforme al factor de representación fue la siguiente:

Gobierno Oposición 16, Liberales 182,246 votos 18, Auténticos 225,223 votos 9, Nacionalistas 141,693 ″ 15, Demócratas 170,681 ″ 6, Comunistas 97,944 ″ 4, Republicanos 80,168 ″ 3, Conjuntistas 4, Abecedarios 65,842 ″ 1, Realistas 37,997 ″ 0, Agrarios 9,359 " 0, Populares 10,251 ″ 35 Delegados 558,222 votos 41 Delegados 551,273 votos

El hecho de que los partidos gubernamentales hubieran tenido más votos que los oposicionistas no quería decir que el Gobierno tuviera la mayoría, sino que el factor de representación, en unas provincias había sido más alto o más bajo, lo que determinaba, en suma, la mayoría de delegados de la oposición, que ganó las provincias más grandes como la Habana y Oriente. Si la elección hubiera sido de mayoría en las seis provincias, hubiera triunfado la Coalición que apoyaba al coronel Batista.

Delegados Liberales: Manuel Benítez González, César Casas, José Manuel Casanova, Miguel Calvo Tarafa, José Manuel Cortina, Felipe Correoso, Arturo Don, Rafael Guás Inclán, Orestes Ferrara, Quintín George, Alfredo Hornedo, José R. Mendigutía, Delio Núñez Mesa, Emilio Núñez Portuondo, Juan Antonio Vinent Griñán, y Fernando del Villar. (16)

Delegados Nacionalistas: Francisco Alomá, Fernando del Busto, Nicolás Duarte Cajides, Simeón Ferro Martínez, Ramón Granda, Felipe Jay Raoul, Amaranto López Negrón, Juan B. Pons Jané y Francisco Prieto. (9)

Delegados Comunistas: Romárico Cordero, Salvador García Agüero, Juan Marinello Vidaurreta, Blas Roca, Esperanza Sánchez Mastrapa y César Vilar. (6)

Delegados Conjuntistas: Antonio Martínez Fraga, Eugenio Rodríguez Cartas y Alberto Silva Quiñones. (3)

Delegados Realistas: José Maceo González. (1)

Delegados Auténticos: Salvador Acosta Cásares, Aurelio Alvarez, Ramiro Capablanca, Eduardo R. Chibás, Mario Dihigo, José Fernández de Castro, Ramón Grau San Martín, Alicia Hernández de la Barca, Emilio Laurent, Gustavo Moreno, Eusebio Mujal Barniol, Manuel Mesa Medina, Emilio Ochoa, Manuel Parrado Rodés, Carlos Prío Socarrás, Primitivo Rodríguez, Miguel Suárez Fernández y María Esther Villoch. (18)

Delegados Demócratas: José R. Andreu, Rafael Alvarez González, Antonio Bravo Acosta, Antonio Bravo Correoso, Alberto Boada Miqueli, Juan Cabrera, Ramón Corona, Miguel Coyula Llaguno, Pelayo Cuervo Navarro, Francisco Dellundé, Joaquín Meso, Manuel Orizondo, Mario Robau, Santiago Rey y Manuel Fueyo. (15)

Delegados Republicanos: Adriano Galano, Félix García Rodríguez, Carlos Márquez Sterling Guiral, y Ramón Zaydín y Márquez Sterling. El doctor Zaydín renunció mediada la asamblea y le sustituyó el doctor Manuel Dorta Duque. (4)

Delegados Abecedarios: Francisco Ichaso Macías, Joaquín Martínez Saenz, Jorge Mañach y Salvador Esteva Lora. (4)

LXIX

LA ASAMBLEA DE 1940

La Convención Constituyente inauguró sus sesiones el nueve de febrero de 1940. Prácticamente, clausuraba un período de violaciones constitucionales abierto en 1928, con motivo de la prórroga de poderes y reelección de Machado.

El día de su apertura en el hemiciclo de la Cámara de Representantes, en el Capitolio Nacional, resultó inolvidable. "Era un crisol en ebullición, nervioso y apasionado", que tenía el exacto reflejo de su grandeza popular, y daba un sello de entusiasmo y emoción extraordinarias al imponente espectáculo que significaba su toma de posesión.[5] Allí estaba, en toda su integridad, con su impresionismo y nobleza característica, la nación cubana y su legítima representación. Afuera, todo el país escuchaba por la radio el grandioso acto que se estaba trasmitiendo.

Los delegados más aplaudidos por las tribunas, atestadas de público, fueron el doctor Grau, que recibió una ovación de varios minutos; el general Menocal y Gustavo Cuervo Rubio; y los doctores Miguel Mariano Gómez, Carlos Márquez Sterling, Martínez Saenz, Carlos Prío, Miguel Suárez y Eduardo Chibás, que tanto se habían distinguido en el proceso de su viabilización.[6]

Entre la elección y la toma de posesión, delegados de los cuatro partidos oposicionistas, presididos por sus respectivos jefes, se reunieron en el Vedado, en la residencia del general retirado José Martí y Zayas Bazán, hijo del Apóstol, para acordar una línea de conducta común, y designar la mesa. Hubo acuerdo unánime en elegir a Grau presidente, al doctor Martínez Saenz, vice, y al doctor Boada, secretario.

En lo político chocaron dos tendencias. La que entendía que la soberanía de la asamblea era absoluta, y la que, admitiendo esa soberanía, fijaba como límite de la misma la potestad de redactar la carta, sin entrar a designar o elegir gobiernos, ni recortar mandatos, que hubiera reavivado la pugna entre políticos y revolucionarios.

Discutido largamente este aspecto, se llegó a una solución, propuesta por el doctor Carlos Márquez Sterling, que consistía en admitir la soberanía, hasta para recortar mandatos, sin llegar a la designación de gobierno. Estos, una vez redactada la Constitución, debían ser electos en votación popular. Esta tesis, apoyada por Grau y el general Menocal, fue admitida, por unanimidad. Finalmente, el doctor Mañach fue designado para exponer, en la sesión inaugural, los acuerdos de los cuatro partidos coligados.

Mañach cumplió su cometido, con la brillantez que le caracterizaba. "Nuestros partidos —dijo con sobriedad— no usarán su mayoría para empequeñecer esta asamblea con sentido faccioso. Entendemos que dadas las circunstancias políticas, sociales y económicas, y hasta morales, en que la nación se halla situada, conviene a la mayor fecundidad y diligencia de nuestras labores, el que predomine en ellas un sentido técnico...".

El discurso de Mañach fue recibido fríamente por las tribunas, en las que predominaban las fuerzas del radicalismo más exagerado. Le tocó el uso de la palabra al representante de los partidos gubernamentales. Todos estos, con excepción de los comunistas, habían designado líder al doctor José Manuel Cortina. Este pronunció aquella tarde uno de sus más elocuentes discursos, en el que coincidía con Mañach, en el sentido de hacer un alto en la política partidaria, para dedicarse únicamente a las labores constituyentistas. "Aquí —dijo Cortina— debemos apagar las pasiones egoístas y estar hermanados en ese sagrado propósito. Para ello es imperiosa la solidaridad nacional. ¡Los partidos

fuera! ¡La patria dentro!"

Cuando Cortina comenzó el análisis de los hechos más recientes, se observó cierto desasosiego en las tribunas. Y al referirse al "pacto de conciliación", y mencionar los nombres de los coroneles Laredo Bru y Fulgencio Batista, como personeros del mismo en unión de Grau, Menocal, Martínez Saenz y Miguel Mariano, fue interrumpido desde las tribunas por apasionadas manifestaciones que se producían contra el presidente, y el jefe del Ejército, que había renunciado su cargo para aspirar a la presidencia. Cortina exclamó: "Llamo la atención, señores, sobre que esta es una Convención Constituyente; que una Convención Constituyente es como un altar de creación; es un templo; y en los templos cada uno está obligado a reprimir sus pasiones".

"No olvidemos —dijo al terminar— que esta patria no tuvo por máximo apóstol a un hombre cruel, que para unir a los cubanos usara sólo el implacable y homicida acero. La nación cubana, en su liberación, tuvo por jefe y por guía al más evangélico de los libertadores del mundo; aquél que, hasta para sus enemigos, pedía la Rosa Blanca... La patria de Martí no debe ser patria de fratricidas... La patria de Martí tiene que ser de todos, con todos y para el bien de todos".

PRESIDENCIA DE GRAU SAN MARTIN

La popularidad de Grau, usada, en esta oportunidad, contra las fuerzas de la *amalgama*, que buscaban el fracaso de la Constituyente, salvó a la asamblea de 1940. Grau había fijado su posición con claridad nítida y despejó la tensión. Después de agradecer el honor que se le había hecho de elevarlo a la presidencia del organismo, declaró tajantemente "que en el seno de la Constituyente no podía resurgir la lucha que había dividido al pueblo cubano".

La presidencia de Grau, en la Convención, no fue feliz en el orden reglamentario. El jefe del partido Auténtico, médico distinguido, de fabulosa popularidad personal, a partir de su gobierno provisional, era un hombre de talento y condiciones poco comunes, pero no dominaba la técnica parlamentaria, y por otra parte, su aspiración lo obligaba a concesiones que degeneraban en desórdenes asambleísticos, fijos sus ojos en la calle, y en los votos del pueblo cubano de las facciones más radicales, dentro de las cuales buceaba con pretensiones mayoritarias.

Desde los primeros momentos se advirtió que su gestión chocaba con su propio partido, compuesto de una juventud revolucionaria ansiosa de

distinguirse, que traía al seno de la asamblea asuntos que nada tenían que ver con la constitución, dejándose impresionar constantemente por las fuerzas de la *amalgama*.

Los problemas que Grau tenía que resolver, antes de entrar en la discusión de los proyectos constitucionales, eran, a saber: 1) la duración de la asamblea; 2) la declaración de soberanía; 3) el reglamento; 4) el acuerdo de las magistraturas; 5) la renovación de los poderes constituidos; 6) la coexistencia del Congreso y sus mandatos; 7) el régimen, presidencialista, parlamentario o semi-parlamentario; y 8) el momento en que entraba a regir la nueva Constitución.

El primer aspecto no ofrecía complicaciones. La convocatoria expresaba que la Convención debía acordar la ley fundamental dentro de los tres meses de constituida. Se comprendió, en medio de cientos de mociones, que nada tenían que ver con los trabajos legales, que tres meses eran poco si se contaban desde la toma de posesión, y a propuesta de Pelayo Cuervo, se acordó que el término debía contarse desde que las comisiones quedaban integradas. Teniendo en cuenta que lo habían sido el 8 de marzo, la duración alcanzaba hasta el ocho de junio.

La segunda cuestión era aún más sencilla. La disposición preliminar disponía que la Convención, una vez reformado el artículo 115 de la Ley Constitucional vigente, quedaba en disposición de acordar el tipo de constitución que quisiese, siempre que su forma fuera "republicana, democrática y representativa". Grau no tuvo más trabajo que promulgar esa disposición.

El tercer asunto, el del reglamento, fue donde se perdió más tiempo. Apasionó de modo tan inverosímil a la asamblea que Orestes Ferrara, con aquella elegancia parlamentaria que le distinguía, "llamó la atención de sus colegas acerca de que estaban allí para hacer una constitución y no un reglamento".

Se creó una comisión coordinadora, y si bien confundió a los delegados respecto del procedimiento a seguir, resultó, a última hora, salvadora porque permitió al doctor Cortina, que la presidía, acelerar el proceso parlamentario de la Constitución, al traer al pleno los asuntos discutidos, y vino a ahorrar el tiempo que antes se había perdido.

Parece raro que en la discusión de una Constitución se apruebe primero un acuerdo referente a las magistraturas, cuando aún no se ha plasmado el régimen, pero en la Convención de 1940 nada era raro. En efecto, celebrándose el proceso electoral al mismo tiempo que la asamblea, era preciso saber qué magistraturas habrían de cubrirse en las elecciones. Y en efecto, se tomó el acuerdo; aprovechado por los componentes de la Comisión especial, designada

al efecto, para asegurarse *sus senadurías*, tanto por la mayoría como por la minoría, ya que no se salía electo por votación directa, sino por el orden de colocación en la candidatura y por los votos de partido.

La Convención sufrió continuadas interrupciones. Llegó a temerse por su éxito, y Grau, que la había consolidado al empezar sus sesiones, la puso en peligro por su falta de carácter en dominar las invasiones de la *amalgama* a través de delegados imprevisores o ambiciosos que la dislocaban con las propuestas más alocadas. Por otra parte, un acontecimiento político de la mayor trascendencia quebró la composición de mayorías y minorías en la asamblea, al romper el general Menocal con Grau, y aceptar la candidatura de Batista.

Esta crisis, en cuanto a la mesa, se conjuró, y la nueva mayoría estimó que Grau debía continuar presidiendo. Pero su situación, al calor de la lucha electoral, era insostenible. Los doctores Antonio Martínez Fraga y Miguel Suérez Fernández, mantenían una lucha al respecto de una vacante senatorial en las Villas. Una interpretación presidencial sobre el reglamento, sacó de sus casillas al combativo Martínez Fraga, y provocó la renuncia de Grau y la crisis presidencial de la Asamblea.

PRESIDENCIA DE Márquez STERLING

Al hacer crisis el doctor Grau, un grupo de convencionales de los partidos de la Coalición gubernamental propuso como sucesor al doctor Márquez Sterling, y éste formuló tres condiciones: 1) que se consultara a los partidos auténticos, republicano y abecedario; 2) que se acordara no tratar más asunto que el de la Constitución; y 3) que se le diera al presidente la facultad de calificar las propuestas y fijar el término de los debates y el tiempo de duración de los turnos a favor o en contra. Aceptadas todas las condiciones, y votadas las mociones al efecto, Márquez Sterling fue electo sin opositores; auténticos republicanos y abecedarios votaron en blanco.

Enfrentaba el doctor Márquez Sterling un gravísimo problema. El tiempo. Sólo se habían aprobado parte de los títulos I, II, III, y IV. En esta situación Márquez decidió conferir a la Comisión Coordinadora la potestad de articular el proyecto, y traerlo por capítulos al pleno, para discutirlo en su totalidad. Al mismo tiempo decidió poner a discusión coetáneamente la moratoria hipotecaria. Este problema no era realmente una cuestión constitucional, pero se trataba de un asunto de extrema gravedad. Desde el primer momento Márquez calificó la moratoria como una cuestión a ser incluida en las transitorias, pues tenía una relación íntima con el capítulo de la Economía Nacional, y afectaba a más de doce

mil deudores que corrían el riesgo de ser ejecutados por unos cuantos acreedores. Los préstamos se habían contraído en época de dinero blando y había que liquidarlos en tiempos de dinero duro. La propiedad rural y urbana se hubieran concentrado en pocas manos. La moratoria se aprobó en una sola sesión. Y se promulgó en seguida, por la propia Constituyente.

Andando el reloj del tiempo se presentó otro grave problema. Una mayoría de convencionales entendía que debían prorrogarse las labores de la Asamblea. Márquez Sterling se opuso terminantemente. Adujo que en la situación psicológica en que se encontraba el país una prórroga de funciones crearía grandes problemas para el porvenir, y que el argumento de la prórroga sería esgrimido como arma revolucionaria, en alguna oportunidad. Este criterio se abrió paso enseguida. "La férrea decisión del joven presidente de la Convención fue ampliamente respaldada por los delegados, convencidos todos de que la opinión pública no les habría perdonado que no hubiesen desempeñado cabalmente el mandato que el pueblo les había otorgado".[7]

La Comisión Coordinadora, admirablemente dirigida por el doctor Cortina, trajo al pleno sus acuerdos. Inmediatamente se pusieron a discusión, ordenadamente, los títulos y capítulos pendientes. Y fueron aprobados. El doctor Márquez Sterling pudo cerrar las sesiones el 8 de junio, pronunciando unas breves palabras que fueron delirantemente aplaudidas por las tribunas. Un mes después se firmó en Guáimaro la carta y se promulgó en la escalinata del Capitolio, desfilando el ejército ante el presidente Márquez Sterling. Señaló este en su discurso que los dos documentos más importantes de la era republicana eran la abrogación de la Enmienda Platt y la Constitución de 1940.

"Esta Constitución que acaba de promulgarse —dijo Márquez— no es una obra perfecta. Responde a un estado de derecho. El primero en que la voz del pueblo de Cuba haya sido realidad después de un largo y duro batallar".

LXX

LA CONSTITUCION DE 1940 Y SUS RESULTADOS

La Constitución de 1940 fue obra de todos los partidos políticos de aquella época, de todas las agrupaciones y asociaciones que informaron públicamente, en sesiones especiales, de los comités correspondientes, *y constituye la prueba más eficaz de la madurez del pueblo cubano y cuando es legítimamente interpretado por sus mandatarios*.

Se han dicho y se han publicado muchos disparates en relación con

nuestros progresos sociales y económicos, al hablar y analizar la revolución de Fidel Castro, y se ha presentado a la República de Cuba como un pueblo atrasado, que necesitaba un estallido revolucionario para ponerle fin a las injusticias que se venían realizando.

Uno de los políticos más indocumentados de los Estados Unidos, millonario e izquierdista, como suele suceder de un tiempo a esta parte con los que amasan enormes fortunas, seguramente para justificar sus riquezas —nos referimos a Chester Bowles— ha dicho "que el pueblo de Cuba se rebeló en 1958 porque había sido explotado y tratado injustamente; y agrega: *Los Estados Unidos deben aprender que cuando un régimen de mentalidad feudal se produce y niega sus derechos al pueblo, necesariamente se producen trastornos*.

Después de la constitución del 40, después de la abrogación de la Enmienda Platt; después de la política del Buen Vecino y de las leyes de cuotas; después de la reforma de los aranceles, y de los impuestos en Cuba sobre la base del Income-Tax; después de la copiosa legislación económica y social que se genera a partir de 1933, y de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, sobre bases de absoluta libertad y autonomía, se necesita ser muy ignorante, aun de la propia historia de su país, para hacer afirmaciones de la índole de la que copiamos más arriba.

Políticamente, la constitución del año 40 declara que nuestra república es un estado independiente y soberano, organizado unitaria y democráticamente, para el disfrute de la libertad, la justicia social, el bienestar individual y la solidaridad humana.

El régimen político creado en la constitución del 40, fue acaso un error, porque no era enteramente representativo, ni enteramente parlamentario, pero, en orden a sus regulaciones, era un modelo. El mandato presidencial duraba cuatro años, y no existía reelección sino pasados ocho años. Y en cuanto a los poderes legislativos y judiciales, el funcionamiento era correcto, existiendo nueve senadores por provincias y un representante por cada treinta y cinco mil habitantes, o fracción mayor de 17,500, asegurándosele a los tribunales una autonomía absoluta que impedía las invasiones del Poder Ejecutivo, como sucedía en el pasado, y como ha sucedido en los propios Estados Unidos, en las administraciones de Franklin Delano Roosevelt, que, en muchos aspectos, ejerció la dictadura y se eligió nada menos que cuatro veces, lo cual no le resta su grandeza universal.

En materia de derechos individuales, la ley fundamental destruida y derogada, en todas sus partes, por el régimen de Fidel Castro, reconocía los más adelantados principios. Todos los cubanos eran iguales ante la ley, y la república

no reconocía fueros ni privilegios personales, declarándose ilegales y punibles las discriminaciones de cualquier clase. La exclamación de un modesto trabajador de la raza negra de que al llegar Fidel Castro al Poder se había dado cuenta del color de su piel, demuestra bien a las claras que en Cuba no existió racismo hasta que el tirano de Birán exacerbó los ánimos de la ciudadanía echando a pelear a unos contra otros.

Las leyes no tenían efecto retroactivo; estaba prohibida la confiscación y no se podía expropiar a nadie sino por causa de utilidad pública y previa indemnización; no existía la pena de muerte, como en la Cuba fidelista; estaban prohibidas las jurisdicciones especiales; nadie podía ser condenado sin ser oído; existía el registro de presos y la presunción de inocencia, mientras durara el proceso; había *habeas corpus*, libertad de movimiento, derecho de reunión, secreto de la correspondencia; libertad de pensamiento; inviolabilidad del domicilio; libertad religiosa y de conciencia, derecho de petición, se podía entrar y salir del territorio nacional; y se autorizaba la resistencia legal contra todas aquellas disposiciones que disminuyeran o restringieran todos estos derechos, totalmente suprimidos en la república de los Castro, reaccionaria y retardaría, condenada expresamente por todos los pueblos libres de la tierra.

Si en el orden político, la carta del 40 es una de las más progresistas del mundo, en el orden social resultaba avanzadísima. Todos los derechos de los trabajadores estaban protegidos, "y el régimen de seguros sociales —dice la Enciclopedia Británica en su edición de 1958[8]— es de los más avanzados del mundo, pues incluye las vacaciones pagadas, el expediente de despido, sin el cual los obreros, oficinistas y empleados cubanos no podían ser separados de sus cargos, sino a virtud de dicho expediente y por sentencia, que, en definitiva, en vía de apelación, dictaba nuestro más alto tribunal de Justicia, derecho no reconocido ni siquiera en Estados Unidos, de cuya progresista y avanzada legislación social nadie osará dudar".

En el orden económico y cultural, la Constitución de 1940 marcó amplias pautas. Reconoció la existencia y legitimidad de la propiedad en su más amplio concepto de función social; declaró el subsuelo propiedad del Estado, y dispuso que la tierra, los bosques y las concesiones para la explotación de los mismos, utilización de aguas, medios de transporte y de toda otra empresa de servicio público, habrían de ser explotadas de manera que propendieran al bienestar social; proscribió los latifundios, no obstante descansar nuestra principal riqueza en cuatro de ellos que requerían un cauteloso tratamiento, azucareros, tabacaleros, ganaderos y cafetaleros, sobre bases del cultivo extensivo, y la extensión de prados y sabanas; y dispuso la limitación de esas tierras, estableciendo el *homestead*, y haciendo de utilidad pública todas aquellas extensiones de terrenos donados o mercedados, o a censo, a los que puso término y ordenó liquidarlos, en beneficio de la comunidad.

Tuvo presente la existencia decorosa de los ciudadanos, reguló los jornales y salarios fijando un minimum, dispuso el fomento y la diversificación de la agricultura, la industrialización del país, la captación de la plus valía de las tierras agrícolas y urbanas; y finalmente reguló los arrendamientos, aparcerías, colonatos, refacción agrícola y molienda de cañas, procurando cumplir las necesidades socio-económicas a fin de mantener la industria azucarera sobre la base de la división de los dos grandes factores que propenden a su desarrollo, industriales y productores de azúcar, y agricultores o sembradores de caña, de manera de hacerlos tangibles con el salario de los trabajadores agrícolas, que adquirió elevadas categorías.

Se prohibieron los monopolios, se dieron alas a los pequeños productores, a las cooperativas; y en general, mediante las leyes creando la Banca Nacional, el Tribunal de Cuentas, el de Garantías Constitucionales y Sociales, la de contabilidad del Estado, la orgánica de las provincias y el Banco Agrícola de Fomento Industrial, se protegió toda manifestación tendiente al desarrollo del país sobre bases de una amplia democracia económica, en que la riqueza fuera repartida cada vez con mayor equidad, sin llegar al colectivismo, y mucho menos a la comunización de las empresas.

La Constitución de 1940 y sus leyes posteriores contribuyeron en el curso de los años a la creación de una clase media poderosa de técnicos, expertos, funcionarios especializados, y pequeños capitalistas, que permitieron a los cubanos recuperar las dos terceras partes de la industria azucarera, fuente principal de nuestra riqueza, y a fomentar la industrialización, que si bien no había situado a Cuba entre los países netamente industrializados, estaba muy lejos de ser una nación sub-desarrollada.

En quince años, es decir, desde 1940 a 1955, la nación cubana adelantó prodigiosamente, y es sorprendente que los eruditos de vidriera, los intelectuales de *pega*, los rojillos de salón, los "amalgamados" y los "idiotas utilizables", oculten en defensa del régimen castrista, las estadísticas de la *Cepal*, y olviden, con respecto a nuestra economía, los informes de la Foreign Policy Association, los de Seligman, Schoup y Truslow, publicados con motivo de los estudios que los propios norteamericanos han realizado en nuestra patria; el de la Secretaría de Comercio, de Washington, en 1956, en el que intervinieron Felipe Pazos, Rufo López Fresquet y Justo Carrillo, y las estadísticas que regularmente publica la Universidad de Harvard, cuyos profesores acreditaron, al menos, una pésima memoria, cuando publicaron en el *New York Times*, el 10 de mayo de 1961, una página llena de inexactitudes, examinando con errores absolutos la situación de Cuba en la época que se inicia del primero de enero de 1959 en adelante.

"Decir que Cuba era el primero de enero de 1959 un país subdesarrollado,

es una grave injuria a la verdad".[9]

¡Qué ignorancia han demostrado casi todos los que han tratado el tema cubano! ¡O qué mala fe! En 1958 había en Cuba en circulación 171,560 automóviles, 53,739 camiones, 5,159 autobuses, para una población total de seis y medio millones de habitantes, con una proporción de un automóvil particular por cada 39 habitantes; un receptor de radio por cada 5, un televisor por cada 18, y un refrigerador por cada 14. Y CUBA OCUPABA EL SEGUNDO LUGAR ENTRE LOS PAISES CONSUMIDORES DE CARNE PER CAPITA EN LAS AMERICAS.

El cuadro de educación pública era sencillamente demostrativo de lo que había prosperado nuestro país; pero hay quienes se atrevieron a proclamar nuestra ignorancia. En este aspecto las cifras son las siguientes: 23,024 escuelas primarias; 135 centros de enseñanza secundaria; 49 centros de enseñanza especial (agrimensura, música y periodismo); 3,220 centros de alfabetización; seis universidades públicas y cinco privadas; 776 escuelas primarias y secundarias privadas.

Y SEGUN EL ULTIMO CENSO DE LA CEPAL (1953) CUBA, CON UN 23% de analfabetismo, era el quinto país de América Latina, en orden de alfabetización, habiendo subido en 1957, al tercer lugar con solo un 18%, demostración absoluta e indiscutible de que en materia de educación pública crecíamos prodigiosamente y en cuanto a la educación, la ley rural, a la que nos hemos referido antes, creó misiones educadoras que recorrían los campos, fundando hogares infantiles para esos fines, es decir, para enseñar.

En Cuba, los gobernantes surgidos de la Revolución del 33 cometieron grandes errores políticos, a causa de sus ambiciones de poder, pero no descuidaron el aspecto social y económico y atendieron la educación y la vivienda popular y campesinas. En 1952 se construyeron 16,000 kilómetros de caminos vecinales y 3,443 de carreteras.

La justicia social era la primera de América, sin discusión, y el ingreso nacional alcanzó, en 1958, 2,834 millones de dólares, jornales en industrias privadas, 1,445 millones para el per capita, el primero de América Latina. Un promedio anual de fabricaciones privadas, solamente en La Habana, de 62 millones, y un régimen hospitalario que se podía igualar al de los Estados Unidos, poseyendo médicos clínicos y cirujanos, en todos los ramos, que eran enviados a buscar inclusive de hospitales extranjeros. Ultimamente, se había construido el Hospital Clínico Quirúrgico municipal, modelo en su clase.

En cuanto a que Cuba era una víctima inerme del imperialismo extranjero,

y particularmente del yanqui, como aseguran algunos americanos, discípulos de Nikita Khrushchev, permítasenos insertar algunos datos ilustrativos:

En 1930, cuando la presidencia de Machado, las inversiones de Estados Unidos representaban $1,066,555,000. En 1958, durante la presidencia de Batista, sólo llegaban a $800,000,000. Esta acrecencia de nuestro poder adquisitivo, consecuencia de la política nacionalista iniciada por Machado —al que, en este aspecto, debe hacérsele justicia— continuada y desarrollada más tarde por la gran revolución septembrina de 1933, nos permitió, como lo soñaba don Manuel Sanguily, y lo recomendaba Manuel Márquez Sterling, con su famoso apotegma, reducir la cuota americana de ingenios de propiedad yanqui de un 55% a un 26% en 1958.

En 1957, la supuesta colonia cubana, a juicio de Bowles, Schlesinger, Matthews, y otros equivocados, o ignorantes imperdonables, exportó al mundo entero mercancías, no necesariamente materias primas, que son las que caracterizan el colonialismo, por un valor de 807 millones de dólares, al paso que sólo importó por valor de 733 millones.

En 1958, las industrias existentes en Cuba (demostración de lo que venimos afirmando) representaban una inversión total de $3,268, 887,823 y la participación del capital extranjero en esos capitales productivos era sólo de un VEINTE POR CIENTO.

Respecto de la INDUSTRIA AZUCARERA, SU COOPERACION AL INGRESO NACIONAL ERA SOLO DEL VEINTE Y NUEVE POR CIENTO, de manera que la acusación de monocultivo, y de fuente de ingreso, casi única, era una SOLEMNE MENTIRA. Cuba ya había superado esa situación.

Sin embargo, la Ley de Coordinación Azucarera, con el trascurso de los años, debido a la creación de tres cotos cerrados — hacendados, colonos y trabajadores, estos últimos dominados por el sindicalismo obligatorio— creó una defectuosa distribución de riqueza en estos aspectos que impedía a las juventudes el fácil acceso a cada una de éstas actividades económicas y sociales. En atención a esta verdad, el *per capita* cubano, el más alto de América, como hemos dicho, después del de los Estados Unidos, no respondía a una distribución equitativa y amplia sino a una economía azucarera que mantenía en la pobreza grandes zonas campesinas, sin que ese estado de cosas mereciera una revolución del carácter de la producida en Cuba sino la promulgación de leyes que enmendaran esa realidad.

Los presupuestos cubanos, a partir de 1945, que es cuando se inician los efectos de la Constitución de 1940, y de sus leyes especiales, son de $145,912,200

hasta llegar en 1958 a 8347,392,000 millones. Cuba tuvo un desarrollo proporcionalmente más grande que el de los Estados Unidos. Logró, en un período de 56 años, cuadruplicar su población y elevar su presupuesto en más de 18 veces. Si este es el país subdesarrollado, que necesitaba una revolución social y económica, que venga Dios y lo vea. La revolución castrista ha empobrecido a Cuba y no ha realizado su libertad e independencia, en modo alguno, puesto que ahora sí dependen del imperialismo ruso, a tal extremo, que si mañana Khrushchev detiene el comercio con' Cuba, nuestro país moriría ipso facto de hambre y quedaría paralizado instantáneamente, por falta de combustibles.

El total de nuestro comercio, en 56 años, ha sido de $14,715,832, ,000 en importaciones y de $18,841,767,000 en exportaciones, con un saldo a nuestro favor de cerca de cinco mil millones de dólares.

Los saldos de nuestra balanza de pagos, que comenzaron en contra nuestra, a principios de la República, se compensaron después de la revolución de 1933 y de la Constitución de 1940, y nuestras reservas oro llegaron a cifras altísimas de más de quinientos millones de dólares. En Cuba había 48 bancos comerciales, la inmensa mayoría, cubanos. Y las cantidades en depósito, en 1957, pasaban de los quinientos millones, lo cual aseguraba una amplísima política crediticia, de acuerdo con nuestra ley bancaria de 1948. Las compensaciones, que en 1926 apenas llegaban a los mil millones de dólares, en 1958 alcanzaron los siete mil millones. Y nuestra industria azucarera, que sólo producía en 1940 unos 100 millones de dólares, produjo, en 1958, en números redondos, $597,100,000. Los valores representativos de nuestra industria tabacalera, que en 1940 apenas llegaban a los cincuenta millones, en 1958 alcanzaron a los $427,543,542. Las exportaciones de frutos menores tomaron un vuelo inmenso y en 1958 pasaban los diez millones, y en ganado, el censo de 1956 arrojaba 5,600,000 vacunos, 465,449 caballar, 34,551 mular y asnar, 3,400,000 de cerda y 380,000 lanar y caprino. En 56 años de república democrática Cuba llegó a tener cerca de seis millones de cabezas de ganado vacuno. Todo aumentó considerablemente en los años de 1933 a 1958, la minería, el cemento, la energía eléctrica, el consumo de electricidad, los transportes de vías y carreteras, los pasajes, los vehículos inscriptos, y en general todas las industrias, habiéndose registrado un avance enorme en la fabricación. En 1958, se fabricaron 2,118 residencias, 5,927 casas de apartamentos y ampliaciones, y escuelas e institutos, que elevaron el número de unidades a 8,109, solamente en ese año.

Con cifras estadísticas de autenticidad indudable, (la *Cepal*, la *OEA* y el *departamento de Comercio de Washington*) se demuestra que la Cuba de que se apoderó Castro, por la incapacidad de la mayoría de sus políticos y representativos; la estulticia de las clases conservadoras, y el engaño de que fue víctima la diplomacia norteamericana, no obstante que sus embajadores, en la

Habana, y otros miembros de su diplomacia, como Robert E. Hill y William Pawley, informaron correctamente a la cancillería; la Cuba de la que se apoderó Castro, con fuerzas políticas de la resistencia cívica, y de los partidos abstencionistas, que creían que iban a "manejar al muchacho", a cuya propaganda cooperó Moscú, por plantarle a los americanos una colonia roja en sus mismas narices, no era el país desvalido, hambriento y analfabeto que pintaron muchos corresponsales norteamericanos, más o menos amalgamados, o más o menos "idiotas utilizables".

Después de los efectos de la Constitución de 1940, el censo agrícola de 1946, había puesto de manifiesto que "mientras el tamaño promedio de todas las fincas cubanas era de 56.7 hectáreas, en Estados Unidos era de 78.5, en México de 82, y en Venezuela, donde se ayudó a Castro ciegamente, sin medir que fue allí mismo donde realizó sus primeras fechorías marxistas, de 335. Según esto, los Estados Unidos estaban más urgidos de una reforma agraria que Cuba.

No es un misterio que nuestro nivel de vida constituía la admiración de todo el hemisferio; el nivel medio del salario era de seis pesos diarios, contando el tiempo muerto de las zafras azucareras y, desde luego, nuestra manera de vivir era muy superior a la de Rusia y los países sujetos al yugo rojo del Soviet. No sólo Cuba poseía más altos niveles proporcionales —dice *El Economista* de México— que Rusia, en automóviles, radios, televisores, ferrocarriles y teléfonos (los más baratos del mundo) sino que, en el aspecto de los servicios públicos y los elementos del confort, se registraban cifras de término medio que rebasaban los de la Unión Soviética. Los técnicos rusos, checos y polacos, que comenzaron a llegar a Cuba a mediados de 1959, quedaron asombrados al contemplar los signos objetivos de la gran riqueza cubana".

Frente a la reiterada y malvada acusación de monocultivo tan repetida en los miserables discursos de Castro, se silencia que en el *Primer Simposium* de recursos naturales de Cuba, organizado por el ministro de Economía, Gustavo Gutiérrez, "quedó evidenciado ante las más altas autoridades del continente americano el vasto panorama de la agricultura patria a través de las cifras de producción de caña, tabaco, café, arroz, viandas, maíz, hortalizas, plantas textiles y otros índices que si no satisfacían cumplidamente el acendrado anhelo de los cubanos de sustituir gran parte de las importaciones alimenticias, demostraban en cambio el tremendo esfuerzo que se había operado en Cuba en los últimos veinte años.

Naturalmente, en Cuba había mucho que hacer, como hay mucho que hacer en Estados Unidos, y como —según dice el mismo Nikita Khrushchev, que debe estar bien enterado— hay mucho que hacer en Rusia. Pero de ahí al país pobre y miserable que ha pintado la propaganda indocumentada y subversiva,

hay un mundo de diferencia.

Aún confundidos, por el valor de esa propaganda absurda, son muchos los que se preguntan la causa que indujo a tantos cubanos a desencadenar un proceso revolucionario que había de conducirnos al socialismo totalitarista, no porque Castro tenga ningún tipo de ideales, sino porque de esa manera se amparaba en el poder sombrío de los rusos, afincado indudablemente en el miedo que produce la guerra atómica, analizada de mano maestra por George Uscatescu.

Cuba cayó en poder de Castro, no por ser un país pobre y atrasado, sino por haber tenido, desdichadamente, muchos políticos que creyeron que cooperando al "proceso revolucionario" desencadenado sin el control de ellos mismos, les iban a avisar en Miami, donde estaban sentados tranquilamente, esperando el desarrollo del drama, que fueran a hacerse cargo del gobierno en premio a su charlatanería, y a las falsías con que cooperaron al aparato mundial de calumnias y difamaciones con que ayudaron a Castro, admitiendo que tuvo alguna vez razón.

Pero esta es otra historia, y a ella vamos.

LXXI

BATISTA Y GRAU SAN MARTIN

Así como la revolución de 1906 creó dos grandes caudillos históricos, José Miguel y Menocal, entre los cuales el doctor Zayas fue un entreacto; la de 1933 dio nacimiento a dos grandes líderes, Batista y Grau, siendo el doctor Carlos Prío, un intermedio.

La diferencia entre ambas etapas, salvando las circunstancias, es evidente. José Miguel encarnaba un pensamiento liberal. Menocal una ideología conservadora. Ambos daban equilibrio a la política cubana.

Con Batista y con Grau no resultó nada parecido. Los dos se abrazaron a las izquierdas. Grau fue el iniciador de la política laboral. Batista, el creador de la Confederación de Trabajadores Cubanos. Esta competencia, provocó un famoso artículo de Pepín Rivero, en *El Diario de la Marina*. Criticaba a ambos líderes. "Los dos, con el pie en el acelerador —decía Rivero— llegarán a crear en el país un estado de agitación permanente de graves consecuencias futuras".

Clausurada la Convención, cobró vigor la elección presidencial. Como

suele suceder en nuestros pueblos, las fuerzas políticas se alinearon de acuerdo con sus necesidades, no con sus programas. Batista contaba con la coalición Socialista-Democrática; siete partidos nacionales. Liberales, Demócratas, Conjuntistas, Nacionalistas, Realistas, Populares y Comunistas. Grau, con Auténticos, Abecedarios y Republicanos.

La elección se verificaba de acuerdo con la ley electoral Gutiérrez. El voto era preferencial. No se votaba por el presidente, ni por los senadores, sino por los representantes, y en una sola columna. Mientras Batista acumulaba siete candidaturas de representantes, Grau sólo reunía tres. La ventaja técnica del coronel era indudable. El voto era columnario.

Los amigos de Grau plantearon el voto directo para cada candidato. Pero como la Constitución no regía hasta el 10 de octubre, y la elección tenía efecto el 14 de julio, la reclamación resultó extemporánea, y el régimen electoral quedó inalterable. En estas condiciones triunfó Batista. Cuanto se ha escrito acerca de bravas y fraudes, es falso. El propio doctor Grau aludía a ello con bromas y chistes, pero jamás concretó una acusación categórica.

Batista inauguró su gobierno constitucional, el 10 de octubre de 1940, entrando en vigor el régimen semiparlamentario; y uno de sus primeros actos fue desmilitarizar los institutos tecnológicos que habían provocado la censurable destitución de Miguel Mariano Gómez. Fueron restituidos al dominio y dirección del Ministerio de Educación. En lo económico y lo social el gobierno continuó su ruta, trazada de antemano y se establecieron, por primera vez, después de la Guerra Mundial, relaciones diplomáticas con Rusia, siguiendo las directrices del presidente Roosevelt.

El 4 de febrero de 1941, el coronel Pedraza, jefe del Ejército, pretendió desplazar a Batista del Poder. Este, acompañado de los coroneles Galíndez y Benítez, se apareció en Columbia y frustró aquella conspiración. Se puso el *jacket*, como decía el pueblo. Pero actuó con generosidad. Cuando, en la Escuela de Aplicación, ya vencida la intentona, uno de aquellos coroneles, fieles a su mando, le trajo el acta que contenía la firma de los complotados, Batista, sonriendo, la rompió sin leerla y de esta manera, sin molestar al Congreso, los sediciosos quedaron amnistiados. López Migoya sustituyó a Pedraza, y éste, sin ser detenido, ni siquiera sujeto a proceso, fue retirado de los mandos activos del ejército, y pasó a las reservas.

LA SUPERSTRUCTURA

A principios de 1941 comenzaron a barajarse posibles presidenciables. El partido Liberal era el más nutrido. Ricardo Núñez, gloria de la medicina cubana; Guás Inclán, invicto en sus comparecencias electorales; Márquez Sterling, expresidente de la Constituyente. En el partido Demócrata dominaba Menocal. Todos pensaban que Batista, que en parte debía su victoria al Caudillo de las Tunas, despejaría el camino de éste. Menocal murió el 7 de septiembre de 1941, y su deceso dividió a los demócratas. Surgieron Carlos Saladrigas, Primer Ministro, en el gabinete de Batista, y Gustavo Cuervo, vicepresidente.

A partir de entonces no era fácil tarea manejar los partidos que componían la Coalición Socialista Democrática. Nacionalistas, Populares y Realistas, desaparecieron. Y el ABC, en un viraje de 180 grados, rompió con Grau y pactó con Batista, entrando a formar parte del Gobierno.

Verificados todos estos cambios, propios del deseo de usufructar el Poder, la oposición quedó reducida a los Auténticos. El partido Acción Republicana, retirado el doctor Gómez a la vida privada, se disolvió. Algunos de sus jefes ingresaron en el Liberalismo, de donde procedían. Otros no le perdonaban a Batista la destitución de aquél y fueron a engrosar las filas auténticas.

Batista, ascendido a general por una Ley del Congreso, que reorganizó el Ejército, simpatizaba con Saladrigas, y lo ayudaba en su pugna con Cuervo. Cuando la mayoría de los líderes adictos al gobierno, no a Saladrigas, comprendieron que la candidatura de éste iba en serio, abrieron fuego contra el Primer Ministro. Entraron en combate comités liberales, abecedarios y demócratas. Se sumó a la campaña la Federación Estudiantil Universitaria. Cuba había declarado la guerra a Hitler, y se hablaba de enviar un ejército a los frentes de batalla. Los estudiantes protestaron. Y como el gobierno no se distinguía por su honestidad, alegaron los muchachos que no era justo tomar parte en una guerra con la retaguardia podrida.

La coalición gubernamental amenazaba romperse, cuando un periodista inteligente y capaz, Evelio Alvarez del Real, levantó la tésis de la superstructura. Según ésta, los partidos que la componían debían actuar en bloque, no individualmente. La tésis prosperó. Guillermo Alonso Pujol, presidente del Senado, inteligencia grandemente cultivada, se oponía a la candidatura de Saladrigas y apoyaba a Cuervo. Pronunció un notable discurso. Acusó a Batista de violar el artículo 138 de la Constitución. Al defender el presidente a Saladrigas dejaba de ser "poder moderador y de solidaridad nacional". Renunció Saladrigas. Sobrevino la crisis. Ramón Zaydin, liberal, fue designado primer ministro y los enemigos de Saladrigas quedaron satisfechos. Pero Batista persistió en su idea. En vísperas de la reorganización de los partidos, Cuervo Rubio y Alonso Pujol rompieron con el gobierno, y formaron el partido Republicano.

EL CODIGO DE 1943

Al mediar el año de 1943, el Partido Revolucionario Cubano, Auténtico, planteó en el Senado la necesidad de redactar un nuevo código electoral y de plasmar, de acuerdo con el artículo 98 de la Constitución, el voto directo, Grau publicó unas declaraciones. Hacía constar que si las elecciones se efectuaban sobre la base del voto columnario, los auténticos no concurrirían a ellas. Nadie estaba opuesto al voto directo. Pero éste había adquirido una nueva modalidad, debida al talento político de Miguel Suárez, su verdadero creador. Se trataba del voto "directo y libre", expresión que como todas las causas populares, se extendió por el país con la fuerza de un ciclón.

Se entendía por voto "directo y libre" el derecho de poder sufragar en todas las candidaturas, por secciones. Es decir, se podía votar por el candidato a Presidente de un partido o grupo de partidos, por los senadores de un partido o de una coalición, y por los representantes de otros partidos.

Después de grandes discusiones, el partido Auténtico designó una comisión, presidida por Suárez y se entrevistó con el general Batista; éste se pronunció franca y decididamente por el voto directo y libre, y también el doctor Saladrigas, a quien le afectaba la medida por ser el candidato de un grupo grande de partidos. "Me importa más —dijo Saladrigas— la manera de llegar al Poder, que el Poder mismo".

Durante el gobierno de Batista, la popularidad de Grau creció extraordinariamente. Nos hallábamos en el período de la segunda guerra mundial. Se había creado la oficina de Regulación de Precios y Abastecimientos (ORPA) y era su director el Ingeniero Carlos Hevia. Se racionaron los alimentos. Faltaba la harina, la carne, la leche, el pollo, el arroz, los frijoles, el pescado. En el campo, faltaba la luz brillante, y el guajiro estaba indignado. Se hicieron negocios sucios.

En medio de un ambiente dramático se desenvolvía la campaña electoral de 1944. La propaganda adquirió en las tribunas de la oposición, y aún en las del Gobierno, siempre más mesuradas, un tono de irresistible difamación. Todo el mundo decía que el gobierno "daba la brava", y que ganaba Saladrigas. Pero no había síntomas de ello, en ningún sentido. Ambos candidatos presidenciales conservaron su control. Saladrigas, inteligente, culto, bondadoso, demasiado doctrinal para pegar en las masas. Grau, burlón, irónico, populachero. Pronunciaba discursos interminables. Afloraba en ellos, constantemente, la frase "porque no decirlo, amigos". Sus largas parrafadas, sin puntos ni comas, eran la

desesperación de los taquígrafos y el entusiasmo de las masas que en aquellas peroratas encontraban o deducían lo que el doctor ni siquiera se había propuesto decir.

La candidatura Saladrigas-Zaydín pudo haber ganado. Hubo exclusiones injustas; figuras de gran arraigo y prestigio, sacrificadas para complacer a los comunistas. Estos asustaban tanto a las clases medias y conservadoras, que el triunfo de la candidatura Ramón Grau-Raúl de Cárdenas parecía un *derechazo* sin serlo.

Cuando el general Batista, mediado el mes de mayo de 1944, acudió a un almuerzo en el Club Rotario, y a excitación del comandante Coyula, declaró enfáticamente que las elecciones serían honradas, el país adquirió la certeza del triunfo auténtico-republicano. Cuervo y Alonso Pujol habían pactado con el expresidente Grau. Los tímidos, los indefinidos, los ventajistas, se bajaron de la cerca, y apoyaron a Grau. Y éste ganó las elecciones por un pequeño margen, en las provincias de La Habana, Matanzas y Camagüey; por miles de votos en Las Villas y Oriente; y las perdió en Pinar del Río.

No podía negarse que Batista había salido por la puerta grande. En su finca, el general comentaba satisfecho el resultado de los comicios, rodeado de amigos y admiradores, donde no faltaban los que le criticaban por haber dejado vencer a su enemigo.

En la calle, al conocerse la victoria de los auténticos, en una explosión de alegría, se produjeron manifestaciones populares, cuando el propio Grau, que no creía en su triunfo, estaba diciendo por la Radio que se le había impedido votar a miles de ciudadanos. Las masas bailaban y gritaban sin desórdenes, sin revanchas y sin odios; sin amago de persecusiones, pues nadie las estaba agitando. Los apolíticos, los factores de la *amalgama*, y los partidarios de tomar el poder por la violencia, agazapados, quedaron sorprendidos. Esperaban el triunfo de Saladrigas para levantar bandera de insatisfacciones. La victoria grausista los sorprendió. Y la actitud de Batista, propiciando unos comicios inobjetables, también.

Chibas, ardoroso vocero del grausismo y su más eficaz colaborador en la propaganda, declaró entusiasmado que se trataba de algo inolvidable y ejemplar, y bautizó la fecha como la "jornada gloriosa del primero de junio".

LXXII

ROBO, GANSTERISMO, SIMULACION Y VIOLENCIA

El gobierno auténtico no fue lo que el pueblo esperaba; resultó corrupto; y esta defraudación desilusionó hondamente al pueblo de Cuba, que había puesto en la honestidad, ofrecida por Grau, grandes esperanzas. De aquí parte el recrudecimiento de antiguos males y la presencia de otros enteramente nuevos.

En los ministerios de Educación, Hacienda y Comercio, la malversación adquirió proporciones inverosímiles. En maletas llegó a sacarse el dinero físicamente de las arcas del Tesoro. Surgieron millonarios de la noche a la mañana, y se inició la era de los "colas de pato"[10] y de las casas de apartamento, símbolo del enriquecimiento galopante.

Junto al fenómeno de la corrupción administrativa, por demás conocido entre nosotros, resurgieron dos de los peores males heredados de las luchas del clandestina je, en épocas de Mendieta: el *bonchismo* universitario y el *gangsterismo* político, dolencias nacionales, auspiciadas por profesores universitarios con aspiraciones de mando, y por políticos con ambiciones presidenciales. Practicaban la simulación política, los procedimientos coactivos, dentro y fuera de los partidos, y un histerismo constante por la Radio, que desnaturalizaban por completo el valor de las mayorías electorales y el libre funcionamiento de nuestra democracia. Pandillas de pistoleros, disfrazados de patriotas, a sueldo del gobierno, vinieron a engrosar los factores de la *amalgama* en una forma agresiva, hasta entonces desconocida en nuestro país, desplazándose los procedimientos dictatoriales a los grupos que ejercían la violencia.

Grau no se atrevió a hacerle frente a este gravísimo problema. Conocedor, por experiencia propia, que a los muertos por el gobierno, cualquiera que sea su causa, se les idealiza por la *amalgama*, como medio de socavar a los gobernantes, acusándolos de crímenes en los que generalmente no tienen intervención directa, no se atrevió a imponer el orden por medio de los institutos armados y se le ocurrió la descabellada idea, para destruirlos, de echarlos a pelear entre sí, ingresando en la policía a miembros de organizaciones rivales, la *Acción Revolucionaria Guiterista* (ARG), la *Unión Insurreccional Revolucionaria* (UIR) y el *Movimiento Socialista Revolucionario* (MSR), que se disputaban el predominio de la violencia.

Los resultados fueron nefastos. En zafarrancho de combate, las pandillas se atacaron a tiros y a cañonazos, y salieron a la calle tanques y artillería, en aquel macabro espectáculo del Reparto Orfila. Batista, que había salido a recorrer América, no pudo regresar a Cuba por falta de garantías, y quedó prácticamente desterrado en la playa de Daytona, en la Florida; muchos amigos y partidarios suyos fueron asesinados; se amenazó al Poder Judicial; se apedreó al Congreso; se persiguió a los legisladores de la oposición, y se llevaron a efecto cientos de

atentados y asaltos personales, uno de los más dolorosos, aquel en que perdiera la vida un hijo del doctor Martínez Saens, que, al salir del Miramar Yacht Club, fue tiroteado por las bandas del *Turquito*, que contaba en su haber una buena zafra de muertos.

El pandillero se convirtió, en concepto de ciertos estratos sociales, ajenos a toda filosofía política, en un agente de buen gobierno, que no había vivido antes al margen de la ley por ser *gangster*, sino por estar perseguido por las injusticias sociales; por ser, además, para mentes rústicas e ignorantes, mal adoctrinadas, un defensor de las libertades públicas y un adversario valeroso de las dictaduras y regímenes fuertes.

Dentro de esta subversión moral y material; por falta de una legislación adecuada, que evitara el desarrollo de este cáncer social; por falta de valor para encararlo; por la utilización que de aquellas agrupaciones *gangsteriles* realizaban políticos ambiciosos y vulgares, el pandillismo adquirió proporciones gravísimas. La trabazón de la *amalgama* presentaba, al llegar esta oportunidad, un elemento de combate peligrosísimo; los factores irreales se trasegaban a los reales; y cooperaban a este desastre potencial, aquellos líderes políticos que sin darse cuenta de lo que realizaban, impulsados por sus egoísmos, abrían camino a las causas más disolventes que se reproducían en el gobierno de Grau, sin ponérseles remedio.

FIDEL CASTRO

En este ambiente que acabamos de describir surgió Fidel Castro, alias *Bola de Churre*.

Matriculado en la Universidad de La Habana, en 1945, en la escuela de Derecho, ingresó en seguida en el *Movimiento Socialista Revolucionario*, y se echó una pistola a la cintura, con la cual estudió toda su carrera.[11] Dos años después de estar cursando estudios, a su manera, trató de asesinar a Leonel Gómez, líder estudiantil, amigo del presidente Grau, que resultaba un obstáculo para sus aspiraciones. Esperó a Gómez, a la salida de una práctica de *Football*, en el stadium universitario, y le disparó varias veces, hiriéndole de gravedad. Fidel nunca fue electo por votación para ningún cargo en la Universidad.

Cuando conoció que Gómez se había salvado, se llenó de pánico y sabiendo que aquel pertenecía a la UIR, cuyo jefe, el temido Emilio Tró, "descrito por sus amigos como un asesino psicopático que mataba por placer", podía eliminarlo, le envió a un amigo de ambos, prometiéndole ingresar en su pandilla

y seguir ciegamente sus instrucciones. Tró, que a la sazón ocupaba un alto cargo en la policía habanera, aceptó.

Deseoso Castro de sustraerse de todos modos, por el momento, de la lucha de pandillas, pues su traición al MSR podía costarle muy cara, se escondió en la casa del general dominicano Juan Rodríguez, que preparaba en Cayo Confites una expedición a Santo Domingo para derrocar a Trujillo, con la ayuda pecuniaria del ministro de Educación, José Manuel Alemán y el consentimiento tácito del doctor Grau. Fidel ingresó en las huestes de Rodríguez y se trasladó a Confites.

La operación estaba fuertemente infiltrada de comunistas, y así lo declaró el profesor William S. Stokes, cuando compareció en la Cámara de Representantes de Estados Unidos.

La expedición de Confites fracasó. El departamento de Estado, en Washington, desaprobó la idea, y el general Genovevo Perez Dámera, jefe del ejército cubano, instruido por el presidente Grau, desbandó los pelotones concentrados en el Cayo, y ocupó las armas.

Con motivo de la expedición de Confites, surgió años después, cuando era conveniente inventarla, la leyenda de que Fidel se había arrojado al mar para no ser detenido, en un lugar infestado de tiburones y cruzado a nado de orilla a orilla. El episodio es absolutamente falso. Nadie fue detenido en Confites. Tampoco es verídico que lo arrojara al agua Rolando Masferrer, con ánimo de que a Castro se lo comieran los tiburones.

En 1947, el general Perón, a la sazón presidente de Argentina, organizó un congreso de estudiantes latino-americanos para presionar a los Estados Unidos y liberar a la América Latina del colonialismo europeo, teniendo en cuenta que Perón reclamaba las islas Malvinas bajo el dominio de Inglaterra. Comunistas y justicialistas se entendían, aunque con distintas finalidades, como una fase más amplia de los efectos de la *amalgama*. De manera que Moscú respaldó el congreso estudiantil como base del plan que preparaba en Bogotá, en ocasión del Congreso Panamericano.

En representación de la Federación Estudiantil Universitaria de Cuba, publicó Fidel Castro, en marzo de 1948, un documento interesantísimo, titulado: "*Primeros pasos del movimiento latino americano contra el coloniaje europeo en este continente*". Leyendo este manifiesto se llega a la conclusión de que Castro actuaba como una pieza de ajedrez en el tablero de los rusos, eminentes jugadores del juego ciencia. Pero lo más asombroso de todo es que este documento fue publicado en marzo 17 de 1957, en la revista *Bohemia*, en sus páginas 62 y 63, y en

él anunciaba el aprendiz de gángster cuanto habría de realizar doce años más tarde.

De regreso nuevamente a la Universidad de la Habana, a principios de 1948, Fidel se enfrascó de nuevo "en el laberinto terrorista de los grupos bonchistas", y tomó parte en el asesinato de Manolo Castro, presidente de la Federación Estudiantil, principal organizador de Confites.

Al filo de las once de la mañana del 22 de febrero de 1948, Manolo Castro se encontraba en la puerta del *Cinecito*, en San Rafael y Consulado, en la Habana con un grupo de amigos. Súbitamente, una ráfaga de ametralladora le dejó tendido, muerto instantáneamente. Las sospechas recayeron en Fidel Castro y en tres estudiantes más, y fueron detenidos y conducidos ante el Juez José María Gispert. Entre los presos se encontraba Gerardo Ortiz Fáes, y de Palacio llegó una orden terminante y todos fueron puestos en libertad. El *Havana Post* publicó una larga e interesante información sobre estos hechos, el 26 de febrero.

En aquel mismo día, el periódico *El Mundo* insertó una información de primera página, con grandes titulares. "Explicó el joven Zayas —decía *El Mundo*— que hace varios días, Rolando Masferrer, Julio Salabarría y Rolando Meruelos, visitaron al presidente de la República, para exponerle que Manolo Castro y otros miembros del MSR iban a ser muertos por elementos pertenecientes a la UIR, y que entre éstos se encontraba una persona de apellido Mirasou, pre- sitíente de la asociación estudiantil de la Facultad de Farmacia, Fidel Castro, de la Facultad de Derecho, Justo Fuentes, Gerardo Ortiz y otros que pertenecieron al bonche que combatió a Manolo Castro".

El Mundo, publicó además un editorial en el que se decía, con razón, "que sino se le ponía fin al *gangsterismo*, y se imponía la ley y el orden, y el respeto a la vida, Cuba perdería su condición de país civilizado y caería en la categoría de las sociedades primitivas, en las cuales se impone indiscriminadamente la voluntad del más fuerte".

Después del asesinato de Manolo Castro, Fidel fue a Bogotá, en compañía de Rafael del Pino, enviados a la capital de Colombia por el ruso Bashirov, que dirigió este asunto desde la Habana. Tomó parte en los sucesos que culminaron en el asesinato del líder Liberal Jorge Eliecer Gay tan. Esta fase de la vida de Castro está probada en informes, folletos y libros. El escritor norteamericano Nathaniel Weyl, en su libro *"Red Star Over Cuba*", lo demuestra con los informes de la policía colombiana, libros y declaraciones de multitud de políticos bogotanos, incluyendo al ex-presidente Ospina Pérez y al secretario de Relaciones Exteriores, Dr. Eduardo Zulueta Angel, que posee copia de un cable de Castro que dice: "Misión Cumplida". Además a Fidel Castro se le ocuparon

papeles y cartas comprometedoras, cuando huyó del Hotel Claridge, y se refugió en la embajada de Cuba, que muestran su evidente participación en aquellos hechos.

De regreso a la Habana, Castro se presentó a Bashirov, y fue felicitado efusivamente por el "gran trabajo realizado". Fidel quiso entonces que lo enviaran a Praga para entrenarse, pero en Moscú se opusieron. El escribió a la que más tarde fue su esposa, Mirta Díaz Balart, diciéndole que "no lo habían enviado a aquella capital porque estaba señalado para una gran tarea contra el imperialismo americano".

Con noticias de que el policía de la Universidad Oscar Fernández Caral, amigo de Manolo Castro, lo pensaba acusar, Fidel Castro le preparó una emboscada alrededor del hospital Calixto García, y lo asesinó a mansalva. Arrestado días más tarde por la policía, fue presentado para su procesamiento al Juez Gispert, pero éste ordenó su libertad, no solamente por no encontrar testigo alguno que se solidarizara acusándolo de aquellos hechos, sino porque él mismo (Gispert) fue objeto de amenazas, y conocía los criterios del Gobierno de no interferir en asuntos *gangsteriles* que podían excitar más aún la lucha entre las pandillas.

Todos estos hechos eran conocidos perfectamente por muchos profesores universitarios y por los principales líderes políticos que nunca estuvieron engañados respecto de la verdadera personalidad de Fidel Castro.

Cuando Fidel decidió, siguiendo instrucciones de Bashirov, ingresar en el partido Ortodoxo, el senador Chibás, advertido de las condiciones del sujeto, no lo quiso en la política de la Habana, en su partido, y lo remitió a la de Oriente, razón por la cual Castro figuró en la asamblea nacional del Partido del Pueblo Cubano, por esa provincia. No fue hasta después de la muerte del líder ortodoxo, en 1950, que Castro se radicó políticamente en la capital. Era tal la repugnancia que Chibás mostraba por Castro, que, en una ocasión en que éste montó con él en un automóvil, se bajó a las pocas cuadras, y cuando se le preguntó la causa contestó que "no le gustaba que lo vieran en compañía de conocidos *Gangsters*".

ESCISION EN EL AUTENTICISMO

En este ambiente, en que la jerarquía del Poder se había desnaturalizado, se produjo una grave escisión en el Autenticismo. Por su hora radial de la CMQ, los domingos a las ocho de la noche, Eduardo R. Chibás denuncia el *bonchismo*, el *gangsterismo* y la corrupción administrativa. Chibás es impredecible. Su cualidad

más destacada es su amor a la libertad, su independencia de criterio, y su admiración por el talento y la cultura.

En agosto de 1946, secundado por un conjunto de personalidades, procedentes de todas las agrupaciones políticas, constituye el partido del Pueblo Cubano. Levanta la bandera de la honestidad administrativa y el programa que dice ha traicionado Grau. Su lema, copiado del de Muñoz Marín, en Puerto Rico, se populariza en el acto. "Vergüenza contra Dinero". Sus partidarios reciben el nombre de Ortodoxos. Grau, siempre burlón, los llama Ortofónicos, fundado en que la Radio es su tribuna principal.

SIMULACION POLITICA

En esta época comenzó a observarse un fenómeno peculiar de las tiranías, desconocido hasta entonces en regímenes de libertades públicas. La mayoría de las gentes, aún los más humildes, tenían dos opiniones; una en la calle, otra en la casa. En la calle no había más popularidad que la de Chibás. De acera a acera, de ventana a ventana, en reuniones, en conversaciones, las gentes, sobre todo las mujeres, cada día más aficionadas a la política revolucionaria, comentaban a gritos la última transmisión de *Eddy*. Aquí lo que hace falta —rubricaban— es arrancar cabezas, muchas cabezas.

Las transmisiones de Chibás, cuando publicadas aún en los periódicos subvencionados por el gobierno, eran recibidas favorablemente. Pero esta unanimidad era falsa. En privado, la inmensa mayoría de sus admiradores lo negaban, lo criticaban, decían que estaba loco, que era un mentiroso y un calumniador.

Junto a este fenómeno, disociador, que Lebón no ha estudiado en su *psicología de las multitudes*, empezó a observarse otro que le era consustancial. Los periódicos y revistas carecían de política, de orientación determinada. No eran conservadores, ni liberales, ni radicales, ni socialistas, ni de la izquierda, ni de la derecha, ni de nada. Con excepción del *Diario de la Marina* (conservador) y de *Hoy* (comunista) los demás fuéronse convirtiendo en "diarios independientes", "diarios de información", "diarios al servicio de la comunidad", "diarios ni con unos ni con otros"; es decir, la empresa por encima de la idea, con el único interés de vender cada día más ejemplares, sin darse cuenta que el exceso de circulación, por el abandono de una orientación determinada, no puede traer más que comunismo, totalitarismo de una sola idea, en contraposición al totalitarismo de no tener ninguna, que le permite a los rojos filtrarse en todas partes.

Por su parte, la *Revista Bohemia*, la publicación de mayor circulación en Cuba, creó una sección informativa llamada a influir en el curso más reciente de nuestra historia, denominada *Tiempo en Cuba*, redactada libremente por Enrique de la Osa. Esta sección era una especie de paredón de fusilamiento moral, en el que se asesinaba todas las semanas a aquellos personajes que estorbaban o se oponían a la política y conspiraciones de De la Osa, vendido secretamente al partido comunista. A juicio de este periodista apóstata "ningún político era bueno, ninguno era honesto, ninguno había servido jamás a su patria, ninguno estuvo nunca bien inspirado".* De la Osa no estaba capacitado para enjuiciar a nadie, y mucho menos al país, ya que él formaba parte de su enfermedad social. La *Sección en Cuba* fue un himno semanal a la venganza, a la crueldad, a la calumnia, a la vesanía armada.

LAS ELECCIONES DE 1948

Al finalizar su tercer año de gobierno, Grau tenía realizada una buena obra de carácter económico, pero una pésima administración política. La propaganda nociva, no regulada por leyes previsoras que respeten la libertad de pensamiento y señalen el límite donde se termina la libertad y empieza el delito, no se han intentado siquiera temerosos, los que han advertido sus fenómenos, de que la demagogia los señale como reaccionarios o cavernícolas al servicio de causas retardatarias, que no existen en el país.

Cuba nadaba en la abundancia, la guerra mundial había cooperado en ello; las zafras azucareras habían aumentado de volumen; los precios de los crudos habían subido; las recaudaciones también; y debido a una ley del senador Hernández Tellaheche, que disponía pagarse doble el mes de diciembre a todos los empleados públicos y privados, los presupuestos rebasaban los trescientos millones anuales.

Todo esto lo administraba un personaje fantástico. Un nuevo Rey Midas: José Manuel Alemán. Aliado al Ingeniero Grau Alsina, constituyeron un bloque político. *El Baga*. Y derramaron el *billetaje*, a manos llenas. Alemán tenía un cáncer. Se sabía herido de muerte. Regalaba *colas de pato*, casas amuebladas, fincas de ganado, colonias de caña, equipos de Baseball, y hasta ingenios de fabricar azúcar Era un conde de Montecristo de la malversación. Y tenía gestos donde abundaban las más nobles pasiones. A un amigo íntimo, que jamás le había aceptado un centavo, y que agonizaba, le desliza, debajo de la almohada, una cartera con cien billetes de a mil dólares.

Aspiraban a sustituir a Grau, en el autenticismo, su sobrino Pepe San

Martín, ministro de Obras Públicas; su líder en el Senado, Carlos Prío, ministro del Trabajo; y Miguel Suárez Fernández, presidente del Congreso. Luego de muchos tanteos, la lucha quedó reducida a los dos políticos: Prío y Suárez. Pero Suárez, trabajador incansable, tenía ante sí un obstáculo invencible. No era fundador del autenticismo. Y Grau hablaba de entregarle la antorcha a un auténtico genuino. En definitiva, se llevó el gato al agua, Carlos Prío. Lo ayudó el *Tercer Piso*,[12] lo ayudó Alemán, lo ayudó Alonso Pujol con los republicanos y fue vicepresidente.

Cuando se termina el período afiliatorio, los auténticos ocupan el primer lugar, los liberales el segundo, los demócratas el tercero, y los ortodoxos el último. El ABC ha desaparecido. Sus dirigentes se han vaciado en la Ortodoxia. Los comunistas han sido aislados. Nadie quiere pactar con ellos.

El fracaso de los ortodoxos pone de manifiesto el fenómeno de la simulación política, provocado por el temor que inspiran a la ciudadanía pacífica las minorías violentas y amenazadoras; públicamente las gentes parecen estar con ellas, a la hora del voto secreto, las abandonan.

Hay que reconocer que el gobierno no ha coaccionado a nadie. Lo que ha hecho, para ganar ampliamente la batalla de las afiliaciones, es corromper conciencias y comprar cédulas. Pero hay otros aspectos, más espontáneos, y dignos de tomarse en consideración. Liberales y Demócratas, en la oposición, han quedado muy por encima de los Ortodoxos. Este fenómeno hay que desnaturalizarlo. La Sección en Cuba de *Bohemia* endereza contra aquellos dos partidos una propaganda terrible. Los presenta como fuerza retardataria, regresiva, perteneciente a las "derechas extremas", que necesariamente hay que abolir en Cuba.

En Cuba, a partir del 33, jamás ha habido "extremas derechas". Cuando más, partidos de centro, a la izquierda. Los aspirantes a continuar en el Senado, o a entrar en él, por el partido Ortodoxo, empiezan a maniobrar para combinar una coalición con los demócratas y ganar las minorías senatoriales. Forman un Tercer Frente, a base de la candidatura de Miguel Suárez. Pero la asamblea provincial demócrata de las Villas, dirigida por Antonio Martínez Fraga y Jorge García Montes, veta el pacto que necesita la sanción de las seis provincias y el Tercer Frente se disuelve como pompa de jabón.

Los aspirantes a senadores de la Ortodoxia no pierden las esperanzas. Encaminan sus pasos hacia el doctor Ricardo Núñez, candidato del liberalismo, y éste les ofrece las postulaciones que necesitan. Chibás amenaza con "desnudarlos ante la picota pública", por su hora de radio, si se van con el partido. Entonces, acobardados ante el micrófono de Chibás, pactan dejarle el partido. Lo

postulan, y al día siguiente se van con Núñez.

Naturalmente Chibás no ganó una sola senaduría y, aunque otra cosa se haya escrito, hizo un papel muy pobre en las elecciones, a seiscientos mil sufragios detrás de Prío, en las seis provincias y a doscientos mil de Núñez Portuondo, que obtuvo todas las minorías.

LXXIII

LOS NUEVOS RUMBOS

El 10 de octubre de 1948 tomó posesión de la presidencia Carlos Prío Socarrás. Con él llegó al poder la generación del 30, que tanto había combatido la política, acusando a los hombres del 95, del 6 y del 17, de corruptos e incapaces.

Simpático, inteligente, extraordinariamente juvenil en su manera de ser, Prío más parecía un estudiante de bachillerato que un presidente. Sus declaraciones y sus primeros pasos, ampliamente generosos, pusieron una nota de optimismo en el país. Existía una tensión muy fuerte. Prío, presidente cordial, recomendó la aprobación de una amnistía, y de una ley contra el *gangsterismo*; y levantó el destierro a Batista. Este, un mes después, regresó a Cuba, y sus amigos y partidarios le hicieron un recibimiento bastante lucido.

Inserta en la alta política, la generación del treinta llevó a cabo la obra renovadora que se había propuesto, pero incurrió en muchos de los errores, vicios y pecados que había combatido, más condenables por tratarse de una generación que había clamado durante años por gobiernos honestos, sin mostrar las virtudes de la vieja política. Esta había tenido multitud de gestos elegantes y gallardos. "Había habido en ella figuras con penacho, servidores honorables, patriotas desinteresados y románticos".[13]

En el terreno de la moral pública, en los procedimientos "braveros" y anti-democráticos, es donde más claudica y falla la generación del treinta, con sus naturales excepciones. Los gabinetes incurrieron en aquel "vasto e insaciable saqueo", que en su época había denunciado con voz profética Manuel Sanguily.

Prío se defendía diciendo que eran rezagos de la administración pasada. Rompió con su maestro, el doctor Grau, expulsó a Grau Alsina, sobrino de aquel, del ministerio de agricultura, y proclamó la política de *Los Nuevos Rumbos*. Estos no significaron rectificación alguna, y la corrupción continuó en mayor escala, si cabe, que en la administración anterior.

Como Cuba, en 1950, había alcanzado un tipo de psicología política, de suyo complicado, con Prío, cordial a la manera de Zayas, se agudizaron todos los problemas nacionales, y la política, en todos sus aspectos, se cargó de pasiones y de enconos, que no presagiaban nada bueno.

La lucha por el poder se concentró entre auténticos y ortodoxos, y se odiaban ferozmente. Prío no daba palos, no usaba la fuerza pública, no permitía excesos policíacos, respetaba las libertades, pero mostraba una debilidad inexplicable con las pandillas de pistoleros y varios jefes de policía le renunciaron.

Consciente Chibás de la debilidad del gobierno de Prío, machacaba, desde su hora de radio, sobre las malversaciones. Los líderes ortodoxos acusaban y acusaban. Pelayo Cuervo denunció a Grau de haber malversado más de cien millones de dólares, y se formó la famosa causa 82, finalmente sustraída del juzgado especial, y rehecha. Los comunistas, que tenían viejos agravios con Prío, comenzaron sus trabajos de zapa, y ordenaron a sus juventudes engrosar el partido Ortodoxo. Prío, alérgico a los excesos de autoridad, se vio obligado a clausurar el periódico *Hoy*, órgano de los rojos, y Tony Varona, su primer ministro, acompañado de policías y guardaespaldas consumó la orden personalmente.

Todo conspiraba en pro del desorden. Y la *amalgama* era más poderosa que nunca. Surgió un locutor de radio, José Pardo Liada, que alcanzó tanta popularidad con sus trasmisiones y su periódico aéreo, *La Palabra*, como Eduardo Chibás con las suyas. El mensaje comunista a los "idiotas utilizables" se cumplía. Pardo, oportunista del escándalo, superó a Chibás. Y el pueblo lo creía un dechado de virtudes, sencillamente porque denunciaba las malversaciones existentes y las que jamás habían existido.

Durante los comicios parciales de 1950, Prío cometió varios errores políticos, hijos de su debilidad. Se indispuso con Alonso Pujol, postergó a Castellanos, alcalde de la Habana, y candidatizó a su hermano Antonio, que siendo el más simpático de los Prío, carecía de fuerzas políticas. Aliados Chibás, Castellanos y Pardo, por combinaciones subterráneas, derrotaron al gobierno. Chibás salió senador, Castellanos alcalde y Pardo, representate. Este obtuvo la increíble suma de 73,000 preferenciales, que lo convirtieron en un esclavo de su popularidad.

La división auténtica debilitó políticamente al gobierno de Prío. Grau formó el partido de *La Cubanidad*, con Miguel Suárez. Y Castellanos el *Nacional Cubano*, con Alonso Pujol; estos últimos firmaron un acuerdo con Batista. El que más afiliara postulaba al presidente. Esta alianza, y la posibilidad de que liberales y demócratas candidatizaran a Batista, alarmó extraordinariamente a Prío. Desde

entonces, comenzó a maniobrar, desde Palacio, para eliminar al general del cuatro de septiembre de la carrera presidencial, restándole esas fuerzas políticas que necesitaba para derrotar a Chibás.

Prío pareció llenarse de autoridad. Clausuró las horas radiales más escandalosas y calumniadoras. Dictó el decreto "mordaza", autorizando el derecho de réplica. El día que Masferrer iba a usar de la réplica, por la hora de Chibás, domingo 18 de febrero de 1951, los ortodoxos organizaron una manifestación. La policía la disolvió a palos y a tiros. Hubo muertos y heridos. Y la ortodoxia creció enormemente.

LA MUERTE DE CHIBAS Y EL CUARTELAZO ORTODOXO

En este programa de ataques escandalosos, Chibás, mediado el año 51, acusó a Aureliano Sánchez Arango de malversar los fondos del ministerio de Educación, y de estar construyendo un barrio residencial en Guatemala, en sociedad con altos funcionarios del gobierno de Arévalo.

Sánchez Arango reaccionó violentamente y retó al jefe ortodoxo a que presentara pruebas. Aceptado el reto, que prometía ser sensacional, quedaron las partes contendientes citadas para reunirse en el hemiciclo del ministerio. Chibás acudió acompañado de Luis Orlando Rodríguez y de José Pardo Liada; encontró las puertas cerradas y custodiadas por la policía y no le dejaron entrar. A última hora, el presidente Prío había rogado a Sánchez Arango que suspendiera el acto, que no podía resultar más que en desdoro de su gobierno.

Frustrada la polémica, Chibás prometió hacer públicas las pruebas por su hora de radio. Pero ofrecía lo que no tenía. Confiaba en que Enrique de la Osa se las proporcionara, como éste había ofrecido. Jamás ha existido tamaña curiosidad pública. Llegó la transmisión dominical y Chibás no probó nada. Ofreció mostrar los documentos, por Televisión y fracasó nuevamente. El viernes siguiente *Bohemia* publicó un artículo retirándose de la polémica. La opinión pública siguió exigiendo pruebas, y la maleta de Chibás, donde éste decía guardarlas, se convirtió en objeto de burlas y de chacotas.

Convencido Chibás de haber perdido su popularidad, que descansaba mucho en las acusaciones espectaculares, el domingo cinco de agosto, al final de su trasmisión, cuando creía que aún estaban escuchándole, se aproximó a los micrófonos y se pegó un tiro en el vientre, gritando dramáticamente que era ese su último "aldabonazo" y que con su sacrificio dejaba probada las acusaciones.

Es difícil describir la consternación que este disparo provocó en el pueblo

cubano. Chibás fue ingresado inmediatamente en la clínica médico quirúrgica, que dirigía Julio Sanguily, y operado felizmente por nuestro gran cirujano Rodríguez Díaz.

Mientras Chibás, después del último aldabonazo, se debatía entre la vida y la muerte, su secretaria, Conchita Fernández, Luis Orlando Rodríguez y Enrique de la Osa, en unión de otros sujetos, planearon apoderarse de la ortodoxia y eliminar de las posibilidades presidenciales a líderes del partido, situando al frente al doctor Roberto Agramonte, profesor de Sociología de la Universidad de la Habana, y compañero de candidatura en 1948, del líder Chibás.

El viernes 10 de agosto, De la Osa publicó en la *Sección en Cuba* una información mentirosa, dando a entender que los causantes de la polémica eran los doctores Emilio Ochoa, Pelayo Cuervo, Manuel Bisbé y Carlos Márquez Sterling.

Enfáticamente, los cuatro líderes negaron aquella información. Era precisamente lo contrario. En las reuniones-almuerzos que se celebraban semanalmente en el restaurant *El Patio* se habían opuesto al debate Chibás-Sánchez Arango, que aquel comenzó sin consultarlo con nadie.

Chibás murió el 16 de agosto y fue enterrado el 17. Su sepelio ha sido seguramente la manifestación de duelo popular más grande que jamás haya presenciado la Habana. Al día siguiente el Consejo Director del Partido se reunió sin quorum, a toda prisa, en la biblioteca de Agramonte, en su residencia particular, y a propuesta de Luis Orlando Rodríguez, que aseguró que Chibás había designado su heredero político al profesor de Sociología, proclamó a éste candidato presidencial y al doctor Ochoa, Vice.

La política cubana no había registrado jamás un caso tan repugnante. Se trataba de un fraude, una superchería, una falsificación, cometida por un grupo de ambiciosos vulgares, al servicio del partido comunista. Rodríguez, después ministro de gobernación de Castro; De la Osa, director de *Bohemia*; y Conchita Fernández, secretaria privada del propio Fidel Castro.

La etapa de los cuartelazos y de la falta de respeto al pueblo, la inició este grupo de comunistas ortodoxos. Aseguraron que Chibás había dejado un testamento. Pero ese testamento jamás pudo mostrarse. Y siempre quedó inédito. Los sucesos registrados más tarde en Cuba no tuvieron su origen el 10 de marzo de 1952 sino el 18 de agosto de 1951, cuando el gran simulador y falsificador de la Ortodoxia, Luis Orlando Rodríguez, sorprendiendo la buena fe del partido, reunió un grupo de personas, y prevalido de las circunstancias, proclamó a Agramonte, que, en una lucha abierta, jamás habría sido candidato del Partido

del Pueblo Cubano.

De los líderes afectados por el cuartelazo ortodoxo, el más perjudicado fue el doctor Ochoa. Era este creador del partido y la Ortodoxia podía ser tan obra suya como del propio Chibás. Márquez Sterling no era ortodoxo fundador. Pelayo Cuervo había apoyado a Núñez, cuatro años antes, y Bisbé carecía de carácter y de condiciones de líder.

La ratificación del doctor Agramonte tenía que hacerse por la asamblea nacional del partido. Esta se había convocado para San- tiago de Cuba, la provincia donde Ochoa era el jefe. Contaba éste con el respaldo de 86 delegados de los 121 de que se componía dicho organismo. Márquez Sterling visitó a Ochoa y le ofreció su voto para "evitar aquella mistificación", verdadero origen de lo que vino después. Millo Ochoa, abrumado, dijo: "Nosotros debíamos rechazar la proclamación de Agramonte, pero destruiríamos el partido. La gente se ha creído todo lo que se ha dicho de Roberto. Lo creen hasta pariente de Ignacio Agramonte. Y si no ratificamos su candidatura, perderemos las elecciones".

EL 10 DE MARZO 1952

Hay líderes que no se sustituyen nunca. Chibás era de esos. Su muerte y el cuartelazo ortodoxo, dejaron sin equilibrio político al país. En los mitines ortodoxos nadie se interesaba por escuchar a Agramonte. Hubo que pedirle a Pardo Liada, en el apogeo de su *gritería*, que hiciera los resúmenes. Sin embargo los *surveyes* de *Bohemia* publicados bajo la dirección de Raúl Gutiérrez, demostraban que Agramonte era la persona más popular de Cuba. Otra cosa distinta pensaba el partido. Cuando se verificó la reorganización, en diciembre de 1951, Agramonte quedó en minoría frente a Ochoa, no obstante que éste confrontaba la desventaja de la proclamación previa de su oponente. Nuevamente Millo fue exhortado para que asumiera el liderato. Pero poseído de un temor manifiesto a los ataques de la *Sección en Cuba*, se negó a plantear la crisis, y el partido se convirtió en una sucursal comunista, dirigida por una piña infame que manejaba al profesor de Sociología a su capricho.

Prío, en su lucha con Batista, fue aislando a éste. Conquistó a los liberales, catequizó a los demócratas, hizo los paces con Alonso Pujol y se atrajo a Castellanos. Este incumplió su pacto con el expresidente. Batista había afiliado más electores y, por tanto, le correspondía la candidatura presidencial. El cuartelazo ortodoxo, y el río de oro que gastaba el gobierno, en atraerse fuerzas políticas que normalmente hubieran tomado otro rumbo, trastornó a los cubanos.

La *amalgama* era más poderosa que nunca y el país se derrumbaba. Coetáneamente se presentó una situación parecida a la de la época de Mendieta, en vísperas de la huelga de 1935. Atentados, secuestros, asaltos, perpetrados con la aspiración de fomentar una nueva revolución y frustrar las elecciones. Nadie tenía la vida asegurada.

Y los políticos, mucho menos. Jorge Quintana publicó en *Bohemia* un interesantísimo estudio sobre el *gangsterismo*, y demostraba con números y casos que por ese camino la República se disolvía. Esta racha de atentados y de crímenes alcanzó su climax al ser asesinado, por una pandilla, a la vista de los transeúntes el ex-ministro de gobernación de Grau, Alejo Cosío del Pino, dueño de la planta Radio Cadena-Habana, baleado mientras conversaba en un café de la esquina de Belascoaín y San José con el representante Radio Cremata, que salvó la vida milagrosamente. Cuba parecía un inmenso manicomio. La defensa común del país estaba llamada a desaparecer por egoísmo, pero mucho también por imbecilidad.

El 6 de marzo los ortodoxos, en un acto del Teatro Nacional, acordaron definitivamente el ticket Agramonte-Ochoa; el 9, auténticos, liberales, demócratas y nacionales, en una liga formidable de maquinarias políticas, donde aún alentaban las exaltaciones del autenticismo, postularon la combinación Hevia-Caseros. Al día siguiente la nación se levantó con la noticia de que esa madrugada, Batista, acompañado de un grupo de oficiales jóvenes, había entrado en Columbia y depuesto al presidente Prío, que se asiló en la embajada de México.

Cuarta Parte
DICTADURA Y APOLITICISMO REVOLUCIONARIO
1952 -1959

LXXIV

EL ASALTO AL CUARTEL MONCADA

El golpe del 10 de marzo fue recibido por la opinión pública con resignada actitud.

Un grupo de congresistas quiso negociar con Batista y elegir un presidente. Fue imposible. Los ánimos estaban muy exaltados. Entonces, el general, que había adoptado una posición expectante desde el cargo de primer ministro, congeló las cámaras, promulgó una ley constitucional, el 4 de abril, calcada en su mayor parte de la carta de 1940 y proclamóse presidente provisional, restableciendo las garantías suspendidas desde la caída de Prío.

Inmediatamente comenzó una gran agitación política. Los ortodoxos y los auténticos no se conformaban con haber perdido el poder dos meses antes de las elecciones. Sin embargo, carecían de unidad interna. Ambos partidos estaban divididos en electoralistas e insurreccionales.

Cosme de la Torriente, secundado por distinguidas personalidades, presentó, en el Tribunal Supremo, un recurso de inconstitucionalidad para echar abajo el estatuto de Batista y restablecer la carta del 40. Carlos Prío convocó en Montréal una Junta de todos los partidos de oposición, excepto el comunista, para hacerle la guerra al régimen de marzo. A esta junta pretendió asistir Fidel Castro, siempre y cuando se incluyera, en el programa insurreccional, a los comunistas. Rechazada su petición, se ofendió y aseguró que haría la guerra por su cuenta. Mandó a buscar a su hermano Raúl, que estaba en Praga, y se embarco hacia México con un pasaporte falso y allí se entrevistó con Bashirov. Regresó a la Habana con instrucciones de sabotear la paz y de preparar la guerra. En estas gestiones participaron Blas Roca y Lázaro Peña.

El 26 de julio de 1953, cuando se estaba celebrando en el tribunal supremo la vista del recurso de Torriente, Fidel Castro, acompañado por unos ochenta o noventa jóvenes, casi todos procedentes del partido comunista, dirigió el asalto al cuartel Moncada, de Santiago de Cuba. Fueron rechazados, con tremendos

excesos por las tropas regulares del ejército. Este asalto, incapaz de producir la caída del régimen, tenía el propósito de ensangrentar al gobierno.

Está perfectamente comprobado, por declaraciones de ex-partidarios de Castro, que éste no tomó parte directamente en el asalto y se escondió en casa de Felipe Salcines, rector de la Universidad de Oriente, y fue presentado después a las autoridades por el obispo de Santiago de Cuba, monseñor Enrique Pérez Serantes.

El episodio del Moncada, abultado en sus proyecciones trágicas por el aparato de propaganda comunista, fue el pedestal de Castro. A partir de entonces, los relatos más emocionados y las mentiras más sensacionalmente elaboradas, lo presentaban como un héroe mitológico, nimbado por la audacia de sus hechos y las actitudes más puras en defensa de la libertad y de la democracia. Castro resultaba, en el ditirambo de sus creadores, una combinación afortunada de la inteligencia y el romanticismo de José Martí, la temeridad y el valor de Simón Bolívar y el genio militar de Jorge Washington.

Mientras se preparaba el juicio donde debían ser juzgados los asaltantes del Moncada, en la audiencia de Santiago de Cuba, los embustes y las patrañas más absurdas corrían de boca en boca. Cuando el presidente del tribunal, Adolfo Nieto, magistrado sencillo y generoso, que conocía en todas sus partes las monstruosas mentiras elaboradas, abrió las sesiones del juicio oral, por demás sensacional y espectacular, Fidel Castro ya no era un hombre, sino un mito, al que el régimen había querido matar, unas veces por medio de la pistola o de la cuerda homicida, otras, a través del veneno, como en las épocas más truculentas de los Borgias o de los Médicis.

Fidel, frente al tribunal, unas veces arrogante y perdonavidas, otras humilde y devoto, y las más, falsario y mentiroso, pronunció un discurso modelo de simulación, y terminaba conformándose con su aparente destino: "Señores magistrados, condenadme, pero la Historia me absolverá". Los jueces lo condenaron a quince años de cárcel. Castro era culpable de más de cien muertes; unas, del ejército; otras, de sus muchachos, a los que llevó a Santiago, aprovechando los carnavales de aquella ciudad, completamente engañados.

COMIENZA LA GRAN MENTIRA

Castro ha superado a Hitler en el campo de la simulación y la mentira. Los más grandes histriones de la historia se descubren ante él. Maestro en el arte de la falsificación y la calumnia, desde su celda de Isla de Pinos escribe sin cesar a sus

amigos. Su capacidad para deformar los hechos está manifiesta en sus dos cartas del 17 de abril y 12 de junio de 1954. En la primera, que no es para la publicidad, le dice a Melba Hernández: *Mirta te dirá el medio de comunicarte conmigo todos los días si quieres*... En la segunda, para engañar a los cubanos, le pinta a su amigo Luis Conte Agüero un panorama tétrico: *Ni las rejas, ni la soledad, ni la incomunicación, ni el furor de los tiranos, impedirán lleguen a tus manos estas líneas*... Pero mientras él se exhibe como un prisionero del Castillo de If, o de la isla del Diablo, lo visitan en Isla de Pinos todas las personas que deseen o puedan dar el viaje hasta allí.

Desde los primeros momentos, después de la condena, el general Batista, amigo de la familia Castro, quiere perdonar aquel extravío, y Fidel lo insulta. "Mientras estas cosas están ocurriendo —dice— el déspota habló en Santiago de Cuba de perdón y de Dios, en el mismo cuartel donde no hace todavía un año fueron asesinados cruelmente cincuenta jóvenes"...

Fidel es bien tratado en Isla de Pinos, y el comandante Capote, al cual fusila en 1959, le ha instalado un receptor de radio en su celda. Esto le permite enterarse de todo y planear metódicamente el ataque a cuantos factores puedan ser útiles a la paz y a la normalidad del país.

De todos aquellos partidos que pugnan en la escena, el que más interesa a Castro es el ortodoxo. Esta agrupación, profundamente escindida desde la muerte de su jefe, estaba infiltrada de comunistas, y se prestaba a ser perturbada constantemente. De esta manera, cuando Carlos Márquez Sterling, jefe de la tendencia electoralista, anuncia, en julio de 1954, su decisión de reorganizar el partido, tres jóvenes ortodoxos y dos comunistas penetran una tarde en su estudio de abogado, en la calle de Amargura, y atentan contra su vida, haciéndole varios disparos con una pistola 45. El ex-presidente de la Cámara, salvó la vida por un milagro. Acudió más tarde al juicio y admitió generosamente —según decía el acusado— que aquellos disparos podían haber sido hechos al aire con el ánimo de asustarlo y que desistiera de organizarse políticamente. Su agresor fue puesto en libertad. La cédula abstencionista del partido Ortodoxo publicó unas declaraciones increíbles. Calificaban a aquellos jóvenes de *dig- nos* y *esforzados*. Seguramente, este manifiesto entusiasmó a los demás jóvenes *dignos y esforzados*. Dos meses después, Márquez Sterling fue víctima de un nuevo y más peligroso atentado. Pero Dios le protegía y velaba por él.

El año de 1954 estuvo preñado de intentos revolucionarios urdidos por Rafael García Bárcenas, descubierto un domingo de Resurrección; por Carlos Prío, Aureliano Sánchez Arango y el ex-concejal Cándido de la Torre, instalados en Miami. A Castro ninguno de estos movimientos le interesan. Como Batista ha convocado a elecciones y Grau ha aceptado el reto, un grupo de jóvenes propone

al "héroe del Moncada" para candidato a representante. Este se indigna. "Ese premio raquítico —escribe— concebido por algunos 'para el principal protagonista de la hazaña sangrante del Moncada' es trajinar con mi nombre en las correrías electorales".

No hacía un año Fidel aspiraba furiosamente a esa posición. Ahora le parece poco. "Insisto —dice— que ello se debe a la renguera moral que ya marchita hasta el verdor idealista de los jóvenes". Y añade: "No es raro encontrar quien me califique de hombre tenebroso, marginado del mundo de la inteligencia".

Esta alusión sorprendente va dirigida contra Márquez Sterling. En efecto, éste, en un programa de Televisión, cuando se le pregunta a quién atribuye su segundo atentado, responde: "No sé. Debe tratarse de algún hombre retirado del mundo de la Inteligencia". Lo curioso es que Márquez no se refería a Castro, sino a algún colega suyo de cátedra en la Universidad.

El 24 de febrero de 1955 tomó posesión de la presidencia de la República el general Batista, electo en los comicios efectuados en noviembre del año anterior. Grau, cuarenta y ocho horas antes de celebrarse las elecciones, se retrae, alegando falta de garantías.

La campaña de 1954 señaló una nueva etapa en el campo del pensamiento político cubano. Con excepción de Grau, que hasta dos días antes de la prueba democrática, ha pedido a todos que vayan a votar, los demás partidos y sectores, infiltrados de novedades marxistas, han exigido enérgicamente que no se concurra a las urnas.

El razonamiento de los sectores abstencionalistas es infantil, y como todo lo infantil no puede dar dividendos nacionales. "No se debe ir a votar porque no nos van a dejar votar. Es decir, debemos dejarnos ganar antes de votar, para que no nos ganen a la brava después de votar".

Si esta política se hubiera practicado en Cuba, a lo largo de su historia, jamás se habría celebrado en la Isla una sola elección. La convivencia pacífica habría desaparecido. La transmisión del mando se habría realizado siempre a través de revoluciones cons- tantes, y el cuadro de la patria habría presentado, de un lado gobiernos totalitarios y tiránicos, y del otro oposiciones errantes y clandestinas, de cuyo espectáculo, hasta ahora, habíase salvado la política cubana evitando con ello el establecimiento de un verdadero despotismo, excluido por el ejercicio de los derechos constitucionales, aún en las etapas más duras. Pero sobre todo; ¿cómo es posible, que los sectores abstencionistas aseguren que Batista le ha dado una "brava" a Grau, si ellos han recomendado al electorado

que no haga uso de su derecho a elegir gobernantes?

LA AMNISTIA DE 1955

En mayo de 1955, a propuesta del senador Arturo Hernández Tellaheche, grausista, y por tanto miembro distinguido de la oposición política, el congreso, recién electo, ha votado una amplia amnistía y el presidente Batista la sanciona. El régimen que, según los castristas quería matar o envenenar a su ídolo, lo ha puesto en medio de la calle sin condiciones ningunas. En el hotel de Isla de Pinos Fidel Castro celebra una conferencia de Prensa y dice todo lo contrario de cuanto había venido diciendo hasta ahora.

"*Nosotros no fuimos al Moncada a luchar contra los soldados. Fuimos a combatir un hombre, una fecha, una idea. Contra el ejército de Cuba nada tenemos, y aquellos valientes que cayeron en la árida tierra del cuartel de Santiago tienen nuestra admiración y respeto*". El régimen nunca ha perseguido a Castro. Ni lo persiguió ayer, ni lo persigue hoy. Desde su salida de Isla de Pinos, Castro goza de absoluta libertad. Concede entrevistas en el barco *El Pinero*, que lo conduce a Batabanó, y en el tren, después, que lo lleva hasta la Habana. *Radio Progreso, Radio Cadena Habana, Carteles, Bohemia*. Más tarde, en la capital, comparece por todas las cadenas de Televisión. Y finalmente el dipsómano Enriquito de la Osa, le hace una entrevista para la Sección en Cuba. ¿De qué se queja?

El recibimiento que se le hace en la estación terminal ha sido bueno. Bueno, nada más. Lo esperan en el andén muchos líderes políticos que aspiran a "manejar al muchacho". Y se observan, sobre todo, cientos de jóvenes en guayabera y camisitas de playa, que no tienen voto. Castro se siente defraudado. Y le dice a un amigo: ¡Qué desastre! Yo esperaba un millón de cubanos. ¡Algo parecido a cuando se murió Chibás!

En el partido ortodoxo, bajo la jefatura de Raúl Chibás (hermano de *Eddy*), la libertad de Castro provoca más divisiones, más polémicas, más disidencias. Lo quieren aprovechar. Le ofrecen la presidencia de la asamblea municipal. No la acepta. Lo designan miembro del Consejo Director. Lo desdeña. "Yo pienso quedarme en Cuba —declara— luchando solo a pecho descubierto. Vamos a ver si hay o no hay garantías..."

Desde que Castro sale de la cárcel sueña con la unidad oposicionista, con la revolución y con ser él, nada menos que él, máximo líder. "Todos los que pensamos de una misma manera, todos los que tenemos un mismo pensamiento

social y una ideología progresista —dice— debemos unirnos en un solo instrumento. Hasta ahora hemos estado desunidos tirando cada uno por su lado la carreta de la República". Pero la fruta está verde. Completamente verde. Los políticos abstencionistas creen aprovecharlo. Pero es Fidel quien está valiéndose de los políticos abstencionistas.

Usufructuando las garantías constitucionales, Fidel Castro comienza una propaganda frenética en favor de la revolución y se enfurece cuando el gobierno no lo deja arengar al pueblo por la radio o por la televisión. Desde el periódico *La Calle*, que dirige Luis Orlando Rodríguez, emplaza al gobierno y publica las mayores mentiras. Batista pierde el control, por primera vez, y pronuncia un discurso amenazador. "Que no se diga después que las fuerzas se nos fueron de las manos, ya que los hombres y las mujeres de los partidos gobernistas tienen manos también".

Fidel replica en un artículo violentísimo, titulado "Manos asesinas". ¿Debe expresarse en tales términos un jefe de Estado? ¿Son a propósito estos instantes para pedir mi cabeza?

Nadie ha pedido la cabeza de Castro. Al contrario, en todas partes se le recibe bien. Pero lo que quiere este paranoico sangriento es que lo adoren, lo aplaudan, y le den garantías para hacer su revolución. Y este tipo de garantías no las pueden dar los gobiernos más legítimos, cuando menos los que tienen el tejado de vidrio, como el régimen de Batista.

Las posibilidades de la vuelta a la normalidad reciben un refuerzo notable, cuando se publica que Carlos Prío está en actitud de regresar a Cuba, y recomienda a sus amigos que se acojan a la amnistía. *Bohemia* abre una encuesta sobre estas posibilidades. Y Fidel Castro, que ha aceptado la amnistía, puesto que está en libertad, se indigna al conocer la posición del ex-presidente cordial. Visita la revista y allí mismo, sobre una mesa de la redacción, redacta su respuesta.

"Prío podrá venir en tales condiciones y tal vez Batista se lo agradezca, pero yo no estoy dispuesto a hacerle ningún favor a este régimen afrentoso. Ya estoy haciendo la maleta para marcharme de Cuba, y agrega: Después de seis semanas en la calle y de ver las intenciones de la camarilla gobernante, dispuesta a permanecer veinte años en el poder, como piden los adulones y aprovechados sin conciencia, ya no creo en las elecciones generales..." Fidel Castro se exila voluntariamente.

CONTRA LAS ELECCIONES

Una vez en México, Fidel Castro, obseso con la idea de que una solución pacífica en Cuba cierre el paso a su revolución, escribe a Melba Hernández indicándole que sus simpatizadores en la Habana deben asistir a la concentración que en el teatro Martí van a celebrar los ortodoxos en el aniversario de la muerte de Chibás, el 16 de agosto de 1955, y torpedear todos aquellos acuerdos en favor de las elecciones.

Este trabajo, en el seno de la Ortodoxia —dice Castro— *es importantísimo para frenar la tendencia electoralista*. Introdúzcanse allí y envíen a nuestros hombres más entusiastas para que den vivas a la revolución y pidan silencio, en memoria de los caídos en Santiago.

Después Fidel Castro inicia la lucha contra las elecciones y la posibilidad de un acuerdo político entre las partes en discordia. Por ello, decide también, dentro del partido ortodoxo, fraguar el Movimiento 26 de Julio. Este debe recordarle al pueblo de Cuba, en todo momento, la fecha del asalto al cuartel Moncada, donde se perdieron tantas vidas. No se trata —aclara— de un partido político, ni de una tendencia ortodoxa, "sino del aparato revolucionario *chibasista* enraizado a esas masas, para llevar adelante los más puros principios del gran combatiente cuya caída se conmemora en Cuba, en estos días".

El 26 de julio está dirigido por los peores elementos. Lo que vale y brilla, lo que insta a la simpatía, es pura vidriera. La célula directriz está dentro. Bien dentro. Mariguaneros, dipsómanos, cocainómanos, rateros, afeminados, estafadores. Obedecen a Fidel Castro como a un iluminado. El les promete el paraíso, cuando ellos creen tener cerca, muy cerca, el reformatorio.

Fidel Castro le guarda rencor a Eduardo Chibás por los desprecios que por parte de éste ha recibido. Si se extiende en elogios del trágicamente desaparecido capitán de la Ortodoxia, es porque piensa explotar su memoria y su prestigio entre las masas que idolatran su recuerdo.

El es él —escribe con elegancia y fingida emoción. Sí, él es él. Chibás es Chibás. Y aquel aldabonazo resuena aún como el primer día en los corazones de miles y miles de cubanos. Aldabonazo que caerá en el vacío, si no hacemos la revolución.

Fidel no tiene conciencia. Se enrosca como la serpiente que quiere sorprender a su víctima, como el camaleón que cambia de color, como el mago que saca un conejo de una chistera, como la bruja que se remonta en la escoba de las maldiciones eternas. ¡Pero tiene seguidores! ¡Aún entre las clases ricas!

Hay una serie de personajes innocuos, descoloridos, inflados por la propaganda tendenciosa, que aspiran a llegar al poder sin elecciones. Es

asombroso lo que ha crecido en Cuba el número de apolíticos. Lo que le critican a Batista, se lo admiten a Fidel. Y Fidel, jefe de una revolución potencial, puede ser mañana el Poder que quite y ponga presidentes... sin elecciones. Nunca la *amalgama* contó con un aliado semejante: ¡Viva Fidel Castro!

De agosto a diciembre, la escena se anima. Ha surgido un nuevo instrumento de combate: *La Sociedad Amigos de la República*. Es su presidente don Cosme de la Torriente, ya muy gastado físicamente, con sus ochenta y tres años intensamente vividos; y su secretario, el abogado criminalista José Miró Cardona, profesor de derecho penal en la Universidad de la Habana, que, después de haber pasado la media rueda, se asoma a la política. Miró, realmente, dirige a La Sar. Y La Sar, como la bautizan periodistas y reporteros, sirve de aglutinante a los partidos abstencionistas.

En esta mueca de parlamento que son *Los Amigos de la República*, nadie, con excepción de don Cosme, ha ocupado jamás un cargo electivo. *Amalgama*, por excelencia, los *Amigos* constituyen los más perfectos defensores del despotismo ilustrado. Cuando en alguna oportunidad, por otros conductos, las negociaciones para una paz política avanzan, el doctor Miró comparece en la Televisión, y repite una frase desafortunada. "Nosotros estamos tercamente apasionados". Se ha cargado la lucha de tanta estulticia que a los que hablan de paz se les acusa de estar vendidos al Gobierno.

La Sar no es partidaria del recurso de inconstitucionalidad presentado en septiembre ante el Tribunal Supremo por Carlos Márquez Sterling. El ex-presidente de la asamblea del 40 pide la nulidad del decreto ley que impide la renovación bienal de la Cámara de Representantes y la elección de gobernadores, alcaldes y concejales que, según la carta del 40, deben ser electos en oportunidad distinta del presidente y los senadores. Si este recurso prosperara, el Tribunal Supremo podría ordenar elecciones generales o elecciones parciales.

Finalmente los abstencionistas que dominan La Sar, y no don Cosme, que, debido a sus años, tiene ausencias continuadas, en la dirección de aquel aerópago, repudian el recurso. El Tribunal Su- premo, ante esta actitud incomprensible, lo desestima. Otra puerta que se cierra. Márquez Sterling protesta enérgicamente. Y lo excluyen de La Sar, ¡por electoralista! Algún tiempo después lo visitan Tony Varona y el doctor Andreu y lo invitan a abandonar sus ideas electorales. La entrevista es desagradable. Andreu publica unas declaraciones agresivas y Márquez Sterling prefiere no contestarlas.

¿De dónde saca tanta fuerza la *amalgama*?

Hasta 1933, siguiendo la tradición de las repúblicas burguesas, el poder

político estaba fuertemente personalizado en los cacicatos locales, en las asambleas de delegados, y en la conjunción de los intereses materiales, subordinados a una combinación de capitales. En esa proporción estaban el Senado y la Cámara de Representantes. Pero después, con la legislación social, y la independencia del trabajador del control patronal, una buena parte de ese poder político se desplazó hacia los sindicatos. Y este fenómeno, lejos de repartir el poder entre muchos, lo concentró más aún en la personificación de ese sindicato.

Si a esto agregamos que los métodos modernos de información hacen que los jefes de asociaciones profesionales y laborales sean más familiares para los lectores de periódicos, oyentes de radio y espectadores de cine y televisión, que los diputados o senadores, o que los representantes de organismos políticos, tendremos en gran parte la explicación de cómo los poderes de la *amalgama*, al concentrarse en pocas manos, han llegado a ser más importantes que los partidos políticos, y de ahí la necesidad imperiosa de una amplia reforma que permita a las democracias enfrentarse con éxito al comunismo, consecuencia inevitable de la *amalgama*, por lo que tiene aquel, después de los fenómenos de dispersión, de poder totalitarista.

EL MITIN DEL MUELLE DE LUZ

A su llegada a la Habana, Carlos Prío inicia una serie de mítines, con absoluta garantías, y los termina con una manifestación en la calle de Desamparados. Popularmente, el éxito lo ha bautizado. Pero hay algo en la entraña de los partidos abstencionistas sumamente oscuro. En todas esas concentraciones, grupos de jóvenes ortodoxos y comunistas se sitúan al pie de las tribunas y cuando los oradores acentúan la posibilidad de las elecciones, gritan frenéticamente: revolución, revolución, revolución.

Finalmente, La Sar organiza una concentración en la plazoleta del muelle de luz y el acto es saboteado, de acuerdo con instrucciones recibidas de México. El mismo *bonche* de jóvenes comunistas y ortodoxos interrumpe a los oradores; revolución, revolución, revolución.

Un mar encrespado de cabezas, una ola humana se precipita contra la tribuna; rompen cartelones, lanzan sillas, acaban a pedradas con los focos de luz eléctrica. De pronto un grito formidable, estentóreo. ¡Mueran los americanos! ¡Abajo el imperialismo yanqui! Don Cosme, pobrecito, con sus ochenta y pico de años, apenas puede sostenerse sobre sus piernas, y, tembloroso, se aproxima a la tribuna, y con voz que apenas se oye en la plazoletea, pero que se escucha en toda

la isla a través del micrófono, exclama: ¡Insensatos, nos moriríamos de hambre! El mitin acaba a palos y a silletazos. La policía, siguiendo órdenes, se ha cruzado de brazos. El gobierno cree que esta división oposicionista le conviene.

El mitin de La Sar en pro del proceso democrático, tiene la virtud de sacar de sus casillas a Fidel Castro, en México. Abandona la ciudad de los Palacios y va a Miami; y respaldado por unos cuantos jóvenes sin importancia, de familias desarraigadas de Cuba, desde hace años, celebra una reunión pública y pronuncia un discurso volcánico contra los organizadores del acto del muelle de Luz. Ridiculiza a Torriente, injuria a Grau, amenaza a Prío, y desmerita con los peores epítetos a todos aquellos que han ocupado la tribuna política para recomendar una solución pacífica, a través de unas elecciones honestas.

Era un espectáculo deprimente —dice Castro en su catarata de ofensas— escuchar en el acto de La Sar la voz de los hombres enriquecidos en el poder, que quieren llevar a *Los Amigos de la República* a una componenda con el régimen...

Este discurso cae mal en Cuba y aún peor entre los que piensan "manejar al muchacho", y resuelven ocultárselo a Don Cosme. Este decide entrevistarse con Batista, para buscarle al drama de Cuba una solución incruenta. Fidel al conocer estas posibilidades, enloquece de rabia. Escribe un artículo espantoso en *Bohemia* el 8 de enero de 1956.

¡FRENTE A TODOS!

"La jauría me ha caído encima. Ya no se ataca a Batista que está en el poder. Se me ataca a mí que ni siquiera estoy en el territorio nacional. Eso es lo que ha puesto de moda la oposición politiquera y pedigüeña, asustada de la fuerza creciente de un movimiento revolucionario que amenaza desplazarlos a todos de la vida pública... "Resulta insólito, cínico y desvergonzado, que los padrinos del gangsterismo, sus protectores y subvencionadores, utilicen ahora semejante argumento para combatirme. ¡Serán cariduros! Mencionar el pandillerismo en la humilde choza del gran simulador Ramón Grau San Martín es como mentar la soga en casa del ahorcado".
Grau ha estado acertadísimo al recordarle a Castro sus tiempos universitarios. Y éste, ordena iniciar la violencia en forma generalizada, indiscriminada, contra todos aquellos que se le opongan, o que hablen de elecciones y de libertades públicas. Márquez Sterling es tiroteado al salir de un programa de Televisión en CMQ, de los hermanos Goar y Abel Mestre, cuya planta compite con las mejores de los Estados Unidos. Al día siguiente, jóvenes ortodoxos recorren periódicos y revistas para asegurar que fueron los amigos de Márquez los que dispararon.

La serie de atentados contra los opositores del gobierno de Batista continúa. Un violento incidente ocurre el dos de febrero, en la reunión del Consejo Director Ortodoxo, celebrada en la residencia del doctor Manuel Dorta Duque. Las gavillas de Castro, creyendo que esa reunión tiene por finalidad acordar la línea política, asaltan su casa en el reparto Miramar, y destrozan muebles, cuadros, espejos, cristalerías.

El escándalo es enorme. El Consejo, por primera vez, se reviste de autoridad, en este bochornoso proceso, y exige que Castro condene personalmente aquel desafuero. Castro no lo hace. Y el desafuero continúa. Las víctimas no quieren denunciar los hechos, ni llamar a la "policía de Batista", para que no los acuse el 26 de Julio de "colaboradores".

El doctor Millo Ochoa, pasados los efectos de este primer *raid* castrista, intenta conducir su tendencia hacia las elecciones, y se asocia al ex-senador Fernández Casas, que ha inscripto el partido ortodoxo en el Tribunal Superior Electoral, y convoca una junta en el palacio de los yesistas, para definir la situación. Los pandilleros del 26 de Julio entran en el salón y se traba una formidable batalla campal; riñen a palos, a puñetazos, a navajazos y a tiros, y la reunión se disuelve.

El mundo de la criminología se ha desplazado a la política y ésta se ha convertido en un caso policíaco. Los periódicos agrupan en los *Sucesos Nacionales* los homicidios, los asesinatos, los robos, las estafas, los asaltos y también los casos de policía con motivo de la lucha. A la población penal, aunque parezca inverosímil, le basta cruzar la línea entre el delito ordinario y el político para parecer patriótica y no delincuente.

Castro va reuniendo a los resentidos, a los frustrados, a los fracasados, a los envidiosos, a los vagos, a los que no han trabajado nunca, y a los que, sin capacidad para nada útil, lo han envidiado todo. En sus afanes de poder, un poder sin límites, porque Castro es un semental del crimen, entran todas las formas de la crueldad que no surgen después de la revolución sino dentro de ella y que tienden a justificarse porque es necesario salir del régimen de Batista a cualquier precio.

En medio de este desorden, agitado el país de un extremo al otro, los líderes abstencionistas juran y perjuran que desean la solución pacífica, pero reina un desvarío tan desconsolador, tan disociador, que algunos partidarios de Fidel Castro pretenden justificar sus correrías *gangsteriles* de su época de estudiante. Es cierto —dice algún periodista desquiciado— que Fidel tiene gestos de Al Capone, pero también es cierto que presenta detalles de Abraham Lincoln.

¡Es posible tamaña blasfemia!

EL 4 Y EL 29 DE ABRIL

En crisis las tendencias políticas debido al fuego graneado de los insurreccionales, el cuatro de abril se descubre una conspiración en el ejército. Su jefe es Ramón Barquín. Y la componen Castro Varela, Borbonet, Orihuela y otros, entre los militares, y Justo Carrillo y Manuel Valeri Busto, entre los civiles.

Andando el juicio contra estos "complotados" de Columbia, el 29 surge otra rebelión más importante. El asalto al cuartel Goicuría, en la ciudad de Matanzas, dirigido por el joven *priista* Reynold García, muerto valerosamente en una tarde diáfana y soleada, con un saldo espantoso de muertos y heridos.

En estos días visitaba la Habana el periodista norteamericano Jules Dubois, del *Chicago Daily Tribune* y entrevista a Batista. Lo encuentra descompuesto, acusando a Prío de ser el autor intelectual de aquel acto suicida, y a Trujillo, de proteger a los insurreccionales.

Refiere el propio Dubois que el embajador de Santo Domingo en la Habana había hecho una oferta al senador Rolando Masferrer, si engrosaba la lista de los atacantes del régimen. Este grabó la conversación en una máquina portátil y se la llevó a Batista.

Prío, al verse descubierto, perseguido por la policía, sin cambiarse de ropa, en guayabera, tomó un avión y se asiló definitivamente en Miami.

EMPIEZA LA GUERRA CIVIL

En realidad lo que discuten gobernistas y abstencionistas sólo tiene un año de diferencia. El gobierno ofrece elecciones en su fecha. La oposición abstencionista las desea con anterioridad y que Batista renuncie o se rebaje su mandato. Esta es la apariencia. El fondo es muy distinto. El fondo responde a la *amalgama*. Y la *amalgama* no quiere elecciones. Coinciden fidelistas, comunistas, saristas y una inmensa legión de *idiotas utilizables*. El final puede resultar desastroso para todos.

En Cuba existe una dictadura política y un régimen administrativo corrupto. La política no funciona normalmente, ni la administración pública tampoco. No existe el desbarajuste de las administraciones de Grau o de Prío, pero como estos presidentes dejaban el ejercicio de la dictadura a las pandillas de

gangsters, y el gobierno de Batista no, éste parecía más dictatorial de lo que era en verdad.

Sin embargo, la dictadura de Batista no tiene nada que ver con la dictadura que Castro quiere imponer en la oposición a mandarriazos. Por otra parte, la dictadura de Batista y el escándalo administrativo, le vienen admirablemente a Fidel Castro para conducir sus víctimas a su propia dictadura. No combate a Batista, en razón de superar el cuartelazo, sino en la medida en que ese cuartelazo le sirve para paralizar toda acción pacífica, y coaccionar moralmente a los demás: a los que se rebelan, o a los que están decididos a no hacerle el juego, aunque los llamen "batistianos" sin serlo. En esta simbiosis sociológica y política, sencillamente asombrosa, la dictadura de Batista es la semilla de que se vale Castro para sembrar y cosechar su aborrecible tiranía.

El juego resulta diabólico. Pero encuentra un campo extensísimo en la cobardía de muchos líderes políticos, en la pasión que se apodera de ellos, y en una gran parte de la nueva generación, nutrida de enseñanzas marxistas, para la cual las elecciones no son respetables, y representan un viejo sistema de selección en el que hay que "adular a los pueblos".

A la altura en que estamos, la solución no consiste en que el gobierno se despoje de todos sus poderes, renuncie y se vaya, sin mediar un acuerdo colectivo que asegure el orden público, y el resultado honesto de esas propias elecciones. Si aquello ocurriera tendríamos en el poder a la *amalgama*, y después al comunismo. La *amalgama* es la desorganización de los métodos políticos, y ella misma termina con el propio gobierno al que derriba. Carece de unidad futura. Su preunidad es negativa, y por eso los comunistas, en cuanto la ven surgir, la apoyan. La *amalgama* es la sublimación del idiotismo utilizable, en que todos sus componentes comienzan engañándose entre sí y terminan todos engañados ellos mismos.

En realidad la guerra civil se anuncia con dramáticos tintes de tragedia. Hasta ahora el gobierno ha estado a la defensiva, y los acontecimientos lo sitúan en la extrema ofensiva, en el contraterrorismo; y siempre que se mate por ambas partes, son los gobiernos los que llevan la de perder. Los estudiantes son cazados a palos y a tiros por las calles. Los directorios estudiantiles clausuran la Universidad de la Habana, la de las Villas y la de Oriente, para que se sepa "que en una dictadura no se pueden dar clases". Batista medita largamente qué hacer con los profesores y resuelve seguir pagándoles sus sueldos. Todo se enreda lamentablemente, todo se deforma, en el gobierno y en la oposición insurreccional. Se descubren alijos de armas todos los días, se detiene a todo joven que, por ser joven, ya se hace sospechoso, y se les encarcela.

El servicio de Inteligencia Militar declara que se está conspirando. Los partidos más extremistas lo niegan. Cuando se descubren armas y municiones, niples y dinamita, o se ponen bombas, auténticos y ortodoxos dicen que son "paquetes",[1] y aseguran que están puestas por el gobierno para no celebrar las elecciones generales.

Esta guerra civil es distinta a cuantas conoce nuestro país. Comienza por la agresión de los amalgamados. Sin embargo, éstos alegan que la causa es el diez de marzo. En realidad, el 10 de marzo fue un golpe en seco, y no hubo sangre. En las circunstancias que se empiezan a vivir la sangre corre a chorros, y seguirá corriendo. No hay leyes draconianas, no han perdido los obreros sus conquistas, antes al contrario, las han aumentado; los periódicos publican lo que les viene en ganas, la mayoría recibe ayuda pecuniaria del gobierno, y eso no la obliga; los insultos y las injurias se cotizan por todo lo alto, y esto sirve a los insurreccionales para realizar toda clase de desafueros, y para atacar a todos aquellos que se producen por la paz. El país, provocado y zarandeado por la violencia, entra en un período crítico. Se suspenden las garantías, se restablecen; se vuelven a suspender, se vuelven a restablecer; se ensaya el estado de emergencia. Vienen largos períodos de censura. Nada, no hay sistema. Y la correlación entre gobernados y gobernantes desaparece finalmente. La falta de prácticas políticas va dejando el campo libre a la violencia.

La guerra civil comienza a librarse en las ciudades. La vida mecánica ofrece ancho campo al sabotaje y al terrorismo. Con una bomba la ciudad se queda sin luz, o sin agua, o sin teléfonos, o sin suministros, y los vecinos sufren las consecuencias.

Cuando no existía la Radio y la Televisión, sino únicamente la prensa terrestre, la calumnia y la injuria, aparte de ser menos peligrosas, caminaban más despacio, y sólo se extendían entre los que sabían leer e interpretar. Las revoluciones eran una pelea entre dos fuerzas; y en una batalla, en dos, en veinte, o en cien, se decidía la cuestión. Eran un match de boxeo, una pelea de gallos, una corrida de toros, una carrera de caballos, y había espectadores. Hoy no, Hoy los espectadores, quieran o no quieran, forman parte del programa y acaban por desear frenéticamente que la lucha se termine, inclinándose del lado del más fuerte, o del que creen que va a ganar, para que cesen las incomodidades y el país recupere su ritmo de vida ordenada y pacífica.

Junto a esta campaña de sabotaje físico, Fidel Castro, apoyado en las prácticas comunistas, desata la más terrible campaña de sabotaje moral. Le permite lavar cerebros, desarmar inteligencias, asustar a los tímidos, empequeñecer a los más prestigiosos, anular a los que tienen crédito público, y neutralizar a la mayoría, imponiéndoles, cuando menos, la retirada de la vida

pública, para que no influyan del lado contrario, o para que, en la medida de sus responsabilidades, ayuden a la revolución, dejándole el campo libre a los saboteadores. Así comienza la gran batalla. Los que crean que pueden neutralizarse, los que piensen que no son políticos, o que no simpatizan con el gobierno, o con las oposiciones contrarias a Castro, y que por ello los van a dejar tranquilos, están ciegos. En Cuba ha llegado el momento en que hay que estar con el orden, o contra el orden. Estar con el orden no supone estar con Batista, sino con las instituciones democráticas, que están amenazadas de desaparecer.

Pero bajo la presión de esta situación, en un clima de extrema y constante violencia, fracasa el *Diálogo Cívico* entre los partidos de gobierno y los abstencionistas; y naufragan definitivamente las conversaciones entre Don Cosme de la Torriente y el Presidente Batista. Ambas partes, se culpan mutuamente de intransigentes. Fidel Castro ha echado las campanas al vuelo al saber el entierro del *Diálogo Cívico*.

LXXV

ACTIVIDADES DE FIDEL CASTRO EN MEXICO

El nuevo exilio de Carlos Prío es una desgracia muy grande para Cuba y para los cubanos todos. No hay perspectivas de soluciones. Al contrario, las cosas desmerecen y empeoran. Castro, al que los sucesos del 4 y del 29 de abril le sirven de apoyo a su futura revolución, escribe un documento muy largo y lo envía a *Bohemia*. Está dedicado a enaltecer el 26 de julio. Y no hay menciones para el coronel Barquín y el asalto al Goicuría.

Con anterioridad a estos hechos, Alonso Pujol, se ha entrevistado con el general Batista y con el doctor Prío. Busca inteligentemente, un arco iris de paz, una solución pacífica. En un momento favorable encuentra al presidente dispuesto inclusive a rebajarse el mandato, si la oposición abstencionista acepta de buena fe concurrir a las elecciones y cesar en su apoyo, directo o indirecto, a la revolución castrista. Prío escucha con gesto elusivo la oferta. No la cree sincera; muestra sus dudas, ve engaños y zancadillas por todas partes. Contesta de una manera vaga y confusa que no permite concertar un compromiso. Alonso, carente de éxito, abandona su gestión y se marcha a Europa, lleno de pesimismo.[2]

Fidel está satisfecho. Escribe a sus amigos, "Ya la revolución, con la ausencia de Cuba de Carlos Prío es nuestra". Rinde un homenaje a Jorge Agostini, naturalmente porque está muerto. A los vivos Fidel no los ensalza, ni los elogia. Convence a Alberto Bayo, coronel español comunista, que ha tomado parte en la

guerra civil española, para que lo ayude. Este Bayo ha nacido en Camagüey, en 1892, de familia española, vinculada a la dominación metropolitana de la Isla. Cuando en 1899 cesa el yugo de la monarquía borbónica en Cuba, los Bayo se retiran con las tropas peninsulares. Bayo es integrista por el ancestro y comunista por el resentimiento. De esta clase de familias hay muchas en el 26 de julio. De ahí su odio a los yanquis, y a los cubanos del 68 y del 95.

Fidel alquila el rancho Santa Rosa, en Chalco, a 35 kilómetros de la capital. Allí van a entrenarse los insurrectos y los aventureros. Raúl y el Che Guevara, que ha salido huyendo de Guatemala al caer el gobierno de Arbens. Guevara con su palabra fría, sus movimientos felinos y su mirada calculadora, ejerce sobre Fidel verdadera fascinación.

Entre los instructores que contrata Fidel se encuentra Miguel Sánchez, cubano conocido por el *coreano*, que ha peleado en las fuerzas estadunidenses en la península asiática, a quien Fidel encontró en Miami, cuando fue al mitin de Flagger. A todos el *coreano* les hace la mejor impresión. A todos, menos a Raúl.

¡Ah!, ¿pero vamos a tener como instructor a un yanqui invasor?

El *coreano* le explica a Raúl que no fueron los americanos los que comenzaron aquella guerra, sino los *coeranos rojos*. Disputan. Se van a las manos. Y Fidel interviene. En resumen, el *coreano* tiene que abandonar sus funciones, porque Raúl lo quiere matar. Ha tenido suerte el *coreano*, comenta Nathaniel Weyl, en su *Red Start* y publica el *dossier* de la policía nacional de Cuba sobre Fidel Castro de 17 de octubre de 1956.

"En esta fecha se han recibido noticias de que habiendo pretendido desertar, en México, elementos pertenecientes al Movimiento 26 de julio, como Arturo Avalos Marcos y Cirilo Guerra, al saber que Fidel Castro estaba en conexión con los comunistas, fueron asesinados por los fidelistas, acusados de indisciplina, así como Jesús Melgarejo, un combatiente de la II guerra mundial, cubano de nacimiento, pero ciudadano americano, asesinado en México por el cubano Miguel Cabañas Perojo, que le dio una puñalada por la espalda con un cuchillo, siguiendo instrucciones de Fidel Castro".
Cuando Fidel llega a Ciudad México, se va a ver directamente a Bayo:

—¿Cómo van las cosas, general,

—Bien, muy bien —replica Bayo con su ojo diabólico.

—¿Por qué ha puesto a Guevara en el número Uno?

—Porque ha sido el que más ha estudiado. Es el mejor.

—Yo hubiera hecho lo mismo.

Curiosísima exclamación de quien no sabe una palabra de aquello; de quien jamás ha ido por los entrenamientos!

La policía de Batista, en la Habana, recibe noticias de México que la alarman considerablemente, y envía a la Ciudad de los Palacios a los jefes de los Burós de investigaciones y de actividades subversivas, Orlando Piedra y Juan Castellanos. El 21 de junio, la policía mexicana arresta a un grupo de fidelistas en un mitin. Fidel, Raúl y el Che, ponen los pies en polvorosa, se escapan en un automóvil, son alcanzados y detenidos. También son detenidos los arrendatarios de una residencia en la colonia Chapultepec Morales, y conducidos todos a la cárcel migratoria de *Miguel Schulz*. El rancho Santa Rosa es registrado, se ocupan armas y municiones en cantidad, probándose que han sido introducidas en México de contrabando. La policía mexicana verifica la clase de elemento de que se ha rodeado Castro y descifra las claves sin dificultad. Han venido reuniéndose con Lázaro Peña, Vicente Lombardo Toledano y un hijo de Lázaro Cárdenas.

En unos informes se acusa a Castro de comunista. Un reportaje de Luis Dam, otro de Alicia Leone Moats, respectivamente, aseguran que pertenece al instituto Soviético Mexicano, y que es miembro activo del partido comunista, de la clase de los "no registrados", por conveniencias del servicio.

A Fidel las mentiras no le importan nada. ¡Ah... pero las verdades le sublevan! Cuando se le arroja a la cara una verdad, *Bola de Churre* se encrespa, se indigna y desarrolla al máximo sus facultades para mentir, calumniar, difamar y vociferar. Escribe un artículo, desde la prisión.

¡¡BASTA DE MENTIRAS!!

"Muy débil tiene que sentirse el régimen de Batista cuando ante la fuerza creciente de nuestro movimiento tiene que acudir a esa patraña miserable, para invocar en su ayuda la ingerencia de poderosos intereses extranjeros"... Castro se guarda muy bien, requetebien, de atacar al Soviet. Pero se enreda en contradicciones y mentiras; él, que tiene una memoria de elefante con garras. Como en sus tiempos de Isla de Pinos, dice que está incomunicado. Pero resulta que lo visitan, lo entrevistan, y los periódicos publican sus declaraciones. El Capitán Gutiérrez Barrios le leyó el informe remitido al presidente de México, y

allí no se suponen tratos con los comunistas. Dam, jura y perjura que Fidel está en conexión con los comunistas. En *Excelsior* de 26 de junio, —que Fidel dice tener delante, en su celda—, en su página ocho, columna seis, párrafo quinto, se lee lo siguiente:

"La dirección federal de Seguridad hizo hincapié en que el grupo 26 de Julio no tiene nexos comunistas, ni recibe ayuda de los comunistas". Castro, en otro articulejo, triunfalmente, declara:

"Si eso fue lo que informaron confidencialmente al presidente de México y salió además publicado en los periódicos, ¿por qué le iban a decir otra cosa a Dam?"
Juego de palabras. Dam se refiere a la persona de Castro. La policía, al 26 de julio. Por otra parte, Alicia Leone Moats deriva sus informaciones de otras fuentes más verídicas, y asegura que al menos "dos de los arrestados pertenecen a las juventudes comunistas".

Las "garras de oro" de Batista, como dicen los fidelistas, no parecen ser muy efectivas en Ciudad México. A los seis días los libertan a todos, menos a Fidel. Contra los del 26 no existe la acusación de comunistas, "excepto dos". Contra Fidel, sí. Por eso a él no lo ponen en libertad. Pasa un mes sufriendo lo indecible, no por maltratos, sino porque piensa que su movimiento se licúa, se acaba, se derrite como un helado, puesto al sol. Y escribe: ¡Qué días! ¡Qué días! Al fin exclama: ¡Gracias a Dios, todo ha pasado! Lo cual hace comentar a Weyl, en su *Red Star*, que Dios no ha tenido nada que ver con esto. El que ha salvado a Castro de la prisión, o de la deportación, ha sido nada menos que el general Lázaro Cárdenas, expresidente de México.

Gran defensa. Fidel y sus seguidores habían violado las leyes de neutralidad; se le habían ocupado armas; carecían de tarjetas de turistas; de autorización para permanecer en México; y estaban preparando una invasión a un país amigo, con el que el gobierno tenía relaciones diplomáticas. Por lo menos las autoridades mexicanas debían haberlo deportado. Y esto, como aseguran todos los que han estudiado la situación del Movimiento 26 de julio, hubiera dado al traste con el mismo.

Saliendo Castro de la cárcel, arremetió contra sus compañeros de oposición en Cuba, y contra Batista.

"La intriga —dijo— es ridicula y sin la menor base. He militado en un solo

partido político cubano y es el que fundó Eduardo Chibás. ¿Qué moral, en cambio tiene el señor Batista, para hablar de comunismo, si fue candidato presidencial de ese partido en 1940; si sus pasquines electorales se cobijaron bajo la hoz y el martillo; si por ahí andan las fotos junto a Blas Roca y Lázaro Peña; si media docena de sus actuales ministros y colaboradores de confianza fueron miembros destacados del partido comunista".
La policía de tres países, en menos de ocho años, ha informado que Castro es agente del comunismo. La de Colombia, la de Venezuela, y la de México, en un confidencial que no ha visto Castro. Sin embargo, en Cuba, cuando se publican los informes del *Brac*, los del Servicio de Inteligencia Militar, o los del Buró de Actividades subversivas, los políticos mejor enterados los saludan con una estulta carcajada. ¡Paquete! ¡Paquete!

Lo nefando en Fidel Castro tiene categoría internacional. El 19 de agosto lee una información en *Bohemia* y de buena gana fusilaría al redactor.

"Estoy indignado contra la infamia y la calumnia de que soy objeto. Se ha publicado en *Bohemia* que los fidelistas se emborrachan en los bares y cabarets de México. Y eso... eso es una mentira, una calumnia..."
Como si esto fuera poco para enfurecer a Castro, en la revista se recoge una denuncia del general Salas Cañizares, en la que se asegura que Fidel Castro ha pedido ayuda a Trujillo, en Santo Domingo. ¡Oh, qué cinismo, qué desvergüenza, qué canallada! —exclama Castro. ¿Cómo la revista Bohemia publica esas cosas de un peleador de mi raza contra la tiranía y la opresión?... Pide hospitalidad en la revista que nunca se la ha negado. ¿Una página? ¿Dos, Tres, Cuatro? ¡¡Diez y seis!!

Decía un profesor que el derecho está en razón inversa del tiempo que se emplea en demostrarlo. Si este aforismo es cierto, Fidel jamás ha tenido razón. ¡Diez y seis páginas de imprenta!

La información es cierta. Fidel ha estado en conexiones con Trujillo, como lo estará después de su triunfo. ¡Remember Morgan!

En aquellas diez y seis páginas Castro dice que también en Santo Domingo hay Moneadas y Goicurías, declaración que nadie puede creer, tratándose del Dictador de Quisqueya, pues el que realizara allí un acto de esa índole sacaba inevitablemente pasaje para el otro mundo, sin que quedara nadie para contarlo; y mucho menos, muchísimo menos, el "principal protagonista de la hazaña, etc. etc."

Al llegar a este punto, Fidel se vale de la lógica, como de una pelota de

Football. ¡Qué argumentos! "Los que están de acuerdo —dice— son Batista y Trujillo. ¿Es que acaso Batista denunció a Trujillo en Panamá?[3] ¿Es que Santiago Rey no propuso la reelección de Batista en Caracas a Pérez Jiménez? ¿Es que Figueres no se negó a hablar con Batista en aquel Congreso? Si nosotros estamos de acuerdo con Prío, ¿por qué Batista no le declara la guerra a Trujillo? ¿No salió Policarpo Soler, ayudado por Batista, de Cuba, para Santo Domingo? ¿No le venden los Estados Unidos cañones y aeroplanos a Batista para masacrar al pueblo cubano?"

LXXVI

FIDEL CASTRO PACTA CON CARLOS PRIO

Malamente situado, como consecuencia de la ocupación de armas y de la falta de dinero, gastado en todas esas actividades, Fidel está quebrado y no quiere pedírselo a los rusos, ni puede conseguirlo en colectas populares, que nunca, a pesar de sus alardes, hasta ahora, le han dado resultado. Se va en busca de Teresa Casuso, consejera de la embajada de Cuba en México, a la que Batista ha dejado cesante porque anda en compañía de los revolucionarios, y le dice, "Teté, tú que eres amiga de Prío. Tú me puedes llevar donde él". Teté se entusiasma. Y se pone a trabajar en seguida. A Fidel se le ha olvidado cuanto ha dicho de Prío, de sus robos, de sus malversaciones, de sus combinaciones ilícitas, de que irá a buscarlo, después de la revolución, para sancionarlo. Se olvida que cuando el proceso del Moncada, declaró que a sus amigos los mataba la policía de Batista porque no se prestaban a declarar que Prío les había dado el dinero! Oh "manchar con esa horrenda mentira" el asalto al cuartel!

¡Eureka!

Teté trae la noticia de que Prío acepta hablar con Fidel. Pero ha surgido un obstáculo. Prío no puede abandonar Estados Unidos. Se encuentra procesado por un contrabando de armas, y además está justamente dolido con los americanos. La policía de Miami, estúpidamente, lo ha paseado esposado por las calles de Flagger. Castro, por su parte no tiene visa para entrar en Estados Unidos.

A sugestión de amigos de ambos, dispuestos a acercarlos de todas maneras, deciden reunirse en McAllen, Texas. Fidel puede cruzar la frontera desde Reinoso, México, del otro lado del Río Grande, que separa ambas ciudades. Prío accede y Fidel sale de ciudad México, en compañía de Juan Manuel Márquez, su segundo, de Rafael del Pino, de Jesús Montané y de la doctora Melba Hernández. Viajan en automóvil. Maneja Rafael del Pino. En Reinoso, Fidel consigue unas

ropas de obrero y con ellas, confundido entre los trabajadores, cruza la frontera, y abraza a Prío en el hotel Casa de Palmas, donde el expresidente lo estaba esperando.

Fidel habla. Calcula que necesitará cien mil dólares.“Todo es necesario para evitar en Cuba todo tipo de solución. Voy a anunciar mi entrada en Cuba. Esto, que podrá parecerle a muchos un disparate, en realidad persigue dos objetivos: Uno, paralizar definitivamente las gestiones electorales que aún se realizan en Cuba; dos, incrementar las recaudaciones, que una vez que la guerra esté andando, serán más fáciles de obtener”.

Prío promete. Y Castro empieza a sincerarse, a hablar, a hablar, a hablar, como si estuviese delante de unas cámaras de Televisión. Los obreros, que lo han acompañado y esperan por él, se impacientan; lo arrebatan finalmente, lo arrastran, y lo hacen cruzar el puente, donde lo esperan ansiosamente sus amigos. Castro, con un gesto de brazos, a la altura del pecho, peculiar y rubricante, grita desde lejos: “*Me lo mangué, me lo mangué*”[4]

La situación en Cuba se agudiza. El 26 de julio, en la calle Máximo Gómez, en Santa Clara, tirotea desde una máquina a dos policías que están esperando un ómnibus. En represalia, el policía García Alayon, en Cienfuegos, asesina al jefe fidelista Arsenio Escalona. Fidel ordena a sus subordinados: “Tiren, tiren, sin mirar a quien ni a quiénes”.

Días después, la policía de la Habana asalta la embajada de Haití y realiza una verdadera carnicería. Los asilados resisten, preparan una emboscada, y cae acribillado a balazos el jefe de la policía capitalina, general Salas Cañizares.

En octubre de 1956, asesinan, en el cabaret Monmartre, a Blanco Rico, jefe del Servicio de Inteligencia Militar. Este crimen, efectuado con ensañamieto cronométrico, se ha realizado para impresionar a los periodistas extranjeros que se encuentran reunidos en la Habana, con motivo de la asamblea general de la Sociedad Interamericana de Prensa, que preside el brillante periodista Guillermo Martínez Márquez.[5]

Fidel declara, en México: “No condeno el hecho como arma revolucionaria, si las circunstancias lo exigen”. Estas manifestaciones de Castro son sorprendentes. Cuando los atentados a Márquez Sterling, a la residencia de Dorta Duque y al Palacio de los Yesistas, contra Millo Ochoa y sus simpatizadores, guardó silencio de esos procedimientos. Ahora, que tiene asustado a todo el mundo y se siente más fuerte, declara que el atentado es aceptable si “las circunstancias lo exigen”. En realidad, Fidel sabe muy bien que el asesinato de Blanco Rico lo ha realizado la gente del Directorio Universitario. Por eso, agrega en sus declaraciones: “Este atentado no es justificable, porque Blanco Rico no era

un esbirro".

LA EXPEDICION DEL GRAMMA

Después que Carlos Prío ha soltado el dinero para costear la expedición del *Granma*, Fidel se siente libre de responsabilidades para con él. Prío está inquieto. Le manda dos pilotos americanos, Cross y Mitchell. Fidel se compromete en avisarle, en unir fuerzas, en compartir, cuando menos el liderato, en admitir en la expedición a los amigos de Prío. Pero empieza a actuar solo y por su cuenta. Lo traiciona.

En el mes de noviembre, Prío está furioso, se siente defraudado. ¡No doy un centavo más! ¡No doy un centavo más! El *Miami Herald* y el *Miami Daily News* recogen estos rumores, y alguna que otra crónica se publica informando sobre ese distanciamiento. Finalmente la policía de Batista se entera y en Cuba se publica la noticia.

Fidel ríe a carcajadas. "Mientras tratemos con tantos idiotas, todo va bien".

En México recibe a un periodista excelente, Benjamín de la Vega, que le hace una entrevista para *Alerta*, periódico de Ramón Vasconcelos, ministro con Batista, que siempre ha pensado más en periodista que en miembro del gobierno. De la Vega ha dado un tremendo palo. En esa entrevista Castro dice que si el gobierno celebra elecciones dentro de noventa días, desiste de hacer la revolución.

A fines de noviembre de 1956, la casa de Teté Casuso es registrada. Aparecen armas, toda clase de implementos de guerra. A Fidel no le importa. Su guerra es psicológica. Pero Raúl, el *hermanísimo*, está seguro de que Rafael del Pino los ha denunciado y con Faustino Pérez lo buscan para matarlo. Del Pino, al que no ha podido probársele esa acusación, ni antes ni después de la revolución, se esconde donde nadie podrá encontrarlo. Y no lo encuentran.[6]

Fidel no tiene la más remota idea de mantener secreta su salida hacia Cuba. Su objetivo principal estaba expuesto en la entrevista con Prío en McAllen. *Impedir las gestiones electorales*, y *distraer la atención* del país con este otro acto descabellado y sangriento.

El coronel Bayo, a quien Fidel en sus buenos momentos solía ascenderlo a general, desconocía este aspecto de los actos psicológicos de Castro, y lo reprende; le dice que una buena táctica militar no es enterar al contrario de lo que se va a hacer. "Guerra avisada no mata soldado". Fidel se impacienta. "Ay coronel, no sea come-bola. Se trata de una guerra psicológica y es preciso que Cuba entera

conozca mi desembarco!"

El 25 de noviembre zarpa el *Granma*, río Tuxpan abajo y se interna en el golfo de México. Fidel, Raúl, el Che, y 79 expedicionarios, van cantando el himno de Cuba. Hubiera sido muy señalado que cantaran el de Rusia. Días antes, el ex-representante y ex-alcalde de Bayamo, Alberto Saumell, les ha conseguido, en la Sierra, un práctico, prófugo de la justicia, por haber asesinado a una persona en Oriente; se llama Crescendo Pérez, y promete internarlos en la Sierra Maestra, cuyos picachos, cuevas y furnias conoce a maravilla. Fidel no tiene intenciones de pelear, sino de esconderse. Se escondió en Moncada. ¿Por qué no va a esconderse en la Sierra? Las instrucciones dolosas y diabólicas que ha enviado a Santiago de Cuba, prueban hasta dónde es capaz de engañar este artista del crimen. Le comunica a Frank País, que el *Granma* llegará a Oriente el 30 de noviembre; que se lancen a las calles de Santiago; que tomen los edificios principales; y que resistan hasta que él desembarque.

Fidel sabe que el *Granma* no puede navegar bien, que sus cascos no están en buen estado. Sabe que cuando más caben en él treinta hombres y lo ha llenado con ochenta y dos. Naturalmente, el viejo yate desliza lentamente su pesada carga, a la que hay que añadir armas y municiones.

Llega el 30 de noviembre, y naturalmente Fidel Castro está aún lejos de las cosas de Cuba. Frank País, con el corazón en el medio del pecho, se lanza a las calles de Santiago. Asaltan comercios, industrias, residencias particulares, se parapetan en las azoteas y tiran desde ellas; ocupan el Instituto, la Universidad. Bombas, explosiones. Histerismo... Mucho histerismo. ¡Eh, no pasa nada... son unos cuantos muchachos! Nadie los ayuda. Los dejan solos. Al día siguiente se suspenden las garantías constitucionales en Pinar del Río, Oriente, Camagüey y Las Villas. La policía impone el orden. Saldo: cinco muertos, diez y nueve heridos. Los presos de Boniato se fugan en la confusión. Tres nombres juveniles pagan su tributo al castrismo. José Tey, Otto Parellada, Antonio Alomá. Milagrosamente han salvado la vida Frank País y Jorge Sotús.

Dice Dubois, en su libro sobre Fidel Castro, que éste escuchaba por radio las incidencias del combate en las calles de Santiago, y que gritaba: ¡Oh, cómo yo no estoy allí! ¡Quisiera volar hacia allá! ¡Qué ingenuidad! Si Fidel hubiera querido estar allí, hubiera desembarcado calladamente, para reunirse con sus mártires, como le aconsejó Bayo. ¡Cuánta mentira! Las hazañas de Castro están escritas con tinta rápida. ¡Qué pronto se esfuman de su verdadera realidad histórica! Y algo más. Siempre mueren los lugartenientes. En Moncada, Abel Santa María; en el desembarco del *Granma*, Juan Manuel Márquez; en Santiago, Frank País. Los verdaderos héroes son los lugartenientes. Fidel, jamás se encuentra en los lugares de peligro.

El dos de diciembre desembarca Castro en las costas de Oriente y sus instrucciones son ahora diferentes a las que envió a los mártires de Santiago. Evitar combates y subirse a la Sierra, cuanto antes.

En la madrugada, cuando ya asoma el sol de Cuba, la quilla del *Granma* besa la arena. *Las Coloradas*, Cabo Cruz, municipio de Niquero. Se lanzan al agua y toman tierra. Y a huir. Se dispersan. El ejército los persigue. Y a morir. Sólo quedan unos cuantos. Desde luego no son doce. Este número es un factor más de propaganda mentirosa. Se trata de explotar el recuerdo de Carlos Manuel de Céspedes, cuando dijo en Yara: "Doce hombres bastan para hacer la independencia de Cuba".

Corren, corren, corren hacia la Sierra Maestra. Las cumbres salvadoras. La escasa fronda no los oculta bastante, los campesinos no brindan las informaciones necesarias. Unos, por desconocimiento, otros, por temor. Ni siquiera aceptan dinero. Saben que servir de guía a los insurrectos les puede traer represalias. "Apuren el paso, apuren el paso, que no nos sorprenda el día"...

No hace falta demostrar que la invasión fidelista anunciada de antemano, con sus miras anti-electorales, ha sido uno de los fracasos más estruendoso que recuerda nuestra historia. Como acción militar —lo advirtió Bayo— la expedición es sencillamente un crimen. Como factor psicológico, un éxito delirante... ¡Pero a qué precio!

Por ello, cuando McCarthy, de la *Associated Press*, publicó que Castro había muerto, todo el mundo lo creyó a pies juntillas, y la leyenda comenzó a disiparse en el mundo de las posibilidades reales.

LXXVII

LA REVOLUCION ESTA FRACASADA

De diciembre de 1956 a febrero de 1957, Fidel Castro se organiza en La Sierra para la propaganda, no para la guerra. Sencillamente porque nadie lo sigue. Crescendo anda con sus hijos de aquí para allá, tratando de reclutar gente. Pero aquello parece más bien una romería que una revolución. Sin embargo, abajo, en las ciudades y en los pueblos, sin conexiones aún con Castro, la resistencia cívica es grande.

Al cabo de unos días, Crescendo le presenta unos cuantos jóvenes que quieren ingresar en el ejército revolucionario. "Muchachos —les dice Fidel— los aceptaré más tarde. Cuando haya reorganizado mis tropas dispersas".

· Y ahora, a pasear por la Sierra, porque el ejército constitucional que cambia constantemente de jefe de operaciones, se mueve lentamente y no tiene el menor interés en subir las lomas y capturar a los "insurrectos".

Al atardecer del 20 de diciembre, Fidel encuentra en el *Purial de Vicana*, propiedad de un hermano de Crescendo, un campamento improvisado. Raúl Castro, Efigenio Ameijeiras, Ciro Redondo, René Rodríguez, Antonio López, el famoso *Nico Siete Pisos*, Juan Almeida, Camilo Cienfuegos, Ernesto Guevara, Ramiro Valdés. Los ahijados de Fidel se han salvado todos.

En enero, en lo que se llama el *Lomón, Fidel* ya tiene 30 hombres, casi todos prófugos de la justicia, reclutados por Crescendo. Este trae a otro práctico, Eutimio Guerra. Ojos turbios, mirada de reojo, sombrero de yarey, manos grandes y brutales. "Yo soy auténtico ¿sabe? Lo único que le ofrezco es ser guía... Eutimio se mueve mucho. Baja. Sube. Trae noticias. Lleva recados. En una de sus visitas al *Purial* encuentra a Fidel desesperado.

—¿Sabe Ud. si allá abajo se comenta algo de mi persona?

—No. No he ido al pueblo. *A figúrese, endenantes* si se hablaba mucho de Ud.

Fidel le pide que averigüe, y Eutimio se va. Días de sol, largos, frescos, en los picachos del Turquino. Fidel quiere libros. Cuando ve llegar a Eutimio se pone contentísimo:

—¿Que dicen? ¿Que dicen?

—Pues dicen que Ud. está muerto.

Fidel patea el suelo. Se tira de los pelos. ¿Qué yo estoy muerto?

—Eso dicen.

Para demostrar que no está muerto, Fidel le pide a Eutimio que lo lleve a la *Plata*, donde hay un cuartelito con apenas trece soldados. Al mismo tiempo, despacha a Faustino Pérez hacia la Habana con instrucciones de buscar un periodista americano que publique donde sea posible que él no está muerto, sino vivito y coleando. Faustino baja de la Sierra tranquilamente. Entra en Manzanillo. Y Celia Sánchez, enamorada de Fidel, le presta ayuda inapreciable. "Veremos a Rafael Sierra, un comerciante manzanillero, —le dice— y mañana puedes seguir hasta la Habana." Rafael Sierra ayuda. No sabe que empieza a trabajar en contra suya y de su negocio, que puede serle confiscado de los primeros. Celia, decide subir a la Sierra a encontrarse con su príncipe rojo. Y efectivamente...

15 de enero, puesta de sol, hundido entre los altivos picachos de las serranías orientales, testigos silenciosos y heroicos de la gesta del 68 y del 95, que estos facinerosos van a manchar. Fidel y un grupo de sus "soldados" divisan el cuartel de *La Plata*, encajado milagrosamente entre cuatro montañas de fuego que forman un panorama bellísimo. Abajo, casas de madera, como puntas de alfileres, en un paño verde... bohíos pequeños, con su cobija de guano triangular, su "talanquera" y sus pisos de tierra. Fidel se embosca y manda a ocupar el caserío. Lo realizan. Ahora sube él. Pregunta quién sabe el número de soldados que hay en el cuartel. Le dicen que Chicho Osorio. Emboscan a Chicho. Lo cogen. Fidel sin identificarse todavía, le hace muchas preguntas. Chicho está borracho. Y les da el santo y seña para entrar en el cuartel: "Griten mosquito, cuando les den el alto". Y agrega que le gustaría encontrarse con Castro, porque él es batistiano cien por cien. Batista, a raíz de la caída de Machado, lo ha indultado. Fidel, riendo cruelmente, le dice: Yo soy Fidel Castro. Desarman a Chicho. Le amarran las manos a la espalda, y lo obligan a pesenciar el asalto de *La Plata*. Aquí hay trece hombres y Fidel tiene 25. ¡Mosquito! Los soldados no tiran. Los asesinan. Fidel, hace que le traigan a Chicho. Y le da un tiro en la nuca.[7]

—Cubanos —grita Fidel Castro— esta es nuestra primera victoria. ¡Viva la Revolución!

Eutimio Guerra abre los ojos desmesuradamente. Sus manazas, grandes y sarmentosas, se enredan en el pelo copioso y rebelde al peine. ¡Asesino! ¡Asesino! Eutimio quiere desligarse de esa canalla. A solas con sus pensamientos, resuelve entregar a Castro a las autoridades. Aquel asesinato de Chicho le ha helado la sangre en las venas. Y no hace otra cosa que repetirse interiormente. ¡Asesino! ¡Asesino! Pero antes de irse de *La Plata*, Fidel ha leído en los ojos de Eutimio la repugnancia y el horror a su persona. Días después, lo encuentra cerca de la *Alegría de Pío*. Y lo liquida de un tiro. No eran más fieros los matarifes de Doña Bárbara que este Fidel Castro que ya ha despachado en la Sierra a quince hombres, contando a los soldados de *La Plata*.

El gobierno asegura que Fidel Castro ha muerto. Y Castro está ansioso por saber de Faustino. A fines de enero despacha a René Rodríguez, desde *El Puñal*, con instrucciones terminantes de averiguar qué ha pasado. "Dile a Faustino que me traiga un corresponsal extranjero, no a un periodista cubano, porque todos estos son unos pillos..."

René llega a la Habana y se reúne con Faustino, que había delegado la gestión en el joven Javier Pazos, hijo de Felipe Pazos, el economista, ex-presidente del Banco Nacional, en el gobierno de Carlos Prío. Padre e hijo están al servicio del 26 de julio. Ambos van a ver a Ruby Hart Phillips, del *New York Times*. Esta habla con Ted Scott, del *Havana Post*. Le proponen el asunto a Herbert Matthews

y acepta.[8]

Al llegar Matthews a la Habana, se entrevista con Felipe Pazos en las oficinas del *Times*. No las tenía todas consigo y preguntó si Fidel "había abandonado a sus muchachos en el Moncada". Pazos, solemnemente replicó: "Si Fidel hubiera hecho eso, no hubiera podido conservar el fanatismo y la lealtad que inspiró a sus hombres".

No vamos a seguir al corresponsal del *New York Times*, en su camino hacia la Sierra, en compañía de Faustino Pérez, Lilian Mesa y Javier Pazos. Llegaron a Manzanillo. Y se reunieron con Felipe Guerra (Guerrita), y siguieron subiendo la Sierra. Y al fin, encontraron a Fidel. Y se celebró la entrevista.[9]

La sensación que causó este palo periodístico fue extraordinaria, porque era cosa aceptada que Castro había muerto. Santiago Verdeja, ministro de Defensa, en Cuba, a la sazón, lo aseguró, pero Matthews las había reservado con ese propósito, y publicó las fotografías tomadas con Fidel Castro.[10]

Fue Herbert Matthews y no Fidel Castro, quien dio vida al movimiento revolucionario *social, económico y político*, surgido en Cuba, a partir de esta entrevista. Todos los que lean las crónicas que por espacio de tres días se publicaron en el mes de febrero de 1957, en el *New York Times*, se darán cuenta del inmenso daño que este periodista, ávido de sensacionalidad, le ha hecho a Cuba, haciéndole creer al mundo las bondades idealísticas de Fidel Castro.

"Batista —le dice Castro a Matthews— tiene aquí a la crema de su ejército, y nos rodean tres mil de sus mejores soldados". Y agrega este gran embustero: "No le digo cuántos son los míos por obvias razones. Pero ellos (los de Batista) trabajan en grupos de 200, y nosotros en grupos de cuarenta".

En esos momentos, Castro no cuenta siquiera con una veintena de hombres. Pero tiene delante a un periodista que va a darnos una nueva versión corregida y aumentada de Robin Hood... que va a describir a Cuba, dando pruebas de una ignorancia enorme o de una mala fe increíble, en condiciones económicas y sociales peores que en tiempos de la conquista.

"El programa de Castro —dice Matthews— es vago y matizado de generalidades, pero se observa un nuevo trato para Cuba, radical, democrático y anticomunista". "Tanto como he podido saber —sigue diciendo Matthews— el señor Castro sólo está esperando tener sus fuerzas reorganizadas para lanzarlas al ataque y esto afortunadamente coincide con mi llegada a la Sierra Maestra, y con el hecho de que podamos anunciarlo al mundo".

Por los datos que nos da el propio Matthews se ve que no ha investigado

nada, o que ha querido dar una información falsa de lo que necesariamente ha visto en la Sierra, o que no ha estado en la montaña, y se ha entrevistado con Castro, en la casa-quinta que en *Mayarí Arriba* poseían los hermanos Joaquín y Gerardo Vázquez. No se ha dado cuenta el señor Matthews, cuando pinta una juventud limpia y pura, que allí los jefes tienen hoja penal y apodos. Fidel, *Bola de Churre*, Amejeira, *Tomeguín*, Almeida, *Caballo Blanco*, y Antonio López, *Ñico Siete Pisos*.

Todo lo que publica Matthews en esos días es pura fantasía. Si Batista y su gobierno creían que Castro estaba muerto, ¿por qué habrían de tener en la Sierra 3,000 hombres, la crema de su ejército? ¿Si el gobierno estaba convencido de que el cable de McCarthy, de la *Associated Press*, era cierto, y las declaraciones de Verdeja, las de Díaz Tamayo, jefe de la plaza de Oriente, y las de Edmund Chester, en Nueva York, lo aseguraban, ¿por qué necesitaba situar allí tantos hombres?

El mismo Matthews, en su libro, lo reconoce. '*I was wrong to think the group I saw was a part of a large force. As Fidel revealed in a speech to the Overseas Press Club in New York in April*, 1959, *he had only eighteen men under arms at that time*." Y si el propio Matthews se hace cargo de aquella mentira en la página 41 de su librito, ¿cómo es posible que en la 40 diga que Fidel Castro, como Robespierre, era un joven que "creía en lo que decía"?

Matthews, indiferente a la historia de Cuba, y a la realidad del problema discutido, ha puesto a Fidel Castro en el mapa de las revoluciones y el cotarro se agita extraordinariamente. El gobierno no tiene más camino que tomar en serio la insurrección y destacar en las faldas de la Maestra, por Manzanillo, al coronel Pedro Barrera, que promete terminar pronto con los alzados.

No hay dudas de que la insurrección de Castro no tenía la menor importancia, y así lo reconoció Matthews, más adelante; pero como la oposición civil contra el gobierno de Batista era muy grande, el sentimiento revolucionario comenzó a tomar vuelo, no por simpatías a Castro sino por antipatías a Batista; si los políticos, los jefes de partido, y los encargados de hacer opinión la hubieran desplazado hacia el campo electoral, el voto negativo, es decir el voto en contra, que en Cuba ha funcionado siempre, hubiera sido inmenso, y el gobierno no hubiera intentado forzar el resultado de unas elecciones nacionales.[11]

LXXVIII

ASALTO A PALACIO

El mes de marzo de 1957, como consecuencia de la entrevista de Matthews, y de

su continuada y ferviente propaganda en favor de Castro, desde entonces, resultó en extremo trágico y movido.

El periodismo norteamericano, interesado en la revolución creada por Matthews, visita la Habana en busca de noticias. Dubois se entrevista con Batista y éste le dice que Castro es comunista. Dubois no lo cree. Batista, en su discurso del 10 de aquel mes, denunció al mundo que Castro era una "herramienta" en manos del Kremlin, y que él poseía las pruebas, y en efecto las hizo publicar. Y volvieron a escucharse las palabras de siempre. ¡Paquete! ¡Paquete!

En esta fecha, no solamente los políticos continuaban divididos, sino también las juventudes. José Antonio Echeverría, joven perteneciente a una distinguida familia cardenense, que presidía la Federación Estudiantil Universitaria, había estado en México y firmado un pacto con Castro, antes de la expedición del *Granma*, que aquél no había cumplido. Las relaciones entre el 26 de julio y la FEU nunca fueron buenas. Tampoco lo eran con el Directorio Estudiantil Revolucionario, que dirigía Faure Chomón, más conocido por *Mono Liso*. Ambos organismos acusaban a Castro de ser despótico, incontrolable, y persona que no cumplía sus compromisos. Lo tachaban de cobarde, de no exponerse, oculto en la Sierra, y de realizar una guerra, que, concebida en esa forma, no hacía ningún daño a Batista y a su régimen, pues donde había que dar la batalla era en las ciudades y en los pueblos.

De acuerdo con estas realidades que se han ocultado siempre y que no he visto jamás comentadas en los libros publicados hasta aquí, la Federación y el Directorio Estudiantil Universitario concibieron llevar a efecto un acto de valor sensacional y tremendo, que pusiera en ridículo a Castro que, oculto en la Sierra Maestra, después del asesinato de *La Plata*, no había hecho otra cosa que salir retratado en *Bohemia*, portando un largo rifle. Ese acto fue el asalto al Palacio presidencial, la ocupación de Radio Reloj, y el uso de la Universidad como cuartel general, aprovechando que era autónoma y a la fuerza pública le estaba prohibido entrar en ella.

Repartidos los papeles, la Federación, dirigida por Echeverría, ocuparía Radio Reloj, y el Directorio, el Palacio. José Antonio realizó su cometido. Tomó la estación radial.

—¡Cubanos: por fin hemos liquidado al tirano en su propia madriguera!

Echeverría no pudo conservar la posesión de Radio Reloj y se lanzó a la calle. Su automóvil enfrentó una perseguidora. La policía hizo fuego y el joven cardenense, flor y nata de nuestra juventud, valiente y arriesgada, que había cumplido de modo cabal su parte y dado un verdadera lección de heroísmo a

Castro, cae muerto, en la calle L.[12]

Mientras estos hechos están sucediendo, Carlos Gutiérrez Menoyo, combatiente de la guerra civil española, y treinta revolucionarios más, entre los que se encuentran Menelao Mora, ex-representante a la Cámara, Juan Pedro Carbó, José Briñas, Evelio Prieto, Luis Almeida y otros, llegan a Palacio, en dos autos y un camión con la leyenda *Fast-Delivery*, y entran por la puerta de Colón, dándole muerte a los dos soldados allí apostados. Suben. Penetran en el despacho de Batista, en el segundo piso. El presidente ha subido al tercero. Siguen hacia arriba. Pero los soldados se han repuesto. Uno de ellos, oculto tras las columnas del hall, en el que desemboca la escalera, va tirando a medida que suben y siembra de muertos aquellos escalones de mármol. La señora del presidente, en estado de gestación, gatea por el suelo con sus hijos, escapando de aquel asalto sin precedentes en nuestra historia, que recuerda dos episodios en Bolivia: el asesinato del presidente Belzú a manos de Melgarejo, tirano barbudo, muy semejante a Fidel Castro, y la ejecución de Villaroel, a quien ahorcaron de un farol cercano al palacio nacional.

A propósito del asalto a Palacio corrieron los más absurdos rumores. En aquella noche trágica perdió la vida Pelayo Cuervo. Este asesinato fue una de las estupideces más grandes que pudo haber cometido la policía. Muchos líderes de la oposición estuvieron a punto de ser muertos. La residencia del doctor Márquez Sterling fue rodeada por la policía. El líder cívico-electoralista se negó terminantemente a abrir la reja.[13]

El asalto a Palacio mereció duras críticas por parte de Fidel Castro. La Revista *Bohemia* publicó unas declaraciones suyas condenando el hecho. Por otra parte, el partido Comunista, que nunca simpatizó con Echeverría, como éste no transigió con el comunismo, también condenó el asalto a Palacio. Herbert Matthews, en su antes mencionado libro, inserta una carta de Juan Marinello, en la que este ratifica la línea del partido, diciéndole que ellos "estaban en contra de esos métodos". Marinello, de esta manera hábil, ponía en manos de Matthews la prueba que necesitaba Castro.

Fidel Castro se quejaba de estar abandonado. La C.B.S. Televisión de Nueva York subió sus cámaras y sus periodistas hasta la cima más elevada de Cuba, donde Fidel quería hablar. Wendell L. Hoffman se encargó de las cámaras y el periodista Bob Taber, de los reportajes. Así fue filmada por norteamericanos, para que fuera conocida de costa a costa, en los Estados Unidos, la lucha de Fidel Castro y sus guerrilleros. Así fue presentada "entonces" "*The Story of Cubas Jungle Fighters*" ("La historia de los combatientes cubanos de la manigua"). Como si fuera poco, el impacto del reportaje fílmico y televisado, la revista *Bohemia*, de la Habana, en su número de 28 de mayo de 1957, se encargó de difundir el reportaje

de Hofman y Taber para trescientos mil lectores en español. La revista corrió de mano en mano por toda la Isla, escribió Taber:

"Cuando le preguntamos (a Fidel Castro) su opinión sobre el reciente asalto al Palacio, nos responde:

"—Es un inútil derramamiento de sangre. La vida del Dictador no importa...

"Fidel Castro condena el asalto por considerar que no era un objetivo adecuado.

"—También soy opuesto al terrorismo. Condeno estos procedimientos. Creo que no se resuelve nada con eso. Aquí, en esta trinchera de La Sierra Maestra es adonde hay que venir a pelear". — (*Bohemia*, página 97).

Como se ve, en Cuba, existía "una tiranía horrorosa", que permitía tales informaciones. Taber se hizo castrista y publicó un libro —M-26-7— lleno de mentiras, en 1961. Se afilió a la Asociación fidelo-comunista *Fair Play* para defender a Castro. Más tarde en 1962, huyó a Inglaterra desde Cuba, y abjuró del castrismo. Así han hecho miles de oportunistas, después de haber encumbrado en Cuba la más tenebrosa y sangrienta tiranía.

Es sencillamente inadmisible que Matthews ignorara entonces y siga ignorándolo aún, que el asalto a Palacio fue llevado a efecto contra Fidel Castro, para demostrar que éste no se arriesgaba. Sólo cuando los efectos del fallido golpe fueron evaporándose, Fidel recobró el liderato desde la Sierra. Entre los engañados de buena fe, no se encontraba Herbert Matthews, "veterano en el juego de hacer aparecer a los movimientos comunistas como cruzadas de la democracia y la libertad, como, por ejemplo, en España durante la guerra civil".[14]

Sergio Carbó publicó un bellísimo artículo condenando el asalto a Palacio, *"cosa de gangsters"*, pero también condenó enérgicamente el asesinato de Pelayo Cuervo. Carbó expresaba horror por los hechos que estaban pasando y se dolía de la ola de terror desatada por la policía en represalia de los acontecimientos ocurridos en aquel nefasto 13 de marzo.

Mientras tanto, Armandito Hart, protegido por un magistrado del Tribunal Supremo, a quien cesantea después que triunfa la revolución, se escapa de la audiencia de la Habana, donde era juzgado por actividades terroristas. De todos modos, la tensión se desplaza hacia la vista del juicio del *Granma*, donde destacan dos actitudes. La del Fiscal Francisco Mendieta Hacheverría, que retira la acusación, y la del magistrado Manuel Urrutia Lleó, que suscribe un voto particular pidiendo la absolución de los acusados, basado en el artículo 40 de la

Constitución, que dice es legítima la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales garantizados en dicha ley. Urrutia se retira después, abrazando la causa del Fidelismo.[15]

La ola de terror continuó en los meses de abril y mayo. Se registraron dos hechos tremendos. Uno, en un apartamento de la calle Humboldt, donde fueron asesinados Fructuoso Rodríguez, sucesor de Echeverría en la presidencia de la FEU, Joe Westbrook,[16] José Machado y Juan Pedro Carbó. Y otro, con motivo de la expedición del *Corinthia*, desembarcada en la Bahía de Cabonico, cerca de Mayari, dirigida por Calixto Sánchez, presidente de la Federación Obrera Aérea Nacional, que se encaminaban hacia la Sierra Cristal, a reunirse con Raúl Castro, y casi todos sus componentes fueron ase- si nados por tropas al mando del coronel Fermín Cowley, asesinado más tarde a su vez por el 26 de julio.

En estos días, Castro llevó a efecto la acción del Uvero, con éxito. Salvo las tropas dirigidas por Jesús Sosa Blanco y por el coronel Sánchez Mosquera, las demás no peleaban regularmente, y de esta manera, el campo quedaba libre a los fidelistas para vestirse de soldados del ejército y cometer toda clase de fecharías. La acción del Uvero, fue recibida como una victoria extraordinaria. El obispo de Pinar del Río, una gran figura de nuestra iglesia, en una misa, dice: "Que ningún Caín pueda plantar su tienda bajo nuestro cielo. Que ningún Abel inocente la bañe con su sangre, cuyo clamor suba hasta su trono pidiendo justicia". Al fin Caín, después de todo, plantó su tienda en Cuba, el primero de enero de 1959.

LXXIX

MATTHEWS, JEFE CIVIL DE LA REVOLUCION CASTRISTA

En el mes de junio de 1957, Herbert Matthews, autor principal de la revolución "*económica* y *social*", que está librándose en Cuba, visita la Habana. Y se entrevista con Batista.

Después que Matthews le ha dedicado a Batista los mayores ataques; lo ha llamado "brutal, corrupto y feroz, cuya crueldad como la de los animales, no está exenta de vicios y de sadismos, y responde a la ley de la selva",[17] se sienta frente a aquél para interrogarlo, y reconoce "que una de las virtudes del ex-presidente cubano es no permitir que los sentimientos personales interfieran en los negocios del gobierno".[18]

Matthews le propone a Batista un arreglo, y Batista se niega, calificando a Castro de criminal.[19] En realidad, el viaje del corresponsal del *New York Times* tenía finalidades más concretas que conversar con Batista. Su propósito era

entrevistarse con Celia Sánchez y con Vilma Espín, más conocida por *Deborah*, y finalmente, con Manuel Urrutia, que aún no ha abandonado Cuba, y colabora con la revolución.

Estas visitas de Matthews le permiten elaborar un plan. Su afán es eliminar a los demás líderes de la oposición y situar dos grandes jefes frente a frente, con el propósito de darle unidad al movimiento 26 de julio, único sector cubano con el que trata el señor Matthews. En efecto, analizando después la situación cubana en sus artículos y crónicas del *New York Times*, este periodista asegura que las dos únicas figuras nacionales en Cuba son Fulgencio Batista y Zaldivar, cuyo apoyo es únicamente el ejército, y Fidel Castro Ruz, "el rebelde glorioso que dirige el movimiento desde la Sierra". El ejército cubano —enfatiza Matthews— es incapaz de liquidar a Castro, que ya tiene seguidores en toda la Isla.[20]

No hay nada más parecido a una gestión intervencionista que la gestión Matthews en Cuba en favor de Fidel Castro. Prevaliéndose de su condición de corresponsal del *New York Times*, este periodista apasionado y poco veraz, realiza todos aquellos actos que antes realizaban los embajadores del *Big Stick*, o de la *diplomacia del* dólar. Fidel era el caudillo revolucionario; Matthews, el líder civil que gestionaba en Washington, mediante la influencia decisiva que desplazaba su posición, todos aquellos efectos que redundaran en perjuicio de una de las partes, o de todas las partes opuestas a Castro, y en beneficio exclusivamente del movimiento revolucionario, sin importarle sus consecuencias.

Efectivamente, en sus despachos de febrero a junio de 1957, sabedor de que el embajador Gardner no simpatizaba con Castro, y había informado a Washington que el movimiento 26 de julio estaba siendo ayudado por fuerzas comunistas, Matthews la emprendió con el representante diplomático de su país en Cuba y visitó en la cancillería al Secretario de Estado John Foster Dulles, para que relevaran de la Habana a Gardner, no por ser "demasiado amigo de Batista", sino por ser opuesto a la revolución de Castro.[21]

La política que realizaba Matthews respecto de Cuba era semejante a la del general Crowder, durante el gobierno de Zayas en 1923, pero más condenable, pues Crowder actuaba como agente especial del presidente de los Estados Unidos, mientras que Matthews se amparaba en su condición de editorialista del *New York Times*, para moverse entretelones, haciendo política y no periodismo, como se demuestra de esas propias actividades que resultaban invasoras de las funciones que correspondían al embajador y nunca a un informante de la opinión pública, como pretendía él presentarse.

Las actividades de Herbert Matthews eran francamente intervencionistas, pues trasbordaban los límites de opinar sobre el asunto, para inmiscuírse en él

con una dirección determinada, queriendo imponerla a través del gobierno de los Estados Unidos en sentido favorable al objeto de sus simpatías, es decir, oponía su gestión intervencionista a la que suponía en la persona del Embajador Gardner, que no se había atrevido a ello, y perjudicaba hondamente a otros sectores del pensamiento cubano, que no estando con Batista en lo que a sus formas de gobierno respectaba, buscaban por caminos diferentes a los de Castro la solución de nuestro drama, que aquel periodista entrometido trataba de imponer "removiendo embajadores de su país".

Obtenida la remoción de Gardner, Matthews se opone al nombramiento de Earl T. Smith. Reconoce, sin embargo, que el *State Department* le ordenó a Smith que se aconsejara con él, y, a estos efectos, reproduce en su libro la declaración que Smith prestó en el Comité de Seguridad del Senado.

LXXX

GESTION DE LA COMISION INTERPARLAMENTARIA

Mediado el año de 1957, el presidente del Congreso, Anselmo Alliegro, inició a través de una Comisión Interparlamentaria nuevos esfuerzos para garantizar las elecciones generales, señaladas para el año entrante.

Se presentaron los partidos y grupos de oposición a saber: los *auténticos* de Grau; los *ortodoxos inscriptos* de Ochoa y Fernández Casas; los *ortodoxos Ubres* de Márquez Sterling; los *demócratas* de Andreu; los *republicanos* de Alonso Pujol; los de *Liberación Nacional*, de Amalio Fiallo, Manuel Artime y José Ignacio Rasco; y el *Movimiento de la Nación*, de José Pardo Liada, Enrique Huertas y Aramís Taboada.

Mientras estas negociaciones, a través del Congreso, están en camino, los periódicos publican una noticia sensacional. Raúl Chibás ha abandonado la Ortodoxia, para ingresar en el 26 de julio, y Felipe Pazos, sin ubicación política, ha hecho lo mismo, y ambos se encuentran en la Sierra junto a Fidel Castro. Matthews, declara en el *New York Times* que Castro está más fuerte que nunca y asegura que los días de Batista están contados. Hace saber a los enemigos de las elecciones, que el nuevo embajador Smith llegará pronto a Cuba y que tiene instrucciones de consultarlo. Estas actividades de Matthews, francamente insurreccionales, destruyen los buenos oficios de la Comisión Interparlamentaria, y muchos núcleos políticos se retiran de ella, no obstante que el Congreso ha declarado por boca de su más alto representativo, que está dispuesto a conceder toda clase de garantías, incluyendo el voto directo y libre, el código de 1943, y la

expedición de nuevas cédulas electorales.

Coetáneamente a los lineamientos trazados por Matthews, Fidel Castro lleva a efecto una nueva maniobra. En compañía de Chibás y Felipe Pazos, firma un larguísimo manifiesto. Basta leer el documento publicado en las primeras páginas de todos los periódicos, aún de los que apoyan al régimen, para darse cuenta de que la finalidad es torpedear una vez más las elecciones.

Con argumentos iguales a los que Matthews ha usado en sus artículos, el manifiesto expresa que en el país sólo hay dos grandes vertientes: Batista, que "representa la tiranía y el bochorno", y Castro "verdadero intérprete de las ansias libertadoras del país". Esta declaración no se compadece con la que pasan a exponer en seguida: "que nuestra gran debilidad es la desunión, aprovechada por la tiranía para ofrecer soluciones a medias". La afirmación es realmente asombrosa. Todos los partidos formados o en formación han acudido al llamamiento de la Interparlamentaria. Castro, Pazos y Chibás son precisamente los que no representan a ningún sector político. ¿Cómo es posible que hablen de desunión, si son ellos los que vienen a desintegrar las gestiones de la Comisión Congresional?

Chibás y Pazos, legítimos representativos del "apoliticismo", le hacen un flaco servicio a las instituciones democráticas, al abrazar la causa de Fidel Castro, y pretender atar la unidad por el lado de la insurrección, y no por la vertiente electoral, que había logrado impulsarse nuevamente.

Remachando el clavo de la anti-democracia, el manifiesto se pregunta: "¿No se puede ofrendar a la patria en su hora más difícil el sacrificio de las aspiraciones personales? ¿Es que el deseo vanidoso de algún aspirante vale más que toda la sangre que ha costado la República?"...

Después de hablar de unidad, este manifiesto que viene a desunir, Castro, Chibás, y Pazos acuden al procedimiento de enfrentar las asociaciones cívicas a los partidos políticos, aspecto típico de la *amalgama* y antesala del comunismo, pues al desorganizar la política, crean un vacío que se llena con el desorden y la anarquía de líderes improvisados en horas veinte y cuatro.

"El desconocimiento de las tácticas y técnicas operantes en el comunismo, la sutileza y la inteligencia de algunas maniobras de una penetrante demagogia, parecieron ser desconocidas para una gran mayoría de la población cubana que parecía pensar que lo sucedido en Europa no podía acontecer en Latinoamérica. Actuaban con una moral democrática y estaban frente a una moral —amoral-totalitaria, frente a medios como la simulación, la comedia y el drama, la tergiversación de la historia, la mentira dosificada, con parte de verdad, el lavado

de cerebro, la creación de climas de culpabilidad colectiva en la población por conquistar, la artificial creación de la idea de la colaboración de todos con la tiranía..

¿Cuáles son las aspiraciones de Castro, Pazos y Chibás? 1) Formación de un frente cívico revolucionario con una estrategia común; 2) renuncia ipso-facto de Batista y selección de un presidente provisional "apolítico"; 3) prohibición absoluta de mediaciones cubanas o extranjeras; 4) repudio total a la posibilidad de constituir una Junta Militar; 5) mantener alejado al ejército de toda solución civil; y 7) elecciones dentro de un año.

Las condiciones de este contrato unilateral no las han puesto Chibás y Pazos, sino Castro que, a cada uno por su lado, les ha ofrecido la presidencia provisional de la República. De ahí aquel párrafo dedicado a los aspirantes, para demandar su sacrificio en beneficio de los "apolíticos", justamente para desempeñar el puesto más político que tienen las repúblicas, con la diferencia de que los partidos pedían elecciones y Castro, lo que proponía era designar un presidente a espaldas del pueblo, por el procedimiento del dedo. Tú, tú y tú.

En derecho existe un viejo aforismo. Las condiciones imposibles se tienen por no puestas. Eso fue lo que hizo el gobierno. Y eso era lo que quería Fidel Castro para poder decir, en nombre de los "idiotas utilizables", que el régimen se negaba a toda avenencia.

Para integrar este frente, decía Fidel Castro, y firmaban Chibás y Pazos, no es necesario que los partidos políticos y las instituciones cívicas se declaren insurreccionales y vengan a la Sierra Maestra. *Es bastante que todas ellas nieguen todo apoyo a compromisos electorales con el Régimen…*

Toda la preocupación de Castro son los "compromisos electorales, y que se declare que con Batista no hay soluciones posibles". De otra manera él no puede llegar, si el país recobra su potestad de elegir, y ésta tampoco puede recaer en ninguno de los otros dos firmantes del manifiesto contra las elecciones.

El modus operandi por parte de las minorías que aspiran a monopolizar el orden político, yendo contra él, adquiere en Cuba, a diferencia del resto de Hispanoamérica, una característica peculiar. Ni Chibás, ni Pazos, valiosos elementos, en sus actividades regulares, servían en aquellos momentos para orientar el país hacia una determinación revolucionaria concreta, por la sencilla razón de no representar nacionalmente nada, y por el hecho indiscutido de que al poner en manos de Castro una jefatura absolutista, para servirse de ella, estaban creando las condiciones previas para que no existiera ni ahora ni luego una norma constitucional legítima y un verdadero y positivo cauce de expresión

mayoritaria que no retrocediera en las circunstancias siglo veinte, con sus simbolismos marxistas, a la época tiránica indolatina que puede sintetizarse, en aquella frase terrible y cínica de Melgarejo: "Quien manda, manda, y cartucho al cañón".

Si es a estos engaños de tipo personal, a los que se refieren antiguos colaboradores de Fidel Castro, cuando hablan de movimientos traicionados, quizás estemos de acuerdo, y acaso encontremos en la historia de América y en su análisis, al margen de las complicaciones comunistas, los tipos verdaderos de engañados, en el libro de Ayarragaray sobre los caudillos implícitos y explícitos, que, por disponer de vidas y haciendas, no se diferenciaban nada de los dictadores hoy llamados de izquierda, cuando hace un siglo eran los más feroces caudillos de la derecha.

A fines de julio de 1957, el fracaso de la Interparlamentaria, y el manifiesto Chibás-Pazos-Castro, comienzan a dar sus frutos. En Santiago de Cuba cae abatido a balazos el infortunado y valiente Frank País. Este no hace la guerra en La Sierra, sino en las calles de Santiago. El día del sepelio —inmensa manifestación de duelo—, visita Santiago el embajador Smith, tal y como lo había anunciado Matthews. Una comisión de damas enlutadas lo recibe en el aeropuerto, portando grandes cartelones:

"Cesen los asesinatos de nuestros hijos. Madres Cubanas".

Aparece la policía y disuelve el grupo a "manguerazos de agua" en presencia del nuevo embajador y de su señora, y ambos se horrorizan.

La situación cubana es tan delicada que las declaraciones de Smith, condenando aquellos hechos, provocan la suspensión de garantías. Matthews publica un editorial en el *New York Times* celebrando a Smith y a Foster Dulles que respalda a su representante en Cuba.

"NI AUN CUANDO FUERAN HONRADAS"

Agosto es un mes de sangre. La propaganda es furiosa. En Santiago se anuncia una huelga general gestada por el 26 de Julio. Pero no hay huelga. Los obreros no están con Castro, ni ahora ni luego. El secretario General de la Confederación Eusebio Mu jal Barniol denuncia a Castro de comunista. Y las pandillas castristas lo acusan de estar vendido al "imperialismo americano". El 19 de aquel mes llegan a la Habana, procedentes de La Sierra, Raúl Chibás y un hijo del doctor Roberto Agramonte. Dubois se entrevista con ambos y éstos le hacen saber al corresponsal del *Chicago Daily Tribune* lo siguiente: 1) Chibás ha sido nombrado

tesorero del 26 de Julio, y va a Estados Unidos a recolectar fondos; 2) La Sierra está siendo bombardeada por aviadores del ejército de Batista; 3) la moral de las fuerzas de Castro es magnífica; 4) las tropas de Batista no pelean; 5) Castro tiene radio, televisión y radar; 6) dos sacerdotes cubanos y uno extranjero están en la Sierra; y 7) lo más importante de todo: "*Castro no depondrá las armas si Batista celebra elecciones, porque estima que no puede haber elecciones honradas y libres bajo el régimen de Batista*".

Finalicemos este capítulo diciendo que casi todas las condiciones puestas por Raúl Chibás y el joven Agramonte tenían como finalidad perturbar las elecciones, de las que llegaron a decir que no debían celebrarse "ni *aun cuando fueran honradas*". Pero donde faltaron más abiertamente a la verdad fue en la declaración de que la Sierra estaba siendo bombardeada por aviadores del ejército de Batista.

Más tarde se comprobó la mentira y la falsía. En el juicio que se siguió a los aviadores del ejército, en Santiago de Cuba, por el tribunal presidido por el desdichado joven Pena, los aviadores fueron absueltos, por haberse demostrado que en ningún momento bombardearon La Sierra.

En efecto, los 20 pilotos y 25 artilleros de la Fuerza Aérea Cubana, procesados el 13 de febrero de 1959, fueron declarados el 2 de marzo inocentes de toda culpa. El tribunal revolucionario no encontró ninguna prueba para condenarlos... Fidel Castro montó en cólera. Ordenó que fueran juzgados de nuevo. Su objetivo era político: anular pilotos "no de confianza". Su hermano Raúl tomó cartas en el asunto. Fidel aprovechó la televisión para acusar públicamente de "leguleyos", reaccionarios y contrarevolucionarios a los abogados que cumplían con el deber de actuar como defensores de los acusados. Embistió al colegio de abogados. Amenazó. Culpó. Creó el clima de terror psicológico. Envió de presidente del tribunal a Augusto Martínez Sánchez leal hasta las barbas al partido comunista y éste condenó a los aviadores y por ello recibió en recompensa el Ministerio del Trabajo.

Más tarde, refiere Alberto Baeza Flores, en su libro *Las cadenas vienen de lejos*, llegó al noticiero cubano donde él trabajaba una denuncia. Decía: "La verdad se abre paso. Félix Lugerio Pena Díaz, comandante del ejército rojo de Cuba, presidió el tribunal que absolvió a los pilotos del ejército constitucional. Como se sabe, Fidel Castro anuló ese juicio y dispuso la condena de esos aviadores en un nuevo proceso. También ordenó la muerte del comandante Pena Díaz, lo que se cumplió al concurrir al Estado Mayor a pedir licencia para casarse. Esa noche Raúl Castro lo recibió y cuando Pena salió, lo siguieron cuatro sicarios, asesinándolo a pocos metros de Columbia, en su propio automóvil, poniéndole después la nota que apareció como si él mismo se hubiera suicidado".

En la entrevista con Chibás, Dubois se entera de que en La Sierra están fusilando y lo critica. Chibás resta importancia al asunto y replica que Castro ordenó ejecutar un espía de Batista que se había infiltrado en sus fuerzas. No hay tal cosa. Castro fusila a Evaristo Venereo, con el cual tuvo años antes un violento incidente en la Universidad, siendo policía de aquel centro educacional la víctima.[22]

Después de esta entrevista, que no podía pasar inadvertida a la policía, Chibás y su compañero fueron presos en una casa del Reparto El Cerro. Días más tarde, el gobierno los puso en libertad, y se asilaron en una embajada, saliendo hacia Estados Unidos a cumplir el programa fidelista.

LXXXI

EL PARTIDO DEL PUEBLO UBRE

A principios de agosto de 1957, próxima a iniciarse la reorganización de los partidos políticos, el doctor Márquez Sterling, apoyado por elementos procedentes de las agrupaciones ortodoxas de Ochoa y Chibás, y de los republicanos de Alonso Pujol, se decidió a formar el partido del *Pueblo Libre*. A este efecto recabó y obtuvo del gobierno las garantías que le permitieran desenvolverse libremente. En sucesivas entrevistas con el doctor Jorge García Montes, dió, a su vez, las seguridades de que la nueva asociación partidarista no seria conspirativa. Subordinaba Márquez su concurrencia a las elecciones a que se promulgara el código de 1943 y se restableciera el voto directo y libre, y todos los partidos tuvieran representación en las mesas de los colegios electorales.[23]

La decisión de Márquez Sterling, unida a la del doctor Grau San Martín, dispuesto también a concurrir a las elecciones, presidiendo el *partido Revolucionario Cubano, Auténtico*, entusiasmó a grupos juveniles, y en este sentido presentaron su solicitud, como partidos, el *Movimiento de la Nación*, presidido por José Pardo Liada, y *Liberación Radical*, dirigido por Amalio Fiallo, José Ignacio Rasco y Manuel Artime. A estos fines, se dictó la legislación consiguiente, en cuya redacción tomaron parte los partidos políticos, decididos a comparecer ante el cuerpo electoral, y obtuvieron las garantías recabadas.

Celebrada la reorganización de los partidos, lograron factor político los *auténticos* y los *Ubres*. Los *nacionales* de Pardo y los *radicales* de Fiallo, no llegaron al cupo señalado en la ley Constitucional. El gobierno deseoso de aumentar el caudal electoral dictó un decreto-ley que les permitió mantenerse como partido. Esta situación fue aceptada por los *nacionales* que constituyeron sus asambleas, y

por los *radicales*, en tres provincias. En las demás, resolvieron vaciarse en el partido del *Pueblo Libre*, que prometía la mejor solución para Cuba, y al efecto, publicaron el siguiente documento, que por su importancia y lucidez, damos íntegramente a continuación:

"Nosotros, que formamos un grupo homogéneo de hombres jóvenes, unidos en la lucha pasada y en la angustia presente, e impulsados por una cada vez más creciente preocupación por los problemas de Cuba, queremos fijar nuestra posición en los siguientes puntos: 1. El diez de marzo de 1952 entendimos que el golpe militar era totalmente inaceptable. Pertenecíamos en aquel entonces al partido del *Pueblo Cubano*, "Ortodoxo". Aceptamos, de inmediato, el reto que había lanzado el nuevo régimen a la juventud cubana. Nos lanzamos a la lucha. 2. En aquella etapa de lucha, nuestro jefe era el doctor Fidel Castro. Durante más de un año nos enfrascamos en una tarea revolucionaria silenciosa y eficaz. El 26 de julio de 1953 nos lanzamos al ataque de los cuarteles de Santiago y Bayamo. Allí murieron muchos compañeros. 3. Vino el exilio con todos sus tormentos morales. Tratamos de unir a los grupos revolucionarios que operaban en el destierro. Algunos de nosotros regresamos a Cuba de modo clandestino. en lucha frontal contra ¡las fuerzas policíacas del régimen. No rehuimos ningún riesgo. En todo momento cumplimos con nuestro deber. Cuando se promulgó la amnistía política en mayo de 1955, nos acogimos a ella. Otros compañeros regresaron también del exilio. 4. Se produjo después, en seguida, la libertad del doctor Fidel Castro, que había sido nuestro líder. A él nos dirigimos para constituir un organismo ampliamente deliberativo. Planteamos la necesidad de seguir unidos y lanzamos a la nueva lucha, nosotros todos los combatientes del 26 de julio, formando un frente común. Queríamos que se organizara una dirección bien equilibrada y mejor disciplinada y que la táctica y la ideología fueran producto de una decisión mayoritaria. No aceptábamos un liderazgo caudillista. Dijimos también que si nuestras condiciones no eran aceptadas nos retiraríamos del grupo. Efectivamente, no fueron aceptadas. Nos retiramos de aquel movimiento. 5. En el decursar de los días, arribamos a conclusiones muy definidas. Entendimos que el procesó insurreccional iniciado ya resultaba ineficaz por razones de orden interno y que este proceso, fatalmente derivaría en un estado caótico de las fuerzas oposicionistas. Nos lanzamos tras la tesis de una solución pacífica de la querella cubana. En definitiva, el objetivo era el mismo. Diferíamos en la táctica. Queríamos aplicar métodos inteligentes y civilizados para resolver el agudo problema de nuestro país. Aspirábamos a eludir el río revuelto de la lucha armada, porque en nuestra dolorosa experiencia —en el combate, en el exilio y en la clandestinidad— nos había hecho sentir una profunda repugnancia por la violencia y por los hombres que se crecen al calor de ella. Entendíamos, y entendemos aún, que la violencia es sucia y que rebaja la dignidad del pueblo cubano. Venga la violencia de donde venga. 6. En julio de

1955 ingresamos en el Movimiento de Liberación Radical, porque consideramos que los lineamientos generales del Movimiento coincidían con nuestra tesis. Participamos en el acto de la plazoleta de Luz y en las discusiones de la SAR. Estuvimos presentes en todas las gestiones para lograr la concordia nacional. Cuando se formó la Comisión Interparlamentaria, nuestros compañeros Raúl Martínez Arará y Orlando Castro acudieron a ella como delegados del Movimiento de Liberación Radical a la sub-comisión de sufragio y libertades públicas. Antes de terminar sus labores la Comisión, nuestros dos compañeros renunciaron a la delegación por entender que la sub-comisión no tenía poderes para evitar la guerra. 7. Seguimos pensando en las urnas y en un proceso de lenta y segura restauración democrática de Cuba, el único posible. *Seguimos rechazando la violencia, no por temor, sino en razón de las experiencias pasadas y por nuestro profundo conocimiento del sombrío mundo que se nuclea en torno a ella*[24] Fuimos partidarios de inscribir el Movimiento de Liberación Radical como partido político. En la reorganización de los partidos no obtuvimos el 2% que exige la Constitución, y se logró el 22 de agosto de 1957 el código electoral. Nos opusimos resueltamente a todo intento de convalidar fraudulentamente el partido. Una cosa es hacer oposición al régimen y otra, muy distinta, es ponerse a su servicio para hacerle el juego oposicionista. En febrero de 1958 nos retiramos del Movimiento de Liberación Radical. Venimos por tanto de la lucha armada, del exilio, y del clandestinaje. Hemos derramado la sangre, pero estamos por la paz y contra todo tipo de caudillismo. Somos jóvenes, somos hombres de Cuba, y amamos nuestra tierra. Queremos lo mejor para ella. Y por las vías que imponen la civilización y el decoro. En un ambiente general de temor, nosotros optamos por defender nuestros ideales en voz alta y frontalmente. Creemos que es preciso ir a las elecciones. Pero ir con el espíritu crítico, con decisión irrevocable de reclamar los derechos del pueblo cubano. Entendemos que en este minuto el vehículo del partido del Pueblo Libre es idóneo, y que la candidatura presidencial del doctor Carlos Márquez Sterling constituye un acierto. El Dr. Márquez Sterling ha aceptado nuestras condiciones. Un ideario común, una misma táctica. Nos sentimos, pues, complacidos de ingresar en este partido y luchar por esta candidatura, que es de paz y de decoro ciudadano. Porque entendemos que es lo mejor para el pueblo de Cuba, optamos por las elecciones y vamos a ellas con la frente alta y las manos limpias de toda mancha. Aprovechamos la ocasión para hacer en un tono austero y profundamente sentido, un llamamiento a todos nuestros compañeros de lucha revolucionarios. Este es el camino correcto y los invitamos a romper con la odiosa conjura de silencio y temor. Contra Batista. Contra la Dictadura. Contra la sangre inútil que sirve de pedestal a nuevos caudillos perniciosos. La Habana, 30 de junio de 1958.

(*f.) Raúl Martínez Arará, Orlando V. Castro García, Carlos Bustillo Rodríguez, Gerardo Granados Lara*[25]

Los *libres*, nombre escogidos de exprofeso para significar que no admitían imposiciones de nadie, ni del gobierno, ni de la revolución castrista, declararon

en su manifiesto y más tarde, en un folleto amplísimo, que no se constituían para una etapa determinada, sino con carácter permanente, defendiendo el sufragio y los procesos evolutivos, como normas de superación nacional. El manifiesto del "*Pueblo Libre*", no se andaba por las ramas; no admitía la simulación que caracterizó entonces a la mayor parte de los líderes políticos; y enjuiciaba la situación tal y como era, y tal y como ha resultado más tarde. Este manifiesto, desesperó a Fidel Castro, que creía tener ganada la batalla contra las elecciones, y desde ese instante enderezó su lucha más que contra el régimen de Batista, contra los partidos políticos de la oposición. Márquez fue objeto de otro atentado, en la estación radial Onda Hispano Cubana; Pardo fue advertido de los peligros que corría; Martínez Arará fue amenazado; y Grau se vió en la necesidad de pedir una guardia que custodiara su residencia en la Quinta Avenida del reparto Miramar, pues a poca distancia del patio donde celebraba sus asambleas, se encontró una bomba inmensa que, de haber estallado, hubiera causado muchos muertos.

El manifiesto del *Pueblo Libre* inquietó a los jefes políticos abstencionistas, que, por estar abrazados a la causa de la violencia y del retraimiento más absurdo, dando por seguro, antes de intentarlo, que el gobierno no respetaría las urnas, alimentaban la revolución sin tomar parte directa en ella, y juzgaban equivocadamente que no tenían regreso a las labores políticas, y democráticas, y por ello iniciaron, sostenidos por el clandestinaje, y las pandillas juveniles del 26 de julio, una campaña de calumnias e injurias que consistían en presentar a los electoralistas, como haciéndole el juego a Batista, para que éste se perpetuara en el Poder, y presentar las elecciones como una mojiganga en las que ya cada parte tenía asignado sus papeles, cuando tales acusaciones constituían monstruosas infamias.

En efecto, si el régimen de garantías recíprocas que se deben los gobiernos y los partidos de oposición supone entendimiento hacia fines predeterminados, no hay dudas que las acusaciones de los abstencionistas carecían de todo fundamento. Ahora si las luchas políticas entrañan una guerra sin cuartel, en el que el vencedor queda dueño de vidas y haciendas, no hay dudas, por este lado, de que los abstencionistas estaban en lo cierto. No figuraban en los programas de los partidos políticos la pena de muerte, la confiscación de bienes por leyes punitivas, sino a través de procesos ordinarios, ni tampoco la supresión de la empresa libre. Estas garantías estaban plasmadas en la Constitución de 1940. En el periódico *Información*, Márquez Sterling declaró que los "asesinos y los malversadores" responderían ante los Tribunales.[26]

Para considerar esta situación, cada vez más grave, porque Castro había organizado pandillas de jóvenes que visitaban en sus casas y oficinas a los líderes electoralistas, amenazándolos de muerte, se efectuó una amplísima reunión en

las oficinas del Dr. Márquez Sterling, y éste planteó la necesidad de luchar contra esas pandillas. Márquez hizo saber que a raíz de la formación del *Pueblo Libre*, él había recibido un recado personal de Fidel Castro, a través de un hijo de Plácido Martínez Franque, registrador de la propiedad de Mayan, invitándolo a revisar su posición y a apoyar las fuerzas de la Revolución.

De aquella reunión no salió acuerdo alguno. Los más significados jefes políticos abandonaron el campo electoral. El joven Pardo Liada, atemorizado por recados fulminantes de Fidel Castro, que le odiaba, decidió retraerse, y embarcó hacia España, apareciendo meses después de aquella fuga en la Sierra Maestra. Su partido había quedado bajo la dirección de un joven valiente y decidido, Juan Amador Rodríguez, representante a la Cámara, que finalmente decidió apoyar a Márquez Sterling, ingresando con todos sus amigos en el *Pueblo Libre*.

LXXXII

CAYO LOCO

El cinco de septiembre, la estación naval de Cayo Loco, en Cienfuegos, fue capturada por un grupo de oficiales de la marina, secundados por militantes del 26 de julio, y seguidores de Carlos Prío y Tony Varona.

Al frente de los asaltantes figuró el oficial Dionisio San Román, separado del servicio con anterioridad por haber estado en conexiones con el coronel Barquín. El golpe fracasa. La Habana, comprometida en el complot, no secunda. Tony Varona es arrestado y acusado de complicidad en la rebelión; lo señalan dos capitanes de fragata. Precisamente, un capitán de marina había propuesto el asunto a Márquez Sterling, ofreciéndole, en nombre de sus compañeros, la presidencia provisional. Márquez no aceptó.

El cuerpo diplomático se interesa por Varona. Este se asila en la embajada de Chile. Batista declara que no tiene necesidad de ello y facilita el salvo conducto. Tony sale hacia Miami.

Cayo Loco es el último acto de guerra con el que pretenden los obstencionistas adelantarse a Fidel Castro en la toma del Poder. La versión de Cayo Loco, de acuerdo con el Embajador Smith, es contundente. En su declaración ante la Comisión de Seguridad del Senado, dijo lo siguiente:

"En Septiembre de 1957, la Armada tuvo un alzamiento en Cienfuegos, Cuba. Nosotros, en la embajada, sabíamos que una revuelta de algún tipo tendría lugar.

Esa información nos llegó a través del CIA o de alguna otra fuente de la Embajada. Si me puedo desviar por un minuto diré que esa es la dificultad con los cubanos. Hablan demasiado. No sabíamos cuando la revuelta iba a tener lugar. Finalmente oímos decir que la revuelta en Cienfuegos había sido suspendida. Sin embargo, la Armada en La Habana olvidó notificar a la de Cienfuegos y ésta siguió adelante con la conspiración. Esta revuelta fue aplastada por el gobierno de Batista. En el juicio de los oficiales navales se reveló que el hombre número dos había dicho que si la revolución tenía éxito, los Estados Unidos reconocerían a los revolucionarios. No creo que el hombre número dos en el CIA intentó expresar esa idea. Su relato a mí fue que él había sido llamado a entrevistar algunos hombres que creía eran doctores, porque estaban vestidos con chaquetas blancas, y cuando ellos le advirtieron que la revuelta iba a tener lugar, le dijeron que desearían saber cuál podía ser la posición de Estados Unidos. Y él, inadvertidamente, expresó algo al efecto de lo que no estoy completamente seguro, en el sentido de que los Estados Unidos podrían dar el reconocimiento. Tan pronto como la embajada supo ésto, citó al personal de la misma y sentó el principio de que ni el embajador, ni nadie, podría decir a quién los Estados Unidos reconocerían; que había solamente dos personas en Estados Unidos que tenían esa autoridad, una era el Secretario de Estado y la otra el presidente. La información de lo que había tenido lugar me la dió Batista. Batista estaba muy indignado. Sin embargo, le expliqué lo ocurrido y le dije a Batista que el hombre del CIA había hecho eso inadvertidamente y no se había percatado de lo que estaba diciendo o a quien le estaba hablando. Batista cooperó y no permitió que el hombre abandonara el país."[27]
¿De qué le sirve la censura a Batista? De nada. Hoy, con la Radio y la Televisión internacionales, no puede existir la censura más que en los regímenes típicamente comunistas, que se encierran en su concha, como los caracoles. A los pocos días aparece en *París Match*, en *Time*, en *Life*, y en todos los periódicos del mundo, el retrato de Fidel Castro. Y en la Torre Eifel ondea una bandera del 26 de julio. Hay más, en un pueblecito de Suiza, luminosamente encajado en las alas de una montaña poderosa, una revista inserta la imagen del Barbudo, grande, gordo, con una gorra igualita a la que usaban los bolcheviques, después del 1917, cuando regresaron del exilio.

¿Es posible que el 26 de julio tenga tamaña organización? O detrás de todo está el aparato de propaganda soviética que sostiene a Castro en desdoro de nuestra democracia, y de las democracias de América, ciegas no ya ante la imminencia, sino ante la presencia real del peligro.

LXXXIII

¿QUIEN IMPONE PRESIDENTES?

A fines de 1957, la vida de los exilados en Miami realmente es cómoda y llevadera. Nadie ha carecido de nada; ninguno pasa trabajos y, salvo los que de antiguo se han domiciliado en la Florida, rezagos de otros exilios más duros, jamás nadie se ha preocupado por conseguir un empleo. El pan no es amargo. No se suda. Y nadie se acuesta sin comer; pero el sol de Miami, su cielo pálidamente azul, no es el sol de fuego de nuestra patria, ni es nuestro cielo brillante y transparente, y los cubanos lo echan de menos y lo añoran.

Los exilados viven de sus rentas, de sus casas de apartamento en la Habana, de sus honorarios de notarías y bufetes, de sus comisiones de vendedores de seguros, de sus sueldos de profesores de la Universidad, de sus registros de la propiedad, de sus fincas de ganado, de sus colonias de caña, de sus ingenios, de sus pensiones de ex-congresistas, de sus retiros y jubilaciones; y, en fin, de lo que religiosamente, todos los meses, les giran desde la Isla los bancos y fondos de seguros, pues los pagadores del Estado, la provincia y el municipio, se desviven porque a los perseguidos no les falte nada en el extranjero. En sueldos, rentas, emolumentos, alquileres y demás renglones de nuestra economía, salen todos los meses de Cuba millones de dólares, sin que el Estado (que es Batista, según los fidelistas) haya puesto jamás la menor dificultad. Es más, el Seguro del Congreso modifica el precepto que prohibe el ausentismo. Y no lo pasan mal tampoco los miembros de la Federación Estudiantil y el Directorio, ni los militantes del 26 de julio, que son los que manejan más dinero.

Es curioso, a principios de 1958, la revolución castrista se nutre, se afianza y se solidifica, con la crema del poder financiero de las más conocidas fortunas cubanas. Hacendados, banqueros, terratenientes, colonos, rentistas, propietarios, corredores de azúcar. Fidel Castro, ayudado por los comunistas, es también ayudado por las clases ricas, y cada día es más poderoso por el sabotaje al plan colectivo que como un pulpo va extendiendo sus miles de tentáculos.

La línea de resistencia política en Miami contra Fidel Castro se va debilitando. No es que los exilados y revolucionarios de la Florida se sientan fidelistas, no; es que hay que tumbar a Batista de todas maneras y evitar que las elecciones ofrezcan la solución que se busca en la persona de uno de los candidatos presidenciales opuesto al régimen. Ortodoxos y Auténticos pactan. Han llegado a la conclusión de que tienen perdida la batalla en ambos frentes de lucha; en el revolucionario, porque no se puede conducir una guerra conversando en los cafés y restaurantes de Miami; y en política, porque la han abandonado y si en este campo hay dividendos, serán para Grau o para Márquez Sterling, que están luchando en Cuba por sostener las urnas con la esperanza de evitar a toda costa que Castro se convierta en la única solución nacional aparente.

Conscientes de esta situación que los obligaba a aceptar a Castro, o reintegrarse a Cuba y respaldar a Márquez o a Grau, los representantes de la oposición abstencionista y revolucionaria se reúnen, en Noviembre, en la casona que posee uno de ellos en las playas de Miami, y resuelven hacer causa común con Castro. Asisten delegaciones de siete sectores, a saber: *Movimiento 26 de julio, Partido Revolucionario Cubano, Auténtico-Abstencionista, Consejo Director Ortodoxo, Organización Auténtica, Federación Estudiantil Universitaria, Directorio Estudiantil* 13 *de marzo*, y *Frente Obrero Revolucionario*.

El documento que elaboran todos estos grupos, constituidos en Junta de Liberación Cubana, no contiene nada nuevo. La base séptima declara respaldar todas las acusaciones sobre violaciones de derechos humanos cometidos por Batista, presentadas a las Naciones Unidas. Requieren a Estados Unidos y a la Organización de Estados Americanos para que no vendan más armas al ejército cubano. Finalmente, toman acuerdos secretos y eligen presidente provisional para dicho caso al doctor Felipe Pazos.

Bien mirado, la designación de Pazos, a quien Fidel ha prometido esa posibilidad, es un movimiento defensivo. En el fondo, los líderes políticos reunidos temen a Fidel. Y creen que adelantándosele en la selección del futuro presidente, van a neutralizarlo y a obtener una especie de compromiso.

Cuando Fidel recibe en la Sierra los pliegos y los acuerdos secretos su explosión no tiene límites.[28] ¿Serán imbéciles? ¿Es que yo voy a estar aquí, en estas lomas, para que en Miami, Prío y Pazos se lo cocinen todo? ¿Pero es posible que me crean un idiota?

Remite en diciembre una carta a Miami, verdaderamente atómica.[29] Raúl Chibás, Luis y Angel María Buch, salen corriendo a todos los periódicos en Nueva York y en Miami para que aquel texto quede oculto y no se conozca, y suplican no se haga público el documento. Fidel, en la carta, sopetea a todo el mundo, desautoriza a sus delegados, insulta a Prío, fustiga a Tony, ridiculiza a Agramonte, deja cesante a Pazos y combate el gobierno provisional y no acepta la Junta Militar.

Después de leer el documento "fideliano", típicamente fideliano, la fe de algunos castristas por simpatía comienza a flaquear. Jules Dubois comenta: "el líder rebelde ha entregado a Batista, en bandeja de plata, el mejor regalo del año nuevo que cualquier persona de su situación pudiera esperar... Uno tiene que llegar a la conclusión —añade Dubois— de que dicho documento servirá para prolongar el baño de sangre en Cuba...[30] Previsión tan acertada que todavía vivimos en el baño de sangre.

"Mi moral patriótica y mis deberes históricos —dice Fidel Castro— me obligan a dirigirles esta carta... Ustedes no saben nada de mis sacrificios... para aquellos que como nosotros luchamos contra un ejército incomparablemente más fuerte que el nuestro... tiene que ser muy duro, por no decir criminal, haber carecido sistemáticamente de vuestro apoyo... El 26 de julio no ha autorizado a nadie a representarnos en esas negociaciones... Con respecto a Prío y el Directorio, nada de eso ha sido tratado... Prío siempre ha dicho no tener recursos... en otras palabras, no existen obligaciones entre ellos y nosotros... En el documento de unidad que me envían ha sido eliminada la declaración del manifiesto de La Sierra, en que se rehúsan las Juntas Militares... Y no vacilamos en declarar que si una Junta Militar sustituye a Batista, el 26 de julio seguirá resueltamente su campaña de liberación nacional..."[31]

Después de esta catilinaria, rechaza los acuerdos secretos y regaña a todos los miembros de la Junta, sin excluir a los del 26 de julio, que han incurrido en su desagrado. "El Movimiento 26 de julio —agrega— reclama para sí la función de mantener el orden público; es la única organización que posee milicias organizadas disciplinadamente en todo el país y un ejército en campaña con veinte victorias sobre el enemigo..."

¿A quién engañará Fidel Castro que hasta anuncia las milicias?

"Los partidos políticos —agrega— sólo tendrán derecho en la provisionalidad a defender sus programas y a movilizarse para las elecciones. La caída de Batista supone la disolución del Congreso, la cesantía de los secretarios de sindicato, y el desbandamiento del Tribunal Supremo"...

· Y ahora el golpe final y más efectivo. "El Movimiento 26 de julio designa presidente provisional al digno magistrado de la Audiencia de Oriente, doctor Manuel Urrutia. No somos nosotros, sino su propia conducta quien lo indica, y esperamos no se le niegue este servicio a la República."

Fidel Castro está haciendo ahora aquello de que acusa a Batista. Está imponiendo un presidente desde La Sierra Maestra, por la fuerza de las armas, y con desprecio para todos sus demás aliados que representaban la "resistencia cívica."

Los sectores en Miami doblan la cabeza. Se aceptan las futuras milicias; se acepta la disolución del ejército; se acepta la defenetración del Congreso; se acepta el desbandamiento del Tribunal Supremo; se acepta el presidente títere. Por lo visto, la revolución consiste en hacer, desde La Sierra, aquello mismo de que se acusa al gobierno todos los días. Pero aún hay esperanzas. En Cuba quedan dos líderes políticos, Grau y Márquez Sterling, que luchan por evitarle a Cuba el baño de sangre que ha anunciado Dubois, y que continuará en lo adelante

a torrentes, como nunca, si Fidel Castro, desgraciadamente, se apodera de los destinos de la Nación.

LXXXIV

ACTITUD DE LA PRENSA EXTRANJERA EN EL DRAMA CUBANO

La revolución castrista fue cebada por la prensa universal; una, controlada por el aparato de propaganda soviética, otra, buscando sensacionalismo, ignorando los antecedentes, causas y efectos de la historia de Cuba.

Mientras Fidel Castro imponía su presidente testaferro a los demás sectores revolucionarios y abstencionistas, el departamento de Estado, en Washington, a través del embajador Smith, presionaba a Batista. El fracaso de la revuelta de Cienfuegos y la impotencia de Castro para disponer por la fuerza del gobierno de Batista, parecían haber ganado amplias decisiones en el ánimo del Secretario de Estado John Foster Dulles. Así lo hizo saber el embajador Smith a los partidos de oposición. Márquez Sterling, lo comunicó a los miembros del Comité Ejecutivo Nacional del partido del *Pueblo Libre*, y se tomó el acuerdo de exigir que una comisión de las Naciones Unidas o de la Organización de Estados Americanos, supervisara las elecciones; posibilidad que Fidel Castro impugnó immediatamente, a través de sus periódicos clandestinos *Revolución* y *Sierra Maestra*, y que la sección de abogados del Movimiento 26 de julio circuló profusamente en La Habana. El argumento castrista contra la supervisión descansaba en que "representaba una intervención colectiva," y violaba el manifiesto de 12 de julio y los acuerdos de Miami del mes de diciembre.

Por esta razón, cuando el gobierno de Batista accedió a dirigirse a las Naciones Unidas solicitando los supervisores para las elecciones, dicho organismo se excusó, alegando no existir acuerdo entre todas las partes.[32]

Hay hechos, en las luchas como las que entonces vivió Cuba, que sólo trascienden a las dirigencias de grupos y no llegan al pueblo; mucho más en aquellos trágicos días de incubación comunista, en que la trabazón de los intereses nacionales dificultaba toda clase de información veraz y responsable. Casi todos los periodistas extranjeros que visitaban la Isla prescindían de consultar la oposición democrática y cometían el error influenciados por los propagandistas de Castro, de asimilarlos a los partidarios de Batista. En efecto, cuando algún corresponsal extranjero visitó el domicilio de Márquez Sterling o el de Grau, e interrogó a éstos sobre la situación cubana, bastaba que les escucharan producirse contra Castro, y los peligros que suponía su triunfo, para

que los adscribieran en seguida, a los defensores del Statu-Quo, y dichas entrevistas no aparecieran nunca en sus respectivos periódicos, salvo las que en alguna oportunidad realizara con el presidente del Partido del *Pueblo Libre*, la conocida corresponsal oficial del *New York Times*, en La Habana, Ruby Hart Phillips.

A principios de 1958, honraron la residencia del doctor Márquez Sterling, Homer Bigart, del *New York Times*, y Lee Hall, de la revista *Life*. Este último resultó particularmente simpático y agradable, y almorzó en compañía de la familia Márquez Sterling. Se tomaron muchas fotografías, se formalizó una larga encuesta. Pero ninguno de los dos, ni Bigart, ni Lee Hall, publicaron las susodichas entrevistas que hubieran arrojado mucha luz en el asunto.

Bigart, en aquellos días, publicó una información sobre Castro. En líneas generales, lo que aparecía diciendo el máximo líder coincidía con una conversación sostenida con el representante Manuel de León Ramírez. Este se había adentrado en La Sierra, y había visto a Castro. León mostraba a Fidel deseoso de una solución. En estos días, Conte Agüero había tenido el acierto de citar la carta de José Martí a Emilio Nuñez, en 1880, en que aquel invitaba a éste a abandonar el campo de batalla, "porque hay momentos —le decía— en que un puñado de patriotas puede parecer, si carecen de apoyo nacional, un grupo de bandidos," como así han resultado los fidelistas.

Lo que conspiraba contra la solución nacional era la ausencia de informaciones directas. La prensa, en general, y los periodistas extranjeros, que cruzaban por Cuba brevemente, creyendo que en dos o tres días podían percatarse de la situación, acudían a los fidelistas para ofrecer a sus lectores lo que estaba pasando en Cuba.

Por otra parte, muchos ricos, francamente fascistas, simpatizaban con Castro, por entender que éste podía asumir una posición de extrema derecha frente a la clase obrera, y reprimir las constantes reclamaciones sociales. En realidad, la biografía de Hitler y la de Castro se parecen. Como los extremos se tocan, fascistas y comunistas, increíblemente, estaban amalgamados en aquella lucha, sin conciencia de ello. Bien es cierto que el fascismo es el comunismo de los capitanes de industria, y el comunismo es el fascismo de la chusma clasista, creadora de la "Nueva clase". "Ni Marx, ni Lenin, ni el mismo Trotsky, preanunciadores de una nueva sociedad, habían previsto la aparición de una nueva clase con caracteres de casta, que la historia no conocía aún. Se trata de una burocracia política, expresión última de la acción del partido, una vez alcanzado el poder y conquistado el nuevo Estado. Económicamente su aparición se justifica desde el momento en que ella disfruta ilimitadamente, en forma de monopolio personal y privilegiado, de toda la propiedad de la nación."[33]

Carentes de espíritu de sacrificio, para someterse a las dificulcultades de la vida pública, los apolíticos allanaron el camino al comunismo, sin conciencia de lo que realizaban. Como Castro había logrado eliminar a sus asociados políticos de la dirección del movimiento y no consultaba nada, manipuló las asociaciones cívicas y la clase media, conduciéndolas a sus objetivos finales. Hombres de negocios, industriales, comerciantes, profesores de universidades y de institutos, maestros, empleados de tiendas, empresas y bancos, y amas de casa, eran los encargados de enviar anónimos amenazantes, cursar llamadas telefónicas, e impresionar en todas las formas a la ciudadanía, que comenzó a sentir una enorme incomodidad, y la atribuía al régimen, que no se metía con ellos, pero en el que veían la causa de todos sus males, exclusivamente políticos.

A principios de 1958, la movilización civil contra las elecciones, mucho más efectiva que la revolucionaria, comenzó en La Habana, en una forma coactiva que la prensa universal se encargaba de difundir por todas partes del mundo, como si en Cuba se estuviera acabando la civilización occidental. En estos momentos fueron sorprendidos, en Santiago de Cuba, Armandito Hart y Javier Pazos. Nadie quiso matar a estos dos jóvenes, como se ha dicho. Ambos fueron conducidos a La Habana. Y los periodistas los interrogaron libremente. "Bajamos de la Sierra —dijeron— con una misión del doctor Fidel Castro, consistente en ratificar el manifiesto del 26 de julio frente a las declaraciones hechas por el doctor Manuel Antonio de Varona, en Miami". Este había osado criticar los úcases de Fidel Castro.

No obstante la cruzada contra las elecciones, a principios de enero de 1958 el Padre Pastor González, que tenía simpatías por el doctor Márquez Sterling, visitó a éste y le dijo: "Te traigo buenas noticias. Me ha dicho el Cardenal que en estos días se restablecen las garantías, y que Batista garantiza las elecciones." Márquez, de buen humor, contestó: "Magnífico. ¿Y cuándo Fidel Castro restablece las suyas?" Aludiendo a que Castro aprovechaba el estado de constitucionalidad para atacar con más encono que nunca a los electoralistas. Los mitines de Grau y de Márquez eran constantemente saboteados o tiroteados por los fidelistas y comunistas. Y de ésto la prensa universal jamás dijo nada.

LXXXV

EL USO QUE HACIA CASTRO DE LAS GARANTIAS

El embajador Smith tuvo éxito en sus gestiones, y las garantías constitucionales fueron restablecidas en Cuba el 27 de enero de 1958. Sorprendentemente, Sergio Carbó, que en *Prensa Libre*, había venido abogando por la solución nacional,

saludó las garantías con un artículo poniendo en duda los comicios. Esta reacción de tan distinguido escritor y diarista, indujo a Márquez Sterling a invitarlo a comer en su residencia. "Para que conversemos de todo esto."

Márquez Sterling profesaba a Carbó, formado en el diarismo en la misma época que su padre, Don Manuel Márquez Sterling, una sincera y profunda admiración. Carbó aceptó gustosamente. Y la cena discurrió como tenía que discurrir, encantadoramente. La esposa del doctor Márquez Sterling, hija del inolvidable novelista cubano, Alfonso Hernández Catá, admiraba a Sergio desde la niñez, en Madrid, donde Catá había representado a Cuba con el rango de embajador. Y ayudaba en la charla.

Días después de restablecidas las garantías, el Moderador de los programas "Ante la Prensa", por CMQ-Televisión, doctor Nicolás Bravo, sustituto de Mañach, invitó a Márquez a reinaugurar esas comparecencias. Márquez concurrió en un ambiente cargado de amenazas por parte de los fidelistas, dispuestos a sabotear la transmisión.

Márquez Sterling llenó el programa. Obtuvo uno de los triunfos polémicos más notables de su carrera política. El panel reclutado entre periodistas enemigos de las elecciones, acribilló a preguntas al defensor del sufragio, tratando de demostrar que, en aquellas circunstancias, no se podía ir a votar. Jorge Quintana abrió el interrogatorio diciendo: "Doctor Márquez, ¿cree Ud. que se podrá votar libremente?" Márquez contestó en el acto con otra pregunta:

—"Querido Quintana. ¿Ud. ya recogió su cédula?"

—No, doctor, yo no me he ocupado de eso.

—Entonces, señor Quintana, Ud. no puede votar libremente.

Salió a relucir la posición de la Prensa cubana, que no ayudaba a crear el clima electoral, entregada a destacar los desafueros fidelistas sin comentarios. Y a dedicarle cintillos de primera página a personas desconocidas. ¿Creen, ustedes, —preguntaba Márquez—, que eso es manera de ayudar al país?

"Todo esto, —agregó Márquez—, es gravísimo. Nos conduce al desastre y a que se conviertan en realidad las amenazas de los partidanos de la violencia. Amenazas —añadió— de las que deben tomar buena nota aquellos a los que Fidel les ha anunciado una visita después del triunfo de la revolución."

La comparecencia de Márquez del mes de febrero levantó un gran estado de opinión en el país, y Sergio Carbó, siempre elegante y talentoso, publicó un artículo hermosísimo, alusivo a Márquez, que terminaba con una alegoría

referida a San Jorge y el Dragón. "Ojalá, Carlos, nos traigas la primavera".

No se podía avanzar mucho en el terreno de los hechos, porque Castro usaba las garantías para agredir a sus contrarios políticos. "El restablecimiento de los derechos civiles y de las garantías —decía Jules Dubois— ha dado a los rebeldes mayor libertad para renovar los sabotajes en todo el país, y atacarlo todo".[34] Esta campaña implacable, auspiciada por quienes debían haber sido los más celosos defensores de los derechos que Fidel Castro no dejaba ejercitar opacó a los pocos días el ambiente creado por Márquez Sterling.

Castro lanzó con estruendo sus más efectivas amenazas. El 21 de febrero firmó con su procurador general, Humberto Sorí Marín, una ley autorizando las ejecuciones ante pelotones de fusilamiento de aquellas personas opuestas a la revolución o pertenecientes al régimen de Batista.[35] De esta ley y sus consecuencias se hizo cargo la revista *Look* que publicó un reportaje gráfico sobre la ejecución de un traidor —a juicio de Castro— y otras escenas que, en esos días, tuvo oportunidad de contemplar en la Sierra el periodista norteamericano, Andrew St. George. El fusilado era Carlos Ramírez.

La ley de febrero de 1958, a que aludimos, jamás se publicó en la *Gaceta Oficial*, después de tomar el Poder, Fidel Castro; sin embargo en enero 29 de 1959, el régimen castrista promulgó la ley número 83, enmendando aquella de febrero de 1958, del llamado ejército rebelde.[36]

En febrero de 1958, y no en enero de 1959, creó Castro los tribunales revolucionarios. Realizaba una de las campañas de sabotaje más criminales en las áreas rurales de Cuba, quemando escuelas, cañaverales, casas de tabaco y puentes, asesinando pacíficos guajiros que se negaban a satisfacer sus demandas.

Apoyado en las pandillas que trabajaban en lugares montañosos y salían de noche a cometer fechorías, desplazó la acción a las fincas particulares, a los caseríos, centrales azucareros, arrozales y demás centros de producción. Los ganados, dispersos. Los embarcaderos del Cauto destruidos. Los destrozos fueron enormes. Los jueces de cuarta clase, monte adentro, empezaron a abandonar sus juzgados. Muchos ellos, en los recorridos, fueron secuestrados y asesinados, y los ponían en la cuenta del gobierno, o en la de los Tigres de Masferrer, que, desde luego, contestaban al plomo con el plomo, en una ola de venganzas y de excesos en los que no se mezclaba la inmensa mayoría de los cubanos.

Mediado el mes de febrero, se abrió un segundo frente revolucionario en las montañas del Escambray, en las Villas, en el Centro de la Isla. Sus jefes serán Faure Chomon y Víctor Bordon. No tenían el propósito de secundar a Castro;

confiaban en adelantarse en la toma del Poder. Pero carecían de suministros, y Castro los aprovechó. Despachó a William Morgan, primero, y al Ché Guevara después, y pactaron verbalmente, en la inteligencia de que ninguno se podía confiar en el otro.

LXXXVI

NUEVO ATENTADO CONTRA Márquez STERLING

A principios de febrero se reunieron en los salones de la "Artística Gallega", los delegados a la asamblea nacional del Partido del *Pueblo Libre*. Proclamaron candidatos a la presidencia y vice de la República a los doctores Carlos Márquez Sterling y Rodolfo Méndez Peñate.

Desde temprano del día señalado, las pandillas del 26 de julio y las del partido comunista coparon los puestos principales del salón. Cuando Márquez Sterling, acompañado de su esposa, su secretario y los delegados que habían ido a su casa a buscarle, llegaron al edificio, encontraron una gran cantidad de público estacionada en la calle, y mucha policía. Márquez fue abordado por el capitán Juan Castellanos.

—"Doctor, nosotros conocemos muy bien a los fidelistas y comunistas, y allá arriba tiene Ud. sentados en las primeras filas a esos elementos que han venido única y exclusivamente a sabotearle el acto. Yo le ruego que nos deje situar la policía en el salón."

Márquez se negó enérgicamente y contestó que los *Ubres* eran bastante para repeler la agresión, si efectivamente los fidelistas se atrevían a llevar adelante sus propósitos.

Cuando se encontraba en el uso de la palabra el doctor Antonio Martínez Fraga, secretario del partido y candidato a senador por Las Villas, se levantaron, como movidos por un resorte, unos treinta o cuarenta jóvenes, convenientemente situados, portando banderas rojinegras del 26 de julio, dando mueras a las elecciones y disparando, generalizándose una lucha en el salón donde había una gran cantidad de mujeres. El tumulto estaba planeado para asesinar a Márquez por la espalda, entrando por la puerta del fondo del pequeño escenario, donde estaba situada la tribuna. Felizmente, los *libres* dominaron la situación y expulsaron del salón a los fidelo-comunistas, quitándoles banderas y gallardetes del 26 de julio, uno de los cuales le fue extendido a Márquez por su hijo Carlos, que había peleado bravamente. — "Papá, el primer trofeo".

Después, la reunión continuó en medio de gran entusiasmo, hablando entre otros el doctor Amalio Fiallo. Concurrió éste a comunicar a Márquez Sterling que el partido *Liberación Radical*, en las Provincias de Pinar del Río, la Habana y Camagüey, había acordado respaldar su programa "por considerarlo salvador de las instituciones democráticas".

El doctor Márquez Sterling pronunció un discurso emotivo. Pronosticó la muerte de la democracia en Cuba, si ganaba Fidel Castro, pues entendía que se trataba de un movimiento totalitarista, contrario a la libertad y a la democracia, que falseando y desnaturalizando los hechos, se negaba a dejar hablar las urnas, donde únicamente estaba la salvación de Cuba, y profetizó que los que se mostraban indiferentes o se marginaban de la lucha, creyendo que se trataba de una cuestión entre el gobierno, los partidos políticos y los revolucionarios, estaban profundamente equivocados, y habrían de lamentar, más adelante, no haber apoyado a los partidos opuestos al régimen. En lo sucesivo, si triunfa Fidel Castro —aseguró Márquez— tendremos "gobiernos dictatoriales y tiránicos, y oposiciones errantes y clandestinas, lejos de nuestro bendito suelo. Tenemos que salir de la Dictadura de Batista sin caer en los riesgos de la tiranía de Castro".

Cuando Márquez Sterling, en su casa, se despojó de la americana que llevaba esa tarde, para desvestirse, su esposa advirtió el tremendo navajazo que había rasgado la tela por la espalda, sin llegar a lesionarlo físicamente.

Muchos amigos del doctor Márquez Sterling, asustados por el sesgo que tomaban los acontecimientos y la situación de indefensión en que se encontraban frente a los desmanes fidelistas, le aconsejaron que se retirara de la campaña, diciéndole que de no realizarlo le iba a suceder lo que al coronel Arana, en Guatemala, asesinado por los comunistas, por estorbar a sus designios de tomar el Poder. Pero Márquez, enérgicamente, se negó siempre, alegando que por lo menos el partido del *Pueblo Libre* y sus amigos mantendrían en alto los principios de la democracia y el sufragio.

Tres días después de aquellos sucesos se presentó en el domicilio del doctor Márquez Sterling el Capitán Duarte, ayudante que había sido del ministro de Defensa Miguel Angel Campa, y que se encontraba trabajando en la investigación de los hechos, para decirle que habían preso a los directores del asalto y asesinato frustrado, y que deseaba que lo acompañara a la jefatura para identificarlos. Márquez rogó a Duarte que pusiera en libertad a esos jóvenes, porque, cualesquiera que fueran, él, como en casos anteriores, no pensaba acusarlos, y además sería muy difícil precisar, dentro de una riña tumultuaria, quiénes habían dirigido el asunto. Así lo hizo aquel oficial, llamando luego a Márquez Sterling. "Doctor, ya Ud. está complacido. Pero le advierto que le va a pesar".

Una mañana, pocos días después, llegó a la residencia de Márquez, en la Copa, un paquete sospechoso, que alarmó mucho a la familia. El secretario de Márquez, el joven Rodolfo Laucirica, abrió el paquete y éste contenía una camisa a cuadros que habíamos visto en el salón el día del asalto, toda manchada de sangre, acompañada de un tremendo anónimo, canallesco. "La sangre de esta víctima caerá sobre tu cabeza".

En la Artística Gallega no hubo muertos. Pero a Márquez le preocupó hondamente aquel anónimo y remitió la camisa a un laboratorio y reconocida se comprobó que la sangre era de cochino. Así operaba el 26 de julio. Así eran la mayor parte de sus muertos.

La postulación presidencial de Márquez y el entusiasmo que su actitud provocó en otras organizaciones acobardadas o timoratas, despertaba en el país grandes simpatías entre las clases más sensatas y concientes; pero movilizó contra él al Movimiento del 26 de julio, a la Resistencia Cívica, y a los órganos de información del clandestinaje, dedicados a calumniarlo constantemente.

El 24 de febrero, al amparo de las Garantías Constitucionales, el 26 de julio inició su propaganda radial. Estas transmisiones, en su mayor parte, no se enviaban desde La Sierra, como se ha hecho creer, sino desde ciudades y pueblos, aprovechando que, en esos días, para registrar casas y locales, hacía falta un mandamiento judicial.

¡Aquí, Radio Rebelde! ¡Transmitiendo desde la Sierra Maestra, territorio libre de Cuba!

La aparición de estas transmisiones dieron un impulso enorme a la propaganda contra las elecciones. El 26 de julio tenía mucho dinero, producto de las contribuciones que en La Sierra, Fidel Castro exigía a los azucareros, ganaderos y cafetaleros, a los cuales era fácil atemorizar y coaccionar en montes y campos. Estas colectas fueron tan enormes que Fidel Castro llegó a la Habana, en el mes de enero de 1959, con cerca de diez millones de dólares, que depositó en la caja del cuartel maestre de Columbia, y fue encargado de levantar el acta correspondiente, que quedó naturalmente en manos de Castro con las llaves y la combinación, el Coronel Arce.[37] Estos atracos inauditos no impedían que los corresponsales extranjeros aseguraran que Castro era honrado y que su revolución tenía la ventaja de ser honesta.

El 26 de julio no solamente contaba con grandes sumas de dinero para sobornar y comprar, o matar en su caso, al que se negaba a dejarse corromper, sino que en todas partes contaba con jovencitos adiestrados en la amenaza y el crimen. Estas gestiones se intensificaban en el campo político, contra los

dirigentes electorales, tendiente a alejarlos, so pena de matarlos, ponerles bombas en sus residencias o negocios, o quemarles sus cañas o campos de sembradío, y secuestrarles a hijos o hijas menores de edad, como sucedió en algunos casos. Hasta llegaron a prohibir reuniones sociales y festejos, y comprar arbolitos de navidad y adornarlos. Coaccionados y amenazados muchos líderes políticos que querían concurrir a los comicios, se embarcaban al extranjero y llegaban diciendo que en Cuba no se podía vivir a causa de la dictadura... de Batista.[38]

La explotación del miedo adquirió grados jamás concebidos. Aquel mismo 24 de febrero, se efectuaban en la Habana unas carreras de automóviles organizadas por la Comisión General de Deportes. La noche antes fue secuestrado Juan Manuel Fangio por pandillas dirigidas por Faustino Pérez. Esa misma noche, con intención de amedrentar a la familia Márquez Sterling, llamaron por teléfono a su residencia y le dijeron a una hija de éste que atendió la llamada, que se lo comunicara a su padre.

Un grupo de magistrados publicó un manifiesto atacando duramente al Gobierno. Releyendo este documento, en la distancia que los años han puesto sobre él, podría preguntarse el lector contra quién iba dirigido, si la mayor parte de los hechos por los que se protestaba estaban realizados o ejecutados por los revolucionarios.

En medio de aquella confusión tremenda, nadie estaba seguro; afectados todos los factores del orden, extravasados a la causa del desorden, los fidelistas ponían en las responsabilidades del gobierno hechos que ejecutaban por su cuenta, como, por ejemplo, la colocación de bombas y petardos en los tribunales, que la policía estúpidamente perseguía matando al primer sospechoso que encontraba. "A pocos pasos del Tribunal Supremo —decía uno de los acuerdos de aquellos magistrados— ha sido encontrado un hombre muerto y todavía la policía no ha hallado a los asesinos".

LXXXVII

LA GESTION DEL EPISCOPADO

Nadie podía, por mucho que lo quisiera, mantenerse al margen de esta lucha, invasora de todas las actividades. Los componentes de la más alta jerarquía católica, encabezados por el Cardenal Arteaga, se reunieron en el Episcopado. Estaban presentes los obispos de Pinar del Río, Monseñor Evelio Díaz Cia; de Matanzas, Martín Villaverde; de Cienfuegos, Eduardo Martínez Dalmau; de Camagüey, Carlos Riu Angle; de Santiago de Cuba, Enrique Pérez Serantes; y el

auxiliar de la diócesis de la Habana, monseñor Alfredo Muller.

Se inicia la discusión y el obispo Martín Villaverde propone se le pida la renuncia a Batista. Esta proposición encuentra débil apoyo. Solamente un arzobispo la respalda. El cardenal Arteaga, príncipe de la iglesia católica, camagüeyano ilustre, que en sus mocedades, siendo sacerdote, había desempeñado el cargo de concejal en el ayuntamiento de Camagüey, por elección popular, argumenta. "No hay que olvidar que la iglesia está separada del Estado y una petición de este alcance puede provocar una crisis gravísima".

Se generaliza la discusión entre sus santidades. Batista está en minoría. Las altas jerarquías católicas acuerdan dirigirse al país, pidiéndole a todos los cubanos que pongan fin a la lucha entre hermanos y que se constituya un gobierno de "unidad nacional, que prepare el retorno a la paz y a la vida política normal de nuestra patria".

Los santos padres no han podido ser más explícitos en sus ruegos, pero los defensores de Castro, los periodistas norteamericanos a su servicio, los representantes de la "Resistencia Cívica" y los que "juegan en todas las novenas" han querido ver en aquellas líneas, admirablemente redactadas, que el Episcopado le ha pedido la renuncia a Batista.

Los ánimos están tan exaltados que muchos miembros del gabinete han querido leer lo mismo. Y más aún, hay ministros de Batista que han percibido entre líneas que la Iglesia está del lado de Castro.

De aquella reunión se cuentan anécdotas inverosímiles y verosímiles, sin que nos atrevamos a calificar unas u otras. Se narra que Martínez Dalmau, "defensor de Batista", había tenido una discusión muy ácida y nada santa con Pérez Serantes, que está cien por cien junto al "demonio" de la Sierra. Se dice que Villaverde, olvidado de sus hábitos, discurre duramente. Se cuenta que el obispo camagüeyano elogia al Ché Guevara que ha cruzado por aquella provincia al precio de trescientos mil dólares, entregados al jefe militar de la plaza. Se asegura que el de Pinar del Río no ha podido ocultar su simpatía por los alzados y... finalmente, se informa que Palacio presiona al *País* y al *Diario de la Marina* para que no publiquen la exhortación episcopal.

Un grupo juvenil católico se presenta en *El Diario* y el Director los recibe. Aparecen Hernández Lovio, Ichaso, Pubillones, Baquero. Este pregunta:

—Pero señores, qué pasa?!

—¿Es verdad que Batista se opone a que se publique el documento del Episcopado?

Rivero: No señores, no se agiten. Palacio ha pedido únicamente una aclaración al Episcopado, y estamos esperando el resultado.

Un periodista norteamericano: ¿Y Ud. cree que el Episcopado puede estar disponible a esta hora? ¿La una y media de la mañana?

Baquero, alto, con sus anchas espaldas, su rostro inteligente y broncíneo, su mirada larga, y su antipatía al pandillismo, sonríe sencillamente.

Los jóvenes católicos impacientes: Nosotros esperamos que el *Diario de la Marina* cumpla con su deber y publique el documento.

Baquero: El *Diario* ha cumplido con sus deberes durante ciento veinte y seis años, y continuará haciéndolo..

El *Diario de la Marina*, por supuesto, publica el documento y al día siguiente inserta un editorial en primera plana diciendo que el documento ha querido expresar que se constituya un gobierno de unidad nacional, con un nuevo gabinete integrado por miembros de distintas facciones, ya que interpreta que ese es el verdadero sentir de la Iglesia.[39]

El general Batista, teniendo en cuenta el documento de los obispos, que piden paz y unidad nacional, cambia su gabinete y sitúa al frente del mismo al doctor Emilio Núñez Portuondo, embajador de Cuba en las Naciones Unidas, que hace años que está retirado de la política activa, y que posee condiciones capaces de enfrentarse con la crisis y conducir el país a las elecciones, garantizando su funcionamiento y que vengan a supervisarlas delegados de la ONU o de la OEA.[40]

¿Quiénes componen la comisión de paz? Dos ex-vicepresidentes, Gustavo Cuervo Rubio y Raúl de Cárdenas, un banquero, Víctor Pedroso, y un sacerdote, Pastor González. Se entrevistaron primeramente con Grau y al día siguiente con Márquez Sterling. Habla el Padre González.

—Bien —interrumpe Márquez— y ustedes ¿cuándo van a ver a Castro?

—Sí —responde Pastor—. Sí. Subiremos a la Sierra.

La reacción de Fidel Castro cuando oye hablar de paz y de unidad nacional, y de regresar a la normalidad, es la misma de siempre. Aterradora. ¿Va a subir a la Sierra una comisión de paz? De ninguna manera. Se adelanta a ello y remite una carta al Director del Noticiero Radio Oriente, en Santiago, en la que rechaza de plano todo contacto con la comisión, y señala que "si antes del 11 de marzo el gobierno no permite a los periodistas cubanos el tránsito a los territorios que él

dice dominar, no habrá tregua en la contienda".

¿Gobierno de unidad nacional? Fidel fustiga. ¿Cómo la alta clerecía puede suponer que nadie vaya a sentarse en un consejo de ministros presidido por Batista?

Después, el 26 de julio, rechaza todo contacto con la comisión. ¿Acuerdos con "el vergonzoso, repugnante y criminal régimen que nos oprime"? Realmente, la comisión proponía un alto al fuego y que se celebraran las elecciones en un clima de paz. Pero esto, para Castro, era más "vergonzoso" aún que entenderse con Batista.

La comisión se disuelve y el gabinete renuncia en pleno. Fidel, echando espuma por la boca, dice que si los comisionados suben a verlo, los fusila.

Después de este nuevo fracaso pacifista, Fidel desata una campaña de más sangre. Asesinan, al estilo fascista, a un hermano de Rivero Agüero. Nicolás, la víctima, es empleado de la casa Bacardí y vive modestamente. Llegan los fidelistas. Tocan a la puerta, Nicolás abre y lo fulminan a balazos en presencia de su esposa e hijos. Días después, asesinan en la misma forma a Felipe Navea, secretario de un sindicato, y a Aníbal Vega, hermano de Víctor Vega, presidente éste del partido del *Pueblo Libre*, en Camagüey. Y al poco tiempo asaltan la finca del ganadero Rosendo Collazo y lo ultiman a tiros delante de su familia.

El 26 de julio tiene derecho a matar y sus crímenes, repugnantes, prometen el renacer de nuestras libertades. Y todavía hay idiotas utilizables que lo creen.

Aquel mismo 11 de marzo se suspenden las garantías constitucionales. El gobierno aprovecha la circunstancia para sobreseer la causa especial que el juez Alabau instruye al comandante Esteban Ventura y al teniente Laurent. Todos los buenos efectos producidos por la gestión de paz desaparecen. Estamos otra vez en el kilómetro cero de las actividades políticas.

LXXXVIII

EL EMBAJADOR SMITH Y LAS ASOCIACIONES CIVICAS

Tres días después de esta nueva suspensión de garantías, el Embajador Smith telefonea al doctor Raúl Velasco, que preside la Junta Unida de Asociaciones Cívicas, y le ruega que vaya a verlo. Reunidos, momentos después, Smith le dice a Velasco que Batista está dispuesto a dar toda clase de garantías para las elecciones del primero de junio. Agregó Smith que si las Instituciones Cívicas lo

pedían, dado que no eran organizaciones partidarias, el presidente accedería a que vinieran delegados de la ONU o de la OEA a supervisar los comicios.[41]

"Le contesté al embajador —dice Velasco— que yo pensaba que él estaba confundido y que si no sabía que Batista había suspendido las garantías para que Ventura y Laurent no fueran procesados. Que, además, no creía en aquellas promesas y que, estando ya en marzo, no había tiempo material para preparar un proceso democrático en abril en el que pudieran tomar parte todos los partidos de la oposición, sin ser atropellados, torturados o muertos".

Smith estaba decidido a respaldar los comicios y atajó a Velasco diciéndole:

—Las elecciones pueden ser pospuestas para septiembre u octubre.

—Señor embajador, —replicó Velasco— (que no quería elecciones) los periódicos acaban de publicar la noticia de que el Tribunal Superior Electoral he rechazado hoy una solicitud posponiendo las elecciones.[42]

—Le apuesto diez dólares a que Ud. está equivocado —replicó Smith— sacando un billete de esa denominación del bolsillo.

Velasco se ríe. Mi padre me enseñó que jugar al seguro, era un robo. ¿Por qué no manda Ud. a buscar un periódico?

Efectivamente. Smith pide un periódico cualquiera y cuando se lo traen, en el acto lee la noticia anunciada por Velasco. Se levanta. Le pide a Velasco que lo espere. Se interna en otro despacho. Llama por teléfono a Washington. Habla con Rubottom, secretario asistente de Estado para asuntos latinoamericanos. Y regresa triunfante.

—Señor Velasco, le garantizo que las elecciones serán pospuestas para septiembre u octubre, y Batista se ha de dirigir a las organizaciones internacionales para que vengan a supervisarlas.

Velasco queda en suspenso. El asunto ha tomado un giro inesperado para él. Se siente un poco incómodo y dice lentamente:

—Señor embajador, las asociaciones cívicas están dispuestas a aceptar cualquier solución que tenga el apoyo de los sectores revolucionarios. Y agrega: "Las elecciones no serían un problema, si el general Batista entregara la presidencia a una persona inequívocamente neutral".

Smith comprende que han entrado en la fase negativa de la entrevista y pregunta: "¿Y qué pensará el hombre fuerte de la Sierra de esto?"

—El aceptaría un gobierno —aclara Velasco— que no esté presidido por Batista.

Smith ya no tiene esperanzas y exclama:

—Señor Velasco, tenemos que evitar el caos. Yo tengo que defender la vida y los intereses de los ciudadanos de Estados Unidos.

La conversación se desvía por otros caminos. Y Velasco se despide, haciendo una afirmación algo esperanzadora. "Las Instituciones Cívicas —dice— no han tomado una decisión. Estamos discutiendo este asunto".

Es absolutamente falso que las asociaciones cívicas se reunieran en ninguna forma, ni pública ni privadamente, ni en conjunto, para estudiar la situación del país y contestarle a Smith, que le había suplicado a Velasco que le dieran una respuesta. La mayor parte de esas instituciones eran totalmente inexistentes, compuestas por cuatro o cinco individuos. En realidad, los reunidos fueron Raúl Velasco, presidente del Comité Conjunto, José Miró Cardona, Decano del colegio de abogados de la Habana, y Raúl Fernández, coordinador de las iglesias evangelistas, que representaban organismos reales.

Pero contrarios al proceso electoral, partidarios del triunfo de Fidel Castro, *apolíticos* todos, hicieron circular un manifiesto oponiéndose a las elecciones, sin referirse a ninguno de los aspectos tratados y ofrecidos por el embajador, entre ellos la posposición de los comicios, y la supervisión de los mismos por organismos internacionales.

Este documento, que motivó la orden de arresto de los tres mencionados señores, fue entregado en las oficinas de la embajada al secretario de la misma John Topping. El embajador Smith se negó a recibirlo. No venía firmado por nadie, y sólo contenía los nombres, puestos en máquina, de las asociaciones que lo encabezaban. Aquello era poco serio, pues al menos debió haberlo rubricado el señor Velasco, que se atribuía tan vasta representación.[43]

Hablar de gobierno provisional en esos momentos y de "presidentes inequívocamente neutrales" era imponer la voluntad de Fidel Castro, que hacía cuatro meses había designado presidente de la República a Manuel Urrutia, hecho que quizás no conocieran en todas sus partes los señores Velasco y Fernández, aunque era ya del dominio público y se especulaba con ello.

LXXXIX

EL EMBARGO DE ARMAS

El 14 de marzo de 1958, las autoridades federales de Estados Unidos cancelaron un embarque de armas destinado al Gobierno de Cuba. De hecho, por tanto, decretaron el embargo de esos suministros vitales. Poco después, el embargo quedó definitivamente establecido.[44]

Esta disposición, inesperada (días antes, conocidos generales del ejército y almirantes de la Marina norteamericana, habían condecorado al general Batista) fue recibida en los propios Estados Unidos de diversas maneras. Unos, la criticaron duramente. Otros, la aplaudieron. Siete días después, el corresponsal del *Chicago Daily Tribune*, Jules Dubois, la exaltaba. Sostenía Dubois en su despacho cablegráfico que el pueblo exigía la renuncia de Batista, y aludía a las Asociaciones Cívicas como expresión de popularidad. Al referirse a su embajador, Earl T. E. Smith, decía: "Ambassador Smith is being branded as worse than his predecessor, Arthur Gardner... Opponents of Batista insist that Smith has been captured by Batista's friends and business associates just as Gardner had been".

Es hora de decir que al embajador Smith no lo convenció ningún amigo de Batista de la verdadera realidad cubana y del comunismo *sui generis* de Castro. En diciembre de 1961, aludido por un columnista del *Herald Tribune* de Nueva York, Robert G. Spivack, el embajador clarificó totalmente su posición al hacer, por primera vez, después de su testimonio en el Senado, declaraciones públicas.

"After I had been in Cuba for approximately two months —decía Smith— and had made a study of Fidel Castro and the revolutionaries, it was perfectly obvious to me as it would be to any other reasonable man that Castro was not the answer; that if Castro came to power, it would not be in the best interest of Cuba or in the best of the, United States." "If the State Department had been willing to support some such viable solution, when it was first proposed in the early stages by me I honestly believe that Castro would never have come into power."[45]

El embargo de armas por parte del gobierno de Estados Unidos al gobierno de Batista resultó importantísimo, porque eso levantó la moral de las fuerzas castristas. El embajador Smith explica esta medida en dos oportunidades de sus declaraciones ante el Comité de Seguridad del Senado de los Estados Unidos. Dijo:

"Con respecto a la desintegración de las fuerzas armadas alrededor del Gobierno de Batista, la respuesta es que esta acción negativa ayudó a quebrar la moral del Gobierno existente. La responsabilidad por el deterioro en la moral del

Ejército, la marina y la fuerza aérea de Cuba, se remonta a otras formas de intervención, directa o indirecta, y uso la palabra deliberadamente". Y agregó Smith: "Primeramente yo diría que cuando rehusamos vender armas al gobierno cubano y también —lo que yo he denominado intervención por insinuación— cuando estuvimos persuadiendo a otros gobierno amigos para que no vendieran armas a Cuba, estas actuaciones tenían un efecto psicológico y moral sobre las fuerzas armadas cubanas que era desmoralizador. Por el contrario: eso levantó la moral de las fuerzas revolucionarias. Cuando eso ocurrió, el pueblo de Cuba y las fuerzas armadas supieron que Estados Unidos no apoyarían por más tiempo el gobierno de Batista". Más adelante, el propio Smith dijo: "Una decisión como la de prohibir la venta de armas a una nación amiga puede tener efectos devastadores sobre el gobierno de esa nación". "Nosotros —agregó Smith— ni siquiera cumplimos nuestra promesa de entregar 15 aviones de entrenamiento, los que habían sido comprados y pagados por el gobierno de Batista. De acuerdo con instrucciones del Departamento de Estado, yo informé a Batista que la entrega sería suspendida porque temíamos que se causara algún daño a los 47 americanos secuestrados por Raúl Castro". Treinta infantes de marina y marineros de los Estados Unidos y 17 ciudadanos americanos y 3 canadienses, que ocurrió en aquel tiempo. Y agrega Smith: "Después de que los americanos secuestrados fueron devueltos, todavía nosotros rehusamos entregar dichos aviones de entrenamiento porque temíamos que pudieran ponerse bombas en los aviones aunque los mismos eran estrictamente para fines de entrenamiento. Reitero que decisiones como éstas pueden determinar que un gobierno pueda permanecer en el Poder. Aunque ellos (el gobierno e Batista) podían comprar armas y municiones en otras fuentes, e un pacto psicológico sobre la moral del gobierno fue devastador. Y levantó grandemente la moral de los rebeldes". En otra parte de las declaraciones de Smith ante el Senado, volvió a referirse a estos hechos cuando el senador Eastland, que lo interrogaba, le preguntó nuevamente, y entonces Mr. Sourwine planteó lo siguiente: "¿Quiere Ud. significar que el gobierno de los Estados Unidos se estaba sometiendo al chantage de los revolucionarios, por el secuestro de los marinos y ciudadanos?" Smith contestó que se había usado como "una excusa", y que el departamento de Estado rehusó conceder permiso para que los aviones fueran libertados de Fort Lauderdale, Florida, donde estaban estacionados.

XC

MATTHEWS SE ENTREVISTA CON Márquez STERLING

En una neblinosa mañana de fines del mes de marzo de 1958, el joven Laucirica, secretario de Márquez Sterling, subió al despacho privado de éste, en su

domicilio de la calle 42, en la Copa, y le dijo a su jefe algo que a éste le pareció muy raro.

—Doctor allá abajo está Mr. Matthews, y quiere verlo urgentemente.

—¿Herbert Matthews? ¿Tú has entendido bien?

—Sí, doctor. He entendido bien. El hombre chapurrea el español.

—Bien. Acompáñalo hasta aquí.

Un minuto después, Matthews estaba en presencia del doctor Márquez Sterling, y después de darse la mano amistosamente, se instalaron en los butacones de cuero que allí existían. Márquez se impresionó agradablemente. Matthews, alto, delgado, con una mirada triste que podía ser la nota íntima de alguna frustración intelectual o política, o acaso más personal, tomó la palabra.

Hablaba de la familia Márquez Sterling como si la hubiera conocido de toda una vida, o como si alguien lo hubiera preparado con anterioridad. Esto último es lo más propable, pues se advertía sus deseos de halagar al presidente del partido del *Pueblo Libre*.

—Mr. Sterling, —comenzó diciendo— su abuelo peleó en la guerra de independencia del 68. Su padre y sus tíos lucharon en la del 95. Después, su familia ha figurado en todas las revoluciones de la República. Y Ud. mismo combatió a Machado en 1933. ¿Por qué no está al lado de Fidel Castro?

La perorata de Matthews dejó admirado al doctor Márquez; pensaba que Matthews deseaba hacerle una entrevista y no invitarlo a secundar a Castro. Y contestó fríamente que su familia no tenía nada que ver con Castro. Matthews abrió una gran cartera de cuero que portaba y extrayéndolo entregó a Márquez el manifiesto de los 22 puntos en que Castro anunciaba la huelga general de abril y no dejaba nada en pie, bajo el peso de terribles amenazas para todos aquellos que no lo habían secundado o que no lo secundaran de allí en adelante.

Después de leer detenidamente el documento, Márquez dijo: "Este documento prueba mis sospechas, señor Matthews. Castro está apoyado por los comunistas".

Matthews sonrió y ridiculizó la especie de que Castro fuera comunista. Estimaba que estábamos en presencia del fenómeno revolucionario más importante de América, y se extendió en grandes elogios sobre la persona de Castro, el que le parecía un hombre extraordinario y único.

Márquez no se pudo contener: "Señor Matthews, Ud. no tiene derecho a hacer lo que está haciendo. Ud. es un periodista extranjero, no un cubano militante. Ud. debía saber que la Enmienda Platt fue derogada y que lo que Ud. realiza, aprovechando su condición de corresponsal del *Times*, es un acto de intervención, al actuar como partidario de Castro, y venir a invitarme para que yo lo secunde. Yo no le permito que Ud. venga a hacer política conmigo. Yo creía que Ud. venía a mi casa a hacerme una entrevista..."

Matthews, rojo como la grana, poniéndose de pie, arrebató el documento castrista que estaba repartiendo personalmente en la Habana...

—Yo quisiera marcharme —exclamó.

—Cuanto antes mejor, señor Mathews.

Una hora después llamó a Márquez Sterling el embajador Smith para preguntar qué había pasado con Matthews. Y Márquez le contestó, en broma, y en serio: "Nada, señor Embajador, que acabo de hablar con un castrista disfrazado de norteamericano".

Márquez se entrevistó días después con Smith.

—Yo creo —le dijo— que estamos en presencia de una conspiración muy vasta contra las instituciones democráticas cubanas. Hace días, la revista *Bohemia* publicó una portada que ha dado lugar a cientos de interpretaciones. Es un dibujo que reproduce tres gallos y una luna, que significan algo que nosotros no entendemos. Yo no pienso que sea obra de Quevedo; esas portadas se hacen en el extranjero, muchas de ellas. Creo más bien que lo están aprovechando. Pero esa portada me ha recordado una serie de tres artículos, muy importantes, publicados en *Life*, relatando las luchas de los campesinos rusos, cuando quemaban las tierras y las siembras. ¿Sabe Ud., señor embajador, cuál era el símbolo de la candela rusa? Un gallo rojo. Yo estoy seguro de que esa portada contiene un mensaje.

Y lo vamos a saber muy pronto.

XCI

LA HUELGA DE ABRIL Y EL FRACASO DE LAS ELECCIONES

El mensaje de *Bohemia* representaba el anuncio de la huelga de 9 de abril de 1958, dispuesta en conmemoración del *Bogotazo*, ocurrido diez años antes. Fue un

fracaso enorme, como todos los movimientos realizados por Fidel. Los obreros jamás simpatizaron con Castro y no secundaron el movimiento.

Mientras la huelga fracasaba, los comandos rebeldes descendieron de la Sierra Maestra para atacar poblaciones de menor importancia y sembrar el terror. Negar las terribles escenas de lucha entre ambos bandos seria una necedad. Pero todas ocurrieron como consecuencia de las atrocidades cometidas por las pandillas del 26 de julio. Un despacho de la Habana publicado en *The Times*, de Nueva York, el 16 de abril, aseguraba que los "días de Fidel Castro estaban contados, de acuerdo con fuentes de información veraces".[46]

Entrevistado Castro por la revista *Time*, de Nueva York, hizo declaraciones reconociendo su derrota, con el cinismo que le caracteriza, y agregó: "Yo puedo perder una, diez, veinte veces, y volver a empezar. En cambio Batista no puede perder más que la primera vez".[47]

En las condiciones en que se encontraba el país, a raíz de la huelga, con un buen saldo de muertos, era imposible celebrar elecciones. El doctor Márquez Sterling se entrevistó con el embajador Smith y le notificó que su partido se declaraba por la posposición. Smith prometió tener en cuenta aquellas manifestaciones. Las puso en conocimiento del presidente Batista. Días después, comunicó al presidente del Partido del Pueblo Libre, que si su organización política solicitaba la posposición de los comicios sería complacido. El delegado político en el Tribunal Superior Electoral de los *libres*, doctor Roberto Melero Juvier, presentó la solicitud, y la elección quedó fijada para el tres de noviembre de 1958.

A fines de junio, ocurrió el secuestro de los 45 americanos y tres canadienses que hemos referido en páginas anteriores. Smith recibió instrucciones de su gobierno de decir a "Batista que podían entregar los aviones, (a que antes hemos hecho mención) después de recuperar a los presos". "El gobierno americano temía que pudiera causarse daño corporal a los americanos secuestrados".

Smith, en sus declaraciones antes el Comité de Seguridad, dos años más tarde, expresó textualmente lo siguiente:

"Yo trasladé esta información al presidente de Cuba, diciéndole que era solamente temporal, por las razones expuestas. Pero la verdad es que nunca entregamos los aviones..."[48]

Fue incomprensible, desde entonces, la conducta observada por algunos funcionarios del Departamento de Estado, en Washington, que lejos de cooperar

con los demócratas cubanos a la realización de las elecciones, se plegaban a las amenazas y depredaciones de los fidelo-comunistas. Estos robaron de la base de Guantánamo armas y municiones, y en Miami, sin empacho alguno, exigían del gobierno de los Estados Unidos que no entregara un cargamento de rifles Garand, que se encontraba depositado en los muelles de Nueva York. A Smith le sorprendió la información que poseían los revolucionarios que hasta conocían los números de aquellas armas, y advirtió al Primer Ministro, Gonzalo Guell, y a los embajadores Campa y Arroyo, que removieran el personal de la embajada de Cuba en Washington, donde, a su juicio, había una gran labor de espionaje, pues de allí era de donde partían las filtraciones.[49]

Conocido internacionalmente el pacto de carácter abierto entre el Partido Socialista Popular, de Cuba, (comunista) y el Movimiento 26 de julio, con la presencia en La Sierra de Carlos Rafael Rodríguez, que entregó al "líder máximo" ochocientos mil dólares, todo aconsejaba, después del fallido intento huelguístico, que los partidos políticos abstencionistas retiraran su apoyo a Castro, y respaldaran las elecciones, pospuestas para noviembre, reforzando a uno de los candidatos de la oposición civilista.

Los sectores revolucionarios y los partidos abstencionistas, reunidos en Caracas, en el mes de julio, acordaron todo lo contrario y ratificaron la línea revolucionaria de Castro, subordinándose a éste.[50]

A estos efectos, comisionaron al secretario Coordinador, José Miró Cardona, para que lo notificara al departamento de Estado en Washington, e hiciera circular esos acuerdos en Cuba. Un mes después, esos mismos sectores y partidos declararon en Washington que ni el doctor Grau San Martín, ni el doctor Márquez Sterling podían, en ningún caso, representar la voluntad del pueblo cubano, puesto que se "subordinaban al proceso electoral promovido por el régimen tiránico que existía en Cuba, incapacitándose para representar libertades y derechos". Este acuerdo fue entregado al señor William A. Wieland, Director de la Mesa del Caribe en la Cancillería del Potomac, y partidario declarado y confeso del fidelismo en Cuba.[51] Esta inclinación pareció en algunas oportunidades no corresponder a la orientación del Secretario de Estado John Foster Dulles. Este compareció el 10 de octubre de 1958, aniversario de la Revolución de Yara, en la embajada de Cuba en Washington, y brindó por la felicidad y ventura personal de los allí reunidos, y por Cuba. Indudablemente parecía existir disparidad de criterios entre el cuarto y quinto piso del Departamento de Estado.[52]

A partir de entonces, y después de los acuerdos de Caracas, que resultaron funestos para nuestra Democracia, Márquez Sterling decidió iniciar una intensa propaganda escrita, radial y televisada. Dos veces a la semana, alternándolos, se

publicaban en todos los periódicos páginas enteras llamando al pueblo a votar. En todas ellas se indicaba que la derrota del sufragio podía llevarnos a la pérdida de nuestras libertades, y desde luego al comunismo-fidelista. Buena prueba de esa campaña son los facsímiles de las páginas, cuyo texto se publican en este libro, con sus respectivas leyendas.

En agosto de 1958, el ex-embajador de Estados Unidos en Cuba, Spruille Braden, profundo conocedor de nuestra política y de los problemas comunistas en América Latina, publicó en el *Police Gazette*, de Nueva York, unas sensacionales declaraciones en que denunciaba el comunismo y la revolución castrista. Nunca se había hablado tan claro en Estados Unidos.

"Rebel Chief Fidel Castro —decía Braden con su vigorosa y sincera lealtad— is a pawn in the Kremlin's international intrigue. He is backed by Red agents who are plotting to bring Cuba under Communist domination. If Castro and his guerrillas had taken over Cuba they would have been a formidable ally of the Kremlin less than 100 miles from the American mainland".

"Castro and his rebel band are enemies of the United States and our democratic ideals".[53]

Con otros datos y otras afirmaciones contundentes, Braden profetizaba cuanto habría de suceder si Castro tomaba el poder en Cuba. Pocas veces un diplomático había tenido una visión más acertada que el embajador Braden en este caso.

Las declaraciones de Braden no fueron reproducidas en Cuba más que en algunos periódicos. *Avance* les concedió gran importancia y las destacó especialmente.

Márquez Sterling advirtió al país los temores fundados de Braden y dedicó una trasmisión a dichas declaraciones, destacando la importancia de las mismas. Se imprimieron en hojas sueltas y se repartieron a lo largo de la Isla. Pero no hay peor sordo que el que no quiere oir, ni ciego más ciego que el que no quiere ver. Ignorantes, la mayor parte de los fidelistas, de nuestra historia más reciente, atacaban a Braden diciendo que "era amigo de Batista", ignorando que el ex-embajador había cooperado democráticamente a la "jornada gloriosa del primero de junio de 1944," impidiendo, como jefe de su misión diplomática, entonces, que las compañías norteamericanas financiaran a los candidatos en las elecciones de aquel año.

Iniciada esta campaña, última esperanza de los demócratas cubanos, Márquez Sterling fue visitado en su casa por el doctor Adolfo Cossío, acompañado de uno de sus hijos, de unos veinte años, para ofrecerle

comunicación con la Sierra. El joven Cossío era correo de Castro. El padre, persona muy estimable, figuraba en la candidatura de representantes a la Cámara, por el Partido del *Pueblo Libre*. Cossío se brindaba a llevarle un recado a Castro. Márquez, verbalmente, le explicó al joven que él había propuesto al país un plan nacional que consistía en gobernar dos años, y en convocar elecciones generales en 1960, en el caso de ganar la presidencia en los comicios de noviembre. Le entregó un ejemplar de *El Diario de la Marina* de 9 de agosto,[54] y le dijo que podía facilitárselo a Castro, aunque él creía que éste conocía su oferta y no sentía simpatías por ella.

Cossío, entusiasmado, partió hacia la Sierra. "Quería prestarle este servicio a su patria".

La respuesta de Castro fue negativa y soberbia. Al final del documento que conservaba en Cuba el joven Cossío, aceptaba tener una entrevista con Márquez Sterling, pero... en La Sierra.

Sonriendo, Márquez expresó al generoso joven que no quería exponerse a que Castro lo "retuviera allá arriba secuestrado, como había hecho con otras personas, a las que puso a pelar papas".

Con anterioridad a esta gestión, Castro envió a la Habana al joven Delio Gómez Ochoa, para que hiciera contacto con Márquez Sterling, y le propusiera un plan político, si Márquez abandonaba el camino de las urnas. Márquez designó a los jóvenes Enrique de la Vega y Luis Bárcenas, y estos se entrevistaron con Gómez-Ochoa, en la capilla de la Iglesia de la Salud, en la Habana. Era su párroco el Padre Madrigal. Gómez Ochoa le informó a de la Vega que Fidel "estaba dispuesto a dar a Márquez Sterling el número UNO de la Revolución, si abandonaba su candidatura".

Informado Márquez Sterling de la propuesta, la rechazó de plano. "En olla no veo más que la mala fe de Castro. Si él alude con ese número UNO, que no entiendo, a la presidencia provisional de la República, díganle que yo no quiero llegar de esa manera, y que lo mejor que puede hacer es recomendarle a la ciudadanía que vote y no estar amenazándola constantemente de que será ametrallada en las filas de los colegios electorales el día de los comicios. Dejando votar a los electores no hay dudas de que yo seré ese número UNO, constitucionalmente".[55]

La respuesta de Castro fue brutal, como todos sus hechos, antes y después de la Sierra. Promulgó la Ley Número Dos, condenando a muerte a todos los candidatos a cargos públicos, cualesquiera que fueran los partidos en que se encontraran propuestos.

Los comicios del tres de noviembre de 1958 no fueron aptos para resolver el drama cubano. Las provincias de Oriente y Las Villas estaban casi dominadas por los rebeldes y por las fuerzas de la Resistencia Cívica, que combatían las elecciones y amenazaban a los partidos opositores al régimen.

El doctor Roberto Melero Juvier, delegado del Partido del *Pueblo Libre*, presentó un escrito en el Tribunal Superior Electoral, pidiendo la suspensión de los comicios, en las zonas afectadas, y celebrándolos en las demás. El Tribunal Superior Electoral, por tres votos contra dos, denegó la petición de Melero. Esta hubiera incapacitado a los rebeldes para hacer daño, y llevar a vías de hecho sus amenazas de ametrallar a los electores que acudieran al llamamiento cívico.

El día de las elecciones, los votantes no salieron de sus casas en Oriente, ni en casi la mitad de las Villas, y estas dos provincias se le acreditaron simbólicamente al candidato gubernamental. En los demás lugares donde realmente hubo elecciones, fueron favorables al partido del *Pueblo Libre*. Cuando podía haberse logrado la rectificación de los escrutinios, mediante los recursos oportunos, Fidel Castro ordenó desde La Sierra, que las juntas municipales donde estaban depositados los documentos correspondientes a los colegios fueran quemadas. Este movimiento no era ciertamente para defender el derecho de Márquez Sterling, que en los colegios escrutados legalmente había ganado, sino para que se desconociera el verdadero resultado de la elección. El gobierno entonces declaró terminado el proceso electoral, y electo al candidato Andrés Rivero Agüero.[56]

Es *vox populi*, entre los que se encontraban en La Sierra, entonces, junto a Castro, que el día que se anunció oficialmente el triunfo del candidato gubernamental Fidel recibió la noticia con extraordinaria alegría y brindó por estimar que su triunfo estaba muy cercano. Una victoria de los partidos opuestos a Batista hubiera quitado a la revolución castrista toda razón de existencia.[57]

Clausuradas las esperanzas del pueblo cubano de ponerle fin al régimen a través de las urnas, y por acumulación de efectos, no por simpatía personal a Castro, los factores se movilizaron en su favor. Llegaba Castro de esta manera al Poder estrangulando la verdadera voluntad popular que jamás comulgó con su revolución, pero que quería salir de Batista a cualquier precio. Estos efectos los había buscado Fidel Castro combatiendo desde un principio el trámite electoral que no hubiera permitido jamás el establecimiento de su aborrecible tiranía totalitaria.

De aquí, la teoría de Márquez Sterling de que la revolución, en su caso, debió haberse apoyado en el voto y no representar una repulsa al sufragio y a las instituciones democráticas. Esta repugnancia al sufragio, en aquella parte

apolítica, que hizo posible el comunismo en Cuba, ha sido uno de los grandes errores de los que con Castro compartieron las responsabilidades de anular las urnas, y mientras no se reconozca, Cuba tardará muchos años en recuperarse libre y democráticamente.

Kennedy, cuando era candidato a la presidencia, tuvo un concepto cabal de la tragedia cubana, cuando dijo en el mes de febrero de 1960, "*debimos haber cooperado a que las elecciones se celebraran en Cuba, y con ello hubiéramos evitado el triunfo de Castro*".[58]

Castro jamás estuvo asistido de razones y solo empleaba la fuerza contra la fuerza, como siguió empleándola después de tomar el Poder. Uno de los primeros actos de Castro, al posesionarse del gobierno, fue quemar el resto de la documentación electoral, y votar una ley castigando los fraudes cometidos. Se supone que si hubo fraudes hubo defraudados, y éstos no podían ser los que se abstuvieron de concurrir a los comicios sino los que comparecieron ante ellos.

La moral castrista, amoral como siempre, castigaba con esa ley a todos los que habían tomado parte en las elecciones e inhabilitó a todos los candidatos por treinta años.

XCII

CAIDA DEL REGIMEN DE BATISTA

Sobre la historia militar del régimen de Batista, en los últimos meses de su gobierno, existen varias versiones. Los principales protagonistas, Batista, Tabernilla y Cantillo, sostienen sus respectivos puntos de vista. Los dos primeros están libres, desterrado uno en Funchal y exilado otro en Miami, y el tercero, general Eulogio Cantillo, guarda prisión en las mazmorras castristas y no ha podido explicarse, coaccionado y maltratado por el tirano de las Antillas.

De todas maneras, hay un punto concéntrico. Castro no ganó. Le pusieron el triunfo en las manos. Primero, por la falta de apoyo de la cancillería de Washington a las elecciones de noviembre; segundo, porque a causa de ello, la mayor parte del ejército perdió la moral; y tercero, porque Cantillo pactó un acuerdo con Castro, que este no cumplió, al verse dueño de la situación.

El principio del fin comenzó en diciembre de 1958, cuando el ex-embajador norteamericano en Brasil, William D. Pawley, visitó a Batista en la Habana, y le propuso que abandonara el gobierno y cooperara al establecimiento de una Junta Militar. En compensación, Estados Unidos le darían asilo.

El segundo acto continuó con la visita del embajador Smith al presidente Batista, que éste relata en su libro *Respuesta*, y que aquel confirma en sus declaraciones ante el Comité de Seguridad, en el Senado norteamericano y en su libro *The Four Floor*.

Mr. Smith: Es también cierto que bajo instrucciones estuve con Batista dos horas y treinta y cinco minutos, el 17 de diciembre de 1958, y le dije que los Estados Unidos, o más bien, cierta gente influyente de los Estados Unidos, creían que él no podría mantener por más tiempo el control efectivo en Cuba y que esa gente creía que se evitaría más derramamientos de sangre si él se retirara.*Senador Eastland*: Eso fue con instrucciones del departamento de Estado?*Mr. Smith*: Un embajador no tendría nunca una conversación como esa a menos que fuera bajo instrucciones del departamento de Estado.
La entrevista de Smith y sus consecuencias eran muy graves, y el general Batista reunió a los jefes de Estado Mayor Conjunto. En esta conversación, sabedores de la opinión del departamento de Estado, y de la notificación extraoficial de que no reconocerían a Rivero Agüero, altos oficiales del ejército decidieron entenderse con Castro, conociendo que peleaban por una causa perdida.

La gravedad de estos hechos determinó la remoción de los jefes militares de las Villas y Camagüey. Se empezó a decir, por los bien enterados, que estábamos abocados a la formación de una junta militar, ante la que renunciaría Batista. Se decía que un coronel había vendido a Castro un tren blindado en medio millón de dólares, y que el heroísmo del Che Guevara era falso. Que su paso a la ciudad de Santa Clara había costado otro tanto.[59] En verdad, la inmensa mayoría de los oficiales y soldados del ejército eran valientes y amaban a su patria. Pero ¿qué podían hacer faltos de una dirección adecuada?

Pasando por alto todas estas versiones que se hacen cargo de la desdichada situación del ejército, es un hecho innegable que el general Cantillo decidió acercarse a Castro y pactar con él una tregua y las condiciones de paz. Castro, naturalmente, engañó a Cantillo.

Regresado a la Habana, el general Cantillo encontró una situación confusa en el Estado Mayor, y recibió ordenes personales del presidente "de impedir la entrada en Santiago de Cuba de Fidel Castro", disposiciones que no fueron cursadas.

Mientras tales hechos se sucedían, con la velocidad del rayo, como pasa en circunstancias como éstas, el embajador Smith sostuvo con el general Tabernilla una entrevista importantísima. Dejemos que la refiera el propio embajador!

"El día siguiente a la festividad de Pascuas, el 26 de diciembre de 1958, recibí recado del attaché militar, de que el general Tabernilla que estaba a cargo de todas las fuerzas armadas de Cuba, y su hijo el coronel Carlos Tabernilla, a cargo de las aéreas, y el general Ríos Chaviano, que había estado anteriormente a cargo de las tropas de Oriente y las Villas, deseaban tener una entrevista conmigo. Se arregló en la Embajada Americana. Llegaron en sus carros policíacos y entraron en la residencia. El general Tabernilla dijo que deseaba hablar solo conmigo, y su hijo y el otro general fueron a la habitación conjunta. En esta oportunidad el general Tabernilla dijo que los soldados cubanos no lucharían por más tiempo y que el gobierno cubano, por sí, no era capaz de mantenerse; declaró que el propósito de su visita era salvar a Cuba del caos, de Castro y el comunismo. Dijo que deseaba formar una Junta Militar compuesta por él mismo y creo que los nombres eran el general Cantillo, el general Sosa de Quesada, el coronel Casares y un oficial de la Armada. Dijo que deseaba dar a Batista salvoconducto para salir del país y que deseaba saber si yo apoyaría a semejante junta". "Le dije —añade Smith— que reportaría la conversación al Departamento de Estado, pero que estaba seguro que no me darían una respuesta directa para él, y agregué: Si la respuesta es a Ud., directamente, equivaldría a socavar al general Batista y yo solamente puedo tratar con Batista, porque estoy acreditado ante él. El general Tabernilla me preguntó qué sugestiones tenía yo que hacer. Le dije: ¿Le ha mencionado Ud. esta visita a mí al general Batista? El dijo: No. No lo he hecho. Pero he discutido en general nuestras posibilidades. —Y, ¿qué le dijo Batista? — preguntó Smith. Me dijo que le presentara un plan. En estas circunstancias — concluye diciendo Smith— le dije a Tabernilla que debía regresar y hablar con Batista y que cualquier sugestión que proviniera de Batista yo la transmitiría al departamento de Estado".
A partir del 26 de diciembre se inicia la desintegración final del gobierno de Batista. Herbert Matthews apareció en la Habana el 27 seguramente informado por sus amigos del departamento de Estado. Matthews, dice que fue a la Habana, "porque le dio el corazón que Batista iba a caer". El corazón de Matthews, con toda seriedad, eran Rubottom y Wieland. Días antes, también "porque se lo dió el corazón", había desembarcado en Cuba, por Cieneguita, Oriente, el magistrado Urrutia, el presidente provisional impuesto por Castro. La corazonada de Urrutia coincidió, por una de esas casualidades que suelen presentar los efectos de la diplomacia secreta, con el viaje de Pawley a la Habana, después de hablar con Rubottom.

Era un secreto a voces entre algunos funcionarios del departamento de Estado en Washington y los fidelistas que "Batista tendría que retirarse". Este se mostró partidario de la sustitución de acuerdo con la Ley Constitucional de 1940. Así se dispuso. Y Batista abandonó la Isla con algunos de sus colaboradores en varios aviones dirigiéndose a Santo Domingo.

De acuerdo con aquella ley, el magistrado Piedra (el más antiguo en los escalafones) aceptó hacerse cargo de la presidencia, designando a Cantillo jefe del Ejército. Leyó desde Palacio una alocución al pueblo de Cuba. Notificaba que había ordenado un "alto al fuego" y expresaba la esperanza de que todos contribuyeran a la paz de los cubanos.

Pero Fidel Castro no acató a Piedra, ni admitió someterse a fórmulas legales. Rehusó hacer un alto al fuego, y declaró que no reconocía al magistrado antes mencionado como Presidente Provisional.

Derrumbado el gobierno de Batista, el 31 de diciembre de 1958, las pandillas castristas se echaron a la calle y controlaron estaciones de Radio y Televisión, y comenzaron a dar noticias. Las fuerzas armadas, carentes de una voluntad superior, de una dirección atinada, dejaban hacer, y pronto la Isla quedó en poder de los peores elementos. Castro, desde La Sierra, ordenaba una huelga general: temía emprender el camino hacia la Habana y ser atacado por tropas subordinadas al desconcierto general, que se hubieran apoderado de los institutos armados. Exigió la rendición incondicional. Y, en efecto, la plaza de Santiago de Cuba le fue entregada. Una vez en la capital de Oriente, desbordada de entusiasmo, constituyó su gobierno. Y custodiado por tropas del ejército regular emprendió su camino hacia la Habana, después de haber declarado capital de la República, por unos días, la ciudad de Santiago. Inmediatamente comenzaron a actuar los tribunales Revolucionarios, aún antes de haberse establecido el gobierno, conforme a la ley de La Sierra de febrero de 1958. En un solo día Raúl Castro fusiló 71 personas y las enterró con *Bull-Dozers*.

No podemos asegurar que a partir de entonces el pueblo cubano en su mayoría festejara el triunfo de Castro con alegría. Más bien nos permitimos declarar que en su mayor parte se apoderó de los cubanos un sentimiento de temor en el que se confundían las expresiones de alegría con las del miedo. Todas las clases, temiendo represalias, se lanzaron a festejar a Castro. Y los letreros de "Gracias Fidel", que en una minoría indicaban realmente euforia, en la mayoría eran manifestaciones de resguardo. Se cernía sobre la República entera la interrogante de una sensación indescriptible, pero no ciertamente el entrañable alborozo de una revolución típicamente popular. Envuelto en el misterio de una ansiedad histórica, llegó Fidel Castro a la Habana.

DECIMA EPOCA
GANGSTERISMO Y COMUNISMO
1959-1963

XCIII

EL CABALLO DESBOCADO

El período de lucha por el poder, que acabamos de narrar, y sus posteriores acontecimientos, nos va a servir para formularnos varias preguntas que esos mismos hechos han venido despejando. ¿Fue traicionada la revolución? ¿Empujaron los Estados Unidos a Castro en brazos de los rusos? ¿Ha sido acertada la política norteamericana al intervenir en las luchas internas de los cubanos en el exilio, favoreciendo a unos y postergando a otros? ¿Ha recibido Cuba democrática la ayuda hemisférica que prescriben los tratados políticos de Río de Janeiro, Bogotá y Caracas, "cuando la independencia política de cualquier estado americano fuese afectada por una agresión que no sea ataque armado, o por un conflicto extracontinental o intracontinental, o por cualquier otro hecho o situación que pueda poner en peligro la paz de América"?

Después de haber renunciado Batista y de haber sido depuesto el general Cantillo, el coronel Barquín, en lugar de asumir el mando, se puso a las órdenes de Castro. Marina, ejército, policía y aviación, fueron desbandados por falta de una voz enérgica. Fidel Castro, rodeado de tanques militares, en medio de la más conmocional histeria, entró en la Habana el ocho de enero de 1959. Esa misma mañana, los comunistas destrozaron los archivos de los cuerpos policíacos, y el periódico *Hoy* publicaba, como noticia de Moscú, "que el éxito de la revolución significaba nuevo revés norteamericano en Latino América y presentaba el triunfo de Castro como una derrota de Estados Unidos".

Dueños de los archivos anticomunistas, asaltadas las casas de los más señalados luchadores contra el fidelismo, presos los "acusados de colaborar con el batistato", huidos y escondidos otros, el Movimiento 26 de Julio, paraván del partido Comunista, se dió febrilmente a la tarea de crear tres consignas fundamentales: "*Fidel Castro, es el libertador de Cuba*". "*Los norteamericanos fueron vencidos al ser derrotado Batista, su hechura*" y "*Abajo el imperialismo yanqui*". Consignas que con la de "*Patria o Muerte*", repetían insensatamente todos aquellos que temían las represalias de las pandillas, dueñas de la calle.

Durante el período revolucionario, la propaganda contra todos aquellos

que se oponían al Movimiento 26 de Julio, inventó una serie de mentiras que ahora circulaban libremente. La mentira del subdesarrollo económico de Cuba, la mentira de los desafueros del imperialismo yanqui, la mentira del estado inferior de las clases trabajadoras; la mentira de que nuestra industria azucarera era causa de nuestra esclavitud económica; la mentira de la imposibilidad de celebrar elecciones; la mentira de los veinte mil muertos; en fin, todas las mentiras creadas, durante la lucha por el Poder, para imponer por sobre todas las demás soluciones cubanas, el tipo de gobierno satélite que representan Castro y sus criminales a sueldo, arrodillados traidoramente ante el feudalismo rojo de la Unión Soviética.[1]

Las leyes que Castro expidió desde La Sierra, antes de haber tomado el poder, no son índices de una revolución traicionada. Castro nunca pensó en hacer justicia, sino en matar y en robar, y en eternizarse en el poder. El crimen y el saqueo, metódicamente organizados, continuaron con leyes de aquel mismo jaez, después del primero de enero, sin que existiera "solución de continuidad", entre la montaña y el llano, es decir: entre La Sierra y la Ciudad, como lo demuestran el juicio seguido contra Carlos Ramírez y su fusilamiento, en las serranías de Oriente, y el que a principios de 1959, se siguió contra el Coronel Jesús Sosa Blanco, el que fue prácticamente asesinado por un tribunal revolucionario, ante el cual no fue reconocido por ningún testigo, no obstante hacérsele estar de pie y esposado a la vista de una muchedumbre enardecida.

Dos leyes fundamentales, dictadas en La Sierra, en el período de lucha, desnaturalizaron la constitución de 1940, y dieron la medida de su programa: Los tribunales revolucionarios con la pena de muerte; y la confiscación directa, sin juicio ni defensa, de los comprendidos en esa legislación. Esta ley, por ironía de la historia, la copió Osvaldo Dorticós de las de secuestro, promulgadas por el capitán general español Domingo Dulce, en abril de 1869, para combatir la heroica revolución de Yara. Dorticós no tuvo más trabajo que escribir confiscación donde decía embargo, e interventor donde decía administrador.

Desde la llegada de Castro al Poder, la tiranía se enseñoreó de la Isla. Las leyes fueron derogadas en masa, al recomendarse que no se cumplieran. Castro y sus pandillas, y mezclados a ellas hombres que jamás debieron haber firmado una sola de esas leyes de excepción, hacían recaer la culpa de cuanto había sucedido sobre los componentes del gobierno de Batista, y los representantes de la oposición civil.

Como no existía resistencia alguna dentro de sus aliados, acobardados por el pánico de los fusilamientos y de las confiscaciones, sin vestigios de juicio o de proceso, los opositores de Batista, no fidelistas, podían en un momento dado, representar una gran fuerza democrática, y esta posibilidad no entraba en los

cálculos del *caballo desbocado*.

En menos de tres meses Castro fusiló oficialmente a más de 500 personas. El número fue mucho mayor. Cuba cuenta con 126 municipios. En la mayor parte de éstos funcionó un tribunal revolucionario, que mataba de tres a cuatro personas diarias, durante los meses de enero, febrero y marzo. Simuladores, como nadie, los hermanos Castro comprendían que aquel río de sangre levantaba protestas en todo el mundo, y quisieron suavizar el hecho invitando a personajes a presenciar los juicios que a veces duraban menos de cinco minutos, como ocurrió con el del teniente José Castaños, que poseía el mejor archivo comunista de América, y que fue fusilado rápidamente. Nadie aceptó semejante invitación. Un pastor negro de la Iglesia Bautista abisinia de Harlem contestó: "No tengo medio de saber si alguno de los procesos está arreglado en beneficio de los visitantes y he decidido no asistir a ninguno de ellos". En cambio, un congreso comunista celebrado el mismísimo 31 de enero, ovacionó los fusilamientos en Cuba y más de mil delegados puestos de pie, aclamaron a Severo Aguirre, convertido en la estrella de la reunión, mientras la sangre de sus compatriotas corría como un mar que se hubiera salido de madre. Después de estas matanzas indiscriminadas donde todos los cubanos, opuestos al fidelismo, eran calimbados como "criminales de guerra", como el Coronel Larrubia, que aún no se sabe por qué fue fusilado, Fidel Castro, en el mes de abril viajó a Washington y suspendió el baño de sangre por unos días.

En aquellos tres meses, Fidel Castro confiscó toda la propiedad de los llamados "batistianos", incluyendo los contratistas, a los cuales, *manu-militari* se les despojó de sus maquinarias y herramientas de trabajo, que han ido a parar a Rusia, casi todas. Nadie se atrevía a protestar, temeroso de ser incluido entre los responsables del caído régimen. El país se hundió en la delación y en el crimen, y mediante la reforma del artículo 24 de la constitución y de la promulgación de las leyes 16 y 68 de 1959, Castro se apoderó de la propiedad privada, fuera o no batistiana, y con una supuesta bonificación fiscal que amnistiaba las faltas de pago, siempre que se abonara el cincuenta por ciento, se enteró de cuanto le interesaba conocer, y después de efectuados los cobros, violó la amnistía y se apoderó de los demás bienes.

Bastaba acusar de batistiano o de electoralista, en estos primeros momentos, a cualquiera, para que le costara cuanto tenía, automóviles o vehículos, arrebatados en calles y parques, o en sus garages, por los soldados del ejército rebelde, bajado de las lomas con rosarios y collares religiosos pendientes del cuello para despistar a todo el mundo. Llegó a admitirse, por los que iban quedando, en turno del despojo, de que nuestra sociedad era un enorme conjunto de "criminales de guerra" y de malversadores cuando muchos de los pecados cubanos serían virtudes en otras latitudes. Los letreros de "gracias Fidel" se

multiplicaron y las concentraciones fidelistas alcanzaron concurrencias inverosímiles. Todos querían ser fidelistas o pasar por tales; y dentro de esta histeria, dictada por el egoísmo y la cobardía más insensatas, Castro se apoderó de todo, y llevó la revolución del odio, del rencor y la venganza contra las instituciones políticas, económicas y sociales y las personas que las representaban.

Cuando terminó esta primera tanda, declaró cínicamente que lo "querían jubilar con unas elecciones" y que él estaba muy joven para que lo retiraran tan pronto.

Fidel Castro nunca ha tenido ideología. Si hubiera realizado su revolución en la época de Hitler, se habría declarado *nazista* y contra los Estados Unidos. Esta es la madre del cordero. Sartre ha hecho una frase definidora y llena de la filosofía castrista. "Si los Estados Unidos no hubieran existido —dice Sartre— Castro los habría inventado".

Consciente de que Estados Unidos podían ser de nuevo el gran reservorio de los demócratas cubanos, Castro, para mantener su despotismo, fue acercándose cada vez más a Rusia. Esta es la verdadera traición de Fidel Castro.

Hay cosas que no se pueden hacer en los países comunistas. En Cuba todo se puede realizar, y en el momento en que quiera realizarse. El gobierno de Castro no se rige por ninguna ley. El fidelismo es peor que el comunismo. Castro dicta su pensamiento primero y después se escriben las resoluciones que se requieran. Esto mismo lo realizan los tiranuelos que gobiernan los 126 municipios cubanos. Realmente, lo que existe en la que una vez fue Perla de las Antillas, es una asociación de grandes y de pequeños tiranos, mandados por un tirano mucho más grande que todos ellos: Fidel Castro. Pero sin ninguna coherencia, sin orden, sin estructura política a la izquierda o a la derecha, sin organismos, sin enlaces entre ellos, sin tareas predeterminadas, sin garantías de nada. Esto le permite negociar los derechos humanos y pactar con sus víctimas lo que se le antoje, sin quedar obligado a nada.

XCIV

EL MITO DE LA REFORMA AGRARIA

La reforma agraria fue un engaño. La reforma agraria significaba, desde el punto de vista de Fidel Castro, acabar con la riqueza agrícola, mineral y animal de Cuba, y, por supuesto, con los propietarios de todas clases, grandes y pequeños, los cuales, aterrados, empezaron a ofrecer parte de sus tierras y a regalar tractores y maquinaria agrícola, que ni siquiera se ha usado.

La reforma agraria no se consultó con nadie. Al contrario, el texto de la ley se ocultó hasta que Fidel la leyó por Televisión, demostrando su incapacidad y su ignorancia.

Así como la pena de muerte y la confiscación se dispusieron *manu-militari*, la reforma agraria se impuso por un Ucase. Se establecía un Instituto (el Inra), donde no estaban representadas ni las clases campesinas. ¿Para qué? Este organismo, constituido por Castro, y presidido por Castro, no rendía cuentas a nadie y tenía a su disposición las fuerzas armadas.

La ley, si a eso podía llamársele Ley, y su engendro el Inra, formaban parte de la ley fundamental de 6 de febrero de 1959, y por ello tenía rango constitucional, y quedaba por encima de todos los poderes con la categoría de un super-estado.

La reforma agraria fue una mentira desde que empezó hasta que acabó. Se prometía la propiedad de las tierras a los campesinos, la formación de cooperativas a base de ganancias lícitas, el reparto de tierras y maquinaria, y la indemnización a los expropiados por medio de bonos redimibles. Pretendieron apropiarse las reformas y las obras realizadas y ocultar leyes tan beneficiosas y progresistas como la de Coordinación Azucarera que dispuso la permanencia de la tierra hasta para los precaristas.

La superchería ocurrió, con motivo de la visita de Sukarno a Cuba. Visitaba éste una cooperativa del INRA. Lo acompañaba esa miseria humana que responde al nombre de Raúl Castro, flaco, desmedrado y con el ojo amarillo. Sukarno elogió los sembradíos, los cultivos, la organización y las tierras. Y Raúl, con esa tendencia inevitable de los comunistas a la mentira, contestó diciendo que todo eso era obra de la Revolución. Sukarno sonrió. Se inclinó sobre la tierra, tomó un puñado en las manos, y con gesto de inteligencia la olió. "Esta tierra —afirmó el Indonesio— ha sido cultivada hace ya muchos años".

Algo grave replicó el zancudo de Raúl. Se refirió después al "mulatico ese". No se sabe si Sukarno habla o no español. Pero, lo cierto es que decidió no seguir visitando a Cuba y se retiró al día siguiente.

Esta gran farsa permitió a Castro fijar el precio de las indemnizaciones; comprar maquinaria y equipos por valor inicial de seis millones de dólares; adquirir implementos agrícolas en el Canadá y tractores en Inglaterra por otros tantos millones; y crear el departamento de industrialización con amplísimas facultades, a cargo del Che Guevara, "dándole fuerza legal y ejecutiva a cuantas órdenes, medidas o disposiciones hubiese dictado a partir del 15 de septiembre de 1959, en que comenzó aquel aventurero las funciones de su cargo.[2] Por estos

conceptos Castro recibió un cheque a su nombre de veinte millones de dólares, procedente del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, y firmado por los doctores Faustino Pérez y Danilo Mesa, y cuyo destino y paradero nunca se conocieron.

En La Sierra las leyes de reforma agraria, redactadas por Humberto Sori Marín, la definían en forma diferente. Sostenía la necesidad del reparto de tierra, y el derecho de obreros y empleados a participar de los beneficios diferenciales y concedía una mayor participación en el rendimiento de las cañas y en las cosechas del azúcar, a los colonos, proponiendo la confiscación de toda la propiedad ilegalmente adquirida. ¿Qué se proponía Castro al referirse a las ilegalidades? No estaba definido, pero se suponía que las mismas llegaban hasta la época de la conquista, de manera que la tierra era absorbida por el Estado.

El manifiesto del 26 de julio nunca definió el problema agrario con exactitud. Los cubanos no pudimos hacernos un juicio aproximado del asunto. Castro engañó a los americanos y a los periodistas frívolos que publicaban sus declaraciones.

La reforma agraria se convirtió en un mito antes de finalizar el año de 1959. Las tierras no se entregaban a los campesinos, las cooperativas no funcionaban; sus componentes no tenían voz ni voto, y ganaban menos que antes. Los milicianos más brutos e ignorantes asumían funciones de dirección y pagaban en vales de las "tiendas del pueblo" que habían sido propiedad de particulares. Este tipo de pago había sido prohibido en Cuba en 1909.

Por otra parte, no se indemnizaban las expropiaciones, ni a los cubanos ni a los extranjeros. Las comunas (koljozes), el apoderamiento de las cosechas, el despotismo de los "comisarios"; la no rendición de cuentas; el trabajo gratuito extraordinario; la fijación arbitraria de precios y las demás regulaciones, convertían a los campesinos en extranjeros sobre su propio suelo, peinado amorosamente durante años, transformada Cuba en una colonia africana o asiática de época de los grandes imperios.

Los interventores y administradores ocuparon las casas de vivienda en un tren de vida más lujoso que jamás lo había sido. Ministros que criticaban a los antiguos políticos porque usaban dos automóviles, tenían ahora diez y doce coches, todos robados a sus legítimos dueños. La nueva clase resultaba incomparablemente más exclusiva y reunía en un solo haz el poder, la riqueza y los negocios; vivían en las residencias de sus víctimas y organizaban fiestas y jolgorios con grandes borracheras y drogas. Ninguna revolución americana ha presentado un abismo tan gigantesco entre lo que esperaban sus beneficiados y lo que estaban recibiendo, burla sangrienta a unas masas ilusionadas por la

resonancia de los nombres usados... ¡La Reforma Agraria! ¡La Reforma Urbana!

Interventores, apoderados por Castro con la suma de todas las fuerzas, recorrían los campos, acompañados por uno o dos ayudantes a lo más y ocupaban fincas, colonias y ganado, sin otorgar recibo de ello. El orden público funcionaba a la inversa, y puede decirse, en defensa de los desposeídos brutalmente, que si alguno se hubiera opuesto, o hubiera exigido una simple acta de aquellas ocupaciones, hubiera sido fusilado sobre la marcha.

Los administradores del INRA manejaban los fajos de billetes personalmente; cualquiera de ellos llevaba en los bolsillos miles de dólares; generalmente no los empleaban y las reses eran ocupadas sin desembolso alguno. Se enriquecieron a prisa, no obstante el idiotismo de rotular la revolución de honesta, hasta el punto de que Castro tuvo que cambiar los billetes para saber dónde estaban los "verdaderos malversadores".

Cuando la reforma agraria era un fracaso y una inmensa mentira, escritores y publicistas extranjeros empezaron a destacar la "revolución campesina de Castro", algo que jamás había existido. Los primeros que lanzaron esa especie fueron Jean Paul Sartre, tal vez si con un poco de burla, y Simone de Beauvoir, que lo tomó en serio.

Sartre escribió una serie de artículos en el diario parisiense *France-Soir*, en los que declaraba que los cubanos, al igual que los chinos, habían "realizado una revolución campesina". Simone de Beauvior nos ofreció una versión inaceptable en el semanario *France-Observateur*, y decía que la pequeña burguesía se convirtió a la "revolución agraria".

Los verdaderos maestros del equívoco resultaron Leo Huberman y Paul S. Sweezy, en su libro "*Anatomy of a Revolution*".

Estos dos escritores estuvieron en Cuba dos veces; la primera, en marzo del 60, por tres semanas, y la segunda algún tiempo después, por otras tres semanas. En la primera visita resolvieron que la revolución castrista era campesina; en la segunda oportunidad decidieron que era también una revolución obrera. No regresaron más a Cuba. Y es de celebrarse.

El libro de Huberman y Sweezy nunca ha podido tomarse en serio. Finalmente resolvieron que Castro fue apoyado por los obreros cuando comenzaron las nacionalizaciones y confiscaciones. Nosotros diríamos que lo fue cuando empezaron los fusilamientos.

De todos los autores de libros publicados, casi enseguida de la revolución de Castro, el más sorprendente es el del profesor de la Universidad de Columbia,

C. Wrigth Mills, *Escucha Yanqui*. Este libro, a juicio de Theodoro Drapper, es "útil e irritante" a la vez. "Por las conversaciones que tuve en Cuba —añade Drapper— puedo dar fe de que los líderes castristas se expresaban en la misma forma que Mills. Y a veces me parecen las palabras recogidas en el libro el eco del castrismo y se me figura reconocer el nombre de quien las pronunció".

En realidad, lo que ha sucedido es que Mills escribió su libro por el sistema de "memoranda". De los memoranda que le facilitaron muchos de los que después abominaron de Castro.

Los cubanos de Mills no concuerdan con los cubanos de Huberman y de Sweezy. Mills nos explica lo que *no fue* la revolución de Castro: "no fue una lucha entre terratenientes y campesinos, no lo fue entre asalariados y capitalistas, y mucho menos entre nacionalistas e imperialistas". Mills reconoce también que la revolución castrista no fue una revolución económica y "que comenzó cuando unos cuantos jóvenes estudiantes se aliaron a los campesinos".

No entendemos por qué el régimen castrista provocó en Mills admiración tan profunda. Esta, sin explicación razonable, lo lleva a desconocer en unos casos la historia de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Y en otros, a presentar los hechos en la forma en que siempre los ha presentado el castrismo.

Mills reconoce que el régimen de Fidel Castro es una tiranía en la "cual un solo hombre posee virtualmente un poder absoluto", pero quiere destacarlo como una revolución redentora, y al llegar a este punto queda flotando una pregunta: ¿redentora de quiénes?

XCV

¿SON CULPABLES LOS ESTADOS UNIDOS DEL COMUNISMO CASTRISTA?

En su afán de defender personalmente a Castro, Herbert Matthews ha pretendido desnaturalizar el curso de los acontecimientos y asegura en su libro que el gobierno de Eisenhower tiene la culpa del comunismo de Castro por haberlo empujado hacia Rusia.[3]

Nada más falso. El año de 1959 lo pasó Castro agrediendo a naciones amigas, y más que a todas a los Estados Unidos. Organizó la invasión de Panamá en abril; la de Santo Domingo, en junio; la de Haití, en agosto y la de Nicaragua, en diciembre; y en un mitin, frente al palacio presidencial, en la Habana, cuando David Salvador arrebató los micrófonos a José Figueres, expresidente de Costa

Rica, fustigó a éste, con quien estaba obligado por haberle mandado armas y municiones a La Sierra, maltratándole de palabras, porque Figueres expresó en su discurso que la posición de la Revolución Cubana, en caso de una guerra mundial, debía estar del lado de los Estados Unidos.[4]

No era extraño que en un país eminentemente libre y democrático como Estados Unidos, una gran parte de su pueblo mostrara verdadera alarma por los excesos de Castro. Pero el gobierno de Ike no exponía esos temores y la determinación de Castro de seguir adelante no provocó reacción en su contra por parte de la cancillería americana.

Los partidarios de Castro han pretendido sacar partido del hecho de que el gobierno americano no invitó al "máximo líder" a visitar Washington. La realidad como siempre, es otra. Castro nunca quiso recibir una invitación oficial y envió indicaciones de "que no estaba interesado en recibir ayuda".

Hay quienes pretenden ver en la detención y condena del comandante Huber Matos y en el asesinato de Camilo Cienfuegos el punto de partida en el deterioro de las relaciones cubano-americanas. Nosotros entendemos que ese punto de partida lo representa la renuncia del comandante Díaz Lans a continuar en las fuerzas aéreas, y sus declaraciones ante el Senado de Estados Unidos, en las que acusó a Castro de comunista. Pero aún así, esta actividad estadunidense correspondía a su rama legislativa, no al gabinete de Eisenhower.[5]

El juicio de Matos, celebrado después de la destitución del presidente Urrutia y de la cesantía en masa del primer gabinete de Castro, fue muy aprovechado por los comunistas.

En enero de 1960, Juan Marinello, presidente del partido Socialista Popular, declaró que "combatir el comunismo era traicionar la revolución". La decoración comenzó a cambiar y ya no era tan grave haber sido batistiano, electoralista, o latifundista, como ser imperialista, lacayo de los Estados Unidos, lame botas del presidente Eisenhower. Dos meses después, Blas Roca, figura dominante del comunismo cubano, asoció su partido con el gobierno y la orientación de Fidel Castro".

Estos hechos y el reconocimiento del gobierno de Mao, defendido por Guevara, que hizo un viaje a Peiping, y regresó con un tratado comercial inoperante, demostraban algo fundamental. Que la guerra civil desatada por Castro en La Sierra para destruir las instituciones democráticas y anular a las mayorías, debía continuar y que era necesario llevar adelante una segunda guerra civil tan implacable, o más que la primera, derribando a cuantos se opusieran y no dejando más alternativa que seguirle ciegamente, o situarse en la

acera de en frente y en este caso, en la clandestinidad o en el exilio.

La diplomacia de Estados Unidos, dirigida por personajes subalternos, no supo medir los efectos de la primera guerra civil y tampoco entendió la intensidad y consecuencias de la segunda. Esto permitió, a través de la careta fidelista, defender al comunismo sin los riesgos de identificarse directamente con el Kremlin.

Al entrar el año de 1960, Eisenhower deseaba un acuerdo. El embajador Bonsal averiguaba con ingenuidad, en medio de aquel barrage incansable, si las expropiaciones serían pagadas, y se le contestó diciéndole que "en bonos, como en tiempos del general MacArthur en el Japón". Los bonos no se emitieron jamás.

Castro ni siquiera recibía al señor Bonsal, lo desairaba, y además llamaba insolente al vicepresidente Nixon,[6] y expulsaba de Cuba al marqués de Lojendio, un caballero español, porque éste no quiso tolerar que el *héroe* de La Sierra lo calumniara. La situación se puso muy tirante. Finalmente Bonsal fue llamado a Washington y aseguró en conferencia con Eisenhower y Herter que "Castro era asimilable". Eisenhower declaró que su gobierno no tomaría represalias contra Castro y esperaba que las relaciones entre ambos países mejorasen en lo adelante.

La respuesta de Castro, de una violencia increíble, provocó unas declaraciones conjuntas de Eisenhower y Herter, lamentando la posición de aquél y ratificando que se trataría por todos los medios de evitar diferenciéis con Castro.

Pocos días después de estas declaraciones apaciguadoras, llegó a Cuba el vice primer ministro soviético Anastas Mikoyan, y firmaba el primer convenio cubano-soviético. Rusia concedía a Cuba un crédito de cien millones de dólares, y se comprometía a comprar un millón de toneladas de azúcar anuales, durante cinco años, pagando en efectivo doscientas mil al precio del mercado mundial (tres centavos) y recibiendo las restantes en trueque de maquinaria agrícola y otros productos industriales. Este tratado y los que siguieron con el bloque dominado por los rusos, se concretaron, casi exclusivamente, al cambio de azúcar por armas y carburantes, convirtiendo a Cuba en la segunda potencia armada de América, según un reporte publicado por el departamento de Estado de Washington, días antes de la conferencia de Punta del Este, en enero de 1962.

El tratado era un pésimo negocio. Económicamente, perjudicaba a Cuba. Esta había vendido a la propia Rusia, en años anteriores, importantes cantidades de dulce, cobrándolas al contado: en 1959, 170.000 toneladas; en 1958, 188,000; en 1957, 358,000; en 1956, 213.000; y en 1955, 456,000.[7]

Raúl Cepero Bonilla, ministro de comercio, en Cuba, elogiaba el convenio

y repetía como un eco comunista el argumento de que no podía criticarse el precio del mercado mundial, pues "en realidad los dos centavos de premio que pagaban Estados Unidos a Cuba por su azúcar tenían por objeto proteger a sus productores domésticos, que, en una situación o mercado libre de competencia, no podían rivalizar con nuestra industria cañera, capaz de abastecer por completo a la Unión". Esta necedad se repitió después, aún por norteamericanos.

La visita de Mikoyan a Cuba provocó grandes protestas juveniles, y Castro, por no perder la costumbre, se mostró implacable en la represalia, de aquellas manifestaciones que pretendían deslindar el comunismo del castrismo. Dichos jóvenes, creyendo que podían ponerles luz verde, enarbolaban unos cartelones faltos de toda realidad. "Castro salvó a Cuba —decían— y Mikoyan la quiere perder".

En estos días Nikita Khrushchev dirigió un discurso al parlamento indio y declaró: "Es una alegría muy grande para los comunistas ver a los pueblos de América más y más determinados en ganar su independencia económica y oponerse a la esclavitud extranjera, cualquiera que sea el disfraz que intenten ponerse. Nuestras simpatías han estado y estarán siempre con naciones como Cuba, que está activamente luchando para salvaguardar su independencia nacional y económica".[8]

El tratado con Rusia, las declaraciones de Nikita, y los ataques de Castro alarmaron a muchos norteamericanos. El expresidente Hoover escribió un largo artículo encaminado a despertar la conciencia de sus conciudadanos.[9] Mikoyan, desde Cuba, replicó, y en un discurso bastante más áspero de lo que suelen ser las peroratas marxistas, elogió las nacionalizaciones sin pago alguno. "Así hicimos en Rusia —dijo— y nuestra revolución ha sido un éxito portentoso".

Nada de esto impresionaba al general Eisenhower. Después de clausurar toda posibilidad a los embarques de armas clandestinos de las fuerzas opuestas a Castro, ratificó en rueda de periodistas su pensamiento de que no "debía rebajarse el precio premio que Estados Unidos pagaban por nuestros azúcares".[10]

Esta actitud entusiasmó a los periodistas y simpatizadores de Castro. El brillante, pero no siempre acertado, periodista del *New York Times*, Tad Szulc, que recién había publicado una serie de artículos sobre la revolución cubana, elogió a Ike, aplaudiendo su paciencia y asegurando que "su actitud conquistaría a los pueblos de América".[11]

Con motivo de varios incidentes de aviación ocurridos sobre Cuba por pilotos norteamericanos que dejaron caer unas bombas en campos de caña, Fidel Castro se valió de ello para hacer responsables de dichos sabotajes a funcionarios

del *Central Intelligence Agency*, que en esta época nada tenían que ver con aquello. Mr. Herter no tuvo inconveniente en deshacerse en explicaciones y en asegurar que esos vuelos no se repetirían. Matthews, aprovechó la ocasión para publicar en la página editorial del *New York Times* un artículo servil, titulado *"Sorry, señor Castro*". Comenzaba diciendo: "*The State Departament has done the correct thing in sending Premier Fidel Castro its sincere regrets*." Este artículo sumiso, indigno del *New York Times*, continuaba diciendo: "*The truth is that our strength and our moral position in the world make it necessary for us to accept señor. Castro's insults*..."[12]

Estas debilidades, en que se aconsejaba que "se dejaran insultar", ensoberbecieron a Castro y con una arrogancia en que el fuerte lo parecía él y el débil los Estados Unidos, se dirigió al secretario Herter, proponiéndole una negociación sobre todos los asuntos pendientes, pero "*advirtiéndole que tenían que comprometerse de antemano a no tomar ninguna medida que perjudicara la economía de su gobierno"*.

El departamento de Estado en Washington contestó que estaba dispuesto a negociar con Cuba... "*sin amarrarse las manos a la espalda*".

En los primeros días de marzo de 1960 el vapor francés *La Coubre* cargado de armas y dinamita, procedente de Europa, con destino al gobierno revolucionario, voló hecho pedazos en una explosión formidable, en la bahía de la Habana y sembró de cadáveres y heridos los muelles donde estaba atracado. Esta catástrofe fue aprovechada nuevamente por Castro para acusar al gobierno americano. La cancillería en Washington rechazó los cargos, pero al mismo tiempo envió al gobierno cubano un sentido mensaje de condolencia que Castro ridiculizó.

A partir de semejante episodio la persecusión contra los norteamericanos y sus intereses fue enorme. Desde las propiedades del gobierno hasta las de sus nacionales todas fueron barridas, y no pagaron un solo centavo.[13]

Gromyko declaró en *Pravda* que Herter no podía tratar al Encargado de Negocios de Cuba en Washington en la forma en que lo había hecho, a consecuencia del insultante discurso de Castro en el sepelio de las víctimas del vapor francés. Estas declaraciones motivaron un cable de Raúl Roa al Ministro de Relaciones Exteriores ruso, en el cual le daba las gracias "por esa demostración de solidaridad".[14]

Eisenhower, de regreso de su viaje a Sud-América, nada exitoso, como había pensado Tad Szulc, declaró nuevamente que no "tomaría represalias contra Cuba". Los deseos de amistarse con Castro eran inverosímiles, y se dispuso el regreso a la Habana del embajador Bonsal, convertido en una especie de *"sparring*

partner" de Castro. Matthews publicó otro editorial sumiso,[15] y Herter declaró, ja estas alturas! que Castro no era comunista. Se creó, entonces, una tesis increíble. "Consistía en dejar a Castro entregarse al comunismo por las buenas, para que no se acusara a Estados Unidos de haberlo obligado a realizarlo por las malas". La tesis equivalía en el fondo, a practicar la coexistencia pacífica. Castro, por su parte, impugnó el tratado de Río de Janeiro de 1947, de asistencia recíproca, diciendo que la revolución no lo había firmado.

El abismo insalvable entre Cuba y Estados Unidos fue precipitado en junio de 1960. Tres refinerías petrolíferas, propiedad de Inglaterra y Estados Unidos, establecidas en Cuba, se negaron a refinar petróleo ruso y fueron confiscadas. Y aún Eisenhower le hacía la competencia a Job. En el mes de julio, después de graves incidentes diplomáticos, el presidente de Estados Unidos se vió obligado a suspender la importación de 700,000 toneladas de azúcar pendientes de la cuota de aquel año. Fidel Castro dictó un decreto y liquidó el resto de las propiedades e intereses norteamericanos.

Las propiedades estaban en salmuera. Fidel las hubiera confiscado de todos modos. Hacía más de año y medio que no pagaba a aquellas compañías. Les debía doscientos millones y no pensó jamás en abonárselos.

"Se habla, dijo Guevara en marzo de 1960, de disminuir la cuota de azúcar cubano e incluso de suspenderla completamente. Pues bien, cuanto antes mejor. Para Cuba esta cuota es un símbolo de colonialismo. Nos las arreglaremos mejor sin yugos imperialistas".

El *Evening Star* de Washington publicó una caricatura del Ché. Aparecía éste debajo de un enorme saco de azúcar, con esta leyenda: *"We wish to be free of this slavery, but not just yet"*.

De aquí en adelante el caballo corría más que nunca, no mostraba síntomas de cansancio y se apropió de la propiedad urbana. El 13 de octubre de 1960, la ley 890 nacionalizó 376 empresas de propiedad enteramente cubanas. 18 destilerías, 5 fábricas de cerveza, 4 de pintura, 61 de textiles, 16 molinos de arroz, 11 teatros, 13 almacenes, y otras más. Casi todas estas empresas, entre ellas la fábrica de Ron Bacardí, mundialmente famosa, habían apoyado y contribuido económicamente al éxito de Castro.

En estos días, el primer ministro soviético Nikita Khrushchev, incómodo por la supresión de la cuota azucarera que aumentaba los gastos de su aventura comunista en Cuba, declaró que si ésta era atacada o intervenida por Estados Unidos, Rusia lanzaría sus cohetes teledirigidos contra la patria de Abraham Lincoln.

El tres de enero de 1961, Fidel Castro ordenó a la embajada americana que redujera su personal a once empleados, y se rompieron las relaciones diplomáticas entre ambos países. Era imposible que Eisenhower admitiera esta última agresión.

Durante dos años, las posibilidades que Estados Unidos ofrecieron a Castro para vivir en paz ambos países, fueron amplísimas y repetidas constantemente. La política de la cancillería de Washington se mostró, durante ese lapso, débil e irresoluta, contemporizando y dejándose sopetear. Y Castro aumentó su poder, conservando su iniciativa sobre quienes consideraba sus peores enemigos que habiendo hecho todo lo posible por entenderse con la fiera del Caribe, les había sido prácticamente imposible.

XCVI

EL FRENTE Y EL CONSEJO

A fines de 1960, la revolución castrista estaba claramente definida. Los tribunales revolucionarios funcionaban a toda máquina y el número de fusilados oficiales pasaba de mil; las cárceles estaban repletas de presos; los partidos políticos no existían; la prensa había sido exterminada; las clases obreras regimentadas; la iglesia católica perseguida; y la enseñanza en manos del Estado. Fidel Castro hacía descansar su régimen en el odio, el terror, el anti-yanquismo y la anti-democracia. Lanzaba al negro contra el blanco; al joven contra el hombre; al campesino contra la población rural; y a los analfabetos contra los profesionales.

Se inició el desfile de los arrepentidos y el exilio de los expulsados del gobierno, y comenzaron las conspiraciones brutalmente reprimidas. Una nueva ley autorizó a fusilar a todos los terroristas, y a que los procesos pudieran realizarse en cuarenta y ocho horas.[16]

Mucho antes de llegar al destierro los desengañados, tuvo lugar en la Habana, una importante conspiración. La dirigían Arturo Hernández Tellaheche, Ramón Mestre y Armando Caíñas Milanés, que tenían la comprensión exacta del peligro. Estos tres valientes cubanos cometieron el error de asociar a su destino a dos comandantes castristas, y estos los denunciaron. El movimiento incubado en momentos en que podía haber salvado a Cuba del comunismo, abortó, y todos sus componentes, incluyendo a Luisito del Pozo que voló desde Santo Domingo, fiel a sus compromisos, fueron condenados a treinta años de presidio. Morgan, en sospecha desde entonces, fue fusilado más adelante.

La conspiración Hernández-Mestre-Caíñas[17] presentó implicaciones.

Márquez Sterling, mezclado a la misma, sin estarlo, por las autoridades del castrismo, en la Habana, se vió obligado a asilarse en la embajada de Venezuela, a cargo del valioso diplomático y brillante escritor José Nuceti Sardi. Trasladado Márquez a Estados Unidos, después de una brevísima estancia en Caracas, a principios de agosto de 1959, trabajaba a toda máquina contra el régimen de Castro, cuando fue deportado. Sus gestiones no eran vistas con gusto. Había concedido entrevistas a diarios de Nueva York, el *Daily News*, el *Herald Tribune* y el *Journal American*, y merecido artículos encomiásticos de Bob Considine, John Griffin y José Mc Carthy. Su deportación fue anulada.

El fundamento de aquella repulsa descansaba en que los grupos que habían comenzado a formarse en Estados Unidos, procedentes del castrismo, se negaban a trabajar de acuerdo con Márquez Sterling, o aún a contar con él y sus simpatizadores. El viejo pleito entre electoralistas y abstencionistas, cobraba vigor, nada menos que en el exilio, lejos de la patria. Se persistía en el error inconmensurable de mantener que frente a Batista no hubieran sido factible, en ningún caso, las elecciones. Esta actitud restó a la lucha contra el comunismo un factor de gran importancia y contribuyó a la consolidación de Castro. Los pueblos no pelean por tesis incomprensibles, y la de la "revolución traicionada", donde no cabían más que los que antes habían sido castristas, resultaba la razón por la cual Castro estaba en el Poder.

Márquez Sterling trabajó incansablemente por una fórmula de unidad. En agosto de 1960 celebró en México dos entrevistas con Tony Varona, entonces jefe.del *Frente Revolucionario Democrático*, gestionadas por el brillante periodista Francisco Ichaso, y las dos entrevistas resultaron innocuas. Varona no entró en el tema y Márquez Sterling regresó a Washington con la certidumbre de que la unidad de los cubanos contra el comunismo era imposible. Los *desengañados* no querían librar a Cuba, entonces, del fidelismo, y aspiraban solamente a conquistar el Poder, eliminando a Castro, sin preocuparse mucho por el sistema entronizado en Cuba.

A principios de mayo de 1960, siguieron llegando al exilio los arrepentidos, los desengañados, o los equivocados. Recomendados por el embajador Bonsal, se organizó en Miami, con dinero del gobierno americano, el mentado *Frente Revolucionario Democrático*, compuesto por cinco grupos, a saber: El *Movimiento de Recuperación Revolucionaria*, de Manuel Artime Buesa; *Rescate Revolucionario*, de Manuel Antonio de Varona; *Democrático Cristiano*, de José Ignacio Rasco: la *Asociación Montecristi*, de Justo Carrillo; y el *Frente Nacional Triple A*, de Aureliano Sánchez Arango.

El desconocimiento yanqui de nuestros valores políticos y revolucionarios quiso ver en estos cinco grupos, aspectos conservadores, moderados y de

izquierda. Nada más erróneo. Todos los grupos anteriormente mencionados pueden figurar, aunque parezca raro, en cada una de esas categorías, y en ocasiones han figurado en cada una de ellas, según la posición que ocupe la parte combatida.[18] Constituido el *Frente* y excluidos todos los demás cubanos no pertenecientes a la doctrina "existencialista de la revolución traicionada", el C.I.A. hizo saber a los cinco grupos que prefería tratar con un solo representante, y se eligió coordinador al doctor Varona.

Sánchez Arango se disgustó y se presentó la primera quiebra en la política del C.I.A. "La breve historia de las relaciones entre el F.R.D. y el organismo encargado de tratar los problemas cubanos —decía Sánchez Arango— es la historia de una incesante serie de presiones y de imposiciones".

La renuncia de Arango no tuvo eco alguno entre los "arrepentidos". Formó una agrupación numerosa en la que no se vetaba a nadie, y nos honró con la segunda posición de la misma. No aceptamos, concientes de que sin unidad la causa cubana estaba perdida de antemano. Las cosas siguieron su curso. Al C.I.A. no le preocupaba en absoluto la división de los cubanos, y al decir de los directores del *Frente* eran sus representantes los que fomentaban esa desunión.

El *Frente* no representaba casi nada en el orden político, y mucho menos en el revolucionario. La fuerza de invasión de los exilados cubanos, de cuya organización se encargó en definitiva el C.I.A., no reflejaba ni cosa que lo pareciera el carácter político del Frente. De hecho, la administración de "Eisenhower perdía su tiempo al carecer del esquema militar o revolucionario necesario para enfrentarse con un gobierno como el de Castro que pasaba de una fase a otra con una velocidad de vértigo".[19]

Equivocados los caminos, con una categoría de cubanos privilegiados, el *Frente* se ganó la repulsa casi unánime del exilio. Los seguidores del C.I.A. cabían cómodamente en el lobby de cualquier modesto hotel, y en Cuba realmente no estaban muy ventajosamente respaldados. Persistieron, en múltiples y dislocadas declaraciones, en defender la revolución de Castro y la mayor parte de sus leyes, y en mantener las "confiscaciones justas". Se advertía que aún Castro ejercía sobre ellos el mismo ímpetu que durante la lucha contra las elecciones.

En el otoño de 1960 comenzó a llegar a Estados Unidos un nuevo tipo de "engañados". Los que habían pertenecido al 26 de julio. Y los que habían ocupado cargos de positiva importancia en el gobierno de Castro. José Miró Cardona, primer ministro durante las seis primeras semanas del régimen castrista, embajador en España y en Estados Unidos, y Manuel Ray Rivero, ex-ministro de Obras Públicas y coordinador del clandestinaje en la lucha contra Batista, lo cual no le había impedido trabajar a las órdenes del ministro Arroyo,

en la administración antes citada.

Salvo en lo que se refería a su pasada asociación con el régimen de Castro, Miró Cardona no sobresalía por sus ideas de carácter radical, pero Ray y otros como él, fundadores del 26 de julio, eran críticos exaltados del antiguo orden político, social y económico de Cuba.

Este nuevo grupo de exilados organizaron en noviembre de 1960, el *Movimiento Revolucionario del Pueblo* (MRP). En su primer manifiesto, después de convalidar todas las leyes de Castro, declararon terminantemente que venían a luchar "contra la pandilla comunista", a la cual hasta quince días antes habían pertenecido, colaborando en todos sus excesos.

Se turba uno frente a estas actitudes. ¿En qué consistía, a juicio de Ray y de sus partidarios, la revolución traicionada?

Surgió entonces una disparidad fundamental entre los mismos integrantes de la teoría *existencialista*.[20] Y la necesidad de definir cuándo había surgido la traición. Todos daban la fecha de su separación del gobierno castrista, o de haber sido separados de él. El último que llegaba fijaba como punto de partida su propio exilio.

La presencia de Manolo Ray y de su grupito, donde militaban miembros de los tribunales revolucionarios, planteó con mayor fuerza la desunión del exilio. Existía una realidad que se abría paso, aunque no quisiera reconocerla la administración de Eisenhower, o el C.I.A. o los grupos subvencionados por esta agencia. Estábamos en presencia de un fidelismo sin Fidel, que adquiría mayor o menor grado según la asociación de cada uno de esos grupos al régimen de Castro, que se adjudicaban la revolución sin haberla hecho.

Esta situación adquirió caracteres de gravedad. Los sectores del *Frente*, principalmente el dirigido por Artime, opinaban que lo importante era la invasión. El MRP, sostenía que lo fundamental era el clandestinaje en Cuba, hasta que pudiera levantarse al pueblo. La oposición contra Castro quedaba escindida en el exilio; primero, por razones teóricas (batistianos, electoralistas y fidelistas arrepentidos) y segundo, de hecho, por discrepancias de procedimiento entre los grupos de los desengañados. Un verdadero laberinto que impedía construir una sólida armazón para derrocar a Castro y ponerle fin al comunismo en Cuba.

En noviembre de 1960, informado Castro de lo que se preparaba, declaró: "Hemos adquirido armas, muchas armas, muchas más de las que mercenarios e imperialistas han imaginado". En este mes salió el Ché de viaje hacia Oriente y con su franqueza brutal declaró que los tratados del azúcar firmados con Rusia no tenían fines económicos, sino políticos. Bien se veía. Castro hizo desfilar sus

elementos de guerra. El espectáculo era imponente. Tanques pesados, cañones de 55 y 105 mm, artillería de campaña arrastrada por camiones, morteros, lanzacohetes, cañones antiaéreos, cañones antitanques y armas automáticas. En el discurso dijo: "Cuba puede tener montañas de armas comunistas".

En marzo de 1961, mes y medio después de tomar posesión de la presidencia de Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy, se produjo un cambio en la estructura de la "revolución traicionada". Se fusionaron los grupos del *Frente* con los del *Movimiento Revolucionario del Pueblo*. Varona fue sustituido y se designó en la jefatura del nuevo instrumento denominado *Consejo Revolucionario*, al doctor José Miró Cardona.

En 9 de abril de 1961, Miró hizo declaraciones a título de presidente del Consejo. "No somos, ni podríamos ser, contrarevolucionarios. Fuimos revolucionarios que luchamos contra el régimen anterior, que empobreció a todo el país en beneficio de una minoría ávida de oro y poder. Con las mismas convicciones nos oponemos ahora al presente régimen, que ha traicionado a nuestro país".

La tragedia de los castristas, opuestos ahora al régimen que ayudaron a establecer, empezaba a recorrer el camino de sus mayores dificultades. Todos los revolucionarios, o colaboradores de la revolución, para justificar la supuesta ausencia de soluciones políticas basadas en el sufragio, habían negado raigalmente, durante aquel período de lucha, que Cuba hubiera logrado progresos sociales y económicos, y pintaban la isla sumida en la más espantosa miseria, cuando en aquellos aspectos habíamos adelantado grandemente.

Aquella mentira se vino al suelo. Miró Cardona, Tony Varona y Pedro Martínez Fraga, fueron extraordinariamente explícitos. El primero aseguró en la revista *World Report* de 23 de enero de 1961, que "los índices económicos de Cuba eran los más altos entre los países no industrializados, y que nuestra economía era aventajada solamente por ocho o diez países industriales del mundo; el segundo, Tony Varona, en un banquete en la ciudad de Baltimore, en la Cámara de Comercio, declaró que "Cuba era el país de nivel de vida más alto de la America Latina, y que su legislación social se parangonaba con las más progresistas del mundo"; y Martínez Fraga combatió la reforma agraria, afirmando que Cuba, ni técnica ni económicamente, vivía bajo un régimen de propiedad latifundaria.[21]

Miró Cardona fue más lejos y reconoció la validez de nuestra tesis, en una entrevista que el 18 de febrero de 1961 concedió y fue publicada en el periódico *El Mundo*, editado en el exilio, en Miami, cuando hizo las siguientes afirmaciones: "Descartado que la revolución hubiera sido de tipo social y tenido su origen

socio-económico, obligado es admitir que estuvo alentada por finalidades políticas y secundada políticamente por el pueblo..."

¿Entonces?

Cerró con broche de oro este período de aclaraciones necesarias, que nos llenaba de razones a los electoralistas, el doctor Sánchez Arango, que, no habiendo sido batistiano ni tampoco electoralista, calificó la tesis de la "revolución traicionada" como el intento de justificar "medidas catastróficas del régimen castrista, en un esfuerzo por eludir las responsabilidades de los que hubieron de abrirle a Fidel Castro y a los comunistas las vías de la más completa subordinación de Cuba a los intereses del imperialismo soviético".

XCVII

EL LIBRO BLANCO

El tres de abril de 1961, publicó la Cancillería de Washington un *Libro Blanco*. Este documento definía "el grave y urgente desafío" que simbolizaba el régimen de Castro.

"El reto es consecuencia —decía— de que los dirigentes del régimen revolucionario traicionaron su propia revolución; la pusieron en manos de potencias extrañas al Hemisferio y la transformaron en un instrumento empleado, con calculados efectos, para aniquilar las esperanzas de la democracia que había despertado en el pueblo cubano, y para intervenir en los asuntos internos de las otras repúblicas americanas".

Se observaba en el *Libro Blanco* una tendencia hacia el dato económico erróneo, que los propios castristas arrepentidos habían rectificado. La revolución se hacía descansar en la "indiferencia del régimen de Batista a las necesidades populares, a la falta de educación de nuestro pueblo, a la ausencia de sanidad y de médicos, a la falta de viviendas, a la injusticia social, y al atraso económico que restaba oportunidades a los cubanos para prosperar".

No contento el *Libro Blanco* con estas declaraciones, que las estadísticas citadas en este libro desmienten, agregaba un pasaje altamente encarecedor de los supuestos aspectos constructivos que a su juicio representaban los primeros meses del gobierno de Castro.

El *Libro Blanco* resultaba contradictorio con toda la literatura oficial del Gobierno de Washington.[22] Después de haber aseverado que la revolución de

Castro había sido democrática, aseguraba que su "historia es la historia calculada de la destrucción de las libertades públicas".

Una de las finalidades más lamentables del *Libro Blanco* es su tendencia al partidarismo. En efecto: 1) protege moral y materialmente a un grupo de cubanos, en mengua de otros más numerosos; 2) omite importantísimos acontecimientos, antecedentes y datos, que servirían para sentar conclusiones en cuanto al establecimiento del comunismo en Cuba; 3) desconoce la historia económica de nuestro país; 4) carece de un llamamiento eficaz a la América para libertar a Cuba del imperio moscovita; y 5) recuerda bastante al antiguo intervencionismo, cuando se anticipa a la voluntad del pueblo cubano y recomienda a quienes no representan las mayorías contra Castro.

Expuesto cuanto antecede, respecto a la revolución castrista, destacándose, por sus partidarios y comentaristas, la parte engañosa de Castro, cabe preguntarse, al llegar hasta aquí, si efectivamente, en Cuba hacía falta una revolución social y económica. Si no hacía falta, como hemos creído demostrarlo, evidentemente no ha existido ninguna traición a esa propia revolución, sino más bien a nuestras instituciones democráticas e históricas, que al cancelarse a *Forziori*, para provocar un estado de hechos artificiales, dieron al traste con las elecciones y destruyeron todo nuestro sistema político.

Esa tesis de la revolución traicionada está demorando la restauración democrática de Cuba. Porque al insistir en ella, para regresar a los primeros momentos del gobierno de Castro, se está postergando la verdadera recuperación política de los cubanos, ya que los revolucionarios, sin distinción, en aquellos primeros momentos, prefirieron prescindir del trámite electoral, lo cual equivalía a pavimentar el camino del comunismo, que se nutre en climas donde la democracia real y positivamente no funciona. Por esta vía nuestra restauración cívica no llegará jamás. Porque la venganza, como la dictadura que la provoca, sólo conduce a regímenes de fuerza y dentro de los regímenes de fuerza no caben las libertades políticas.

Si el Poder se representa como un medio de vida, y de él depende que se depositen en el Estado todas las actividades nacionales, ¿fundados en qué premisa pueden criticar los comunistas a los que se hacen fuertes dentro de aquel estado de hechos? Estos oposicionistas-revolucionarios quieren el Poder no para rectificar un estado de hechos sino para realizar, en mayor grado, aquellos excesos dictatoriales contra los cuales aseguran realizar los movimientos revolucionarios. Esto nos demuestra, palpablemente, que todas las revoluciones comunistas, tienen un carácter reaccionario, y que no se puede hablar de ellas como movimientos liberadores, ya que no pretenden ni persiguen el bien de la humanidad sino exclusivamente el de aquellos que hacen la revolución para

pasar de clase dominada, suponiendo que lo sea, a clase dominante, demostración indiscutible de que es absolutamente cierto que no representan nada en concepto del progreso general.

Entendemos que éstos aspectos sutiles de las revoluciones actuales no están siendo manejados hábilmente por la diplomacia americana. El sentido de la Historia nos lo muestra. Jamás los presidentes norteamericanos se inclinaron en favor o en contra de éste o de aquel grupo de cubanos exilados. Siendo los Estados Unidos cuna de nuestras revoluciones, sus primeros magistrados cuidaron de no pecar de parciales. En lo que se refiere a nuestro proceso republicano la cita es importante. El presidente McKinley recibió en la Casa Blanca al abogado Horacio Rubens, amigo y consejero de José Martí, cuando el partido Revolucionario Cubano, recogió en su seno a todos los cubanos de la emigración y hablaba a nombre de la unidad revolucionaria. En 1906, el presidente Teodoro Roosevelt accedió a recibir en su despacho a un representante de los revolucionarios de 1906, cuando supo que hablaba a nombre de todos. En 1933, el presidente Franklin D. Roosevelt, aceptó entenderse con los cubanos que combatían al gobierno de Machado, cuando aquéllos se unieron en una Junta de Sectores, en el Hotel Commander de Nueva York. Y aún, en 1958, el general Eisenhower, tomó en serio la revolución castrista cuando se unieron varios grupos en Caracas, y designaron coordinador al doctor José Miró Cardona. Esta última unidad, sin embargo, no fue completa. Los grupos revolucionarios, a las órdenes de Castro, combatieron a los partidos políticos de la oposición en Cuba. Y para obviar esta dificultad, Miró Cardona, como sabemos, notificó al departamento de Estado, en Washington, que dichos grupos revolucionarios, reunidos en la capital venezolana, no aceptarían el triunfo de la oposición electoral en Cuba.[23]

UN ACUERDO MAL AJUSTADO

Decidida la administración en Washington a prescindir de unos cubanos anticomunistas en favor de otros, se anunció la preparación de una invasión a Cuba, en Guatemala, en el periódico *La Hora*, y más tarde en la *Hispanic Report*, revista publicada por el Instituto *Hispanic American and Lugo-Brazilian Studies*, de la Universidad de Stamford. Naturalmente, al enterarse la prensa norteamericana, el asunto se convirtió en un secreto a voces.

El 22 de marzo de 1961 firmaron un acuerdo Manuel Antonio de Varona y Manuel Ray, a nombre de sus respectivas agrupaciones, el *Frente* y el *Movimiento Revolucionario del Pueblo*, acuerdo al que siguieron unas bases secretas.[24] Los documentos se conocieron después del fracaso de la invasión de Bahía de

Cochinos y Playa Girón y demuestran claramente que no estaba en el pensamiento de los firmantes reconstruir la República de Martí. Estábamos en el caso de recordarles a dichos jefes políticos y revolucionarios aquella famosa carta del apóstol de nuestra independencia, al general Gómez. "¿Qué somos, General? ¿Los libertadores de un pueblo en la opresión o los caudillos valientes y afortunados que nos disponemos a dominar el país?"

Los políticos del *Frente* y los revolucionarios del MRP no coordinaban, realmente, a pesar de todo. El doctor Miró Cardona, hizo declaraciones y anunció un levantamiento en Cuba. Pero el hecho era falso.

Andando los días, a los componentes del *Frente*, como a los del MRP, les dominaba la ansiedad. Se estaba perdiendo un tiempo precioso en disponer de los cubanos exilados, en pasarlos por un filtro revolucionario, cuyas condiciones eran muy semejantes a las pragmáticas de Castro. Toda esta desesperación chocaba con un gran inconveniente. Debido a los vetos y a las exclusiones, los campamentos estaban casi vacíos. Finalmente, en parte, se levantó el veto. De todos modos, la conscripción no llegó a 1,500 cubanos.

Era un hecho evidente, a juzgar por los acontecimientos registrados en Cuba, que el régimen de Castro había estado perdiendo apoyo popular. Pero ésta no era la cuestión entrañable, tratándose de la guerra. A Castro no le importaba la fisonomía de su sistema. Tenía sobre las armas 400,000 milicianos.

Por otra parte, el tiempo se perdía más y más. Se invadía la Isla? ¿Se esperaba a que en la misma hubiera un levantamiento interno? ¿O se coordinaban ambos medios? Estos dilemas, tan viejos como la historia de nuestras revoluciones, los discutieron durante muchos años, en 1890, Máximo Gómez y José Martí. Decidieron provocar el levantamiento en Cuba y ayudarlo con expediciones constantes y un bien organizado sistema de suministros. Sin embargo, ahora en 1961, se iba a realizar una cosa muy distinta. El levantamiento interno se postergó y sólo se pensaba en invadir la Isla.

Los líderes del *Frente*, vaciados, como sabemos, en el *Consejo*, necesitaban justificar las preferencias de la Agencia Central de Inteligencia. Muchos de ellos, justo es reconocerlo, se embarcaron en la empresa, como se embarcaron años antes, en la revolución castrista, "por el que dirán y otros porque a la altura en que estaban los acontecimientos no deseaban que los acusaran de derrotistas". Pero indudablemente, lo inteligente hubiera sido demorar la invasión hasta que la campaña de sabotaje en Cuba hubiera tomado más cuerpo. Y hubieran llamado a las armas a todos los cubanos, sin vetos ni excomuniones. Los factores endógenos habían prescindido de líneas de partido y sólo pesaban derrotar a Castro. La reoganización de estos grupos, en la clandestinidad, en Cuba, sin

matices de derecha, izquierdas o centros, había progresado mucho, y era un peligro para la tesis de la "revolución traicionada", que sostenía el CIA y los arrepentidos castristas.

En enero de 1961 todo estaba decidido. Existía en la emigración un gran temor al fracaso. Este temor, muy extendido, lo recogió el doctor Guillermo Alonso Pujol y lo exteriorizó en una hermosa carta dirigida al doctor Miró Cardona, en 26 de marzo de aquel año. Recomendaba Alonso, la unión de todos los cubanos, la abolición de tachas y vetos, y la seguridad de la ayuda militar externa, como una obligación de las naciones americanas surgidas de los tratados de Río, Bogotá y Caracas.[25]

La respuesta de Miró Cardona no definía claramente los problemas políticos apuntados por Alonso y en cuanto a la ayuda militar inter-americana la estimaba impropia. "Nosotros —decía en uno de los párrafo» de su respuesta— somos las víctimas. Sé que el cubano no tiene vocación por la servidumbre. Pero los que están en los campos de combate o en los campamentos o en la clandestinidad heroica se sentirían muy infelices si fueran otros los que nos devolvieran nuestras libertades..."

Miró no era sincero, puesto que esperaba la ayuda de tropas norteamericanas. Cuba era víctima de la intervención ruso-china, en aquellos entonces, y en estas condiciones, los cubanos, de acuerdo con los tratados antes mencionados, necesitábamos la ayuda militar externa, cosa muy diferente al viejo concepto intervencionista, que parecía contemplar el presidente del *Consejo*, a no ser que deseara mantener en secreto esta fase importantísima de la invasión para no darle armas a los enemigos de la democracia en Cuba.

LOS INVASORES SE QUEDARON SOLOS

La invasión de Girón es una página lamentable para nuestros aliados hemisféricos. Cerca del presidente Kennedy la invasión contaba con defensores y con impugnadores. Entre los primeros podemos citar al Director del CIA, Allan Dulles, al ex-almirante Burke, muy conocedor de nuestros problemas, y al general Lemnitzer, jefe del Estado Mayor Conjunto Norteamericano. Este aconsejaba que el desembarco de los invasores en Cuba estuviera protegido por una cobertura aérea que necesariamente debían realizar pilotos norteamericanos, pues las fuerzas invasoras carecían de aparatos adecuados.

Entre los impugnadores figuraban el apaciguador senador Fullbright, el "rojillo" subsecretario Chester Bowles, y el general retirado Hugh B. Hester, que

aseguraba, *gratia-modus*, que Castro contaba con el 90% de la población cubana.

Finalmente, el secretario de Estado, Mr. Dean Rusk, el consejero presidencial McGeorge Bundy y el historiador Schlesinger, autor del *Libro Blanco*, se mostraban dudosos.

Aseguran los bien enterados, entre bastidores, en Washington, que el presidente Kennedy nunca fue partidario de la intervención directa en Cuba. Conciente, sin embargo, de que la cobertura aérea era necesaria, autorizó, en vísperas de la invasión, que aviones norteamericanos atacaran y destruyeran las bases castristas de fuerzas aéreas. Estos ataques, haciendo creer que los realizaban por órdenes del Consejo, se suspendieron apenas comenzaron, cuando Adlai Stevenson, el embajador norteamericano en las Naciones Unidas, lo exigió para aliviar su situación en los debates con los rusos en la asamblea general del susodicho organismo internacional.

Se sostiene, por cuantos funcionarios o periodistas han intervenido en el relato de la catástrofe de Bahía de Cochinos, que el presidente Kennedy ordenó se comunicara al *Consejo Revolucionario Cubano*, la supresión de los ataques por aire y de la cobertura aérea, y que esta decisión fue notificada al presidente del Consejo, y a los miembros más importantes de éste, por los señores Adolfo Berle, ex-secretario Asistente de Estado y Arturo Schlesinger, consejero presidencial.[26]

Algunos cubanos negaron que se les hiciera esa notificación y aseguraron, por el contrario, contar con la cobertura aérea. Tony Varona se produjo en ese sentido, en el *Washington News* de julio 13 de 1961. Más tarde, cuando el procurador de Estados Unidos Robert Kennedy declaró que nunca se les había ofrecido cobertura aérea a los cubanos, Varona insistió en la afirmativa. Sus declaraciones fueron bastante vagas, en esta oportunidad, y se limitó a hablar de un coronel Frank como la persona que les había asegurado la defensa aérea mientras se entrenaban en Guatemala.[27]

Tres días antes de la invasión, el presidente Kennedy compareció por la radio y la televisión, y aseguró enfáticamente, "que los Estados Unidos, en ningún caso, intervendrían en Cuba".

Estas palabras, inoportunas, produjeron una sensación de seguridad en las huestes comunistas de Castro, que prácticamente les dieron la victoria. Los periódicos de Cuba, todos al servicio de Castro, publicaron en cintillos inmensos titulares que expresaban la verdadera índole de su decisión, cuando dijeron ¡VIENEN SOLOS!

A partir de entonces la invasión se convirtió en un gigantesco fracaso. Los lugares escogidos para los desembarcos en las playas de Cuba, sin cobertura

aérea, constituían un verdadero suicidio. A los cubanos los dejaron solos frente al poderío, aún muy vivo, de las fuerzas castro-comunistas.

El 16 de abril, víspera de la invasión, los doctores Miró Cardona y Tony Varona, eran conducidos a un lugar del Estado de Pensylvania. De aquí volaron, en compañía de agentes del C.I.A., a una base en las afueras de Opalooka. Se les dijo que se les trasladaría a un lugar de Cuba para constituir un gobierno provisional revolucionario.

El 17 de abril, las tropas de Fidel Castro estaban prácticamente esperando a nuestros héroes. Unos *Sea Fury* que Inglaterra había vendido al gobierno del general Batista, entraron en acción y con relativa facilidad dispusieron de los sacrificados cubanos, que con excepción de unos cuantos muertos heroicos, cayeron todos en manos de los comunistas.

El 18 de abril se presentaba trágicamente. Había llegado el instante en que Kennedy cambiara de parecer. Reunió en la Casa Blanca a varios de sus más íntimos colaboradores. Estaban presentes Dulles, Bisell, Bundy y Rostow. Discutieron la solución. No recibieron apoyo del Continente. No llegaron a ninguna conclusión. Y a la mañana siguiente comprendieron que era muy tarde para evitar la catástrofe.[28]

El C.I.A. no sabía qué decir ni qué hacer. Trató de explicar a través de una firma de publicidad neoyorkina, contratada por el *Consejo*, "que se trataba de una pequeña fuerza de exploración capturada por Castro. Pero éste arruinando esa explicación mostró a los pocos días, por Televisión, más de mil doscientos prisioneros".[29]

Castro aprovechó el desastre de la invasión para liquidar todas las fuerzas del clandestinaje en Cuba. En pocos días puso en prisión a más de cien mil personas, estuviéran o no complicadas en los sucesos acaecidos. La resistencia interna quedó destrozada.

El 20 de abril, el presidente Kennedy expresó enérgicamente la determinación de no aceptar la derrota como definitiva. Anunció el propósito de repasar la totalidad del problema cubano.

El rasgo más señalado de su elocuente discurso fue la indicación de que era necesario y urgente examinar el papel desempeñado por las armas en la crisis cubana. Más tarde, para cortar de raíz las discusiones sobre responsabilidades y culpas, el fino escritor que hay en el autor de *"Profiles in Courage"*, asumió toda la culpa del fracaso. Era un gesto valiente y generoso.

La aventura del CIA, en Cuba, según el general Lemnitzer, costó más de

cuarenta y cinco millones de dólares.[30] Por otra parte, la derrota del *Consejo*, tuvo como efecto inmediato ahondar las divisiones del exilio. Manuel Ray, renunció y se estableció en Puerto Rico con su pequeño grupo revolucionario. Otros elementos menos significados también se apartaron del Consejo.

La tragedia de Girón la convirtió Fidel Castro en un asunto de especulación económica. Un día, hablando en público, kilométricamente, como acostumbraba, dijo que estaba dispuesto a cambiar los prisioneros por tractores. Le tomaron la palabra. Se constituyó, en Estados Unidos una comisión presidida por Mrs. Eleonor Roosevelt, la viuda del inolvidable presidente de la década del 30. También se formó en el acto una comisión de padres y familiares de los presos, que vino a encabezarla, en el andar de los días, el señor Alvaro Sánchez, rico terrateniente cubano.

En dos oportunidades visitó Estados Unidos, con autorización de Fidel Castro, una comisión de prisioneros de Girón para gestionar el canje. Fidel jugaba con la suerte de sus cautivos y con el inmenso dolor de aquellos padres. Finalmente, pidió con el cinismo que le adorna, 28 millones de dólares. Las negociaciones se terminaron con la comisión de la señora Roosevelt y continuaron con la que componían los padres de los valientes invasores de Bahía de Cochinos.

Castro, haciendo alarde de su maldad, decidió definir la situación de los presos y los puso a publica subasta. Obligó al tribunal que los juzgó a dictar sentencia, condenándolos a multas, que fluctuaban entre 25 mil pesos y medio millón de dólares por cada combatiente, o treinta años de presidio y de trabajos forzados, en ausencia del pago. La sentencia representaba la suma de sesenta y dos millones de dólares. En esta forma pensaba Fidel Castro detener la revolución libertadora de Cuba, mientras los afligidos padres buscaban dinero.

La captura de los bravos de Girón era una espina permanentemente clavada en la espalda del presidente Kennedy. A mediados de 1962, el abogado norteamericano James B. Donovan con el respaldo de la Casa Blanca comenzó a gestionar la libertad de los prisioneros. Donovan había tenido un verdadero éxito en la negociación que culminó con la libertad de Francis Power, aviador norteamericano, acusado de espionaje, que había caído en poder de los rusos.

Donovan proponía a Castro el canje de los valientes de Girón, por medicinas y alimentos, que importaban, más o menos, la suma de setenta millones de dólares.

Después de dilatadas negociaciones y de varios viajes de Donovan a Cuba, el acuerdo fue logrado y Fidel Castro consumó la venta de los heroes de Bahía de

Cochinos. Estos fueron puestos en libertad y enviados a Miami con sus familiares, en las pascuas de 1962. Haciendo ostensible su intervención en el asunto, Kennedy los recibió en su casa de veraneo en Palm Beach y más tarde organizó un acto de masas en uno de los estadios de Miami y en un discurso, muy hermoso, como todos los suyos, prometió clavar la bandera de Cuba libre en los más altos picachos de nuestras indómitas montañas. Un nuevo horizonte quedó abierto a las esperanzas de los cubanos de recuperar la Isla para la democracia y la civilización.

POST - SCRIPTUM

I

La crisis de relaciones entre Estados Unidos y Rusia se agravó considerablemente cuando ésta desembarcó tropas en Cuba con el propósito de salvaguardar a Castro de una sublevación interna. Esta crisis alcanzó su mayor grado de tensión al conocer el presidente Kennedy que la Unión Soviética estaba instalando cuatro bases de proyectiles teledirigidos en la Isla, que permitían el lanzamiento de cohetes con un alcance de 1,400 kilómetros. Estos cohetes podían destruir ciudades y centros de producción norteamericanos.

El presidente Kennedy reaccionó enérgicamente. En un vigoroso discurso leído el 22 de octubre de 1962, transmitido a todo el universo, exigió el desmantelamiento de dichas bases, la retirada de las armas nucleares y aviones de guerra y bombarderos atómicos, y decretó el bloqueo de mar y aire, y que todo barco, incluso los soviéticos, fueran registrados para evitar que siguieran introduciéndose en Cuba armas y efectivos nucleares.

Khrushchev, en los primeros momentos pretendió negociar; indicó que si los Estados Unidos retiraban sus dispositivos nucleares de Turquía, él retiraba los suyos de Cuba. Kennedy se mantuvo firme. Al fin, el primer ministro soviético accedió a retirar los cohetes de Cuba, y a desmantelar las bases, sin que se sepa, hasta ahora, qué clase de convenio internacional se estableció entre ambos líderes.

Pocos días después, el presidente Kennedy dispuso la terminación del bloqueo, y desde entonces la tirantez diplomática entre las dos potencias fue desapareciendo, provocando los más variados y contradictorios rumores.

La victoria del presidente norteamericano, más aparente que real; el rescate de los invasores de Girón; y el reclutamiento de los cubanos en el ejército de Estados Unidos, medida muy discutible, parecía situar al Consejo Revolucionario en condiciones favorables para lograr la libertad de Cuba del yugo comunista. Estas esperanzas desaparecieron súbitamente, cuando en abril de 1963, las autoridades militares del Estado de la Florida, siguiendo instrucciones de la Casa Blanca y el departamento de Estado, reprimieron toda clase de ataques a barcos rusos y a las costas de Cuba por barcos tripulados por cubanos. Dichas autoridades intervenían aún en aguas internacionales. Esta labor de policía marítima, llevada a cabo por barcos norteamericanos y británicos (éstos

secundaron la acción, según el *Foreign Office de Londres*, a solicitud de Washington) extendió entre todos los cubanos la creencia de que efectivamente la política con respecto a Cuba había cambiado en la Casa Blanca.

Los barcos pertenecientes al Alpha 66, al Comando L, al Directorio Estudiantil Universitario y a los demás grupos revolucionarios, fueron embargados por el gobierno de Estados Unidos, y sus tripulantes presos y condenados.

Las relaciones entre el Consejo Revolucionario Cubano y el gobierno de Kennedy nunca estuvieron claramente definidas. El Consejo era una especie de organismo oficioso. Existían errores por ambas partes. El Consejo resultaba mas que un grupo revolucionario un organismo burocrático sostenido con fondos de la "*Agencia Central de Inteligencia"*, que recibía doscientos mil dólares mensuales, según el Departamento de Estado en Washington; novecientos setanta y cuatro mil anuales, según el propio Consejo.[1]

Estos errores, examinados a lo largo de este libro y confirmados por los acontecimientos, obligaron al doctor Miró a dimitir la presidencia de dicho Consejo el 18 de abril de 1963, exponiendo en su carta-renuncia una serie de hechos que ya eran del dominio público, excepto la revelación de que el presidente Kennedy le había ofrecido seis divisiones de soldados y marinos para invadir a Cuba, que contenía además la acusación de que Estados Unidos y Rusia, por medio de sus representantes diplomáticos tenían algún tipo de acuerdo que había obligado al presidente Kennedy a reprimir los ataques marítimos de los cubanos a los barcos rusos.[2]

Respecto a la unidad de los cubanos, el documento del doctor Miró, plausible en muchos aspectos, no aludía a ella. Hubiera sido necesario este dato para saber concretamente quién se había opuesto a esa unión tan necesaria y urgente al triunfo de los demócratas cubanos. Algunas veces, el doctor Miró como el señor Tony Varona, hablando en la intimidad, habían manifestado que no habían podido realizar la unidad porque la "*Agencia Central de Inteligencia*", se los había prohibido.

Fuera cierta o no esta afirmación, que en parte se justifica por la protección financiera al Consejo, el exilio quedó muy sorprendido, cuando el 21 de abril de aquel mismo año, el procurador general de Estados Unidos, Robert Kennedy, hermano del presidente, declaró "que la division entre los cubanos exilados era tan enconada que había sido difícil mantener con ellos discusiones de algún provecho o utilidad".

Bob Kennedy apoyaba al presidente, negando categóricamente que su

hermano jamás le hubiera prometido a Miró que Estados Unidos realizarían la segunda invasión a la Cuba comunista de Fidel Castro, en unas manifestaciones producidas en el programa de televisión de la *American Broadcasting Company*, titulado "Preguntas y Respuestas" y que "lograr la unión de los grupos de cubanos refugiados en Estados Unidos sería el paso más importante, en la cuestión de resolver el problema de Castro".

Estas declaraciones resultaban sorprendentes. El procurador general olvidaba, a juicio de muchos exilados, la forma en que se había organizado el *Frente Democrático Revolucionario*; olvidaba la forma en que se había estructurado el propio *Consejo Revolucionario*, y por último, olvidaba el *Libro Blanco*, factores negativos de la unidad, propiciados por funcionarios del gobierno de Kennedy.

Esos funcionarios mantenían el error de mirar los fenómenos del castrismo con el mismo lente a través del cual se había contemplado ese mismo castrismo desde su aparición en la Sierra Maestra.

Con la renuncia de Miró y las declaraciones de "Bob" Kennedy, se abría paso a la verdad en el drama de Cuba, y se llegaba a la conclusión, por el fracaso de todas las fórmulas ensayadas, de que sin unión entre todos los cubanos, al menos para rescatar la Isla del dominio comunista, la tarea resultaba inútil.[3]

Por otra parte, la publicación de dos libros importantísimos venía a arrojar más luz sobre el panorama desolado de los demócratas cubanos. Estos libros eran el *Informe de los jurisconsultos de Ginebra, sobre el imperio de la ley en Cuba*, y *Un estudio sobre Cuba*, publicado por un distinguido grupo de economistas cubanos, bajo la dirección del doctor José R. Alvarez Díaz, notable hacendista cubano, ex-catedrático de Economía Política de la Escuela de Ciencias Comerciales de la Universidad de la Habana, perseguido por el régimen de Castro, por sus ideas democráticas. Este estudio, cabalmente realizado por elementos que simpatizaron con la revolución castrista en sus inicios, contiene afirmaciones definitivas. Y pasamos a copiar algunos párrafos de la Introducción que adorna el magnífico libro:

"El colapso de las instituciones políticas, así como el derrumbe de las fuerzas militares que se produjeron con la caída del Gobierno, es lo que permite que se apodere Castro del poder, apoyándose mediante la simulación y el engaño, en las únicas fuerzas organizadas que subsistieron: el partido comunista, públicamente conocido, y sus camaradas, desconocidos, infiltrados previamente en la estructura política y social". "Con el liderazgo de Castro, y ocultos tras una extraordinaria y habilísima trama político-publicitaria, sin duda alguna tejida y cuidadosamente planeada con anticipación, los personeros del

comunismo doméstico y sus asesores internacionales, fueron realizando paso a paso, su plan de total subversión del orden institucional en lo económico y sustituyendo el régimen de propiedad privada por un sistema colectivista, que suprimió la libertad y humilló la dignidad de la persona humana...". "Ninguna tesis económica valedera y lógica, podría explicar la política preconizada por Castro y sus colaboradores comunistas de total subversión del orden jurídico y económico que fue llevada a cabo. Aceptando que Cuba estaba urgida de una revisión de la política —de la mala política— seguida con relación a algunas importantes zonas de su población, como marcadamente era el caso del campesinado y de los desempleados del campo y de la ciudad, podemos afirmar que no era necesaria una revolución social que subvirtiese el orden jurídico, y menos, que la comunista pudiera servir para superar esas injusticias. En el régimen constitucional que se había dado al pueblo cubano en 1940, estaban establecidos los principios y creados los medios que permitían, evolucionando dentro de ese marco y en un plano de objetiva consideración de la coyuntura, el logro del bienestar de toda la nación.. "Por varios caminos fue transitando encubiertamente el afán colectivista: el primero de los escogidos fue el de las confiscaciones. En su inicio el Gobierno dijo que comprendía tan sólo la recuperación de los bienes malversados a la nación por políticos venales. Más tarde, se hizo extensiva a todos los bienes de los titulados malversadores sin tomar en consideración la relación entre la cuantía de lo supuestamente malversado y la de los bienes a confiscar. Se establecía así la confiscación como una sanción a los delitos políticos, comprendiendo también a los llamados colaboradores del régimen depuesto. Precisamente fue la falta de precisión legal del concepto de colaboración y del de enriquecimiento al amparo del poder público, así como la ampliación de los delitos penados por la confiscación total de bienes a los definidos como "contra-revolucionarios" y a los de evasión fiscal, lo que hizo posible que el Ministro de Recuperación de Bienes Malversados —hoy un departamento del Ministerio de Hacienda— atacase en sus propios cimientos al sistema de propiedad privada de los medios de producción. También se crearon nuevas ".[4]

II

Ambos libros confirman las aseveraciones que contiene nuestra versión sobre los hechos acaecidos en Cuba, apropósito del castrismo y el régimen que desapareció el 31 de diciembre de 1958. En efecto, no existen términos comparativos. El general Batista trastornó los niveles legales de Cuba con el golpe del 10 de marzo. Pero es absolutamente falso que en el orden legal que siguió después se cometieran las indignidades que conforman y tipifican el sistema de violencias y de horrores instaurados por Fidel Castro a la vista del mundo civilizado que los ha tolerado con paciencia inconcebible.

Después del golpe del 10 de marzo de 1952, se promulgó la ley constitucional del 4 de abril. No afectaba, en absoluto, al régimen económico y social; al derecho de propiedad, a la libre empresa; a las conquistas de trabajadores y empleados, y al régimen de garantías individuales y políticas. En realidad, fueron mejoradas. El Decreto-Ley 247 de 1952, citado por los jurisconsultos de Ginebra, ratificó y amplió el progreso social y económico y extendió el derecho de permanencia del trabajador a la tierra hasta para los precaristas. Nadie podía ser desalojado de las tierras que labraba o trabajaba, esencia social de la libertad económica y de subsistencia en un mundo tan cambiante como el nuestro.

La Ley-Decreto 1133 de 30 de octubre de 1953, dispuso que la Constitución de 1940 entrara nuevamente en vigor tan pronto el presidente electo en 1954 tomara posesión. Con excepción de la duración del mandato de los representantes a la Cámara que un decreto inconsulto fijó en cuatro años, la Constitución de 1940 se mantuvo intacta. Fue alterada para dar paso a la creación de dos minorías senatoriales con objeto de dividir a la oposición política, ambición gubernamental inoperante. El voto era directo y libre. Los electores podían votar en una casilla por los senadores y en otra por el presidente, tal como había sucedido en el pasado En las elecciones de 1944 Grau había ganado la presidencia y perdido las senadurías. De manera que el argumento de los partidos abstencionistas, en 1958, de que esa reforma constitucional era un movimiento para que los partidos políticos oposicionistas perdieran y continuara el régimen era falsa. De haberse practicado legalmente los escrutinios a la terminación de las elecciones del 3 de noviembre de aquel año, hubiera resultado vencedor el partido del *Pueblo Libre*; mucho más si hubiera recibido los votos de los que con su retraimiento propiciaron el triunfo de Fidel Castro y los comunistas al ser inoperantes las expresadas elecciones.

Se ha dicho que el general Batista reformaba la Constitución cada vez que suspendía las garantías políticas. Absolutamente falso. Los que esto afirman pretenden establecer un paralelo gradual con el régimen de Castro, seguramente abochornados de haber consentido durante más de un año y medio de apoyo a Castro, los excesos que cometía el régimen comunista, desde el mismísimo primero de enero de 1959.

Las garantías, durante el gobierno de Batista, se suspendían, mediante la aprobación del Congreso, sin necesidad de reformar la carta constitucional. Era un derecho que usaba el gobierno para hacerle frente a la subversión comunista amalgamada a la de los políticos abstencionistas. Es cierto que las suspensiones de garantías constitucionales fueron continuas a partir del asalto a Palacio, el 13 de marzo de 1957. Pero el gobierno, desde el punto de vista político, restablecía esas mismas garantías cada vez que admitía la posibilidad de verificar los

comicios. La respuesta era invariable. Bombas, atentados personales, sabotajes, ataques a las reuniones pacíficas de ciudadanos y propaganda subversiva, llamando al país a la guerra civil, al mismo tiempo que atacando a tiros a todos aquellos que pretendíamos superar la etapa de Batista mediante las elecciones sin caer en una revolución cuyos fines, para los que teníamos los ojos abiertos, estaba claramente definidos: comunismo.

Es bueno hacer constar que la huelga de abril de 1958, anunciada desde el mes de marzo, se llevó a efecto sin que el gobierno suspendiera las garantías. Estas estuvieron en vigor hasta el 17 de mayo en que Castro declaró "que no aceptaría las elecciones ni aunque fueran honradas". Sus pandillas volaron la red de distribución del acueducto de la Habana; asesinaron ocho viejos policías de embajadas que esperaban un ómnibus, en una esquina del reparto Miramar, y destruyeron los registros principales del alumbrado público, dejando un saldo de más de veinte muertos. Era la respuesta a las elecciones y a las garantías.

¿Cuál fue la actitud de Castro, al hacerse cargo del gobierno, en cuanto a la constitucionalidad de su régimen?

Inmediatamente comenzó a reformar la Constitución. *La primera reforma* tuvo efecto, el día 5 de enero de 1959, en Santiago de Cuba, en que delegó los poderes en el Consejo de Ministros y suspendió todos los requisitos técnicos y de edad para ocupar cargos públicos. La horda sobre la República.

La segunda reforma tuvo lugar el 13 de enero, suspendiendo la inamovilidad de los empleados públicos y del Poder Judicial. La ilegalidad sobre el régimen jurídico.

La tercera reforma se realizó, en 14 de enero para establecer la retroactividad de las leyes penales, para establecer la confiscación, para establecer la pena de muerte. El comunismo sobre la Libre empresa y la vida de la nación.

La cuarta reforma, se produjo el 20 de enero, para derogar el régimen provincial y municipal, haciéndolos dependientes del Consejo de Ministros. El totalitarismo sobre el Liberalismo.

La Quinta Reforma, se acordó, suspendiendo definitivamente la aplicación de los artículos relativos a las garantías individuales y abrogando definitivamente el derecho de "habeas corpus". La selva sobre la civilización.

Desde el primero de enero de 1959 hasta el 22 de agosto de 1960, el Consejo de Ministros de Castro, usando de un poder constituyente usurpado, ha reformado la Constitución cubana veinte y dos veces, equivalentes a una reforma —¡y qué reformas!— cada cuarenta y seis días. Después, para ahorrarse tan

engorroso y dilatado procedimiento Castro ha resuelto que "aquellas leyes que expresen su alcance, en ellas mismas, se entenderán como reformas sucesivas de la Constitución, cuando pugnen con la letra de ésta". Es decir, la más perfecta tiranía, la más absoluta ausencia de normas legales prestablecidas.

El análisis del régimen de Castro, conduce a los jurisconsultos de Ginebra a declarar que "desde el primero de enero de 1959, el gobierno no ha hecho otra cosa en Cuba que violar la declaración universal de los derechos humanos". Esto ratifica nuestras afirmaciones, si tenemos presentes las leyes 1 y 2 promulgadas en la Sierra Maestra, en 21 de febrero y 10 de octubre de 1958. Castro comenzó su régimen tiránico mucho antes de bajar de nuestras más altas montañas. No hubo, como hemos dicho, y repetimos, solución de continuidad entre la revolución y su gobierno, por lo tanto aquélla no pudo haber sido traicionada. Aquellas dos leyes jamás aparecieron en la Gaceta Oficial de Cuba, pero se aplicaron y se aplican aún, y constituían, con las sucesivas reformas de la Constitución, más arriba enumeradas, tremendas violaciones de los derechos humanos.

Atacar a Fidel Castro y defender al mismo tiempo una parte de su régimen es un error; una nueva simulación del proceso político-revolucionario de Cuba. Señalar en el pasado una fecha arbitraria, antes de la cual Fidel Castro era demócrata y justiciero, y otra a partir de la cual se transforma en un monstruo sin entrañas y se entrega en brazos de la Unión Soviética, es seguir el proceso de simulación que hemos atacado en este libro y que nos llevó al comunismo por ocultación de la verdadera realidad cubana, esclarecida a impulso de los hechos, imposibles de silenciar por más tiempo, por imponerse gradualmente.

III

La situación de Cuba democrática y de sus verdaderos defensores ha empeorado en los momentos en que este libro entra en prensa. La presencia de Fidel Castro en Moscú para rendirse definitivamente al imperialismo soviético, su confesión de que si "no hubiera sido por el Kremlin, su revolución habría sido barrida por el pueblo cubano, constituyen la confesión paladina de su criminal traición y de que el Movimiento 26 de Julio nunca dejó de estar intervenido por las fuerzas ateas universales".

La diplomacia de guerra fría, de Fidel Castro, a veces francamente caliente, respaldada constantemente por Rusia, provocaron continuos rompimientos de relaciones diplomáticas en América. Argentina, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos, Haití, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Perú, Paraguay, Santo Domingo y Venezuela, tienen rotas sus relaciones de toda

índole con el satélite comunista de este hemisferio. Sólo mantienen relaciones con el régimen-castro-comunista, las repúblicas de Bolivia, Brasil, Chile, México y Uruguay.

Los ataques permanentes de Fidel Castro, provocaron tempranamente tres conferencias de cancilleres y una de presidentes, esta última en Costa Rica. Las de cancilleres, a que aludimos son tres a saber: 1) En Santiago de Chile, en agosto de 1959; 2) en Costa Rica, en 1960; y 3) en Punta del Este, en enero de 1962, en la que se acordó excluir a Castro y a su régimen de la Organización de Estados Americanos. Además, tuvieron lugar también dos conferencias de carácter económico, para poner en práctica "La Alianza para el Progreso", que tiene su antecedente y su origen en la "Operación Panamericana", ideada y estructurada por el presidente Kubitcheck.

Sin embargo, en ninguna de estas conferencias se ha ido verdaderamente al grano. Como bien ha dicho recientemente, en valiente artículo, el doctor Emilio Núñez Portuondo,[5] "la doctrina de Monroe, la carta de la OEA, las declaraciones de Caracas, San José, Santiago, Lima, y Punta del Este", antes mencionadas, "no se han aplicado en el clarísimo caso de Cuba, y será difícil convencer —agrega Núñez— a los pueblos latinoamericanos que se han de aplicar el día que se establezcan regímenes comunistas y éstos se acojan a la protección de la Unión Soviética".

Se impone en beneficio, no solamente de la democracia cubana, sino de toda América, un cambio radical en la política colectiva realizada hasta ahora.

Una reunión fundamental, la más fundamental de todas, sería aquella en que recogiera la letra y el espíritu de los tratados Inter-Americanos, y procedan 1) a exigirle a Rusia, por unanimidad, que retire sus tropas de Cuba; 2) a propiciar la unión de todos los cubanos, reconociendo su derecho a pelear por una patria libre del dominio moscovita y de la tiranía castrista; 3) a reconocer beligerancia a un gobierno cubano producto de esa unidad; 4) a ejercitar los tratados que prohíben sue potencias extrañas por medio de la fuerza impongan revoluciones y gobierno títeres en consecuencia en ninguna de las repúblicas de nuestro continente.

Tenemos, no obstante el temor que de no realizarse a tiempo esta actividad colectiva, "las fuerzas inescrupulosas del comunismo" nos digan:

"Americanos, es mucho más tarde de lo que ustedes piensan".

Notas a pie de página

PRIMERA EPOCA DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACION 1492 - 1556

1 Navarrete.

2 Santovenia.

3 Humboldt.

4 Fernando Ortiz.

5 Emilio Roig.

SEGUNDA EPOCA DE LOS GOBIERNOS MILITARES 1556-1607

1 M. Márquez Sterling.

2 Irene A. Wright.

TERCERA EPOCA UN SIGLO DE FILIBUSTEROS, PIRATAS, CORSARIOS Y BUCANEROS 1607 - 1697

1 Hilaire Belloc.

CUARTA EPOCA CUBA EN EL SIGLO DE LAS LUCES 1697-1790

1 S. G. Tallentyre.

2 Medardo Vitier.

3 André Maurois.

SEXTA EPOCA ESCLAVISIMO, ANEXIONISMO Y REFORMISMO 1838-1868

1 Alejo Carpentier.

2 André Maurois.

3 Rafael Estenger.

4 A. Hernández Travieso.

5 L. Gómez Domínguez.

6 M. Márquez Sterling.

7 Rafael Estenger.

8 Manuel Sanguily.

9 José A. Ramos.

SEPTIMA EPOCA LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS 1868 -1878

1 M. Márquez Sterling.

2 E. Ventosilla.

3 Santovenia.

4 Manuel Sanguily.

NOVENA EPOCA DE LOS ROUGH-RIDERS A LOS COMISARIOS

Primera Parte LA INTERVENCION AMERICANA 1899-1902

1 Bosnia y Herzegovina.

2 Martínez Ortiz.

3 Así llamaba al general Miles, Teddy Roosevelt.

4 "Trabajos", por D. Méndez Capote.

5 James Morgan.

6 *Proceso Histórico de la Enmienda Platt, M. Márquez Sterling*.

Segunda Parte LA REPUBLICA, LIBERALES Y CONSERVADORES 1902 -1933

1 Bertram D. Wolfe.

2 M. A. Carbonell.

3 Una primaria abierta es una elección donde los electores sin estar afiliados a un partido determinado, pueden votar en cualquiera de ellos por el candidato que deseen ver postulado.

Tercera Parte LA REVOLUCION DE 1933 1933-1952

1 Manifiesto de los estudiantes. *Diario de la Marina*, 24 de agosto de 1933.

2 Proclama dada en Columbia, el 4 de septiembre de 1933 de la Agrupación Revolucionaria de Cuba. La primera firma es la de Carlos Prío Socarrás, y la última de Fulgencio Batista, que firmaba Sargento-Jefe de la Revolución. *El País*, septiembre 5 de 1933.

3 Carlos Márquez Sterling.

4 Tener un puesto público.

5 Gustavo Gutiérrez.

6 *Historia de la Nación Cubana*.

7 *La Constituyente de 1940, por Gustavo Gutiérrez*.

8 *E. Británica*, Tomo VI, pág. 833 y siguientes.

9 Pedro Martínez Fraga.

10 Automóvil Cadillac.

11 *Los Dos Rostros de Fidel, por L. Conte Agüero*.

* Aldo Baroni.

12 Se le llamaba así a la planta donde vivía la familia presidencial.

13 Francisco Ichaso.

Cuarta Parte DICTADURA Y APOLITICISMO REVOLUCIONARIO 1952 -1959

1 Con esta palabra calificaban lo que estimaban mentiras del Gobierno.

2 *O Tempora o Mores*. Colección de artículos publicados en *El Diario de las Américas*, de Miami, en el mes de marzo de 1963, por el doctor Guillermo Alonso Pujol.

3 Se refiere a la conferencia de presidentes de 1955.

4 "Lo engañé. Lo engañé".

5 *Fidel Castro*, por Jules Dubois.

6 Rafael del Pino sufre prisión de 30 años en Cuba.

7 *Los Dos Rostros de Fidel, por L. Conte Agüero*.

8 *The Cuban Story*, por Herbert Matthews, pág. 20.

9 En agosto 27 de I960, el embajador Arthur Gardner, declaró por juramento ante el sub-comité de Seguridad Interior del Senado, que Herbert Matthews lo había visitado para que lo ayudara en llegar hasta Castro, y que él lo informó a Batista y éste dió el permiso. *The Cuban Story*, pág. 50.

10 "El alegato del doctor Verdeja, ministro de Defensa de Batista, apareció en la revista *Bohemia* de la Habana, el 17 de marzo de 1957, páginas 62, 63, 102 y 103. El acusador de Fidel Castro —ministro de Defensa de Batista— era un médico. Santiago Verdeja nació en Cárdenas en 1884, se lanzó muy joven a la guerra independentista y fue devuelto de las líneas cubanas por su corta edad. Como médico y académico su carrera fue brillante desde comienzos de la República. Como revolucionario —dice Baeza Flores, en "*Las cadenas vienen de lejos*" —página 274— combatió la tiranía de Machado y, más tarde, fue presidente del Senado".

"La primera acusación a Fidel Castro —sigue diciendo Baeza apropósito de Verdeja— fue su agresión a tiros al estudiante Leonel Gómez el 8 de diciembre de 1946. Quien vivió en Cuba en aquellos años sabe que las pugnas entre tendencias —UIR, MSR, ARG— solían discutirse con pistolas y ametralladoras en lugar de palabras..."

"La segunda acusación a Fidel —continua Baeza— está relacionada con el asesinato del ex-presidente de la Federación Estudiantil Universitaria y director general de deportes del gobierno de Grau: Manolo Castro.

Después de esa declaración, Baeza describe el asesinato de Manolo Castro, al que nosotros ya nos hemos referido y concluye su relato en "*Las cadenas vienen de lejos*" —página 275— de la siguiente manera, elocuentísima, expuestas por Verdeja, con motivo del viaje e informaciones sobre la Sierra Maestra, de Herbert Matthews:

"Los hechos tenían un trasfondo tenebroso. Manuel Corrales, que se lanzó cerca de Manolo Castro al empezar el tiroteo, no fue tocado por las balas.

"—Si eres hombre, Manolo Corrales —gritó un sobrino de Manolo Castro que salió del Cinecito, poco después, di la verdad... Di lo que viste.

"Manuel Corrales (comunista premiado después por Fidel Castro) aseguró no haber visto nada".

Y sigue diciendo Baeza Flores:

"La Primera Dama, la cuñada del Presidente Grau, protegía a los jóvenes tenebrosos. Palacio movió sus influencias. La UIR movió a los políticos, a los cuales servía, y le temían. El juicio fue un acto teatral bien ensayado. Nadie era culpable, aunque Manolo Castro fue asesinado a mansalva... —Usted era enemigo jurado de mi hermano —dijo indignada la hermana de Manolo Castro, a Fidel Castro.

"La tercera acusación de Verdeja Neyra a Fidel Castro fue por su acción del 21 de junio de ese mismo año contra Fernández Caral, que agonizó tres días y declaró: '—Me mató Fidel Castro'. El periódico *El Crisol* recogió los hechos en titulares especiales".

A pesar del testimonio tan elocuente de Santiago Verdeja, de 17 de marzo de 1957, ni Herbert Matthews, ni los enemigos de las elecciones en Cuba, se dieron por aludidos. Después han declarado, tranquilamente, que se equivocaron. Y que Fidel Castro, los engañó.

11 Esta era la verdadera opinión de don Cosme de la Torriente, pero no se la dejaron expresar como oferta de paz los enemigos de las elecciones y los que ayudaban a Fidel Castro. Torriente se quejó varias veces, en conversaciones con amigos íntimos, que no le daban poderes para negociar con el general Batista la paz de Cuba, y por eso seguramente fracasaron sus conversaciones en Palacio, las dos oportunidades en que visitó al presidente. En uno de los muchos mítines

que organizaron los partidos políticos abstencionistas, Torriente declaró que "*a Batista se le podía vencer poniéndolo frente a toda la opinión política de Cuba'*. Efectivamente, tenía razón y ese era el camino táctico a seguir, de no haberlo estorbado quienes estaban más llamados a sostener las vías civilistas y civilizadas de las pugnas entre gobierno y oposición para no caer en lo que hemos caído en Cuba.

12 Los padres de Echeverría están exilados en Miami.

13 *Bohemia* y *Carteles*, marzo de 1957.

14 El embajador Gardner, en su declaración ante el Senado de Estados Unidos, definió exactamente a Matthews, cuando el Senador Dodd le preguntó si las actividades de aquél se limitaban a combatir exclusivamente a los dictadores no comunistas, y Gardner finalmente respondió: "Nunca lo he oído decir nada en contra de Rusia".

15 "Esta escena —dice Baeza Flores— ocurrió bajo la tiranía de Batista. Ella no hubiera sido posible después del primero de enero de 1959, cuando Fidel y Raúl Castro y el Che Guevara pasarían a controlar el Poder Judicial previa una formal depuración".

16 Dora Rosales de Westbrook, madre de Joe, abrazó la causa de la revolución con fervor, animada por la justa indignación de su tragedia. Pero eso no le valió con Castro. Hoy se encuentra exilada en Estados Unidos.

17 *The Cuban Story*, por Herbert Matthews, pág. 58 y siguientes.

18 *Ibídem*, pág. 64.

19 *Ibídem*, pág. 138.

20 *Ibídem*, pág. 66 y siguientes.

21 "... of this there could be no doubt. Gardner was possibly right in blaming me for this removal from the Havana post." *The Cuban Story*, pág. 68.

22 *Los dos rostros de Fidel, p. 232, nota 17*.

23 Manifiesto del partido del Pueblo Libre de 30 de agosto de 1957, publicado en todos los periódicos de este día, y del siguiente, de los que se editaban en Cuba, en aquel año.

24 El subrayado es nuestro.

25 *Información*, julio 31, 1958.

26 *Información*, julio 31, 1958.

27 Hearings before the Subcommittee to investigate the administration of the internal security act and other internal security laws of the Committee on the judiciary United States Senate, Eighty-Sixth Congress, second session. Part 9. August 27 and 30.

28 Documento dado en la Sierra Maestra el 14 de diciembre de 1957, y llevado a Miami por el señor Busch. Está publicado íntegramente en el libro de Dubois, *Fidel Castro, Rebel, Liberator or Dictator*, p. 191 y siguientes.

29 Documento dado en la Sierra Maestra el 14 de diciembre de 1957, y llevado a Miami por el señor Busch. Está publicado íntegramente en el libro de Dubois, *Fidel Castro, Rebel, Liberator or Dictator*, p. 191 y siguientes.

30 Dubois, obra citada, pág. 206.

31 Dubois, obra citada, pág. 206.

32 Under pressure of the opposition leaders, Batista's delegate to the United Nations submitted request for observers to be sent to watch the elections of November 3. The request was rejected by the United Nations because no facilities to observe the proceeding were available. — Cuba and the Rule of Law, *International Commission of Jurist*. Geneva, 1962.

33 *La Nueva Clase*. Milovan Djilas.

34 *Fidel Castro, Liberator, etc*.

35 Sorí Marín fue víctima de su propia legislación. Castro lo fusiló después.

36 Edición especial de la Gaceta Oficial de Cuba, número 10 de 30 de enero de 1959.

37 El Capitán del Ejército de Castro, Francisco Tamayo Rodríguez, más conocido por *el Mexicano*, declaró en una entrevista concedida al periodista Stanley Ross, director de *El Diario de Nueva York* (en español) el 25 de junio de 1959, recién estrenado Fidel Castro, entonces en plena fusilata, lo siguiente: "Nosotros hicimos colectas en Oriente. Aquí tengo un recibo firmado por Celia Sánchez por $3,000 que yo conseguí de una familia en Oriente. Las donaciones eran voluntarias, desde luego, pero a veces —agrega el *Mexicano*— había que hacer presión para que fueran voluntarias. Cuando terminaron los combates a

Fidel le quedaban en la "hacienda del 26 de julio" para esos fines cuatro y medio millones de dólares. No sé qué habrá pasado con ese dinero", concluye diciendo Tamayo. Además de este testimonio existe otro más importante aún. El de Pastora Núñez. Esta señora, directora de Lotería en el gobierno de Castro, declaró en televisión a preguntas de periodistas demasiado curiosos, que ella le había entregado a Fidel cuatro millones de dólares.

38 Cuando Márquez Sterling fue agredido en Miami, en el verano de 1957, adonde había ido para sostener una entrevista con Millo Ochoa, un periodista, miembro del partido de Márquez, le propuso que "ellos le iban a echar la culpa a los batistianos". Márquez no admitió semejante superchería.

39 Versión dada al autor por el Director del *Diario de la Marina*.

40 El embajador Smith, en sus declaraciones ante la Comisión de Seguridad del Senado Americano, confirma la realidad de estas gestiones y sus buenos propósitos para que en Cuba se realizaran unas elecciones honestas, supervisadas por la OEA.

41 Véase nota anterior sobre la petición de observadores a las Naciones Unidas. También el embajador Smith, en su interesante libro "*The Four Floor*", ofrece dicha versión.

42 Raúl Velasco, médico distinguido, era una figura enteramente desconocida para el pueblo cubano. Uno de esos *apolíticos* que pensaba que Fidel Castro podía indicarlo para la presidencia provisional de la República.

43 *"The Fourth Floor". Earl T. E. Smith*.

44 A mediados de marzo de 1958, el vapor *Villanueva* zarpó de Nueva York con armamento norteamericano destinado al gobierno de Batista. Llevaba dos mil fusiles Garand, calibre 30. El gobierno americano le ordenó regresar a puerto. El representante demócrata Adam C. Power y el senador, también demócrata, Wayne Morse, que antes había sido republicano, encabezaron el movimiento que culminó con el definitivo embargo de armas. Mientras esto ocurría, Fidel Castro recibía por conducto de Venezuela, armas norteamericanas. Ocho tanques ligeros, catorce jeeps y seis camiones blindados, con los cuales podía realizar en los campos cubanos toda clase de fechorías. El gobierno de Batista se vió obligado a comprar armas en Inglaterra. Pero el gobierno americano se dirigió a los países amigos para que no le vendieran armas al de Cuba.

45 To Mr. Robert F. Spivack from Earl T. E. Smith.

46 *Time*, de abril de 1958.

47 Los firmantes de esos acuerdos fueron: Fidel Castro, por el Movimiento...

48 Informaciones ante el Comité de Seguridad del Senado, de agosto 26 y 27 de 1960.

49 Informaciones ante el Comité de Seguridad del Senado, de agosto 26 y 27 de 1960.

50 Los firmantes de esos acuerdos fueron: Fidel Castro, por el Movimiento 26 de julio; Carlos Prío Socarrás, por la Organización Auténtica; Enrique Rodríguez Loeche, por el Directorio Revolucionario 13 de Marzo; Manuel Bisbé, por el partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo); David Salvador, Orlando Blanco, Pascasio Lineras, Lauro Blanco, José María de la Aguilera y Angel Cofiño, por la Unidad Obrera; Manuel A. de Varona, por el partido Revolucionario Cubano (Auténtico Abstencionista); Lincoln Rodón, por el partido Demócrata Abstencionista; José Puente y Ornar Fernández, por la Federación Estudiantil Universitaria; Capitán Gabino Rodríguez Villaverde, por la Organización Militar 4 de abril; Justo Carrillo Hernández, por el Movimiento Montecristi; Angel María Santos Busch, por el Movimiento de Resistencia Cívica; y el doctor José Miró Cardona, como secretario coordinador general. Tomado del artículo titulado "La Revolución Cubana amenaza gravemente el desarrollo común de Latinoamérica", por Carlos de Baraibar, en la revista *Estudios sobre el Comunismo*, Año VIII, No. 30, octubre-diciembre 1960. Santiago de Chile.

51 Circuló en Cuba, en una hoja mimeografiada, dicho acuerdo, con el nombre exclusivamente de José Miró Cardona, como secretario coordinador del Frente de Liberación, y tenía fecha 16 de septiembre de 1958.

52 En la investigación realizada por el Senado de los Estados Unidos, y en la que aún se lleva a efecto, el embajador Smith declaró con respecto a la manera de pensar entre los pisos cuarto y quinto, lo que más abajo se copia:

Senador Dodd — ¿Quién está en el quinto piso?

Mr. Smith — La alta jerarquía. Pero las decisiones fueron tomadas en el cuarto piso...

Senador Eastland — ¿Eran ellos pro-Castro?

Mr. Smith — La palabra pro-Castro, señor senador, es muy fuerte, pero yo pienso que ellos tenían (los del cuarto piso) simpatías por Castro.

53 Rebel leader Castro says he's leading Cubans to freedom, but read the

real truth in this exclusive interview with an ex-Ambassador to Cuba, by Harvey Wilson. From the August, 1958, issue of the *Police Gazette*, New York. Braden hizo constar que esta entrevista salió solamente publicada en dicho periódico, porque ningún otro diario neoyorkino le dió cabida, estimando que el distinguido embajador en Cuba estaba equivocado.

54 Reitera Márquez Sterling su promesa de gobernar dos años. Para ser vehículo de solución verdadera. Sería un crimen retirarse antes de los comicios. *Diario de la Marina*, 9 de agosto de 1958 (primera página).

55 El doctor Conte Agüero, en su libro *Los dos Rostros de Fidel*, reconoce ahora que las elecciones debieron haber sido la solución. Dice: "El examen frío, analítico histórico, evidencia que contra Batista el procedimiento correcto era el político, la movilización de las masas, el veredicto de las urnas. Ningún pueblo se niega a utilizar las brechas que abre una dictadura, queriendo disimular su condición de tal... Lo sabían las grandes mayorías cubanas... Fidel se opuso y se impuso... pág. 204.

56 Los partidos quedaron alineados de la siguiente manera: Liberales Demócratas, Radicales y Progresistas con la candidatura Andrés Rivero Agüero y Gastón Godoy. Pueblo Libre: Carlos Márquez Sterling y Rodolfo Méndez Peñate. Revolucionario Cubano, Auténtico: Ramón Grau San Martín y Antonio Lancís. Y Unión Cubana: Alberto Salas Amaro y Miguel Angel Céspedes. Salas Amaro fue juzgado por un tribunal revolucionario analfabeto y condenado a prisión. Se trata de un distinguido periodista y diarista, Director del diario *Ataja*, de prosa ágil y vibrante.

57 El embajador Gardner, conocedor del problema cubano, expresó lo siguiente ante el Comité de Seguridad del Senado:

Senador Dodd — Yo pensé que Márquez Sterling había sido electo...

Mr. Gardner — No. Márquez Sterling tenía prestigio real en Cuba y pienso que es un hombre de carácter destacado. Fue un gran golpe para todos nosotros que queríamos a Cuba...

Senador Dodd — ¿Mr. Gardner, piensa Ud. que su actitud expresada con respecto a Castro tuvo que ver en su sustitución como Embajador de Cuba?

Mr. Gardner — No sé. Sólo sé que yo estaba muy deseoso de permanecer allí... Cuando celebraron elecciones, me sentía seguro de que las harían tan limpias como pudieran, y pienso que Márquez Sterling hubiera sido el presidente.

58 23 de febrero de 1960. *Diario Las Américas*. Miami.

59 En la edición del 25 de junio de 1959 de *El Diario de Nueva York* los capitanes Humberto Olivera Pérez, del ejército regular, y Francisco Rodríguez Tamayo (El Mexicano), del ejército rebelde de Castro, denunciaron los manejos para entregarle la provincia de Santa Clara y el tren blindado a Castro. Los capitanes ofrecieron los datos, y las sumas que fueron entregadas a los coroneles del ejército regular pasaban el medio millón de dólares.

DECIMA EPOCA GANGSTERISMO Y COMUNISMO 1959-1963

1 No se sabe cómo surgió el mito de los veinte mil muertos. Posiblemente surgió entre los sectores abstencionistas y de la resistencia cívica para impresionar a la ciudadanía y que no fuera a votar. El hecho real es que la frase fue aprovechada por los comunistas. Después del primero de enero de 1959 Fidel Castro hablando en público usó la frase. Dijo que las víctimas de la "tiranía" de Batista eran veinte mil. Raúl Castro, días antes, en Santiago de Cuba, al fusilar a más de 70 "colaboradores", las había fijado en 10,000. Naturalmente ambos hermanos no se habían puesto de acuerdo. En realidad, fue la Sección en Cuba, de *Bohemia*, la que popularizó los veinte mil muertos al publicarla en la edición del millón de ejemplares. Fidel, a partir de entonces, con el coro del 26 de Julio, de los abstencionistas y de los comunistas, continuó remachando el clavo. En realidad, está reconocido que los muertos durante el período de lucha no llegaron a 800, teniendo presentes a ambas partes.

2 Resolución Número 6 de julio 9 de 1959. Gaceta Oficial de 12 de julio. Resolución Número 19 de agosto 26 de 1959. Gaceta oficial de 1 de septiembre. Resolución de 25 de septiembre de 1959. Gaceta Oficial de la fecha. Resolución de 26 de septiembre de 1959. Gaceta Oficial de la fecha. Resolución Número 37 de septiembre 27 de 1959. Gaceta Oficial de la fecha. Resolución Número 94 de noviembre 21 de 1959. Gaceta Oficial del 14 de diciembre del propio año.

3 *The Cuban Story*. Herbert Matthews, pág. 122. Por otra parte M. Claude Julien, en su libro *La Revolution Cubaine* sostiene la misma tesis.

4 Esta situación ha continuado invariablemente. Véase *The New York Times*, de mayo 5 de 1962, en relación con Venezuela.

5 Testimonio del Mayor Pedro L. Díaz Lanz, julio 14 de 1959, ante el subcomité de seguridad interna del Senado de Estados Unidos. Cuaderno Número 9. Washington, 1959.

6 Castro calls Nixon Speech "insolent." Jan. 18 (UPI) *The Washington Post*, January 19, 1960.

7 Russia is called Pact's Big Gainer, by George Auerbach.

8 *The New York Times*, febrero 12 de 1960.

9 *The Washington Post*, febrero 14 de 1960.

10 *The New York Times, February 18, 1960*.

11 *The New York Times*, February 21, 1960.

12 *The New York Times*, February 21, 1960.

13 *I Had my Property Grabbed by Castro's Men, by J. F. Everhart, U.S. & World Report, March 7, I960*.

14 *The New York Times*, March 13, 1960.

15 *The New York Times*, March 20, 1960.

16 El abogado cubano Botifoll estima en 7,121, los fusilados. Entre los cien mil presos del comunismo en Cuba, se encuentran Joaquín Martínez Sáenz y Ernesto de la Fe, que aún no han sido juzgados. Con estos dos valiosos cubanos el castrismo ha sido particularmente cruel.

17 Ramón Mestre es un financiero distinguido. Era miembro del Partido del Pueblo Libre. Y senador electo por la provincia de Pinar del Río.

18 Asegura Sánchez Arango que la "distinción entre izquierdas y derechas ha perdido toda su utilidad en la presente situación cubana, en que no se trata de crear un partido político, sino de libertar la patria.

19 Teodoro Draper.

20 Tomada en el sentido de existir.

21 Este hecho ha sido reconocido en un acabado estudio publicado por la Comisión de Jurisconsultos de Ginebra. *Cuba and The Rule of Law*. Rue Du Mont-de-Sion. Geneva, Switzerland.

22 Todos los documentos oficiales del gobierno Americano desmienten las bondades de la revolución de Castro. Véase lo publicado por el departamento de Agricultura. ERS. Foreign 23, March, 1962.

23 *The Fourth Floor*, by Earl T. E. Smith.

24 "Cuba y la política norteamericana", por Teodoro Draper. *Cuadernos*, Revista Mensual, (51) agosto de 1961. 18, Avenue de l'Opera, Paris.

25 Se publicó en *El Diario Las Américas*, el 1 de abril de 1961. Y la respuesta de Miró en el mismo *Diario* tres días después.

26 Joseph Alsop en el *Saturday Evening Post*, y Andrew Tully, en su libro *CIA, The Inside History*. William Morrow & Co., New York, 1962.

27 *U.S. World Report*, febrero 4 de 1963.

28 Andrew Tully. Obra citada.

29 Andrew Tully. Obra citada.

30 *The Evening Star*, mayo de 1961. CIA Spent $45 Million on Cuba, Inquiry Told, by Jack Bell.

POST - SCRIPTUM

1 *The New York Times*, Abril 18, 1963.

2 Carta del Dr. José Miró Cardona, *The New York Times*, abril 21, 1963.

3 Es conveniente recordar —dice el doctor E. Núñez Portuondo— que el nombramiento del Dr. Miró Cardona y la organización del Consejo Revolucionario de Cuba fueron obras exclusivamente del gobierno de Washington. Para hacerlo no se contó con los cubanos en el exilio y menos con los que en la Isla combaten, virtualmente abandonados. El Consejo es sostenido económicamente por el Gobierno de Washington. El desastre de Bahía de Cochinos es producto de errores comunes. Pero —agrega Núñez— maltratando al Dr. Miró Cardona —con cuya actuación en Cuba y en el exilio jamás estuvimos de acuerdo— no se puede borrar la historia reciente". Artículo titulado: "Urgente Mensaje al Sr. Cotrell, de E. Núñez Portuondo. Diario *Las Américas*, abril 24, 1963.

4 *Un estudio sobre Cuba*. Grupo Cubano de Investigaciones Económicas de la Universidad de Miami, bajo la dirección de José R. Alvarez Díaz. Impreso en los Estados Unidos de América por Litho Arts, Inc., Miami, Fla.

5 Artículo antes citado.

Table of Contents

PRIMERA EPOCA DESCUBRIMIENTO Y COLONIZACION 1492 -1556

SEGUNDA EPOCA DE LOS GOBIERNOS MILITARES 1556-1607

TERCERA EPOCA UN SIGLO DE FILIBUSTEROS, PIRATAS, CORSARIOS Y BUCANEROS 1607 - 1697

CUARTA EPOCA CUBA EN EL SIGLO DE LAS LUCES 1697-1790

QUINTA EPOCA EL DESPERTAR DE LA COLONIA 1790-1838

SEXTA EPOCA ESCLAVISIMO, ANEXIONISMO Y REFORMISMO 1838-1868

SEPTIMA EPOCA LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS 1868 -1878

OCTAVA EPOCA AUTONOMIA E INDEPENDENCIA 1878 -1899

NOVENA EPOCA DE LOS ROUGH-RIDERS A LOS COMISARIOS

Primera Parte

LA INTERVENCION AMERICANA 1899-1902

Segunda Parte LA REPUBLICA, LIBERALES Y CONSERVADORES 1902 -1933

Tercera Parte LA REVOLUCION DE 1933 1933-1952

Cuarta Parte DICTADURA Y APOLITICISMO REVOLUCIONARIO 1952 -1959

DECIMA EPOCA GANGSTERISMO Y COMUNISMO 1959-1963

POST - SCRIPTUM

Notas a pie de página.